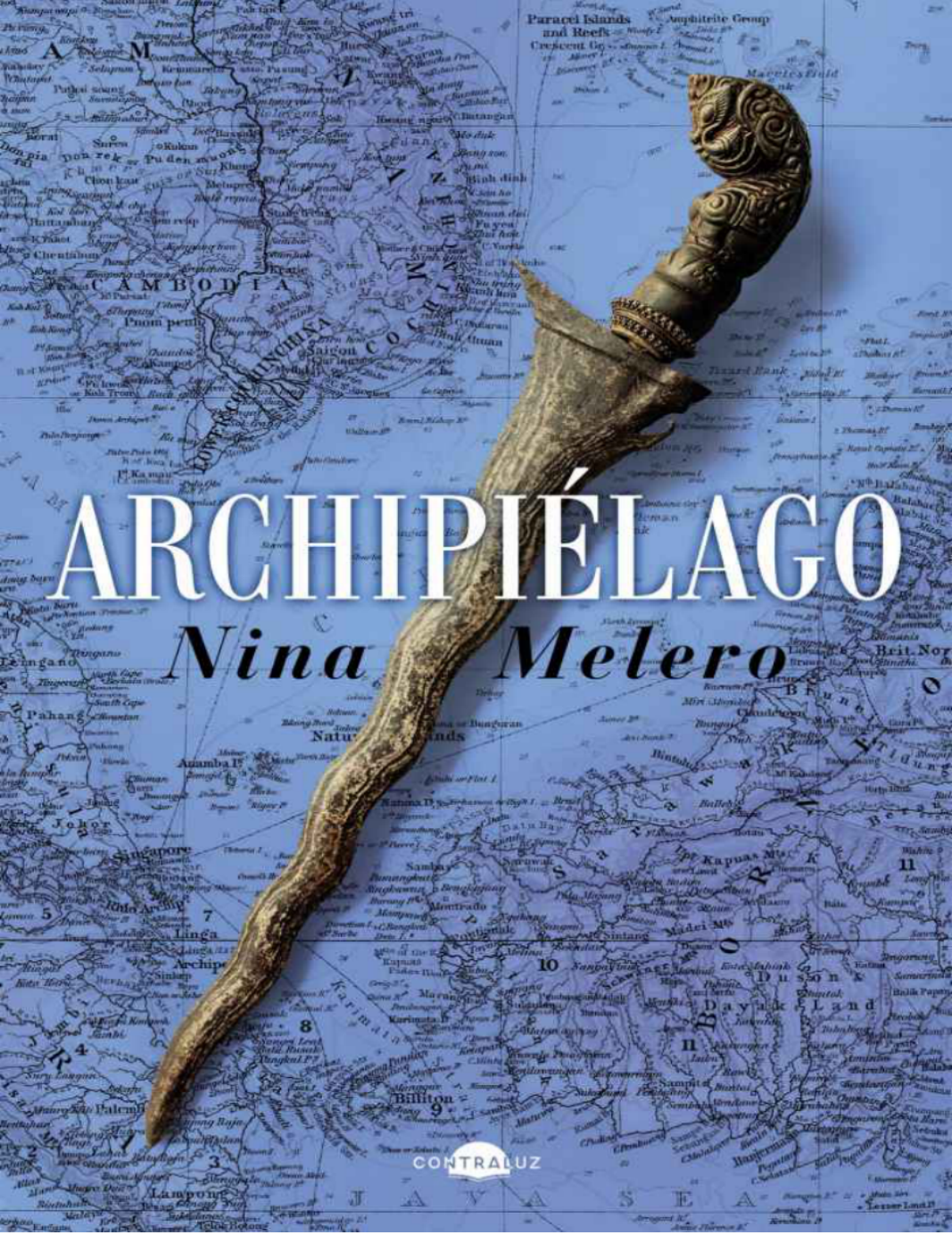
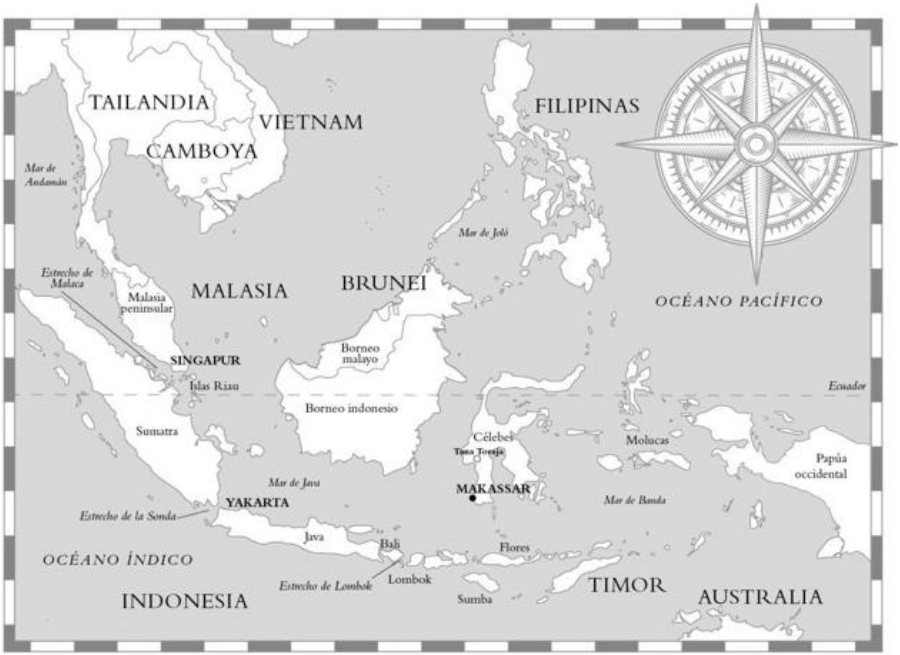

ARCHIPIÉLAGO
Nina Melero
CONTRALUZ

NINA
MELERO

Archipiélago


TAILANDIA
VIETNAM
CAMBOYA
FILIPINAS
Mar de Andamán
Mar de Joló
Estrecho de Malaca
MALASIA
BRUNEI
Malasia peninsular
OCÉANO PACÍFICO
SINGAPUR
Borneo malayo
Islas Riau
Ecuador
Borneo indonesio
Sumatra
Célebes
Tana Toraja
Molucas
Papúa occidental
Mar de Java
MAKASSAR
YAKARTA
Mar de Banda
Estrecho de la Sonda
Java
Bali
Flores
OCÉANO ÍNDICO
Estrecho de Lombok
Lombok
TIMOR
INDONESIA
Sumba
AUSTRALIA

Primera parte

No es un cuchillo normal. Tiene los filos asimétricos, curvos como lomos de serpiente; y su superficie, que no acaba de reflejar la luz, posee una opaca prestancia de piedra prehistórica.

Siempre es totalmente plano y tiene una longitud calculada con precisión. Todas y cada una de sus características han sido desarrolladas durante siglos en el archipiélago malayo para desempeñar una única función: penetrar silenciosamente sobre la última costilla y ensartar, con un solo movimiento, hígado, pulmón y corazón.

Entrar por la derecha: desde atrás. Apuntar alto. Esas son las únicas instrucciones necesarias. Después, hay que retirar el cuchillo del cuerpo ya vencido. Un simple giro de muñeca coloca su filo bruscamente en vertical, provocando que, al salir por donde ha entrado, el pico que tiene junto a la empuñadura fracture el hueso de la costilla. La costilla rota es un toque final sin demasiada importancia: su dueño, al fin y al cabo, ya no la va a echar mucho de menos.

Había sido el filo de aquel cuchillo, el *kris,* lo que tantas veces se había interpuesto en el camino de portugueses, holandeses y británicos; de cualquier invasor que se atreviera, por las buenas o por las malas, a intentar apoderarse de alguna de las hermosas y terribles islas de este mar hirviente que los chinos siguen llamando «Nán Yáng»: el mar del Sur.

Durante siglos, el *kris* y su leyenda han conseguido cortar el paso a todos los tipos posibles de piratas y ladrones, manteniéndolos a raya. Bueno, no era solo el cuchillo. También estaban los tigres. Y la selva. Y el calor.

Este calor.

1
La Perla de Oriente

Una gota de sudor resbala blandamente sobre sus vértebras, deslizándosele bajo la ropa hasta llegar al hueco entre las nalgas. No es la única. Otras muchas la acompañan rodando cuello abajo, acumulándose bajo el pecho, en el ombligo, entre las piernas. Después de esperar solo cinco minutos a la salida del aeropuerto, el sudor le cubre ya toda la piel con su pegajosa pátina; y la blusa se ha convertido en un pesadísimo tejido que se adhiere viscosamente al cuerpo en los lugares más inapropiados.

Mientras espera un taxi que la saque al fin de aquel infierno, Sofía se da cuenta de que no contaba con esto. Maquillaje corrido, ropa empapada, pelo fosco, pies cocidos, aromas intensos… Pasados los treinta grados y con un 85% de humedad, es todo un reto seguir pareciendo una dama.

Lo que más la asusta es que ni siquiera hace sol: ¿qué sucederá, entonces, cuando se retire la misericordiosa capa de nubes que de sus rayos ahora la protege? Morirá, está segura. Pero no le importa. Se imagina el mármol fresco de su tumba como un consuelo divino. Está delirando. Mucho. Le falta el aire. El taxista le grita que suba de una vez. Sofía se recompone el moño churretoso y se monta por fin en la carroza salvadora: un R12 que, como ella, ya hace tiempo que dejó atrás la treintena…

El taxista es un hombre chino de edad muy avanzada; lo cierto es que asusta un poco ver sus manos temblorosas a cargo del volante. Sofía le enseña la dirección a la que quiere ir escrita en una tarjeta, para evitar confusiones. Es un hotel en el centro de Singapur. Después de examinar detenidamente la tarjeta, el hombre le dedica una sonrisa peculiar, que combina aprobación y complacencia; y vuelve a colocar las manos sobre el volante. Ambos pulgares permanecen alzados, sin doblarse: se lo impiden las uñas larguísimas que los rematan, amarillentas y opacas como los dientes de un roedor.

De camino al hotel, él le habla en tono animado, dirigiéndole miradas amables a través del retrovisor. Al principio Sofía cree que el hombre le está hablando en algún idioma que no entiende, de modo que se limita a sonreír educadamente. Después de varios kilómetros, sin embargo, empieza a acostumbrarse y se da cuenta de que, en realidad, él le está hablando en inglés… Bueno, en algún tipo de inglés, *su* inglés. Y no solo le habla: la está interrogando. Quiere saber cuántos años tiene y si está casada; y, si lo está, por qué viaja sola; y,

si no lo está, cómo es posible que una mujer de esa edad no tenga marido, y que si quiere conocer a un nieto suyo, muy simpático y bien dispuesto; y que si esta es su primera visita a Singapur, y que si en su país los taxistas ganan más dinero que aquí, porque él tiene dos trabajos y a su edad ya está muy cansado, y que ella debe de tener mucho dinero para poder viajar desde un lugar que está así de lejos y encima poder alojarse en aquel hotel tan bonito.

Sí que era bonito, sí.

Detrás de los cristales del coche, el Raffles surge como un espejismo entre la bruma caliente que levita sobre el asfalto.

Allí, protegido del fragor de las autopistas que lo rodean, entre rascacielos de treinta plantas que reflejan en sus cristales miles de soles asesinos, se oculta un oasis de verde frescura: un refugio custodiado por columnas de mármol y palmeras gigantescas.

Es la misma, idéntica visión que miles de viajeros llevaban teniendo desde 1880, cuando, con las piernas temblorosas después de una travesía de meses en alta mar, los oídos saturados del griterío multilingüe del puerto y la aparatosa ropa europea empapada y adherida al cuerpo como una mortaja, vislumbraban al fin la blancura del hotel, geométrica, perfecta. Desde la litera, arrastrada a trompicones por un *coolie* de pies mugrientos, muchos se restregaban los ojos, incrédulos. Entonces, ¿era posible escapar del barullo de los cuerpos, de la pestilencia de aquellas extrañas frutas callejeras, del calor que todo lo pudre? ¿Era real aquel edificio de familiares perfiles, aquella promesa de retorno a la compostura y el orden; o, lo que es lo mismo, a la civilización perdida? ¿Podía uno arrepentirse y volver a casa? Probablemente, no. Pero al menos les quedaba el Hotel Raffles.

En cuanto lo vio, Sofía pensó que estaba más que justificado aquel título de «Perla de Oriente» que le daban los viajeros de la época colonial, mucho antes de que otros lugares de Asia reclamaran para sí ese nombre.

Ella no llega en ninguna litera propulsada por tracción humana, ni acaba de saltar a tierra después de semanas en un vapor, pero la impresión que el hotel produce sigue siendo la misma. Se alegra mucho de haber llegado y siente una especie de euforia, como si regresara por fin… A pesar de no haber estado nunca allí. Al bajarse del taxi, tiene ganas de correr hacia la entrada del hotel, refugiarse en los frescos soportales y beberse hasta la última gota de aquella fuentecita del jardín, amorrándose a los grifos labrados con desesperada fruición si nadie llega a tiempo para impedírselo.

Gracias a dios, el portero del hotel le corta el paso y se impone la cordura.

Es un hombre indio de casi dos metros de altura, con un turbante de guerrero *sij* y un uniforme militar blanco impoluto.

—Señora, ¿se encuentra bien? —l e dice él, abriendo un paraguas sobre su cabeza.

Vaya, ha empezado a llover. Ni siquiera se había dado cuenta. Es extraño: ahora hace todavía más calor que antes.

Sofía se deja acompañar al interior del hotel; y, una vez traspasados los arcos blancos que dan paso al Raffles, enseguida empieza a sentirse mejor. Los ventiladores y el agua —c asi un cubo, se bebe; jadeando como un perro en los elegantísimos lavabos— la ayudan a recuperarse un poco del mazazo inesperado. Jamás pensó que el simple calor —y , además, sin sol ninguno— pudiera aplastarte los huesos con una fuerza semejante. ¿Cómo era posible sentirse así a solo treinta grados de temperatura? Y ella precisamente, que conocía de sobra los rigores del verano patrio… Este calor, sin embargo, era distinto. Atacaba a traición y golpeaba astillando, como un hacha roma.

En la recepción, el empleado le pide el pasaporte y toma nota de todos sus datos. Al ver de dónde procede la mujer, se la queda mirando un momento y luego dirige la vista hacia otro cliente que espera junto a ella en el mostrador. Después, con una sonrisa, le pregunta si viajan juntos.

Sofía se vuelve para mirar a la otra persona, que por lo visto resulta compartir con ella nacionalidad; y le aclara al recepcionista —a lgo incómoda, por otra parte, y deseosa de subir a su habitación—, que se trata solo de una casualidad. Ella viaja sola.

El empleado se disculpa profusamente, turbante arriba y turbante abajo; y le devuelve por fin sus papeles y su pasaporte.

—Gracias y bienvenida, señora Carrai. Ahora le subiremos su equipaje, no se preocupe —l e explica, con su inmutable sonrisa.

Ella no le oye: ya ha cogido su maleta, ya tiene un pie en el ascensor… Y, en cuanto se cierren las puertas metálicas y se quede sola dentro, piensa mandar los zapatos a hacer gárgaras.

Al llegar a su piso camina ya descalza por el pasillo, sintiendo el frescor del mármol bajo los pies como si fuera una bendición celestial. En los laterales, abiertos al exterior sin pared alguna, asoman las gigantescas hojas de plantas desconocidas que protegen las galerías del calor inhumano, del fragor de la ciudad y de las miradas indiscretas.

Nada más entrar en la habitación, lanza la maleta donde caiga y se arranca la ropa del cuerpo. La blusa está empapada, el sujetador se le ha incrustado en la piel y las medias (magnífica idea, ponerse medias en pleno ecuador) tiene que despegárselas poco a poco de los muslos, como un reptil que trabajosamente de su piel se liberara. Una vez que está desnuda y la carne respira libre al fin, Sofía se detiene de pronto en mitad de la habitación y abre las aletas de la nariz, espantada: su ropa interior, ya abandonada sobre el suelo, huele a ella misma de un

modo que ni siquiera conocía.

A pesar de todo, no va a ducharse. No tiene fuerzas.

Solo se abandona sobre la cama, dejándose caer desnuda entre las sábanas, crujientes de puro almidón. Después cierra ojos y oídos al mundo circundante.

En el último año ha dormido en doce camas diferentes. Doce ciudades distintas que, como de costumbre, nunca llega a conocer del todo. No le da tiempo. Su recuerdo de Liverpool, por ejemplo, se limita a luces de coches proyectadas en incansable movimiento contra la pared de la habitación. París es salsa holandesa y conserjes engominados. Tesalónica son gatos vagabundos que se sacan los ojos en patios traseros, maullando toda la noche para no dejarte dormir más de dos minutos seguidos. Del Greenwich Village solo recuerda risas de madrugada y músicos callejeros, que tampoco la dejaron pegar ojo, hasta que acabó dando palmas ella también y lanzándoles monedas por la ventana. La lista es infinita. Por lo demás, los hoteles nunca difieren mucho entre sí. Da igual que las sábanas estén impecables o parduzcas, todas han sido ocupadas por mil cuerpos. También resulta indiferente que en la habitación haya despertadores digitales o clepsidras de arena. A fin de cuentas, todos los relojes de hotel del mundo están ahí para desempeñar una única función: medir puntualmente la acumulación de esa tristeza sucia e invencible que se siente al despertar a solas, con la noche a medio tragar, en una ciudad desconocida.

Sofía acaba durmiendo varias horas, sin sentirlo ni quererlo, desnuda sobre la cama gigantesca de una habitación del Hotel Raffles.

Cuando despierta, ya está oscuro el cielo en el balcón. El calor persiste: es un ente vivo al que no consigue aplacar ni siquiera la oscuridad. Son las tres de la mañana del 6 de enero.

Esta vez, el reloj es un carillón.

2
Lenguas y puñales

«A diferencia de lo que ocurre con otras armas tradicionales de Asia, como la catana japonesa —d estinada únicamente a la mano del guerrero samurái—, el *kris* es un cuchillo para todos los hombres; o, mejor dicho, el cuchillo de cada hombre. No existe pescador, príncipe o pirata del Archipiélago que haya abandonado jamás su casa sin asegurarse primero de que lleva su *kris* consigo, bien prieto contra la cadera.

No es solo un arma, instrumento o complemento: es una parte del cuerpo. El cuchillo es una prolongación de su dueño; y, si es necesario, puede sustituirle. Cuando al hombre no le es posible estar presente, el *kris* realiza todas sus funciones. Su presencia equivale a la de su propietario, y tiene valor legal en ceremonias como un pacto o una boda. No son pocas las mujeres que, durante siglos, han desposado cuchillos —e nvainados y engalanados para la ocasión— que ocupaban el lugar de un hombre. El novio ausente, ya marido, era un desconocido para ellas en algunas ocasiones; y, en casi todas, había sido retenido por los lances del mar o de la guerra».

El orador prosigue, ajustándose las gafas y blandiendo entusiasmado el mando que controla el flujo de diapositivas. La suya es la primera ponencia de la mañana, que será intensa. Un gran número de expertos, estudiantes y aficionados de todo el mundo han acudido al congreso «Cuchillos y otras armas rituales del Pacífico» que se celebra en Singapur. Este año la atención se centrará en los filos del *kris* malayo, el *kerambit* filipino y el *badik* de los piratas *bugis* . La región protagonista es el archipiélago malayo, un área geográfica dividida políticamente hoy en día entre Malasia, Indonesia, Filipinas, Singapur, Brunéi y Timor. Más allá de la política, sin embargo, es mucho lo que comparten las islas que componen el Archipiélago. Para empezar, la pasión por los cuchillos.

Mientras habla sobre el *kris,* el orador nota, algo preocupado, que el público de la primera fila parece inquieto. Alza la vista: vaya, no son solo ellos, se trata de toda la sala. A pesar de todo decide no interrumpir su discurso, achacando las caras de desconcierto al efecto que su interesantísima explicación provoca —c omo es natural— en cualquiera que le esté escuchando. Estupendo: no lleva ni dos minutos hablando, y ya tiene a los oyentes subyugados… ¡Se los ha metido en el bolsillo a la primera! Nada que ver con sus estudiantes de la facultad en España, a los que no parece importar un bledo su

asignatura, un módulo de pocos créditos y horario desafortunado. Aquí las cosas son diferentes: por fin, alguien se queda patidifuso al oír su brillante discurso.

Bueno; oír, lo que se dice oír, sí que lo están oyendo. El problema es que no entienden ni una palabra: es por eso que miran confusos a su alrededor. O más bien hacia atrás, al fondo de la sala, donde se encuentra la cabina del intérprete.

Está vacía.

Tras unos minutos oyendo la charla en un incomprensible idioma extranjero, los asistentes se han dado cuenta de que, si no les llega la traducción, no es a causa de ningún retraso técnico.

¿Pero dónde demonios está la traductora? Algunos empleados pululan nerviosos por la sala, mientras el público espera con estoica paciencia. Uno de los organizadores confirma que la intérprete registró ayer su llegada al aeropuerto de la isla. Él mismo recibió su llamada. No se explica por qué esta mañana no se ha presentado.

Mientras el público aguarda a que se resuelva el problema, el orador ordena y reordena sus papeles, se quita las gafas, sonríe sin saber qué hacer. Sin el idioma, se ha quedado mudo para las cien personas que tiene delante.

No pasa nada: la organización soluciona de inmediato el pequeño contratiempo buscando apresuradamente entre el resto de los intérpretes que trabajan ese día a alguno que tenga nociones de español. La intérprete filipina, a la que en realidad han contratado para traducir otro idioma, se niega en redondo. Pero se la obliga igualmente.

Sus lagunas lingüísticas y su falta de preparación sobre esa charla en concreto la fuerzan a improvisar, con mucho arte y mucho oficio, una traducción bastante «creativa» de partes enteras del discurso en español, cuyos matices es consciente de no entender por completo. A pesar de sus esfuerzos, en su traducción el *kris* de la explicación original se acaba convirtiendo, por arte de magia, en un *kalis,* un arma ligeramente diferente y asociada a otro grupo étnico. Además, como la espada de la traducción es más grande y tiene un filo diferente a la del original, el discurso del orador pierde todo sentido para los asistentes. En otras palabras —y nunca mejor dicho—, aquello es un despropósito, una pura incoherencia. Pese a todo, como el inglés que recibe el público a través de los auriculares es impecable, nada permite desconfiar del traductor: es seguramente el orador el que está diciendo tonterías. Claro, si es que cómo van a saber nada del tema en un país tan lejano y exótico como España… Lo que tiene aquel investigador es un cacao mental que no hay por dónde cogerlo. Al final de su ponencia, el público no le abuchea de puro milagro.

Los organizadores del congreso, por su parte, en lugar de percatarse

de que los intérpretes no pueden reponerse como recambios automovilísticos y de que los idiomas no son simples hileras de palabras, se muerden los puños al fondo de la sala preguntándose cómo han podido aceptar la ponencia de un orador tan poco preparado como aquel.

Nadie se preocupa por saber qué ha sido de Sofía Carrai, la intérprete que debía lanzar dagas y puñales milenarios de un idioma a otro, y en la que nadie habría reparado si no hubiese sido porque no se encontraba en su puesto.

Afortunadamente, no le ha ocurrido nada malo. Se encuentra todavía a la entrada del centro de convenciones donde se celebra el congreso, un modernísimo edificio acristalado que parece diseñado por un esquizofrénico armado de escuadra y cartabón. En el control de seguridad ha surgido un problema y siguen sin permitirle el acceso. A primera hora, viendo que el congreso estaba a punto de comenzar y que no la dejaban entrar, Sofía había llamado a uno de los organizadores, desesperada, para que alguien saliese a confirmar su identidad. Nadie respondió: todos habían silenciado ya sus móviles porque la charla había comenzado. Sin su voz.

El guardia de seguridad de la entrada no atiende a razones: tiene instrucciones muy claras de no permitir el acceso a ninguna persona que no se identifique debidamente. Y la mujer no tiene pasaporte. Peor aún: sí tiene uno, pero en él aparece un nombre que no se corresponde con ninguno de los de la lista. Por si fuera poco, la foto del pasaporte es la de un hombre.

—Le digo que es un error… Este pasaporte no es mío.

—Eso ya lo veo. Usted no lleva bigote.

—No sé qué ha ocurrido; me acabo de dar cuenta ahora. Estoy tan sorprendida como usted… Pero puedo enseñarle otros documentos: mire, aquí está mi carnet de identidad. Aquí puede usted ver mi nombre y comprobar que está en la lista.

El guardia examina el documento plastificado, una tarjeta desconocida que tiene para él la misma validez que el carnet de la piscina. No. Las cosas no funcionan así. Él ha recibido órdenes precisas al respecto.

—Acompáñeme, por favor.

—¿A dónde? ¿Por qué? No puedo… Por lo que más quiera, déjeme entrar: soy la intérprete, ya se lo he dicho… ¡El congreso va a comenzar y la cabina está vacía! ¡Voy a perder mi trabajo!

Haciendo oídos sordos y arrastrándola por un brazo, el guardia la obliga a abandonar el edificio. Ella se zafa de un empellón y vuelve en dirección a la entrada, corriendo hacia una puerta que, dios lo quiera, quizá dé paso al auditori o… Pero, como era de esperar, otro guardia la detiene.

Ya en comisaría, debe explicarlo todo otra vez.

—Le estoy diciendo la verdad, ese pasaporte no es mío. No estaba intentando hacerme pasar por otra persona, yo solo…

—Y entonces, ¿por qué lo tiene usted? ¿De dónde lo ha sacado? ¿Lo ha robado?

—¿Que si lo he robado? Pero qué dice…

—Pues usted dirá.

—Seguramente se trata de un error. Mire, yo me alojo en el Hotel Raffles, puede comprobarlo. Ayer saqué el pasaporte para presentarlo en recepción, esa es la última vez que recuerdo haberlo tenido en la mano. En la cola había mucha gente. Es posible que, al devolvérmelo, el empleado se confundiera y me diera el de otra persona.

—Ya. Y usted no se ha percatado hasta ahora.

—No.

—Los pasaportes de cada país son diferentes, señora. ¿Cómo no se dio cuenta, aunque no lo abriera, de que no era el suyo?

—Bueno, el pasaporte es español. Por fuera son iguales.

—Qué casualidad: otra persona de un país así, tan raro, que resulta alojarse en el mismo hotel y que coincide con usted en la recepción… Todo casualidades. Me parece muy bien, pero usted no se marcha de aquí hasta que no se aclare todo esto. El robo de pasaportes es una cosa muy seria.

Ella le mira, consternada. ¿Y ahora qué?

Su teléfono empieza a sonar: por fin, al mediodía alguien la echa de menos. Es el orador, al que, según su contrato, debe asistir durante todas las jornadas. La ha llamado porque quiere ir a comer, pero no se entera de nada.

—Escuche: por favor, avise a uno de los organizadores del congreso. Ha surgido un problema y me han detenido —l e explica Sofía.

—¿Qué? ¿Entonces cuándo va a volver? Yo aquí no me aclaro. Me dijeron que no me preocupase, que usted me acompañaría todo el tiempo, que me traduciría todo… Menudo desastre. Pienso presentar una queja.

—Haga lo que le parezca; pero, por favor, ahora ayúdeme. Alguien tiene que venir a buscarme, confirmar mi identidad y sacarme de este lío.

—Muy bien. Pero primero dígame que significa *hawker food* y así vamos quitándonos problemas. Que llevo dos horas dando vueltas y no he sido capaz de encontrar un sitio decente para comer… Mis tripas arman más jaleo que los chinos estos, carajo.

—Significa «comida callejera». Se refiere a lo que venden en esa especie de comedores públicos al aire libre que hay por todos sitios aquí en Singapur. Fideos fritos, sopas picantes, curris de coco con

cabezas de pescado… Todo eso. Y ahora, por favor, busque a alguien de la organización. No hago más que llamar, pero deben de tener el teléfono todavía en silencio.

—¿Comida callejera? ¿Está segura? Mire que en Google no pone eso. Google dice que *hawker* es algo de halcón. Yo nunca he comido halcón. A ver si me sienta mal, me da una diarrea y no puedo asistir a la mesa redonda de esta tarde.

»¿Qué dice, qué? ¡Repita eso! No puedo creerlo. Pienso quejarme a la organización, voy a… ¡Ordinaria!

Al ver que ella cuelga y lanza bruscamente el teléfono contra la mesa, el policía la mira muy sorprendido. Quizás es mejor esposarla: parece peligrosa. Con estos occidentales nunca se sabe.

Una hora después, alguien de la organización se presenta por fin en la comisaría preguntando por ella. Bueno, al menos la discusión con aquel cretino del orador había servido de algo: el tipo debía de haberse quejado. Así, alguien se había enterado de dónde estaba pasando la interprete su jornada laboral y habían ido a buscarla.

La persona que va a recogerla es una empleada de la Universidad, que gracias a dios confirma su identidad y su relación con el edificio donde la habían detenido. La mujer se dirige al policía en mandarín y le enseña algunos documentos que ha traído consigo: la lista de intérpretes del congreso, la fotocopia de los permisos, todo. Menos mal. Nada aplaca mejor las ansias de un funcionario público que un buen fajo de papelorios multi-firmados y profusamente sellados. La magia del impreso oficial empieza, poco a poco, a surtir efecto. Después de realizar alguna llamada más y de obligarlas a rellenar un nuevo formulario, el policía se queda convencido de la verdadera identidad y de la inocencia de la tal Sofía Carrai (al menos, respecto al robo del pasaporte; sobre otras cosas, cualquiera sabe) y la deja marchar al fin.

La empleada la acompaña de vuelta al congreso y se disculpa por lo ocurrido. Según explica, la seguridad es una prioridad absoluta en el país, lo que en ocasiones puede llegar a «hacer complicado lo sencillo». Sofía asiente, comprensiva, aunque no la escucha. Está demasiado ocupada decidiendo si es alivio o arrepentimiento lo que siente al salir de la comisaría. Por supuesto, se alegra de haber escapado de aquel lío, pero no puede evitar sentir la tentación de volver corriendo dentro… Al frescor del aire acondicionado. Y es que nada más poner el pie en la calle, el calor, con su brutalidad habitual, le recuerda que en este país salir es más bien entrar: entrar en un asfixiante invernadero, en la sala de máquinas de un carguero, en el interior de un coche aparcado al sol.

Cuando reanuda su trabajo en el congreso no está muy concentrada que digamos, pero intenta sobreponerse y dar lo mejor de sí. Formula

y reformula como si no hubiera un mañana, y se marca un triple mortal traduciendo hasta dos juegos de palabras y un chistecito cultural. A pesar de todo, nadie se da cuenta; y, como de costumbre, algún que otro asistente le pide agua, confundiéndola con una azafata. No le importa, ya está acostumbrada. Eso sí, durante la mesa redonda se toma su pequeña revancha contra el profesor: en el debate ella opta por no traducir un par de bromas que él hace, de modo que, como toda reacción a sus comentarios supuestamente ingeniosos, se encuentra con una docena de caras impasibles que cortan el hipo al más pintado.

En cuanto termina la última charla del día, el profesor acude a la cabina con furiosas zancadas, dispuesto a encararse por fin en persona con aquella impresentable que, no contenta con hacer esperar a toda la sala en su charla de por la mañana, ha llegado a abandonarle a su suerte en un país de salvajes que comen halcones.

Sofía le ve golpear bruscamente el cristal de la cabina con los nudillos. Cuando ella sale por fin de su pecera, el profesor se queda muy sorprendido.

—¿Es usted la intérprete? La que me ha… ¿La que me ha dicho esas cosas antes por teléfono?

—La misma. La que lleva meses preparando su ponencia sobre los cuchillos, empollándose la terminología, devanándose los sesos para averiguar cómo traducir mejor sus palabras y para traducirle las de otros a usted. Sí, soy yo. La que antes le ha pedido ayuda desde una comisaría, justo esa. Y ahora, si me permite… Mi jornada laboral ha terminado —s entencia, avanzando ya entre los asientos vacíos.

El profesor, un hombrecillo bajito y gafudo, se la queda mirando. En su cabeza, los traductores son una especie de entidad invisible y de algún modo asexuada. No sabía él que pudieran llevar el pelo por la cintura, pasearse por ahí con unos andares tan peligrosos y… sacarle casi una cabeza entera. Aunque solo fuera por esto último, mejor no cabrearla más.

—Vaya… Me la había imaginado de otra manera.

—Pues muy bien. ¿Se aparta, o qué?

—Bueno, yo… La verdad es que, como al final no he comido, pues… Y para desagraviarla, ya que no hemos empezado con muy buen pie que digamos… A lo mejor no es mala idea que nos vayamos a cenar usted y yo por ahí. ¿Qué me dice? Invito yo, por supuesto.

—Ya. ¿Qué quiere, que le traduzca la carta?

—No estaría mal tampoco.

—Mire, si tiene dudas, pregunte al oráculo… Google tiene todas las respuestas. Hasta mañana.

Sofía sale con paso rápido de la sala, deseosa de alejarse de allí y de verse por fin de nuevo sola, desnuda y dormida en la cama de su

hotel.

Sin embargo, eso no va a poder ser.

En el Raffles, en vez del ansiado sosiego de la alcoba en penumbra, le espera un panorama muy diferente.

3
Tigres, rifles y platos de leche

Hay un coche de policía apostado a la entrada del hotel. Los clientes se arremolinan impacientes en la recepción, y un empleado parece estar dando explicaciones a los agentes. Por el momento no se permite a nadie acceder a las habitaciones. Al menos, hasta que no se aclare la situación.

Viendo que no puede subir a descansar, Sofía se deja caer con resignación en uno de los butacones de mimbre que hay bajo los soportales del patio. No piensa en nada, no siente la más mínima curiosidad por lo que está ocurriendo en el hotel. Visto lo visto, no le extrañaría que hubiesen avisado a las mismísimas Fuerzas Armadas porque han oído explotar el globo de algún chicle, un producto ilegal en el país. En fin, que le da igual. Solo quiere que la dejen en paz. Descansa, espera. Observa. Deja vagar la mirada sin rumbo por la pequeña jungla del patio, donde acecha un verdor tan intenso que parece cortado a cuchillo justo antes de que consiga penetrar salvajemente por la galería de mármol.

Frente a ella, el aire se ha vuelto blanquecino de pura humedad. El peso del agua acumulada vence de vez en cuando alguna hoja, formando breves cascadas que parecen saltar de una planta a otra. Está empezando a llover otra vez. El aire se adensa, iluminándose con un resplandor pesado como el del bronce; y una extraña presión parece posársele sobre la cabeza. No se mueve una gota de aire; ni siquiera bajo el enorme ventilador, que gira lentamente sobre ella con un crujir de madera de barco.

Mientras la policía recorre los pasillos, Sofía piensa en el pasado inmediato: frases que quizá podría haber traducido de otra forma, términos que le gustaría comprobar. Por otro lado, hace tiempo que se recrimina no haber empezado ya a aprender otro idioma, a ser posible de una familia lingüística diferente. Si quiere trabajar con clientes asiáticos, quizá debería plantearse en serio añadir otra lengua a su perfil de traductora. De hecho, ha sido un atrevimiento lanzarse a venir aquí armada solo con las lenguas del Imperio… Y es que, para bien o para mal, por casualidad o sin ella, los tres idiomas que ama, los que han acabado convirtiéndose en su casa, son justo aquellos que por el mundo llevaron antiguos viajeros, señores y destructores: inglés, español, holandés.

Por cierto, el hombre que espera en la butaca de al lado no desentonaría en cualquier barrio de Rotterdam. Sofía le observa con el

rabillo del ojo, entreteniéndose en deducir su posible nacionalidad a partir de sus rasgos: una altura exagerada, que apunta hacia el norte de Europa; cabellera lacia, muy abundante para un hombre que debe rondar casi los sesenta; ojos de un color sin fuerza que acaba convirtiéndose en ninguno. Y, para rematar, un tatuaje descolorido asomando extrañamente bajo el puño de su impecable camisa de hombre de negocios.

Cuando nota que ella le está mirando, sonríe. Después, bebe un trago de su copa. Sofía se da cuenta de que ella tiene también una copa ante sí. Una copa y un vaso de agua helada: en este hotel es imposible necesitar algo sin que ellos lo hayan previsto primero. Mientras bebe, Sofía se pregunta cuánto tiempo lleva el hombre sentado junto a ella, y si él también la habrá estado observando.

—Creo que fue justo aquí, desde esta baranda, que dispararon al último tigre de Singapur —l e dice, mirando hacia la espesura del patio, que parece medio difuminada por la lluvia. A juzgar por su acento, Sofía piensa que su intuición apuntaba en la dirección correcta. No obstante, decide no hablarle en su idioma: eso acortaría con él una distancia que de momento prefiere mantener.

—¿El último tigre?

—Sí. A principios del siglo xx , había que tener a los porteros de este hotel armados veinticuatro horas para proteger a los clientes de serpientes, jabalíes y criaturas varias que pululaban por los alrededores. Donde ahora ve usted todos esos rascacielos, antes había jungla, mantenida a raya a golpe de machete. He oído que existía solo un camino que llevara del puerto al hotel. Imagine el aspecto que tendría este edificio despuntando entre la selva. Y ya sabe usted cómo eran en esa época… —p rosigue, cada vez más animado; contento de tener a alguien que escuche su parloteo—. Los hoteles de las Indias Orientales eran las joyas de ultramar y se construían como si fueran palacios… ¿Conoce usted el Continental, en Saigón?

—No… Esta es mi primera visita a Asia.

—¿En serio? Pues tiene que ir a ver Saigón… Perdón, Ho-Chi-Min creo que hay que decir ahora. Pero, sobre todo, no deje de ir a ese hotel: yo me alojo allí siempre que puedo. Quién sabe si la próxima vez no nos veremos por allí… En fin. Le decía que aquí, en el Raffles, un buen día alguien se encontró con un visitante inesperado en la sala de billar: un cliente vio asomar un gigantesco rabo entre las patas de la mesa y por poco se queda seco de la impresión. Era un tigre de Bengala que, por lo visto, pesaba más que cuatro hombres juntos. Menos mal que el portero se ocupó rápido del asunto. Estos *sijs* no se dejan amedrentar… Un solo tiro bastó: en la cabeza y a la primera —d ice, sujetando un rifle imaginario, mientras clava en ella sus ojos abultados e incoloros.

—Entiendo que le habría encantado hacerlo usted mismo.

—Algo así se hace solo si es necesario. Para proteger a alguien. A alguien como usted, por ejemplo.

—¿Ah, sí? ¿De qué? Pero si cuando llegara usted —l e dice ella, en tono de broma— yo al tigre ese lo tendría ya bebiendo leche sobre las rodillas.

—Estoy seguro. Pero cuando terminase de lamerle el plato y al bicharraco le entraran ganas de postre, seguro que se alegraba usted de tenerme cerca…

—¿A usted, o al rifle?

—A los dos. La violencia es un derecho, cuando se trata de proteger lo que importa… Supongo que estará de acuerdo conmigo.

—¿Yo? En absoluto. Pero estoy segura de que el tigre compartiría plenamente su punto de vista.

Él agita el hielo de su bebida, pensativo. Qué rápido llega siempre el fondo del vaso.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Dispare, que ya veo que ganas no le faltan.

—¿Le molestaría si intento adivinar su nacionalidad? Antes la estaba mirando y pensaba… Seguro que no me equivoco. Pero después de hablar con usted, ya no estoy tan seguro.

—Pruebe.

—¿Es usted griega?

—Casi. Siga por el Mediterráneo, que no va desencaminado.

—De acuerdo, descartemos Atenas… ¿Roma?

—Sí. De una antigua provincia del Imperio. Soy española. Me llamo Sofía.

—Encantado. Ronnie, para servirla. Mientras se aclara todo este lío, si quiere pedimos algo más de beber. La ginebra que sirven aquí es de otro mundo. ¿Así que es española? Vaya… Entonces, debe de conocer a la persona que ha armado todo este revuelo. Pero ya veo que está usted tan tranquila, aquí charlando conmigo de tigres, rifles y platos de leche… Admirable —c omenta, haciéndole un gesto al camarero para que le llene bien el vaso.

—Yo no conozco a nadie en el hotel, no sé a qué se refiere.

—Ya. ¿No se hospedan ustedes en el piso de arriba, en la galería? He oído de pasada que había unos españoles alojados ahí. Pero no se preocupe: a mí jamás me han interesado los asuntos de los demás. De hecho, si necesitara usted evitar problemas y quisiera permanecer en mi habitación mientras se aclara todo esto, a mí no me importaría en absoluto. Por otro lado, tengo ciertos… amigos en la ciudad. Si puedo ayudarla en algo, solo tiene que pedírmelo. La policía de este país puede ser realmente molesta. Lo sé de primera mano. Por si fuera poco, aquí no les tiembla el pulso a la hora de aplicar castigos

corporales, latigazos y otras lindezas medievales por el estilo… Ya sabe lo que dicen: Singapur es Disneylandia, con la pena de muerte.

—¿Pero de qué está usted hablando? Mire, no sé por qué ha venido la policía al hotel, pero le aseguro que no tiene nada que ver conmigo.

—Por supuesto; no pretendía ofenderla. Pero recuerde, como le decía, que si necesitara algo… Mi habitación es la 205, la del final del pasillo, en el Patio de las Palmas. Espero, de todos modos, verla por aquí alguno de estos días. Suelo estar en el bar de arriba, poniéndome tibio de cacahuetes —e xplica, dejando que un gesto de la infancia le secuestre por un instante las facciones—. Además, tocan jazz por las noches, muy agradable…

—¿Se marcha? ¿Ya se puede subir a las habitaciones, entonces?

—Bueno, a la mía, sí. Por eso le decía…

Sofía le mira sin comprender, incapaz de discernir si el hombre se le está insinuando o si es que ella no ha entendido lo que está ocurriendo en el hotel. Al final, resulta ser lo segundo.

—Es posible que ya hayan terminado de registrar su habitación, o la de su amigo; y que ya puedan ustedes subir… O salir por piernas, claro, eso a discreción del cliente.

—¿Qué? ¿Qué amigo? Le repito que yo me alojo sola en este hotel. ¿Y por qué están registrando mi habitación? No entiendo nada.

—Pues me da la sensación de que están a punto de explicárselo… —d ice al ver que un agente se aproxima a donde están sentados—. Y ahora, si me disculpa… Voy al baño: siempre que veo a un policía de este país, se me suelta la tripa —m urmura con sorna, antes de desaparecer por los pasillos.

Dos horas después, la tormenta no ha cesado. La caída de agua ha ido *in crescendo* hasta llegar a un punto en el que la lluvia ha dejado de ser visible: es solo una pantalla blanca detrás de la cual el mundo, simplemente, desaparece. Mirar el cristal de la ventana produce la misma sensación que permanecer dentro de un coche en el túnel de lavado, con el golpeteo enloquecedor de las gotas distorsionando cualquier imagen del exterior, cualquier sentido posible.

El hombre se sorprende mucho al ver que alguien llama a la puerta de su habitación. Duda un momento, pero al final se lanza encima su batín de seda china y sale extrañado a ver quién es.

En la galería encuentra a la mujer de antes, con una expresión confusa y algo asustada.

—Perdone, me da mucho apuro molestarle, pero es que… Tenía usted razón. No sé qué está pasando, yo… Es un lío muy grande.

—¿Qué ha ocurrido? Tranquilícese. Y no se quede ahí fuera; pase, por favor.

Sofía entra en la habitación, que está casi en penumbra, y se

arrepiente de inmediato. Quizás ha sido un error dejarse llevar por el impulso, estúpido pero comprensible, de desahogarse. La verdad es que necesita hablar con alguien que pueda dar sentido a todo lo que le ha estado sucediendo desde que puso el pie en Singapur. Está agotada y nerviosa: no lleva en la isla ni veinticuatro horas y ya siente un desesperado deseo de dejarla atrás. Y, con ella, todos los malentendidos absurdos de los que parece estar siendo objeto.

Sobre la mesa hay cajas de cigarrillos arrugadas, cáscaras de cacahuete y vasos. Muchos.

—No se preocupe, sea lo que sea no tardarán en aclararlo todo. De eso puede estar segura. Eficaces sí que son. Aunque, claro, no sé si en este caso eso es una buena o mala noticia para usted… —a ñade Ronnie, con una sonrisa que revela algún que otro diente marchito—. Tiene que probar esta ginebra, hágame caso. ¿Con hielo?

Sofía acepta, más que nada por no agraviar, y empieza a explicarle lo que cree que ha pasado.

Al parecer, alguien había entrado en su habitación por la mañana, mientras ella estaba en el trabajo. No habían robado nada, pero lo habían dejado todo manga por hombro. El hotel había avisado a la policía, que se había presentado de inmediato. Ahora bien, no era solo por la llamada que habían acudido; en realidad, había otro motivo. En la central habían recibido un aviso desde la comisaría donde Sofía había estado detenida. Era así que había llegado a manos de la policía el pasaporte de un hombre que figuraba en el registro de personas desaparecidas. Se trataba del pasaporte de un extranjero, un español. Lo extraño era que la persona que estaba en posesión del pasaporte ni siquiera era el legítimo propietario, sino ella, otra extranjera. El policía que había dado parte del incidente había sido amonestado por dejarla marchar sin realizar las comprobaciones necesarias.

Al menos, en la comisaría había rellenado un impreso diciendo que se alojaba en el Raffles, por eso habían ido allí a comprobar qué estaba sucediendo. Al llegar, se habían encontrado con que en el hotel había una habitación registrada a nombre del desaparecido, quien por lo visto se había intercambiado accidentalmente el pasaporte con ella. Por si fuera poco, alguien había estado rebuscando en la habitación ese mismo día.

Gracias al cielo, después de interrogarla ampliamente, los agentes se habían marchado convencidos de que todo el incidente era solo fruto de una gran confusión.

—¿Y lo es? —l e pregunta él, mirándola por encima del borde del vaso.

—Sí, claro. Incluso el recepcionista del hotel ha confirmado que es muy probable que él hubiera intercambiado los pasaportes por error.

Sofía intenta recordar quién había a su lado en ese momento, pero

no consigue acordarse de nada. Al llegar al hotel estaba tan cansada… Por otro lado, cuando el policía le había confiscado el pasaporte al día siguiente, tampoco había reparado en la foto ni en el nombre. Era un hombre, eso sí; por eso el guardia de seguridad del congreso se había dado cuenta de que el pasaporte no era suyo. Pero ella no se había fijado en más.

Una persona desaparecida… ¿Qué le habría ocurrido? Tal vez le había sucedido algo… desagradable. O quizás era solo alguien que había querido desaparecer. Por un momento Sofía se pregunta si la confusión en el hotel habría puesto a aquella persona en una situación difícil o peligrosa. Y ella, involuntariamente, había acabado proporcionando su pasaporte a la policía y llevándola hasta el lugar donde se alojaba.

—Entonces, ¿usted no conoce al tipo ese? ¿No ha venido aquí con él?

—Ya se lo he dicho cuarenta veces.

—Y ahora, ¿qué va a hacer?

—La dirección del hotel me ha pedido que por favor me aloje en otra habitación, la mía está patas arriba. Me pregunto qué buscaban.

—A su compatriota, claro. O algo que pensaban que tenía. ¿La han cambiado de habitación?

—Sí, la única que está vacía este fin de semana.

—Bueno, menos mal que había una.

—Adivine cuál es: la que, por el error, estaba registrada desde el principio a mi nombre. Resulta que el recepcionista registró la habitación donde yo me alojaba a nombre de ese hombre, y la habitación donde se alojaba él, al mío.

—¿Y él dónde está ahora?

—En ningún sitio.

—Vaya…

—Ya. Los de la policía, sin poder hacer más, se han marchado; pero por lo visto vigilarán de cerca el hotel estos días. No quieren más incidentes.

—«La seguridad es lo primero». Ya, los conozco bien. Les viene de muerte el eslogan para tener bien amordazadito al personal… Mire, si no va a probar la ginebra, mejor me la bebo yo —a menaza, indignado ante semejante desperdicio.

En ese momento, un sonido inesperado interrumpe la conversación. Es una puerta que se abre. Lentamente, como con timidez.

Es la del baño: no están solos.

Por la rendija asoma una carita blanca, que interroga con los ojos a los dos adultos: ¿Puede salir ya?

La niña, de rasgos orientales, no tendrá ni diez años.

Él, sin inmutarse, sigue comentándole algo sobre la ginebra, llevada

a las Indias Orientales por los holandeses, no por los británicos, faltaría más; pero ella ya no oye ni una palabra.

Tras unos instantes de indecisión, se termina su vaso y se dispone a abandonar la habitación lo antes posible. Se despide del modo más neutro del que es capaz y sale cerrando la puerta, dejando tras de sí el olor a alcohol, la penumbra y sobre todo el malestar que le produce lo que no ha visto pero intuye. Una vez en la galería, le sorprende la falta de luz: la oscuridad bochornosa en la que habían estado hablando no era una propiedad intrínseca de la habitación de aquel hombre; sencillamente, se ha hecho de noche. Se trata de algo que, como tantas otras cosas, Sofía desconoce: en el ecuador no existe el alba ni el crepúsculo. Nada de suaves degradados que rondan durante horas el filo del horizonte: día y noche llegan como si alguien hubiera pulsado un interruptor. La rotación de la Tierra da la impresión de ser más rápida aquí, haciendo que el sol salga y entre por el horizonte en cuestión de segundos. Se hace la luz, después muere. Los tonos pastel no pueden concebirse siquiera: todo color es intenso, de una plenitud casi feroz.

Una vez en su nueva habitación, Sofía no sabe qué pensar. A su alrededor todo está intacto: hay un agradable olor a limpio, y la cama está recién hecha. Obviamente, el personal del hotel ha preparado la habitación para que ella pueda ocuparla. A pesar de todo, Sofía no puede evitar preguntarse por la persona que hacía solo unas horas había ocupado aquella cama. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Cómo se llamaba?

Debería haber prestado más atención.

Bah, qué importaba. Dentro de nada dejaría el país y todo aquello se le olvidaría sin más, deshaciéndose en su memoria como nubes débiles, como todo lo que no merece un recuerdo y deja de existir en cuanto cruza el breve cielo del presente. Pero no todo puede olvidarse tan fácilmente. Aunque se quiera.

Se levanta de la cama y se dispone a salir de nuevo.

De camino a la recepción, intenta imaginar cuál es la manera correcta de actuar. Sabe que, si da parte de la situación que intuye se está produciendo en la habitación de aquel tipo, las cosas pueden complicarse aún más para ella. Especialmente en un día en el que su persona, por una cadena de malditas casualidades, no ha dejado de llamar la atención. Pero esto no ha de importarle. Lo principal, ahora, es la niña.

La recepción del hotel está desierta a esta hora. Sus pasos reverberan en la sala gigantesca, y el recepcionista se sobresalta un poco al verla, pensando que viene a presentar una queja furibunda por todo lo sucedido durante el día. En cuanto ella llega al mostrador, vuelve a excusarse abundantemente y se deshace en atenciones. Sofía

acepta las disculpas, consciente de que adoptar el papel de la ofendida puede ayudarle a conseguir lo que quiere.

—¿Está todo a su gusto en la nueva habitación, señora? Podemos también subirle la cena, y…

—Sí, sí; gracias. Supongo que la persona que ocupaba antes la habitación, ese hombre por el que se ha armado todo este alboroto, no ha vuelto al hotel, ¿verdad?

—No, señora. No sabe cuánto sentimos…

—Me pregunto cómo se produjo este error con los pasaportes. ¿Tenía un nombre parecido al mío, o…?

—No creo, fue solo un error mío, sin justificación ninguna —d ice, con cara de compunción extrema, viendo que ella insiste. Después vuelve a comprobar el registro: la estratagema de Sofía ha funcionado —. El nombre es muy diferente, yo… Supongo que es un nombre de hombre en su país. Y también estaba la foto, claro. Pero como eran iguales por fuera, me equivoqué al devolvérselos… Lo siento muchísimo. Aquí está: Santiago Ollauri. Sí, el nombre empieza con la letra ese, como el suyo, pero… Perdóneme, estoy avergonzado; no sé qué más podría hacer por usted…

—Pues una cosa sí podría.

El indio alza la cabeza, sorprendido; y su turbante apunta de nuevo al techo como una torrecita curiosa.

—Verá, ese caballero, el que se aloja en la 205…

—Uno de nuestros mejores clientes. Pasa temporadas enteras aquí.

—Sí, ya me lo ha dicho él mismo. ¿Y se aloja solo?

El recepcionista mira hacia los lados, consciente de que su comportamiento empieza a distanciarse de lo profesional. A pesar de todo, le acaba diciendo lo que ella quiere: se siente obligado después de todos los contratiempos que ha causado con aquel error suyo.

—No, a veces viene con su familia. Ahora mismo está con su hija. Todo aparece aquí, en su reserva.

Sofía suspira, aliviada; y se despide del recepcionista, que le hace una reverencia tal que parece haberla confundido con la Virgen de Lourdes.

Mientras sube a su habitación piensa que, a pesar de todo, no puede estar segura de que aquella explicación sea verdad. No sabe si la niña escondida en el baño es hija suya, y si existirá una esposa; china, supone… O si ese será solo el decorado que ese tipo suele montar para ocultar lo que realmente está haciendo. Nunca lo sabrá. Y una parte de ella, egoísta, cobarde e hipócrita, se alegra de ello: no puede hacer más, de modo que por fin se permitirá a sí misma volver a su habitación, cerrar las persianas del mundo y descansar hasta que hoy se convierta en mañana.

Persianas. Bueno, persianas, no hay. Debería saberlo ya: en la

mayoría de los países, todavía no las han inventado.

Da igual. Cae rendida nada más apoyarse en la cama, sintiendo cómo la cera viscosa y caliente del sueño va sellándole los párpados.

4
A bordo del *Amaranta*

(Algunos meses antes)

Amanece: una luz joven entra bruscamente sobre el horizonte, golpeando —y a a esta hora— con la pesadez de un directo al estómago. Son ya vivos los colores a las siete de la mañana, los azules y rojos que han teñido de pronto las aguas desconocidas sobre las que se desliza la embarcación. Desconocidas, solo para él. El resto del equipo ya ha cubierto alguna vez la ruta que están haciendo, recorriendo el estrecho de Malaca en dirección sureste, hacia Singapur. El corredor, en algunas zonas tan angosto que no llega a tres kilómetros de anchura, es el punto de unión entre el océano Índico y el mar del Sur de China, la puerta de entrada al Pacifico. Para cualquier embarcación procedente de puertos árabes o indios, el estrecho de Malaca es el camino de acceso a China y Japón, una vía natural que conduce del Medio al Lejano Oriente. Esto la convierte en una de las rutas con mayor tráfico marítimo del mundo.

No por eso es, sin embargo, una de las más seguras.

Hoy en día, igual que hace varios siglos, la piratería organizada goza de estupenda salud. En estas aguas, que separan la isla indonesia de Sumatra de la Malasia peninsular, campan a sus anchas bandas de toda índole y diversa nacionalidad, unidas por su codicia de aves de rapiña y su falta de escrúpulos a la hora d e salvar cualquier «obstáculo» que pueda interponerse entre ellos y sus objetivos. Atacan rápido, aproximándose con sus cochambrosos esquifes a la nave que han escogido como víctima y abordándola por sus puntos débiles. La tripulación de los buques comerciales no suele ir armada, así que los piratas no necesitan mucho tiempo para conseguir lo que quieren (a veces, y a falta de nada mejor, una ridícula suma obtenida de la caja del puente tras haberse abierto camino a golpes, alaridos y machetazos). Después, simplemente se descuelgan; desaparecen. Las tupidas costas que enmarcan el estrecho, con sus miles de islotes y sus masas impenetrables de manglares, son el más seguro de los escondites, igual que lo han sido siempre desde hace más de un milenio. Ahora bien, si hace algunos siglos el objetivo de sus ataques era hacerse con la valiosa carga de seda y especias que los barcos transportaban entre China y el Medio Oriente, en la actualidad uno de

los bienes más codiciados es el sistema GPS de los cargueros, que puede venderse en el mercado negro por una cantidad equivalente al sueldo de un pescador de la zona durante quince años.

Hoy en día cualquier embarcación es, en realidad, susceptible de sufrir un ataque. Da igual la carga, porque, si esta no les basta, ya encontrarán ellos algo a lo que sacar partido… Los abordajes y robos son tan frecuentes que las compañías de seguros aplican a los barcos que cruzan estas aguas las mismas pólizas que si atravesaran una zona de guerra.

En otras latitudes, la piratería se ha especializado en el lucrativo negocio de los secuestros: no es así en el Archipiélago. Demasiado complicado, demasiado arriesgado. Ellos «resuelven» las cosas en el momento. Por otro lado, no son los grandes cargueros ni los buques bajo bandera de países «ricos» los que sufren con mayor frecuencia estos ataques. Los piratas se ceban con los débiles, con los desposeídos. Algunas veces llegan a abalanzarse sobre las barcazas llenas de emigrantes que escapan de países en crisis o en conflicto, y que intentan desesperadamente llegar a puerto seguro. Atacan incluso embarcaciones sin motor, a menudo a la deriva, cargadas hasta arriba de personas que no han comido durante días y de algunas que ya no volverán a comer más. Los piratas los abordan, roban cualquier objeto que brille un poco, violan a las mujeres y matan a todos por pura diversión. Con cuchillos, que es más barato. Así son los piratas del siglo XXI : del estrecho de Malaca al norte de Borneo, de la isla Célebes a las Molucas… Es igual en todo el Archipiélago. Y larga vida a Sandokán, que solo vive en nuestro recuerdo y en las páginas de nuestros libros.

El piloto de guardia se seca el sudor de la cara para evitar que gotee a chorro vivo sobre el panel. Si está sudando así es solo por el calor, ya intensísimo a esta hora de la mañana. Solo por eso. Seguro. No hay de qué preocuparse… Ha oído que los ataques han descendido últimamente, desde que los gobiernos de los países circundantes han firmado un acuerdo para patrullar la zona. Hace meses que no se oyen historias de agresiones, desapariciones y «otros incidentes». Además, aparte del equipo, el barco no lleva carga que les pueda interesar. Al menos, de momento, se dice el piloto. De todos modos, está más que contento de que haya llegado el amanecer y con él acabe por fin su cuarto de guardia.

El alba no trae, sin embargo, la brisa que suele acompañarla en otras latitudes. La superficie del agua permanece en calma, presa de una inmovilidad casi siniestra, como si en lugar de navegar por mar abierto recorrieran el curso de un río.

La puerta se abre y en el puente aparecen dos figuras somnolientas: uno, pulcramente afeitado y ya preparado para comenzar su turno con

el equipo reglamentario a punto; el otro… Bueno, el otro, mejor ignorarlo. Pero no suele ser eso tarea sencilla, piensa el piloto, a juzgar por lo que ha estado viendo desde que el tal Ollauri se había incorporado al equipo. Aunque no habían sido pocos los que se habían opuesto a que aquel individuo participara en la expedición, las órdenes venían de arriba y no había nada más que hacer. Por si fuera poco, tenían que seguir sus indicaciones y acatar las decisiones que tomara. Si bien todos se comportaban, a más de uno le habría gustado darle un buen empellón para que cayera por la borda, y el piloto se encontraba entre ellos.

Ahora mismo, por si acaso, le observa de reojo mientras sorbe de buena gana el café que le ha subido el compañero. Intenta no hacerle caso, a pesar de que le ve trastear ruidosamente por la cabina, comprobando no se sabe muy bien el qué. De pronto, por algún motivo, se ha quedado mirando fijamente el registro de ruta de la noche anterior.

La línea que representa la distancia recorrida por el barco es gruesa, estable, con pequeñas curvas en algunos tramos.

Sin mediar palabra, Ollauri planta su manaza en la nuca del piloto y le obliga a agacharse contra el monitor. La brusquedad del gesto pilla al chico por sorpresa, y el café hirviendo se le derrama por la pechera. La puta que lo parió.

—Esto qué es —l e dice, sujetándole el cuello de forma que no pueda levantarse, ni girarse para mirarle.

—Pues el registro, qué va a ser. ¡Suélteme!

—¿Y estas curvas? ¿No se le indicó que no alterara el rumbo bajo ningún concepto?

—¡No he cambiado el rumbo! Solo he tenido que realizar ajustes, leves desvíos para esquivar a algunos pescadores que se nos han estado cruzando durante la noche. Barcas pequeñas, hasta una especie de canoa he visto… ¿Qué quería, que los arrollase?

Ollauri suelta al fin el cuello del piloto, no sin antes haberle restregado la cara contra el monitor, como quien castiga a un perro a enfrentarse con sus propios excrementos. Después, le da la espalda y recoge tranquilamente su propio café de donde lo había dejado. Le contesta sin mirarle: se ha cansado de aquel mocoso, que, además de incompetente, parece sordo y ciego. Ya se está arrepintiendo de haber aceptado participar en aquella expedición, aunque espera que al final merezca la pena: piensa sacar una buena, jugosísima tajada de todo aquello.

—Ese es el método que utilizan: se colocan en medio, para que tengamos que aminorar la marcha. Mientras el piloto está distraído, concentrado en la maniobra para evitar una colisión, otros nos abordan por detrás y toman el barco en menos de unos minutos. Por

eso se le dijo que mantuviera fijo el rumbo. Ante la duda, todo recto: si no quieren chocar, que no se dirijan hacia nosotros… De lo contrario, por lo que a mí respecta, pueden quedar partidos en dos, triturados bajo nuestra quilla. Y a tomar por saco. Eso es mejor que poner en riesgo a todo el equipo. ¿No le parece?

El piloto no contesta. Solo baja la cabeza y se restriega nerviosamente el café de la camiseta. Busca solidaridad en los ojos del compañero, que hace un instante había estado a punto de intervenir a puñetazo limpio, pero ahora ya no la encuentra. Solo le oye musitar un seco «Menos mal que ha habido suerte».

Gracias al cielo, en solo unas horas habrán llegado a Singapur. Repostarán en uno de los puertos de la ciudad y cargarán equipos y provisiones. Pero no solo eso: una vez a punto, y antes de dirigirse por fin hacia su destino, se procederá a soldar varias barras protectoras y se colocará alambre de espino para cubrir el perímetro de la popa y la cubierta principal. En realidad, todas las precauciones que se van a tomar tranquilizan e inquietan por igual a la tripulación. En Singapur embarcará también personal de seguridad: no se ha reparado en gastos. El Instituto Asiático de Arqueología Submarina no quiere correr riesgos, que bastantes problemas han tenido ya con esta operación. Es también por eso que esta vez llevan a bordo a selectísimos buzos, a profesionales autóctonos y… Bueno, a alguno que autóctono no será y de profesional poco tiene, pero que lleva varias décadas trabajando en la zona. Trabajando… O lo que fuera que hiciese aquel tipo. En fin. Lo que es seguro es que no ha puesto pie en un curso de arqueología en su puñetera vida —n i de arqueología, ni obviamente de ninguna otra cosa—, pero dicen que es el mejor. Y ellos quieren a los mejores. Aunque, de seguir así, y después de los incidentes de las últimas semanas —t res altercados a bordo, una amonestación que el interpelado se había restregado muy gráficamente contra la entrepierna y un accidente que gracias a dios no acabó en tragedia— muchos se preguntan si contratar al tal Ollauri no habrá sido un error que acabarán pagando caro.

5
Madame Chong

Por suerte, a Sofía solo le queda un par de días más de trabajo en el congreso, y después podrá abandonar Singapur. La verdad es que está agotada y no desea permanecer allí mucho tiempo más. Si bien siente aún mucha curiosidad por explorar la ciudad-Estado, intuye que al final acabará conformándose con la poca información que ha ido leyendo en su guía de viajes mientras vagaba por las salas de espera de aeropuertos y auditorios. Por lo que ha entendido hasta ahora, Singapur es una isla muy pequeña, del tamaño de la ciudad de Madrid, que se encuentra en el extremo sur del Sudeste Asiático, en pleno ecuador, enmarcada por Malasia al norte e Indonesia al sur. Es una isla más del llamado archipiélago malayo. La población está formada por tres grupos étnicos: chinos, tamiles (originarios del sur de la India) y malayos. Sofía intenta averiguar más sobre la historia colonial de Singapur, y lee lo que puede en su guía, pero luego empieza a estar ansiosa por leer la historia de otro modo: en los trazos que de ella hayan podido quedar en el presente. Hoy, por ejemplo, después del trabajo se ha aventurado por una zona popular donde hay varios templos.

Después de un laberíntico recorrido por los soportales del barrio chino, esquivando cajas de fruta, marisco vivo y muñequitos de goma, Sofía llega a uno de esos templos. Es un imponente edificio de madera con las cornisas rematadas por dragones y otras figuras coloreadas. Justo detrás se alzan monstruosos rascacielos, conectados entre sí por pasarelas de hormigón.

Los portones del templo están cerrados. Ha llegado demasiado tarde.

Un hombre, a pesar de todo, reza a la entrada, sosteniendo entre las palmas de las manos tres palillos de madera que desprenden un fuerte olor a quemado. En realidad, todo el lugar huele a quemado: es por el fuego de las ofrendas, por el papel y la madera abrasados. El olor hace que pique la garganta y escuezan los ojos. Todo ese humo seco raspa, agrio, dentro de la boca: será el sabor de los dioses… Sofía se sienta en los escalones sin saber qué hacer. La figura de una divinidad calva y bigotuda que vigila la entrada la observa desde arriba con ojos enloquecidos. A sus pies, de ofrenda tiene naranjas, monedas y cigarrillos.

Cerca del templo, en una especie de chiscón, una vieja china lee la fortuna a los fieles. El letrero está escrito a mano. Debajo de los

caracteres chinos hay unas letras torcidas que dicen: «Madame Chong: te dice lo que necesitas saber».

Sofía se acerca, más por aburrimiento que por otra cosa.

El interior de la caseta también está saturado de humo: procede de unos palillos incandescentes que hay pinchados en una montañita de arena, dentro de un cuenco de terracota. La adivinadora, envuelta en una túnica amarilla, tose espasmódicamente. Entre tos y tos, mira a Sofía con curiosidad, frunciendo el ceño; y con él se fruncen también las cejas que se ha pintado, varios centímetros más arriba de lo que corresponde y con los extremos rizados en dos delirantes volutas. Su pelo, teñido de negro y estoposo como las greñas de una momia, se alza trenzado en un moño imposible, que casi duplica el tamaño total de su propietaria. Y, para rematar el señorial conjunto, en la cima tiembla un despeluchado penacho de plumas amarillas. «¡Menuda tía rara!», piensa, viendo entrar a Sofía.

La vieja invita a la extranjera a sentarse en una minúscula sillita de madera frente a ella. Sofía la ve esconder algo a toda prisa bajo los faldones de la mesa: es una caja de corcho donde humean aún, en un caldo parduzco, los restos de unos fideos retorcidos y gruesos como lombrices.

La mesa está cubierta por un tapiz de terciopelo no muy limpio. Encima hay unas tablillas con símbolos y una caja de madera. La adivinadora le señala la caja: es una especie de estuche pequeñito, perforado por un agujero redondo. Sofía se asoma a ver qué hay, pero retira la cara, sobresaltada. Algo se ha movido. Dentro hay algo vivo.

Vaya.

Es un pájaro. Un triste periquito verde al que han quemado los ojos con una cerilla y al que sacan de vez en cuando de su encierro para que se pasee por las tablillas de la fortuna, «leyendo» el destino de los clientes. Sofía prefiere no verlo. De hecho, está ya levantándose para irse de allí; pero la vieja la invita con gran ceremonia a volver a sentarse y le ofrece un precio más bajo, pensando que ese es el motivo por el que va a perder a su clienta. Sofía duda. Por la cabeza le pasa la idea de llevarse al pájaro. Se lo podría quitar a la vieja, o comprárselo, quizá. Después se da cuenta de que no serviría de nada: ¿A dónde podría ir un pájaro sin ojos, que posiblemente ni siquiera sabe volar? Sofía se convence así de que no puede hacer nada y se siente mejor: no tiene responsabilidad porque ninguna acción por su parte cambiará las cosas. Por alguna razón le viene a la mente la imagen de una niña china, pero Madame Chong interrumpe el hilo de sus pensamientos, insistiendo con la cajita de madera. Sofía le dice que nada de pájaro, que mejor le lea la mano. Pero «ella no lee manos», le explica la vieja. Ella solo lee caras.

Sofía accede a dejarse escrutar bajo la lamparilla. Va ladeando la

cabeza a un lado y a otro, según le indica la adivina. Sus dedos están duros, y al sentirlos sobre las mejillas le parecen palos de madera.

Cuando al final abre los ojos, ve que Madame Chong está muy preocupada por ella.

«No marido. No hijos. Desgraciada».

Sofía se encoge de hombros, indiferente: sabe que en la cultura china ninguna persona, hombre o mujer, puede considerarse adulta hasta que esté casada. Y ella ya no tiene edad para poder pasar por niña: soltera a los 36, en Oriente está condenada a que todo el mundo la compadezca.

—Bueno, novio sí que tengo.

—Novio, novio… Bah. Tú, vieja para novios.

La adivina sigue examinando con atención la cara de Sofía, con los ojos guiñados como quien no alcanza a leer en la distancia. No está casada, a su edad… Un caso perdido. Pero no es solo ese, el problema.

—Te esperan. Tú nunca vuelves. Eres cobarde. Tú crees que valiente. Pero cobarde. Muy cobarde.

—Oiga, ¿usted quiere que le pague, o no? Porque nunca me han leído la fortuna, pero me da a mí que esto, seguro, no va así.

La vieja la mira, muy sorprendida ante su reacción. Estos extranjeros están chiflados. No importa: ella es una profesional y piensa hacer su trabajo hasta el final. Ataque de tos. Cuando recupera el aliento continúa, sin inmutarse, en la misma línea.

«Eres cobarde».

«Necesitas un cuchillo que corte bien».

«Y la mano firme para usarlo».

Más tos. La lamparita cimbrea, haciendo bailar las sombras de las cortinas, las arrugas de la vieja, los farolillos mohosos que cuelgan sobre sus cabezas.

«Sobrevivir no sirve de nada, si no se atreve uno a vivir».

Sofía se levanta de golpe: ya es suficiente. Le pregunta de malos modos cuánto es, pero Madame Chong le dice que espere, que no ha terminado.

—Pues si no ha terminado, entonces cóbreme la mitad. Y váyase a hacer gárgaras.

—¿Qué? No entiendo, yo…

—Tome, aquí tiene. Y ya que está, ¿no piensa decirme nada de lo que me va a pasar? ¿Qué tipo de adivina es usted, que no adivina el futuro?

—Yo no saber nada de futuro. Yo solo leo el presente. Todos adivinos aquí hacer así. Vemos el presente, pero mejor que tú. Tú estar dentro: no ver.

—Vale… Pues dígame entonces algo útil. Algo que hacer, un consejo, yo que sé.

—He visto tu oreja derecha.

—Lo que me faltaba por oír.

—Tu oreja dice que debes escuchar el Viento del Este. Lánzate contra él. Para volver, ve hacia el este.

—Pues para regresar a mi país desde aquí tengo que ir al oeste.

—No. Si regresas así, tú solo vueltas. Como hasta ahora: vueltas siempre. Nunca a casa.

»Ahora debes ir hacia el este. Solo así tú poder regresar: yendo primero a un sitio donde nunca estad o antes.

Sofía se levanta y escapa a trompicones de la caseta, apartando la cortina de un empujón. Quiere librarse de la pesadez del humo y de los delirios de aquella vieja tunante. Una vez fuera, el bochorno de la noche singapurense llega a parecerle una fresquísima brisa. Se aleja de allí a toda velocidad, bastante disgustada. Le da rabia sentirse así. Seguramente que es por el dinero tirado a la basura, por haberse dejado timar de aquella manera. No, si la culpa es suya; le está bien empleado por prestarse a aquel tipo de cosas, aunque solo hubiera sido por diversión. Tiene lo que se merece.

Avanza con paso triste hacia el hotel: aquella historia la ha dejado hecha polvo y ni siquiera entiende por qué.

Quizás es por el animal. Sí, será eso.

Pobre pájaro ciego. Qué raza de monstruos la nuestra.

6
Nudos y otras ataduras

Una vez realizados todos los trámites en el puerto de Singapur, el *Amaranta,* ya con su tripulación al completo, se dirige al lugar donde debe llevar a término su misión.

Ollauri observa, más aliviado que otra cosa, cómo se aleja la ciudad, con su desigual perfil de bloques de cemento y vacíos discordantes. Toda la línea de costa está desdibujada por la sucia geometría de las grúas de carga y sus enhiestas agujas de telar abandonado. Justo detrás, la muralla de rascacielos parece no tener fin. Ha estado en aquella ciudad muchas veces a lo largo de los últimos veinte años, y cada vez le cuesta más reconocerla: no recuerda lugar alguno en el Archipiélago que haya sufrido una transformación semejante. Cuando vuelve a Malaca, Surabaya o cualquier otra de las ciudades portuarias por las que suele pulular, lo que encuentra se corresponde con el recuerdo que guardaba de ellas. Las costas siguen siendo más o menos lo que eran: manglares en el sur de Borneo y ciudades flotantes al este de Sumatra, con sus palafitos tan apretados que casi no dejan ver el agua. O el siempre reconfortante caos de la capital, Yakarta, probablemente el mejor lugar del mundo para desaparecer sin dejar rastro; y, con diferencia, la ciudad más fea que ha visto jamás… Y eso que en su caso tiene donde elegir. Singapur, por el contrario, le parece siempre distinta, siempre otra. Cada vez es más grande, y no en sentido figurado. La línea de costa cada año se encuentra más al sur, desplazada artificialmente por un titánico proyecto del gobierno. En los últimos tiempos la ciudad-Estado ha ido robando terreno al mar en un pulso suicida cuyo desenlace, por algún motivo, él desea estar vivo para presenciar.

Por otro lado, en un periodo de tiempo brevísimo había sido testigo de cambios que a veces le hacían dudar de si aquel era el mismo lugar donde había atracado la última vez. De la nada habían surgido torres de cristal, norias gigantes, funiculares, autopistas de ocho carriles que ahora cruzaban el agua. No hacía tanto tiempo que él mismo había visto allí, en la playa, corretear a niños y gallos… Niños y gallos enormes, salvajes, que buscaban la sombra entre palmeras y árboles de casuarina, mientras viejas barcazas de pesca se balanceaban amarradas a centenas en la desembocadura del río. Ahora ya no había playa, ni niños, ni gallos, ni barcas. No había nada: solo la ciudad.

No era un nostálgico; nunca lo había sido. Pero algunos cambios no le gustaban: le confundían los mapas en la cabeza. Además, los

cambios, como cualquier otra circunstancia, se clasificaban para él en dos grupos: los que le convenían y los que no. Y estaba claro que las transformaciones que estaban teniendo lugar en la región pertenecían al segundo grupo.

Una vez un tipo holandés del que fue compañero hacía algunos años, viéndole observar el puerto de aquella manera mientras salían, le había preguntado, entre el suspiro y la broma: «Qué se nos habrá perdido a nosotros por aquí, eso me pregunto yo también». Ollauri no le había contestado, pero ambos habían oído bien clara la respuesta, como si en realidad la hubiera pronunciado en alto: lo sabían muy bien, los dos, por qué habían elegido aquellos mares y qué habían venido a buscar.

Era exactamente lo mismo que perseguían muchos de los europeos que se habían abalanzado sobre el Archipiélago a lo largo de los últimos cinco siglos. Algunos habían vuelto a casa con los bolsillos bien llenos, pero otros se habían quedado dando tumbos por las islas sin ninguna intención de volver a pisar suelo patrio, todos en busca de lo mismo: tranquilidad. También de algunas otras cosas, por supuesto… Pero, sobre todo, tranquilidad. En un lugar tan remoto, estabas a salvo de todo lo que hubieras podido dejar atrás. Además, aquí la policía siempre estaba muy ocupada… en sus asuntos. Te dejaban en paz. Para la gente como ellos dos, toda la región era un paraíso de calma y tranquilidad.

Excepto, claro está, Singapur. En aquella pequeña isla podía acabárseles, y cómo, la tranquilidad.

La suya se interrumpe de golpe: uno de los oficiales le hace señas para que acuda al puente de inmediato. Quieren enseñarle algo.

Ollauri sube por la escalera metálica con cara de paciencia. No han salido todavía a mar abierto y ya le andan fastidiando con tonterías. En el puente encuentra un ambiente enrarecido, pero no está seguro de saber descifrar la expresión con la que le observan algunos de los hombres. Se pregunta si van a amonestarle otra vez por alguna gilipollez —e n cuyo caso, esta vez sí, está dispuesto a mandarlo todo al carajo—, o si se trata de algo distinto. No sabría decirlo, a juzgar por las miradas de incredulidad e indignación que le dirigen los demás según se aproxima. Todos excepto el piloto abandonan el puente a una señal de Míster Li, el director de la expedición. Es un singapurense de unos sesenta años, coordinador regional del Instituto Asiático de Arqueología Submarina.

Míster Li le señala algo que hay encima de la mesa, sobre unos papeles. Es un trozo de cuerda de nylon, anudado concienzudamente.

—¿Puede usted, por favor, explicarme qué es esto?

Ollauri no le contesta, aunque ha reconocido perfectamente el objeto.

—¿Me está oyendo? Y aquí no se puede fumar —l e dice, sin pestañear pero con las mejillas ligeramente encendidas.

Ollauri coge la cuerda y señala el nudo.

—Pues es un nudo de esposas de toda la vida: se dobla el cabo y se cogen así las dos gazas, ve usted —d ice, con sorna, deshaciendo el nudo y volviéndolo a anudar—. Se pasa una dentro del seno de la otra, y se tira… Así. Luego, para que quede bien prieto, se asegura cada chicote, con doble vuelta a poder ser. Si se cierra en tensión, no lo deshace ni dios. Pero vamos, son nudos básicos. Me sorprende que me lo pregunte.

El chino se nota arder las narices como si se hubiera esnifado medio kilo de guindillas. Intenta calmarse: está furioso consigo mismo al constatar, una vez más, que aquel extranjero es capaz de desbaratarle en un instante la calma y paciencia sobrehumanas que todo el mundo le admira y que tan lejos le han llevado en su país.

—Escúcheme bien —l e dice, el flequillito ya temblando de ira bajo la gorra—. Esta mañana, viendo que su compañero… «Compañero» es un decir, claro, visto lo visto… Bien; como su «compañero» no estaba en su puesto, se le ha mandado llamar, y… Y le han encontrado aún en el camarote. Ni siquiera estaba sobre la litera, sino en el suelo, bocabajo… Los pies atados con esto. Como un animal.

Ollauri apaga el cigarro y lanza la cuerda sobre la mesa. La han cortado para sacársela y ahora ya no alcanzará para dar dos vueltas, así que tendrá que buscar otra si quiere volver a usarla por la noche.

—Nunca, en décadas de navegación… —p rosigue Míster Li, haciendo un esfuerzo por sonar calmado— he visto nada semejante. Verá, yo… Yo sé muy bien quién es usted. Conozco las razones por las que le llevamos a bordo: de hecho, fui yo mismo quien sugirió su contratación. Sé que fue usted quien encontró el barco hundido en la costa de Borneo, y soy perfectamente consciente de que será muy difícil dar con él y reflotarlo sin su ayuda y experiencia. Es por eso que hasta ahora se ha hecho más o menos la vista gorda con usted y sus… extravagancias. Entre ellas, que nos haya impuesto la presencia a bordo de su compañero, del que, por no saber, no sabemos ni su nacionalidad, dado que ni él mismo parece estar seguro de eso. Para embarcarle hemos tenido que hacer mangas y capirotes, saltándonos las normas solo porque usted se ha empeñado. ¿Sabe una cosa? ¿No le gusta tanto hablar a las claras? Pues a las claras voy a hablarle yo: si durante todo este tiempo hemos soportado sus caprichos y sus desmanes, es solo porque nos conviene. Punto. Ahora bien, esto supera todos los límites. Legales y humanos. No sé ni cómo llamarlo. No vamos a tolerar un comportamiento semejante a bordo. De hecho, debería estar agradecido de que no le denuncie y acabe usted con unas esposas, pero no de cuerda, sino de las otras… No sé lo que piensa, ni

en qué siglo vive usted; pero quiero que le quede bien clara una cosa: en este equipo hay gente de seis países diferentes. Y, aunque distintos, aquí somos todos iguales. El racismo es algo muy grave. En mi país, un delito. Y no voy a…

Al oír la palabra «racismo», Ollauri sonrió de pronto. Era una sonrisa rara, suya, de media boca. Solo el lado izquierdo, para ser exactos.

—Ah… Piensa usted que lo ato por las noches porque es de otra raza.

El chino no daba crédito. «Lo ato por las noches»… Sí, eso era lo que acababa de decir aquel tipejo.

—Si fuera blanco, lo ataría igual; puede usted estar seguro. Pero no se preocupe por él… No lo ato porque muerda. No muerde. Bueno, hasta ahora nunca lo ha hecho. Más le vale. ¿Dónde está?

Míster Li coge el auricular del interfono para preguntar e intenta que el desprecio que siente por su interlocutor no contagie su voz, dirigida ahora a otra persona que no tiene culpa de nada.

—Me dicen que sigue en el camarote. Después de cortar la cuerda para liberarle las piernas, han intentado llevarle a la enfermería, pero no ha habido manera.

—Ya… Terco como un mulo. Y arrastrarle hasta su puesto, imposible: más de noventa kilos pesa, el cabrón… Pero solo hay que saber darle el golpe al huevo. Hablarle en su idioma… Usted ya me entiende.

Ollauri mira hacia cubierta a través de los cristales y observa el trasiego de los compañeros que están comprobando los equipos de inmersión. Hay mucho trabajo que hacer, y él está aquí perdiendo el tiempo. El chino sigue mirándole en silencio, con ojos oblicuos, encendidos; y él no sabe por qué. Ah, sí, la cuestión de la cuerda…

—Oiga, qué más quiere que le diga… Esta mañana, con la faena, se me ha olvidado desatarlo. A veces pasa. En fin.

—Baje inmediatamente a los camarotes.

—¿A los camarotes? ¿Para qué?

—A solucionar el problema que ha creado. Su compañero se niega a moverse. Por lo visto parece que le está llamando a usted. Y, por favor, desaparezca de mi vista: preferiría que durante el resto de la expedición limitemos nuestra relación a lo estrictamente necesario.

Qué desengaño, piensa Ollauri con una mueca: ahora que estaba a punto de lanzarse y comprarle flores… Sin contestarle, deja el puente y baja por la escalerilla a zancadas, bastante cabreado, pensando en las coces que va a propinarle a aquel gaznápiro que le espera en los camarotes como una bestia ciega que no entiende sino la voz del palo. Ah, no: que ahora resulta que va a haber que tratar al señor con trapitos de ceremonia, no sea que, si no, le llamen a uno racista… Hay

que joderse.

Al verle llegar, los dos chicos que están agachados en el suelo junto a la litera le lanzan una mirada de reproche rayana en el desprecio. A pesar de todo, no se atreven a decirle nada, que aquel tipo no se sabe nunca cómo va a reaccionar.

—No entra en razón. Le hemos quitado la cuerda que usted… La cuerda que lo sujetaba, pero no quiere moverse. Solo lo llama a usted.

En el suelo hay un bulto enorme, informe como un saco de boxeo derribado. Es un hombre musculoso, de piel muy morena, tan curtida por el sol que ha adquirido un tono ocre, casi anaranjado. Tiene los ojos pequeños, no se sabe si guiñados o rasgados, contraídos por una batalla secular contra el peso del sol; y los pómulos redondos y marcados de una máscara prehistórica. Los mechones de pelo, ondulados y grasientos, le llegan por debajo de los hombros, recorriendo como culebras el cuero de su espalda. Está completamente desnudo salvo por una tela que lleva anudada a la cintura: un *sarong* de cuadros blancos y amarillos, ennegrecido de puro viejo como un trapo de las cocinas. Pero tiene otro: uno igual, de cuadros blancos y azules, para cuando este se le moja. Y un gorro. Tiene un gorro, y una flauta también. Sabe tocarla. Se llama Jahan.

Al ver a Ollauri, levanta torpemente la cabeza. Su mirada es opaca, como la de un toro, un borracho o un muerto. Y las tres cosas a la vez es él, de una u otra manera.

Ollauri le da un puntapié en los riñones y, ante la mirada perpleja de los presentes, le grita cuatro barbaridades en una mezcla de lenguas que solo ellos dos parecen entender. El hombre se levanta por fin, escupe en el suelo y empieza a vestirse como si nada. «Vestirse» consiste en ponerse su gorro, una especie de corona hecha con trapos anudados entre sí. Después, sube a cubierta a hacer lo que sea que por lo visto le ha mandado hacer Ollauri. Los chicos se apartan para dejarle pasar, intimidados por su mole silenciosa, de movimientos impredecibles. Le oyen alejarse, la escalerilla metálica crujiendo bajo el peso de su cuerpo.

—¿Pero qué le ha dicho? Nosotros hemos intentado razonar con él, pero…

Ollauri se encoge de hombros. No tiene ganas de explicarles que ese pedazo de carne con ojos no quería salir del camarote por miedo a que él pensara que no habían sido otros, sino él mismo, quien había cortado la cuerda por su cuenta para escaparse.

—¿Habla su lengua? —l e pregunta otro—. Pensé que era malayo, como yo; pero al hablarle no me entendía.

—Algunos entienden solo cuando quieren.

—¿Pero por qué lo había atado usted?

—Para que me duerma mejor… Sujeto, se tranquiliza —e l chico

suelta una risita nerviosa, creyendo que se trata de una broma. Pero la sonrisa de Ollauri no acaba de llegar—. ¿No tenéis nada que hacer? En menos de dos días llegaremos a Borneo y todos los equipos tienen que estar listos para la inmersión. Arriba parece que hay un problema con las grúas y vosotros, en vez de arrimar el hombro, estáis aquí perdiendo el tiempo con este mamarracho y sus mamarrachadas.

Los chicos vuelven al trabajo sin rechistar, y dejan a Ollauri en el camarote.

Qué peste a sudor hay allí. Huele a cuero putrefacto. Cómo hedía aquel cabrón, qué olor a tigre desprendía. El hedor y el desorden general del camarote contrastan con la pulcritud de las sábanas de la litera. Y es que la cama está intacta: Jahan no sabe usarla, solo es capaz de dormirse si está por el suelo.

Hay restos de comida y trapos por todos lados; y, sobre una repisa del camarote —m odernísimo como el resto de la embarcación— descansa un extraño montoncito de zarandajas medio podridas que su ocupante considera «sus pertenencias». Ollauri examina con repugnancia los objetos, irreconocibles en su mayoría: trozos de redes de pesca con conchas ensartadas, media cáscara de coco con restos de cenizas, una bobina de sedal y dos huesos de alguna fruta, chupados hasta quedar brillantes. Pero no es eso lo que busca. Ah, aquí está, envuelta en su otro *sarong:* la maldita flauta de bambú con la que le estuvo atormentando (a él y a toda la tripulación) en las noches de aquel espantoso viajecito a las Molucas. Todos habían intentado quitársela, pero no había habido manera. Ahora que veía la flauta de cerca, le pareció ridícula: un objeto tosco, como un palo perforado por un niño. Parecía muy vieja. El borde estaba decorado: tenía un dibujo amorfo tallado a golpe de cuchillo. Ollauri coge la flauta entre los puños y se la lanza contra la rodilla para partirla. Para su sorpresa, en lugar de quebrarse, la flauta se dobla, desfibrándose blandamente. Bueno, rota está de todos modos. Se la deja encima de la cama, para estar seguro de que la vea en cuanto vuelva, y sube a cubierta con energías renovadas. Aquella historia de la flauta le ha puesto de mejor humor.

7
Las manos de las mujeres

Ahora que por fin ha terminado su trabajo en Singapur, Sofía podrá descansar un poco antes de volver a España. Un día para ella sola: todo un lujo.

En el hotel, el recepcionista le dice que hay un mensaje para ella. Por lo visto, alguien la ha estado buscando.

Un compatriota suyo.

Sofía se pregunta si será aquel hombre con el que había intercambiado involuntariamente pasaportes, la persona desaparecida por la que había acudido la policía al hotel el primer día.

Ha dejado una nota, le dice el recepcionista, y su turbante desaparece un momento detrás del mostrador mientras busca el papel entre los documentos que tiene por allí. Cuando por fin se la entrega, Sofía la lee con no poca curiosidad.

> Dado que no te dignas a contestar el móvil, he venido a buscarte a tu hotel. Me han dicho que no estabas. Quería preguntarte si te apetece dar una vuelta antes de que volvamos a España. Es un fastidio que la organización me haya puesto en otro hotel. Aquí nadie habla español y no me entero de nada. Tienes mi teléfono, llámame. Ya sé que esto queda fuera de tus horas de trabajo, pero qué quieres que te diga, estoy perdidísimo… Y tampoco me vendría mal un poco de compañía. Esto está lleno de chinos.

Buf, el tarado aquel al que había tenido que interpretar durante el congreso. Sofía arruga el papel, desilusionada, y lo tira a la primera papelera que encuentra.

Ha pensado que, antes de irse, querría ver de cerca uno de esos cuchillos sobre los que tanto ha tenido que estudiar. Tendrá que buscarlo, porque este tipo de puñal, el *kris,* no es un arma típica de Singapur, sino del Archipiélago en general. El cuchillo aparece por toda la región, a veces con características diferentes. Eso sí, mantiene siempre una, piensa Sofía: el miedo que da.

Al salir del hotel, enfila por la avenida. El museo más cercano no está demasiado lejos. Además, si se pierde, no importa: tiene todo el día.

Sofía camina por la calle, pensando en sus cosas. Está distraída. A pesar de todo, de pronto se da cuenta de algo extraño. Será impresión suya, pero cada vez que se ha parado un momento en la calle le ha

parecido que alguien que caminaba detrás de ella se detenía también.

Bah, será otro extranjero. Un turista al que le llaman la atención las mismas cosas.

Sigue caminando. Está en la calle Beach Road, la del Hotel Raffles. Hay una placa que explica que se llama así, «Calle de la Playa», porque la acera contraria antes era la orilla del mar. Sofía mira hacia el otro lado de la calle: ahora allí se levantan colosales rascacielos, construidos sobre tierra robada al mar a base de arena, cemento y mucha cabezonería.

El hombre se ha parado cerca de ella. Lo siente a su espalda. ¿Querrá leer la placa también? Sofía se aparta hacia un lado. Mira a su alrededor, pero en realidad no ve a nadie. Estos calores la están trastornando un poco.

Retoma su paseo. El Museo de Civilizaciones Asiáticas no está lejos, aunque con este clima unos metros parecen kilómetros. Vaya, ahora sí que le ha parecido que alguien camina detrás de ella. Qué demonios, la están siguiendo.

Quizás es el pelmazo del profesor, empeñado en que le acompañe por la ciudad haciendo de diccionario humano. Podría ser. Pero, entonces, ¿por qué no le dice nada?

No, no es el profesor. Le ha parecido que el hombre que la sigue es mucho más alto. Bueno, no está segura. Sofía empieza a caminar más despacio, como paseando; y, al llegar a una calle lateral, gira de golpe con intención de meterse en una tienda lo más rápido posible. Al final resulta que en esa acera hay solo oficinas. La otra persona gira también, detrás de ella. Sofía empieza a ponerse nerviosa.

Separando la acera del asfalto hay una tupida masa de plantas, algunas altísimas; una pared de helechos y palmeras. Intenta calmarse. Son solo imaginaciones suyas. Y, si no lo fueran, este es el país más seguro del mundo, lleno de cámaras y comisarías cada cien metros. No va a pasar nada.

De todos modos, decide quedarse donde está, quieta junto a una de aquellas palmeras extrañas. Para no parecer alarmada, se pone a leer muy atentamente un letrero explicativo, pero sin dejar de mirar a su alrededor por el rabillo del ojo.

> *Ravenala madagascariensis :* la palma del viajero. Un símbolo de Singapur que aparece en los sellos oficiales. Sus hojas verdiamarillas, perfectamente alineadas en un hermoso abanico, siempre han servido de consuelo a los viajeros. Las miran con esperanza aquellos que han perdido el rumbo, ya que siempre crecen de este a oeste; y sueñan con ellas los sedientos, ansiosos de obtener la preciada agua de lluvia que se acumula junto al tallo.

Sofía levanta la vista y mira la forma de la palma: un abanico perfecto, como la isla de Singapur. E indica el este. Quizá debería ir hacia allí.

Camina decidida siguiendo la dirección de las hojas de la palmera, sin mirar hacia atrás.

Después de unos minutos, Sofía constata que está sola en aquella calle llena de bloques de oficinas. Sea quien fuera que la estaba siguiendo (o que simplemente se había parado por casualidad cerca de ella), no la ha seguido en aquella dirección. Intentando tranquilizarse y restarle importancia, Sofía continúa andando hacia el este.

Cuando se da cuenta, está delante del museo.

Es un edificio blanco, una tarta neoclásica que sorprende encontrar entre la masa de árboles tropicales. El que custodia la entrada tiene un impresionante tronco de más de dos metros de diámetro. Es un ficus estrangulador, un árbol parásito que anida sobre otro árbol. Crece de arriba hacia abajo, lanzando sus poderosas raíces desde las ramas de su desafortunado huésped, al que estrangulará hasta matarlo en un periodo de exactamente cien años. Sofía lo ha visto solo en fotos, aplastando con su temible abrazo las ruinas de los templos de Camboya.

Por una vez, siente el deseo de hacer una foto; la primera desde que llegó a Singapur. Busca el móvil dentro del bolso, pero no lo encuentra. Ha debido de dejárselo olvidado en la habitación, como una idiota.

El museo está casi vacío. Tanto de piezas como de visitantes. Sofía deambula por las salas en penumbra, pasando de largo delante de las vitrinas con porcelana china y sedas pintadas. Caligrafía, grullas; caligrafía, grullas. Varios milenios de arte chino, en cien metros de galería. Pero ella lo que quiere ver son los cuchillos malayos.

Sus pasos resuenan por los pasillos. Qué raro que no haya ningún vigilante en las salas, conociendo cómo se toman el tema de la seguridad en el país. Quizás hay cámaras: seguro que, si alguno de esos platitos azules se le desliza por casualidad dentro del bolso, aterrizará un helicóptero de la Interpol en medio de la sala.

En el piso de arriba hay arte de diferentes islas del Archipiélago. El escudo cubierto de pelo humano, procedente de los cazadores de cabezas de Borneo, tardará algún tiempo en olvidársele. Sofía comprueba espantada la fecha: 1992.

Por fin encuentra los famosos cuchillos, y descubre complacida que hay una sala entera dedicada a ellos. Brillan en cada vitrina dagas desenfundadas, vainas de metales preciosos y espadas de aspecto inusual; todas co mbinando de forma extraña lo sofisticado con lo primitivo, sublimes en su exquisita brutalidad.

Aunque había visto muchas fotos e ilustraciones, la forma del *kris* la

desconcierta igual que la primera vez: una empuñadura que su mano ni siquiera abarcaría, una longitud que la atravesaría de lado a lado sin problema.

Siente un deseo claro, una voluntad definida de acercar la mano y sujetarlo; pero igual de clara es la intuición de que si lo hace el cuchillo levantará la cabeza, curvándose hacia arriba como una serpiente capaz de cercenarle el brazo de una dentellada.

Los del expositor son del siglo XV . Uno de ellos está tallado en piedra de meteorito, como algunos de los *kris* más antiguos que se conocen.

Sofía se pregunta por su procedencia. Por lo que sabe, estos cuchillos no pueden comprarse ni «conseguirse». Una vez creado y templado, el cuchillo elige al hombre, que no podrá deshacerse de él aunque quiera. La mayoría viajan al Más Allá enterrados con sus dueños; otros pasan a los hijos, o a los amigos más queridos. Un cuchillo robado, comprado o encontrado por casualidad es peligroso para la persona que lo sujeta si no cuenta con la aprobación del propio cuchillo. No es un objeto o un esclavo, el *kris:* es una criatura, deseada y también temida, como lo es algunas veces el amante; otras, la persona amada.

La madera del suelo cruje.

Ella no se ha movido.

Parece que hay alguna otra persona interesada en las armas del Pacífico: alguien del congreso, seguro.

Sofía se gira, y al hacerlo ve que hay un hombre en la sala. No puede ver su cara, porque justo ahora él se acaba de mover y le da la espalda.

Sofía vuelve la cabeza hacia los cuchillos. Quiere leer lo que está escrito en el cartelito, pero con tan poca luz es imposible. Cuánto odia esa moda de dejar las salas de los museos medio a oscuras.

Sin dejar de mirar el cartel, Sofía piensa un momento: el hombre se ha girado. El problema es que, en esa pared hacia la que mira, no hay absolutamente nada. Está claro que se ha vuelto simplemente porque ha visto que ella había reparado en él.

Sofía no se atreve a mirarle. ¿Quién es? ¿Qué quiere? El caso es que, a pesar de la poca luz que hay, su silueta le ha parecido familiar. Pero ella no conoce a nadie en Singapur. ¿O sí?

La madera cruje de nuevo: el hombre ha salido de la sala.

Sofía espera un poco. Después, se marcha también. Va buscando la puerta de la escalera. Mejor bajar por ahí, no sea que vaya a encontrárselo en el ascensor.

Empuja el portón. Debe de ser la salida de incendios y pesa como tierra. ¡Espera que no suene alguna alarma! De pronto, la puerta se vuelve más ligera. Es porque alguien se la sujeta, con un gesto a medio

camino entre lo caballeresco y la pura burla. La mano del hombre, a solo dos centímetros de su cara, tiene un tatuaje viejo en el pulso, verdoso y torcido.

—Cuánta prisa lleva usted… ¿Ya se ha cansado de los cuchillos? —S ofía mira al holandés, sin entender qué está haciendo allí. Sus ojos transparentes la escudriñan con una expresión que no le gusta—. ¿Escapa usted de algún incendio?

—Sí. Del que tengo en las tripas. Este es el camino más rápido al baño de señoras.

—Me temo que ahí no puedo acompañarla… Por desgracia. Pero la espero a la puerta.

—¿Me espera?

—Sí, para invitarla a un café… Si me lo permite.

Sofía finge una sonrisa y se dirige al baño, algo angustiada.

Una vez allí busca en el bolso: quizá puede llamar un taxi, marcharse sin más. O escribir a alguien del congreso que pueda servir de excusa para salir de aquella situación. ¿Dónde está el maldito móvil? Sofía se acuerda de pronto de que no lo tiene.

Al salir del lavabo, el tipo la está esperando a la puerta. Si bien no quiere ser grosera, es consciente de cuántos ratos desagradables se habría ahorrado en su vida si de una vez se decidiera a serlo.

Ambos se sientan en la cafetería del museo. Después de la semioscuridad de las galerías, deslumbra la luz que entra por la cristalera. Al otro lado, barcos perezosos se deslizan eternamente por el río, encajonado entre rascacielos de metal. A los dos se les olvida pedir alguna bebida.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué me sigue?

—Solo quiero que me diga usted la verdad. Eso que no me dijo el otro día.

—¿Qué quiere decir? No sé de qué está usted hablando.

—Yo le ofrecí mi ayuda en el hotel. Pensé que éramos amigos… Sin embargo, usted no quiere ayudarme a mí.

—¿Por qué cree que le he mentido?

—Usted me dio a entender que no conocía a su compatriota.

—¿A la persona desaparecida, cuando lo del lío de los pasaportes? Le dije la verdad: no le conozco. Pero, aunque así fuera, ¿a usted qué le importa?

—Ya… Y, como no le conoce, por eso esta mañana él le ha dejado una nota en recepción, ¿verdad?

—Esa nota la dejó un compañero. Yo no conozco a ninguna persona en Singapur. A la única que conozco, la tengo delante; y empiezo a pensar que deseo olvidarla lo antes posible.

Sofía agarra el bolso y se levanta, dispuesta a marcharse. El holandés se levanta también, le quita el bolso de un tirón, lo coloca

delicadamente sobre la mesa y la obliga a sentarse.

Sofía mira a su alrededor, ¿es que en este maldito museo no trabaja nadie?

—No sé quién es usted, pero le advierto que… ¡Déjeme marchar, ahora! Esta conversación ha terminado, y yo…

El holandés se echa hacia atrás en la butaca. Pone cara de fastidio, como quien es víctima de la insistencia de una mosca.

—Sin histerismos, por favor. Os ponéis tan feas, las mujeres, cuando os asustáis…

Sofía cierra la boca de golpe. Inútil seguir razonando con aquel majadero. En la mesa solo hay un cestillo con servilletas, tenedores y un bote de kétchup. Piensa en el tenedor, cierto es; pero al final acaba eligiendo el kétchup. Lo agarra con fuerza y en un pispás corona a su interlocutor con un colosal truño de tomate en salsa.

—Ahora el que está bien guapo es usted.

El holandés se lleva sorprendido la mano al pelo; y, al retirar los dedos, las canas de la coronilla se le quedan de punta, pegadas en una cresta roja. Después, contra todo pronóstico, empieza a agitarla en el aire como una cacatúa de circo, y suelta una carcajada demente.

Sofía, ahora sí, siente verdadero miedo.

—Me alegro de que nos estemos divirtiendo. Y ahora, dígame: usted y ese «compañero suyo», ¿qué han venido a hacer aquí?

—Estamos aquí por un congreso —l e explica, intentando terminar aquella conversación lo antes posible—. Hemos venido a trabajar.

—Ya… Más bien a hacer negocios, diría yo. Tanto interés por los cuchillos…

—Ese precisamente ha sido el tema del congreso, «Armas del Pacífico». En concreto, ese tipo de cuchillo, el *kris* . No sé por qué ve tanto misterio donde no lo hay.

El holandés reflexiona un momento. Tal vez está equivocado: quizás ella no es la compradora. En realidad, lo ha dado por supuesto porque se encontraba en el hotel, porque sospechaba que le había mentido y sobre todo porque era de la misma nacionalidad que aquel hijo de la gran puta.

—Interesante. Y cuénteme… En ese congreso del que habla, ¿ha tenido lugar alguna subasta, o algún tipo de… intercambio?

—No, que yo sepa. Ha sido un encuentro académico, no comercial.

—No sé si sabe usted que, en este país, vender o adquirir objetos robados es un delito que se castiga con penas muy severas. Y si los bienes robados están clasificados como patrimonio histórico nacional, entonces… Entonces parecen minucias los toquecitos con el látigo de ratán, bien empapado en agua salada, que la policía de por aquí aplica a las espaldas de los reyes del grafiti y otros «delincuentes».

—Seguramente eso usted lo sabe mejor que yo. Y ahora, ¿hemos

terminado?

—¿Qué sabe usted del cuchillo?

—Su historia. Las fases de su elaboración. Los nombres de todas sus partes, en tres idiomas.

—¿Por qué sabe usted eso?

—Soy intérprete.

—¿Y el cuchillo? ¿Lo ha visto? ¿Dónde está?

—Usted parece hablar de un cuchillo en concreto. Yo no sé a qué se refiere. Le doy mi palabra. No sé qué más decirle, se lo juro. Sigo sin entender nada. Pero el problema es que usted todavía no comprende que se ha equivocado.

Un camarero se acerca a la mesa. Por fin.

El holandés pide dos *gin tonic* . «Y, para la señora, un vasito de agua…», le dice al camarero, con desenvoltura y riendo con ganas de la broma, como si estuviera departiendo con una amiga de toda la vida. Después, para disimular, le coge afectuosamente la mano, que en ese momento ella tiene encima de la mesa. Sofía quiere retirarla, pero es demasiado tarde. Él se la sujeta con firmeza en la suya y, con la otra, empieza a acariciarle los dedos.

—¿Sabe usted una cosa? Siempre me han llamado mucho la atención las manos de las mujeres. Los dedos finísimos , la articulación tan delicada… Tan frágil.

Sofía siente el pulgar de él contra la palma. Le está presionando los huesos en una posición antinatural, dolorosa.

—Se rompen tan fácilmente las manos de las mujeres… Después, el milagro desaparece: una vez quebrado el pulso por ciertas partes, los dedos quedan para siempre muertos, inútiles y flácidos como un guante vacío. Sería una verdadera pena, en su caso. Espero que me esté diciendo la verdad: ninguno de los dos queremos que eso suceda.

Cuando por fin le suelta la mano, Sofía siente las puntas de los dedos dormidas, y un dolor agudo le sube hasta el codo. Está aturdida, casi un poco mareada. Pero no puede flaquear ahora. Se levanta con toda la calma de la que es capaz; y, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no le tiemble la voz, le dice, en su idioma:

—Que tenga usted un buen día, y que le den mucho por el culo.

Él alza las cejas, sorprendido. De pronto suelta una de sus sonoras carcajadas. Lo nunca visto: acento belga combinado con ordinarieces del sur de Europa… La española es la monda.

Cuando ella se aleja, esta vez no intenta impedírselo. Solo lanza algo encima de la mesa y le dice, abandonando ya el inglés:

—Se le olvida esto… Supongo que querrá llamar a la policía para informar de lo asustada que la tiene ese desconocido que la sigue por la ciudad —d ice con socarronería, imitando una estridente voz de mujer—. Quizás algún admirador secreto, un tanto vehemente…

Seguro que escucharán con interés su caso.

Sofía recoge su móvil, sorprendida, y se marcha de la cafetería.

En menos de una hora ya ha vuelto al hotel y ha hecho la maleta. Solo le quedan diecinueve más hasta su vuelo, la mañana siguiente.

Ojalá pasen lo antes posible.

8
Lo que el mar esconde

Ya en el mar de Java, el *Amaranta* se va aproximando a su destino: un punto no señalado en el mapa que se encuentra bajo el mar, a cierta distancia de la costa de Borneo.

Ollauri, a pesar de la presión, ha evitado hasta el último momento informar al equipo de la posición exacta en la que se encuentran los restos del barco. Mayormente, para protegerse y garantizar la necesidad de su presencia a bordo hasta el último momento; pero, también un poco, para fastidiar al personal.

El pecio se encuentra a escasa profundidad, cerca de un pequeño islote. Es una zona que Ollauri conoce bien. De hecho, había sido po r pura casualidad que había tropezado con él.

Todo había comenzado hacía algunos meses, cuando se encontraba «trabajando» por allí con Jahan, del que no se separaba jamás. En aquella ocasión, con ellos iba también el holandés. Los tres estaban a bordo de una lancha con algún que otro problemilla.

Acababan de hacer buenos negocios con los nativos de la zona. Hacía tiempo que les vendían algunas cosas muy demandadas por allí y que para ellos no resultaban difíciles de conseguir: tabaco, fertilizante de jardinería (caducado una vez sí y otra también), botellas llenas de whisky americano y botellas vacías de whisky americano. Les vendían lo que les pidiesen, o lo que consiguieran colocarles; al fin y al cabo, lo que los nativos hicieran con ello no era asunto suyo. Pero aquellos tipos estaban locos. Ollauri había visto para qué querían en realidad el fertilizante, que, por alguna razón, estaba prohibido en la zona, y que él compraba tr anquilamente en los supermercados de Yakarta.

Una tarde le había parecido ver extraños movimientos cerca de la desembocadura del río. Había grupos de hombres agachados entre las raíces de los manglares, que creaban peculiares escondites al quedar al descubierto durante la marea baja. Estaban sentados en corro, concentradísimos haciendo no se sabía qué. En el centro del círculo tenían un montón de sandalias viejas, de las que cortaban pedacitos de goma. Junto a ellas había una hilera de botellas de whisky. Los nativos iban vaciándolas a tragos cortos, pasándoselas entre ellos. Dentro dejaban solo un dedo de alcohol. Cuando tenían suficientes botellas preparadas, las iban rellenando de arena y fertilizante. Luego metían un petardo casero, dejando la mecha fuera de la botella, y la sellaban bien con los trozos de goma vieja que habían recortado.

Conforme avanzaba la operación y se iban vaciando más botellas de whisky, más entusiasmo le ponían, más escándalo armaban y más alocadamente construían aquellas bombas chapuceras.

Las bombas eran para pescar.

Salían con sus canoas de colores, en grupos pequeños. Encendían la mecha y el más fuerte la lanzaba al agua, lo más lejos posible, rezando porque la mecha no les hubiese salido más corta de lo necesario y les explotara en las narices. Cuando la botella chocaba contra el agua, reventaba. La detonación acababa con todo: cientos de peces muertos flotaban al instante en la superficie, y ellos se limitaban a cogerlos con la mano y a meterlos en una bolsa de plástico. Era como ir a la compra. No hacía falta red, ni saber pescar, ni esperar, ni nada. Recogían lo que les apetecía y después se marchaban. Tras ellos quedaba un agujero de agua sucia, un barranco submarino. Cada explosión destruía decenas de metros de arrecife, dejando en su lugar un escalón muerto, blanquecino, en el que solo flotaban restos de fertilizante químico.

Cuanto más pescaban, menos había que pescar; así que pescaban más. Iban más lejos, más veces. Necesitaban más fertilizante y más botellas.

Los ancianos movían la cabeza: no era así que se pescaba, no era así que lo habían hecho siempre. Estaban destruyendo el arrecife, el mar se vaciaba poco a poco y llegaría un momento en el que no habría nada. Pero los jóvenes eran más numerosos; y, como todos los jóvenes del mundo, se reían de los miedos de los viejos: el mar era infinito, no se iba a acabar nunca. Además, pescar así era más fácil.

Fertilizante y petardos, desde luego, no les faltaban. Ollauri se los vendía. Y, si no fuera él, serían otros.

De hecho, cuando había empezado a vender ese tipo de cosas en aquella zona, ni siquiera estaba seguro de para qué lo necesitaban. Simplemente había pensado que podía hacer negocio porque se había enterado de que acababan de prohibir algo que por lo visto la gente quería. Y, ahora que lo sabía, le seguía dando igual para qué usaran el fertilizante: por él, como si se lo fumaban sin filtro.

—Pues esto no es nada… En África pescan con dinamita de la buena —d ijo el holandés mientras se alejaban con la lancha.

Ollauri no le contestó. Nunca le había gustado mucho hablar, y la verdad es que le cansaban un poco aquellas interminables historias de viajes y todas esas opiniones que nadie le había pedido. Pero se trabajaba bien con él. No se andaba con tonterías, no hacía preguntas. En el fondo se parecían un poco. Ronnie buscaba en aquellas islas lo mismo que él: escapar de viejos problemas y hacer dinero sin meterse en otros nuevos.

La primera vez que Ollauri y Jahan habían coincidido con él fue a

bordo de un pesquero de bandera dudosa que faenaba en las Molucas. Se habían entendido bien. Es cierto que en un principio Ollauri no le había prestado demasiada atención, y ni por asomo habría podido considerarle un posible socio. Era demasiado viejo para salir corriendo cuando hacía falta, y excesivo el aire de hombre de mundo que a veces se daba. Más tarde descubrió que aquel tipo, si no podía correr, pues se arrastraba… Y en todo lugar tenía muchos amigos como él, lagartos y serpientes de piel gruesa. A Ollauri eso siempre le había faltado: una mano amiga que apareciera desde lo alto para sacarle de los pozos donde casi siempre acababa sumergido, por iniciativa propia y saltando dentro él solito. Lo que se dice contactos, en la vida los había tenido. Nadie podía devolverle un favor en un momento de dificultad, sencillamente porque jamás le había hecho a nadie ninguno. No había lugar en el mundo del que no se hubiera marchado con la bolsa llena, una media sonrisa y a paso rapidito, antes de que alguien llegara a recordar su nombre. El holandés, por su parte, no conocía los entresijos de aquellas islas tan bien como Ollauri, ni tenía su olfato, ni su arrojo. Podían ayudarse. Al final, se habían acabado necesitando.

Desde entonces habían montado algún que otro tinglado juntos; siempre les había ido bien.

Hasta ese día.

Después de haber hecho el agosto con los nativos —q ue les habían entregado dos perlas de las gordas por unos kilos de fertilizante caducado—, se alejaron de la costa buscando un lugar donde p asar la noche. Preferían dirigirse a otra isla, no fuera a ser que alguno de sus clientes sintiera la tentación de volver a recuperar lo que acababan de darles. Y en eso estaban los tres, alejándose de aquellos locos y sus petardos, cuando vieron que se les acercaba otra embarcación. Esto les extrañó un poco, porque estaba atardeciendo y era raro que los nativos, que solían recogerse en cuanto oscurecía, estuvieran aún en el agua y tan alejados de la costa.

La otra embarcación seguía acercándose. Había cinco hombres a bordo. No eran de la isla que acababan de dejar atrás: tenían una pinta muy diferente. En el Archipiélago conviven cientos de grupos étnicos y Ollauri solo había estado en contacto con algunos, pero para él estaba claro que aquellos tipos no eran pescadores.

Sin mediar palabra, les saltaron encima.

La lancha dio un bandazo y Ollauri cayó al mar.

En cuanto se supo en el agua empezó a nadar en dirección contraria a la embarcación, alejándose a toda prisa en la oscuridad. Sabía por experiencia que lo más probable es que les intentaran robar todo lo que les fuera posible, y que luego les dieran matarile allí mismo a los que quedaban, a mazazo limpio o con un cuchillito de aquellos que

gastaban. Los piratas de la zona no solían llevar armas de fuego, así que bastaría poner tierra, o agua, de por medio. Ya intentaría volver a subir a la lancha cuando se hubieran marchado.

Sin embargo, oyó un disparo.

Dejó de nadar de inmediato y se quedó quieto donde estaba. Tenía que evitar a toda costa que le vieran. Si aquellos tipos empezaban a pegar tiros al agua, no sabía cuánta buena suerte le quedaba. De momento hizo un esfuerzo por permanecer en el sitio, pataleando despacio en el agua oscura y sin sacar demasiado la cabeza. No quería hacer ruido, pero le costaba mantenerse a flote. Su zapato derecho se deslizó lejos de él, cayendo hacia lo profundo.

Oyó un motor alejar se: se marchaban. Un alivio.

¿Qué había pasado? Seguramente Jahan había saltado al agua a tiempo, pero ¿habrían liquidado al holandés? Si era así, esperaba que no lo hubieran tirado al mar: le había visto guardar el plástico con su perla en uno de los bolsillos del pantalón, y en el agua sería difícil recuperarla.

Desde allí no conseguía ver nada. Solo distinguía la masa de los manglares, de un tono más oscuro, a lo lejos; y su propia lancha cabeceando en el agua.

De pronto algo le golpea en una pierna, algo que nada cerca de él. Ollauri se sobrecoge: lo que faltaba. La fauna local.

En la superficie no se distingue nada, nada se mueve. Por debajo, imposible saber lo que está pasando. Otra vez: algo le ha tocado otra vez. Ollauri siente una presión repentina en el vientre, algo que le rodea, tirando bruscamente de él. Si es lo que su mente ya intuye sin atreverse aún a darle la mala noticia, le queda muy poco tiempo.

La presión aumenta.

Es un brazo. Un brazo humano. El brazo de Jahan, que sale del agua junto a él y le sujeta para llevarlo a la barca.

Ollauri suspira, aliviado, y se deja arrastrar. Cómo nadaba, aquel cabrón. Era increíble.

En la lancha les espera un panorama desolador: se han llevado el motor.

El holandés cuelga por la borda, medio inconsciente; pero no parece tener heridas ni se le ve en el cuerpo sangre alguna. Le han debido de dar un golpe en la cabeza. ¿Y el disparo? Estaba seguro de haber oído un disparo.

Jahan le señala algo sobre las tablas de la lancha. Una cosa negra. No se distingue muy bien… Vaya, es una pistola.

Ollauri no acaba de entender lo que ha pasado, pero aquella historia le gusta cada vez menos.

Jahan le explica que había sido Ronnie quien había sacado la pistola. Menos mal que llevaba un arma. Le habían golpeado antes de

poder usarla, pero Jahan se había ocupado del tema. Como no sabe disparar, había tirado hacia al aire… Y los tipos habían salido por piernas. Eso sí, ya les habían arrancado el fueraborda. Ahora la lancha ha quedado a la deriva.

Cuando el holandés vuelve en sí, se encuentra a los dos dándole a los remos de emergencia. Ollauri es el que más fuerte le pega: el cabreo que lleva encima le da energía.

De todas formas, no le pide explicaciones. No las necesita. Solo se le ocurre un motivo por el que Ronnie ha llevado consigo un arma todo este tiempo sin decírselo. De no haber sido por aquel ataque fortuito, es muy probable que él también hubiera descubierto la pistola aquella misma noche… Y habría acabado igualmente en el agua, con una bala de más y una perla de menos.

A pesar de todo, le devuelve la pistola a su propietario: no le tiene miedo. Se la lanza a la cara y le dice que se la guarde, no sea que la vaya a necesitar.

Los tres se turnan para remar mientras avanzan hacia el único lugar posible: una franja más oscura del agua donde se distingue el perfil de los manglares, que parece flotar como una serpiente sobre el agua. El cielo, de un malva cada vez más cerrado, se cierne silencioso sobre la barca. Los remos cortan rítmicamente la superficie. Ollauri resopla.

Parece que no avanzan, pero cada vez están más cerca. Ya se distingue la forma de la isla. Podrían incluso nadar hasta allí. Han tenido mucha suerte. Esto mismo podría haberles ocurrido en alta mar, donde habrían quedado desorientados y a la intemperie, rumbo a un desenlace poco prometedor y bastante previsible.

Jahan se lanza al agua, harto de remar, aunque están todavía a varios kilómetros de la costa.

Cuando por fin alcanzan la playa, se lo encuentran recostado tranquilamente en la arena, mastica que te mastica. En el suelo, un montoncito de raspas chupadas. Las brasas donde ha debido de asar el pescado resplandecen aún en la oscuridad. No sabe nada, aquel ganapán… Cuando se trata de tragar, se basta él solito. Menudo elemento, piensa Ollauri, echándole tierra encima con el pie.

Después se dispone a atarle, un ritual que los dos siguen cada noche desde hace muchos años. Lo han hecho desde el principio: desde que se siguen y persiguen por estas islas; hiriéndose, odiándose, salvándose el uno al otro a cada paso. Jahan no es capaz de dormirse si no está atado. Dice que, sin la cuerda, las piernas se le separan de forma rara mientras duerme, como a un ahogado; y se siente arrastrado hacia un tipo de fondo del que luego no podrá volver a salir. No quiere perderse allí lejos, dice, en lo oscuro. Con la cuerda, se siente a salvo. Le sacarán a flote. Alguien le dará un tirón, para despertarle. Como ha sido siempre: otra vida, no la recuerda.

Mientras le ata, Ollauri se da cuenta de lo cansado que está él también. Tiene bastante hambre, aunque de eso no podrá ocuparse ya hasta mañana. Él no es capaz de lanzarse al agua y salir con un bicharraco entre los dientes, como la bestia parda aquella, que a veces no se sabía si era humano del todo. Aquel repugnante montoncito de raspas masticadas era la prueba. Por un momento, Ollauri se fija en los restos de pescado. Están sobre una especie de piedra cóncava. Qué raro.

Ollauri la coge entre las manos; las raspas caen al suelo. Por el tacto piensa que quizá se trata del caparazón de algún animal, aunque tiene una forma extraña. No se ve nada con esta oscuridad. El mechero no le funciona; no ha resistido su pequeña excursión submarina. Ronnie le pasa el suyo, y los dos acercan la cara a la piedra para ver qué demonios es.

Bajo la luz parpadeante surge al fin la forma, el verdadero color de la piedra.

Los insectos nocturnos hacen tanto ruido, que casi no se oyen las olas.

La superficie es cóncava, irregular. Está cubierta por excrecencias rugosas, como todo lo que permanece demasiado tiempo dentro del agua y acaba cubierto por pequeños animales marinos. En el centro hay un dibujo estilizado, verdoso. Parece porcelana china. De hace… algún tiempo. Mucho más de lo que imaginan. Lo que tienen en la mano no es en realidad una pieza de porcelana, sino de cerámica. Ha llegado hasta ellos desde un momento del pasado en el que la porcelana ni siquiera se había inventado. Su característico color verdoso habla de tiempos remotos, tiempos en los que el color azul aún no había llegado a China, y solo los artesanos persas sabían que en el cobalto se escondía su secreto.

La pieza es del siglo IX . A lo sumo.

Por supuesto, ni Ollauri ni su compañero tienen idea de lo que este cuenco es en realidad ni de lo que su descubrimiento representa, pero ambos tienen suficiente olfato carroñero como para saber que no se trata de un simple trozo de loza arrastrado por la marea.

Interrogan a Jahan. Quieren saber de dónde lo ha sacado, si lo ha encontrado en la arena, si es el único. Es inútil. Está medio dormido y no les hace caso, solo señala el mar. Algún lugar del mar.

Por la noche, solo se oyen los insectos y un hombre roncando. Los otros dos no pegan ojo.

Uno está vigilando el cuenco. La pieza se encuentra sobre la arena, colocada en un punto prudentemente equidistante del lugar donde ambos fingen dormir.

El otro está mordiéndose las manos de la rabia, por ser tan imbécil y dejarse llevar por el orgullo: le había devuelto la pistola a aquel

bicho rastrero solo por el gusto de lanzársela a la cara.

A la mañana siguiente, Jahan les enseña una pequeña colina que la luz del día ha desvelado en el centro de la isla. Deberían subir allí para tener una mejor perspectiva. En realidad, lo que sugiere es lo mejor que pueden hacer. La zona está salpicada de miles de islas y deben intentar localizar lo antes posible un núcleo habitado.

Pero ninguno de sus compañeros está pensando en nada mínimamente razonable.

Solo quieren meterse en el mar otra vez y encontrar el lugar de donde ha salido aquel objeto, que los dos imaginan ya en forma numérica, su mágica curva verdosa seguida de un ejército de ceros.

Jahan no recuerda bien dónde lo ha cogido. Mientras nadaba topó con algo y se lo llevó, como hace con tantos otros objetos. Buceando es como ha encontrado todos sus tesoros: así fue como llegó a sus manos el palo con el que se hizo su flauta, o los caparazones raros que a veces guarda entre sus cosas. A Ollauri todo le parece siempre basura. Está ciego, no ve nada. Jahan no entiende por qué ahora se le ha antojado eso precisamente.

Hace un esfuerzo, de todos modos, por recordar; más que nada para que le dejen en paz. En cualquier caso, está seguro de que ese cuenco se encontraba a demasiada profundidad como para que ellos pudieran llegar hasta allí a pulmón libre. Lo que para él era pura diversión, para ellos podría ser peligroso. Además, ¿no se daban cuenta de que los tres estaban en una situación difícil y necesitaban abandonar aquella isla? Si no se ponían en marcha lo antes posible, todo podría complicarse. Pero aquellos dos, mientras tanto, pensaban solo en un cuenco viejo. Para venderlo, seguro. Jahan sabía que, si les hacía caso, era posible que los viera morir ahogados por pura avaricia, o que todos acabaran perdidos allí, abrasados y sedientos.

Los blancos son débiles. Y muy estúpidos. Eso lo sabía todo el mundo en aquellas islas.

9
Máximo

Cuando por fin llega el momento de marcharse, todo se complica para Sofía.

Y es que en el aeropuerto ha pasado lo que tenía que pasar.

Esta mañana, al ir a coger el vuelo de vuelta a Madrid con el resto del equipo del congreso, en el mostrador de facturación le han hecho notar que existía un pequeño contratiempo que quizás alteraría ligeramente sus planes de viaje… No tenía pasaporte.

Después de todo el jaleo que se había montado con el intercambio de documentos en el hotel, cuando al fin se había aclarado lo ocurrido y había podido continuar interpretando en el congreso, Sofía solo había sentido un gran alivio. Lo cierto es que no había vuelto a pensar en el tema, concentrada como estaba en el trabajo. Ahora bien, igual que a ella le habían dado el pasaporte de un tipo al que no había visto en la vida, esa persona había acabado con el suyo.

Fuera como fuese, el resultado es que estaba indocumentada en el país del culto supremo al documento… La nación de los mil sellos y las mil firmas, gobernada por funcionarios de faz impenetrable que custodian la Gran Máquina Administrativa.

Sin pasaporte, obviamente, no podía salir del país; así que el avión había tenido que marcharse sin ella.

No debía preocuparse, le explicaron en el aeropuerto. Siempre podía acudir al consulado o embajada de su país. Si rellenaba los formularios correspondientes, allí le proporcionarían los documentos necesarios para poder viajar.

Es por eso que ahora mismo está delante del edificio de la embajada, en el centro de Singapur. Pero no se dispone a entrar, sino que acaba de salir.

De pie en mitad de la avenida, Sofía no sabe qué hacer. Casi siente el impulso de gritar, de morderse las uñas hasta los codos. Pero no hace nada, aparte de quedarse allí, en mitad de la calle como un pasmarote. Al final, para evitar que la masa de gente la arrastre en su enfebrecido discurrir entre puestos de comida y centros comerciales, se sienta en un banco de la calle y se quita los zapatos.

El suelo de la acera está ardiendo, así que tiene que volvérselos a poner.

Menuda odisea está resultando el viajecito a Singapur.

Allá arriba, en el piso 52, se había encontrado con un mostrador de caoba, una banderita de España y una cristalera inmensa. Al otro lado,

la oscuridad de una oficina vacía. El reloj de la pared hablaba claro: las tres en punto. Viernes.

Un cartel advertía a los visitantes de que, hasta el lunes, las oficinas de la embajada permanecerían cerradas. Los funcionarios españoles se toman muy en serio el respeto a los domingos y otras fiestas de guardar.

Sofía siente ganas de golpearse la cabeza contra la pared. Ahora tendrá que quedarse allí, atrapada en la ciudad por aquella desafortunada cadena de coincidencias que la han acabado co nduciendo a aquel banco ardiente de la avenida.

Intenta esforzarse por ver la parte positiva, aunque fácil no es. Para consolarse, se dice que tener que permanecer en Singapur a la fuerza a lo mejor puede resultar una oportunidad y no un inconveniente. Podría intentar disfrutar de su estancia, en vez de amargarse. Y relajarse un poco. Para variar.

Si no fuera por… Por la desagradable sensación de estar en peligro. Sentía que aquel tipejo holandés podría estar siguiéndola y tenía miedo de que llegara a acorralarla otra vez, como había hecho en el museo.

Trata de no pensar en eso. Va a tener que quedarse en la ciudad varios días más, le guste o no; así que debe intentar pasarlos lo mejor posible y no obsesionarse.

Primer paso, hacer lo que habría hecho si estuviera tranquila. Dar un paseo.

Callejea y curiosea, mirando a las personas que pasan por la calle. Caras diferentes, de todos los colores y formas, se suceden delante de ella. Ya ha estado en muchos lugares donde existe una gran mezcla de razas, pero nunca en semejante proporción. Observar a las personas que van pasando en sentido contrario es como pasar las páginas de un catálogo de caras: un verdadero carnaval de colores humanos.

Cada vez que ve a un hombre blanco de cierta edad y estatura, el corazón le da un respingo. Pero intenta ser razonable.

Por un momento siente una tentación que hacía mucho que no la atacaba por sorpresa… Los viejos automatismos surgen en cuanto se siente débil, como ahora, cansada y con algo de miedo.

Podría llamarle.

No va a hacerlo: sería un contrasentido, una incoherencia. Puro egoísmo por su parte, que solo necesita hablar con alguien.

No, va a tener la mano quietecita y no dejar que vuele sobre la pantalla del móvil, buscando cierto nombre para oír una voz ansiada. La voz de alguien a quien quiere mucho, todavía.

Eso es lo más difícil, sentirse a sí misma traicionándose; deseando esa voz, necesitándola.

Pero no puede hacer eso, ahora que le ha abandonado.

O casi.

Se obligará a sí misma a seguir las reglas que ha impuesto a otros. Una de las tareas más dificultosas que existen, la de ser consecuente.

Máximo y ella llevan juntos más de diez años.

O, más bien, separados: la suya es una relación a larga distancia, desde siempre. Él en Madrid, en el apartamento que comparten sin compartirlo; ella en este u otro hotel, cada vez más lejos. Solo saben quererse echándose de menos.

La ausencia del otro permite imaginarlo. Desearlo. Hace posible la ilusión, la excitación permanente.

Eso es lo que llevan diciéndose el uno al otro todo este tiempo.

Según ellos, una relación que supera la distancia puede superarlo todo. Es real. Sin el cuerpo del otro, sin su presencia, solo queda la voz. La verdad sin la distracción del afecto o del deseo. Nos vemos con más claridad, al no vernos; porque eso y solo eso es lo que cada persona es realmente, al desnudarse de su cuerpo: su voz, sus palabras. Eso se dicen.

Mienten.

Y, cuando se trata de mentiras, ambos son profesionales: los dos compran y venden palabras; las crean, trenzan y disfrazan para ganarse la vida. Máximo, desgastándose los dedos hasta los nudillos, todo el día tecleando en el ordenador algo que, esta vez sí, llegará a convertirse en un superventas. Sofía, recogiendo las palabras de otros de la arena y reconstruyéndolas de nuevo con otras formas, en otras playas. Un escritor, una traductora… ¿Quién sabría mentir mejor, seducirse en verso, traicionarse a golpe de ingeniosos anagramas?

Él, al igual que en sus novelas, había creado la historia de ambos, su mitología privada, con dos personajes que en realidad solo existían en su imaginación.

Ella, al igual que en las conferencias, ignoraba las incoherencias del orador y llenaba los vacíos inventando un discurso perfectamente estructurado y con sentido.

Y así, año tras año, mensaje a mensaje, en sus propias trampas los dos habían caído; creyéndose el amor de tanto imaginarlo.

Máximo, sin embargo, sabía del peligro. Intuía la grieta, la asimetría.

«Tengo miedo de que al final me acabes confundien do con mis palabras».

Sofía leyó ese mensaje en Nueva Orleans, a las cinco de la mañana.

«En realidad, eso es lo mejor que te puede pasar», pensó ella. No lo escribió, claro. Estaba cansada de escribir. Y sabía, lo sabía: ninguno de los dos estaba a la altura de sus palabras. Por otro lado, ninguno sabía qué hacer sin ellas y se sentían perdidos en los momentos en que no eran necesarias.

Siempre que Sofía volvía a casa y el ansiado encuentro físico se producía, ambos quedaban agotados. Los primeros días eran gloriosos, agua bendita bebida a pecho tras atravesar a pie semanas de desierto. Después, se sonreían. Era un tipo de sonrisa específica. Blanda, automática; la que se ofrece a los desconocidos en situaciones incómodas. Esa que solo está ahí para dulcificar el silencio de los que no tienen nada que decirse. Eran dos extraños en un ascensor solitario; primero, subiendo y subiendo… Después, bajando. Al final, ella acababa parándolo en un piso cualquiera, y se bajaba.

Y es que en aquella extraña relación que se habían construido, cuando no podían escribirse, los abrazos no les bastaban. Apenas la boca se les vaciaba de besos, la lengua se les secaba en la garganta. Por eso se sonreían tanto: era la única manera que conocían para suavizar las aristas de esos precipicios que se les abrían en desayunos y cenas, frente a un televisor que ninguno estaba mirando. En pocas semanas, Sofía estaba ya buscando nuevos encargos de interpretación; a ser posible, a veinte horas de avión y en ciudades que no sabía pronunciar.

No se siente culpable: está segura de que a él le sucede lo mismo. Probablemente está deseando estar solo de nuevo, tener para sí mismo todo el apartamento y poder organizarse el tiempo a su manera. Escribir hasta las cuatro de la mañana, levantarse a mediodía, comer lo que pilla, no afeitarse. Llamar a Marta.

Todo esto se dice Sofía a sí misma, para sentirse mejor.

No sabe que la tal Marta es solo una amiga de la infancia a la que Máximo, de verdad, preferiría no volver a ver. No sabe que se queda bloqueado, sin poder escribir durante semanas, cada vez que ella se marcha, abandonándole en aquel espacio vacío, aún más estrecho, aún más deprimente de lo que era antes de que ella volviera. Tampoco sabe que, si jamás le dice nada sobre sus viajes, si jamás reacciona ante sus desapariciones repentinas, es porque tiene miedo de que ella se sienta atrapada, retenida. Miedo de que un buen día ella le dé un beso en la frente y le enseñe un billete de solo ida.

Pero nada de esto le dice. No se atreve. Solo sonríe, como si no le importara; y la ayuda a hacer la maleta.

Llevan así una década.

Ahora bien, este viaje ha sido, desde el principio, diferente para ella.

Una mañana se había despertado en Madrid, junto a él, y se había dado cuenta de lo cansada que estaba de viajar. Lo malo es que no podía dejar de aceptar aquellos encargos transoceánicos y empezar a trabajar de traductora en la ciudad. Si lo hacía, tendría que quedarse allí, en aquel apartamento, con él.

A Sofía se le abrieron los labios sin su permiso. Los ojos se le

quedaron atónitos, abiertos extrañamente, mirando al techo. Y es que se acababa de oír por primera vez. Acababa de oír aquel pensamiento suyo, aquel sinsentido. Estaba medio dormida, sería por eso. No. Se acababa de despertar: para ser exactos, lo que había pensado la acababa de despertar. Porque era verdad.

Miró a Máximo, aún dormido, a su lado. El pelo le caía sobre la cara, pero entre los mechones se entreveía la suavidad de sus pómulos, la piel blanca de tomar solo el sol de medianoche; y sus labios amables, curvados en inconsciente sonrisa. Sofía sintió un gran remordimiento por lo que acababa de decirse. Lo malo es que no sabía cómo hacer para que dejara de ser verdad. Cómo hacer para quererle.

El corazón se le encogió nuevamente, dentro del pecho.

Quiso despertarle y devorarlo a besos. Hablar, quizá; cantar a gritos si hacía falta, para no volver a oírse pensar barbaridades. Pero en aquel momento él hizo un movimiento brusco, entre sueños; y le lanzó brazo y pierna encima, apretándola contra sí. Sofía contuvo la respiración, bajo el peso de aquel abrazo. Era la última vez que lo hacía.

Cuando se marchó, le dijo que no la llamara. «Mejor hablamos cuando vuelva», le explicó, haciendo una pausa.

«No. Hablamos ahora», había dicho él. En su imaginación. La de los dos.

Ambos sabían que el mundo que compartían —e se que, para bien o para mal, habían creado juntos—, estaba a punto de dejar de girar.

En el vuelo a Singapur Sofía pudo odiarse sin interrupciones, durante más de dieciséis horas. Pensó en lo que estaba a punto de hacer: iba a dejar a la única persona que conocía bien, a la única persona a la que quería. Porque le quería; creía que sí. Quizá no lo suficiente. ¿Y qué era «lo suficiente»? Bebió un poco de agua, pero no sirvió de nada: la náusea se le había instalado ya en la garganta.

No podía olvidar lo que él representaba: lo que había hecho por ella. Él fue el único que estuvo ahí cuando el suelo se le hizo añicos bajo los pies.

Sí, se sentía en deuda con él. Estaba siendo desagradecida y egoísta por no apreciar los sacrificios que Máximo había hecho por ella. Él nunca hablaba de eso, sin embargo. Jamás le había exigido nada a cambio.

El avión gira, Sofía cierra los ojos.

Piensa, de todos modos, que ha hecho lo correcto al decirle que no le escriba . Sabe por experiencia que, una vez iniciada la cadena de mensajes, todo se confunde, y ella no va a poder pensar con claridad. Y es que, cuando Máximo le escribe, él vuelve a ser solo palabras que la deslumbran, que la emborrachan. Palabras de las que sí está enamorada. ¿Pero por qué está pensando en todo esto? ¿Qué

demonios le pasa? Tendría que estar repasando el glosario de metales, no sea que en alguna charla les dé por hablar de los materiales con los que están fabricados los cuchillos de marras y la fastidiemos. ¿Cómo se pronuncia «meteorito» en inglés? Tiene que concentrarse. No es el momento de andar pensando en Máximo, en cómo separarse de él sin hacerle daño. Porque es eso en lo que realmente está pensando: en lo fácil que sería todo si pudiera quererle más, o quererle menos.

10
Solventando discrepancias

Cuando Ollauri y el holandés empezaron a comprender lo que se escondía bajo el agua de aquella isla, perdieron totalmente el poco seso que tenían.

Entre ambos habían convencido a Jahan —c on máxima delicadeza, ni que decir tiene— para que volviera a darse un garbeo por las profundidades, o dos, o tres. Básicamente, hasta que no le quedara una gota de aire en los pulmones y encontrara el lugar exacto donde había encontrado aquella cerámica antigua la noche anterior.

No pasaron menos de seis horas hasta que, al fin, dieron con ella. A los dos se les había olvidado el hambre y la sed que tenían, el calor y el cansancio extremos. Jahan, por su parte, estaba medio muerto; pero no le dejaban volver a la playa. La pistola del holandés resultaba de lo más convincente.

Una vez descubierta la procedencia del cuenco, el objeto en sí perdió toda importancia.

Y es que allá abajo… Allá abajo, enrocado entre los corales, descansaba un barco entero. O lo que quedaba de él.

Lo más sorprendente era que, a pesar de la relativa poca profundidad a la que se encontraba y de lo cerca que estaba de la costa, los restos estaban intactos. Parte del casco del barco se hallaba completamente bajo la arena, y esta debía de haberlo protegido al sellarlo herméticamente durante varios siglos. Un milenio, para ser exactos.

Las maderas del barco, cosidas únicamente con fibras de coco, habían resistido como por milagro sin pudrirse, protegidas por la arena del agua y del oxígeno. Ahora bien, aquel encantamiento podría desaparecer en solo unos días, cuando el peso del tiempo y de los elementos cayera de golpe sobre ellas. Y es que, si los restos se extraían sin supervisión profesional, como estaban haciendo ellos ahora, lo más probable era que acabaran dañados o que se perdieran para siempre. La simple grasa de la palma de una mano, las bacterias que contiene, podrían acabar con una madera tan antigua en un tiempo récord. ¿Qué no ocurriría, entonces, con los empellones de un tipo que escarbaba a golpes entre los restos del naufragio, haciendo palanca entre corales y ánforas milenarias con un remo astillado?

Cada vez que Jahan subía a la superficie trayendo consigo maderas antiguas, placas redondas de bronce labrado y un sinfín de artefactos desconocidos, Ollauri y el holandés se miraban con los ojos fuera de

las órbitas y sin saber muy bien qué hacer.

El barco debía de ser tan valioso como su cargamento: un gran número de ánforas y otros recipientes custodiaban en su interior miles de piezas de cerámica. Cuencos, vasijas, copas con un extraño agujero en el fondo, platos sin fin.

Muchos de los objetos tenían dibujos de flores y pájaros. La mayoría estaban intactos, colocados unos en el hueco de otros, quizá separados en su momento por paja o algún otro material que los protegía. Solo algunos eran totalmente blancos.

Ollauri sujeta un pequeño jarroncito, del tamaño de una mano, contra el sol. A través de su pequeño vientre se intuye la luz: la cerámica es tan fina que se deja atravesar por la sombra de sus dedos.

Un segundo después, el asa cede y Ollauri se queda con ella colgando del dedo como si fuera un anillo de marfil. El resto cae al suelo, haciéndose añicos. El holandés suelta una de sus risotadas.

Jahan sigue subiendo cosas, aquello no tiene fin. Además de la cantidad, los objetos sorprenden por la variedad. No solo se trata de cerámica —q uizá la mercancía trasportada—, sino de mil y un objetos desconocidos e irreconocibles. Pipas de fumar, una especie de dados extraños, fragmentos de algo que parece una lamparilla de aceite hecha con arcilla… Ollauri se pregunta si todo aquello serían utensilios personales de la tripulación, y qué habría sido de ella. No le extrañaría ver a Jahan volver de su siguiente inmersión con un fémur en la mano. Aunque supone que, seguramente, aquellos desgraciados se habrían salvado. Y es que, aunque un temporal de los que se formaban por allí hubiera destrozado la embarcación, estaban a menos de un kilómetro de la isla. A no ser que en aquel momento no hubiera isla, claro; algo que no sería imposible en estas latitudes de topografía inquieta, donde mares caprichosos suelen borrar de un zarpazo atolones desprevenidos, y volcanes nunca vistos pueden abrirse paso desde las profundidades en cualquier momento. Había sido precisamente aquí en el Archipiélago que el Tambora, el Krakatoa y otros volcanes tremebundos habían cambiado la forma y la historia de la Tierra. Todo el país se encuentra justo encima del «anillo de fuego del Pacífico», y la actividad geológica extrema redefine continuamente las características y extensión del territorio. Terremotos, maremotos y volcanes hacen que muchas islas aparezcan y desaparezcan de la noche a la mañana, así que resulta casi imposible contarlas. Indonesia es el país de las mil islas, un Egeo de Oriente, monstruoso y cambiante. Quién podría asegurar que esta en la que se encuentran ahora no es solo una isla recién nacida, o que ellos no serán los últimos que quizá pongan pie sobre ella.

Cada vez que Jahan vuelve a salir, los dos le preguntan con insistencia. Quieren conocer los detalles para imaginarse mejor qué

hay en el fondo. El nativo no consigue explicarse. Ollauri intuye la magnitud de lo que ha encontrado: lo que hay bajo la superficie del agua es demasiado fantástico como para describirlo.

Está ya atardeciendo y los tres siguen en la playa, sin dar crédito. Jahan ha encendido un fuego.

—Es imposible que extraigamos todo de ahí abajo, sin equipamiento y sin ayuda —c oncluye tristemente Ollauri, mirando las llamas.

—No tenemos por qué hacerlo solos. Conozco a un tipo, un buen amigo mío, especialista en «encontrar» tesoros sumergidos. Hay muchas empresas que se dedican a eso. Saben cómo colocar ciertos objetos en el mercado, o negociar con las autoridades locales cuando es necesario…

—Ya… Como los tipos esos que el mes pasado acabaron en una cárcel de Sumatra por expolio del patrimonio histórico, ¿no?

—No. Otros.

—Claro.

—¿Y qué propones tú, si puede saberse?

—No lo sé. Pero lo que está claro es que esto se nos puede ir de las manos muy fácilmente —c ontesta Ollauri, arrancando de un mordisco la cabeza de su pescado y escupiéndola sobre la arena.

—No estarás insinuando que dejemos pasar una oportunidad así, ¿verdad? ¿Qué quieres, que recojamos unas pocas migajas más y nos larguemos dejando todo eso ahí?

—Es que ni siquiera podemos hacer eso. Ya has visto lo frágil que parece todo. Aunque quisiéramos llevarnos solo algunos objetos, no sé ni cómo podríamos transportarlos. Por otro lado, todavía no hemos averiguado cómo salir de esta puñetera isla… Lo más probable es que necesitemos avisar de algún modo de que estamos aquí para que alguien venga a sacarnos. Pero si dejamos que la información sobre esto se propague por los canales equivocados… En poco tiempo comenzarán los saqueos. Bien por parte de gente de la zona o, peor aún, de algunos otros que, como dices, tienen más medios y posibilidades que nosotros de beneficiarse de todo esto. Nos quedaremos fuera, y con el culo al aire.

»Tenemos que actuar rápido, muy rápido. Ya has visto cómo se las gastan los nativos de por aquí. Si en una de esas excursioncitas de pesca suyas a base de cócteles molotov llegan por casualidad a esta zona, un par de detonaciones bastará para mandar todo al carajo.

—¿Y entonces?

—Entonces, dado que tenemos que salir de aquí, y que no podemos llevarnos esto con nosotros, no nos queda más remedio que informar de dónde estamos. Tarde o temprano saldrá a la luz lo que hemos encontrado: nuestra única baza es decidir a quién transmitir esa

información, para sacar la mayor tajada posible.

—Tonterías. Podemos salir de aquí por nuestros propios medios. Volver en otro momento, mejor preparados. Te estoy diciendo que conozco a gente que…

—¿Y qué te crees, que nosotros saldremos ganando una vez que esos amiguetes tuyos obtengan de nosotros la información sobre la ubicación de los restos? Además, no va a ser tan fácil salir de aquí como crees. Jahan… ¡Jahan! Despierta, joder… Tú qué opinas. ¿Salir de aquí, se puede?

Jahan asintió. Él sí podía: nadando, buscando ayuda. No era la primera vez que se quedaba atrapado en una de aquellas islas. Aquel archipiélago era un laberinto con trampas de lo más original. Si no te quedabas aislado, te quedabas sin agua; si tenías agua, en un laguito de aquellos te esperaba la malaria; y, si no tenías fiebre, ya se encargaría el calor de licuarte bien los sesos. Por no hablar de algunos grupos de nativos, que todavía recordaban milenarias recetas para sazonar mejor tus partes blandas.

Ronnie no estaba de acuerdo. ¿Por qué escuchar a un tipo que iba por ahí con el culo envuelto en un trapo? No necesitaba su opinión. Además, por lo que estaba viendo, aquellos dos palurdos podían dar al traste con todo.

El holandés escuchó, incrédulo, como Ollauri proponía que dieran parte del hallazgo a un organismo internacional, una institución que estuviese por encima de los gobiernos locales. Según él, esa era la mejor manera de sacar partido a la única carta que poseían: la información. Debían hacerse necesarios así, y no ser los villanos de aquella historia, sino los héroes. Dejarse rescatar, colaborar, exigir. Negociar, pero, por una vez, con alguien de fiar. Y es que, en opinión de Ollauri, lo que más les convenía era poner su experiencia en la zona y sus conocimientos al servicio de una estructura poderosa, pero externa. Una organización lo más alejada posible de las autoridades de la región, que eran corruptas hasta la podredumbre y que por otro lado no les tenían, digamos, demasiada simpatía… Una institución de fuera, sí, que necesariamente precisara de su ayuda para moverse por la zona, y que tuviera la capacidad y la autoridad de proteger el barco de los petardazos, y de salvar todas esas jarritas blancas, y…

¿«Esas jarritas blancas»? Ronnie hizo una mueca de desprecio. Obviamente aquella historia del descubrimiento había trastornado a su compañero, haciéndole perder la perspectiva y olvidarse de lo que de verdad importaba: dar el golpe de sus vidas. Nada nuevo: españoles, italianos, griegos… Daba igual lo duros que parecieran, todos eran medio ñoños por dentro. Veían «algo bonito» y perdían la cabeza. Menos mal que raramente se les dejaba tomar las decisiones importantes.

Él, por su parte, cada vez tenía más claro que debía quitarse de encima a aquellos dos lo antes posible, aunque aún no supiera cómo. Antes de tomar una decisión, le siguió la corriente a Ollauri, procurando evitar un enfrenamiento.

Lo mejor sería esperar hasta la noche, cuando el nativo estuviera atado. Aún tenía la pistola, pero ellos eran dos y no quería correr riesgos.

Cuando llego la oscuridad, Ollauri, a pesar de la tensión, cayó rendido. No había dormido la noche anterior y llevaba todo el día pensando, una actividad a la que no tenía la costumbre de entregarse. Estaba agotado. Sin embargo, a las pocas horas su instinto le despertó.

Al abrir el ojo, vio una imagen insólita. El holandés estaba de pie, con una antorcha en la mano. En el suelo había un bulto al que se disponía a prender fuego: era Jahan, aún dormido.

Cuando vio que Ollauri se incorporaba, Ronnie le mostró la pistola y le sonrió.

En realidad tenía pensado darles candela a los dos y luego, cuando salieran corriendo con el culo en llamas, dispararles; pero no importa… Aunque Ollauri se haya despertado antes de tiempo, puede cambiar el orden de los factores sin alterar el producto.

El holandés acerca la antorcha a los riñones de Jahan, que ronca pesadamente.

«He oído que en el Archipiélago a algunos les gusta cierto tipo de carne asada… Vamos a probar un poco, a ver si es tan buena como dicen».

Luego se agacha, entre risas. Pero no ha llegado aún ni a rozar al nativo que ya tiene encima a Ollauri, vapuleándole como un poseso, furioso e indiferente a la posibilidad de que le dispare. Nunca le ha visto así, no sabe qué cable se le ha cruzado, qué… Mientras se protege con los brazos, ya desde el suelo ve, atónito, cómo Jahan se despierta y se saca la cuerda de los pies con un simple gesto, como quien se quita el gorro de dormir… ¿Pero quién demonios son en realidad estos dos tipos?, piensa, antes de perder el conocimiento. Y a él, tantas veces le han dicho loco… A él…

Cuando vuelve en sí, está atado a un cocotero. Le duelen los brazos de tenerlos retorcidos hacia atrás.

Ollauri le enseña la pistola. Luego, la lanza al mar.

—A nosotros no nos hacen falta estas cosas. Nos gustan más las distancias cortas, dedicarle su tiempo… Vieja escuela. ¿Verdad, Jahan? —E l nativo se parte de la risa, como un niño de noventa kilos a quien se torturase con cosquillas—. Enséñale cómo os gusta resolver los problemas en tu pueblo, enséñale…

Jahan sigue riendo. Le encanta cuando le dejan hacer las cosas a su manera. Se ha anudado sendos trozos de roca a las palmas de las

manos, sujetándolas con trapos. Ha tardado un buen rato; hay que buscar piedras de una forma adecuada y tener cuidado de no cerrar del todo los dedos alrededor. Las piedras pesan lo suyo, pero el impulso, la fuerza que proporcionan, da mucho gusto al golpear. Sobre todo, en el momento en que entran en contacto con los huesos de la cara, que siempre crujen blandamente, como caracolillos que se aplastaran bajo los pies.

Una cabeza masacrada de esa manera queda igualita que la de los despeñados: aquel método regalaba a las manos el poder de la caricia… La caricia de un barranco.

Ahora bien, para decepción de Jahan, Ollauri se pone tonto y no le deja desahogarse a gusto. No ha empezado siquiera a calentarse del todo y ya su compañero le separa por la fuerza del cuerpo del holandés, que cuelga como una piltrafa del cocotero.

Al final lo dejan allí, en la playa. Así aprenderá a no hacerse el listo, ni a jugar con fuego con gente aún más pirada que él.

Está amaneciendo. Ollauri da una última ojeada al mar antes de empezar a subir hacia la colina, como había sugerido Jahan. Se pregunta dónde habrá acabado la pistola. ¿Quién le mandaba lanzarla al agua? Él y sus malditos dramatismos.

11
Cargueros y casuarinas

Sofía decide que, si tiene que quedarse en Singapur varios días más, lo primero que debe hacer es cambiar de hotel y buscar un lugar discreto y lo más lejos posible del Raffles. No quiere volver a tener ningún encuentro en la tercera fase con el pajarraco aquel.

Mira a su alrededor, buscando un punto de referencia. Se siente abrumada por la cantidad de gente, por el calor y el ruido. Mucho ruido. La mayoría de las calles son, en realidad, autopistas de cinco o seis carriles, flanqueadas por rascacielos que alcanzan alturas de vértigo. La gente forma auténticas aglomeraciones que bloquean las aceras en torno a los puntos clave: los centros comerciales. Incluso por debajo de la calle hay kilómetros de galerías subterráneas con tiendas repetidas hasta el infinito. En aquellos coloridos infiernos saturados de humanidad, la sensación de asfixia es extrema: casi prefiere que el calor acabe con ella aquí fuera, en la avenida.

Una semana parece haberle bastado para decidir que, si por fuerza ha de quedarse en la ciudad unos días más, será mejor que huya de aquellas calles. Tiene que buscar el mar, o la poca selva que aún queda antes de que lleguen las voraces excavadoras, hambrientas de espacio para nuevos centros comerciales.

Sí, eso es lo que va a hacer.

El mar la tranquilizará, la ayudará a aclararse las ideas.

Sofía se dirige a la playa y se da un paseo a la orilla del mar del Sur de China. Camina bajo unos magníficos palmerales y después se sienta a descansar en unas piedras. Solo ha andado unos metros, pero el calor obliga a tomarse las cosas con calma. Encima de su cabeza se extienden infinitas planicies de un azul intenso, matizado únicamente por un entramado de ramas muy finas, colgantes, cubiertas por hojas tan ligeras que parecen madejas de hilos. Le recuerdan un poco a los tarajales de su infancia, pero se equivoca. No es un taray, sino el árbol de la casuarina, que deja que el viento peine sus crines de pluma en todas las playas del trópico. Delante de ella el mar, muy tranquilo, despliega una serie de colores poco familiares: azules claros, blanquecinos, como saturados de polvo de tiza; verdes casi pantanosos y cálidos turquesas.

Sorprendentemente, en la playa no hay casi nadie. O quizá no sea tan sorprendente. Ha oído que a los asiáticos no les gusta mucho eso de ponerse morenos… Para ellos el moreno es un tono de piel propio de los pobres, de los que se ven obligados a trabajar bajo el sol. Por

eso aquí muchas mujeres llevan sombrilla y se compran cremas blanqueadoras para la piel. La piel blanca es de ricas; la tostada, de campesinas. Para ellos ir a la playa es un pasatiempo incomprensible, una locura propia de los occidentales.

De todos modos, quizás exista alguna otra razón por la que la playa está desierta… Justo delante de ella, a pocos kilómetros de la orilla, grandes masas oscuras interrumpen la línea del horizonte: es una hilera de barcos de gran tonelaje. Cargueros, petroleros, de todo hay. Supone que a la gente no le gustan, por eso no van a la playa. A ella en realidad le da igual. En el agua no tiene intención de meterse, y el paisaje le resulta igualmente extraordinario, petroleros incluidos. Es inmune a su monstruosidad: siempre ha sabido que todos los barcos son hermosos, incluso cuando son tan feos como aquellos.

—Nosotros sí que tenemos playas bonitas, y no esto —l e dice, en inglés, una chica que está sentada sobre una estera no muy lejos de ella. En la mano sostiene un paraguas a modo de sombrilla, protegiendo a un niño rubísimo que no parece ser suyo.

Sofía se gira y le sonríe.

—Esta arena, toda falsa; se lo digo yo. La roban a otros países. Tráfico de arena, le dicen. Pero en mi tierra tenemos arena de verdad, y horizonte de verdad, y todo de verdad.

—¿Y de dónde eres?

—Soy de las Riau. Esas islas de ahí enfrente. Solo se tarda un ratillo en llegar. Yo voy siempre que puedo. Mi marido está allí con mi hijo. Lo malo es que solo tengo un día libre a la semana, y a veces no me da tiempo a hacer todo. Pero usted, si puede, tiene que ir. Eso sí que es una playa, y no esto.

Sofía recorre el mapa con la mente. Cree que las Riau se encuentran al final del estrecho de Malaca, justo enfrente de Singapur, pero no está segura.

—Pero esas islas no pertenecen a Singapur, ¿verdad?

—No, no, eso es ya Indonesia; yo soy de Indonesia —d ice, orgullosa, exhibiendo una sonrisa extrañamente desdentada para alguien de su edad.

—Entonces, lo veo crudo… —m usita Sofía, hablando para sí misma.

—¿Por qué? Usted seguro que tiene tiempo, y dinero, y sí que puede ir.

—Sí, amiga mía, pero lo que no tengo es pasaporte.

—En las Riau eso no es problema. Se llega en barco y, si tienes billete de vuelta y alguna identificación, puedes entrar sin historias. Está aquí al lado y la gente va y viene desde Singapur en el día. Es precioso de verdad. Vaya usted a verlo y acuérdese de mí.

Las dos se quedan en silencio, mirando el horizonte punteado de

barcos. Solo se oye el mar y la voz del niño, que ha empezado a reír, feliz por algo bonito que solo él entiende.

12
La Ruta de la Seda Marítima

Cuando la expedición del Instituto Asiático de Arqueología Submarina llega por fin al lugar donde se encuentra el barco hundido, nadie queda decepcionado.

Las indicaciones y la pericia de Ollauri los han conducido de forma lo más segura posible al lugar; y hasta ahora no han sufrido ningún percance. El viaje ha sido largo: desde el mar de Andamán, donde el barco se encontraba ejecutando otra operación, hasta alcanzar al fin el mar de Java; pero el trayecto ha discurrido, gracias al cielo, sin encuentros desagradables. El único problema —c ada vez más obvio conforme se acercan al lugar del naufragio— es que el expolio ya ha comenzado. Algunos submarinistas merodean por el lugar; y en la isla más cercana, deshabitada, parecen entreverse movimientos poco claros.

Por suerte, la llegada del *Amaranta* parece ahuyentar a la mayor parte de los oportunistas. No se sabe si impone más su triple bandera, los guardias de seguridad que se pasean por las cubiertas, o un tipo que observa con cara de malas pulgas a los posibles cazafortunas —e n realidad, igualitos que él— fastidiado porque no consigue que nadie le deje un fusil con el que poner a prueba la puntería.

Míster Li, el director de la expedición, comprueba que todo se corresponde con la información proporcionada por Ollauri. Han hecho bien en venir preparados: efectivamente, ninguna de las medidas de seguridad que recomendó han resultado superfluas, y el equipo de buzos profesionales que han traído consigo no permanecerá ocioso si el volumen de lo que han de examinar en el fondo es de la magnitud descrita. Los honorarios que aquel tipo había exigido para él y su compañero eran un despropósito, pero Míster Li cree que el Instituto había hecho bien en aceptar. Sobre todo por el riesgo de que, de haberse negado a contratarle para la expedición, Ollauri hubiera —t al y como había amenazado— pasado la información a alguna empresa privada de difusas y confusas intenciones. Había que evitar a toda costa que los restos corrieran el peligro de acabar siendo extraídos de mala manera —c on la consiguiente pérdida de información arqueológica— y vendidos en el mercado negro. Por otro lado, tenía que reconocer que el papel de Ollauri en el equipo era fundamental. Y es que lo que decía, por muy extraño que sonara, solía cumplirse: mejor hacerle caso desde el principio. Eso lo habían entendido todos a bordo, y la autoridad que sin esfuerzo alguno ejercía sobre los demás

hombres era algo que Míster Li, en el fondo, le envidiaba. Además, su ayuda había sido vital para llegar hasta allí a tiempo y con los equipos necesarios; sin sus indicaciones habría sido imposible atravesar el tristemente famoso estrecho de Malaca en tan poco tiempo y sin ningún incidente. Al final, la arriesgada decisión de contratarle no había sido un error, sino una apuesta feliz.

Bueno, a ratos. Míster Li se gira con los ojos en blanco y finge sordera pasajera, a pesar de que le están llamando por el interfono desde hace un buen rato. Por lo visto, hay un problema con los equipos de inmersión que está paralizando toda la operación. Se ha producido un incidente en la Cubierta 2, y los buzos se niegan a comenzar su trabajo. Míster Li reza para que, por una vez, se trate solo de un problema técnico.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema con los tanques?

—No, señor —r esponde una voz femenina al otro lado del auricular—. Todo el equipo está a punto.

—¿Y entonces? ¿Se puede saber por qué no empiezan de una santa vez?

—Porque yo no lo permito, señor.

—¿Qué? ¿Y eso por qué?

—Pues porque no voy a consentir que nadie de mi equipo se ponga en peligro. Aquí abajo no vamos a mover un dedo hasta que todo el mundo haya cumplido con las normas de seguridad. Nadie entra en el agua sin el equipo reglamentario. Me da igual quién sea, ni de dónde. Así que usted dirá.

—¿Alguien se niega a ponerse el equipo?

—Efectivamente. Ustedes han considerado oportuno introducir en la expedición a personas que no son profesionales: me parece muy bien. A bordo hagan lo que les venga en gana. Pero, bajo el agua, la seguridad de los buzos es mi responsabilidad. No voy a permitir que todos corramos peligro por culpa de un… de una persona sin experiencia.

—Sin experiencia, su puta madre —i rrumpe otra voz, más lejana.

Míster Li cuelga de inmediato; ya ha oído bastante.

Cuando llega abajo se encuentra con una escena surrealista: la lancha preparada, dando bandazos contra el casco mientras ellos se deciden a subir; los buzos ya con sus equipos y cara de paciencia, y un hombre con los brazos cruzados, medio desnudo.

Es Jahan. No quiere subir a la lancha ni ponerse el equipo. Le da miedo el barullo de tubos, la máscara que parece ahogarle. No piensa meterse aquella cosa rara en la boca, ni cargar con esas pesadas botellas que parecen bombas a punto de explotar.

Lo malo es que, por desgracia, es él quien sabe dónde se encuentran exactamente los restos del barco.

Ollauri lo soluciona de un plumazo. O, mejor dicho, con una coz.

Impulsado por un seco patadón en el trasero, el nativo cae pesadamente en el agua, junto a la lancha. Míster Li ahoga un grito. Todos se asoman por la borda, espantados; por suerte, el nativo no se ha golpeado contra la lancha al caer. Ollauri no se acerca a comprobarlo. Solo se ata el zapato, que parece que se le ha deshecho el nudo con el impacto. Después, ante la mirada atónita de los presentes, hace un gesto con la mano y les dice: «Hala, ya está en el agua. El que quiera, que le siga».

Eso no va a resultar, sin embargo, una tarea nada fácil. El nativo parece haber desaparecido bajo el mar.

No importa, ya localizarán el pecio por otros medios. Ahora que están en la zona, no les será difícil sondear el fondo con los sistemas que llevan a bordo.

Efectivamente, en menos de diez minutos ya han detectado la posición del barco. Se encuentra encallado en el fondal del arrecife, a más profundidad de la que habían calculado. ¿Cómo era posible que nadie hubiera podido encontrar los restos por casualidad, buceando? Míster Li sospecha que la versión de Ollauri sobre el hallazgo del pecio es puro cuento.

«Usted no sabe de lo que estamos hablando, amigo. Ese tío es capaz de bajar a más de veinte metros así, a pelo… Y quedarse por allí. Ocho, diez minutos… Yo lo he visto con mis propios ojos».

Míster Li niega con la cabeza, sin contestarle. No quiere discutir. Sabe que es imposible quedarse tanto tiempo bajo el agua, sin equipo. Él mismo ha dedicado su vida al buceo, al mar tan temido y amado, que con tanta firmeza suele indicar al cuerpo el límite: esa línea invisible que, una vez traspasada, te mantiene para siempre al otro lado, bajo una superficie de la que ya nunca podrás volver a sacar la cabeza. A solo diez metros de profundidad ya se te comprime el abdomen por la presión: el puño del mar se te empieza a cerrar alrededor de la cintura. Es una sensación peculiar, placentera y pavorosa a partes iguales. Conforme desciendes más y más, el azul de las aguas que te sostienen y engullen se va oscureciendo poco a poco; y a los treinta metros los pulmones ceden, aplastados, incapaces de mantener suficiente espacio en su interior. Del oxígeno de la inspiración inicial, nada queda… Te falta el aire, pero no puedes abrir la boca. Una breve inspiración, un error del instinto, y todo empezará a precipitarse a tu alrededor. Así que aguantas, la cara rígida en una máscara de terror. Pero los oídos te torturan. Tiembla el tímpano, al borde del desgarro; y el dolor en el pecho se vuelve insoportable. Una leve oscuridad te ronda por la orilla de los ojos: es ese el momento en el que sabes que, una vez presa del miedo, ya no será posible volver a subir.

¿Y aquel hombre, según Ollauri, había bajado a pulmón libre hasta la profundidad donde se encontraba el barco, y se había dedicado a extraer objetos de allí, en varios viajes? Imposible.

El español, además de ser una escoria humana, era un mentiroso.

Cuando empiezan a llegar los primeros informes de los especialistas que regres an a bordo, un peculiar estado de ánimo se extiende por el *Amaranta* . Al principio se respira un prudente escepticismo, que luego va dando paso a la tímida alegría de haber realizado, quizás, un descubrimiento singular. Al final, acaba desatándose la más desaforada euforia.

«No estamos seguros, pero parece ser…».

«Todo apunta a que podría tratarse de…».

«Quizá se descarte la idea al examinar los restos, pero…».

«A pesar de lo improbable de un hallazgo así, nos atrevemos a sugerir que…».

Míster Li se muerde los nudillos. Sí, es lo que todos están pensando.

Maderas inusuales en el Archipiélago, de algo que parece teca. ¿Maderas de la India? ¿Africanas, tal vez? Tablones sin clavar… ¿Cosidos con fibra de coco? Por extraño que parezca, la primera imagen que viene a la mente es la de los veleros que todavía se usan en Omán.

Que alguien se atreva a decirlo por fin: es un barco árabe. Un *dhow* naufragado, un tipo de embarcación nunca descubierta antes en el Sudeste Asiático.

¿Qué diantres estaba haciendo allí?

La mercancía que transportaba invitaba a especular: los buzos hablaban de piezas repetidas al infinito, apiladas en lo que quedaba de contenedores de loza. Y es que grandes ánforas y vasijas de hacía siglos esperaban en el fondo, selladas por las arenas y fundidas con el lecho de coral en improbables arquitecturas submarinas. En el interior de aquellos enormes recipientes, miles de piezas de cerámica habían quedado perfectamente protegidas de la abrasión de las mareas y del paso del tiempo.

¿Se dirigía aquel barco de vuelta a Oriente Medio, en ruta por los florecientes puertos que bordeaban el mar del Sur de China, de camino hacia el Índico? ¿Transportaba quizás un cargamento de cerámica adquirida en China, destinado a la venta en la otra gran potencia comercial de la época, la Arabia medieval y sus mil califatos ávidos de sedas, jade, porcelana y otros lujos orientales?

Si ese era el caso, el barco contenía la prueba de que la China de la dinastía Tang, una de las más prósperas de su historia, ya producía artículos en masa para la exportación… ¡En el siglo IX ! Por si fuera poco, los fragmentos pintados que estaban subiendo a bordo… Hasta un ojo inexperto se daría cuenta de que aquello no era caligrafía

china, ni garzas, ni grullas… Ni ninguno de los motivos que se estilaban en la China del momento (… y de todos los momentos). Los platos estaban decorados con flores geométricas, con cenefas que imitaban los diseños árabes. Era cerámica china, producida en serie, y de acuerdo con los gustos del consumidor.

En la actualidad se sabe del intenso tráfico de mercancías en este periodo, una época dorada en la que las rutas comerciales habían convertido a la Tierra del Centro —c omo China se denomina a sí misma— en el verdadero centro de la Tierra. Y es que en el siglo IX China era el centro del mundo civilizado, con ciudades multiétnicas y de gran población, con números que ninguna ciudad europea igualaría hasta bien entrado el siglo XIX . Si bien China se ha abierto y cerrado herméticamente de forma alternativa a lo largo de su historia, la dinastía Tang se caracterizó por su aperturismo, tolerancia y voluntad de intercambio. Son abundantes los documentos y las huellas que dejaron tras de sí las actividades comerciales que unían China con India, Asia Central y Oriente Medio. Los chinos codiciaban las perlas, el coral, el marfil y las maderas aromáticas; y adquirían estas mercancías de otras regiones a cambio de papel, jade, porcelana y, sobre todo, seda. La seda, enrollada, era transportada sin dificultad sobre los lomos de los camellos, cruzando en caravana las peliagudas cordilleras y los helados desiertos rojos de Asia Central. Ahora bien, era imposible transportar por tierra un cargamento de porcelana fina y hacerla llegar intacta a los ricos comerciantes del golfo Pérsico, tras meses de sacudidas entre los pedregales. Por fuerza debía de existir otra vía: una ruta comercial por mar, más extensa y antigua de lo que se pensaba.

Míster Li no puede evitar sentir un escalofrío: ¿Era este el hallazgo con el que había soñado toda su vida? «El descubrimiento arqueológico más importante de los últimos años: la prueba física de la existencia de la Ruta de la Seda Marítima…».

—¿Está usted llorando?

Míster Li vuelve de golpe a la realidad, solo para encontrarse con la sonrisa de sorna de aquel tipo que, por los bigotes de Confucio, jura que le gustaría ver caer fulminado ahora mismo, muerto y bien muerto.

—No se preocupe, hombre; no me llore usted, que no todo son platos rotos ahí abajo… También están subiendo otras cosas, ya verá, ya…

«Platos rotos…». A Míster Li se le encienden las orejas. Pero después se le pasa un poco, viendo a lo que se refiere Ollauri.

Las imágenes que están obteniendo los buzos muestran otro tipo de piezas. Oro, bronce. Copas espectaculares y placas redondas, labradas, que no se entiende lo que son. Un buzo habla de cuchillos también,

pero aún es pronto para aventurarse a sacar conclusiones. Los restos llevan siglos sepultados en su cofre de arenas; y, a pesar de lo increíblemente bien conservados que se encuentran, serán necesarios meses —s i no años— de restauración y de estudio, antes de poder saber qué son en realidad.

De momento, las piezas parecen bastante dispares entre sí. Habrá que distinguir entre la carga del barco y los objetos personales de la tripulación; y, sobre todo, descartar restos de otras procedencias, sedimentados en la zona en otros momentos y por otras razones. Aún queda mucho trabajo.

Lo más extraño, piensa Míster Li examinando el mapa, es el lugar donde se encuentra el barco… Ensimismado, recorre con el dedo la costa del mar del Sur de China hasta llegar a Singapur; luego sube por el estrecho de Malaca, el pasaje directo a la India. Esa es la ruta que con toda probabilidad China utilizaba, y que sigue utilizando en el siglo XXI para comerciar con sus socios de Oriente Medio. La carga de los buques ha cambiado un poco desde los tiempos de la seda… Pero la ruta sigue siendo la misma que hace milenios, cuando Persia empezó a comerciar con China. El lugar donde se encuentran los restos del naufragio, sin embargo, está en pleno mar de Java, casi seiscientos kilómetros más al sur. Un desvío peculiar —y peligroso, dadas las características del Archipiélago— para un barco que seguía una ruta comercial. Este lugar junto a Borneo ha sido escenario de incontables naufragios, y fue descrito por los marinos ingleses del siglo XIX como «el lugar más peligroso de Londres a Pekín»… Bajo estas tranquilas aguas de color turquesa se esconde un perverso laberinto de corrientes y arrecifes, y los caprichos de la meteorología pueden dejar fuera de juego a los navegantes más experimentados.

¿Qué les habría sucedido a los tripulantes de aquel barco? ¿Qué tribulaciones les habrían arrastrado tan lejos de su ruta, qué tormentas?

¿Habría, allá abajo, restos humanos?

Si los hay, esperemos que tengan más de un milenio: el tal Jahan, por lo visto, no ha vuelto a aparecer. Un oficial acaba de informar a Míster Li de que lleva horas desaparecido.

13
Última llamada

—Hola…

—¿Sofía?

—Sí, soy yo… Perdona, ya sé que fui yo quien dijo que era mejor que no habláramos hasta que volviera, pero…

—No te preocupes por eso ahora. Está olvidado. Me alegro de que estemos hablando… Mucho, la verdad. No me atrevía a llamarte; ayer mismo estuve a punto…

Sofía tragó saliva.

—Verás, te llamo para que no vayas a esperarme hoy al aeropuerto.

—…

—¿Máximo? Quiero decir que no voy en ese vuelo, no he podido coger el avión porque ha surgido un problema con mi pasaporte. Sigo en Singapur. No te preocupes, supongo que en la embajada acabarán solucionando todo tarde o temprano.

—Ya… Bueno.

Sofía frunció el ceño: ¿No la creía?

—De todos modos, si me quedo atrapada aquí demasiados días, no podré volver a Madrid y luego acudir al siguiente congreso a tiempo; así que es posible que al final vaya directamente a Bruselas.

—Pues gracias por avisar… Mira, ahora tengo que dejarte, hablamos en otro momento, ¿vale? Venga, un beso…

—Besos.

Cuando cuelga, Sofía se siente mucho peor que antes.

Al final, no ha sido capaz de explicarle nada. Le habría gustado contarle lo de la confusión de pasaportes en el hotel, y los delirios de Madame Chong… Se habrían reído juntos.

Tampoco le ha contado que ha decidido montarse en un barco sin papeles y a lo loco, y que dentro de unas horas estará, o en alguna comisaría, o en una isla perdida de la que no sabe ni el nombre. Al este. Más al este. Y que a una parte de sí no le importa ría nada que ahora mismo él estuviera a su lado.

14
Los nómadas del mar

Las bombonas amarillas ruedan por el fondo de la barca, relucientes bajo el sol. Mientras mira la superficie del agua, a Ollauri le resbala un reguero de sudor barbilla abajo. No hace nada por secarse la cara, ni siquiera cambia de postura. Lleva así un buen rato. El agua acaricia el costado de la barca con toques leves, irregulares.

—¿Algo? ¿Le han visto, ahí abajo?

La coordinadora del equipo de inmersión, recién salida del agua, niega en silencio.

—Pues vuelvan a bajar.

—Mire, hacemos lo que podemos. Hemos rastreado el fondo y no hay indicio alguno de que haya podido quedarse atrapado en ningún sitio. Ahí abajo no parece estar, ni vivo, ni… Ni de ninguna manera. Seguiremos el procedimiento: contactaremos con las autoridades locales para que apliquen el protocolo de Salvamento Marítimo y…

—Esto es Indonesia. Deje de hablar y sigan buscando.

—Que yo sepa, usted no está en posición de darme órdenes.

La mujer se preparó para recibir alguno de los improperios de Ollauri, pero él no le contestó. No tenía ganas. Solo miraba hacia el agua.

—Tiene que estar ahí. Nunca se aleja.

—Verá… Estas aguas no son nada fáciles. No quiero alarmarle, pero es posible que su compañero haya tenido… dificultades. Ojalá no haya que lamentar una desgracia. Por eso precisamente es obligatorio usar los equipos de buceo. Si hubieran seguido mis instrucciones…

—No se ha ahogado. Estoy seguro. Sabe nadar muy bien… Ni siquiera parece una persona cuando está ahí abajo.

—Todos le vimos caer al agua con el «empujoncito» que usted le propinó. Es posible que se golpeara contra el casco y quedara inconsciente.

Ollauri no contesta. Sabe perfectamente que la patada que le dio no tiene nada que ver: ¡cuántas iguales no le habría dado a aquel cenutrio a lo largo de los años! No, ese no era el motivo. ¿Dónde estaba? Había sucedido algo… Algo terrible. ¿Qué iba a hacer ahora? Se siente mareado. Será por el calor, por los bandazos de la barca… No, la barca no se mueve.

—Le ha pasado algo. Baje ahí y encuéntrelo.

Por un momento Ollauri no está seguro de si ha dicho estas palabras por primera o segunda vez. La mujer le mira, extrañada por

las incongruentes actitudes y reacciones de aquel hombre. Él malinterpreta su expresión y añade, dirigiendo la vista hacia al mar para no mirarla: «Por favor».

A pesar de todo, ella arranca el fueraborda y pone rumbo en dirección contraria, hacia la nave del Instituto de Arqueología Submarina. Las otras lanchas ya han regresado hace un buen rato.

De camino, Ollauri sigue en la misma postura: la mano —y a dormida— apretando un cabo como quien estrangula una serpiente, la mandíbula desencajada.

La mujer le mira de reojo. A lo largo de los años ella misma había vivido varios accidentes de compañeros; algunos con final feliz, otros con punto final. Unos pocos, sin final alguno. Estos últimos eran los peores, cuando el mar no devolvía lo que se había tragado. Conocía el vértigo que se siente: el torbellino atroz que vapulea la mente cuando sabes algo, sin que te dejen nunca llegar a saberlo del todo.

—Y dígame, su compañero… —l e dice, para rescatarle por un momento de las confusas mareas que le imagina en la cabeza—. ¿Era de… es de por aquí?

—Sí. Bueno, no… Yo qué sé. Es de una isla de por ahí. De las del este. Esas que están a tomar por el culo.

Al oírle, ella se alegra: parece que está volviendo en sí.

—Antes ha dicho que sabía nadar muy bien, que no parecía una persona… ¿No será por casualidad uno de esos… uno de esos nativos a los que llaman «gitanos del mar»? Cuando le vi la primera vez lo pensé, a bordo… Pero no dije nada: sé del lío legal que tienen aquí montado con algunas etnias que no son bienvenidas en ningún sitio. Creo que ni siquiera se les permite tener la nacionalidad de algunos países de la región, a pesar de llevar miles de años en el Archipiélago. Los *«orang laut»,* los «hombres del mar»… ¿Le suena haberle oído mencionar algo así a su compañero?

—Viendo la pinta que tiene, más bien «orangután» diría yo…

—*«Orang hután»* es malayo también: «los hombres del bosque». Pero dígame, ¿cree que su compañero puede ser uno de esos nómadas de por aquí?

—Yo qué sé. ¿Por qué me pregunta eso?

—Soy antropóloga. Yo nunca me he ocupado de esa etnia en particular, pero una compañera hizo su tesis sobre ellos… Por lo visto tienen las pupilas diferentes, adaptadas para poder enfocar bajo el agua: se pasan la vida dentro. Los *orang laut* viven en sus barcos, pisan tierra solo un par de veces en sus vidas. Nacen y mueren en el mar. Las imágenes que vi se me han quedado grabadas: extensiones de agua turquesa, niños sonrientes que pescan con la boca y que llevan sus propios barcos desde los seis años.

—Pescar con la boca sí le he visto… También sé que anda… que

camina, allá abajo. Se mantiene erguido en el fondo, como si anduviera por la tierra. Una vez le vi desde arriba, haciendo eso… Pensé que me lo estaba imaginando.

—¿Dónde lo conoció, en uno de esos poblados flotantes?

—No… Lo encontré en el mar, sí. Pero en un lugar que, desde luego, no era su casa… ¿Qué hace, vira?

—Sí. Hay un lugar donde no hemos mirado. Es imposible que haya buceado hasta allí desde donde está fondeado el *Amaranta* … Y además sin que lo hayamos visto ni asomar la cabeza. Pero, por lo que está diciendo usted… Quién sabe.

La barca cambia de rumbo; refresca brevemente la caricia de la propia estela, al virar.

—¿Se acuerda de cuando el tsunami? El mundo entero empezó entonces a hablar de los «hombres del mar». Hay un subgrupo que habita en el mar de Andamán, al norte de Sumatra. Ellos fueron los únicos que, inexplicablemente, se salvaron del maremoto. En la costa murieron cientos de miles de personas; y ellos, que viven justo dentro del agua, sobrevivieron todos. Al principio desaparecieron, así que todo el mundo dio por supuesto que el mar se los había tragado. Pero no fue así: ellos, el mar, lo conocían. Para salvarse solo tuvieron que seguir las clarísimas instrucciones de una canción que llevaban varios siglos entonando, y que transmitía la sabiduría de generaciones anteriores. «Cuando el mar se retire de pronto de la costa, avanza hacia ella. Sube, sube a lo más alto, para salvarte». Y así lo hicieron. Una tarde cualquiera el mar empezó a alejarse de la costa de forma extraña. El fondo quedó al descubierto en lugares sobre los que jamás había brillado el sol, ni siquiera con las mareas más bajas. Ellos supieron de inmediato lo que iba a suceder. Salieron del agua a toda prisa, abandonando sus barcos; corrieron a la costa y subieron a las montañas más próximas, donde nunca habían estado. Durante las siguientes horas el mar regresó con un ímpetu brutal… Ya sabemos todos lo que ocurrió. Ellos lo vieron desde lejos. A salvo.

—No sé. Yo nunca he visto grupos de esos flotando por ahí.

—Supongo que quedan pocos. La mayoría de los países del Archipiélago o bien les prohíben entrar en sus aguas territoriales, o los obligan a instalarse tierra adentro, alegando que necesitan tener a la población censada por motivos administrativos. En Singapur, por ejemplo, en los años setenta los «retiraron» a todos de las aguas costeras «por cuestiones de higiene» y para facilitar la circulación de los cargueros. Luego los realojaron en viviendas de protección oficial del interior de la isla. La mayoría no sabían usar una cama, ni entendían los relojes o el dinero. Cuando los alejaron del mar, muchos se suicidaron. Otros simplemente murieron de pena.

Ollauri no está escuchando desde hace un rato. No quiere saber

nada de aquello, ni quiere que nadie le aleccione sobre nada; solo quiere llegar a la isla, solo quiere…

La silueta puntiaguda del islote donde hacía poco habían estado atrapados Jahan y él se va perfilando contra el cielo, ya púrpura, de la tarde. Si bien en pocos minutos la oscuridad caerá en brusco telón, como hace siempre a esta latitud, la luz todavía les permite entrever algo en la playa. Sobre la arena hay un bulto. Un tronco, o quizás un hombre.

Al aproximarse empiezan a verlo con claridad. Es, efectivamente, Jahan. Está tendido. No se mueve. O sí. Al verlos acercarse, se incorpora.

La mujer avisa por radio: están cerca de la isla, han dado con él. Está vivo.

Cuando cierra la conexión y se gira, se da cuenta de que está sola en la barca. Ollauri ha saltado y ya va caminando hacia la playa a zancadas, entre las olas. Lleva una cuerda en la mano.

La mujer empieza a gritarle, pero no sirve de mucho. Ollauri se abalanza contra el nativo, dispuesto a desahogar sobre su cuerpo la rabia, el miedo que ha pasado. Lo matará si hace falta: por hacerle una cosa así, por alejarse, por…

La mujer chilla, ya a su lado; pero no sabe cómo hacerle parar. La cuerda mojada silba en el aire. Restalla, tensa, al reventar las venas bajo la piel; una y otra vez.

Entonces sucede algo extraño.

Jahan alza el brazo y sujeta el de Ollauri a medio camino. Es un gesto simple, obvio en su fuerza determinada y tranquila. Un gesto que jamás ha hecho.

Ya en pie, su sólida masa contrasta con la figura de Ollauri. Aquellos brazos curaban rápido las ganas de discutir. Y, efectivamente, no hizo falta.

Algo había cambiado.

No era, desde luego, su cuerpo, que Ollauri conocía tan bien. Un cuerpo que tantas veces había aferrado en el agua y pateado en la tierra, admirado y golpeado con todas sus fuerzas. No era eso. El cambio estaba en los ojos. Ya no le tenía miedo.

Jahan le miraba de frente. Desde arriba. Ollauri entendía rápido aquel idioma. Dio un paso atrás.

¿Qué le había sucedido allá abajo, en el agua?

Ollauri cae finalmente sentado en la arena, confundido, pres a del agotamiento.

El nativo intenta ayudarle a levantarse, pero él lo aparta a manotazos. Acto seguido nota que alguien lo lleva ya colgado encima, como un muñeco, hasta depositarlo en la barca.

Cuando llegan de vuelta al *Amaranta,* la tripulación los recibe con

un equipo de reanimación y botellas de oxígeno para Jahan, pero al final es Ollauri el que acaba en la camilla de la enfermería. Es él quien está desorientado y al borde del ahogo. Parece vapuleado, aunque nadie le haya tocado un pelo.

15
Un refugio en las islas Riau

Sofía pasa bajo el porche de paja y apoya su bolsa sobre las esteras del suelo. Muy diferente al Hotel Raffles, desde luego, aquella cabaña en la que va a alojarse durante el fin de semana.

No importa. Se siente mucho más tranquila después de haber podido abandonar Singapur y escapar de la sensación de estar en peligro. Aquí, en estas pequeñas islas, estará a salvo hasta el lunes.

Las Riau son casi dos mil, y Sofía ha optado por una de las más apartadas. La cabaña en la que se hospeda pertenece a una familia que alquila parte de la casa a los turistas: una práctica común entre los nativos, acostumbrados a los visitantes que llegan desde Singapur y otras partes de Indonesia.

A la cabeza de la familia está una anciana de manos sarmentosas y orejas deformes, alargadas por el peso de las más de cinco argollas metálicas que penden sobre sus hombros. Es la abuela. Sofía se entiende más o menos con ella, parece buena gente. Al llegar, la vieja le ha preguntado cuántos años tenía y si estaba casada, las preguntas de rigor por estos lares. Sofía, a su vez, se ha interesado por su edad; pero la anciana, como muchas personas mayores de la región, no está segura de cuántos años tiene. «Unos doscientos», había dicho, convencida de sus cálculos.

Para darle la bienvenida, le ofrecen unas golosinas: son paquetitos alargados y verdes, como bolsitas prietas hechas con hojas de banano enrolladas. Dentro hay una especie de pasta anaranjada. Sofía da las gracias con la cabeza y se mete el contenido en la boca, pensando que se tratará de algún tipo de dulce. Consigue sonreír a duras penas, mientras mastica lo que resulta ser pescado.

Al ver su cara, la nieta de la anciana —u na mujer embarazada— se echa a reír.

En su habitación, Sofía intenta relajarse. Ha visto un lagarto de tamaño considerable en la pared, pero no está asustada: son como los de Singapur. Por lo que ha visto hasta ahora, la única molestia que ocasionan es ese ruidito nocturno y el susto que a veces se da uno al ver su rabo retorcerse repentinamente sobre el suelo.

También hay alguna cucaracha que otra, pero sobrevivirá.

Al enrollar la persiana de estera, se lleva una gran sorpresa. La playa a la que da la ventana es tan hermosa que parece irreal. Debe de ser falso ese azul de postal, esa curva suave de la arena, joven y blanca como el vientre de un niño; y los frondosos macizos de color

verde oscuro que enmarcan la playa hasta donde alcanza la vista. Justo delante de la costa se alzan unas rocas de piedra volcánica, con filos de más de treinta metros de altura. Todas están coronadas por la verde espuma de una vegetación irreductible, que da forma a un paisaje nunca visto por ella. Es tan espectacular que raya en lo falso, lo imaginado. Siempre había pensado que todas aquellas imágenes de Tailandia, Filipinas y otros lugares del Sudeste Asiático tenían algo de impostado. Con toda probabilidad, eran fruto de la exageración autocelebrativa y engañosa de los folletos turísticos. Ahora ve que estaba equivocada: existen lugares así. Al menos, el paisaje que tiene justo delante es real. Y ni siquiera se trata de un lugar famoso: es solo un rincón cualquiera, una orilla perdida de una de las casi veinte mil islas que conforman el Archipiélago.

Oye un goteo rítmico. Mira hacia el suelo: es su sudor, en caída libre desde el codo. El calor es igual o peor que en Singapur, aunque la presencia del mar, aquí mucho más obvia, alegra el cuerpo y lo consuela de algún modo. No le importaría bañarse, pero es mejor que no lo intente. Según le han dicho, la razón por la que en esta época del año la playa está desierta son las medusas. Medusas de ese tipo, sí. De las que pueden dejarte en coma… Si tienes suerte.

Bueno, a Sofía no le importa no bañarse, en realidad. Por si acaso, de todos modos, lleva consigo un frasquito de perfume lleno de vinagre: la única manera conocida de conseguir que los temidos tentáculos, de varios metros de largo, se te desprendan a tiempo de la piel.

Es cierto que podría haber escogido alguna otra isla, con más comodidades… Pero ha preferido evitar las zonas donde hay muchos hoteles. Por un lado, para escapar de los singapurenses (ya ha aprendido a reconocerlos a distancia: adolescentes miopes autorretratándose cada dos metros y familias equipadas con ropa de acampada último modelo); y, por otro, porque sabe que en ningún hotel «normal» la dejarán alojarse sin pasaporte. Es por eso que ha elegido esta opción: hospedarse con una familia de la zona en un lugar más apartado. Esto sí que va a ser desconectar de verdad… Por una vez.

La playa le trae un recuerdo inesperado. La espalda abrasada de Máximo en una cala azul, tan azul como solo pueden serlo las calas de los veranos pasados. La sombra de sus pestañas, muy pobladas, le trazaba sobre el nacimiento de los pómulos una cambiante caligrafía que ella jugaba a borrarle con el dedo.

16
Transformación

En el comedor del *Amaranta,* Míster Li explica entusiasmado al equipo sus planes para esa mañana: nuevas inmersiones, la instalación de grúas, inventarios…

Ollauri, mientras tanto, observa el vacilar del puré blancuzco sobre su plato, que se obstina en balancearse hacia la derecha con los vaivenes del barco. Decide colocar un trozo de servilleta debajo, para mantenerlo inclinado en el sentido contrario. Un instante después, el bamboleo acelera de pronto y las gachas se acaban derramando. Da igual; no pensaba desayunar aquella mierda china de todos modos.

—Quién sabe si llegaremos a encontrar incluso cerámica blanca *xing* … —p rosiguió Míster Li mientras engullía con gusto su plato de *congee,* rebuscando las cortezas de cerdo del fondo—. No puedo ni imaginármela. «Del color de la nieve, tan fina que a la luz permite el paso…». Todos hemos leído las descripciones históricas, pero ver una por primera vez, tenerla en la mano…

—Yo la he tenido, creo —d ice Ollauri, aún enredando con el puré de su plato—. Había una jarra muy blanca, desde luego. Era como mate y muy fina, parecía la cáscara de un huevo. Yo mismo vi la sombra de mi mano, a través. Era… bonita.

—¿Y dónde está?

—Se… rompió. Ya ha visto usted las manazas de oso que tiene mi compañero…

—Precisamente por eso hay que evitar que gente como ustedes ande hurgando en los yacimientos arqueológicos… En fin. Con cerámica *xing* o sin ella, todo esto es… No sé qué decir, supongo que todos estarán pensando lo mismo. Y si llegáramos a encontrar porcelana pintada… Entonces, de resultar acertados nuestros cálculos sobre la edad del barco, habríamos descubierto que la porcelana azul existe desde hace varios siglos antes de lo que se pensaba. Es decir, que los chinos habían descubierto un método para vidriar la cerámica a miles de grados… Y que importaban, ya en el siglo IX , cobalto persa. Solo con el cobalto es posible trazar dibujos azules sobre superficies muy delicadas sin que se quiebren al hornearlas, porque…

—Café han dicho que ya no queda, ¿no?

Míster Li ignora a Ollauri, y continúa con su apasionado monólogo sobre las piezas, de color gris verdoso en su mayor parte. Casi todo lo que habían extraído hasta ahora era de ese color. En realidad no era gris pero tampoco verde; era azul sin llegar a serlo y, de tanto mirarlo,

a veces podía hasta recordar al amarillo. Se trataba, según él, de «celadón»: un color indesc riptible que se o btiene depositando cenizas incandescentes de ciertos árboles sobre la cerámica. Su nombre chino, *y ĭ ng q ī ng,* se refiere al «color de las sombras en la naturaleza», que nunca son en realidad negras, sino azuladas, verdosas u ocres.

Ahora bien, el color no es lo más importante, explica Míster Li. Los chinos se pirran por todo lo que se parezca al jade, cierto es; y los tonos verdes de esta cerámica recuerdan a los de la gema. Aun así, los compradores de celadón no prestaban atención a su color, sino a su sonido: solo estaban interesados en aquellas piezas que, al entrechocar, produjeran un tintineo idéntico al de la codiciada piedra.

Además de la cerámica, estaban apareciendo muchos otros objetos en el fondo. Dados, lamparillas de aceite, pipas… Había muchas piezas que parecían pertenencias de la tripulación. Dios sabe qué vidas habrían llevado en aquel barco, esperando los cambios de viento durante semanas, a la intemperie, bajo la lluvia y el sol abrasador. Una vez ocupada toda la parte inferior del barco con la carga, era una práctica común que la tripulación pasara a vivir en cubierta, comiendo y durmiendo bajo toldillas de bambú. Por otro lado, las tripulaciones no eran necesariamente del lugar de origen o de destino de la ruta, sino que solían ser, por así decirlo, multiculturales. Con frecuencia los marineros eran reclutados a la fuerza en alguna de las islas que encontraban por el camino; secuestrados o comprados como esclavos para sustituir a los que iban muriendo durante la travesía: de escorbuto, de malaria o de puro agotamiento.

Las imágenes que los buzos habían obtenido en el fondo el día anterior también mostraban algo que parecía un cuchillo de tamaño considerable, fundido en secular abrazo con una roca coralina. Parecía un *kris* malayo, sin ninguna relación con las cerámicas. Quién sabe si habría sido adquirido como curiosidad en alguno de los puertos de la ruta, o si era propiedad de algún miembro de la tripulación.

En ese momento, Jahan entra en el comedor.

Todos se quedan en silencio. Aquel hombre no ha bajado al comedor ni una sola vez durante toda la travesía. Hasta ahora ha estado alimentándose en cubierta o en el camarote, en cuclillas, de los restos que Ollauri le lleva. Cuando se acuerda.

Jahan mira con algo de timidez hacia las mesas repletas de gente. La coordinadora de los equipos de buceo le sonríe al verle llegar. Es la primera que se aparta para dejarle un sitio. Justo enfrente de Ollauri.

Ollauri le dirige una torva mirada de fastidio. Después se levanta sin más y va a sentarse a otro lado.

Un murmullo de indignación recorre las mesas, atribuyendo a Ollauri el vergonzoso racismo que ha escandalizado a todo el equipo desde el principio. No saben nada, no entienden nada: cualquier

relación humana, por obvia que parezca, solo la comprenden aquellos a quienes atañe. Nadie se da cuenta de que Ollauri, en realidad, está huyendo. Se siente perdido, se siente francamente mal. El episodio del día anterior le ha afectado mucho más de lo que podría pensarse.

En primer lugar, por el terror que había sentido al darse cuenta de que la posibilidad de que Jahan no volviera a salir del agua era real. No sentía ninguna culpa por ello (a su modo de ver, si le había dado aquella patada era porque se la merecía), pero el miedo que había pasado al pensar que se había quedado solo le produce vértigo incluso ahora. Y es que, por increíble que parezca, aquel hombre es lo único estable que hay en su vida, lo único que permanece. Ninguno de sus miedos o deseos sobrevive jamás a la llegada de la noche: solo Jahan está ahí cuando amanece.

Ollauri intuye que eso va a cambiar. Algo ha sucedido. ¿Y si, de pronto, quisiera alejarse?

En segundo lugar, aún no se ha recuperado de la sorpresa de verle reaccionar y oponerse a él, por primera vez en más de una década. Le ha dejado desconcertado y no sabe qué esperar.

No puede hablar con él, ninguno de los dos sabe hacer eso. De hecho, Ollauri ni siquiera sabe cómo mirarle, ahora; por eso se ha cambiado de mesa. No es capaz de relacionarse con nadie que, en mayor o menor grado, no le tenga algo de miedo. Siempre le ha sucedido igual; con los hombres, con las mujeres… Sobre estas últimas no podía quejarse, nunca le habían faltado. Sin excepción, las que más le gustaban eran las que le tenían miedo; y, sobre todo, aquellas que le daban la oportunidad de demostrarles que deberían tenérselo. Jahan lo sabía bien, lo había visto. Todo lo había visto; era, en realidad, la única persona que le conocía de verdad, que entendía, sin hablarle, sus acciones. De hecho, como le estaba sucediendo ahora, Ollauri ni siquiera era capaz de pensar sobre sí mismo sin llegar, en algún momento, a dar con él.

Jahan, al ver que Ollauri se cambia de sitio, se levanta de nuevo y va hacia él, con el cuenco de comida bien agarrado en la mano, no sea que se lo vayan a quitar. Como cerca de Ollauri no hay ninguna silla libre, se queda de pie, a su lado, sorbiendo ruidosamente el puré de arroz con cerdo frito. Ni siquiera sabía que en el barco daban de desayunar. Está muy contento.

Ollauri se levanta, furioso, y le da un brusco codazo contra las manos. La gelatina vuela por los aires.

Jahan no se inmuta. Solo recoge el cuenco del suelo y lo deja en la mesa. A continuación, coge el cuenco de Ollauri y empieza a comerse su comida. Lo vacía en un momento. Después, le dedica una sonrisa de satisfacción y dientes sucios.

Durante el resto del día, Jahan le seguirá como una sombra por las

cubiertas, como siempre ha hecho.

Es, sin embargo, una sombra que ahora camina a su lado, no por detrás. Y, si no le gusta, tendrá que acostumbrarse, piensa Jahan. No va a librarse de él tan fácilmente. Las cosas han cambiado desde que salió del agua, es verdad. Después de lo que le ha sucedido en el fondo, se siente fuerte. Se siente más… más él mismo que antes. No sabe explicarlo. De todas formas, en su cabeza algo sigue igual de claro que siempre: pase lo que pase, está decidido a no permitir que Ollauri le abandone, que le deje atrás en algún rincón de aquellas islas. Además, él tampoco puede dejarle solo. Es un blanco; medio enclenque y no muy espabilado… ¡Cuántas veces habría muerto ya, de no haber sido por su ayuda!

17
Selva y motocicletas

Sofía abre los ojos. Algunos rayos de sol atraviesan el bambú trenzado de las paredes de la cabaña, y los puntitos de luz que le caen sobre los párpados le hacen creer, por un momento, que se ha quedado dormida en una playa, el rostro protegido por la paja de un sombrero.

La vieja la llama para comer.

Todos los miembros de la familia que la ha acogido la esperan en la otra estancia del palafito donde viven, al borde de la playa. La mujer embarazada y la anciana disponen la mesa: una estera de bambú sobre la que colocan platos de plástico sucios y una caja de mimbre que, al abrirse, desprende una gran cantidad de vapor. También hay un hombre, quizás el marido de la embarazada, y dos niños más. La anciana se mueve ágilmente por el suelo, en cuclillas sobre sus esqueléticas piernas de pergamino. En la cesta hay arroz cocido. Le ofrecen también anchoas secas, crujientes como tirabuzones de cebolla frita; palos ensartados con trozos ennegrecidos que no se sabe lo que son, y salsa de cacahuetes.

El hombre la invita a comer con un movimiento de la cabeza. Ella mira sus manos: no se había dado cuenta de que le faltan cuatro dedos, y su palma termina bruscamente en un precipicio de carne redondeada. Quizás es un defecto de nacimiento. En su plato aterriza algo que parece una brocheta de pollo (ojalá que sí) y un pegote de salsa que se extiende grumosamente por su plato.

El hombre le pregunta que si a la mañana siguiente quiere salir con él a pescar. Sabe que algunos turistas le pagan extra cuando los lleva, porque es «pintoresco». Sofía duda: eso de levantarse al alba no suena muy invitante. Lo que sí le gustaría es dar una vuelta por la isla. ¿Una moto, una bicicleta, quizá? ¿Es posible alquilar una? El hombre da una voz y empieza a dar unos golpes en el suelo. Es para que le oiga su primo, que está debajo del palafito arreglando no sé qué. A través de las cañas que forman la estructura, es posible ver movimiento justo debajo del lugar donde están comiendo. Es un hombre joven, medio desnudo, con unos pantalones de chándal y unas sandalias que parecen hechas por él mismo. Le faltan también dos dedos. Por lo visto él sabe dónde alquilan motos, y la llevará al día siguiente; no hay problema. La gente de por allí no sonríe demasiado, pero una vez que se acostumbra uno, sus caras un tanto estáticas dejan de sorprenderte. Son amables de la manera que importa, pensó Sofía: con los actos.

Pese al calor y la peculiar naturaleza de su «cama», Sofía duerme bien. Es agradable sentir que el mundo está lejos: para ser exactos, en otro lado. Siente esto con una claridad meridiana, y es una sensación alegre, azulada.

Durante la noche llueve a ratos. Cuando la lluvia se detiene, el sonido del agua deja paso a otro tipo de tapiz: una densa cortina formada por el batir del mar, la canción de los insectos y el quejido de los gallos salvajes, que se pasan las noches alborotando la oscuridad brumosa de las islas.

Sofía se deja deslizar poco a poco por el caudal de sus pensamientos, cada vez más escasos, más inconexos, hasta que finalmente se hunde por completo en los ondulantes pliegues del sueño. La neblina entra por la ventana. Queda suspendida en horizontal sobre su cabeza, como un cuchillo sin peso, un filo espumoso de blancuras irreales. Otra vez en una habitación distinta, ajena… ¿Está en una habitación de hotel? No lo sabe. Sea como sea, por una vez, no hay ningún reloj.

Un último gallo se desgañita en la oscuridad con un alarido rojo y deforme, estridente en su trasnochada demencia. Es todo lo que recuerda antes de quedarse profundamente dormida.

Al amanecer la despiertan un fuerte olor a mala combustión y un ruido infernal. Es el motor de la barca del hombre, que se dispone a salir a pescar. Cuando se asoma por la ventana, el paisaje la pilla por sorpresa. El alba insinuándose entre las palmeras y las voces de los hombres retumbando por la playa desierta crean un ambiente poco familiar para ella. El calor a esta hora es ya tan intenso que no cree que pueda volver a dormir.

La embarazada abanica a la anciana con un enorme paipái hecho de hojas trenzadas. Al ver a su huésped en el porche, las dos mujeres la miran sin prestarle demasiada atención. Sin embargo, la vieja arruga la nariz. Huele raro. ¿Qué es? El vinagre, piensa Sofía: la botellita de vinagre que trajo por el tema de las medusas se ha debido de derramar y su ropa huele un poco.

El primo del hombre no aparece en toda la mañana, así que no puede ir a alquilar una moto para explorar un poco la isla. En lugar de eso, pasea por la playa. No es posible hacer nada más: detrás de las casas se alza una pared tupida de vegetación por la que parece imposible penetrar, y no se distingue el camino por el que salir de este lugar. A pesar de todo, tiene que existir alguno. Si bien a ella la han traído aquí en barca desde la terminal del ferry, sabe que debe de haber algún camino por el que salir de la playa a pie y adentrarse en la isla, porque las mujeres han mencionado que algunos días van caminando al mercado a vender pescado. Sofía mira los palafitos que se distribuyen por el arco de la playa, muy similares entre sí.

Palmeras, barcas maltrechas. Pasea un poco más. Cree que se ha abrasado los brazos, pero qué se le va a hacer. No le apetece volver a la casa. Camina por la orilla, ve nubes afiladas deslizarse como dardos de espuma por el cielo. Recoge conchas. Mira sus huellas en la arena y ve como desaparecen enseguida.

Las mujeres se pasan la mañana en el porche, deshojando unas verduras amarillas, abanicándose. Las olas baten, incansables. Se oyen insectos, cigarras, mosquitos. Una aburridísima pereza carga el aire de lo que ya es media tarde, lastrando los minutos con el insoportable peso del vacío.

El regreso de los hombres adquiere dimensiones de acontecimiento, como todo lo que tiene el poder de dividir el tiempo y contribuir a la ilusión de que el día tiene un sentido, una estructura. El hombre y su primo llegan a la casa; comen todos juntos. Las verduras amarillas que las mujeres han estado preparando están sobre la mesa. Parecen patatas fritas de bolsa, con la textura y aspecto de un aperitivo. Y eso es lo que son, un aperitivo, pero del mar. En realidad, son vejigas natatorias, un órgano de los peces que se deseca y sala para comer. Sofía coge una y se la mete en la boca sin dejarse pensar demasiado. De pronto ve algo que despierta su curiosidad: uno de los hombres lleva un cuchillo sujeto en la cinturilla del pantalón. Es de gran tamaño, aunque de aspecto corriente; su filo es recto y no ondulado. De todos modos, Sofía siente curiosidad por saber más de él.

—He oído que los cuchillos de por aquí son famosos. ¿Es verdad que todos los hombres suelen tener uno?

El primo se encoge de hombros.

—¿En tu país no?

—Pues… No.

—Los llevarán escondidos —l e explica, con una sonrisa de burlona suficiencia—. Las mujeres no entendéis de estas cosas.

—Puede ser… Y aquí, en la isla, ¿hay algún lugar donde se puedan ver?

—Los cuchillos no se venden. Son nuestros.

—Claro. Me refería a cuchillos más antiguos, no sé, que no sean de nadie. —S ofía sabía que era imposible que en un lugar así existiera algo parecido a un museo, pero aun así no pudo evitar intentarlo.

—A veces, en el pueblo, entrenan. Los hombres. Se puede ver. Pero los cuchillos son de ellos.

Más tarde Sofía entendió a qué se refería. En el interior de la isla algunos hombres practicaban *pencak silat ,* una forma de lucha que se sigue utilizando en todo el Archipiélago. Sofía había oído el nombre, pero pensaba que era una de esas artes marciales en las que no se usaba ningún arma, solo las manos desnudas.

—Hay muchas luchas diferentes. Aquí nos gusta con cuchillo. En

otros sitios, más aburrido.

—¿Se puede ir con la moto hasta el pueblo?

—Sí, sí. Mi primo sabe dónde alquilan. Ya he dicho. Antes, dos veces.

Sofía no insiste más. Al día siguiente, por fin, el hombre pasa a recogerla y la acompaña por un sendero que se abre al extremo de la playa. Al final hay una escalera hecha con palos, muy empinada, construida entre las piedras. Es la única manera de sortear la formación rocosa que bordea la playa y alcanzar el interior de la isla. Sofía se imagina a las mujeres avanzando por allí con cestos cargados hasta los topes, y se pregunta cómo podrán ir y venir al mercado. Parece una hazaña de titanes.

A los lados la vegetación es tan densa que no puede verse a través de ella, de modo que no se sabe si más allá hay roca, o más vegetación. Sofía tiene la espalda empapada en sudor y la camiseta pegada al cuerpo. Unas gotas de lluvia le caen sobre la frente. Eso, que llueva un poco, a ver si refresca. Pero no es lluvia. Son monos. Acaban de orinarle encima. Sofía los ve correr por encima, sus rabos peludos serpenteando allá arriba y las ramas combándose bajo su peso. Macacos cangrejeros: simpatiquísimos, ellos. El hombre ríe a carcajadas al ver la cara de Sofía. Le encantan los turistas. Y todavía queda mucho camino.

El mar ha quedado detrás de ellos. Ya no se ve, los árboles cierran el camino. Los escalones son palos a distancias irregulares, así que hay que caminar con mucho cuidado para no colarse entre ellos y acabar hundido en la masa fangosa de plantas que prolifera justo debajo. Cada vez hay más mosquitos, y Sofía siente un picor enloquecedor en la corva derecha. Menos mal que en aquella zona, a diferencia de lo que ocurre en Singapur, no hay dengue hemorrágico. Solo malaria: todo un alivio… Mientras avanza apartando la vegetación y concentrándose en respirar a través de aquella humedad caliente, Sofía ve que el hombre se aleja cada vez más. Él camina ágilmente, como si no le afectaran el calor, la pendiente ni el cansancio; incluso habiéndose levantado al alba para salir a pescar y haber pasado ya, con toda probabilidad, muchas horas bajo el sol en la barca. A pesar de su desastrado aspecto, de su delgadez y su baja estatura, el hombre parece poseer una resistencia y fuerza sobrehumanas. Ella le sigue a duras penas por aquella escalera delirante en mitad de la jungla. Solo la tarea de respirar exige toda su atención. Eso por no hablar de calibrar sus pasos, del sudor en los ojos, la sed, el barro, el temido mosquito, las i deas algo extrañas que el calor ha empezado a meterle en la cabeza… Al vivir todo esto en carne propia, Sofía se da cuenta por primera vez de lo que la selva es en realidad: no es un lugar. Es un ser. Y, decididamente, hostil. Da igual cuánto impresione su belleza; la

mente no puede disfrutarla. Ante ella el pensamiento solo sabe cerrarse sobre sí mismo, volviendo instintivamente a lo que importa: cómo escapar de allí. Protegerse.

Casi una hora después, cuando llegan al pueblo, Sofía tiene que sentarse en unas piedras para recobrar el aliento. No han hecho ni tres kilómetros y ya está al borde de la muerte. El corazón le bate rapidísimo en el pecho, y la garganta parece habérsele cerrado. Jamás le contará a Máximo el «paseíto» que se acaba de dar por la selva… Él nunca deja de regañarla por todas las cosas que hace y que, según él, debería evitar para no agotarse, para proteger «su delicada salud». Después del accidente casi no la deja vivir. Pero ella se encuentra perfectamente; y, para demostrárselo (a él, a todo el mundo y sobre todo a sí misma), cada año se apunta al maratón nocturno de su ciudad. De acuerdo, siempre llega de las últimas, pero cada año se inscribe la primera. En general es una persona muy activa, aunque aquí, con este clima, después de caminar unos metros se sienta débil, aplastada, vapuleada, abrasada.

El pueblo es un conjunto de estalaches de madera y chatarra en un cruce de carreteras sin asfaltar: tres caminos de tierra apiso nada. Algunos árboles tienen los troncos cubiertos de pancartas electorales grapadas, todas descoloridas; y los gallos campan a sus anchas entre la basura y el fango. El hombre fuma un cigarrillo a la sombra de un árbol. Sofía permanece sentada, intentando recuperarse de la caminata. Unos niños que pasan le tiran una botella de plástico a la cabeza y salen corriendo muertos de la risa: no parece que haya mucho que hacer para divertirse en aquel sitio.

El hombre le enseña una especie de caseta donde alquilan bicis y motocicletas. El dueño y él parecen conocerse bien.

Alquilan dos motos y ponen rumbo a otro poblado vecino, donde dentro de poco tendrá lugar una lucha de *pencak silat* . De camino, se agradece la ilusión de la brisa en la cara, secando por fin el sudor. Cada vez ascienden más, bordeando una roca que pronto adquiere dimensiones de montaña. El paisaje que se abre a la izquierda del camino es espectacular: una brusca sima hacia el océano, capas y capas de tibio azul extendiéndose hasta el infinito, y conos volcánicos difuminándose más allá del mar, en el horizonte. Sofía intenta no distraerse: en la «carretera» hay baches profundos como barrancos donde cabe la moto entera… Más le vale prestar atención. El hombre avanza delante de ella, su espalda tostada reluciendo bajo el sol.

Llevan así más de una hora. Sofía se pregunta adónde se dirigen.

18
Fiesta a bordo

El trasiego en cubierta aumenta cada día, y se respira una sensación de alegría, de celebración: es la efervescencia feliz que acompaña a todos los descubrimientos.

Míster Li camina por el barco a zancadas, pletórico. Hoy hasta se ha reído con una de las bromas de Ollauri, quien en realidad solo pretendía ofenderle.

Ya han reflotado parte de los restos, y con cada inmersión los tesoros se multiplican, asombrando por su variedad y sobre todo por su estado de conservación. En las ánforas selladas que los protegían, la mayoría de las piezas han mantenido su brillo, sus colores… Es un verdadero milagro.

Ollauri, por su parte, también está de mejor humor. Más tranquilo. De momento no parece que Jahan tenga intención de abandonar el barco, algo que a Ollauri se le ha pasado varias veces por la cabeza. Teme que el nativo se lance de nuevo al agua y desaparezca. Por fortuna, nada apunta a que algo así vaya a ocurrir. Jahan sigue a su lado la mayor parte del día, como antes; aunque parece otra persona. Ollauri echa de menos «bromear» con él, pero eso ya no parece posible… De hecho, tendrá que andarse con cuidado si no quiere acabar de nuevo lanzado por la borda por aquellos brazacos de hierro, como ha ocurrido ya dos veces esa mañana. Si bien le costará acostumbrarse a aquella nueva situación, intuye que no le queda otro remedio.

Míster Li está dando instrucciones en el puente cuando de pronto se oyen unos gritos que proceden del agua. Parece que se les está acercando una embarcación; y, a pesar de las advertencias por el altavoz, no se detiene. Un guardia de seguridad acaba disparando al agua. Desde la barca unos nativos les gritan y les hacen gestos. Imposible saber qué dicen.

Ollauri aparece de no se sabe dónde e intenta bajar hasta ellos, abriendo los cierres sin más y lanzándoles una escala de gato. Los guardias de seguridad tratan de impedírselo. ¿Pero qué demonios está haciendo?

—Dejen de dispararles, caramba; que si se piran estamos jodidos.

—¿Pero qué dice? ¡Esos tipos intentan abordarnos!

—Qué va. Son pescadores de pepinos de mar, trabajan por aquí. Les he pedido que nos traigan café, tabaco y… otras cosas. ¿No quieren celebrar lo bien que está yendo todo? Formemos una buena esta

noche… Y dejen de disparar, carajo. Que ya les he pagado.

Los guardias de seguridad se miran. El que es fumador es el primero en bajar el arma. Solo con imaginar el chasquido del mechero se le pasa rápido el celo profesional, que hace ya dos semanas que se quedaron sin cigarrillos. Y sin tantas cosas, con Míster Li empeñado en no llevar carga innecesaria.

Algunos miembros de la tripulación, a pesar de que tienen estrictamente prohibido realizar ningún tipo de intercambio con los nativos, empiezan a bajar a la barca y a subir cajas y botellas. El Ollauri aquel no era tan cabrón, después de todo.

—Quite esa cara, Míster Li, y anímese. ¿Sabe lo que decimos en mi país? «Eres más feo que un chino chupando un limón». Pues a usted no le hace falta limón.

—En realidad —i nterviene la coordinadora de los buzos—, al equipo no le vendría mal relajarse un poco. No hacemos mal a nadie y… ¡No me negará que motivos para celebrar no faltan!

Míster Li quiere enfadarse, pero no le sale: esta mañana han encontrado por fin las primeras vasijas de porcelana azul, despuntando suavemente entre la arena que las ha sepultado durante más de mil años. El nombre de Li Dong Hai quedará unido para siempre al de aquel descubrimiento, inscrito con letras azules en la historia de la arqueología submarina. A tomar por saco: que suban el vino de palma ese, la comida, todo; si alguien le pone música es capaz hasta de desmarcarse con un bailecito de sus tiempos, que hoy energías no le faltan.

—¿Sabe usted lo que le han dicho esos tipos a Jahan, Míster Li? —p regunta Ollauri mientras ayuda a subir las cajas, medio cuerpo colgando sobre el agua—. Por cierto, son pescadores de pepinos de mar, ya sabe, esos gusanos repugnantes que gustan tanto en su país… ¿Cómo es la tradición esa, cómo es? Si te comes algo que se parece a lo que necesitas, acabas teniendo eso que necesitas… Por ejemplo, le arrancas la cabeza a una tortuga, cuando la saca bien erguida para fuera, y te haces con ella una buena sopa. O te preparas un guiso con los zurullos estos, cuanto más grandes y más tiesos, mejor… Para compensar eso que falta. ¡Es cosa bien sabida que en China andan ustedes algo necesitados!

—Yo no soy de China, soy de Singapur; se lo he dicho mil veces ya… ¿Y va usted a explicar de una vez lo que le han contado esos pescadores, o no?

—Nada, dicen que por lo visto en esta zona siempre han aparecido corales con trocitos de cerámica incrustados… A veces los recolectan para hacer cuentas de collar y los venden por los mercados. O sea, que en estas islas puede haber alguna que otra mujer con abalorios que combinan lengüetas de latas de conserva —y a sabe que les chiflan—

y trozos de porcelana de la dinastía esa que dijo usted, de hace una porrada de siglos… Las cosas del mar. Quién sabe qué otras sorpresas esconderán estas aguas… Y si algunos acabaremos nuestros días dentro. ¿Qué hace, ya empieza a beber? ¡Y yo que pensaba que iba usted a ponerse tonto con lo del consumo de alcohol a bordo! Mira el chino cómo traga, el jodío…

—Queda usted despedido, que lo sepa… Por favor, que alguien me pase un papel, quiero dejar constancia escrita.

—Mañana, mañana… Ahora mejor que le pasen un embudo, que ya veo que se lo pide el cuerpo…

Y así, entre bromas, llegan a la noche tranquilos y de celebración, disfrutando de las cosas que ha conseguido Ollauri —f inanciadas con los fondos de la caja de caudales del barco, ni que decir tiene, aunque eso aún no lo saben— como si fueran auténticos manjares. De todo hay… Vino de palma casero, ilegal y posiblemente mal fermentado (un pasaporte seguro al otro barrio); tabaco que no prende porque está humedecido y viejo de tanto rodar por las bodegas de esos cargueros donde no debería estar, café soluble *made in China,* galletas de chocolate algo rancias y whisky americano de tercera, de ese que tanto gusta en estas islas… Todo les sabe a gloria.

El personal acaba bebiendo en las cocinas y charlando a sus anchas, los buzos se relajan al fin, la radio está encendida, Míster Li canta con el gorrito de Jahan en la coronilla y la coordinadora ríe de buena gana mientras se pone tibia de galletas de chocolate, que ya veríamos si al día siguiente no reventaba el traje de neopreno.

Ollauri mira de reojo a Jahan, esperando que de un momento a otro empiece a vomitar sus propios intestinos, o que acabe corriendo por la cubierta completamente desnudo, que son las dos cosas que hace siempre que tiene oportunidad de emborracharse a fondo. Sin embargo, por alguna razón, no bebe. Ver para creer. Está sentado magnánimamente por los suelos, como una especie de patriarca sin familia. Sonríe, canta con la radio y da palmas para unos chicos malayos que se han puesto a bailar a su alrededor. Está plenamente en su elemento, pero no bebe. Ollauri no da crédito: parece, de verdad, otra persona.

Mientras tanto, los pescadores de *trepang* observan el barco desde lejos. Esta noche hay ruidos, las luces permanecen encendidas. El viento trae consigo el sonido de música y risas sobre el agua oscura.

Los guardias de seguridad fuman, desarmados, a popa. Más de uno está totalmente borracho.

19
Combate de *pencak silat*

Cuando Sofía y el hombre llegan al final de la carretera, él le dice que es mejor que dejen allí las motos y continúen a pie.

Tampoco hay ninguna otra opción. En aquel punto la carretera se interrumpe sin más, como si la pereza o el miedo hubieran detenido el curso de aquel maltrecho camino. Delante de ellos comienza de nuevo la selva.

Sofía le sigue de mala gana entre los árboles. El silencio empieza a incomodarla.

—He notado que algunos hombres de por aquí tienen… manos peculiares —l e dice, refiriéndose a los muñones que ha visto—. ¿Es algo… de familia?

—Qué va… Es de pescar. Accidentes.

Sofía se queda muda: como no sabe nada de las «técnicas» que utilizan en la zona, se pregunta qué peces serán aquellos a los que tienen que enfrentarse, tan fieros que pueden arrancar de cuajo dedos y manos enteras. No piensa meterse en el agua ni loca.

Prosiguen en silencio. El aire es denso, un manto de humedad verdosa. De pronto, sobre ellos se dibuja una fugaz pincelada de oro: canta, vuela, la oropéndola. En cuanto el pájaro desaparece, se impone de nuevo ese silencio habitado de la selva, compuesto de mil pequeños ruidos monótonos. Al fin, tras los verdes drapeados que cubren los árboles, se abre un claro.

Ante ellos aparece una explanada de gran tamaño, abierta a hachazos entre la vegetación. Es una pradera habitada, con hierbas altas y muy verdes, en la que surgen extrañas casas de madera decoradas con ratán trenzado y cuernos de búfalo. Proceden de los animales que una familia regala a otra para su sacrificio en ocasiones especiales: cuantos más cuernos tenga una casa, más importante es la famili a. Entre los cuernos también asoma alguna que otra antena de televisión, atada con cuerdas en precario equilibrio.

Todas las fachadas tienen unos curiosos remates que parecen prolongar la horizontalidad del techo, pero que luego se proyectan hacia el cielo como un animal que bruscamente levantara la cabeza. Los tejados son cóncavos y están cubiertos por masas de paja oscura, así que la silueta del poblado recuerda a una manada de lomos inquietos, peludos. Entre las casas hay grandes palmeras; detrás, de nuevo la pared impenetrable de la selva.

En la pradera, cientos de personas en cuclillas observan algo que se

mueve en el centro de un corro. No se oye nada, excepto unos jadeos sordos, unos golpes. Una bruma blanca se espon ja sobre la hierba, desplazándose como la mano de un fantasma. Sofía no sabe si se trata de humo o de nubes bajas. En aquella colina cubierta de selva la humedad resulta insoportable.

Cinco búfalos blancos agonizan atados a un palo, mientras la vida que se les escapa por la garganta riega la tierra bajo sus pezuñas.

Pero no solo de su sangre está hambrienta esta tierra. Necesita también la de los hombres para dar fruto. Es por eso que en esta zona se usa el cuchillo. Aquel cuchillo.

Sofía sabe que los sacrificios que exigen los dioses de las mil islas implican siempre la obtención de sangre, de los animales y de las personas. Sofisticados rituales aseguran heridas de largo curso y muertes siempre celebradas. Es lo que la tierra les pide; ha sido así durante milenios. El miedo impide poner fin al rito.

El hombre, cada vez más animado, la invita a acercarse al corro. En el centro hay dos luchadores, desnudos salvo por el *sarong* que llevan anudado a la cintura. Uno lleva unos pantalones negros debajo; el otro, nada. Los dos tienen el pelo largo y bigotes. Sus narices romas de púgiles no hacen sino añadir ferocidad a sus ya tremendas figuras, que, a pesar de no alcanzar una gran altura, imponen por su cruda masculinidad, por su fuerza bruta. Ambos lucen gorros bordados en distintos colores, atados alrededor de la frente y con las puntas de la tela sueltas hacia arriba.

Los luchadores se observan a poca distancia. Permanecen estáticos como animales vigilantes, a punto de saltar sobre el oponente en cualquier momento. Sus cuerpos, cargados de una energía tensa, brillan de sudor. El cuchillo aparece por fin: corta de pronto el aire en una rebanada perfecta, aunque sin llegar a enganchar el trozo de carne que ansía. Todo vuelve a detenerse. Después, la danza comienza de nuevo con bruscas embestidas y ágiles movimientos de brazos. Los dos hombres son rápidos; esquivan, se doblan, observan. Mantienen el cuchillo en alto, por encima de la cara, haciéndolo girar lentamente con rotaciones de la muñeca, como quien tantea el ángulo necesario para entrar por los ojos o encontrar su espacio entre las costillas.

Sofía ve con claridad el cuchillo: el metal no brilla, su rugosidad seca recuerda a la de la piedra. Tiene la longitud necesaria para atravesar el tronco de un hombre, y su doble filo serpentea deseoso de encontrar dentro de un cuerpo su alimento. La mano que lo sujeta parece fundida con él, como si el cuchillo la prolongara: difícil entender dónde acaba la carne y dónde empieza aquella bestia.

Según había leído, el cuchillo era tan querido por sus dueños que algunos preferían no arriesgarse a que el filo se dañara. Golpear las articulaciones era muy eficaz, sobre todo seccionar los tendones de las

corvas. Lo malo es que alguna vez la puntita que el *kris* tiene junto a la empuñadura se quedaba enganchada en el hueso del oponente y se rompía. No merecía la pena. Se podía matar igual fileteando solo la piel: con la destreza adecuada, bastaban pocos movimientos para trazar profundos cortes a lo largo de los miembros. Al principio parecía que no había pasado nada, pero un instante después los músculos se abrían por la mitad, separándose limpiamente. El contrario se desangraba. Así, solo había que limpiar el cuchillo.

Sofía contiene el aliento. Por un momento piensa en Máximo: se pregunta qué haría si estuviera aquí, presenciando esto. Si apartaría la vista o si sentiría —c omo le estaba ocurriendo a ella— aquella fascinación vergonzosa por ver el desenlace de aquel baile que en realidad no lo era.

Uno de los luchadores gime, rueda por el suelo. Cree que no han llegado a tocarle; se alza, contraataca. Sin embargo, cada vez que ambos se giran, algo de sangre empieza ya a salpicar sobre la hierba: imposible saber si es de uno o del otro, y tampoco parece importar demasiado quién sea el propietario de la herida. Es un honor cortar y ser cortado, sobrevivir o caer, con aquel cuchillo en la mano.

—Pero en nuestro pueblo, mejor; más difícil —l e susurra el hombre—. Con los pies bien separados y siempre pegados al suelo, para no hacer volcar la barca.

—¿Luchan sobre las barcas?

—Donde haga falta. No puede saberse. Hay que estar preparado.

—¿Por si alguien ataca?

—O p or si quieres atacar a alguien.

—¿Hay muchas… guerras? ¿Enfrentamientos?

—No. Pero el mar necesita alimentarse también.

Está oscureciendo. Un sobrehumano bramido de dolor retumba entre los árboles: el desgarro de un búfalo, quizá de un hombre.

Se crea una gran confusión. Las personas del corro se levantan, alguien canta, los luchadores son arrastrados por la hierba. Sofía se pregunta qué ha sucedido, si los dos están bien. No está segura de lo que acaba de ver.

Es tarde, ya se encienden las primeras hogueras. Sobre sus cabezas, en el cielo se distingue claramente una densa estela de estrellas que cruzan la oscuridad. Sofía nunca había visto la Vía Láctea así, como un arco bien definido. Qué obvia resulta cuando no la oculta el resplandor anaranjado de las ciudades. Es preciosa, sin duda; pero en aquel momento se le antoja un brazo cruel, el brazo de un dios indiferente a los mil infiernos que estas diminutas criaturas somos capaces de crear en su nombre.

Es hora de marcharse.

Sofía camina junto al hombre hacia donde han dejado las motocicletas, pero solo encuentran una.

Él se encoge de hombros. «Te la habrán robado», dice. «Tienes que pagárnosla».

Después le hace un gesto para que se monte detrás de él.

20
Abordaje

«¡Por favor, por favor! ¡Sean razonables!», grita Míster Li, aún con el gorrito de Jahan en la cabeza, al ver el desmadre que se ha montado a bordo… Está amaneciendo y no hay nadie en su puesto, uno de los ingenieros malayos se ha preparado un café en un cuenquito con una sospechosa excrecencia marina y, por si fuera poco, alguien se ha encaramado sobre el techo del puente como un macaco cangrejero. Míster Li lo ha oído claramente, están dando golpes por allá arriba. A pesar de todo, no sabe si los ruidos estarán solo en su cabeza: culpa de la botellita que se bebió anoche.

Nuevo golpe: ahora no le cabe duda alguna. Se han debido de subir por los alerones del puente y están paseándose por ahí arriba como si nada. Pero ya les enseñará él, ya… El boli de las amonestaciones se le va a quedar sin tinta. Eso si no se pone a despedir, claro, que hoy le duele mucho la cabeza. Míster Li abre uno de los portillos y asoma la gaita con muy malas intenciones.

Al salir descubre que, efectivamente, alguien está caminando por encima del puente.

Son tres. Uno lleva la pelambrera atada con lo que parece una bolsa de plástico, y está desnudo excepto por un bañador. Otro, tan oscuro como un africano, sujeta una bolsa de deporte vacía. El tercero le apunta a la cabeza con un AK-47.

—Está torcido —m usita Míster Li.

El nativo le mira, frunciendo el ceño.

—El cañón… Está torcido —c omenta, absurdamente. Después cae sentado, incapaz de reaccionar.

Alguien da una voz: se les están subiendo por estribor, ya hay otros tres intrusos en la Cubierta 1. Todos son oriundos de la zona. Algunos de los piratas gritan; parecen muy agitados, como drogados o borrachos. Se enfrentan a la tripulación y les dan alaridos en la cara; los golpean, los empujan a patadas hacia los camarotes. Quieren el dinero y los pasaportes. Les quitan todo: todo les interesa. El tráfico de pasaportes y el robo de identidad son un negocio de lo más rentable en el Sudeste Asiático; y, ya que están, aprovechan la coyuntura.

Mientras los piratas los intimidan a grito pelado y les apuntan a la cabeza, algunos miembros del equipo parecen desorientados, aún con el alcohol de la noche anterior en el cuerpo y sin entender muy bien lo que está pasando. Uno intenta tirarse al agua. La coordinadora de los buzos, que ha conseguido esconderse entre los equipos de inmersión,

observa todo conteniendo la respiración. Que cojan lo que sea y se marchen ya. Intenta no moverse: permanecerá allí hasta que todo pase. Desde donde está ve cómo los intrusos siguen dando patadas y gritando: están encerrando a todos en los camarotes y atrancando las puertas con objetos.

Uno de los buzos cae al suelo, y el tipo de la pelambrera le salta encima, entusiasmado, sobre la tripa.

Ella está muy cerca, pero teme revelar su escondite. El buzo patalea sin conseguir zafarse del nativo: la adrenalina no basta para sacudirse de golpe el alcohol, el cansancio de la noche anterior. El miedo.

Incapaz de seguir viendo aquello, la mujer agarra una de las botellas de aire comprimido y la lanza con fuerza para hacerla rodar por el suelo, golpeando las piernas de aquel energúmeno. Dolorido, se retira por un momento; y el buzo consigue levantarse a duras penas y alejarse de él.

Ahora todos la han visto. Van a venir a por ella. No tardan mucho: alguien se acerca por detrás. A continuación, oye un ruido seco y ve que el suelo se le acerca bruscamente. Después, ya no ve nada.

Uno de los guardias de seguridad corre por la cubierta detrás de un nativo. Este último le ha quitado el arma, pero en lugar de apuntarle con ella, se deja perseguir y le hace muecas, como si estuvieran jugando al rescate.

Aquellos individuos darían risa si no fuera por el miedo que dan. Disparan al aire, a los portillos, a los depósitos de agua. Hay cristales por el suelo. Uno de los ingenieros está sangrando; se protege la cara con las manos agachado en el suelo. Alguien activa la sirena de niebla. El ruido es insoportable. Mientras la sirena aúlla, incontenible, los piratas se divierten intentando hacer explotar una botella de aire comprimido. Se ríen y pegan más tiros. También revientan varios pañoles y se llevan todo lo que hay dentro, aunque no sepan lo que es.

Al ver a sus compinches arrastrando una pila de chalecos hidrostáticos (uno de ellos, el de la pelambrera, con un cinturón de plomos de buceo colgado como un collar), el del AK-47 pierde la paciencia. Les pega cuatro voces y los obliga a sacar lo que han metido en la bolsa de deporte: a ver, así no cabe nada; tienen que organizarse.

Míster Li intenta calmarse, a pesar de que siguen apuntándole. Se dice que aquellos tipos son vulgares rateros. Está claro que ni quieren ni pueden tomar el control del barco, el cual, por otra parte, está preparado para un ataque así. O, al menos, más preparado que la recua de incompetentes que lleva a bordo, conjunto del que admite formar parte. La sala de máquinas resulta impenetrable si no se sabe dónde está la llave de cada uno de los accesos, y los depósitos de combustible están protegidos por mamparos antibalas.

En cuanto a verse secuestrados… Dios no lo quiera. Míster Li sabe de sobra que su país no paga rescates. Y hacen bien, en su opinión: si no, habría secuestros cada día. En realidad, lo que más miedo le da es que los piratas se pongan a ejecutar a todo el mundo en cubierta, a lo loco y por puro gusto. Por un momento desearía estar encerrado en uno de los camarotes, como los otros.

Mira a su alrededor: una mujer inconsciente en el suelo, un chico con la cabeza escondida entre las manos. Un guardia de seguridad atado al que están obligando a fumar un puro, dios sabe por qué.

De pronto, el tipo del fusil se lo clava en la tripa y le dice algo a gritos. Míster Li le pide calma con un gesto de las manos, que le tiemblan un poco. No le entiende. El nativo le arrastra por la ropa. Quiere algo, pero no se sabe qué. Míster Li intenta pensar. La mejor estrategia es ofrecerles lo que sea para que se marchen. Decide conducirle a la caja de caudales del puente, donde sabe que hay algo de dinero. Sí, eso los tranquilizará… Una vez junto a la caja, su dedo vuela esperanzado sobre el panel, tecleando los números de la clave. La caja se abre.

Está vacía.

Y es que Ollauri tenía que sacar fondos de algún sitio: no lo regalan el vino de palma.

Ollauri… ¡Cuánto odiaba a aquel hombre! Y, sin embargo, cuánto desearía verle aparecer ahora mismo, junto con su compañero… Estaba seguro de que ellos sabrían cómo manejar aquella situación. ¿Dónde estaban? ¿También encerrados en los camarotes?

Viendo que no hay nada en la caja de caudales, el pirata se enfurece y propina a Míster Li un brusco empujón contra la pared. No le hace gracia, la bromita. Además, no han venido a por dinero. Ellos han venido a por otra cosa.

El tipo empieza a gritar a Míster Li, que le mira aturdido, intentando escapar de aquella boca hedionda y gesticulante. Al ver que no le entiende, finalmente se saca un papel arrugado de un bolsillo y se lo agita con rabia delante de la cara. En él hay unos garabatos a bolígrafo que representan unos objetos redondeados, una especie de tazas amorfas, como dibujadas por un niño de seis años. A Míster Li se le encoge el corazón. No se trata de un ataque fortuito: han venido a sabiendas. Esas sabandijas quieren robar los restos arqueológicos. Intenta pensar rápido. ¿Son los intrusos los pescadores del día anterior? No está seguro… Por otro lado, ¿dónde está Ollauri? Es extraño que no haya aprovechado la situación del abordaje para desahogarse a gusto; él, siempre deseoso de la menor excusa para dar a los puños rienda suelta. La sospecha se dibuja cada vez más clara en la mente de Míster Li. ¿Estaba Ollauri compinchado con aquellos tipos? ¿Habría orquestado él mismo aquel ataque? La verdad es que,

una vez solventado el principal problema —l a extracción de los restos del fondo del arrecife—, ahora que eso ya estaba hecho Ollauri podía recoger los objetos tranquilamente y largarse con ellos. Cierto es que la mayor parte estaba todavía bajo el agua, pero lo que ya tenían a bordo constituía un botín nada desdeñable.

Mientras camina por los pasillos con el cañón hincado en las costillas, Míster Li se retuerce de indignación pensando en aquel traidor, e intenta decidir qué es lo más sensato. Al final no le queda más remedio que conducir al intruso a la sala de trabajo donde están los restos arqueológicos extraídos, algunos ya limpios y clasificados. Decide mostrar a aquel botarate los objetos de oro, confiando en que los brillos le obnubilen el entendimiento e ignore todo lo demás, aquel montón de «platos rotos». La copa de oro que han subido del fondo es sin duda de un valor incalculable, pero Míster Li está dispuesto a sacrificarla a costa de proteger las porcelanas, de mucha mayor relevancia por ser las más antiguas de su género jamás encontradas. Son su gran descubrimiento, el tesoro a cuyo estudio ha decidido ya dedicar el resto de su vida.

La copa de oro desaparece en un momento, engullida por la bolsa mugrienta de aquel tipo. No le dedica ni un segundo vistazo. Quiere más.

Acto seguido empieza a coger otras cosas al azar, lanzándolas dentro de la bolsa como si fueran mandarinas. Po r un momento le llaman la atención unas copas de cerámica verde que tienen un agujero en el centro, y se las queda mirando. Aquellas copas, que llevaban varios días intrigando a todos, tenían una salida para el líquido en el fondo. El orificio comunicaba con un tubito lateral, parte de la pieza, que sobresalía hacia fuera en forma de paja curva. ¿Eran aquellas las copas que se mencionaban en los documentos históricos, artífices de la antigua moda cortesana de aspirar los líquidos por la nariz?

Al pirata no le gusta. La lanza al suelo. Pero la copa, para sorpresa de ambos, no se hace añicos; sino que simplemente desaparece. Tras el impacto se descompone en un suspiro de aire, pulverizada por el peso de diez siglos de historia.

El cerebro de Míster Li, bajo una presión demencial, se esfuerza en realizar una pirueta desesperada: rescatar de su memoria las palabras malayas que aprendió en su infancia, aquellas que aún se enseñaban en los colegios de Singapur en los años sesenta, y que oía de niño a los ancianos de los bazares.

«No romper. Por favor… Lleva todo lo que quieras, no importa. Pero yo te ruego, por favor, no romper…».

El nativo le entiende: el malayo y el indonesio son prácticamente la misma lengua. Al oír la voz temblorosa de Míster Li, le mira con una

sonrisa burlona: así que después de todo algo sí que entendía, el chino aquel… A continuación, se pone a disparar a algunos objetos. Uno, dos, tres. De acuerdo, el cañón del AK-47 estaba un poco torcido. Pero si fallaba, se podía volver a probar. Tenía todo el día…. Y allí había cuencos para aburrir. Podía practicar puntería y aun así llevarse sacos y sacos.

En aquel momento, a Míster Li se le olvida todo. Sus sesenta años, el arma, el riesgo. Todo desaparece.

El nativo cae al suelo, sorprendido por una embestida que le hace desplomarse pesadamente contra unas cajas. Míster Li se desmorona también: al lanzarse con una fuerza inusitada hacia delante, su rodilla derecha ha hecho un giro extraño y un dolor agudo le trepa por la pierna. No puede doblarla. El pirata se levanta sin más y le apunta a la cabeza; ya se ha cansado de tanta tontería.

Aún en el suelo, Míster Li vuelve la mirada hacia un lado. El objeto más cercano a la vista es un vaso de té, un cuenco diminuto con dibujos azules. Quién sabe qué mano de mujer lo habría sostenido hacía mil años, qué preocupaciones cotidianas habría intentado calmar con el breve consuelo de su contenido. Míster Li dirige a él su mirada, concentrándose con todas sus fuerzas en su delicada, curva simetría. En la belleza. Es lo único que desea tener consigo, cuando la oscuridad venga a arrastrarle al otro lado.

21
Carne de bebé

Sofía le dice al hombre que no piensa pagar ninguna moto. Él contesta que va a llevarla a la comisaría.

—Muy bien, así puedo poner una denuncia por el robo de la moto, y todos tan contentos.

—Tú no pagas moto, la policía arresta. Y nosotros, tan contentos.

—¿Nosotros?

El hombre no responde, solo sigue conduciendo.

Agarrada a su espalda desnuda, Sofía siente un gran malestar. Sabe que está en sus manos. La selva pasa vertiginosamente a ambos lados: masas oscuras que la velocidad difumina, la claridad estrellada sobre ellos. Olor a sudor, a tabaco rancio.

No ha pasado menos de una hora hasta que llegan de nuevo al cruce de caminos donde alquilaron las motocicletas. Es allí donde está la comisaría: un chamizo apuntalado con placas de uralita e iluminado por la luz lechosa de un generador. Miles de insectos giran alrededor como un banco de peces blanquecinos, enloquecidos. El ruido de la selva circundante, un bajo continuo de chillidos en miniatura, satura aquel aire cargado de humedad y de malos presagios.

En la comisaría está también, qué casualidad, el tipo que les ha alquilado las motos. El policía se dirige a él, ignorándola por completo. Los tres ríen y charlan en indonesio durante un buen rato. Allí todos se conocen: son primos, cuñados, parientes. Sofía mira el reloj, desesperada. Mañana tiene que llegar a la terminal del ferry, en otra isla, para poder volver a Singapur. Ojalá que todo esto se resuelva. Pero eso es su problema. De momento, a los hombres lo que les preocupa es que pague. Y rápido.

Le piden quince millones de rupias, un disparate. El policía se hurga en los dientes con un palillo. Después apunta su nombre en un impreso que está escrito en indonesio. Sofía no sabe qué hacer, qué pensar. Decide seguirles la corriente, decirles que sí, que al día siguiente por favor la lleven a un cajero de la isla para poder solucionar el problema. Los hombres se encogen de hombros. Sofía no acaba de entender bien lo que piensan.

De vuelta «a casa» en la moto, de nuevo sujeta a la resbaladiza espalda de hombre, cierra los ojos. No quiere oír, ver nada más.

Al llegar al palafito, él le dice que esos incidentes son «algo muy común». No podrá marcharse hasta que no pague: la última vez, un chico alemán que no quería darles el dinero estuvo con ellos un mes,

«de invitado». El pueblo entero se encargará de vigilarla. Y, si no entra en razón, las mujeres la atarán.

Por la noche, Sofía da vueltas nerviosamente sobre la esterilla. No tenía ni idea de que existiera este tipo de extorsión a turistas. Intenta idear alguna manera de escapar de allí, pero su agotado cerebro ya no da para más.

De pronto, alguien entra en su habitación. Es la embarazada. Sin mediar palabra, abre su bolsa y se la revuelve. Le quita el móvil, no vaya a ser que tenga aún batería y se le ocurra pedir ayuda. Sofía la mira anonadada, incapaz de reaccionar. Le gustaría engancharla de los pelos y lanzarla al maldito suelo, pero no lo hace.

Antes de salir, la embarazada se detiene un momento y abre las aletas de la nariz: un cierto olor a vinagre flota en la habitación. Son las botellitas antimedusa que se le han derramado en la maleta. La mujer le dedica entonces una mirada extraña. Si bien no sabe descifrarla, Sofía juraría que contiene una fugaz nota de miedo, una silenciosa semicorchea de puro espanto.

Al día siguiente la llevan en moto al cajero. Está a dos horas de distancia, en una urbanización cochambrosa del sur de la isla. Conforme avanzan hacia el interior, la selva desaparece y el paisaje deja de ser tan rocoso. Atraviesan plantaciones de banano y a los lados empiezan a sucederse las suaves curvas de las terrazas de arroz, en distintas gradaciones de verde. Algunos búfalos de agua recorren lentamente los caminos, sujetos en parejas por yugos medio podridos.

Cuando finalmente llegan al cajero, Sofía procede a sacrificar el dinero (una cantidad que supera con creces la paga completa por su trabajo en el congreso) con tal de alejarse de aquel lugar y aquella gente. Hace algunos cálculos mentales. Sí, aún le será posible comprar un billete de avión, aunque cuando esté en Singapur tendrá que organizarse; y acabará viéndose obligada a pedir ayuda a Máximo. Pero no quiere pensar en eso ahora.

Una vez que les ha pagado, «su familia» está exultante: agitan los billetes en el aire, lo enseñan a sus vecinos. El hombre que alquila las motocicletas se queda con una parte; hacen la transacción delante de sus narices, sin preocuparse por disimular la participación de todos en aquel chanchullo.

Por fin la llevarán en la barca hasta la terminal del ferry y podrá volver a Singapur. Irá a la embajada a solucionarlo todo, luego cogerá un avión y… El hombre niega con la cabeza. No, todavía no puede irse. El pago no está completo.

Les debe la estancia y la comida, que todavía no les ha pagado. Como la cantidad que ha retirado ha superado el límite diario permitido, tendrán que llevarla de nuevo al cajero al día siguiente, a que saque más dinero. Por otro lado, así tendrá que quedarse una

noche más, de modo que la cantidad que les debe aumentará.

Sofía mira la playa desde la cabaña. Nunca pensó que un lugar de tal belleza pudiera llegar a resultarle tan odioso.

Durante los días siguientes, la situación no cambia.

Cada vez está más claro que no van a dejarla marchar, al menos no de forma inminente. Sofía es una fuente de ingresos continua y segura. Por otro lado, todos se sorprenden de que el teléfono que le han quitado no haya sonado ni una sola vez: parece que nadie está demasiado preocupado por ella. Mejor: menos problemas. Después, la batería simplemente se agota.

Sofía come el arroz en silencio cada día. Tiene la cara descompuesta y la ropa mugrienta. La embarazada se ofrece a lavársela, pero ella la aparta de un empujón.

Su situación empieza a ser desesperada. Sobre todo, porque sabe que nadie la busca ni la espera. Máximo piensa que ha ido directamente a Bruselas, como le explicó por teléfono; y estará dando por supuesto que no le llama porque, como ella misma le dijo, prefería que no hablaran hasta que volviese a Madrid. Sus amigos, por otra parte, están acostumbrados a no oír nada de ella durante meses. Para empeorar las cosas, trabaja como autónoma: no existe ninguna oficina donde un escritorio vacío durante días pudiera hacer saltar las alarmas.

Sofía come, duerme, espera. La han llevado al cajero muchas veces. Una de ellas se le ocurrió escapar, salir corriendo a la desesperada, solo para acabar en una playa desierta donde estuvo dando vueltas durante horas. Casi se alegró de ver que el tipo la había encontrado y podía regresar con él en la moto.

Por otro lado, la hostilidad general que se percibe a su alrededor la atemoriza bastante. Le cuesta ignorar las miraditas que la vieja le lanza mientras degüella a los gallos por la mañana, o las insinuaciones del hombre de la casa… Este último ha llegado a decirle que, «si le promete ser cariñosa», a lo mejor pueden negociar su situación; todo delante de su mujer embarazada.

Ahora Sofía está sentada en la arena, junto a la cabaña, dándole vueltas a la cabeza. La vida de la familia prosigue a su alrededor como si nada. La vieja la vigila de reojo mientras trajina debajo del palafito, con aquel perenne puro en la boca: un cigarro de clavo muy común en Indonesia, el *kretek* . Es fácil saber por dónde ha pasado, porque el pesadísimo olor de aquel tabaco permanece un buen rato tras ella. No sabe qué está haciendo allí, acuclillada bajo el suelo, sus rodillas picudas flexionadas en una postura inverosímil. Es la misma imagen de la muerte, con sus dedos deformes por la artrosis y su calavera cubierta de cuero caprino. Sofía nunca ha visto a nadie tan anciano, ni tan ágil.

Uno de los seis hijos del vecino se sienta a su lado, en la playa. Está medio desnudo, pero en la mano tiene un móvil de última generación. Sofía se plantea quitárselo.

—¿Y tú qué miras?

—Vaya, hablas inglés…

—Sí. Y si intentas algo raro voy a decírselo a mi padre y te cortarán con el cuchillo de casa. Te harán cachos como hicimos ayer con el cerdo.

Sofía no le contesta, solo sigue mirando a la vieja, que se afana en colocar algo debajo del suelo del palafito. La musiquita de algún videojuego suena en el móvil del niño.

—Dime una cosa… ¿Qué está haciendo la abuela ahí abajo?

—Es porque va a nacer el niño… ¿No lo has visto, o qué? Mi prima está embarazada. Mañana nace. O muy pronto. Eso dicen.

—¿Y por eso tiene que poner algo debajo de la casa?

—Sí, tallos y hojas con muchas espinas, pinchos gordos… para proteger la casa. Así, mientras nace el niño, nadie puede entrar por debajo y colarse entre las tablas.

—¿Y por qué iba nadie a querer hacer eso?

—Para chuparle el niño de dentro a mi prima. Cuando abra las piernas, la sangre huele, puede atraer. Y ella se cuela por debajo de la casa, sube entre las tablas del suelo… Mientras nace, acerca la cara y le come el niño.

—¿Ella? ¿Quién? Pero qué locuras estás diciendo…

El niño baja la voz y le dice, la insolencia de su mirada convertida en miedo: *«Penanggalan»* .

—¿Qué es *Penanggalan?* —p regunta ella también en voz baja, contagiada por la actitud del chico.

—Es una mujer muy mala… Muy mala. Pero la abuela no va a dejar que nos haga daño. La abuela, muy fuerte. Todos respetamos. Hace unos días expulsó a una chica del poblado… La vieron relamerse mientras miraba a mi prima. Es porque ya soñaba con el bebé que se iba a comer. Por eso mi abuela supo que ella era *Penanggalan* y la echó. La dejaron en la selva, atada a un árbol. Los bichos no dejan nada, en unos días. A esa la pillamos, pero es difícil encontrarla. No se sabe quién va a ser porque por el día parece normal. Lleva el pelo suelto, para que nadie pueda verle la nuca. Es ahí donde se ve que no es una mujer de verdad, sino *Penanggalan* .

—¿Por qué? ¿Qué tiene en la nuca?

—El corte. Se tapa con el pelo y se pone collares para que nadie vea que alrededor del cuello tiene un corte. Es por donde se le desenrosca la cabeza. Por la noche, su cabeza empieza a girar. De pronto los ojos están para atrás, en el lado de la espalda… A mí me da mucho miedo. Poco a poco se va desenroscando y luego la cabeza se le escapa. El

cuerpo se queda vacío y ella sale volando, con las tripas colgando del cuello… Se arrastra por el suelo de la selva y va buscando poblados. Cuando ve a una embarazada, se mete debajo del palafito y, en cuanto oye que está naciendo el niño, pues entonces… Algunos hombres dicen que han visto una cosa negra salir de entre las tablas del suelo, como un líquido, algo raro. Es el pelo.

Mientras le cuenta esto, el niño está cada vez más agitado. Ha dejado el móvil en el suelo y sería fácil quitárselo, pero Sofía ya no está pensando en eso.

—¿El… pelo?

—Sí, negro y largo… Así, como el tuyo. Primero sube el pelo, luego se cuela la cabeza… Se desencaja y cabe por cualquier rendija, como los ratones. Después se acerca al agujero por donde está saliendo el bebé y se lo come a mordiscos, igual que hacen las mangostas cuando nacen las vaquitas. Yo lo he visto. Acechan y se las comen, y la mamá no puede hacer nada. Pero a mi prima la va a proteger mi abuela. Por eso pone esas espinas debajo de la casa: cuando *Penanggalan* intente meterse por ahí, se le engancharán las tripas que lleva colgando. Se le rajará todo y se morirá. Ese es su punto débil cuando está fuera del cuerpo. Pero cuando regresa y se vuelve a meter en él, ya parece normal otra vez. Es muy mala. Aquí todos le tenemos mucho miedo. Mucha gente la ha visto, arrastrándose por la selva… Parece una culebra, una cobra negra o algo así, pero no… Es el pelo. Cuando se alza del suelo ves que tiene cara, una sonrisa de mujer.

Sofía respira hondo, mirando hacia las olas.

—Pero ahora que ya han expulsado a esa pobre chi… a la sospechosa, estaréis más tranquilos, ¿no?

—No. Da igual, puede haber otra. Es eterna, vuelve siempre. La abuela ya de niña había visto una, en otro poblado.

—Bueno, no te preocupes; ya verás como a tu prima no le pasa nada.

El chico se queda pensativo.

—Le gustan mucho los niños, es por eso. A mí me da miedo cuando una mujer dice que le gustan mucho los niños. No puede saberse. Además, dicen que fue así como se le desencajó la cabeza: antes era una mujer normal, una chica como mi prima. Pero no podía tener hijos, y siempre que veía a una embarazada la miraba con envidia, deseándole cosas malas solo porque ella no podía tener su propio bebé. Un día giró la cabeza muy rápido, con mucho odio, para mirar a una embarazada, y… El cuello se le desenroscó. Desde entonces, está así. Se come los bebés de las otras, para que nadie sea más feliz que ella.

—Y el cuerpo ese que deja tirado por ahí… ¿No se puede «hacer cachos como hicisteis ayer con el cerdo»?

—Si lo encuentras, sí… Así no puede volver. Dicen que deja el cuerpo toda la noche vacío, sobre su esterilla; y la piel, como está sin ella dentro, se arruga y se encoge un poco. Mientras ella va volando por ahí, los intestinos se le esponjan, todo alrededor como tentáculos, así… Y para poder volver a entrar, tiene que remojarse las tripas en una tinaja de vinagre. Así se le encogen y puede caber otra vez dentro de sí misma.

—¿Vinagre?

—Sí. De esa forma también puede saberse si alguien es una mujer de verdad o si es *Penanggalan,* fingiendo para que nadie lo sepa. Huele muy raro, a vinagre.

En ese momento un ruido seco les sobresalta: la vieja ha cortado un tallo en dos con «el cuchillo de la casa», un machete de cuarenta centímetros. Muerde el cigarro entre sus encías desnudas y le grita al niño algo que suena a regañina.

—Mi abuela dice que no hablemos en inglés, que no se entera. Y que ahora vayas a ayudarla a cocinar, que mujeres vagas ella en casa no las quiere.

Acto seguido, el niño desaparece entre los palafitos, hacia una zona en la que están encendiendo unas fogatas. No vuelve a verlo.

22
En la sima

Al abrir los ojos, Ollauri no sabe dónde está. La primera sensación es un dolor sordo, un entumecimiento general que le atenaza brazos y piernas. No puede moverse. No sabe qué pasa. Esta tumbado en una oscuridad húmeda, goteante. Tiene un sedal de pesca enrollado en los pies y lleva una chaqueta que no reconoce: alguien le ha puesto una chaqueta al revés, atándole las mangas por detrás para inmovilizarle.

¿Dónde está Jahan? ¿Qué ha pasado?

Lo último que recuerda es estar tumbado sobre la cubierta del *Amaranta,* sedado por el letargo feliz de la fatiga y el alcohol, con la Vía Láctea claramente dibujada sobre su cabeza. Lo cierto es que en los últimos días, a pesar de lo raro que está Jahan, se ha sentido bien. Nunca lo reconocería, pero formar parte de un equipo tan grande no ha estado nada mal… Y la paga, pues tampoco. La camaradería a bordo era algo que había echado de menos sin saberlo. A una parte de sí le gustaría… Sí, es cierto, aunque no lo admitiría ni aunque le torturaran: desearía, dentro de algunos años, ser como Míster Li. Tener una pasión, un objetivo… Y, sobre todo, mandar. Ahora bien, con la vida que lleva, se pregunta si en realidad algún día llegará a su edad.

Ahora mismo, por ejemplo, se siente de regreso a la realidad. Su realidad: la confusión, el peligro, la necesidad de mantenerse a flote a toda costa. Un mundo donde en todos y en cualquiera se esconde el enemigo.

¿Pero dónde coño está Jahan?

De momento, lo único que sabe es que está sobre una roca y dentro de algún sitio… Quizás, una cueva. Alguien ha debido golpearle en la cabeza; cree que tiene sangre en la cara. No recuerda nada…

Ollauri se da cuenta de que está acompañado. A su lado hay un hombre, vigilándole. Al ver que el prisionero se está moviendo, empieza a dar gritos para alertar a los demás. Es un tirillas, un tipo ridículo que lleva la pelambrera atada con una bolsa de plástico. Ollauri estudia un momento la posición y la distancia. Acto seguido alza las dos piernas juntas y le propina al patán aquel un empellón que lo hace desaparecer; así, sin más. Y es que, para sorpresa de Ollauri, el nativo no ha acabado en el suelo, sino que simplemente ya no está. Su voz retumba por las paredes, luego se oye un chapoteo lejano. Ollauri mira a su alrededor: ahora que se va acostumbrando a la oscuridad, ve que en la cueva hay desniveles y que en el suelo se

abren grietas profundas, simas que se llenan y vacían rítmicamente de agua marina.

Otros nativos acuden a ver qué pasa y la emprenden a patadas con Ollauri. Él intenta fijarse bien en sus caras: si sale vivo de allí, aquellos cabrones pueden estar seguros de que no tardará en encontrarlos. La verdad es que no le suenan de nada. Se pregunta quiénes son y por qué le tienen allí. ¿Qué habría pasado con el resto de la tripulación?

Un golpe en el estómago le provoca una violenta nausea, el vómito le llena la boca. Cuando vuelve a abrir los ojos sigue tirado en el suelo. Los nativos están discutiendo a su alrededor. No sabe cuánto tiempo ha pasado. Intenta observarlos sin llamar su atención: mejor estarse quietecito, que no tiene fuerzas para encajar otra somanta como la de antes. Ve que los tipos tienen un arma y que están arrastrando cosas fuera de la cueva, bolsas y sacos. Se pregunta qué contienen. Por un momento una idea le cruza la mente, pero la descarta rápido… No, no puede ser.

Al mover los sacos, algo cruje dentro como si se hiciera añicos.

Uno de los tipos grita, cabreado: si siguen así, romperán todo antes de entregarlo.

Ollauri le da vuelt as a la última palabra que le ha parecido oír. Después de tantos años, entiende bastante bien el *bahasa indonesia,* la «lengua indonesia». La pronunciación, incluso teniendo solo nociones básicas, es transparente para cualquier español. Estos tipos, por su parte, parecen hablar un dialecto local más o menos inteligible para él, y juraría que habían dicho «entregarlo». ¿Entregar el qué? ¿A quién?

La sospecha se confirma: en el suelo hay un trozo de cerámica rota.

Increíble. Aquella panda de piojosos había dado el golpe de su vida… Fácil y cómodo: debían de haber esperado pacientemente a que el personal del *Amaranta* extrajera los restos arqueológicos del fondo, y después simplemente habían pasado a recogerlos. Por un instante se pregunta por qué demonios no habría hecho él lo mismo, en lugar de meterse en tanto lío…

¿Estaría el resto de la tripulación por allí, secuestrados todos como él?

Los tipos están saliendo de la cueva. Les han lanzado una cuerda desde arriba y poco a poco van trepando todos, uno por uno.

Ollauri nota, sorprendido y aliviado, que le están atando una cuerda bajo los brazos. Vaya, parece que le van a sacar de allí a él también. Por precaución se finge inconsciente, abandonando los miembros como si fueran un peso muerto.

Sin embargo, la cuerda no es para subirle.

Es para bajarle.

Lo están descolgando por un agujero. Parece la grieta que había visto antes, esa que se había tragado a uno de los tipos. Diez, quince metros… Aquel agujero no tiene fin. Las rocas le cortan en las piernas y le arañan la cara; el hueco es cada vez más estrecho. En un momento determinado se le engancha el pelo y por poco se desnuca del empellón, pero luego gracias al cielo se suelta y su cuerpo sigue bajando. Al final, toca algo con las puntas de los pies. Después cae a plomo bruscamente sobre las piernas; y, tras él, llegan varios metros de la cuerda que acaban de cortar allá arriba.

Las voces se alejan hasta desaparecer.

Tienta con las manos, que tiene todavía sujetas a la espalda. Está en un hueco entre las rocas, en la oscuridad, con el cuerpo aprisionado en vertical.

Vaya.

Cree que, ahora sí, va a tener que ir admitiendo que la cosa se le ha puesto fea.

23
Cadenas

La historia de aquella aberración hambrienta de bebés puede ser la gran oportunidad de Sofía para escapar de allí. Si juega bien sus cartas y consigue fingir que es la famosa *Penanggalan,* quizá pueda atemorizarlos y romper así el grillete de poder con el que la mantienen prisionera.

Ahora bien, tiene que tener cuidado: si no elige bien el momento de «manifestar su verdadera naturaleza» puede que acabe como esa otra chica, atada a un árbol de aquella selva inmisericorde donde «los bichos no dejan nada en un par de días».

De momento tiene a su favor el pelo, que según el niño era largo y negro como el suyo; y el olor a vinagre, fruto de una coincidencia: aquel remedio casero para las medusas. Ahora entendía por qué la embarazada la había mirado así: el olor del vinagre le había hecho pensar que *Penanggalan* podía andar cerca. Y, a lo mejor, no andaba desencaminada…

En las horas siguientes Sofía se concentra en idear un plan para escapar de allí. Primero estudia las vías de salida: hacia el interior de la isla, imposible. Puede acabar perdida en la jungla, o interceptada por cualquiera de los primos, amigos y cuñados de sus captores. Pero la otra opción es también complicada. Sabe que en barca es posible llegar en poco tiempo a la isla donde está la terminal del ferry que puede llevarla a Singapur; el mismo camino por el que había venido. Lo malo es que, sin pasaporte, quizás ha sido más fácil salir del país de lo que puede resultarle entrar… Pero mejor no darle vueltas a eso en este momento. Ahora lo que necesita es llegar a cualquier lugar civilizado donde pueda llamar por teléfono, pedir ayuda… Bueno, vayamos por partes. Lo primero es escapar.

El objetivo principal es conseguir una de las barcas y largarse de aquella playa. La mayoría de las que usan los pescadores solo tienen remos, pero un par de ellas, las que utilizan para llevar y traer a la gente a otras partes de la isla, cuentan con un rudimentario fueraborda. Ella no ha conducido una lancha en su vida; así que tendrá que fijarse en cómo arrancan el motor ese, cómo se frena… En fin. No le quedará más remedio que ir viendo sobre la marcha.

Lo ideal sería largarse por la noche, cuando en el ag ua no haya otras barcas que puedan seguirla. El problema es que no tiene una linterna, y apañarse a oscuras no será fácil. Por otro lado, le gustaría esperar al momento del parto, cuando toda la familia esté concentrada

en el nacimiento. Toma una decisión: será entonces cuando intente escapar sin ser vista; y, si la descubren, se hará pasar por *Penanggalan* para confundirlos (con un poco de suerte, asustarlos) y que no intenten detenerla.

Pasan aún varios días más antes de que la mujer se decida a parir… Sofía ya no puede más. A falta de nada mejor que hacer —a parte de desesperarse y de ver cómo desciende el saldo de su cuenta en su visita diaria al cajero—, Sofía se pasa el día observando las barcas, a ver si consigue aprender algo. En la playa, aparte del trajín de los pescadores, está sola. Bueno, no; hay un mono cerca de la casa. Los niños lo tienen amarrado a un poste con una cadena. El animal se pasa el día girando alrededor, sujeto por una sola pata. La tiene permanentemente llagada y al parecer ya inutilizada: cuando por unos instantes detiene su enloquecido movimiento, la pata le cuelga hacia atrás, extrañamente doblada.

Por las noches, llora. Al principio Sofía se pensaba que era un niño, pero luego se dio cuenta de que no. O quizá sí. Un poco.

Por el día sigue dando vueltas alrededor del poste.

Sofía, como siempre, intenta apartar la mirada.

Un mañana, a primera hora, la vieja manda llamar a todos: ha llegado el momento. Ella misma se encargará de cortar el cordón umbilical; lleva el machete en ristre, aún caliente de haber sacrificado una gallina. El sol todavía no ha aparecido por el horizonte, y una bruma rosada se desliza por encima del agua. Sofía se prepara a escondidas. Saca el tizón que ha robado de la lumbre y se dibuja una línea bien gruesa debajo de la barbilla y alrededor del cuello, como si fuera un punto de unión entre su cuerpo y la cabeza: el borde por donde se desenrosca. Se oscurece también las ojeras con el tizón y se rocía todo el cuerpo con el poco vinagre que queda en el frasco. Con ambas manos se revuelve los pelos y practica moviéndose de forma extraña, como si su cuerpo fuese un apéndice muerto que colgara de su cabeza y no consiguiese controlarlo bien. Se siente ridícula, pero espera con toda su alma que funcione.

La hora es un golpe de suerte: el futuro padre estaba justo sacando la barca para salir a pescar, pero al oír que su mujer está de parto vuelve corriendo dentro. Sofía asoma la cabeza y mira a su alrededor. No hay nadie en el agua; solo alguna barca, bastante lejana, de otros que ya han empezado la jornada. Aprovechando la confusión que hay dentro de la casa, empieza a caminar hacia la playa sin hacer ruido.

Tras de sí oye un rumor de pasos, de voces. La parturienta gime. Alguien ha empezado a cantar una especie de salmo siguiendo el ritmo de toques de gong, de palmadas. Están entretenidos. No hay peligro.

De pronto, alguien salta hacia ella: el corazón se le para.

Es el mono. Ahora está tirado en el suelo: la longitud de la cadena lo ha frenado bruscamente, lanzándolo en la dirección contraria y dejándolo aturdido.

Sofía sigue avanzando con cautela hacia la playa.

Después se detiene.

Mira hacia atrás y observa el poste donde está el mono: la cadena está sujeta en la parte más cercana al suelo. No debería perder tiempo justo ahora, no debería… El mono la mira, sentado sobre su pata ya muerta. La está mirando. Y el pájaro ciego, y la niña encerrada. Todos la miran. Porque ella no solo está disfrazada de monstruo. Ella es un monstruo. La falta de valor, la indecisión de los tibios, la desidia del que consiente: todo eso tiene un nombre.

Lo había pronunciado bien claro aquella adivina.

Como arrastrada por una especie de rabia contra sí misma, empieza a dar empellones al palo. Una estupidez, visto que el mono lleva años en ello sin conseguirlo y es, seguramente, más fuerte que ella. Sin dejar de prestar atención a la casa, Sofía empieza a examinar la cadena buscando el cierre e intentando no tocar al animal, que parece bastante agresivo y está segura de que acabará mordiéndola. No le importa, tiene que intentarlo. No va a dejar que la detenga ni un mordisco, ni la idea tentadora que le ronda ya por la cabeza: la certeza de que es una empresa inútil, dado que el mono está lisiado y con toda probabilidad no sobrevivirá en la selva. Además, ¿cuántos monos como aquel no habría en el Archipiélago, en Asia, en todo el mundo? ¿De qué servía salvar uno?

El cierre que sujeta la cadena resulta ser un simple pasador de lengüeta… No puede creerlo. Sofía lo hace girar sin dificultad. Vaya, pensaba que los monos eran más listos… Algo parecido a lo que, por otra parte, está pensando el mono de ella en aquel momento.

Apenas lo suelta, el animal desaparece brincando sobre la arena, su pata medio arrancada colgando tras él.

Sofía espera poder también ella escapar libre de allí, y se pregunta si no llevará a su vez algún miembro colgando… Algo que se le ha roto dentro, aplastado por esa aterradora sensación de sentirse a merced de la voluntad de otros a quien nada importas. Una luz se proyecta de pronto sobre la arena. Dios. Alguien ha levantado la esterilla que protege la entrada del palafito de los insectos y varias cabezas miran hacia fuera, alertadas por los ruidos que ha hecho mientras intentaba liberar al mono. La embarazada suelta un alarido en el interior.

El hombre sale de la casa y empieza a avanzar hacia ella, gritándole algo. Sofía está decidida a no retroceder ni un milímetro. Permanece inmóvil y levanta un poco los brazos, adoptando una postura

antinatural. Mira al hombre mientras alza la barbilla, para que le vea el cuello. Luego abre los ojos todo lo que puede y le sonríe. Él se detiene delante de ella. Sofía siente miedo: anticipa que le va a cruzar la cara de un mandoble y que la arrastrará de los pelos al interior de la casa. Por un momento desearía que su cabeza pudiera desenroscarse de verdad y salir volando de allí. A pesar de todo, mantiene la entereza y continúa con el rostro paralizado en una máscara, como ella se imagina a *Penanggalan* . También se relame con gusto y chasca la lengua como si buscara ansiosa un bocado que aún no llega. El hombre, empapado en sudor, respira a intervalos irregulares. De pronto Sofía le oye soltar un pequeño gemido y ve sorprendida cómo echa a correr despavorido hacia la selva, dando gritos. Vaya. Menuda protección: la embarazada podía estar tranquila con un hombre así en la casa. Una criatura del otro mundo a punto de ponerse ciega de muslitos de recién nacido, y el padre con el tembleque brincando por la jungla.

Pero hay alguien que no tiene miedo. Y si lo tiene, se lo traga: en eso consiste el verdadero valor. Es una octogenaria, medio ciega de un ojo, con un puro aprisionado entre las encías desdentadas y un machete de cuarenta centímetros en la mano. Lo que la hace peligrosa no es, por supuesto, el cuchillo; sino que ella cree verdaderamente que lo que tiene delante es una amenaza para su familia.

La vieja sale del palafito descolgándose con agilidad por la escalera de mano y se dirige hacia ella. Sofía duda. Todo aquello ha sido un error. No se ve con posibilidad alguna de salir del lío en el que se ha metido. Es obvio que podría darle un empujón a aquel esqueleto humano y patearla a placer: ella es una mujer joven y bastante alta. Y, sin embargo… De nada sirve la fuerza, cuando se tiene miedo.

No, no se atreve a enfrentarse a la vieja: mejor echar a correr hacia la barca, al menos está segura de que corriendo será más rápida que ella. Lo malo es que, por miedo a darle la espalda, pospone demasiado el momento de echar a correr… como una auténtica idiota. La vieja la sigue a zancadas. Acaba pisándole los talones; al fin y al cabo, tiene varias décadas más de experiencia que ella corriendo sobre la arena… Sofía oye un rasgar tras de sí, no sabe qué es. De pronto se da cuenta de que parte de la camiseta le cuelga rota por detrás. El cuchillo aquel está bastante más afilado de lo que pensaba.

Una piedra le hace dar un traspiés; se sabe en el suelo. Se acabó. La vieja se abalanza sobre ella de inmediato, convertida en una furia de garras, de pellejos.

Es en ese momento cuando en su ayuda acude un amigo inesperado. Sobre la vieja ha saltado de pronto un bulto peludo y rabioso. Es un mono. El mismo que no ha olvidado las patadas diarias, la tortura de la sed, la quemadura de puro en el lomo. El animal le

araña toda la cara con gustoso frenesí, y le arranca de cuajo mechones de pelo. Y no solo eso… A la más mínima oportunidad, se engancha con violencia de las argollas que la vieja lleva colgando a modo de pendientes; y el lóbulo, grotescamente deformado por el peso de los metales, se raja con facilidad al primer tirón.

Cuando por fin consigue zafarse del maldito mono, la vieja se da cuenta de que Sofía le lleva un buen trecho de ventaja. Ya está casi en el mar, a punto de escapar. Y es que en cuanto ha alcanzado la orilla, después de aquellos interminables treinta metros, Sofía ha saltado dentro de la barca. Ahora se dispone a intentar arrancar el motor como sea. Tiene cierto margen; a la vieja le falta aún un poco para llegar hasta ella. Cuando el fueraborda despierta por fin con su cacareo mecánico y el pestazo del gasoil llena el aire, a Sofía le parece música celestial. El motor arranca; sí, lo ha conseguido, está en marcha… De repente, la barca da una brusca sacudida y Sofía cae sentada dentro: no sería mala idea desamarrar y tal. Mientras lo intenta, busca a la vieja con la mirada, pero no la ve. Ha desparecido; no consigue distinguir si sigue aún por allí, oculta por la confusión de las olas, o si se ha echado atrás y ha regresado a la casa. Sofía trajina con el motor, ya tiene la barca más o menos bajo control.

De pronto ve una mano decidida, de dedos nudosos, aferrándose a la borda. La vieja ha debido de caerse al entrar en el agua, ha debido… La hélice del motor gira, aumenta la furia de la espuma.

Al alejarse de la playa, un chorro de vino añejo colorea, tinto, la estela de la barca.

Sofía intenta sentir pena, pero no le sale.

Delante de ella se abre el mar. Aquella pesadilla queda atrás. Está sola, por fin.

Avanza.

El problema es que no sabe hacia dónde: ese detalle se le ha olvidado planearlo.

24
Por una bocanada de oxígeno

Aún con el cuerpo aprisionado entre las rocas, Ollauri intenta mantener la calma.

Antes, cuando el otro hombre se había precipitado por la grieta después de que él le diera un empujón, estaba se guro de haber oído un chapoteo, como si hubiera caído sobre agua. Quizás el hueco continuaba un poco más abajo, hasta llegar a una cavidad que comunicaba con el mar. Aunque también era posible que el espacio fuese ciego y él muriera allí igualmente, solo que mojado y unos metros más abajo. O que la distancia que quedaba hasta «aterrizar» fuera aún mucha y se desnucase al caer. No importaba, al menos sería un final rápido. Ahora mismo cualquier cosa le parece mejor que la situación en la que se encuentra.

Ollauri intenta convencerse de que si está allí inmovilizado no es porque haya tocado fondo, sino porque un estrechamiento le impide seguir cayendo. Tienta con los pies, pero no consigue deducir si lo que toca es el suelo mismo o solo un saliente de la roca.

Por otro lado, quizás está equivocado y en realidad no había oído ningún chapoteo. Quizá, ni siquiera es esta la misma grieta por la que había caído el hombre.

Da igual. Tenía que serlo. Mejor aferrarse a esa idea.

Probablemente el tipo, al ser más menudo, había pasado sin problemas por el trecho donde se había quedado atascado él. Impulsado por este pensamiento, Ollauri se contonea con todas sus fuerzas entre las rocas: parecen porosas, no es imposible que algún fragmento se desprenda y libere el peso de su cuerpo.

Tras casi una hora de debatirse en aquel tubo infernal, y ya con el cuerpo magullado, nota por fin un trozo de piedra desplazarse. Al sentirse descender Ollauri encoge el cuerpo instintivamente, sabiéndose a punto de descubrir qué tipo de caída le espera. Por fortuna se trata solo de un par de metros más, que le conducen a un depósito subterráneo de agua de mar.

La escasísima luz que entra por el agujero ilumina las ondulaciones del agua, haciendo que las paredes de roca bailen a su alrededor en fantasmal cortejo. El espacio es bastante amplio, como una habitación pequeña, y el agua solo le cubre hasta las caderas. Espera, por dios santo, que el nivel se mantenga estable.

Al menos así puede moverse un poco más y sobre todo ver el resto de su cuerpo; estar embutido dentro de la piedra le había causado no

poca angustia. Mira hacia arriba: el hueco por el que ha caído está demasiado alto, imposible alcanzarlo para trepar. Inspira por la nariz. El aire de la cueva huele raro, de una forma que le recuerda a las vías del metro. La profundidad y la falta de ventilación vicia el aire hasta tal punto que las proporciones de gases allí concentrados llegan a ser muy distintas a las del exterior. Ollauri nota que, sin querer, está respirando bastante rápido. Parece ser que su cuerpo se ha dado cuenta antes que él de que allá abajo la esperanza, igual que el aire que se necesita para poder siquiera concebirla, es más bien poca.

Ollauri consigue por fin sacarse la chaqueta que le inmoviliza los brazos, ya medio desgarrada después de restregarse contra la roca; y así puede desatarse también los pi es.

En mitad del agua hay algo. Parece una roca más alta. Decidido a intentar encaramarse encima, se acerca a ella y se apoya con la mano. En ese momento la roca se hunde bajo el peso de su cuerpo. Ollauri da un respingo: aquello no es una roca… Es una espalda. Se trata del hombre que él había empujado antes. Está flotando bocabajo, con los miembros desanudados por la caída y sin duda ya muerto.

Manda cojones, piensa Ollauri, que ni siquiera en la última hora va a poder librarse de compañías indeseables… Si aquella cueva perdida en el mar de Java iba a acabar siendo su tumba, pues qué se le va a hacer. Eso siempre sería mejor que una celda abarrotada en una cárcel de Sumatra o, peor aún, el pabellón de desahuciados de algún hospital. Pero morir allí, con aquel pelele flotándole junto a la tripa… Aquello era una vergüenza.

¿Qué va a hacer allí hasta que acabe todo, hora tras hora, día tras día? De hipotermia no va a morir, no… Allí hace un calor del copón. El hambre tardará semanas en poner fin a su miseria; la sed, afortunadamente, algo menos. El agua en la que está sumergido es salada. Y sabe a demonios, como tiene oportunidad de comprobar al primer intento. Ollauri espera que al menos la falta de oxígeno remate antes la faena: no se siente con fuerzas de mantener la cordura si aquel entierro en vida se prolonga mucho más.

No lleva ni unos minutos allí y ya siente verdadero pánico.

La angustia le hace delirar: le parece que el muerto se mueve, que gira el cuello partido hacia él y le dedica una sonrisita de lástima.

Las paredes bailan. El agua se ondula, se levanta; algo está saliendo de dentro. Ollauri se encoge: en su caso, está seguro de que el que han enviado a buscarle no será precisamente san Pedro.

Unos jadeos desesperados llenan el espacio de la cueva, pero no son solo los de Ollauri. Algo ha surgido del agua, justo a su lado, y boquea desesperado en busca de aire.

Es Jahan.

Ollauri no sabe si alegrarse o sacudirle por el susto de muerte que

le ha dado. Al final es solo lo primero.

Cuando recupera el aliento, Jahan le explica que lleva varias horas allí prisionero. Lo han lanzado sin miramientos por un agujero, que por poco se despeña vivo.

Viendo que en la caverna donde él estaba había agua, había intentado averiguar por dónde había entrado, con la esperanza de salir él por el mismo camino. Es cierto que el agua bien podría haberse filtrado por poros microscópicos; pero quizá no, quizás había un agujero… Y así había resultado ser. En el fondo se abría una hendidura que daba paso a una especie de túnel inundado.

Jahan cree que quizá se puede salir por ahí hacia el mar, y en eso está. Ha hecho varios intentos de bucear por el túnel, y es así que ha dado con Ollauri. Está tratando de encontrar el punto donde aquel sistema de galerías inundadas se abre hacia el mar, suponiendo que tal punto exista… Y cuando nota que el aire de los pulmones ya no será suficiente para volver, regresa a toda prisa. Dice que antes le ha parecido ver algo de luz, pero no está seguro. Era arriesgado acercarse allí a comprobar si se trataba de una salida; y, de no ser así, no disponer ya de aire suficiente para volver atrás.

Ollauri se deja caer contra la pared de roca, desanimado. Si Jahan ha terminado boqueando después de recorrer ese túnel, él jamás podrá conseguirlo.

Idean otra solución: Ollauri se encarama sobre las espaldas de su compañero, intentando alcanzar el agujero por el que ha caído y trepar por él. Pero no hay manera. Incluso así, solo llega a rozar la roca con la punta de un dedo.

Jahan vuelve a intentarlo. Desaparece en un instante, sumergiéndose en la negrura. Ollauri se queda solo de nuevo.

Mientras le espera, se pregunta qué hará si tarda demasiado en regresar. Puede que eso sea una buena noticia, porque significa que ha encontrado la salida y volverá a buscarle de algún modo. Pero también puede deberse a que Jahan se ha quedado atrapado en alguna de las mil galerías inundadas que recorren la roca, ahogándose en aquel gigante termitero del que ninguno de los dos volverá a salir.

A pesar de todo, Jahan regresa. Es un alivio ver unas burbujas surgir del agua, anunciando la aparición inminente de aquel enorme cabezón mojado.

Jahan le explica que ha visto otro camino a la derecha, bastante más corto… Y se ve un poco de luz. Está seguro de que es una salida. Al menos, para Ollauri. Él no podrá pasar: el cuerpo no le cabe por el agujero.

No importa: si uno de los dos consigue salir, puede volver a la parte superior de la roca e intentar sacar al otro con una cuerda desde arriba. Ollauri se queda pensativo un momento. Después intenta

entrar en el agua, pero le cuesta incluso encontrar el agujero que se abre cerca de sus pies. Allí no hay casi espacio para nadar, y además no puede abrir los ojos sin que le entre dentro el agua turbia y salada. ¿Cómo demonios va a hacer para llegar hasta el lugar donde ha dicho Jahan y ver por dónde entra la luz, incluso si llegase a conseguir aguantar la respiración?

Jahan le ve restregarse los ojos, un poco sorprendido. Nunca consigue entender las dificultades de otros hombres para desenvolverse bajo el agua; él nunca tiene problemas. Lleva dentro del mar desde el momento mismo de su nacimiento, cuando su madre, siguiendo las costumbres de su gente, se había retirado a solas para parirle en el arrecife. En cuclillas, y con medio cuerpo dentro del agua, se había sacado a su hijo de dentro ella misma, cortando con los dientes el cordón umbilical. El bebé había pasado de flotar en la oscuridad a flotar en la luz; después, a respirar en la superficie. A los pocos minutos, ya nadaba guiado por su madre: como cualquier bebé, se manejaba sin problemas. Así, Jahan nunca había aprendido a nadar. Simplemente, no le habían dejado olvidar cómo se hacía. Solo varios años más tarde aprendería a caminar, jugando con otros niños en las arenas de los bajíos.

Ollauri sabía nadar, sí; no se apañaba mal, pensaba él. Pero una cosa era nadar y otra bucear decenas de metros en una oscuridad desconocida, en busca de un posible hilo de luz, con el cuerpo embutido entre los filos de la roca y la posibilidad de extraviarse por la galería equivocada… Aquello intimidaba a cualquiera.

Jahan señala la cuerda con la que habían descolgado a Ollauri, el trozo cortado que flota sobre el agua. Quizá pueden usarla.

Hacen un primer intento. Jahan irá delante, guiando; Ollauri, atado detrás.

Antes de sumergirse, Jahan se le queda mirando, como para decirle algo.

—Y ahora qué coño pasa.

—Antes de entrar, debes respirar… Respira hondo, luego suéltalo. Así, despacio. Si no, no puedes.

Ollauri ve el miedo en los ojos del nativo: sabe que cree que no será capaz. Y, por una vez, está de acuerdo con él.

Un presentimiento horrible, denso y negro como una bola de brea, le bloquea la garganta. Intuye que uno de los dos se quedará dentro, que este es uno de los últimos momentos. Uno de los dos no saldrá. Y, por algún motivo que no entiende bien, no preferiría ser él quien sobreviviera.

Ollauri intenta respirar profundamente, tal y como se le ha dicho. En aquel lugar es difícil: el aire enrarecido se agarra a la garganta, y a ambos ha empezado ya a dolerles la cabeza por la concentración de

dióxido de carbono que hay en la cueva. A pesar de todo, no les queda más remedio que intentarlo.

El siguiente minuto es pura agonía. Una vez dentro del agua, Ollauri se deja arrastrar por la cuerda, a ciegas, confiando en la habilidad de su compañero mientras intenta no chocar contra las rocas. El espacio es tan pequeño que se le rasga la ropa, y a tramos nota los hombros encajonados entre las paredes del túnel. Intenta no pensar y concentrarse en el aire que le queda; no tragarlo hacia el estómago, mantenerlo.

Por fortuna, más adelante el canal se ensancha un poco. Es cierto, entra la luz… El agua clarea en biseles azulados, casi transparentes; deben de estar bastante cerca de la superficie. Jahan quiere señalarle donde está el hueco para salir, pero ve que Ollauri tiene los ojos cerrados, así que, con un ágil girar de piernas, se coloca junto a él, sujetándole por detrás. Ollauri nota el pecho del otro abarcándole toda la espalda, sus brazos bajo los suyos como las asas de una mochila humana. Un chaleco salvavidas. Primero se siente sujeto con fuerza; después, pierde el contacto con el cuerpo del otro y se sabe impulsado con puntería perfecta hacia el agujero en la roca.

Ollauri se agarra a los bordes de la piedra. Entra sin problemas.

Su compañero prueba también a pasar, aunque es obvio que el hueco es demasiado pequeño.

Viendo que le es imposible atravesarlo, Jahan le hace un gesto para que continúe. Lo mejor es que salga y vuelva por otra vía; pero Ollauri no le hace caso, está gesticulando también.

No se entienden.

Finalmente, Jahan comprende y agarra la cuerda enrollándosela en la muñeca, mientras Ollauri, desde el otro lado del agujero, tira de ella con todas sus fuerzas, ambas piernas apoyadas contra la pared. La fricción de la cuerda tensa contra las paredes del agujero actúa como una segueta, rompiendo pequeños fragmentos. El hueco se agranda levemente.

Jahan embiste contra el agujero. Se hace daño en un brazo, pero vuelve a intentarlo. Cuando por fin pasa al otro lado, se da cuenta de que se ha dejado olvidado un trozo del músculo del hombro colgando de una arista de la roca, pero no siente dolor.

Solo engancha a Ollauri por la cintura y comienza a nadar con todas sus fuerzas hacia arriba. Nota el cuerpo del otro como un peso muerto: espera que la superficie esté cerca, porque llevan demasiado tiempo sin oxígeno. Jahan continúa avanzando en vertical. Vaya… Estaban a bastante más profundidad de lo que había imaginado.

De pronto siente que Ollauri se retuerce junto a él; es posible que esté sufriendo ya los dolores, las burbujas que empiezan a formarse dentro del cuerpo cuando se abandona la profundidad a velocidades

excesi vas. Jahan duda: necesita subir lo antes posible para que ambos puedan respirar, pero es peligroso hacerlo demasiado rápido. Él no necesita indicador ni artilugio ninguno para saber a qué velocidad ascender; le basta con recordar lo que le decían sus abuelos: «Jamás subas más rápido que tu última burbuja». Las consecuencias de desobedecer esa regla pueden ser peores que la muerte. Porque peor que la muerte se imagina Jahan la sordera, o la parálisis de brazos y piernas. Una parálisis que puede ser temporal, o que puede no llegar a terminar nunca. No son pocas las historias de buzos que encuentran su epílogo en una silla de ruedas. Y es que, al subir demasiado rápido a la superficie, el descenso brusco de la presión hace que los gases normalmente disueltos en la sangre vuelvan sin permiso a su estado gaseoso. Se forman de golpe burbujas en los vasos sanguíneos: una ruleta rusa para cerebro y corazón… Todo el cuerpo se agita de dolor, sacudido por diminutas explosiones internas. Eso es lo que posiblemente le está ocurriendo a Ollauri en este momento. Jahan le golpea con los codos en los riñones y la espina dorsal, un remedio tradicional para deshacer algunas de las burbujas y aliviar temporalmente el dolor, aunque sabe que eso no servirá para evitar lo peor. Él mismo ya empieza a sentir las punzadas en las articulaciones, la angustia. Se da algunos golpes en los costados con un brazo, pero tiene que andar con cuidado de no perder a Ollauri en aquel abismo.

Cuando por fin salen a la luz, Ollauri está inconsciente. Jahan consigue arrastrarlo a la orilla, por llamar de alguna manera a los bordes de aquella formación rocosa en la que se encuentran. Más que una isla, se trata de un farallón solitario que se alza en mitad del mar con arrogancia de cuerno. Jahan tampoco está en su mejor momento, pero no se puede hacer más. La mejor medicina, un buen chute de oxígeno embotellado para disolver el nitrógeno de la sangre, no crece en ningún árbol de por allí. Sobre todo, porque árboles tampoco hay.

Tumbado en la roca, Jahan respira con ansia, aún jadeante. En las alturas ve el cielo limpio, brillante y perfecto después de la oscuridad de aquel pozo en el que ha estado metido. El azul le parece amigo; el aire, todo suyo, le da de nuevo la bienvenida.

Cuando oye que Ollauri empieza a toser a su lado, siente una especie de euforia. Y después, cuando ve que está volviendo en sí y usa el aliento recién recobrado para emprenderla con él, insultándole con total normalidad, Jahan se siente todavía mejor.

Están a salvo.

Igual que al principio de todo esto: sin un duro y extraviados en algún rincón del Archipiélago, pero vivos. La vida, eso que no es posible poseer del todo, hasta que no se ha sobrevivido.

Ollauri tose, vomitando bocanadas enteras de agua salada. A ambos les tiemblan todavía un poco las piernas, pero más vale que se pongan

en marcha e intenten llegar a un lugar más seguro. Ya tendrán tiempo de averiguar qué ha sucedido con los restos arqueológicos; y, sobre todo, quiénes eran aquellos malnacidos, a los que, sin duda alguna, les quedan menos horas de lo que imaginan.

25
¿Y el cuchillo?

La muerte de Míster Li causa una gran conmoción en el mundo científico. Era una persona muy querida y respetada en su campo, y muchos todavía no pueden creer lo que le ha ocurrido.

El suceso, además de volver a poner en boca de todos el tema de la piratería en el Archipiélago —n o demasiado presente en los medios, que saben bien que la repetición acaba aburriendo al espectador—, tiene otras consecuencias inesperadas.

En primer lugar, se encienden los reflectores sobre el *Amaranta* . ¿Qué estaba haciendo allí el Instituto Asiático de Arqueología Submarina?

No pasa demasiado tiempo hasta que llega a conocerse la verdadera naturaleza y magnitud del descubrimiento. Y es que aquel barco hundido no solo ha revelado la fecha en la que se inventó la porcelana azul, sino que, como había intuido Míster Li, constituye la única prueba física del trazado de la Ruta de la Seda Marítima.

En cuanto se conoce la noticia y las distintas teorías arqueológicas a las que está dando lugar, los gobiernos de varios países alzan las orejas.

La tripulación, ya recuperada del desagradable incidente, ha dado parte completo del robo y está trabajando para poder recuperar los restos que aún se encuentren en el fondo. Es eso lo único que queda: los tesoros que todavía protege el mar, igual que lleva haciendo más de un milenio. Por otro lado, todos están perplejos por el interés inusitado que de la noche a la mañana parece haber despertado su trabajo. Les llueven las subvenciones con letra pequeña, las «sugerencias» de que permitan a científicos de tal o cual país acceder al pecio, las promesas de futuros encargos pero que muy bien pagados si autorizan a no sé qué gobierno a tomar el control de la expedición… Cualquier país del Archipiélago que pueda demostrar una conexión con el barco hundido, por vaga que esta sea, quiere de pronto intervenir. Tanto Singapur como China, Malasia e Indonesia reivindican su supuesto derecho de propiedad sobre los restos del naufragio y empiezan a enfrentarse por él en negociaciones al borde del litigio. Todos están interesados en su rescate y adquisición, especialmente Singapur, un estado muy joven que ve en el descubrimiento una posibilidad de reafirmar su identidad nacional y demostrar su papel histórico en la región ya desde periodos muy antiguos.

Además, el artífice del descubrimiento, el desaparecido Míster Li, era singapurense; así como la bandera bajo la cual se ha realizado la expedición.

Indonesia, por su parte, advierte de que emprenderá acciones legales: el barco se encuentra en sus aguas territoriales y, en su versión de los hechos, la expedición carecía de una autorización oficial. El barco, la porcelana, el oro… Todo les pertenece, y cualquier país que intente extraer ni un solo objeto más deberá atenerse a las consecuencias. Es cierto que en la región carecen de los medios y del personal especializado necesario para continuar con un trabajo semejante, pero eso no es óbice. Ya resolverán ese problema más adelante, quizá dentro de algunos años, o cuando les venga en gana. Que para eso es suyo el mar de Java, y el barco no se va a mover de allí.

Además, aparte del oro, Indonesia puede sacar algo más de aquel barco hundido. Todos los especialistas están dando por supuesto que el barco se encontraba allí, entre Sumatra y Borneo, por accidente; quizás arrastrado por algún contratiempo o temporal. ¿Por qué, si no, iba a desviarse tanto de la Gran Ruta? ¿Para acercarse a unos puebluchos de pescadores? No, señores… El barco estaba donde debía estar: una de las paradas de su itinerario era seguramente uno de los puertos de Srivijaya, el primer reino nativo de Indonesia. Srivijaya fue un «imperio marítimo» que abarcó toda la Edad Media y que ha sido sistemáticamente ignorado por todos los historiadores del Sudeste Asiático. Si el barco se encontraba allí, era porque toda la zona constituía una importante área de comercio en ese momento. Según esta teoría, el barco constituiría una prueba tangible de la existencia de aquel imperio, tan cuestionada, y de su importancia. Demostraría que la Ruta de la Seda Marítima no solo unía el Imperio chino a Oriente Medio, sino que comunicaba también con el otro gran centro político de la época: aquel olvidado imperio que la actual Indonesia considera propio y que ha incorporado sin reparos a su retórica nacionalista, basada en la reivindicación de un supuesto glorioso pasado anterior a la época colonial.

China no quiere ni oír hablar de «imperios inventados», y reitera que le corresponde la propiedad de toda la carga del barco: al fin y al cabo, se trata de porcelana china, y de una de las dinastías más relevantes de su historia. ¿Quiénes, sino ellos, tienen más derecho a beneficiarse de aquel descubrimiento? Y, si hay que negociar, se negocia: el gobierno chino saca su artillería pesada, lanzando mazos de miles de millones de yuanes sobre el tapete de juego. No hay nada que no se pueda comprar. Basta colocar el dinero encima de la mesa. O debajo.

El único país que no muestra interés alguno por el descubrimiento

es aquel al que, sin posibilidad de discusión, pertenecían tanto el barco (un inconfundible *dhow)* como su carga (ya que, seguramente, la habían comprado, aunque hiciera mil años). Se trata de una región del califato abasí, que, por supuesto, ya no existe; pero que se corresponde con el territorio que en la actualidad ocupan Omán y Yemen. Ninguno de sus representantes ha llegado siquiera a ponerse en contacto con el Instituto Asiático de Arqueología Submarina: en este momento tienen problemas más acuciantes que ponerse a reflotar un montón de madera podrida sumergida no se sabe dónde.

Por su parte, Malasia no tiene intención de quedarse fuera de la negociación. Es cierto que el pecio no se encontraba en sus aguas territoriales, y que el país no guarda relación alguna con los restos arqueológicos. Al menos, con los más importantes; es decir, las porcelanas chinas y el barco en sí. Ahora bien, en los informes y en las fotos subacuáticas aparecen ciertas piezas que sí pueden estar relacionadas con el país. Es posible que se trate de objetos personales de la tripulación: lamparillas de aceite, dados para jugar… Nada de esto puede vincularse a ninguna región concreta, es verdad; pero hay un objeto que sí. Algo que seguramente perteneció a uno de los trabajadores del barco. En una de las fotos tomadas por los buzos se aprecia claramente su forma, su naturaleza. Es un cuchillo malayo de doble filo, un *kris* del siglo IX . El más antiguo que se conoce.

Podría ser indonesio también, por supuesto. ¿Pero quién decide dónde acababa Malasia y dónde empezaba Indonesia, si ninguna de las dos existía en el siglo IX ?

El asunto se convierte en la chispa que reaviva el eterno enfrentamiento entre ambos países, siempre a la greña por la supuesta apropiación por parte del vecino de sus símbolos culturales. Aunque no se trate de «robo», sino de identidad compartida: Malasia y la parte occidental de Indonesia son en realidad el mismo pueblo, o al menos lo eran antes de que británicos y holandeses trazaran en el mapa una disparatada línea para repartirse el Archipiélago. Esa división se convertiría más tarde en fuente de conflicto continuo entre dos pueblos en el fondo hermanos. Los símbolos culturales en disputa son muchos: la gastronomía, la tela *batik,* la lucha *pencak silat* … y el cuchillo.

Varios expertos giran y regiran la fotografía tomada en el fondo del arrecife por los buzos del *Amaranta,* sin llegar a pronunciarse. Malayo o indonesio, ya se verá. En una única cosa coinciden: aquello, sin duda, es un *kris* .

Entonces, ¿dónde demonios está?

Las piezas que se encontraban a bordo, aquellas que no consiguieron llevarse los piratas, han sido ya procesadas y catalogadas minuciosamente. Allí no hay ningún cuchillo.

En los meses sucesivos continúan los trabajos de extracción del fondo, esta vez con una fuerza de seguridad internacional que escolta a los buzos como si fueran ministros. Sobre sus cabezas zumban helicópteros de distintas banderas, enfrentándose entre sí sobre quién debe hacer qué.

Por fortuna, a pesar de todos los contratiempos, en el fondo del arrecife aguardan aún más de dos tercios de aquel tesoro. Cuando por fin consiguen extraer lo que queda del barco en sí, con varias grúas y mucho trabajo, las labores de recuperación se dan por concluidas.

El cuchillo no aparece por ningún lado.

Por desgracia, ese precisamente debía de ser uno de los objetos que se habían llevado los piratas.

Es muy probable que las piezas sustraídas alcanzasen precios exorbitantes en el mercado negro del arte, reportando pingües beneficios a los ladrones. Ahora bien, los objetos robados en realidad no representaban una gran pérdida en relación al total en cuanto a su relevancia arqueológica. A pesar de todo, la desaparición de ese objeto en concreto, el *kris,* ha destruido de un plumazo la posibilidad de vincular el barco a una región diferente del Archipiélago. Y es que, de haberse podido demostrar que ese cuchillo procedía de su territorio, Malasia podría haber justificado su única reivindicación posible sobre el descubrimiento.

Desde luego, no piensan quedarse de brazos cruzados viendo cómo Indonesia, Singapur y China se reparten el pastel. Hay que actuar: encontrar a los tipos que han sustraído el cuchillo, o localizarlo en el mercado negro.

En esta ocasión, no será difícil seguir la pista a los ladrones. Si hay algo en lo que coincide toda la tripulación del *Amaranta,* o al menos lo que queda de ella, es en la convicción de que el asalto por parte de los piratas no fue fortuito. Aquellos tipos sabían a lo que iban, lo que querían robar. Desde luego, la desaparición subsiguiente de Ollauri y su compañero, a los que nadie había visto durante el abordaje, dejaba poco margen a la especulación. Lo cierto es que el hecho de que ambos pudieran estar detrás de aquel supuesto ataque pirata, pactado y orquestado seguramente desde dentro, no sorprendía demasiado a nadie.

Sin hacerse esperar, el gobierno de Malasia emite una orden internacional de busca y captura contra los dos desaparecidos, orden que, en el caso de Jahan, podría tener consecuencias funestas. Y es que, de llegar a concretarse su nacionalidad, su detención por el supuesto robo del cuchillo —u n «bien cultural de importancia estratégica»— podría desembocar en una condena por alta traición, penada en Malasia con la muerte por ahorcamiento.

Tendría narices que, después de una vida en el agua, flotando de

isla en isla en situación de apátrida, justo ahora a Jahan le concedieran la nacionalidad de algún país del Archipiélago solo para verle pataleando colgado de una cuerda.

De todos modos, no vuelve a saberse nada de los ladrones. Seguramente son conscientes de que serán arrestados de inmediato en cuanto pongan pie en cualquiera de los puertos de la zona; especialmente en Singapur, famoso por la eficiencia de sus fuerzas de seguridad.

Ahora bien, Ollauri y su compañero no se encuentran, desde luego, disfrutando de los beneficios de ningún robo. Nada más lejos de la realidad. Ambos han sido retenidos contra su voluntad en una remota isla del mar de Java, mantenidos convenientemente fuera de la circulación. Para cualquiera que conozca su historial y las circunstancias del robo, resultarán los principales sospechosos y obvios culpables de un delito en el que, por una vez, no han tenido nada que ver.

Mientras tanto, las negociaciones internacionales siguen su curso, y el pecio es finalmente transportado a Singapur. Varias universidades han estado batallando por ello, y la donación billonaria de una fundación china de la ciudad también ha jugado, digamos, un cierto papel. Detrás de dicha fundación se encuentra la familia de una de las personas más ricas del mundo: un singapurense de etnia china, magnate de bancos y hoteles. Y resultó que era cierto: el dinero puede comprarlo todo. Ya puede levantarse en Singapur un museo dedicado expresamente al naufragio, ya puede la ciudad empezar a escribirse un grandioso pasado en el que barcos de todo el mundo buscaban en sus costas refugio y riqueza. Y desde hace más de mil años.

El barco naufragado se encontraba un pelín lejos de la ciudad, pero… Al fin y al cabo, Singapur está en el punto medio entre su lugar de origen y destino. ¿Quién dice que no pasó por allí? Sí, Singapur era seguramente el centro de la Ruta de la Seda Marítima. La capital. Lo asegura un cartel gigante, a la entrada del museo.

26
Mujer en barca con mar al fondo

Sofía está tumbada en la barca. Lleva horas dando vueltas por el mar, sin lograr encontrar la terminal del ferry. Está perdida.

Ya es mediodía: el sol cae a pico, atormentando la piel con su silencioso martillo.

Al principio, cada vez que veía alguna embarcación se alejaba de ella todo lo que podía. Tenía miedo de que se tratara de pescadores de la isla de la que acababa de escapar. Ahora, sin embargo, su perspectiva ha cambiado; y sueña con encontrarse por fin con algún ser humano que la ayude a llegar a tierra, o que simplemente le dé un poco de agua. Lo malo es que, conforme se ha ido alejando de la costa, los barcos escasean cada vez más.

Recostada contra las maderas de la barca e intentando protegerse la cara del sol, pierde la noción del tiempo. Al principio discute consigo misma, se culpa de todo. Luego, busca posibles soluciones a su situación. La terminal del ferry estaba tan cerca, y sin embargo… De tanto dar vueltas, es posible que incluso haya acabado cerca de Singapur, pero no ve ningún edificio alto, solo islotes lejanos cubiertos de vegetación. Ni siquiera sabe a qué punto cardinal debería dirigirse. Cuando se cansa de odiarse, solo sueña con la noche, con que alguien apague el interruptor de la luz y del calor.

Un momento. ¿No ha sido de noche ya una vez, desde que está en la barca?

El calor y la extenuación están empezando a pasarle factura. Por si fuera poco, el motor ha dejado de funcionar. Entre otras cosas, porque no tiene combustible. Y lo más chistoso del asunto es que podría llenarlo de nuevo, sí; porque en la barca hay una garrafa llena. Podría. Pero no puede. La mala suerte ha querido que la rosca esté encajada de tal manera que no ha habido forma de abrirla. No tiene fuerza. Ha probado mil veces ya, y solo ha conseguido hacerse daño en las manos.

Entonces es cuando tiene la genial idea.

Se lleva la rosca a la boca.

Lo que sigue es un latigazo de dolor y un fragmento de algo rodándole por la boca, que se le llena de sangre. Además de jeringarse un diente, se ha mordido; y ya se sabe que la lengua es muy escandalosa. Un chorro rojo cae sobre la madera de la barca.

Como único resultado, en el tapón aparece una pequeña muesca, la última obra de su diente difunto.

¿Y ahora qué va a hacer? ¿Remar hasta Singapur?

El sol sigue golpeando, indiferente.

Sofía baja la cabeza y la deja colgando hacia el mar, para que al menos la cara le quede en sombra. Las gotas rojas siguen cayendo desde su boca. Se suceden unas a otras y se pierden en el agua.

Casi todo deja de importarle. Solo sabe que tiene sed. Que quiere volver a casa. Y casa, para cualquiera que acaba circundado por un horizonte azul, es siempre tierra.

Sofía sonríe, secuestrada por sus propios pensamientos. Las ideas empiezan a entremezclarse de forma inconexa. Le viene a la mente un recuerdo antiguo, el de una cafetera que había tenido. Una de esas clásicas, de rosca: la *moka* . Se la había regalado alguien.

Antes de Máximo, había estado con otros hombres. De la mayoría recuerda poco: Sofía gustaba de escribir los nombres de todas las personas que pasaban por su vida siempre a lápiz, para poder borrarlos enseguida. Cambiaba mucho de ciudad, de amigos. Se reinventaba. Soltaba amarras. Pocas veces permitía a nadie dejar la huella de su pie en la arena que llevaba dentro, una arena que ella imaginaba playa, pero que era más bien desierto.

De aquel hombre que le había regalado la cafetera no recordaba mucho: un olor, un gesto para rascarse la ceja, cierto deseo. Y el café: jamás le había gustado tanto, hasta que le había visto preparándoselo. Cuando él se marchó, Sofía no sufrió demasiado; se convenció de que en realidad ella ya tenía a otra persona en la cabeza. Y sin embargo… La cafetera seguía allí, en la cocina: nunca pudo volver a usarla, porque no conseguía abrir la rosca. Para aquel café cualquiera que acabó siendo el último, él la había apretado con toda la fuerza de sus brazos, hasta dejarla bien sellada y que el café no se saliera.

Y no se había salido, desde luego. Estaba tan prieta que después Sofía no había sido capaz de desenroscarla. Pensó en llamar a otro hombre para que se la abriera; al final se había aficionado al café. Pero no lo hizo. En su cocina entraron otros, durante algunos años. A pesar de todo la cafetera seguía allí, bien cerrada; custodiando para siempre los posos de aquel último café.

Cuando llegó Máximo, nada más verla había intentado abrirla. ¿De qué sirve una cafetera que no puede usarse? Sofía había puesto cara de espanto al verle con ella en la mano, temiendo y deseando al mismo tiempo que lo consiguiera. Pero él no había sido capaz. No tenía fuerza.

La barca se balancea. Entre el sudor y los vapores calientes que le nublan la vista, Sofía imagina los brazos de un hombre. Salen de la nada, la sujetan. Justo lo que necesitaba… El hombre le aparta el pelo de la cara. Es muy fuerte. Ella le sonríe y le señala la garrafa: «La rosca… Por favor, ábreme la cafetera».

Él no entiende lo que dice, pero la ayuda igualmente a abrir la garrafa y se la acerca a los labios. Piensa que está llena de agua, que ella quiere beber y no ha podido abrirla. Pero aquello no es agua… Huele a combustible.

Jahan aparta la garrafa de la boca de la mujer, confundido.

Después intenta reanimarla un poco; parece desvanecida.

Ollauri y él llevan varias semanas deambulando por la zona en un barco «prestado», sin saber qué hacer. Ya han descubierto que los están buscando, y de momento la única cosa que se les ocurre es intentar alejarse lo más posible de los puertos comerciales, no sea que acaben entre rejas. Quizá lo mejor sería ponerse en contacto con el Instituto de Arqueología Submarina y aclarar las cosas, porque desde el momento en que empiecen a huir, no habrá vuelta atrás: eso parecerá confirmar su culpabilidad. Pero, por otro lado, tal vez les conviene olvidarse de todo aquello y largarse sin más… Poner mar de por medio. Mucho mar. Y es que, si intentan atracar por aquí, por muy buenas intenciones que lleven, es posible que terminen enjaulados a la primera de cambio. Sobre esto estaban peleándose cuando a lo lejos ha aparecido una barca a la deriva, deslizándose como un espejismo en aquel vacío de luz cegadora.

Jahan ha nadado hasta allí, solo para encontrarse con una extraña náufraga sedienta de combustible. Después de un rato, vuelve a atravesar aquel mar ardiente y regresa al barco con Ollauri. Solo.

—¿Y bien? ¿No había nada en la barca esa, combustible, algo útil?

—Combustible, sí.

—¿Y por qué demonios no lo has traído?

—No volver —c ontesta, desafiante.

—¿Por qué? Si los dueños han abandonado la barca a la deriva, pues no creo que vuelvan a reclamarla… —d ice mientras intenta quitarse los pantalones, que se está asando.

—Dueño sí tiene. Está en la barca.

—¿Que? ¿Hay alguien en la barca? ¿Un muerto? No me jodas que te va a venir el escrúpulo, a estas alturas….

—No volver.

Ollauri le mira sin entender. En otros tiempos le habría demostrado sin problemas que sí, que vaya que sí iba a volver, pero últimamente era imposible oponerse a su voluntad: era dueño de sí como nunca antes.

Cuando por fin consigue sonsacar al nativo la razón de su cabezonería, todavía entiende menos que antes. Jahan dice que en la barca hay una mujer, pero no se explica; y a Ollauri no le queda claro si está viva o muerta (Jahan ha dicho, incomprensiblemente, que «las dos cosas»). Habla de una boca llena de sangre, de un olor a vinagre. No es una mujer real, es «de mentira»: él le ha visto una línea en el

cuello, «porque la cabeza se le sale por ahí».

Ollauri no entiende un carajo, pero siente cierta curiosidad. Sobre todo, porque entre aquel batiburrillo de gilipolleces una cosa sí que la ha comprendido: Jahan no quiere volver a la barca porque tiene miedo. Y de una mujer.

—¿Y qué va a hacerte? ¿Arañarte? Da vergüenza hasta oírlo, de un morlaco como tú… En fin. ¿Y además no has dicho que tiene sangre, que está herida?

—La sangre no es de herida. Es de comer. Tiene la boca roja, de comer.

Ollauri tuerce la sonrisa. Casi casi que va nadando él mismo.

Jahan intenta impedírselo, pero Ollauri acaba de todos modos en el agua, muerto de la risa al ver la congoja que tiene el nativo. Jahan le grita desde la barca que se detenga, que se lo van a comer vivo… Suena hasta prometedor.

Segunda parte

27
Ningún caballero

Cuando abre los ojos, Sofía está en un lugar desconocido, sobre una esterilla. El suelo parece balancearse un poco, no sabe si porque se siente mareada o porque se encuentra a bordo de un barco.

Por lo que ve, está en una habitación de techo muy bajo. Todo cruje a su alrededor y hay un olor rancio, como a goma vieja, a pescado. Tiene el pelo mojado, como si hubiera estado en el agua, pero cree que alguien le ha secado la cara. De repente se acuerda del diente roto y se lleva la mano a la boca: en su lugar hay un bulto, un trozo de algodón encajado en el hueco de la encía. Un dolor sordo le hormiguea pómulo arriba.

Se oye el batir del mar, muy cerca.

Sofía dirige la mirada hacia el lugar por donde entra la luz, y se da cuenta de que alguien la observa desde el marco de la puerta. Al ver que le está mirando, el hombre se esconde rápido, receloso. No está segura, pero Sofía cree que era un nativo; muy corpulento y medio desnudo.

Cuando sale al exterior, se da cuenta de que, en efecto, se encuentra sobre una embarcación. Parece un pesquero —y no precisamente nuevo—, con la cubierta llena de cachivaches oxidados y una ruina de grúa montada a popa. El olor a gasoil es insoportable.

Será un barco de pesca, pero lo que lleva a bordo no parecen pescadores.

Aparte del que ha visto de refilón, en cubierta hay otro hombre.

Es un tipo alto, con el pelo quemado por el sol y un bigote que se pasó de moda hace varias décadas. Lleva una camisa sucia abierta en el pecho y una cuerda enrollada en el pulso, dios sabe para qué. Ahora mismo la está observando de medio lado, con una sonrisita curiosa, como quien observa a un mono de feria recién salido de la jaula y que quizá sepa hacer algún truco. A Sofía todo en él le parece pavoroso: la expresión, la actitud, los ojos. O, mejor dicho, el ojo; el derecho. Es ahí, en la parte blanca, donde Ollauri tiene desde hace años una especie de excrecencia: un pequeño abultamiento rosado, recuerdo de la visita de un parásito tropical que le había acompañado algunas semanas en la selva de Borneo.

—Le importaría acercarse un poco… Aquí, aquí; venga para que la vea bien. Mi compañero quiere comprobar una cosa —d ice entre risas, mientras Jahan, enfadadísimo, niega con un gesto y vuelve a esconderse—. Levántese el pelo, por favor.

¿Pero quién demonios eran aquellos dos tipos? ¿Estaban locos?

—¿Es que no me está oyendo o qué? ¿No habla usted inglés?

Sofía, de mala gana, se levanta el pelo. Ve al hombre acercarse; le nota examinándole la piel de cerca. Luego, apoyándole la mano en el cuello. No le gusta.

Pero, de pronto, comprende.

—Es solo una raya pintada. Voy disfrazada; es una historia muy larga. Un personaje del folclore de por aquí… Creo que por eso su amigo se ha asustado.

Ollauri la mira, sin escucharla demasiado. No está mal. Pero era verdad lo que había dicho Jahan, lo del olor a vinagre… Le cantaban los pies que daba gusto. Bueno, a lo mejor tenía su gracia acostarse con una que se lavaba aún menos que él.

—¿Pero de qué se ríe usted?

—De lo que me da la gana… Y, dígame, cuando no está celebrando fiestas de carnaval sobre barcas solitarias, ¿qué hace usted por estas aguas?

—He acabado aquí por accidente. Y ojalá pueda abandonar este lugar de una vez por todas. No veo la hora de volver.

—¿Y adónde quiere «volver»? ¿De dónde es?

—Soy española. —O llauri alza las cejas, sorprendido; y ella nota que algo le cambia en la expresión.

Viendo que él no dice nada más, Sofía le pregunta a su vez.

—Pues yo… también. Pero hace muchos años que no paso por allí. No me pilla de camino —m urmura, al borde del gruñido.

—Me alegro de que podamos hablar en español. Así, hablando el mismo idioma, es más fácil entenderse —d ice Sofía, recitando aquel lugar común cuya falsedad ella conoce mejor que nadie.

—Ya me ha dicho de dónde viene. ¿Y adónde va?

—A Singapur.

—En este barco, le aseguro que no.

—¿Y eso?

—Porque es un lugar algo… peligrosillo.

—Qué va, si dicen que es el país más seguro del mundo.

—Según para quién.

—¿Y entonces? ¿Ustedes adónde se dirigen ahora?

—No lo sé. De momento, a descargarla en la primera playa que encontremos… Viendo que ha venido aquí de turista, supongo que habrá traído crema de esa para el sol… Le hará falta.

—Yo había venido aquí a trabajar, no a tomar el sol. Y escúcheme… Le agradezco mucho que me haya salvado de esa barca, se lo digo de corazón. Pero tengo tantas ganas de perderle de vista como usted a mí. Se lo aseguro.

—Lo dicho: en la primera playa —l e dice, dirigiéndose a la cabina.

Sofía le sigue.

—Digo yo que no hace falta que me abandonen en un islote. Para eso me podían haber dejado en la barca. Si no van a Singapur, da igual; pero, por lo que más quiera, llévenme al menos hasta algún lugar donde haya una terminal de ferry… O a un puerto cualquiera. Un lugar con gente, yo qué sé.

—Justo los lugares donde no vamos a ir, mire usted por dónde… Se ha subido al barco equivocado. Y deje de hablar ya, que me está mareando y no me deja enderezar el cacharro este.

Sofía comprueba, preocupada, que el rumbo que está tomando Ollauri conduce directo a un islote cercano. Lo decía en serio, eso de que la iban a descargar en una playa.

Conforme se aproximan, el perfil de la isla se define con más claridad. Es una formación rocosa con un prieto cogollo de selva encima. Delante hay una especie de cala muy cerrada y de aguas color turquesa. Parece desierta. Es exactamente el tipo de lugar que hasta hace muy poco Sofía, como cualquier otro occidental, habría considerado una sede del paraíso en la tierra; y que ahora, con alguna que otra hora de sol, sed y soledad a la espalda, le parecía hostil como el infierno mismo.

Aquella chatarra flotante coge velocidad, su destino se acerca. Sofía suplica a Ollauri que por lo que más quiera no la deje allí. Aquella pesadilla no solo se le está prolongando al infinito: puede acabar de la peor de las maneras, con ella realizando su última parada en aquella cala de aguas maravillosas. Unas aguas que en solo unos días conducían a otro lugar: ese donde ya no se tiene ni calor ni sed.

Cuando se da cuenta, está gritando a Ollauri, presa de un horrible sentimiento de alarma, de peligro; y ya le ha cogido del codo… De hecho, se lo está sacudiendo con fuerza, para conminarle a que cambie de rumbo.

Él se vuelve de pronto a mirarla, deteniendo el brazo de ella en el aire.

«Cuidado», le dice, antes de que pueda volver a tocarle. «Yo no soy un caballero».

El mar ruge a ambos lados, alzado en una furia de espumas; el motor tratando de dar todo lo que se le pide entre hipidos de gasoil.

Sofía mira el barco con desesperación. Sus maderas medio podridas, los neumáticos enmohecidos sujetos a sus costados algo deformes… No lleva ni unas horas sobre él, y ya lo odia. Alrededor, mar y solo mar. Está prisionera, de nuevo. Pero no va a rendirse. Con cada revés, se siente más decidida a levantarse. Ella va a salir de allí y escapar de aquel maldito mar de Java cueste lo que cueste. Y volverá a casa. A costa y por encima de quien sea.

Ollauri la observa por el rabillo del ojo.

«De todos modos, no se me acongoje tanto… Que a esa isla no estamos yendo por usted, sino por otras razones. Es ahí donde hemos dejado algunas cosas que necesitamos. Pero vamos, si, como le decía antes, le apetece quedarse ahí "de vacaciones definitivas", tostándose a placer con el bikini, no seré yo quien se lo impida…».

Sofía se esforzó en comprender qué era aquello. ¿Una amenaza? ¿Una broma? ¿Un intento de tranquilizarla? Le resultaba muy difícil entender a aquel hombre. Y más valía que empezara a aprender su idioma, porque iba a necesitarlo si quería sobrevivir en aquel barco. Eso era algo que la tercera persona a bordo había comprendido muy bien, hacía ya muchos años.

Una vez en tierra, los dos hombres empiezan a descargar algunas cosas del barco, garrafas de agua y algunas cajas. Sofía los ayuda, por inercia más que nada. Jahan la observa siempre a distancia, sin bajar la guardia. Mientras Ollauri se encarga del barco, el nativo empieza a hacer una hoguera de tamaño formidable; algo bastante absurdo con el calorón tan tremendo que hace.

—La fogata esa qué es, ¿para asar algo? Madre mía.

—No. Es humo. Hoy no viento: muchos mosquitos.

Sofía observa cómo atiza el fuego agachado sobre la arena de la playa. Nunca ha visto a una persona así, con esos rasgos. Antes de venir a Asia por primera vez, los inmigrantes de ojos rasgados que veía en Madrid le parecían muy similares; todos eran «chinos» en su cabeza. Al llegar a Singapur, cuando le habían presentado a algunos compañeros intérpretes en el congreso, había sido incapaz de distinguirlos entre sí. Su cerebro había tardado varios días en separar los detalles que caracterizaban a cada persona en particular de los rasgos característicos de la raza de esa persona. Supone que a ellos les pasaría lo mismo. Y ahora que ya ha visto más y más caras, le resulta increíble que hasta hace muy poco los malayos y los chinos le hubieran podido parecer iguales, siendo tan distintos. En Indonesia, donde se encuentra ahora, las personas que ha visto se asemejan a los malayos; pero ha oído que por allí conviven cientos de grupos étnicos. Cada isla parece un auténtico festival de caras, de voces diferentes.

Jahan, por su parte, tiene la piel de un color oscuro pero ocre, como anaranjado; no se sabe si por nacimiento o por las mil horas trascurridas bajo el látigo del sol. Los ojos, rasgados, están bastante separados entre sí; y una nariz recta y plana le nace de golpe entre las cejas y baja poderosa entre los pómulos. Sus facciones le dan un aire de púgil, entre el bárbaro y el esclavo. Por lo demás… Sofía nunca ha visto a nadie tan grande y al mismo tiempo tan delgado. Si bien la estructura de su cuerpo es ancha y sólida, falta carne donde correspondería encontrarla. Los músculos, en permanente tensión a cada uno de sus movimientos, son impresionantes, pero parecen

abultarse directamente encima del hueso. Todo él es como un castillo desahuciado, un puro andamio de sí mismo. Sofía está segura de que, de comer en condiciones, aquel cuerpo no desentonaría entre los de una manada de leones; con ellos compartía una especie de nobleza feroz, un orgullo de rey en el exilio.

Mirándole como lo está mirando ahora, vuelve de nuevo aquel pensamiento que a veces la sorprendía cuando observaba a alguien de otro color. Había muchos hombres de raza negra, o china, cuyo atractivo no se le escapaba; y, sin embargo, era solo con los ojos que era capaz apreciar su belleza. Como quien contempla un paisaje, debía conformarse con la emoción estética que le producían. No sabría decir por qué, pero aunque lo intentara no sentía nada hacia ellos, ningún deseo: para ella no habría habido diferencia si delante de sí tuviera hermosos cuerpos de mujer, o el esbelto torso de un pura sangre. Nada más.

Pero este caso era distinto.

De pronto, él deja lo que está haciendo y se incorpora. Se gira hacia ella y se la queda mirando fijamente. Tras comprobar de un vistazo que Ollauri no anda cerca, se dispone a decirle algo.

—Tú miras mucho. No mirar.

Sofía traga saliva, avergonzada. No se da cuenta de lo que él quiere decir.

—Aquí no comida para ti.

—¿Qué? ¿Todavía con esa historia? Mira, yo…

—¿Ves ese hombre allí? Tú no acercar. Si tocas, yo… Las tripas que cuelgan, te corto. Hago pedazos. Yo juro. No tengo miedo de ti.

Sofía comprueba, entre divertida e incrédula, que los ojos de él contradicen esta última afirmación. Es inaudito… Cuánto poder llega a tener la superstición, los miedos aprendidos durante generaciones.

—Escucha… ¿Cómo te llamas?

—Tú no dices mi nombre.

—Bueno. Yo me llamo Sofía. No finjo ser una mujer, soy una mujer de verdad.

—Vaya… ¿Qué me he perdido? Yo también quiero verla demostrar que es una mujer de verdad…

—Usted se calla. Estoy intentando aclarar las cosas con su amigo. ¿Cómo se llama?

—Jahan —c ontesta Ollauri, sentándose en la arena tranquilamente, bajo la mirada asesina del nativo.

—Jahan, ven aquí y mira mi cuello. Por favor.

Ollauri los mira, encantado. Tiene un hambre que no ve, pero al menos aquellos dos le tienen entretenido.

Sofía se levanta el pelo y baja la cabeza, ofreciéndole la nuca.

—¿Ves? La raya, o lo que quede de ella, está pintada. Yo no soy

Penanggalan .

Al principio Sofía no nota ni ve nada, con los pelos en la cara como los tiene, pero después siente que Jahan le apoya recelosamente las manos en los hombros y se acerca para verla mejor. Nota su dedo tanteando bajo las orejas, supone que para comprobar que el mecanismo no se desenrosca por ahí… Siente ganas de reír. También, un escalofrío.

Finalmente, Jahan parece convencido.

—No me gusta. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué quieres que tengamos miedo?

—Vosotros, no. Pero en estas islas hay gente muy mala. Así pude escapar.

—¿Estabas prisionera?

—Sí.

—Yo también. Mucho tiempo, prisionero. Ya nunca más.

Jahan vuelve la vista hacia el fuego. Sus ojos permanecen opacos; imposible saber qué está pensando.

—¿Y qué pasó? ¿Te escapaste?

—No. Él salva.

Sofía mira a Ollauri, que tiene una expresión extraña.

—Gilipolleces. Yo no salvo a nadie. Lo compré, y por cuatro perras. Además, ni siquiera era mi primera opción…

—¿Qué? ¿Lo compró? Pero qué está diciendo…

—Lo que estoy diciendo es que me tiene ya frito con tantas preguntas. Ahora todo el mundo a dormir, y mañana a primera hora vemos cómo hacer para llevarla a Yakarta. Desde allí puede usted ya irse a donde quiera, incluso a tomar por culo si le viene en gana…

Sofía no pregunta más. Al oír aquello se siente aliviada y asustada a partes iguales. Que la vayan a llevar a un puerto es estupendo; pero Yakarta, según cree, está bastante lejos, y es una ciudad desconocida para ella. Sería más fácil si la dejaran en Singapur, aunque él parece empeñado en evitar ir allí a toda costa. Bueno, tendrá que aguantarse; no le queda más remedio.

En cuanto empieza a oscurecer, los tres se disponen a dormir. Sofía intenta acomodarse como puede en el suelo, igual que ellos; y trata de relajarse un poco para poder conciliar el sueño. No sabe que todavía habrán de pasar varias horas antes de llegar a conseguirlo… Jahan, viendo que ella no sabe qué hacer con su cuerpo —h ostigado por las pulgas de arena, las aristas de las piedras y las humedades de la playa — le coloca debajo su otro *sarong* para que pueda encontrar un poco de paz. Sofía se lo agradece de verdad. El *sarong* resulta despedir cierto olor —d esde luego limpio no está—, y a Sofía le sorprende no encontrarlo desagradable… Sino más bien todo lo contrario. Es el olor de él, concentrado y atrapado en la tela que ha llevado ajustada al

cuerpo tantas horas.

—Si no puedes dormir, podemos atarte —l e dice Jahan. Sofía le mira desconcertada—. Yo también prisionero, acostumbrado así. Luego no podía dormir con las piernas sueltas. Tú dices que prisionera, por eso no capaz dormir ahora. Ya no sabes. Pero yo puedo atar si quieres.

Sofía declina aquella estrambótica oferta y se acomoda sobre el *sarong* de Jahan. Desde luego, así se está mucho mejor que sobre la arena. Para conseguir quedarse dormida, ahora ya solo necesita olvidarse del hambre que le roe el estómago, de las picaduras que ya tiene por todo el cuerpo y del peso de un brazo que le ha caído sobre la cintura y la aprisiona contra sí. Es el brazo de Ollauri.

Lo que le ha llevado hasta ella no es deseo, sino más bien aburrimiento: a falta de un buen trago o de algo de comida, no se le ocurre nada mejor que aquello para poder por fin caer roncando como un bendito justo después.

Sofía pega un respingo.

—¿Pero qué hace? ¡Apártese!

—Si sigues tratándome de usted, me entran aún más ganas de quedarme… Pero relájate un poco, que en esta isla no nos va a oír nadie…

Asustada, Sofía tensa el cuerpo. No tiene energía para pensar, para… Pesa mucho aquel brazo; se le está enrollando alrededor como una serpiente que le baja directa hacia el vientre. Sofía siente ya con claridad la forma del hombre contra las nalgas. Al intentar apartarse, nota sorprendida cómo él le bloquea el cuerpo y le separa las piernas sujetándole una desde delante y otra desde atrás, abriéndoselas para acomodarse entre ellas. La maniobra resulta pavorosamente eficaz: es la suya una destreza mecánica, como la del que lleva años tumbando potros o sometiendo perros con una brutalidad sin violencia, rutinaria. Sofía se retuerce, asqueada. Quiere resistirse, pero no quiere que le hagan daño.

El fuego chisporrotea cerca.

Sacando fuerzas de donde no las tiene, Sofía agarra decidida un palo de la lumbre y, girándose como puede, se lo acerca a la cara. Se está quemando la mano, pero no lo suelta.

—Siga por ese camino y le juro que, aunque sea lo último que haga, yo le desgracio los ojos. El bueno, y el otro. El de la coliflor.

Ollauri da un empujón a Sofía para alejarse del fuego. Luego se la queda mirando, sorprendido. De pronto se oye un ruidito, una especie de cloqueo quedo. Es Jahan. La risa de Jahan, cuando no quiere que le oigan. Lo de la coliflor lo ha entendido perfectamente.

Ya sentado en la arena, Ollauri tarda un momento en recomponerse. Al principio se cabrea, pero luego le acaba entrando la

risa. El ojo de la coliflor… Qué hija de puta. Sofía deja caer el palo, aliviada al sentir que él se aparta. La tensión se le desanuda dentro y le escapa por la boca en forma de una risa absurda, nerviosa. Al final acaban los tres riendo; sus voces, tan diferentes, resuenan juntas en aquella isla desierta a las tres de la mañana.

28
La poza

Al día siguiente, cuando Sofía abre los ojos, Jahan está encaramado a una palmera larguísima. Ha trepado a más de diez metros de altura y está dando golpes a algo. Ollauri le increpa desde abajo, insultándole en una mezcla de idiomas. En general, es difícil saber en qué lengua está hablando: Sofía ha notado que cuando intenta hablar con ella en español, no le sale. Es como si se le hubieran oxidado las palabras en la lengua después de tantos años sin usarlas. Por lo demás, cuando habla en inglés la mitad de lo que dice son construcciones incorrectas salpicadas de palabras en español, que su compañero parece entender sin problema. Ahora mismo, por ejemplo, Ollauri le está soltando una perorata en algo que suena a indonesio, pero con la palabra «carajo» intercalada profusamente entre frase y frase… Es como si en su boca cada lengua dejara de ser ella misma; lo único que se mantiene inalterado e igual a sí mismo en cada lengua es él.

Jahan le contesta a gritos desde arriba, a punto de caerse. Sofía no consigue entender lo que está haciendo; solo ve unas botellas de plástico con el cuello cortado y atadas a las ramas de la palmera.

Cuando finalmente baja, trae consigo varias botellas llenas de un líquido turbio y blanquecino. Ollauri se lo echa a pecho, como quien pilla por banda una bota de vino en un mediodía estival. Y vino aquello no será, pero está bueno igual, descubre Sofía. Es *tuak manis,* la savia de una palmera centenaria común en esta región, la palmera *lontar* . Por toda Indonesia los vendedores ambulantes lo ofrecen en botellas, o en recipientes hechos con hojas. Por lo visto, Jahan le ha hecho ciertas heridas al tronco y ahora está recogiendo el líquido que se ha ido acumulando gota a gota. Lo cierto es que está verdaderamente bueno, más que el agua de coco. Y quita el hambre rápido: la savia es un concentrado de alimento puro, una bomba de proteínas y minerales. Según dicen, «ordeñando» una de estas palmeras puede sobrevivir una familia durante varios meses, cosa que ocurre realmente en el este de Indonesia, en las malas épocas. Los tres beben hasta saciarse. Está muy dulce, pero después de un rato el sabor cambia. El líquido fermenta a gran velocidad en contacto con el aire y empieza a convertirse en una bebida alcohólica. Ollauri se arrepiente de no haber dejado algo para poder echarse un buen lingotazo más tarde, pero estaban tan hambrientos que habría sido difícil contenerse.

Usando un palo, Ollauri empieza a hacer unos garabatos en la arena. Es para explicar a Sofía a dónde van; o, más concretamente, en

dónde van a descargarla. Su mapa es de traca: una culebra desinflada que debe de ser la isla de Java, con Yakarta en pleno morro y un lomo que se va desintegrando en vértebras amorfas. Las vértebras son, supuestamente, Bali, Lombok, Flores y otras islas. Por encima flota una ameba gigante que pretende ser Borneo; y a su derecha hay una estrella, un pulpo de brazos temblorosos que Sofía no sabe lo que es. Más hacia el este hay solo constelaciones de puntos, las Molucas, quizá; islas y más islas desperdigadas por aquel lienzo de arena.

—¿Y el pulpo ese, qué es?

—Qué pulpo ni qué pulpo… Es la isla Célebes, de donde es aquí mi primo… Bueno, creo yo; porque eso no lo sabe ni él. Pero no es ahí a dónde vas tú: te quedas aquí, en Yakarta —d ice, perforando repetidamente el morro de la culebra con el palo—. Ahí te dejamos y te buscas la vida.

Sofía se queda pensativa. Aunque entiende que es la única solución, tampoco se le ha olvidado que sigue indocumentada, sin móvil ni dinero.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No querías ir a un puerto? Pues a un puerto te estoy diciendo que voy a llevarte.

—No, no; si me alegro mucho. Es solo que no tengo pasaporte, ni teléfono; estoy en una situación complicada.

—Bah… Yo teléfono nunca he tenido, y mira. Y pasaporte, ¿para qué? Si por aquí hay gente que son ciudadanos de pleno derecho y ni siquiera están registrados… Lo dicho: a no ser que tengas que realizar algún trámite gordo y te toque un funcionario que le haga ascos al dinero —a lgo que en este país nunca ha ocurrido hasta ahora—, no echarás de menos el pasaporte… A mí, por cierto, el mío me lo quitaron hace poco: unos piratas de la zona nos abordaron pegando tiros y, aparte de robar todo lo que pudieron, se llevaron todos los pasaportes de la tripulación. Aquí en el Sudeste Asiático el tráfico de pasaportes y la suplantación de identidad es todo un negocio. En mi caso, como no existe riesgo de que me limpien alguna cuenta millonaria en un banco de Shanghái, pues no tengo de qué preocuparme… De hecho, para lo único que sirve tener pasaporte por aquí es para venderlo. No pagan poco si es europeo…

—Ya… Bueno. Yo estoy pensando que, aun sin pasaporte, una vez en Yakarta a lo mejor puedo ir a la embajada y que me expidan un salvoconducto para poder coger un avión hacia nuestro país.

—«Nuestro país»… Como si fueran de alguien los países.

—Tú dijiste que eras de allí.

—Uno es solo de donde elige. Y yo mi país ya lo tengo bien elegido: es este. Aunque sea un desastre, aunque acabe matándome por aquí. Es el mío. No se acaba nunca, nadie te acorrala. En este mar, que son tantos, puedes vivir a tu aire; y los problemas se resuelven de la más

simple de las maneras… No, no pienso moverme de aquí, yo.

Sofía le escucha en silencio, consciente de que no es con ella con quien habla.

—Por cierto, no me has dicho ni cómo te llamas.

—Santiago. Aunque siempre me han llamado por el apellido, Ollauri. ¿Qué pasa, por qué pones esa cara?

—Yo ese nombre lo conozco.

Ollauri hace un gesto de desdén.

—Sea lo que sea eso por lo que me recuerdas, seguramente ya habrá prescrito… Y, además, este país no tiene acuerdo de extradición con España: otra de sus virtudes. Así que déjame en paz.

—No es por eso. Es que yo he visto tu pasaporte. Lo he tenido en la mano.

Ollauri la mira sin entender. Tiene un cigarrillo colgando de la boca, pero se le ha olvidado encenderlo. Sofía está cada vez más agitada.

—De hecho, tú… Tú eres el culpable de que yo esté aquí, de toda la confusión… Maldito seas, tú y tu pasaporte.

—¿Pero qué coño dices? ¿Qué es esa historia de mi pasaporte?

Sofía se levanta de la arena. Le entran ganas de pegarle una buena patada en la cara, y dios sabe que si no lo hace es solo porque intuye lo que podría ocurrir después. Intenta serenarse.

—¿Quieres saber a qué me refiero? Muy bien. Pues vas a tener que disculparte.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Y dónde está mi pasaporte, lo tienes tú? ¿Por qué?

—Primero, me pides perdón. Bien alto y claro. Después, ya veremos si me da la gana de explicarte lo que sé.

—¿Perdón? ¿Yo? ¿Por qué? No sé de qué hablas, ni me importa —d ice, encendiéndose finalmente el cigarrillo—. Ahora empieza a largar esa historia del pasaporte. Y más vale que sea verdad. Verás… Si no has entendido cómo están las cosas por aquí, te las vuelvo a explicar. Y no me hacen falta las palabras.

Sofía mira hacia un lado para que él no le lea en los ojos el miedo, la duda. El viento mece los verdes mechones de las palmeras hasta donde alcanza la vista; el cielo es de un azul irreal.

—Perdón. Ahora.

—¿Pero por qué?

—Por lo de anoche.

—¿Por lo de…? ¡Venga ya! Si ni siquiera pasó nada… Y encima por poco me quemas la cara. Además, ¿qué importa eso? Son cosas que pasan.

—A mí sí me importa.

—Ah, ¿sí? ¿Te importa? Vaya… Si piensas que me gustas o algo así,

siento desilusionarte —d ice, con guasa, mientras ella se plantea arrancarle los pelos de un empellón.

—¿Quieres saber dónde está el pasaporte, o no?

Él hace un gesto de desprecio. Después, le pide perdón con una exagerada inclinación de cabeza, como burlándose de una trasnochada reina ofendida. Sofía querría patearlo vivo; pero, a falta de nada mejor, se conforma con aquella disculpa.

—El pasaporte acabó en el Hotel Raffles, donde yo me alojaba. Alguien se registró allí con tu pasaporte, ahora entiendo que adquirido ilegalmente.

—¿El Hotel Raffles? Como si menda pudiera alojarse en semejante lugar… A una señoritinga como tú, le pega; pero yo no necesito tanto boato rancio ni tanta gilipollez.

—Más bien di que el conserje no te habría dejado ni acercarte a la puerta… Y ahora que te he visto lo entiendo perfectamente.

—¿Pero por qué estaba allí mi pasaporte?

—Bueno, si dices que el tráfico de pasaportes por aquí es bastante frecuente, pues… Quizá después de robártelo lo pusieron a la venta; y alguien lo compraría —o lo falsificaría, o lo que sea— para poder entrar y moverse por Singapur con un pasaporte europeo, sin problemas.

—Pues menudo negocio hizo ese listillo… En cuanto haya puesto el pie allí, lo habrán arrestado.

—Efectivamente. ¿Pero por qué sabes eso?

—A ver… ¿Por qué crees tú que el mastuerzo este y yo no queremos ir para allá? Ahí nos echan el guante, fijo. Y ni siquiera tenemos nada que ver con el temita en cuestión… Pero bueno, eso no es asunto tuyo. ¿Entonces qué pasó? ¿Arrestaron al tipo que tenía mi pasaporte?

—No lo sé, yo no lo vi. Creo que quienquiera que fuese salió por piernas. Por otro lado, tu supuesta presencia en Singapur suscitó no poco interés… Alguien forzó la entrada de la habitación que estaba registrada a tu nombre. Por lo visto, estaban buscando algo. Yo me vi mezclada en toda la historia porque hubo una confusión con mi pasaporte y el tuyo, y eso dio a entender a algunas personas que te conocía. Me preguntaron por ti, llegaron a perseguirme.

—Pues no sé por qué… Que yo sepa, dinero por allí no he dejado a deber.

Ollauri mira el dibujo que ha hecho en la arena, distraído. Sin embargo, una idea inesperada le cruza el pensamiento. Sofía le ve levantar los ojos y mirar de pronto al mar, como si allí hubiera visto un fantasma. Pero en el mar no hay nada. El fantasma está en otro lugar.

—Espera… ¿Qué personas? ¿Quién te preguntó por mí, quién me

andaba buscando?

—¿Aparte de la policía? Y yo que pensaba que habían acudido al hotel por el caso de una persona desaparecida… Ya veo que simplemente andaban detrás de un vulgar delincuente.

—Sin ofender: vulgar lo será tu padre. No me refiero a la policía. Tú acabas de decir que otra persona pensó que me conocías, que alguien me buscaba. Quién.

—Pues… Un tipo bastante desagradable. Alto, así… Con el pelo blanco. Se alojaba en el Raffles también. Creo que pensaba que yo había acudido allí por ti, para hacer algún tipo de negocio contigo o comprarte alguna cosa. Me estuvo siguiendo, parecía empeñado en averiguar algo.

—¿Holandés, no? ¿Empapado en ginebra, batín de seda, aires de gran señor, un carcamal con cara de…?

—¿… de cabrón con pintas? Sí, el mismo.

—No puedo creer que ese hijo de la gran puta siga vivo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que la próxima vez (que la habrá, te lo aseguro) este tarugo y yo tendremos que asegurarnos de hacer mejor las cosas.

A continuación, Ollauri fija la vista en la arena, como si quisiera aprendérsela; y se hunde en una especie de mutismo impenetrable que interrumpe la conversación. Tiene la cabeza demasiado ocupada para hablar… Está atando cabos, y las conclusiones a las que va llegando le enfurecen cada vez más.

Cuando se produjo el ataque al *Amaranta* y los piratas arramplaron con los restos arqueológicos que Míster Li y su equipo habían extraído del fondo, él había dado por supuesto que se trataba de pura mala suerte. Desde luego, aquel no sería ni el primer ni el último abordaje que se producía en el Archipiélago. Lo único que le había sorprendido era que aquellos tipos los hubieran llevado a unas cuevas para intentar enterrarlos vivos, en lugar de mandarlos al otro barrio directamente en el barco, de un tajo en el garguero como era su costumbre. Al principio había pensado que otros miembros de la tripulación estarían también por allí, en aquel laberinto de cuevas inundadas; creyó que habrían secuestrado a todos. Sin embargo, no parecía que hubiera sido así. ¿Entonces? ¿Qué sentido tenía? Verdad era que no se podía buscar la lógica a los ataques de aquellos energúmenos, entre otras cosas porque no era raro que estuvieran borrachos o incluso drogados hasta las cejas cuando la emprendían contra las embarcaciones. Ahora bien, el hecho de que él y Jahan hubieran desaparecido sin dejar rastro justo después del ataque era el motivo principal por el que todos habían sospechado de inmediato que se trataba de un robo organizado por ellos, desde dentro, con la ayuda de los nativos. Y esa era la razón por la que los buscaban ahora, la razón por la que ambos se habían

convertido en fugitivos; esta vez sin comerlo ni beberlo y sin haberse beneficiado en absoluto del robo que supuestamente habían cometido.

Una situación de lo más conveniente para el verdadero culpable. Alguien que sabía de sobra dónde se encontraba el pecio hundido, y que había esperado con paciencia hasta que había llegado el momento de hacerse con él. Ollauri recordaba que el holandés no estaba de acuerdo con la idea de revelar la posición del barco a terceros y que habría preferido que hubiesen saqueado lo que les hubiera sido posible y desaparecer después. Era por eso precisamente que se había enfrentado a ellos y que, de no haber podido Jahan y él evitarlo a tiempo, no habría tenido empacho ninguno en pegarles cuatro tiros para salirse con la suya. Una estupidez desde cualquier punto de vista, pensaba Ollauri: para él resultaba una obviedad que ellos jamás podrían haber extraído lo que se escondía allá abajo sin medios ni ayuda.

Por otro lado, aún no podía creer que el holandés hubiera sobrevivido. La última imagen que guardaba de él era la de un guiñapo atado a un cocotero, abandonado a merced de los voraces insectos de la selva ecuatorial. Ojalá lo hubieran atado mejor, y en un lugar donde la marea se hubiera encargado de que su cabeza quedara para siempre sumergida.

Ahora entendía lo que había sucedido: Ronnie, una vez constatado el hecho de que efectivamente no podía sacar partido del descubrimiento por su cuenta, había aguardado hasta que el equipo del Instituto de Arqueología Submarina había extraído lo suficiente para constituir un buen bocado. Solo entonces se había encargado de organizar el robo, y sin mancharse las manos. Ollauri sabe, porque le conoce bien, que aquella parte del plan, orquestar el asalto con los nativos, habrá sido la más dificultosa para él. En sus «trabajos» anteriores, Ollauri había observado que el holandés siempre evitaba tratar con ellos. No sabía comprenderlos ni manejarlos, simplemente porque, con todo lo listo que se creía, aún no había entendido que los nativos ni eran niños, ni chimpancés. Ese era su principal problema. Fuera como fuese, al final se las había apañado para que una banda de la zona asaltara el barco, haciendo pasar el incidente por un caso más de piratería. Había conseguido mantenerse bien alejado de todo el asunto, manipulando a los nativos y pactando con ellos para que se encargaran no solo del ataque al barco, sino también de quitar de en medio a Jahan y a Ollauri en el momento más conveniente. Así parecería que ambos habían organizado el ataque y después se habían largado con el botín. Era esa la explicación. Ahora entendía Ollauri por qué los piratas los habían llevado a aquellas cuevas solo a ellos y no a ningún otro miembro de la tripulación.

Al final aquella sabandija había acabado sacando el máximo

partido de la situación. Los demás habían hecho el trabajo, unos extrayendo los restos encontrados, otros robándolos después; y él, sin mover un dedo, había conseguido parte del tesoro —s uficiente para retirarse de por vida, si conseguía colocarlo bien—, mientras otros cargaban con la culpa. Un golpe maestro.

Ollauri pegó una patada a una piedra, indignadísimo. Sobre todo, por no ser él el protagonista de aquella historia.

Y ahora, según decía aquella mujer, al creer que él estaba en Singapur, había intentado seguirle.

Seguramente el holandés había dado por supuesto que estaba muerto, que su cuerpo flotaba ya hinchado y podrido en uno de aquellos ataúdes subterráneos donde los piratas le habían lanzado. Por otro lado, quizá creía que, aunque hubiera sobrevivido, Ollauri no podría deducir que él estaba detrás de todo aquello, ya que en realidad no había motivo para pensarlo. Mejor así: era importante que Ollauri no pudiera relacionar aquel incidente con su persona… Ronnie sabía que cualquier precaución era poca a la hora de evitar enfrentarse con él.

Con toda probabilidad, se habría alarmado mucho al creer que Ollauri estaba en Singapur. No podía estar seguro de si este sospechaba lo ocurrido y ya le estaba buscando, algo que a Ronnie le asustaba bastante más que el hecho de que pudieran descubrirle y condenarle por el robo. Es por eso que estaba ansioso por que encontrasen a Ollauri y lo metieran entre rejas lo antes posible: solo entonces podría sentirse a salvo, fuera de su alcance.

Pero no es solo eso. La mujer había dicho que Ronnie creía que ella estaba en Singapur para comprarle algo. ¿El qué?

Quizás el holandés pensaba que, además de haber sobrevivido al «tratamiento» que le habían suministrado los piratas, Ollauri había conseguido robarles parte del botín. Alguna pieza que ahora estaba intentando vender. Por desgracia no había sido así; en realidad, Jahan y él habían salvado el pellejo por los pelos y de aquellas cuevas no habían podido sacar más tesoro que la propia vida.

No obstante, a Ollauri no le venía mal que aquel hijo de puta pensase que él tenía algo que le pertenecía. Si quería jugar al ratón y al gato, más le valía que se fuera preparando. Ahora que sabía la verdad, Ollauri solo tenía un objetivo en la vida, y era el de verle humillado y aplastado como un gusano. Y también, por supuesto, sacar tajada si podía de los restos arqueológicos de los que se había apropiado.

En menos de unos minutos, la conversación con aquella mujer que habían encontrado por pura casualidad había cambiado todo para Ollauri. Lo que había dicho le aclaraba el pasado y alteraba sus mapas futuros. El rumbo había cambiado.

Sofía, por su parte, acaba de comprender que todo lo que le ha ocurrido en el último mes está relacionado con él, con ese tipo que ahora tiene delante. Desde la confusión con el pasaporte hasta la huida de Singapur que la había llevado a aquella horrible isla, y luego a verse perdida en el mar. Y es que, de no haber sido por su empeño en alejarse de la ciudad, de aquel hombre que la había perseguido hasta el museo, ella habría esperado pacientemente en el hotel hasta que todo se hubiera solucionado y poder volar unos días más tarde. Sí, todo es por culpa suya. Le odia con todas sus fuerzas; ojalá jamás se hubiera cruzado en su camino.

—Túmbate.

—¿Qué?

—Tienes la cara hinchada. Te duele el diente roto ese, se nota. Por eso tienes esa cara de culo. Yo me encargo.

—¡Ni hablar!

—¡Jahan! Ven aquí, ven… Sujétala por detrás. Ese diente hay que sacarlo.

Su compañero acude, encantado. No es la primera vez que le arrancan a alguien los dientes, por pura diversión. Y esta vez encima está justificado. Jahan se pregunta qué le pasa a Ollauri: hace un momento parecía tranquilo, y ahora de pronto le da por ponerse a arrancar dientes. Intuye que ella ha dicho o hecho algo que ha sacado las cosas de quicio.

Sofía siente miedo al notarse la rodilla de Ollauri en el pecho, la boca bien sujeta. Pese a todo, una parte de sí quiere deshacerse de aquel diente sea como sea. Desde que se le había partido, el hormigueo sordo que sentía se había ido convirtiendo en una serie de trallazos intermitentes, con parte del nervio al descubierto y dando guerra. Sí, desea que se lo saquen: muerto el perro se acabó la rabia. Eso si Ollauri no le desgracia la boca para siempre, claro… Cuando ve a Jahan aparecer con unos alicates oxidados que ha rescatado del barco, se siente desvanecer. Pero no, no se acaba de desvanecer por completo. Ojalá.

Un chasquido seco interrumpe sus pensamientos: es el hueso que se rompe, que se suelta. Lo siguiente que percibe es un borbotón caliente en la garganta, y una torunda de tela metida a empellones en el hueco para cortar la hemorragia.

Ollauri mira con satisfacción la raíz del diente ensangrentado que tiene sujeto en la tenaza. Pocas cosas le divierten tanto como jugar al dentista mochales. «Eso, tápale el boquete con algo… Que esta vez no queremos que se nos desangre el paciente», dice, entre risas. Jahan oye aquello algo sorprendido, y se pregunta a qué vendrá tanto altruismo.

A pesar de todo, Sofía se siente aliviada. El dolor agudo que tiene

ahora pasará, está segura; y ella prefiere la mella en mitad de la boca al tormento de aquel muñón enrabietado. Vamos, que no le da las gracias de puro milagro.

Ollauri también se siente mejor: por algún motivo la sangre y el dolor ajenos siempre le han calmado lo suyo. Además, ahora se nota despierto, centrado… Con un objetivo claro, como un buitre ocioso que de pronto divisa un cadáver. Un cadáver que aún está vivo, y que pulula por algún lugar de Singapur…

—Sabes, he cambiado d e idea. A lo mejor sí que te ayudamos a llegar a Singapur. Si te portas bien… Ya veremos.

Jahan le mira con los ojos como platos. Primero prefiere evitar que se desangre, ahora a lo mejor la intenta ayudar… En alguien como Ollauri, aquellos son síntomas o bien de locura, o de enamoramiento, que al fin y al cabo algo que ver tambi én tienen.

—De momento, a darse un baño, que esa peste a vinagre que llevas encima ya no hay quien la aguante… Y yo huelo a tigre también. Jahan, espero que eso que dices de la poza de agua fresca no sea una idiotez de las tuyas. Mucho me extraña que no la hayamos visto nunca, con todas las veces que hemos dormido aquí.

Pero Jahan tiene razón. Subiendo por un lateral de la roca —s i uno sobrevive sin despeñarse—, se accede a una especie de meseta encaramada por encima del mar. Hay allí una hendidura de fondo cóncavo donde se ha acumulado bastante agua de lluvia. Puede servirles para beber e, incluso, para darse un baño sin acabar rebozados como croquetas en arena y algas.

—Creo que la última vez no agua allí, por eso no vemos. Pero ahora llena. Yo bebo: no salada. Sirve.

Sofía escucha la noticia con entusiasmo. Lleva días vestida con la misma ropa, la que llevaba puesta cuando escapó en la barca: una camisa de manga corta que había usado en el congreso, con la pechera cruzada por un reguero endurecido y marrón de sangre vieja y otro, rojo escarlata, de sangre nueva. Y, en contraste con este atuendo —m itad oficinesco, mitad delantal de carnicero—, lleva una extraña falda estampada que le llega hasta los tobillos y que la embarazada le había prestado hasta que se secara su ropa. Bragas no lleva: en este momento y en este lugar, Sofía las imagina como un lujo inalcanzable por el que llegaría a arriesgar la vida… Y eso que aún no han llegado ciertos días del mes: cuando así sea, si sigue sin bragas y si no ha muerto todavía, jura que probará a suicidarse.

Pero la ropa sucia es lo de menos. Lo peor es el olor. Sal. Salazón. Ahumados… Marisco, al sol.

Ollauri, por su parte, es todo él puro caldo de ave: cocido de despojos con repollo, vaharadas fétidas en el patio de luces de una casa popular.

En cuanto a Jahan, va dejando tras de sí una embriagadora estela de sudor de hombre, fresco y no tanto; con un cierto matiz zoológico, como de terrario para anfibios y aguas estancadas. Al sur, un toque de queso azul.

Una buena dosis de agua y jabón, eso es lo que los tres necesitan. O más bien, lejía y amoniaco.

A falta de nada mejor, el agua ayudará igualmente.

Jahan la acompaña primero a ella, ayudándola a subir entre los escollos. La roca está caliente por el sol. Sofía se arremanga la falda y trepa como puede, agarrándose a las raíces y ramas que sobresalen de la piedra. En un momento dado echa la mano instintivamente hacia delante, buscando apoyo en la de él. No le ha dado aún tiempo a arrepentirse de aquel gesto que ya se siente bien sujeta desde arriba por aquel brazo, que la ha enganchado al vuelo y tira de ella sin problema.

Una vez sola en la poza, Sofía se sienta en la piedra con las piernas dentro del agua. Ahora se lavará, sí; pero antes quiere disfrutar un poco de la soledad momentánea, ese sucedáneo de la libertad que ahora necesita como el agua misma.

Después de beber con el ansia de un beduino del desierto, se siente bastante mejor. Mira hacia el mar: es aquel un lugar maravilloso, aunque las circunstancias le impidan disfrutar de él. El viento que atraviesa la vegetación trae consigo un aroma mentolado, como de anís; y los verdes y turquesas del agua son un bálsamo que podría hacer olvidar cualquier pena. O casi.

Mientras se mete en el agua, ya sin la falda, algunos pensamientos que habían estado dormitando en su mente se desperezan de pronto y le traen un sabor amargo a la boca. ¿Qué está haciendo allí? Hoy es lunes, día 23. Ni siquiera está segura de eso. Pero, si es así, en este mismo momento debería estar en la otra cara del planeta, en el salón de actos de una institución europea, encerrada en su pecera de cristal mientras deja que una audiencia de cientos de personas escuche su voz, como siempre, sin ver su cara. ¿La habrá echado alguien de menos? Seguro. El cliente habrá avisado a la agencia de traducción para la que trabaja, que, por supuesto, jamás volverá a llamarla para ningún encargo. Ahora bien, esto ni siquiera representa un cambio, una ruptura decisiva que pudiera ayudarla a tomar la decisión de dar un volantazo y emprender otro camino.

Por otro lado, incluso si hubiera muerto, su desaparición no habría afectado ni alarmado a nadie.

«Si hubiera muerto…».

Sofía se pregunta si alguien lo ha pensado, si alguien está preocupado. El alguien de siempre.

¿Qué estaría haciendo ahora?

Sofía le imagina sentado en el ordenador, escribiendo. Ella entra en la habitación y le abraza desde atrás; él vuelve la cabeza sorprendido pero sonriente. Máximo siempre la mira con ilusión, como si ella fuera una promesa que a lo mejor se acaba cumpliendo.

Después, ella se marcha.

Llevan así muchos años. Él la espera, ella le defrauda. Luego, se odia a sí misma por no quererle como cree que él la quiere. Compensa esto siendo más cariñosa con él cuando está cerca, dándole sin pretenderlo la esperanza de que todo se arreglará, de que su amor no es solo un espejismo. Él le corresponde con toda el alma, y todo vuelve a empezar de nuevo. Aquella tristeza cíclica se ha convertido en hábito; ninguno sabe en qué momento empezó, ni cómo acabar con ella.

Si Máximo la viera ahora… Sumergida en el agua de una isla sin nombre al borde del Pacífico, medio desnuda, sin rumbo ni reloj; acompañada por dos extraños que no son precisamente hermanitas de la caridad, y de los que ahora mismo depende, básicamente, su sustento y su vida… Sí, Sofía está segura de que le daría un infarto.

Máximo no es un cobarde, qué va: todo lo contrario. Es una persona de gran coraje para todo lo que importa; ya ha tenido oportunidad de demostrarlo, y con creces. Sus reparos, preocupaciones y paranoias solo tienen que ver con ella. No quiere que le suceda nada malo: ya ha vivido eso una vez y no está dispuesto a verla sufrir ni a pasar por ello de nuevo. Por eso está siempre llamándola a todas horas, por eso se escandaliza cuando ella hace cosas que, en su opinión, la ponen en peligro. La verdad es que, en ese sentido, para Sofía es un alivio que hayan dejado de hablar por teléfono.

Un pájaro pasa volando sobre ella: de nuevo, la oropéndola.

Sofía nunca le reprocha nada. Siente que debería sentirse agradecida por tener a alguien que intenta cuidarla y protegerla, cuando hay tantas personas que se sienten maltratadas y abandonadas por los que quieren. Y, a pesar de todo… No puede evitar odiar la manera en que él la trata, como si aún siguiera enferma. De todas formas, no se permite a sí misma sentir rabia contra él. El problema es que Sofía odia la persona que él ve en ella, y tiene miedo de empezar a creérsela; es decir, a tener de sí misma la imagen que él tiene: alguien en eterna convalecencia, aunque ella esté y se sienta perfectamente.

Cuando está lejos de él, hace muchas cosas que por su salud no debería hacer. Eso la hace sentir libre, de algún modo; liberada de las preocupaciones y de la protección agobiante de él. De esos miedos ajenos.

En este momento, por absurdo que parezca, no siente miedo ni preocupación alguna. No puede hacer nada para cambiar las cosas; y,

sorprendentemente, esto la hace sentir aliviada. No está en su mano, así que es inútil preocuparse. Sus problemas actuales son mucho más graves que de costumbre: perdida, sin documentación, sin dinero. A pesar de todo, se encuentra más calmada que nunca. No entiende por qué se siente así. Por otro lado, su vida normal vista desde lejos le parece absurda. Es una casa a la que no desea volver.

Sofía duda por un momento si quitarse la camisa también, pero al final introduce todo el cuerpo en el agua, camisa incluida. Una agüita no le vendrá mal…

Las rocas del fondo tienen una superficie suave, satinada por el musgo que la recubre. Es muy agradable caminar por allí dentro, en la frescura del agua, protegida en una cavidad de la montaña y con el horizonte como único testigo.

Al menos, eso cree.

En el borde del agua, Ollauri la observa desde hace un rato. De hecho, va por el segundo cigarrillo ya. Está desnudo salvo por la cuerda que lleva atada en un brazo y unos calzoncillos que en algún momento fueron blancos. Después, pasa a estar desnudo solo salvo por la cuerda.

Al verle, Sofía se queda inmóvil en el agua, con el cuerpo aún bajo la superficie. Una precaución que de nada sirve: el agua es tan clara que solo ofrece al ojo la resistencia de un tenue velo, un tul verdoso que deja entrever sus piernas, demasiado blancas para confundirse. Sus piernas y todo lo demás.

Ollauri recoge la falda de ella del suelo, y le hace un gesto.

—¿Sales a por ella… o entro yo?

Ollauri se parte de risa él solo, haciendo el indio en el borde y echándole agua en la cara con el pie. Cuánto odia a aquel tipo, nadie lo sabe.

—Sal, sal de ahí… Vamos. Tranquila, no eres la primera mujer desnuda que veo… No me voy a escandalizar.

Sofía no sabe qué hacer, pero preferiría morirse antes que darle gusto. Como entiende que desnuda va a tener que salir tarde o temprano, decide al menos evitar darle la satisfacción de verla pasar vergüenza, de sentir que su mirada tiene ese poder sobre ella. Por eso se obliga a actuar sin pudor. Sale con toda la naturalidad de la que es capaz; y, aunque su reflejo instintivo es separarse la camisa mojada del pecho para que no se le adhiera, no lo hace. Camina hacia él en línea recta, descalza, medio desnuda, perfectamente consciente de esas formas de las que, como cualquier mujer, a veces se enorgullece, otras se avergüenza. Al fin y al cabo, pocas son las que sobreviven inmunes a las mordazas del miedo y el pudor impuestos a todas las niñas cuyos cuerpos, como había sido su caso, llaman con fuerza a las puertas de la adolescencia. Conforme camina hacia él, Ollauri la mira de hito en

hito, un tanto confundido. La falda se le cae de la mano. Adelanta levemente el brazo hacia ella, pero Sofía ya no le ve: ha decidido concentrarse en las rocas detrás de él para no ver la manera en que él la mira.

Cuando llega a su altura, Ollauri contiene la respiración. Ella empieza a desabrocharse la camisa. Se la abre, se la quita. Después, se la pone en la mano.

«Toma… La vas a necesitar».

Él la mira sin comprender. La sonrisa se le ha borrado hace un rato.

Sofía avanza unos pasos más, dejándole atrás. Al llegar a cierto punto, se agacha de espaldas a él, manteniendo las piernas rectas y bajando hasta sentir el aire allí donde nunca llega. Así, alcanza perfectamente a coger lo que ha venido a buscar: la ropa de él, que está tirada en el suelo. Al incorporarse, le mira por encima del hombro. Llega incluso a sonreírle, aunque ni siquiera tenía intención de hacerlo. Avanza tranquila, no le importa lo que pase: por un instante, en lugar de miedo siente el poder de tener algo que él desea.

Ollauri no se mueve. Cuando al fin reacciona y se decide a seguirla hacia la playa, baja a trompicones entre las rocas. Ya la ve caminar sobre la arena, obligada a avanzar a saltitos para no abrasarse los pies descalzos, la carne de sus nalgas y sus piernas reverberando gloriosamente a cada p aso. Al verla detenerse Ollauri entiende, por fin, adónde se dirige. Pero es demasiado tarde: sus pantalones, su cinturón, su camisa… Toda su ropa arde ya en la fogata.

Jahan presencia la escena, anonadado.

29
Las gemelas Tjan

Cuando Ollauri llega hasta ellos se queda mirando a Sofía, que le sonríe. Por un momento no sabe si sonreírle también, cruzarle la cara, u obligarla a disculparse de las mil y una maneras creativas que se le habían ocurrido mientras bajaba por la roca.

—No te preocupes, no tienes por qué estar desnudo. Tienes la falda que me has quitado antes, seguro que te queda monísima. Además, tranquilo… No eres el primer hombre desnudo que veo… No me voy a escandalizar.

Ollauri le da un empujón que la deja sentada en el suelo. Después, se apoya sobre unas rocas, silencioso. Se queda así algún tiempo, rumiando el cabreo, hasta que el hambre le saca de su ensimismamiento.

Hay un aroma en el aire, como de pescado asado. Al volverse ve que Jahan y Sofía, que llevan ya un rato trajinando por allí, han espetado unos peces en palos y están asándolos sobre las brasas. Los dos murmuran y ríen: aquellos dos imbéciles han hecho buenas migas. Ella ya no está desnuda; tiene el cuerpo envuelto en el *sarong* de repuesto de Jahan.

Cuando se acerca al fuego, Ollauri ve que ella ha colocado su falda donde él suele sentarse, bien dobladita… Pura mofa y escarnio. Como sigue desnudo, y ante la falta de nada mejor con lo que protegerse de la arena, se ve finalmente obligado a usarla y se intenta enrollar en ella como mejor puede. Jahan le mira, contrito; y decide impedírselo, pensando que aquello quizá sea humillante para él. Así que allí mismo se desata su propio *sarong* y se lo ofrece, quedándose desnudo y dejando a la vista la gran generosidad con que la naturaleza le obsequió. Ollauri aparta la mirada; no sabe qué es peor en términos de humillación. Ahora la que se divierte es Sofía: quién iba a decirle que iba a pasar un día tan entretenido… De todos modos, intenta quitarle hierro al asunto y le ofrece a Ollauri su palo con un pescado recién asado. No están nada mal aquellos peces tan salados que había conseguido Jahan. Los tres comen como bestias, sentados alrededor del fuego. Ella envuelta en esa especie de trapo viejo, él con una falda estampada, Jahan aún desnudo y tan contento.

Es la segunda noche que pasarán en aquella playa.

—Después de desayunar, nos vamos —d ijo Ollauri a la mañana siguiente, mientras sorbía el nuevo jugo de la palmera—. Jahan, prepárate, que en un momento levamos el ancla. Tú también: coge lo

que sea, que te vienes con nosotros.

—¿A Singapur?

—A donde a mí me plazca.

Ella asiente y le sonríe. Ollauri se queda a cuadros, otra vez. Sofía ha entendido por fin cómo tratarle: aquel hombre solo sabe relacionarse con quienes le tienen miedo. Es por eso que ella ha decidido adoptar la actitud contraria y se comporta como si no le temiese, pero sin llegar a oponerse a su autoridad: no quiere darle la oportunidad de tener que imponerla, de que él necesite demostrarle quién manda.

Una vez a bordo, Sofía se acomoda como puede en el barco y echa una mano a Jahan con una especie de poleas oxidadas que ni sabe para lo que sirven. En cuanto puede, intenta sonsacarle a dónde van.

—A casa de las gemelas. Una isla lejos, pero allí comida. Y ropa. Él necesita ropa, tú quemas. Raro que no te deje aquí. Mereces.

—¿Quiénes son las gemelas?

—De China, mucho tiempo aquí. Sus padres y abuelos también. Aquí muchos chinos, a la gente no gustan. Pero gemelas, muy buenas. Y comida, mucha. Ella trata muy bien a nosotros, porque llevamos… regalos. Y es buena. A mí, sí gusta.

—¿«Es buena»? ¿Y la otra hermana?

—Tú probar *kuehs* de ella… Pasteles así, caña del azúcar. Arroz todo verde, mucho verde de *pandán,* coco y… Yo doce, última vez. Ella da todo a mí, cuando él no mira. Muy buena.

Sofía mira al mar; la isla donde estaban ha desaparecido hace un rato. A ambos lados se abren extensiones de agua verde y brillante. De vez en cuando aparecen, de la nada, bruscas rocas coronadas de vegetación contra las que no se estrellan porque dios es grande.

—Dime una cosa… ¿Tú crees que va a llevarme a Singapur?

—Singapur muy peligroso. No ir.

—Pero él dijo que…

—Ahora no, a lo mejor luego. Antes, Yakarta. Más fácil. ¿Dónde necesitas ir? ¿Dónde, tu casa?

Sofía se queda callada. En realidad, no sabe la respuesta a aquella pregunta tan sencilla. Si se imagina en el apartamento de Madrid, tumbada en aquella cama con Máximo, inevitablemente se recuerda con los ojos cerrados, ideando maneras para alejarse de allí. O desayunando, comiendo y cenando en silencio con él, en aquella odiosa mesa plegable. A veces sale a la calle, busca la cafetería de siempre para refugiarse a solas. Pero ya no existe esa cafetería, no existe nada. Cada vez que vuelve, la ciudad que recuerda no coincide con la realidad: la ciudad real nunca es la suya.

Se siente perdida, como cualquiera que avanza por un tablero sin conocer la meta ni poder considerar refugio la casilla de salida.

—No estoy segura de dónde está mi casa —c ontesta por fin, renunciando a la comodidad que siempre proporcionan las mentiras. La desnudez de Jahan no se limita a su atuendo: es un modo de ser. Y cuando está con él Sofía se deja contagiar de aquella manera de estar, tan simple y sin embargo tan difícil.

—Entonces, tienes que buscar otra.

—¿Aquí?

—No lo sé. Donde esperar.

—¿Quieres decir, donde me esperen?

—No. Donde esperanza, donde querer volver.

—¿Y tu casa? ¿Dónde está?

—Yo tampoco seguro. Pero al este. Aunque nada allí… Yo no acuerdo. Mucho tiempo. No seguro dónde.

—¿Y tú quieres volver?

—Antes, no. Nunca pensado. Ahora, diferente. Todo diferente.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—No sé. De repente, todo cambia. Bajo el agua.

De pronto Jahan parece algo agitado, y se pone a recoger unas cuerdas con un ímpetu repentino, innecesario.

—Tú no decir a él. No decir nada. Por favor.

El «por favor», formulado en español, la conmueve un poco, y no solo por el tono de súplica: está segura de que lo ha aprendido de ella, viendo que no es precisamente una de las expresiones favoritas de Ollauri. Sofía asiente con seriedad y le promete que nada de lo que le ha dicho o diga acabará en los oídos de su compatriota.

Ollauri, por lo demás, parece reanimado desde que han subido a bordo. Nunca es más él mismo que cuando conduce una embarcación, dueño y señor del presente y libre para rasgar aquel lienzo que se abre ante él en todas direcciones. Pero lo mejor es cuando se presentan dificultades. Un buen tifón a medianoche, el motor jeringándosele con mar de fondo, un bajío sorpresivo que le tenga entretenido maniobrando durante horas para no encallar. Le dan igual monzones, rápidos o arenales: es entonces que, concentrado como va en mantenerse en rumbo y a flote, consigue por unos instantes librarse de sí mismo. El tiempo pasa a velocidades extraordinarias, los problemas desaparecen y solo queda lo importante: el deseo, el ansia de sobrevivir. Todo lo que para él representa la verdad y la realidad.

Poco a poco Ollauri aminora y se dirige hacia una isla redonda, conformada por una colina suave de color verde intenso. Sofía se pregunta si estará habitada. Conforme se van acercando, la isla responde a su pregunta. En una ladera de la colina despunta una casa de estilo colonial, medio en ruinas, pero pintada primorosamente de azul y blanco y rodeada por bananos. Junto a la orilla, un pantalán de madera les espera entre aguas tranquilas.

Una vez amarrados, Ollauri les manda descargar unas cajas: son los «regalos» para las dueñas de la casa, las gemelas. No es conveniente presentarse con las manos vacías en casa de una persona china. Aunque las gemelas no son chinas; no exactamente. Lily y Lucy Tjan son, como otros millones de personas en el Archipiélago, herederas de la cultura *peránakan,* un mestizaje surgido de la mezcla de lo chino y lo nativo. Toda la región cuenta con personas de este linaje, que tiene siglos de antigüedad y que se inició cuando los mercaderes chinos se instalaron en las islas y empezaron a casarse con mujeres malayas y javanesas. En general, sin embargo, muchos nativos siguen percibiéndolos como «chinos», y, por tanto, extranjeros, aunque lleven generaciones en el país.

A la entrada de la casa, una mujer de piel blanquísima reposa sobre una mecedora, protegida del sol inclemente por las hojas de un banano. Lleva unas chinelas diminutas, bordadas con cuentas rosas, y un elaborado peinado sujeto por mil horquillas. Hay algo extraño en ella: su aspecto es artificial, como si posara. ¿Qué hace allí sola, maquillada con polvo de arroz, desmayada en una lánguida apoteosis de feminidad y coquetería, ante la mirada de nadie y de ninguno? No se sabe. Sofía piensa que se trata claramente de una persona disfrazada de sí misma.

A lo lejos se oye una música anticuada, una especie de bolero cantado en chino. Un tocadiscos gira en el interior de la casa. Cuando llegan junto a la mujer, ninguno de los tres dice nada. Las hojas del banano ondean en el aire sobre sus cabezas como gigantescas cintas verdes. Jahan se dispone a despertarla, parece contento. Sofía le hace un gesto con la mano: quizá deberían dejarla tranquila, y hablar mejor con su hermana. Está dormida, disfrutando de una buena siesta.

—No duermo la siesta —d ice de pronto la mujer, abriendo los ojos cual muñeca mecánica—. Yo soy una dama, querida: no me quedo dormida, sino transpuesta.

Sofía se vuelve hacia ella, desconcertada. No solo por lo que ha dicho, sino por cómo lo ha dicho: no esperaba oír salir de aquella boca, y en aquel lugar, un acento semejante. Y es que la tal Lucy habla inglés como si hubiera nacido en el mismo Oxford. Para ser exactos, en un Oxford extinguido, radiofónico, de los años cuarenta. El que le enseñaron en el Colegio Británico de Yakarta. Su padre, un médico originario del sur de China, las había metido internas allí a ella y a su hermana a los diez años, para protegerlas del sentimiento ant ichino que empezaba poco a poco a respirarse en Indonesia.

Lucy, además de hablar tres idiomas (y ser, según ella, una dama), había aprendido la profesión de su padre y conocía bien los principios de la medicina tradicional china. Desde niña, lo que más le había atraído siempre eran los aspectos químicos, la sustancia de las cosas.

De mayor iba a estudiar farmacia. Aprendería la medicina occidental también, e iría a vivir a Londres como sus compañeras del colegio. Sin embargo, las cosas no salieron como ella pensaba. Nunca pasa.

Al final, ni ella ni su hermana habían llegado jamás a alejarse de aquellas islas que tanto odiaban, de aquel país donde les hacían sentir como incómodos huéspedes en su propia casa. Hasta los mismos vecinos que su padre había curado los miraban con resentimiento: eran los chinos —q uién, si no—, los culpables de todo lo que estaba ocurriendo en el país. Ellos fomentaban la corrupción, con su milenaria costumbre de buscar a todo el mundo su precio. Eran extranjeros, al fin y al cabo; y encima ricos: por fuerza tenían ellos la culpa de aquel abismo al que se estaba precipitando el país. Además, lo habían dicho por la televisión. Sí, los militares tenían razón: los chinos eran el problema.

En 1998, las gemelas Tjan eran adolescentes. Fue ese el año en el que la tensión estalló. Las revueltas paralizaron todo el país. La rabia y la indignación de la gente tardarían aún algunos meses en dirigirse contra su verdadero objetivo, que, a pesar de todo, acabaron por fin identificando: los culpables cayeron, la dictadura terminaría en breve. Mientras tanto, sin embargo, el barrio chino de Yakarta ardió por los cuatro costados. La gente, furiosa tras años de penurias y de caos, volcaba su ira contra los ciudadanos chinos, que sufrieron verdaderas atrocidades en plena calle a manos de una masa enloquecida. Miles de personas murieron, la mayoría apaleadas o abrasadas vivas. El Colegio Británico, como la mayor parte de las instituciones y comercios de la ciudad, cerró sus puertas. Las gemelas tuvieron que escapar de Java y refugiarse en su pequeña isla, en la casa donde su padre había ejercido su profesión de médico toda la vida. Ese sería, contra todo pronóstico, el lugar donde ambas acabarían viviendo, ya adultas, sin haber podido concluir los estudios ni volver a oír el nombre de la amada Londres más que en sus sueños. La misma casa donde Sofía, Jahan y Ollauri se encontraban ahora.

Lucy Tjan observa a sus inesperados visitantes, aún recostada en la mecedora.

—Jahan, haz el favor de pasar dentro y pedir a mi hermana que te dé lo que necesitéis. De momento, por lo que veo, un par de calzones limpios y un vestido de mujer. No puedo consentir que personas medio desnudas o… travestidas —m urmura, mirando de soslayo el peculiar atuendo de Ollauri, del que él mismo ya se había olvidado— crucen el umbral de mi puerta. Esta es una casa decente. Pídele también a Lily que vaya preparando el té… Y todo lo que tú quieras.

Jahan sonríe y sale disparado hacia el interior de la casa, donde sabe que le esperan algunos olores y sensaciones que le gustan mucho: el patio en penumbra donde se muele la caña de azúcar, las jaulas

habitadas por orquídeas que quieren ser pájaros, aquel olor medio alcohólico, medio medicinal del «gabinete de los frascos raros», llenos de bichos misteriosos y órganos desecados… Y, sobre todo, la cocina: las alacenas y fresqueras repletas de empanadas de carne marinada, bollitos de arroz, pasteles especiados y mil cosas buenas de las que puede comer cuanto quiera.

Al final la ropa que ha entrado a buscar se le olvida por completo, ocupado como está en dar gusto a sus atormentadas tripas. Come hasta saciarse y nadie viene a gritarle; sabe que a ninguna de las dos gemelas le importa que esté allí, y eso le hace sentirse feliz. Jahan es uno de esos seres afortunados para los que ser feliz es igual que sentirse contento en este momento.

En su mecedora, Lucy Tjan espera en silencio, sin perder la sonrisa. Después, mirando hacia el mar, musita algo.

—Ese barco en el que habéis venido va muy calado. Debéis de llevar demasiada carga. Hay que andar con cuidado en estas aguas. Antes de marcharos, tenéis que sopesar bien el lastre… Es importante saber descargar a tiempo.

Ollauri comprende perfectamente lo que quiere: la conoce desde hace años y sabe que nunca da puntada sin hilo. Su hospitalidad a prueba de bombas y su aparente generosidad siempre han tenido un precio muy concreto. A Ollauri le revientan sus circunloquios y ceremonias, pero a pesar de todo le gusta tratar con ella: la china sabe cómo hacer negocios y en cierto sentido ambos se entienden muy bien.

—Vamos de camino a Yakarta. No nos quedaremos mucho —l e contesta, a sabiendas de que es eso lo que le ha preguntado—. Efectivamente, nos vendrá bien descargar algo de lastre. Tendrás lo que necesitas. Pero después de haber comido: yo con la tripa llena soy más razonable.

Sofía escucha aquella conversación inconexa, cuya lógica solo sus interlocutores parecen comprender, y por un instante se pregunta alarmada si será ella misma ese «lastre» del que Ollauri quiere deshacerse. Mira a su alrededor, inquieta. La casa de las gemelas deja de parecerle encantadora y se vuelve siniestra por momentos. Al llegar, su fachada le había recordado a una de aquellas pintorescas casas coloniales de coloridas cornisas que tanto le habían gustado en Singapur, solo que con varios siglos de más y vapuleada por algún que otro tifón tropical. Ahora, vista con otros ojos, la casa también podría recordarle a cierto tipo de negocio, algo distinto de la antigua consulta de medicina china que un día albergó… Y es que, bien pensado, ¿a qué se dedicaban aquellas dos mujeres, solas en aquel lugar? ¿De qué vivían, de qué clase de… comercio? Sofía se pregunta qué otros barcos, aparte del suyo, visitarían aquella isla, y con qué objeto… Qué

es lo que irían a buscar a casa de las chinas. Y, sobre todo… Sobre todo se pregunta cuál es el verdadero motivo por el que Ollauri la ha llevado allí.

—¿Te encuentras bien, querida? Pareces algo pálida… Entra a beber, en el patio hay agua fresca. No me extraña que estés preocupada: cualquier mujer lo estaría si se viera vestida así, como una salvaje… ¿Qué es eso, el *sarong* de un pescador? No te preocupes, que aquí tenemos ropa de mujer de sobra. Mi hermana te dará un vestido que realce tu figura. Pasa, pasa; ve a beber agua, siéntete como en casa. Yo voy a ver si Lily ya tiene preparado todo —d ice, desperezándose de la más sensual (y ridícula) de las maneras.

Sofía entra en la casa un poco nerviosa. Tras superar el arco de piedra que da paso al recibidor, el contraste de la penumbra del interior con la bárbara luz del sol ecuatorial la ciega un momento. Antes de recuperar la vista, llegan a ella olores extraños, mentolados; ásperos pero con un matiz dulzón y orgánico. Como a regaliz descompuesto en la boca de un viejo. Cuando se le acostumbran los ojos y empieza a distinguir con más claridad los perfiles de las cosas, se da cuenta de que está en una pequeña sala repleta de plantas, de tablillas con escrituras chinas y de sillitas de madera labrada en las que solo podrían sentarse niños o ancianos diminutos. La sala da paso a una especie de patio que a su vez da paso a otra sala que a su vez da paso a otro patio. Sofía decide que escapará de allí sin contemplaciones y a la primera oportunidad: si la casa tiene salida en la parte de atrás, no dudará en desaparecer por ella. Antes la isla le ha parecido pequeña, pero no quiere perder la esperanza de que detrás de aquella colina haya más casas; un pueblo, quizá. Aprovechará la más mínima oportunidad para alejarse de allí y esconderse en un lugar más seguro hasta decidir cómo demonios hacer para escapar del lío monumental en el que se ha metido… Solo piensa en volver a casa. O a donde sea.

Oye un ruido. Quizás es la otra gemela, trajinando por los armarios; o Jahan en la cocina. Jahan… Qué estúpida había sido pensando que se trataba de alguien noble, alguien en quien se podía confiar a pesar de su risa feroz y aquellos ojos insondables. Solo un occidental como ella sería lo suficientemente imbécil para no ver en los nativos más que la historia que quería leer: el mito del buen salvaje, la nobleza e inocencia primitivas que los europeos llevan siglos inventando para las razas que, en el fondo, consideran «menos civilizadas». Pero aquel tipo no tenía nada de noble, ni mucho menos de inocente. De hecho, Sofía está segura de que, en las mismas circunstancias, no habría confiado en él si hubiera sido una persona de su misma raza, o alguien que hablara más articuladamente: ¡Qué fácil resultaba siempre acabar atribuyendo a los que se expresan de forma entrecortada y

esquemática —p ropia de los que hablan una lengua ajena— un pensamiento igual de simple que sus palabras! Quién sabe qué maquinaciones habría habido detrás de aquellos ingenuos intercambios que había mantenido con él. Y es que, a Sofía, a pesar de haber vivido la situación desde ambos lados, se le había olvidado que no saber hablar no significa no saber mentir, una ilusión por la que es muy fácil dejarse llevar sin darse cuenta.

Sofía oye otro golpe en la cocina. Es un cacharro que cae al suelo: Jahan ha acabado con una bandeja de costillas él solito. Sí, ahí debe de estar el muy traidor, tan tranquilo, aunque sepa lo que Ollauri se dispone a acordar con la china y lo que pretende venderle. ¿Qué le importa a él de una extranjera, una mujer más de las que a veces desaparecen sin que nadie las busque demasiado?

En lugar de pedirle ayuda, Sofía decide alejarse de él y enfila por otro pasillo. El aire es sofocante, saturado por la humedad que desprenden las plantas. Y es que hay plantas por todas partes; estorbando, rebosando incontroladamente de maceteros de terracota sobre los que barbados dragones chinos se persiguen en estáticas danzas. En los estantes se acumulan artilugios polvorientos, flores podridas y ceniceros sucios. Al final llega a una especie de galería con las paredes recubiertas de cajones… Cientos de diminutos cajones de madera muy oscura recorren la distancia del suelo al techo, cada uno cuidadosamente etiquetado en chino. Son medicinas, curas milenarias para penas y dolores. Dentro hay harinas hechas con hueso molido, savia fragante de los manglares, bilis de cabra. Sofía acelera el paso. Va a dar a un gabinete lleno de frascos cuyo contenido le repugna y asusta solo con mirarlo. Aparta la vista: no quiere encontrarse con ninguna imagen que luego no pueda olvidar. Sale apresuradamente al pasillo; cien cajones, más pasillos. Plumas de pavo real en floreros descascarillados, portarretratos con fotografías de venerables antepasados. Sofía llega por fin a un salón grande donde enormes jaulas se amontonan unas sobre otras, oxidadas, goteando de humedad sobre una alfombra ya mohosa, repletas de orquídeas enormes cuya exuberancia solo conoce el freno de los barrotes que las estrangulan. Junto a la ventana, un teléfono.

Es antiquísimo, una reliquia. Sofía levanta el auricular, deseando con todas sus fuerzas que no se trate de un objeto decorativo.

Da la línea. Funciona.

La vía de salida: la ha encontrado, sin llegar a necesitar puerta ninguna. El dedo le tiembla un poco sobre la rueda. ¿A quién llamar, a la embajada? ¿Es un secuestro todo lo que ha pasado, o lo que va a pasar? No está segura… Ni siquiera sabe cómo describir dónde está. Va a llamar a Máximo; él es el único que sabrá qué hacer. El único a quien le importa.

Levanta el dedo para marcar el número, pero algo le golpea la cabeza como si fuera un mazazo. Es la certeza repentina de que no puede recordar el número de Máximo, por la sencilla razón de que nunca se lo ha aprendido. Con el móvil no hacía falta; le bastaba con pulsar su foto, aquella imagen ya antigua de ambos juntos en la playa. Una playa del pasado, de otro mundo y otra época: la época en la que todavía le gustaban las playas, tenía una vida normal y aún creía que le amaba.

—¿A quién llamas, querida?

A Sofía se le cae el auricular de la mano.

—A… a mi marido. Porque yo tengo un marido. Y me está buscando. Estará preocupado.

—No me extraña. Yo también lo estaría, viendo las compañías con las que te juntas… ¿Dónde has conocido a esos dos elementos? —l e pregunta con aire de confidencia, encendiéndose un cigarrillo. Después se recuesta distraídamente en un diván tapizado en terciopelo blanco que se pudre con resignada dignidad en un rincón—. Debes cuidar más tus amistades… El círculo social es importante. Te lo digo yo, que ya no tengo ninguno —l e dice, con una media sonrisa, no se sabe si de chanza o amargura—. Tú no deberías estar aquí, lo sé. No encajas. Pero no porque seas extranjera… No lo digo por eso. Eres diferente a otras mujeres que esos dos mendrugos han traído por aquí. Tienes clase. Como yo.

Sofía la escucha sin saber qué contestar: no sabe si aquella mujer es muy lista, o muy tonta, o si simplemente está loca.

—¿Otras mujeres?

—Sí, bueno; ya sabes… Pero eso no es asunto mío.

—¿No lo es?

Lucy la mira sin comprender.

—Veo que mi hermana aún no te ha dado ningún vestido… Espera, que voy a sacarte alguno. Supongo que uno mío valdrá, aunque quizá te quedará algo corto… No te ofendas, pero, con esas alturas que os gastáis, las blancas a veces parecéis potrancas descoyuntadas… Bueno, veremos qué hay por ahí. O, si no, te doy el *sarong* y la *kebaya* bordada de mi madre, que era algo más alta. Tú, mientras, ve llamando si quieres. ¿No ibas a llamar a tu marido?

—¿No le importa? —m usita Sofía, incrédula.

—¿Por qué iba a importarme? El precio de la conferencia internacional vas a pagármelo de todos modos: hoy mismo, después de cenar, empezarás a trabajar.

La china le sonríe, sin pestañear. Luego, viendo que Sofía no reacciona, hace un gesto con la mano.

—Por supuesto, es una broma, querida… ¡Nadie te obligará a lavar los platos! Habla cuanto quieras. Además, a ese teléfono no le vendrá

mal un poco de alegría… Llevo años sin tener a nadie a quien llamar.

Acto seguido desaparece de la habitación de las orquídeas con un revuelo de pétalos arrancados, dejando tras de sí un rastro de tristeza y perfume rancio. Sofía permanece inmóvil, aún con el auricular en la mano. Todavía no se atreve a sentirse aliviada y confiar en que todo haya sido un malentendido. Sí, seguro que es solo una delirante historia que su mente, aturdida después de semanas de incertidumbre y peligro constantes, ha recosido con los indicios que tenía. Probablemente aquella mujer no se dedicaba ni por asomo a ese negocio que había imaginado, ni veía en ella más que la oportunidad pasajera de un poco de compañía femenina. Había sido toda una elucubración absurda. Estaba claro que nadie iba a obligarla a quedarse allí en contra de su voluntad, ni quería hacer dinero con ella. En cuanto a Ollauri… Era capaz de eso y más, Sofía lo sabía de sobra. Pero esta vez no parecía ser ese el caso. De hecho, quién sabe si la razón por la que aquella genial idea no había llegado a ocurrírsele era porque Sofía estaba ya un poco talludita para aquel tipo de transacciones, sobre todo en esta región…

Sofía recapacita y se da cuenta de que, con toda probabilidad, aquella conversación que había oído antes se refería a algo diferente y no tenía nada que ver con ella. Existían mil cosas que Ollauri podía querer venderle a la china, y sin razón alguna ella había pensado en la más disparatada. Al darse cuenta se sintió ridícula, y también algo triste. Pasada la urgencia desesperada de la huida, su propia figura le resultaba patética: una mujer envuelta en trapos mugrientos, junto a una ventana al otro lado del mundo, sujetando un teléfono para pedir a alguien a quien no puede llamar que la salve de algo de lo que ni siquiera sabe si quiere escapar.

—Tesoro, yo que tú no lloraría con esta luz. Las lágrimas a mediodía son poco favorecedoras. Mejor a medianoche, y con una copa en la mano. El brillo del alcohol en los ojos confundirá a los presentes… Y la borrachera justificará tu indisposición. A ella podrás achacar la llantina, atajando las pretensiones de cualquier iluso que se atreva a imaginar que intuye los verdaderos motivos de tu tristeza. Ginebra, querida. Después, llora todo lo que quieras. Un poco de rímel corrido es también encantador: no te faltará un hombro sobre el que llorar en el salón de baile.

Sofía se deja secar las lágrimas con un pañuelito bordado. Luego levanta obedientemente los brazos para que Lucy Tjan le arranque aquel improvisado atuendo y le limpie la piel con una especie de toalla caliente. Cuando termina de lavarla, la viste con un *sarong* de mujer —l impio y anudado con maña por sus manos diminutas— y una *kebaya* bordada, el atuendo de las mujeres *peránakan* . Por último, un broche para cerrar la blusa modestamente sobre el pecho. Un moño

bien prieto. Sobre el pelo, una perla.

Cuando Sofía alcanza a verse en el espejo entre las crines de las plantas que rebosan por todos lados, no llega a reconocerse del todo. Aun así, se siente algo mejor. Ese orden y cuidado que ahora ve en el exterior contagia su estado de ánimo, y de improviso siente un poco de claridad y serenidad también en su interior.

—Esos dos de ahí fuera deben de estar muertos de hambre, pero que esperen, que esperen… Lo primero es lo primero. Estás radiante, querida… Pareces otra. Una verdadera dama.

Sofía sonrió, algo más animada, aunque todavía dudando de si el hecho de no llevar bragas sería compatible con ese nuevo estatus. Mientras tanto, Lucy revoloteaba a su alrededor, visiblemente entusiasmada con su creación. Cuando por fin dio por terminada la operación de «limpieza», «civilización» y «feminización» de Sofía, asintió con la cabeza y le hizo un gracioso guiño: un gesto casi imperceptible pero que, para ella, sellaba para siempre su complicidad.

—Tu acento sigue siendo horrible, pero con eso sí que no puedo ayudarte… ¿Dónde aprendiste a hablar, en un pueblucho del norte de Inglaterra? Los detalles hay que cuidarlos… Y esas úes tan proletarias no pegan nada contigo. ¿Qué eres, una señorita o un minero en huelga? En fin… Vamos a tomar el té, quiero presentarte a mi hermana y enseñarte la porcelana de mi familia… Lo pasaremos muy bien, las tres juntas. Porque vas a quedarte aquí con nosotras, ¿verdad?

—Gracias por todo, Lucy; pero no sé cuánto tiempo vamos a quedarnos.

—¿Quiénes?

—Pues… Yo y ellos dos, los que me han traído.

La china la mira, absolutamente en blanco. Luego, de pronto, recuerda. El entusiasmo infantil que había sentido al intuir el nacimiento de una nueva y ansiada amistad se diluye de pronto en la realidad. Y la realidad para ella es aquella casa en ruinas que, por mucho que intente atestar de plantas y cachivaches, sigue vacía, solo transitada por visitantes solitarios que acuden a ella por una necesidad o por otra. Tarde o temprano, se marchan. Cuando eso ocurre, ella vuelve a estar sola; de nuevo inmersa en una sucesión de horas sin sentido dedicadas en su mayor parte a cocinar. Es así como en su cocina acaba acumulándose ese sinfín de platillos, preparados con mucho trabajo y mucho cariño, pero que suele acabar tirando porque no tiene a nadie con quien compartirlos.

Ahora mismo en su salón no la esperan encantadoras amistades y viejos admiradores, sino dos extraños de cuya visita suele, es cierto, extraer algún conveniente beneficio, pero de los que desde luego no

puede esperar que le alegren la velada con su brillante conversación y las noticias del gran mundo.

—Ya… Esos dos merluzos, es verdad. Salgamos, que estarán esperando. Vamos a darles algo de comer… Y sobre todo de beber, para que les entre sueño y se quiten de en medio. Luego, nosotras, a lo nuestro. ¿Te he dicho que estoy construyendo un cenador en la colina? Ideal para charlar entre amigas con un buen *kopi,* a media tarde…

30
La otra hermana

Al llegar al comedor, sobre la mesa descansa ya una enorme sopera y varias hojas de banano con bollitos encima. Ollauri y Jahan están sentados a la mesa, y a Sofía le sorprende ver cómo, al entrar ellas dos, ambos se levantan. Parece que la presencia arrolladora de la china, con su amor al ritual y todos esos detalles que para ella representan el orden, la cordura y la civilización, ha llegado a contagiar incluso a aquellos dos energúmenos. De hecho, ambos saben bien que no hay manera de que les deje sentarse a la mesa si no están vestidos y afeitados. Pueden vaciarle la despensa si quieren, acabar con sus exquisitas destilaciones de vino de palma casero e incluso robarle provisiones a espuertas; eso le da igual. Pero a su mesa no se ha sentado ni se sentará jamás ningún hombre con el torso desnudo, al menos mientras ella esté viva y cuerda: de eso pueden estar seguros. A ello se debe que ambos tengan ahora un aspecto tan distinto y curioso; no es Sofía la única que despierta algo de asombro en la habitación.

Ollauri se ha recortado el bigote; y, aunque sus patillas y aspecto general siguen resultando estrafalarios, lavado y peinado parece otra persona. Pero lo más extraño es la ropa que lleva: una especie de uniforme militar compuesto de una camisa color verde oliva, muy clara y demasiado entallada para un hombre; y unos pantalones que le quedan muy cortos y dejan al aire casi la mitad de sus peludas pantorrillas. El anterior propietario de aquel atuendo era un funcionario, explicaría más tarde Lucy. Por lo visto, «él ya no lo iba a necesitar». Era una pena, pero a veces sucedía que gente desagradable se presentaba en su isla y se atrevía a insultar a las gemelas con desafortunadas proposiciones. No, el funcionario no volvería a molestar; podían usar su uniforme.

En un principio ella lo había sacado del armario para Jahan, pensando que le encantaría ponerse un uniforme, aunque solo fuera prestado. En el Archipiélago causan furor: los llevan con gusto los funcionarios de todo grado y pelaje, y hasta los niños sueñan con ir por ahí algún día con su boina y su camisa recién planchada, callándole la boca a la gente de su pueblo y aceptando «regalos» de todos aquellos que quieran conseguir favores y abrir esas puertas de las que solo un uniforme tiene la llave. Pero Lucy estaba equivocada. Para él, que ni siquiera está seguro de su nacionalidad, aquel uniforme no significa nada. Solo lo asocia con la policía, con gente que persigue, que grita y acosa; o con esos funcionarios que no te

devuelven tu barca ni te dejan vivir si no les das dinero. Para Jahan, como para tantos isleños de la periferia, el uniforme era solo la máscara de aquellos hombrecitos que habían conseguido, con la falsa fuerza de sus leyes y sus armas, mantener bajo la bota a gente como él, nómadas de las junglas y de los mares del Archipiélago. Era así, con sus discursos y sus uniformes, que el gobierno central llevaba medio siglo aplicando a los nativos de cualquier isla que no fuera Java exactamente el mismo modelo de explotación, coacción y destrucción de esos antiguos colonizadores europeos contra los que aún tan airadamente despotricaban. No, no quería el uniforme, Jahan. Además, el color era muy feo: parecía de caca.

En su lugar, Lucy le había acabado dando un *sarong* limpio y una camisa de *batik* vieja y enorme que había encontrado en el armario. Sofía no puede evitar fijarse en el pelo mojado del nativo. Se acaba de lavar y los mechones que aún le chorrean por los hombros vuelven la camisa transparente y la adhieren a sus brazos, acentuando, en lugar de ocultarla, toda aquella latente, irremediable desnudez.

Al encontrarse con los ojos de Sofía, él le sonríe sin mover los labios, igual que otras veces; una curiosa habilidad que ya ha notado en él. Por un momento se pregunta qué opinión se formaría Jahan de ella si supiera todo lo que ha pensado sobre él en las últimas horas, aunque haya acabado despensándolo después.

En cuanto a Ollauri, él observa también con curiosidad el nuevo aspecto de Sofía. Es extraño el efecto de aquellas ropa s, bonitas aunque algo anticuadas, sobre ella. Da la impresión de que estas revelasen de pronto su verdadera esencia: una compostura serena y algo seria, una especie de dulzura sin coquetería. Sofía nota que por alguna razón él evita, a toda costa, que sus miradas se crucen.

—¿Y mi hermana? ¿Dónde está? —p regunta Lucy.

—Acostada. Ha dicho que la disculpemos, que se encuentra «indispuesta» —e xplica Ollauri, frunciendo la boca para imitar la afectadísima manera de hablar de las gemelas—. ¿Comemos o no? Que aquí mi primo ya se ha puesto tibio, pero yo estoy todavía silbando.

Al oírle, Jahan se limpia nerviosamente los restos de comida que todavía tiene en los labios, como si hubiera alguien en la mesa que aún no estuviese al tanto de sus fechorías en la cocina.

—Espero que no me hayas roto ninguna porcelana… Ya sabes que puedes comer todo lo que quieras; pero si me rompes la vajilla de mis antepasados te aseguro, tesoro, que te hago comer los trozos.

Jahan baja los ojos, algo asustado; una reacción cuando menos chocante en un tipo que podría vapulear él solo a un regimiento… Pero no es difícil entenderle, entre otras cosas porque las amenazas de aquella mujer diminuta no suenan a broma precisamente.

Ollauri sonríe con malicia: está seguro de haber sentido un fragmento de plato crujir bajo su zapato en el pasillo. A Jahan le espera una buena… En fin. Nunca ha entendido los desvelos de la china por la vajilla aquella. A él las porcelanas *peránakan* le parecen horrendas, pintadas de esos verdes y rosas chillones, con tanto floripondio y tanta tortuga y tanta leche. Por otro lado, después de haber tenido en la mano aquella jarrita blanca rescatada del fondo del mar, aquellos cuencos casi transparentes de hacía diez siglos… Todo lo que había visto después le parecía tosco, feo.

En su vida había prestado atención a ese tipo de cosas; y, sin embargo, por alguna razón recordaba con claridad el tacto de aquella cerámica china del naufragio. Su ligereza suave le volvía a los dedos de vez en cuando, casi siempre para frustrarlos con la desilusión de tener que sujetar cualquier otra cosa. Era un recuerdo inesperado, o más bien asombroso, en unos dedos que, desde luego, estaban habituados a funciones bien distintas a la de sujetar tazas de té. Y, a pesar de todo… Ollauri se pregunta a dónde habría ido a parar el resto de la cerámica, y si alguna vez volvería a sentirla en la mano, como en aquella playa.

Lucy Tjan observa satisfecha cómo todos empiezan finalmente a comer los guisos que ha preparado con tanto esmero. Sofía se lanza sobre empanadas y pasteles con no poco apetito, vaciando un platito tras otro. Los colores de la vajilla compiten con los de la comida, en la que predominan un infrecuente azul celeste y el más estridente de los verdes, procedentes de las flores con las que las mujeres de la zona cuecen el arroz para colorearlo. La cocina *peránakan* produce una mezcla de sabores singular: lo chino con lo tropical, lo malayo con lo colonial, todo bien aderezado con especias, muchas especias… Tantas, que no es necesario refrigerar ni los platos de carne. Los guisos aguantan hasta seis semanas en una simple alacena sin estropearse: ¿qué bacteria ni forma de vida alguna se atrevería a instalarse en un alimento que produce en la boca un picor anestésico, un doloroso gotear de lacrimales y narices? Es precisamente uno de estos picantísimos pedazos de carne lo que Sofía tiene ahora mismo en la boca. Entre lágrimas, desea con todas sus fuerzas escupirlo, pero se obliga a tragarlo para no ofender a su anfitriona. A pesar de todo, el hambre atrasada la lleva a seguir arrasando con todo lo que le pongan por delante. Hasta con el pollo en salsa negra se atreve, un plato que se prepara con el corazón de la nuez de los manglares. Sofía chupa de las cáscaras negras como la que más, ignorando que aquellas nueces, que tardan varios días en prepararse, son venenosas si no se sigue el procedimiento adecuado… En eso consistía la belleza de aquel plato: en el pacto implícito que exigía al comensal el abandono y la confianza ciega en la habilidad —y buena fe— de la cocinera. Sofía ni

sabe ni confía, simplemente engulle lo que puede. Aquellas nueces raras no están nada mal, y ella tiene tanta hambre, y por fin puede comer algo que no sea pescado asado en una playa, y… Al final, acaba medio peleándose con Jahan por un trozo que ha quedado en la fuente, ante la mirada sorprendida de la china, que no sabe si sentirse ofendida por la falta de modales o halagada ante semejante entusiasmo.

Después llegan los postres, más coloridos y singulares si cabe, y los *kretek* de clavo para que fumen cuanto quieran.

—Todo estaba delicioso —d ice Sofía, agradecida, aunque con la lengua aún entumecida por el picante. Después hace un intento de hablar «en su idioma», preguntando sin preguntar—. Eres una cocinera excelente. Y es sorprendente la cantidad de ingredientes que pueden encontrarse en una isla tan pequeña.

Lucy asiente con la cabeza, sonriendo. Ha entendido perfectamente la pregunta, pero no le da la gana contestar.

Para sorpresa de Sofía, Ollauri, que también entiende el «chino», contesta por ella.

—Son generosos los navegantes, cuando se les ofrece cama y comida… Y alguna que otra cosa.

Lucy le fulmina con la mirada.

—No nos falta de nada: la generosidad de los extraños es mucha con nosotras. Unos traen fruta, otros, carne; algunos incluso combustible para el generador —e numera, con fastidio, viéndose obligada a dar explicaciones—. Todos aprecian nuestra hospitalidad. La generosidad se paga siempre contra reembolso: cualquiera que pase por aquí lo sabe de sobra. Además, gracias al buen hacer de nuestros antepasados, tenemos la propiedad de esta casa y la tierra que la rodea. La mayoría de los barcos que pasan a menos de veinte millas de nuestra isla se desvían hasta aquí para traernos la prensa y muchas otras cosas… Ha sido así desde hace casi un siglo.

—Claro… Imagino que mucha gente estará encantada de venir a visitaros. O a curarse. Entiendo que vuestro padre practicaba la medicina tradicional china y que vosotras la seguís practicando. Curando a la gente.

Ollauri ahoga una carcajada. Sofía se pregunta si está borracho. Que ella sepa, todos han bebido solo té y aquel empalagoso batido indonesio de leche dulce y flor de rosa.

—Oh no, querida… La medicina tradicional es algo del pasado, y es ahí donde debe permanecer. Yo respeto el trabajo de mi padre, por supuesto; pero… Él pertenecía a otro tiempo. Yo soy una mujer de mundo. En el internado estudiábamos biología, química… Tantas cosas. Y yo, como tantos de mi generación, soy consciente de que la mayoría de las medicinas que aún custodian los armarios de esta casa

no tienen más utilidad para los enfermos que la de encender la esperanza donde antes no la había. Un gran mérito, desde luego, pero… Los tratamientos son largos y costosos, y puede que funcionen, o que no. Eso por no hablar de algunas medicinas que hay por ahí en algún cajón, cuya toxicidad puede hacerte olvidar cualquier dolor, pero para siempre… —e xplica a Sofía. Ella se siente aliviada de oír aquellos argumentos de una persona de raza china: no ignora las consecuencias que tienen esas tradiciones ni las monstruosidades que se cometen para conseguir sus «preciados ingredientes»—. Así que no, yo no practico la medicina tradicional. Si conservo aún todos esos remedios y artilugios, es por respeto a mis antepasados. Cuando era niña, es verdad, una vez pensé que quería estudiar, aprender farmacia… Pero de eso hace mucho tiempo.

Las palabras de la china están empapadas de una especie de nostalgia amarga, como el té ya frío, olvidado en el fondo de un vaso. Sofía está segura de que no tiene muchos más años que ella; y, sin embargo, todo lo que dice parece provenir de ese lugar lejano desde el que hablan los que han vivido demasiadas vidas en poco tiempo.

—… De modo que no, yo no me dedico a curar a la gente —c oncluye, su voz acompañada por el lejano gemido de un loro en alguna parte de la isla.

—¿No? Vaya sí los cura, sí… —i nsinúa Ollauri, entre risas.

Lucy mira a Sofía para comprobar su reacción, alarmada. Siente un gran temor a que su nueva amiga, la única persona con la que ha podido conversar mínimamente desde hace años, malinterprete las bromitas de aquel gañán y se forme una opinión equivocada de su persona. Lo que piense aquella desconocida se ha convertido, de pronto, en algo importante para ella. Además, Sofía la había dejado verla llorar: así, sin más, confiando en ella. Para Lucy aquello significaba mucho, unía a dos mujeres de forma especial. No pensaba permitir que un malentendido pudiera inducirla a creer lo que no era, a imaginar que ella obtenía sus ganancias de un modo que… Solo de pensarlo se sentía desmayar. Así que, para aclarar dudas, decide contarle la verdad. Es un gran riesgo; ya lo sabe. Pero prefiere correrlo antes que dejar que su amiga pueda leer sobre su nombre otras letras que no sean las de la palabra «dama».

—Pues sí, los curo. De alguna manera, aunque no de esa que estás pensando. A mí acude mucha gente de la región. De esta, y de otras. Están enfermos porque su cuerpo les pide algo que necesita, que necesitará ya para siempre… Yo, simplemente, se lo doy. Por eso me pagan. Y muy bien.

Lucy hace una pausa. Luego, da una larga calada a su puro de clavo. Nadie dice nada. Solo se oyen los ronquidos de Jahan, que duerme desde hace un rato tirado debajo de la mesa.

Ollauri escucha, estupefacto, cómo la china se lanza a decir la verdad sin ambages, contando semejante cosa ante una desconocida y prescindiendo de pronto de la astucia y prudencia que la caracterizan. Corre un riesgo muy grande. En el Sudeste Asiático, el tráfico e incluso la posesión de ciertas sustancias se paga con la vida. En los últimos años las medidas se han vuelto más radicales aún: siguiendo el ejemplo de algunos países vecinos, el gobierno está incitando a la policía a disparar en el acto a los sospechosos, sin miramiento alguno. Un mero rumor puede poner fin a tus días.

Con semejante panorama, incluso en las islas más remotas no merece la pena arriesgarse a que ningún adolescente uniformado juegue al tiro al blanco con tu cabeza. Es por eso que Ollauri, a pesar de que oportunidades no le han faltado, jamás ha intentado comerciar con semejante mercancía. En el Archipiélago hay tantos pasteles en los que meter el dedo que siempre le ha parecido un suicidio enredarse en aquel tipo de negocio. No obstante, paradójicamente, la nueva política de «dispara-al-traficante» a él le resulta más alentadora que disuasoria. Y es que, de llegar a intentarlo alguna vez, si le pillaban prefería sin duda que le remataran en el acto y sanseacabó. Morir no le asustaba tanto como otras cosas. En su fuero interno sabía que lo que más miedo le daba no era que le ejecutaran, sino tener que esperar a que le ejecutaran. La cárcel. Aquel penal de Sumatra. Meses, quién sabe si años, encerrado. Una celda abarrotada en la que estaría en realidad solo; y la palabra «solo» se refería para Ollauri siempre a la misma cosa.

Busca bajo la mesa con el pie: allí sigue roncando aquel mastuerzo. Ha comido como un cerdo. Ollauri, de la nada, le propina una brusca patada en la tripa: el golpe cae en blando. Se escucha un breve gemido. Tras unos instantes, nuevos ronquidos.

—¿Es eso, entonces, de lo que hablabais antes? —p regunta Sofía, intentando encontrarle sentido a todo—. Esa historia del lastre, de lo que él quería venderte…

—De algún modo, sí… —e xplica Lucy—. Tus amigos también son los míos, y desde hace mucho. Ellos me traen lo que necesito para preparar… la «medicina», llamémoslo así. Siempre me ha interesado la farmacia y yo… Estudio, aprendo. Por otro lado, algunos dicen que soy una excelente cocinera. Tú misma lo has dicho, querida. Pues lo que se cuece en mi cocina… se ha acabado usando en todo el Archipiélago —c oncluye, no sin una punta de orgullo.

Y era cierto: de allí salía gran parte de las sustancias que se consumían en la región. Las gemelas llevaban años así y les iba de perlas. Seguían sus propias reglas, actuando sin avaricia y siempre a pequeña escala: el que quisiera algo, allí tendría que ir a buscarlo. Todo lo hacían ellas mismas y jamás confiaban en nadie que no

conocieran desde hacía décadas, o contra el que no tuvieran información delicada con la que jugar si las cosas se complicaban. Sabían muy bien lo que hacían.

Ollauri, por su parte, se limitaba a venderles los «ingredientes» que necesitaban para sus recetas químicas. Todos eran, eso sí, estrictamente legales, algo que las Tjan comprobaban con lupa y celo de usurero, repasando periódicamente todas y cada una de las regulaciones sobre medicamentos y otras sustancias químicas que se emitían en el país. Ahora bien, el resultado de sus cocciones poco tenía de legal; y bien clasificado que estaba desde hacía años. Si se encargaban con tanto escrúpulo de que los compuestos que usaban no estuvieran prohibidos era más que nada para que el proceso en sí no levantara sospechas. A Ollauri le parecía excelente aquel sistema: estable, rentable y sobre todo seguro para él. Así solo transportaba resinas para carpintería y otros productos legales que, en viajes diferentes, nadie podría relacionar con las golosinas que producían las gemelas. En realidad, las admiraba un poco; por tener el valor de hacer dinero con aquello, y por saber organizarlo tan bien. Él era el mejor cuando se trataba de saltar sobre carroña fresca, pero sus mordiscos eran siempre oportunistas, puntuales. No se veía capaz de mantener en pie un negocio así y ordeñarlo de forma sistemática a lo largo de los años, sobre todo con los riesgos que implicaba.

—Es tarde. Entiendo que querréis reposar, si pronto partiréis de viaje.

—No nos iremos hasta dentro de un par de días. Mañana terminaremos de descargar lo que te hemos traído y negociaremos el precio. Por otro lado, queremos reponer energías…

—¿Y después nos dirigimos hacia una ciudad? —p regunta Sofía, impaciente; soñando por primera vez en su vida con verse en un aeropuerto.

—Sí; tenéis que llevarla a una ciudad. Directo y lo antes posible. Si no es así, no contéis con mi ayuda de ahora en adelante, ni esperéis que os compre nada de lo que me habéis traído —s entencia Lucy, decidida. Después, se dirige hacia Sofía—. A mí me encantaría que te quedaras más tiempo con nosotras, querida; pero… También te entiendo, y sé que estarás deseando ver a tu marido.

Al oír aquello Ollauri se vuelve hacia Sofía, extrañado. La china comprende, por el interrogante que le lee en la cara, que sin querer ha dicho algo inconveniente; así que no insiste más.

Mientras se retiran de la mesa, Lucy se pregunta de qué manera debe disponer las habitaciones, ya que la situación no es la que había imaginado. Siempre que él y Jahan se alojan en su casa les prepara dos habitaciones, una con una estera para el nativo, que ya sabe ella que no es capaz de dormirse si no es en el suelo; y otra, con cama,

para Ollauri y su… acompañante, si es que trae alguna. Pero esta vez, desde luego, no le parece lo más acertado. Aquella extranjera dice estar casada, y además… es distinta. No se asemeja en nada a las chicas que de vez en cuando él trae consigo, en su mayoría nativas de muslos prietos y mirada triste a las que Lucy no suele volver a ver. De todos modos, por lo que había observado, en general Ollauri prefería estar solo y no le gustaba andar con mujeres más de lo necesario. A menudo se vanagloriaba de no haberse acostado jamás dos veces con la misma: una regla de oro que no se saltaba porque sabía que era la clave para vivir tranquilo. No quería complicaciones, que bastantes problemas tenía ya.

Ante la duda, Lucy decide preparar para Sofía una habitación separada, que lo que es sitio en aquella casa no faltaba. Ha estado observando a Ollauri desde que llegó, y ha visto lo mal que la trata. Es extraña la actitud que tiene con ella. Más que nada, porque no se corresponde con ninguna de las que él suele adoptar con las mujeres, que van desde la amenazante proximidad y tensión contenida del principio, a la condescendencia o la indiferencia más absolutas del después.

Con Sofía no hay ni antes ni después: directamente, la trata a patadas.

No, mejor no poner a aquellos dos en la misma habitación. Lucy va a coger una silla para subirse al altillo; debería sacar algo más de ropa de cama… Es entonces que, de pronto, ve por la ventana algo que la sorprende y enfada muchísimo.

Sofía está en la parte de atrás, trajinando con una canasta llena de ropa mojada. Tendiéndola.

La china sale a zancadas y se dirige hacia allí hecha un basilisco. Cuando llega hasta Sofía, empieza a arrancarle a tirones la ropa recién lavada de las cuerdas.

—¿Qué sucede? Es la colada, la he sacado para… Solo quería ayudar.

—Ya… Ayudar. ¿No ves que está oscureciendo? ¿Cómo puedes ser tan imprudente?

—¿Por qué? ¿Va a haber tormenta?

Lucy la mira, incrédula. A veces, estos extranjeros son, de verdad, como niños. Todavía en pleno frenesí de trapos y pinzas arrancadas, se ve obligada a explicarle a una mujer ya adulta que jamás se debe tender la ropa fuera durante la noche… ¡Sobre todo, habiendo en la colada tanta ropa interior! ¿No sabe, acaso, lo que ocurre en la oscuridad? ¿Es que no se lo han explicado en su país? A veces ellos acuden a olisquear las prendas; y, por muy limpias que estén, conseguirán averiguar a través de ese olor quién vive en la casa. Así es como elijen con quién quieren divertirse. Una sola noche tardan, en

volver a por ti.

—¿Quiénes? ¿De qué estás hablando?

—Ellos —r esponde la china, bajando la voz y haciéndole un gesto para obligarla a hacer lo mismo—. Los fantasmas, querida.

Sofía, que se había agachado para oírla mejor, se incorpora de pronto. Los fantasmas. No sabe si reír o llorar. Al final, simplemente se vuelve para recoger la ropa que ha caído al suelo y que la otra no vea la cara que pone. Increíble. Y aquella era «la mujer de mundo», la misma que renegaba de las supersticiones y vagas promesas de la medicina tradicional china, que conocía a fondo los entresijos de la legislación de su país y hablaba tres idiomas… Y es que, en realidad, nada de aquello era incompatible con creer que en la selva de detrás de la casa acechaban fantasmas en busca de atractivos aromas íntimos en la colada de los vivos… ¿Por qué iba a serlo? Aquello era el Archipiélago, una región donde antes de construir un embalse los ingenieros del gobierno consultaban a los chamanes de la zona, por si los cocodrilos del río no lo veían con buenos ojos y tenían en mente boicotear el proyecto; o donde cristianos de pura cepa no veían contradicción alguna en el hecho de usar cruces y rosarios en ritos funerarios en los que parte del difunto acababa cocida y consumida. Un lugar de locos, aquel… Y, sin embargo, Sofía no podía evitar que una parte de sí hubiera, sin su permiso y contra todo pronóstico, empezado ya a enamorarse de él.

Por la noche se acomoda en la cama que su anfitriona le ha preparado, una especie de mesa baja de madera donde reposa una colchoneta forrada en rojo. No hay almohada por ningún lado, pero a Sofía, después de todo lo que ha pasado, poder dormir en blando y elevada por encima del suelo le parece el paraíso. Bueno, no tan blando. Pero está bien. Nada de piedras, ni pulgas, ni arena: unos centímetros más arriba parecen olvidarse las miserias de la tierra. Además, por fin se encuentra protegida de las miradas de aquellos dos, de sus sudores y respiraciones; la intimidad del propio sueño al fin custodiada por cuatro benditas paredes.

Sofía se pregunta cuánto tiempo durará aún aquel viaje, cuántos días la separan de ese momento en el que se verá por fin en una cama conocida, libre del miedo y de la inquietud. ¿A dónde acabarían llevándola aquellos locos? Llegar por fin a buen puerto había dejado para ella de ser una expresión metafórica, y se había convertido en la única esperanza que se permitía a sí misma albergar por las noches.

¿Dónde estaría Jahan? ¿Sería la suya la habitación de al lado? Sofía se lo imagina en el suelo, su fuerza en reposo sujeta por aquellas ataduras de perro, y no puede dejar de dar vueltas en su cama. Dormir no le resultará tan fácil como pensaba. Es por el calor, hay una presión como de tormenta. Por la ventana entran ráfagas de humedad y hojas

arrancadas. Cuando se levanta a cerrarla, Sofía se da cuenta de que no hay cristal, solo una celosía de madera. Correrla es aún peor: el viento la agita con violencia, como una mano gigantesca llamando a la puerta. De pronto, se hace momentáneamente de día. Luego, el trueno. Hasta los sordos podrían oírlo: el suelo tiembla y el cielo parece replicar el estruendo desde arriba, como si fuera a quebrarse entero. Dura más de diez segundos: Sofía ni siquiera sabía que los truenos pudieran durar tanto. Fuera hay un escándalo de mil demonios; ranas, lluvia, ramas arrancadas. Otro trueno. Algo se le encoge por dentro y vuelve corriendo a la cama. Es lo mismo que le había ocurrido en Singapur, en aquella cómoda y más que sólida habitación de hotel: el bramido del trueno la había dejado temblando. Incapaz de aceptar dentro de sí un miedo tan primitivo, Sofía lo había achacado al susto del ruido repentino, a su magnitud y su espectacular volumen… Y es que nunca se ha oído de verdad un trueno, hasta que no se vive una tormenta en los trópicos.

En el pasillo se oye un fuerte golpe, como si se hubiera caído algún mueble. Sofía se encoge en su cama. Luego le parece oír voces, pero no está segura. Una persona que grita, otra que habla en susurros. ¿Es Lucy?

Otro golpe. Sofía se pregunta si le ha ocurrido algo, y sale finalmente al pasillo.

El suelo esta encharcado; la tormenta ha metido ya sus dedos por cada grieta de la casa. Delante de ella hay una mujer. Parece Lucy, pero no lo es. Está medio desnuda, con unas telas mal atadas alrededor del cuerpo; y las manos parecen temblarle un poco. El pelo le cae desordenadamente en greñas negras sobre la cara, aunque Sofía no le ve los ojos porque tiene la cabeza inclinada hacia abajo, como si mirara fijamente algo en el suelo.

«¿Eres nuestra amiga?», pregunta, en un susurro.

Sofía traga saliva. ¿Es Lucy? ¿Qué le ha pasado?

La mujer repite la pregunta, esta vez más alto y en un tono diferente: no se sabe si es una súplica, una exigencia, o una sentencia.

Sofía está paralizada en mitad del pasillo. La luz espasmódica que entra desde fuera la ayuda a creer que aquello es una simple visión, o alguna pesadilla de las suyas. Desaparecerá al despertar; seguro. Pero no despierta. Y la mujer sigue allí.

Sofía intenta ver su rostro. La china continúa mirando hacia abajo, la cabeza volcada hacia delante. Sin embargo, de pronto Sofía se da cuenta de que, a pesar de la posición de la cara, la mujer la está mirando. Los ojos fuerzan su postura para clavarse en ella con una obstinación sobrecogedora, demente.

Acto seguido la mujer se lanza hacia delante como un animal y le atenaza el cuerpo en un aterrador abrazo. Sofía grita, intentando

zafarse; pero aquella loca le hunde las uñas en la carne para sujetarla. Por fin, en aquel batiburrillo de pelos y codos Sofía siente las manos de otra persona, que ha acudido al oír los gritos. Cuando finalmente se la quitan de encima, Sofía ve aliviada que Jahan la tiene bajo control, manteniéndola sujeta con un brazo. Su actitud es curiosa, como la de quien intenta aplacar la furia de un niño con cuidado de no hacerle daño. Simplemente aprieta el cuerpo de la mujer contra su pecho, hasta que ella deja de patalear; y luego empieza a acariciarle la cabeza. Ella parece tranquilizarse, y acaba permaneciendo inmóvil bajo su mano. Muy quedito, está llorando.

Jahan la lleva de vuelta a su cuarto y la acuesta en su cama. Sofía le ve sentarse junto a la mujer hasta que está seguro de que está tranquila y el ataque ha remitido. Luego se desliza por el pasillo y desaparece de nuevo sin decir palabra, como si nada hubiera pasado. Sofía vuelve también a su cama. De aquel primer encuentro con Lily Tjan solo quedaron dos cosas: una imagen difícil de olvidar y un trozo de uña rota hincado en el brazo.

31
Una taza de té

Por la mañana no queda rastro alguno de la tormenta: el cielo es de un azul radiante y no menos radiante parece la dueña de la casa. Lucy revolotea como un pajarito entre sus invitados mientras les sirve el desayuno, ya peinada y empolvada a esa hora, y totalmente ignorante de las correrías de su hermana por los pasillos de la casa la noche anterior.

—¿Has dormido bien, querida?

Sofía está tentada de decirle que habría dormido todavía mejor si no hubiera tenido que preocuparse por la loca de su hermana, que merodeaba cerca de su habitación en busca de nuevas amigas a las que helar la sangre con sus habilidades sociales. Pero la cara de Jahan lo dice todo y Sofía opta por tener la boca cerrada. Entiende que aquella escenita no es, seguramente, la primera; y que de nada sirve entristecer a su anfitriona con comentarios al respecto.

—Singapur es una ciudad moderna y civilizada —a firma sin más Lucy, mientras les sirve unos pasteles cubiertos de una densísima salsa de plátano—. Allí todo está muy limpio, la gente es amable, se pueden comprar vestidos. Y está más cerca que Yakarta.

Ollauri no le contesta, solo tuerce el morro con cara de fastidio y se lanza el contenido del plato directamente a la boca, como si en vez de pastelitos estuviera comiendo palomitas.

—Vamos a donde vamos. No hay más que hablar.

—Por supuesto… ¿Un poco más de té?

Sofía mira hacia el mar, ahora tan calmado que podría confundirse con un entramado de telas pintadas, de verdes sedas en reposo. Resulta innegable y rotunda, su belleza; y sin embargo aquel mar no lo parece. Al menos no como se siente, se piensa y se recuerda el mar en otras tierras. Al mar de Java le falta el olor característico del mar, no siempre agradable pero igualmente bienvenido. También le faltan las gaviotas, la niebla, las sirenas del puerto y todos los sonidos y olores que en otras latitudes forman la idea de mar sin el mar mismo.

Ollauri está mirándolo también, pero solo dios sabe en qué piensa.

De pronto su atención se dirige a otro punto del espacio, más cercano. La mesa. Más concretamente, algo que hay encima: una taza de té.

Podría decirse que no hay nada anormal en ella. Solo es una pieza de vajilla muy deteriorada que ha perdido el brillo por el uso. O que nunca lo ha tenido. Ollauri reconoce el dibujo, un breve trazo azul que

podría ser tanto un pez como su estela, congelada para siempre sobre la porcelana. Al levantarla, la blanquecina excrecencia de coral que descubre adherida al fondo le corta la respiración.

—Y esto, de dónde ha salido.

Lucy no le contesta. No le gusta que la interroguen de forma tan directa, y menos en aquel tono. Pero Ollauri no tiene ganas de andar construyendo para ella indirectas y acertijos. Recapacita un momento: quizás el mar ha arrastrado aquella taza hasta la playa, y la china la ha encontrado allí. No, imposible; se habría hecho añicos. Él mismo había visto lo que ocurría cuando aquella porcelana conservada milagrosamente en su enterramiento submarino entraba en contacto con el aire, las olas, el presente. La pieza que tenía delante había sido rescatada con cuidado, y sin duda estaba ya tratada de algún modo.

—Quién te ha dado esta taza.

—Nadie, querido amigo… Nadie. Es bonita, ¿verdad? Y tan fina… Nunca he visto un modelo semejante. ¿Quieres que te sirva en ella un poco de té?

Ollauri pierde la paciencia y alza el brazo para arrancar de un tirón el mantel de la mesa. A solo una décima de segundo de cumplir el gesto, un pensamiento le detiene: la taza también reposa encima.

Sofía los observa, desconcertada. Jahan se va: sabe que, en aquellas situaciones, por una razón u otra —c asi siempre, por ninguna—, suele acabar cobrando.

Ollauri repasa con la vista los aparadores de la habitación, en busca de otras piezas similares. Lo que encuentran sus ojos, en medio de aquel maremágnum de tiestos, portarretratos y jarrones, le enfada aún más. En uno de los múltiples ceniceros sucios que se acumulan por todos los rincones —p or lo visto, el decoro es para la china una cualidad moral que no está reñida con el caos y la mugre— hay algo más que cenizas viejas. Son cáscaras; cáscaras de cacahuete. Ollauri coge una y la desmigaja entre los dedos. Sabe que si sigue buscando encontrará también alguna botella de ginebra vacía, no demasiado lejos.

—¿Cuándo ha estado aquí? ¿Qué quería? —p regunta a la gemela, seguro de que ella sabe de sobra a quién se refiere.

—Lo que queréis todos… Descansar unos días, comer, dormir. Reponer fuerzas y provisiones.

Ollauri la miró sin pestañear. Sabía tan bien como ella que el holandés no había ido hasta allí solo para eso, sobre todo porque en aquella casa no solía ser bien recibido. No solo por su roñosería —p ocos son los chinos a los que no ofende la falta de dadivosidad y gratitud de sus invitados— sino también y especialmente por su manía de llevarle allí a mujeres que aún no lo eran. La china se lo había dicho alto y claro una noche. Si volvía a su casa con alguna de

aquellas niñas, podía estar seguro de que en el siguiente té le echaría cierta especia «cuyo sabor no podría ni olvidar, ni recordar»: esa hierba sin nombre a la que llaman simplemente «la última».

El holandés había tomado nota, y las raras veces que había vuelto a pasarse por allí había preferido no arriesgarse a ir acompañado.

—Estuvo aquí hace muy poco… —d ice ella finalmente, jugueteando con el cinturón de la bata de seda—. Preguntó por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues la verdad, que no sabía dónde estabas. Exactamente lo mismo que le diría también si apareciera justo ahora por la puerta.

Ollauri se echa hacia atrás en su silla, pensativo. Sabe que la china habla en serio, que se puede confiar en ella. Se dejaría matar antes que traicionarle; no por lealtad hacia él, sino por lealtad hacia la lealtad misma. Ollauri la conoce bien.

—Si vuelve, dile que estuve por aquí… Que me va de miedo: vendo mercancía… interesante.

—Las mejores mentiras no son nunca tan vagas, amigo mío… Los detalles específicos, desordenados y sin aparente objetivo, eso es lo que las vuelve casi idénticas a la verdad. Dame más información, o la inventaré yo. ¿Qué mercancía? ¿Qué se supone que vendes?

—En realidad, no lo sé. Algo que le interesa, algo que por lo visto él cree que le he quitado. No sé qué es. No especifiques. El caso es que me busque él: así será más fácil encontrar a esa escoria humana.

Sofía escucha sin comprender nada. Desde fuera, la conversación no parece tener ningún hilo lógico: una taza vieja, un cenicero sucio, una mentira que hay que contarle a alguien… Nadie sabe que, de haber entendido de qué estaban hablando, ella habría sido quien aclarara el misterio. Sofía sí sabía qué era lo que buscaba el holandés, lo que creía que Ollauri tenía y se disponía a vender a algún comprador extranjero para dar el pelotazo de su vida. O, mejor dicho, compradora; una compradora de su país, que con toda probabilidad había ido a Singapur por aquel negocio, hospedándose en el mismo hotel en el que Ollauri aparecía registrado. ¡Y cómo no sería aquella pieza, qué valor no tendría para que su enemigo se hubiera arriesgado a volver a Singapur, donde la policía le seguía buscando por el robo, solo para cerrar aquel trato!

Se trataba de un cuchillo. Un *kris* del siglo IX .

Sofía lo habría podido deducir sin problemas a partir de la persecución por las salas del museo, y de la conversación que habían tenido cuando el holandés la amenazó en la cafetería. No obstante, le era imposible atar cabos a partir del diálogo que acababa de oír, sencillamente porque este no parecía tener ningún sentido ni relación con ella, con lo que le había ocurrido en Singapur.

—Se la robaste, ¿verdad? —d ice Ollauri con una sonrisa,

señalando la taza.

—Me ofendes, querido… Yo soy una señora: en mi vida me he apropiado de nada que no me correspondiese. Lo que pasa es que a algunos, de vez en cuando, hay que ayudarles… a expresar su gratitud.

—Ya… Yo que tú, de todas formas, no la tendría rodando por ahí: es más valiosa de lo que parece.

—Lo sé.

Los tres miran hacia el mar, aún digiriendo el desayuno. Nadie añade nada más.

El día transcurre con lentitud, dilatado por el ritmo desesperante con el que se suceden las horas entre los trópicos: una abrasadora intensidad que desde dentro parece eterna, guillotinada de pronto por un telón de oscuridad. La vida misma, en una sola vuelta del reloj.

Doce minutos solo dura el crepúsculo ecuatorial; Sofía lo ha cronometrado. Así de breve es el resquicio que dejan estas latitudes para la caricia de azules y rosados, para el matiz y la ambigüedad.

Ollauri y Jahan aprovechan la tregua que da el sol a las siete en punto de la tarde para ponerse en marcha. Poco a poco terminan de descargar lo que han traído para las gemelas y preparan el barco para partir al día siguiente.

Cuando acaban, Ollauri se lanza sobre la mecedora de la entrada, embadurnado en sudor y arena; da pena verle. La china asiente y sonríe, mientras decide que la próxima vez le dejará preparada una agujita bien tiesa, oculta entre los bordados del cojín.

—Jahan parece cambiado.

—Ya se le pasará.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Hace poco tuvimos un incidente en el agua. Se quedó ahí abajo demasiado tiempo. Seguramente, con la falta de oxígeno le habrá dejado de funcionar el poco cerebro que tiene.

—Curioso. Sería la primera vez que tiene problemas en el agua.

—Pues sí. Un día muy difícil.

Lucy le mira de reojo: intuye para quién fue realmente difícil aquel día.

—Querida, eso que tienes en la mano es una fruta, no un huevo cocido… No se pela así —e xplica a Sofía, aunque es demasiado tarde: entre uña y carne han penetrado ya los fragmentos de la cáscara del *salak,* una extraña esfera que parece recubierta de piel de reptil—. Mira… Tienes que separar la carne de la cáscara de un tirón… Así, ¿ves? —y Sofía ve, sí: por dentro parece de hecho un huevo cocido.

—¡Qué fruta más rara! No he visto nada igual. Es tan…

—Vulgar. No hay en estas malditas tierras una fruta decente, que

no tenga esas formas… obscenas.

Sofía miró el *salak* de nuevo, aunque sin conseguir ver lo que la china podría en él imaginar. Ollauri se volvió hacia las mujeres con renovado interés y cogió una de las frutas, pero viendo que su forma no satisfacía la malicia de su curiosidad, la lanzó detrás de un árbol y siguió fumando.

—A mí me gustaría poder comer frutas exóticas… Meterlas en una cesta, comerlas mientras paseo —d ijo Lucy.

—¿Más exóticas que estas? —p reguntó, estúpidamente, Sofía; dado que para ella no había frutas más extrañas que las tropicales, con aquellos colores tóxicos y sus texturas inesperadas. De muestra sirviera lo que tenía en la mano: ¿Qué fruto podía existir más extraordinario que aquel testículo de dragón?

—¿Y qué tiene esto de exótico? Yo lo que quiero es una manzana. Roja, a poder ser. Una vez, cuando era niña, trajeron algunas al colegio. Muchas de las maestras eran inglesas y dijeron que en su país la gente las comía todo el tiempo. Hasta nos hicieron fotos con ellas: yo me puse junto a la ventana, con un libro y mi manzana. Pero no me dejaron comérmela, porque la siguiente niña quería hacerse una foto también.

—Me temo que te habrías desilusionado. No es algo tan especial una manzana.

—Nada es especial, cuando ya se tiene, querida…

Sofía la ve pelar otro *salak* con aquellas manitas tan habilidosas suyas. Hay algo raro en sus dedos, pero no sabría decir el qué. Mientras la observa, piensa en alguna solución para el sorprendente deseo de su amiga.

—Seguramente en la ciudad sí que se pueden conseguir; habrá manzanas importadas, seguro. Yo en Singapur las vi. Quizá se te podrían enviar desde Yakarta.

—Y vuelta la burra al trigo con las putas manzanas… Ya he explicado cuarenta veces que, aunque las encontremos, para cuando consigamos traerlas hasta aquí en el barco, con este calor estarán más que podridas… No sé ya cómo coño decirlo. Voy adentro, que me están breando los mosquitos… Mañana, a las seis todo el mundo en pie: nos espera un viaje bastante largo.

Sofía y Lucy se retiran también. No son ni las nueve de la noche, pero la oscuridad y el agotamiento producido por las horas de calor insoportable pesan sobre los párpados.

Sofía va a su habitación y enciende su lamparita. Lo malo es que, una vez en la cama, el sueño se le pasa de pronto. Se acaba de acordar de que en la casa no hay solo cuatro personas, esas que se ven las caras durante el día… Sino que hay también una quinta. Solo de pensar en volver a encontrarse a la otra gemela en plena noche, le

vienen sudores.

Sin embargo, la casa está en silencio. Todo el mundo duerme.

Sofía intenta desdramatizar: si la noche anterior se había asustado tanto era porque no se lo esperaba. Quizá se había sugestionado con aquella tremebunda tormenta, que le había dejado el corazón encogido ya de antemano. Es verdad que la mujer la había arañado, sí; pero estaba segura de que no quería hacerle daño. Bueno, casi. No se podía saber; muy cuerda desde luego no parecía. A pesar de todo, era claramente una enferma; y, como tal, lo único que debía inspirarle era compasión y respeto. Quién sabe qué penurias no habría pasado la tal Lily Tjan en aquella isla, sin tratamiento ni cuidados, y sin más compañía que la de su hermana y los pobres diablos que deambulaban por aquellas aguas. De hecho, cualquier otra se habría vuelto loca también, en aquella situación. No; no debía tenerle miedo, sino más bien…

Un pensamiento fugaz cruza su mente. En realidad no es un pensamiento, sino una imagen. Algo que había visto… ¿Qué era? Los dedos de Lucy. Pelaba el *salak,* era muy habilidosa… Sus manos estaban muy cuidadas; y, sin embargo… Algo no cuadraba. Eran las uñas: tenía varias rotas, en ambas manos.

Sofía abre los ojos en la cama. Ella sabe cómo se las había roto, aquellas uñas.

Da vueltas a aquella idea, asustada, sin entender nada. ¿Había en realidad solo una gemela? ¿Gemela de sí misma? Era absurdo que Lucy y Lily fuesen la misma persona, y aun así… Todo parecía encajar. Al pensarlo, cobraba sentido lo que había visto en la casa, la manera en que ambas se alternaban en el presente y se solapaban en el recuerdo. Pero… ¿Qué broma siniestra era aquella, por qué hacía eso? ¿Para qué? ¿Quién era aquella chiflada que por el día se construía a sí misma en intrincada filigrana y por la noche se desdibujaba en monstruoso garabato? Sofía no entendía nada.

Alguien llora por el pasillo.

Quiere taparse los oídos, pero en aquella cama no hay almohada, ni sábanas. Ya algo nerviosa, intenta prestar atención a los gemidos con la esperanza de deducir en qué lugar de la casa se encuentra la mujer. Si aún está en el extremo más alejado del pasillo, junto al patio, Sofía tiene tiempo para salir de su habitación e ir a… ¿A dónde? La primera idea que le viene a la mente, despertar a su hermana para que se ocupe del asunto, obviamente no tiene ningún sentido… Su hermana no estaba. O sí, pero estaba dormida. Dentro de ella.

Sin darle más vueltas, Sofía se escurre por la puerta y escapa de la habitación. No sabe a dónde va, pero no piensa quedarse allí tumbada mientras esa alma en pena la busca por los pasillos. Porque eso es lo que está haciendo, está segura; buscarla para estar con ella. La idea la

enternece y aterra a partes iguales.

Las baldosas están húmedas; nota la loza antiquísima adherírsele a las plantas de los pies. Camina por el pasillo a toda prisa y sin girarse, no sea que la mujer esté más cerca de lo que cree y al encontrársela se le pare el corazón. Opta por escabullirse dentro de la primera habitación que encuentra en su camino. Sabe que al refugiarse allí creará una situación extraña, pero prefiere eso a cualquier otra cosa. Además, Jahan lo entenderá, está segura. Sueña con tenerle cerca, con dejar de tener miedo.

Pero no es Jahan quien duerme en aquella habitación.

—Vaya, vaya… Mira quién anda buscando compañía.

Cuando le ve incorporarse, desnudo y con media sonrisa en la boca, Sofía está tentada de salir al pasillo y lanzarse en brazos de la loca.

—No sé qué pensará tu marido de todo esto… Ese que supuestamente te está esperando. Pero no te preocupes, será nuestro secreto…

Sofía duda. Luego musita que ella no tiene marido, pero que la deje en paz por favor. Viendo que ella, a pesar de todo, se sienta en la cama junto a él, Ollauri se aparta hacia un lado para hacerle sitio, algo confuso.

—Tengo que decirte algo… Hay una mujer en el pasillo. Ayer me saltó encima, por la noche. Me da un poco de miedo. No solo porque vuelva a por mí, es que… No sé cómo explicarlo. Lucy… no está bien. Creo que tiene muchos problemas. Y que… que no tiene ninguna hermana.

Ollauri la mira, bastante sorprendido.

—Verás, yo pienso que ella…

—… está como una puñetera cabra. ¿Eso es lo que has venido a decirme, en mitad de la noche? —l e pregunta, incrédulo.

—¿Qué? ¿Vosotros dos lo sabíais? Entonces… ¿por qué me dijisteis que eran gemelas? ¿Y nunca le decís nada a ella?

—Le seguimos la corriente, es lo mejor. Ahorra problemas. Además, las dos son tan distintas que… acaba uno creyéndoselo.

—Pero… ¿Por qué hace eso?

—No hace nada, yo creo que ella misma no lo sabe.

—Vaya… —m usita Sofía, bajando la vista. Siente de verdad todo aquello.

—Y ahora, ¿puedo seguir durmiendo, o tienes algo mejor que ofrecerme?

Para su sorpresa, Ollauri ve que ella, decidida a no salir sola al pasillo, se recuesta a su lado. Intentando no rozarle siquiera, eso sí. Él se aparta también y se vuelve contra la pared. Está hasta el gorro de tonterías.

Después de un rato, Sofía escucha su voz en la semioscuridad.

—No le tengas miedo… No va a hacerte nada. Te adora. Vete tú a saber por qué, pero es así.

—Sé qué hace mucho que os conocéis… ¿Siempre ha sido así?

—Sí… Cuando atracamos aquí, suele recibirnos siempre Lucy; pero un día llegamos a la isla, y… Ella no estaba. Jahan encontró a «su hermana» en la parte de atrás, junto a los bananos… a punto de colgarse de una cuerda. Tuvo mucha suerte de que llegáramos justo en ese momento.

Sofía traga saliva.

—Y… ¿Cuándo empezó a… pasarle eso, a convertirse en dos personas?

—Ni idea… Pero pienso que esa historia de las revueltas del 98 algo tuvo que ver. Habrás oído lo que pasó… La gente se volvió loca, la emprendieron con los chinos. Especialmente, con las chinas… Ya sabes lo que quiero decir.

Sofía se quedó callada. Sí, sí que había oído lo que pasó. Sabía que durante esos días miles de mujeres chinas fueron arrastradas fuera de sus casas y violadas en la vía pública, a menudo en grupo y delante de sus familiares. El horror de aquello se le había quedado en los oídos como un eco lejano, pero permanente: el eco que llegaba a veces de esos países a los que la prensa europea no solía conceder demasiada importancia. Ahora el recuerdo de aquella noticia le subía de golpe a la boca, como el ácido del vómito inminente: había dejado de ser una historia del periódico para ser la historia de alguien, de alguien que ella conocía. Y se sintió temblar en la propia garganta aquel gemido que del pasillo procedía.

Ollauri, notando cierto temblor tras de sí, se gira hacia ella; pero Sofía aparta la cara. Tiene el pelo sobre los ojos, empastado de humedad, saliva, sudor. Él siente el impulso de apartárselo, pero no lo hace. Mejor que ambos se pongan a dormir de una vez, que el alba llega muy rápido.

No es capaz. Sabe que ella está despierta, detrás de él. ¿Por qué demonios no se marcha a su cuarto? Mañana no quiere estar como un maldito zombi cuando haya que sacar el barco de aquel laberinto de islotes. Hay que joderse.

Ya está dormido cuando una mano helada se le posa sobre el hombro, despertándole. Al girarse ve a Sofía, que le mira con los ojos fuera de las órbitas. No entiende. Ella le señala la puerta con un dedo tembloroso.

Ollauri, medio dormido, mira hacia allí sin comprender. No hay nada: el pasillo oscuro tras el dintel. El quicio de la puerta forma una línea perfecta, definida. Solo poco a poco va distinguiendo a qué se refiere Sofía: detrás se entrevé una forma. Hay algo al borde del umbral, por el otro lado. Un ángulo. Un hombro. Alguien está allí,

inmóvil, cerca de la puerta y en una postura sin sentido. Es como si estuviera al otro lado de la pared, mirando al muro; supuestamente escondida e ignorante de que el brazo sobresale. No se mueve. O sí: ya se le ve el pelo, la oreja, el ojo; ya quiere asomar la mirada aquella muerta en vida que ha encontrado por fin dónde se esconde su nueva amiga.

Ollauri suelta un taco. Lo que le quedaba por ver.

—¿Qué hacemos? —s usurra Sofía—. ¿Avisamos a Jahan? Ayer él… parece que sabía lo que hacer. Cómo controlarla.

Ollauri le lanza una mirada de través. Si por él fuera, se levantaría ahora mismo de un salto y llevaría a aquella majadera a rastras de vuelta a su cuarto: un par de guantazos, una buena cuerda prieta alrededor y mañana será otro día. Aunque, en realidad, él sí que sabe lo que hacer; y bastante mejor que ese salvaje que tiene por compañero.

—Hay que despertar a la otra, a Lucy. Con la música. La música la ayuda a volver a ser esa persona que se ha construido, la que no se acuerda de nada de lo que le ocurrió.

—¿Música?

—Sí, esos graznidos insoportables que escucha… Ya has visto su tocadiscos último modelo.

—¿Y cómo hacemos?

—Yo, nada. Tú haz lo que te venga en gana.

Sofía mira hacia la puerta, desesperada. Lily no está. ¿Dónde ha ido? ¿Ha entrado ya en la habitación, está quietecita junto a una de las paredes? No verla le da aún más miedo que verla.

Ollauri observa con no poca sorpresa cómo Sofía se levanta de la cama y salta por la ventana de la habitación. Antes ha tenido que saltar por encima de alguna otra cosa: el miedo que le da la oscuridad de fuera, y la posibilidad de que esté ya habitada por aquel espectro que la asusta y conmueve a partes iguales. Después de varios trancazos que Ollauri imagina son piedras imprevistas hincadas en las canillas (y puertas que han resultado estar cerradas…), se oye un trajinar de cajones en el salón. Más porrazos. Es el desbarajuste causado por alguien que busca algo a oscuras y en casa ajena. Finalmente, en el calurosísimo vacío de la noche, por encima del fragor de los insectos y el desorden de las olas, consigue irse abriendo paso otro sonido. Es *Ye lai xiang,* una vieja canción de los cuarenta, en la voz del ídolo de Lucy, Li Xiang Lang; según ella, «la mujer más sofisticada y misteriosa de todos los tiempos». Ollauri se tapa los oídos. La canción suena una y otra vez, y vuelta a empezar; hasta que la dueña de la casa deja de llorar y empieza a tararear por el pasillo. Después se acuesta por fin en su cama, tranquila, arrullada por aquella música que le hace creer que el mundo, de nuevo, puede volver a ser

hermoso.

El bolero se repite hasta el amanecer, para perplejidad de los zarapitos de la isla y de un pescador despistado que pasaba por allí.

Por la mañana, Ollauri se queda dormido. No partirán a Yakarta hasta el día siguiente.

Cuando Lucy le pregunta si ha dormido bien, él lanza un coco por la ventana.

Al día siguiente, cuando el barco parte por fin, la gemela saca su artillería pesada: el equipo completo para las despedidas, con lágrima y pañuelito incluidos. Jahan dice que siempre les monta aquella escenita, aunque solo hayan ido a por combustible y vuelvan al cabo de unas horas. Le hace ilusión.

Sofía le daría un abrazo, pero no se atreve; sabe que el afecto expresado así puede no ser bien recibido por una persona china. Al final se limita a imitarla y sonreír inclinando la cabeza como ella, mientras la ve alejarse, allí en la playa de su isla. Su menuda silueta debajo del parasol deshilachado, triste y feliz al mismo tiempo, es el último recuerdo que guarda de ella.

32
Rumbo a Yakarta

Las más de cuarenta horas de viaje que les esperan no son la pesadilla que se podría pensar. Y eso a pesar de los bandazos, el sol, la falta de espacio y la escasa comida, que por otro lado suele tardar más o menos una hora en salir por donde ha entrado y caer por la borda. Nada de esto importa a Sofía, porque sabe que el final de ese viaje será realmente el final de su viaje. La cercanía de la meta, su inminencia, lo cura todo. Hasta la sed infernal que están pasando: además de no haber cargado suficientes provisiones, se les está agotando el agua potable del tanque (en el que había reservas para dos personas, no para tres); y al tormento de estar siempre empapados en sudor se suma la lengua pegajosa y un ansia loca en la garganta.

Todos estos asuntillos pierden peso cuando tienen que enfrentarse a problemas mayores.

Jahan sube a cubierta y le hace un gesto con la mano: necesita que baje a ayudar.

Cuando baja por la escalerilla, Sofía se encuentra una escena que no sabe cómo interpretar. En la semioscuridad de la bodega distingue varios bultos. Son cajas y otras cosas que transportan en el barco. Se mueven de un lado a otro, se balancean… Flotan. Al llegar al final de la escalerilla, Sofía nota que el agua le llega por las rodillas.

A falta de una bomba hidráulica ni nada que se le parezca, Jahan trata de achicar usando cubos de agua que va subiendo a cubierta, con la misma eficacia que quien intentara drenar una piscina usando una cucharilla de helado. Por otro lado, y dado que no puede hacerlo todo a la vez, le pide a Sofía que sujete una especie de trapo que hay en un lateral. Es un trozo de lona alquitranada, mohoso y ya empapado, con el que pretende bloquear el paso al agua. O mejor dicho uno de los pasos, porque no es solo por ahí que está entrando; ya se filtra por varios lugares, ya hay varias vías de agua abiertas… El casco de aquella chatarra flotante está lleno de grietas.

—¿Y esto?

—No preocupes… Un barco de estos tarda muchas horas en hundir. Da tiempo a llegar a Yakarta.

Sofía se siente aún más desconcertada ante semejante respuesta, pero la tranquilidad de Jahan la ayuda a convencerse de que no hay motivos para perder la calma. Intenta concentrarse en hacer lo que él le dice y trata de no pensar demasiado.

Ahora bien, cuando sube a cubierta con uno de los cubos, lo que

allí encuentra la alarma aún más. Ollauri se está secando la boca con el brazo, aparentemente para limpiarse una especie de grasa negruzca que todavía le chorrea por la comisura. ¿Pero qué demonios está haciendo? Él, al ver la cara de estupor de Sofía, le dedica una sonrisa de dientes negros que no desentonaría en un pabellón psiquiátrico. Luego le hace un gesto explicativo señalando uno de los motores, que vuelve a funcionar después de «tomarse un descanso» de varias horas… Su viejo truco para hacer que el motor entre en razón siempre da resultado: chupa por una especie de tubo mugriento que Sofía no entiende a dónde va conectado, y con la succión el motor se desatasca y vuelve a sus quehaceres. Después la boca sabe a rayos, sí; pero bueno, qué importa… Total, no es mucho peor que lo que están comiendo: puré de maíz frito (y rancio) y pescado rebozado en migas de galleta. Todo con mucho, mucho picante, que ayuda a imaginar que lo que tienes en la boca es cualquier otra cosa.

A Sofía, sin embargo, lo que más le inquieta de la comida es verlos prepararla: como si fuera lo más natural del mundo, hacen una fogata sobre la cubierta, dentro de unos cajones donde acumulan trozos de madera inservible y otras cosas que ambos consideran «quemables». No muy lejos de aquel despropósito están los tanques de combustible. En realidad, casi que es mejor que se hundan. Sofía prefiere ahogarse dignamente a salir volando por los aires desmembrada y chamuscada.

Su posible salvación llega, irónicamente, en forma de humareda: los pufos negros que deja tras de sí un barco no mucho más moderno que el suyo, y que parece dirigirse hacia ellos. Sofía se pregunta si estarán ya cerca de Yakarta y se tratará de la guardia costera que, viendo la precaria situación en la que se encuentran, ha acudido en su ayuda. Seguramente Ollauri los habrá avisado por radio, y ahora los remolcarán, y ella estará por fin a salvo, y la llevarán al puerto, y quizá pueda explicarles su situación, a ver si la llevan a la embajada, y… Todo se solucionará. Sofía grita ya a voz en cuello, medio cuerpo por la borda, haciendo gestos con uno de los señalizadores.

Algo la golpea en la cabeza. Es un zapato. Ollauri no tenía nada más a mano para lanzarle. Bueno, sí; una botella de queroseno. Debería estar agradecida.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? ¿No ves que es la guardia costera?

—Sí… Por eso. —S ofía se restriega la nuca, confusa.

—O sea, que quieres que nos acaben arrestando; o, si los pillamos en un día malo, que nos peguen cuatro tiros. Te recuerdo que somos tres personas indocumentadas en un barco «prestado»… Digamos, sin los permisos reglamentarios para estar aquí o para existir siquiera. ¿Te lo dicto?

Sofía niega con la cabeza, para nada convencida. Lo único que tiene

claro es que prefiere estar arrestada en una comisaría en tierra firme que con ellos en aquella bañera roñosa que hace aguas por todos lados.

—Creo que ahora mismo que nos arresten es el menos grave de nuestros problemas.

—Escúchame bien… Algo que deberías hacer siempre, antes de hablar de lo que no sabes. En primer lugar, no estamos hablando de un desencuentro con la policía de un país europeo que se trata con tranquilidad, discutiendo en una comisaría con… sillas y aire acondicionado, precisamente. Y, en segundo, a ver si te enteras de una vez, esta historia puede terminar muy mal para nosotros dos, más allá de acabar en Capitanía Marítima.

—¿Qué quieres decir?

—No es asunto tuyo. Ahora, suelta esa bengala si no quieres que te arranque el brazo.

La cosa ya no tiene remedio. Con ayuda de Sofía o sin ella, la embarcación les hace señales para que vayan aminorando: dado que no reciben ninguna respuesta por radio, van a subir a bordo.

Jahan mira a Ollauri, esperando unas instrucciones que no llegan. La tensión es palpable conforme los guardacostas se acercan hacia ellos.

—Ahí lo tienes… Espero que estés contenta. Si consiguen identificarnos, vamos a acabar en la puta cárcel; yo, al menos. Jahan… Jahan puede terminar algo peor.

—¿Pero qué estás diciendo?

Ollauri la agarra por el brazo y la acerca hacia así, explicándole finalmente cuál es la situación. La razón por la que los buscan en varios países del Archipiélago es que están acusados de organizar el robo de «patrimonio arqueológico de interés estratégico nacional». En el caso de Jahan, si llegara a establecerse su nacionalidad, los cargos podrían acabar desembocando en un caso de alta traición, cuyas consecuencias por estas regiones no es necesario precisar.

Ya a su altura, la nave de la guardia costera se les abarloa y uno de los agentes salta a bordo. Es un hombre de medi ana edad, pero muy musculoso. Lleva una gorra de plato, gafas de sol y un bigotito sobre la sonrisa, a medio camino entre el hastío y la crueldad. Se parece mucho a tantos otros que ejercen su profesión en esta zona.

Sofía observa que, al poner un pie en cubierta, el guardia se ha apoyado justo detrás de una enorme soga que recorre el suelo. Ni corta ni perezosa, y recordando las advertencias de Jahan sobre el cuidado que hay que tener con cuerdas y cables y su manía de tensarse cuando menos te lo esperas, Sofía se agacha y da un seco tirón a la soga. Esta golpea contra las rodillas del hombre, que, sobresaltado por el latigazo, pierde el equilibrio y cae hace atrás.

Cuando quiere darse cuenta está sumergido en el agua, aún preguntándose qué ha pasado.

Ollauri y Jahan permanecen inmóviles, mirándola. ¿Pero qué demonios hace? ¿Qué es esto, una broma de patio de colegio?

El otro guardia que va en la embarcación, un chico joven, saca la cabeza por uno de los portillos, extrañado. Jahan decide completar la faena; y, enganchándolo por la ropa como si de un pelele se tratase, lo saca de un tirón y lo lanza al agua también.

Cuando los dos guardias se recuperan de la sorpresa, los miran desde abajo entre toses y escupitajos salados.

Ollauri asiste incrédulo a la escena: si antes tenía dudas sobre las capacidades intelectuales de «su tripulación», estas han quedado de inmediato despejadas.

Jahan se echa a reír al ver a aquellos dos besugos desgorrados y pataleando en alta mar. Lo más sorprendente es que uno de ellos, el joven, empieza a reírse también.

Pero la risa se le pasa de golpe en cuanto ve a Jahan saltar a bordo de la embarcación y tomar los mandos en la cabina.

Lo siguiente que los guardas saben es que están solos, en el agua, a varios kilómetros de la costa. Sin barco, sin gorrita y sin sus características gafas de sol, que han sido lo primero —s olo lo primero — en hundirse.

Ya con el motor a tope y de nuevo en rumbo, Ollauri despotrica contra sus compañeros y la gilipollez que acaban de hacer. Pero está encantado… Sofía se lo nota. Jahan los sigue a escasa distancia con la nave de los guardacostas, haciendo el idiota con la sirena.

—Por si tenías pocos problemas, bonita, ahora eres cómplice en un robo y agresión a las autoridades…

—¿Crees que sobrevivirán?

—Sí. Bueno… Puede que no.

—Entonces no sé a quién se lo van a contar.

Ollauri la mira de reojo, un tanto sorprendido.

Ella le pasa un paño que hay encima del panel, viendo que el sudor le chorrea por la barbilla. Después, añade:

—Además, no es a mí a quien buscan. Por aquí nadie me conoce ni sabe quién soy. Si a alguien hay que cargar el muerto (o los muertos, según dices) será a ti. Por otro lado, ¿quién creería que viajo con vosotros por voluntad propia? Supongo que, con tu experiencia, habrás oído hablar del secuestro de personas…

Él no le contesta, solo mira hacia el mar a través del cristal. No puede creerlo.

—Es broma.

—Espero. Si no, recuerda que puedes salir volando al agua tú también: tengo la mano muy suelta yo.

—Vaya manera de dar las gracias… Que yo sepa, si hace un momento no llega a ser por lo que hemos hecho Jahan y yo, ahora estaríamos los tres a bordo de la nave de los guardacostas, quizás esposados. Por otra parte, si es verdad todo lo que me has explicado antes, eso de que no solo os buscan en Singapur, sino también por estos lares… Pues ya me explicarás cómo vas a evitar que eso acabe sucediendo de todas maneras… En cuanto intentes atracar en el puerto de Yakarta, sin ir más lejos.

—¿Y quién dice que pienso atracar?

Sofía le mira sin comprender, pero Ollauri no precisa más.

Conforme se van acercando a la costa, el aire empieza a cambiar un poco. Quizás es por el velo azulado, o más bien gris, que va enturbiando la vista a medida que se acercan a Yakarta. Una mezcla de contaminación, olor a quemado y polvo envuelve por completo la ciudad, que se asienta junto al mar, pero no directamente al alcance de sus dedos. A diferencia de Nueva York o Singapur, cuyos enormes edificios surgen en vertical al borde mismo del agua que las circunda, Yakarta se alza a cierta distancia del mar. Sus rascacielos y minaretes se alternan en la lejanía… una lejanía prudencial respecto a las olas; aunque, por lo que ha oído Sofía, de poco sirve.

Yakarta, la antigua Batavia de la época colonial, es una ciudad que pasa la mayor parte del tiempo inundada. Plazas y autopistas se convierten con desesperante periodicidad en ríos y lagos de curioso diseño: el que marca la arquitectura de sus edificios, que —u na vez destruidos los manglares que antaño protegían la costa— son lo único que acaba conteniendo y reconduciendo las corrientes. Por entre esos ríos paralelos y lagos simétricos creados por el trazado urbano, intenta abrirse camino la población, ya más que acostumbrada a ver coches arrastrados por el fango o tiendas qu e prefieren abrir sus puertas en la segunda planta de los edificios. Mientras tanto, la vida sigue: los almuecines llaman a la oración por megafonía, la gente charla dentro de sus coches («aparcados» durante horas en el tráfico), los pájaros chillan en las jaulas de los mercados y los adolescentes bailan en las azoteas.

Sofía observa el panorama que tiene delante, difuminado por la distancia y la contaminación. Tras el puerto, varios kilómetros de casas bajas; luego, rascacielos y mezquitas. Hay una cierta corriente de aire, quizá por esa pared que forman los edificios del fondo y que devuelve como un eco la brisa del mar. Eso sí, las brisas marinas del Archipiélago no son precisamente frescas. El aire caliente te golpea en la cara, igual que si miraras de frente hacia un secador encendido.

Difícil hacerse una idea, difícil entender este lugar, piensa Sofía. Toda su vida se la ha pasado viajando y está más que habituada a encontrarse con paisajes, ideas, olores inesperados. Es cierto que en

algunas ocasiones sus viajes han sido picoteos, estancias breves en lugares muy distintos entre sí. A pesar de todo, incluso con conocimientos muy superficiales del país visitado y no demasiado tiempo para hacerse composiciones de lugar, siempre suele ser capaz de crear para sí cierto mapa mental, por esquemático que sea. Ahora bien, Indonesia… No sabe ni por dónde empezar a intentar comprenderla, y si es siquiera posible abarcarla como concepto. Lo que ha visto hasta ahora no tiene sentido alguno.

Primero, una isla de locos en la que coexisten pacíficamente urbanizaciones saturadas de turistas singapurenses y palafitos donde la gente aún subsiste con la pesca tradicional. Es un lugar donde hay cajeros automáticos y móviles, pero también donde muchos matan el tiempo sacrificando búfalos y pegándose cuchilladas en mitad de la selva. Suena mal, así explicado; pero así lo ha visto y así lo cuenta.

Segundo, otra isla cuya única habitante y el grupo al que pertenece nada tienen que ver con lo anterior. Otra raza, otra cultura, otra historia.

Tercero, uno de sus ciudadanos, Jahan —t otalmente distinto también—, que, además, ni siquiera dice serlo.

Ahora, una ciudad extraña, que combina autopistas con mezquitas con chabolas con palmeras.

Si bien es cierto que no tiene suficiente información, también lo es que en cualquier otro país y en el mismo periodo de tiempo se habría hecho ya una idea bastante clara del lugar en el que está. Pero esto… Esto no hay por dónde cogerlo, no señor. ¿Cómo combinar contaminación, vida rural, modernidad, religión, sangre, pesca y rascacielos? ¿Es este lugar ese país del que hablan, ese con el mayor número de musulmanes del mundo, el mismo donde los surferos bailan hasta el amanecer y los cerdos se desangran y asan con gusto? ¿En unas islas las adolescentes combinan las pestañas postizas con el *jilbab* islámico, mientras que en otras saltan por la jungla cubiertas solo y exclusivamente por escasas faldas de hojas? ¿Es en este país incomprensible donde también se alza Borobudur, el templo budista más grande del planeta, y al mismo tiempo devotos fieles del hinduismo se lo pasan pipa maquillándose como enloquecidos monos blancos para interpretar a los personajes del Ramayana en plena jungla? Sofía piensa en todo esto, en las islas que aparecen y desaparecen, los volcanes que estallan en días laborables y en los otros también, los campos de arroz que se inundan con el monzón y los corales bajo mares de esmeralda; y no es capaz de componer un cuadro coherente con todas esas piezas. Cuanto más sabe, menos entiende. Orangutanes en Borneo, sultanes en Sumatra, máscaras en Bali, fuertes portugueses abandonados en las Molucas… Caníbales, teléfonos móviles, piratas, *sharía,* canela y clavo, tribus papúes. ¿Cómo

es posible que coexistan todas esas imágenes en el mismo país? ¿Cuántos paisajes, lenguas, religiones y etnias pueden caber en un solo lugar? Y, sobre todo, ¿cuándo empieza un lugar a ser otro?

Indonesia es sin duda alguna el país más complejo en el que ha puesto pie hasta ahora.

—Salta.

—¿Qué?

—Que ya hemos llegado. Que saltes al agua.

Ollauri señala hacia el puerto. Solo una media hora a nado; tampoco es para tanto.

—¿Pero qué dices?

—No tengo los permisos para atracar aquí.

—Y… ¿Y el otro barco? ¿Por qué lo hemos dejado tirado ahí atrás? ¡Era más seguro que este y además con él sí habrías podido entrar en el puerto sin llamar la atención!

—Bah… Ese barco podía darnos problemas más que otra cosa. Pero eso ya no tiene nada que ver contigo. Tú, ahora, a lo tuyo. ¿No querías llegar a una ciudad? Pues a una ciudad te he traído.

Sofía mira horrorizada hacia el puerto. Sabe nadar, sí; pero nunca ha nadado una distancia así, y menos en el mar. Por otro lado, ¿qué va a hacer cuando llegue, agotada y empapada, cerca de alguno de aquellos cargueros? ¿Gritar? ¿Pedir que le lancen un cabo? ¿Y… cómo se grita eso en indonesio?

Jahan, ya de nuevo a bordo, abre mucho los ojos al oír aquello.

—Tú acercar más. Así, no posible. Ella ahoga seguro.

—¡Cuánta preocupación! Enternecedor. Si te quita el sueño el tema, pues acércala tú. En dos brazadas te plantas allí y dejas a la princesita sana y salva en tierra… Eso sí, si te detienen, yo no quiero saber nada. No serías el primer náufrago renegrido que llega a estas costas a nado y acaba en el puñetero trullo… Lo que es yo, no pienso ir a llevarte tabaco.

—Yo no miedo a que detengan. Tú. Tú miedo. Yo no miedo.

Ollauri le lanza una mirada de odio. Por tacharle de cobarde, y por saber tan bien cómo manipularle. Odio también contra sí mismo, por dejarle que lo haga.

Después, sin decir palabra, descarga toda su rabia en el maltratado motor. El barco vira violentamente hacia un lado y emprende el camino en otra dirección, a toda velocidad y de proa a las olas: los pantocazos sacuden toda la estructura amenazando con lanzarlos a los tres por la borda. Sofía se agarra como puede para mantenerse en pie, y acaba colgando de un brazo de Jahan.

—¿Y ahora qué hace? ¿Se aleja del puerto? —g rita, agitadísima—. ¿A dónde vamos?

—Tú no preocupa. Él lleva, seguro.

—¿Pero a dónde? ¿Por qué gira?

—Sunda Kelapa.

—¿Qué es eso?

—Un sitio. Está en Yakarta también. Es un puerto mejor. Bueno, peor. Pero no policía.

Sofía suspira. Mejor no preguntar más, no sea que le contesten.

33
Velas negras

Sunda Kelapa resulta ser el antiguo puerto de Yakarta. Sunda, o Sonda, es el nombre de la región, un centro comercial y portuario que lleva en funcionamiento desde hace más de un milenio. De hecho, el puerto al que se dirigen ya era conocido por los europeos en el siglo XVI . Los portugueses, recién establecidos más al norte, en Malaca, empezaron a comerciar también en los muelles de Java, de los que partían sobre todo pimienta y nuez moscada. Más tarde la Compañía Holandesa de las Indias Orientales convirtió este puerto en su base regional de operaciones, y en centro de la —r ecién conquistada, arrasada y luego rebautizada— ciudad de Batavia. Los picantes aromas que daban la bienvenida a los europeos que atracaban aquí eran, según las crónicas de la época, una mezcla exótica y explosiva que recordaba a la pólvora de cañón, al té quemado, al tabaco recién ahumado. Bastante distintos, desde luego, son los olores que reciben hoy en día a los que se acercan al actual Sunda Kelapa… Combustible, basura, pescado podrido. Esas son las notas predominantes. El histórico puerto de la Batavia colonial se encuentra hoy en un penoso estado de abandono, hundiéndose dentro de su propia miseria. Sofía mira espantada el agua conforme se acercan hacia el muelle. Al principio ni siquiera consigue identificarla como tal: está tan contaminada de residuos industriales, que ha dejado de ser un líquido y se ha convertido en una masa densa, oleosa. En su pesado discurrir arrastra una marea de basura flotante.

Es entonces, en aquellas aguas nauseabundas, cuando Sofía los ve.

Los barcos amarrados en Sunda Kelapa no son barcos normales. Hay que restregarse los ojos para no creer que está uno soñando, que los perfiles de aquellas embarcaciones no los ha inventado uno mismo, sin querer.

El puerto está lleno de grúas, de camiones; el trasiego es constante. Unos metros más allá, los esqueletos de nuevos rascacielos se encaraman unos sobre otros, ya cochambrosos antes siquiera de estar terminados. Hasta aquí, todo normal; todo igual que el resto de la ciudad. ¿Qué hacen, entonces, semejantes barcos en este lugar?

A la orilla, dentro de las aguas inmundas, se mecen grandes barcos de vela aún operativos. Decenas, cientos de ellos. No se trata de barcos restaurados, de antigüedades que descansan plácidamente después de una azarosa vida cruzando los mares y los siglos. No. Son barcos que nunca han dejado de funcionar. Muchos de ellos tienen más de cien

años, como muestran claramente sus tristes figuras, sus cascos descoloridos y deformes, sus mástiles mutilados. Los mástiles. Todos tienen ya motor: son embarcaciones parcheadas en las que se solapan los distintos avances tecnológicos que el mundo de la navegación ha experimentado a lo largo de los años. Mientras que una parte de la arboladura está aún en uso y con las velas listas para ser desplegadas, la otra ha sido arrancada a hachazos y remplazada por grúas modernas, o por las salidas de humos de primitivos motores de carbón.

La visión impresiona. Es como ver de pronto una basílica románica por cuyo cimborrio asomase el extractor mugriento de una cocina.

A medida que se acercan, Sofía consigue distinguirlos mejor. Son extraños también por otros motivos aquellos barcos. Si bien por el aparejo parecen queches europeos, el casco recuerda más bien al de los *dhow* árabes, con la proa muy afilada y altísima, como si la quilla hubiera querido alzar la cabeza y prolongarse hacia el cielo. Las velas, de cuchillo, en lugar de arriarse hacia abajo, se recogen como cortinajes. Algunos las llevan al tercio, al estilo de los juncos chinos que todavía pueden verse en Hong Kong; otros, latinas, como las que usaban los árabes hace más de mil años. Su estructura es producto de su historia singular. Es una mezcla de los barcos de Omán que en la Edad Media cruzaban el Índico para comerciar con los sultanatos de Java y Sumatra, las primitivas goletas holandesas que más tarde llegarían de Europa, y las embarcaciones propias del Archipiélago, de perfil decididamente oriental. Esas embarcaciones tradicionales portaban no pocas veces las velas rojas o azules. Y es que ¿quién dice que han de ser blancas las velas? Antiguamente, de hecho, en esta región eran casi siempre negras: no es improbable que, dada la fama de algunos navegantes de por aquí, esté en ellas el origen de la bandera pirata que más tarde se usaría en otras latitudes.

Los cascos de los barcos de Sunda Kelapa están pintados de colores, y en el conjunto predominan el blanco, el verde claro, el azul celeste de días mejores. Por encima, colgando de sus costados o balanceándose peligrosamente sobre estrechas pasarelas de madera, hormiguean los trabajadores del puerto. La mayoría están semidesnudos y llevan la cabeza envuelta en una especie de gorro de trapos anudados para protegerse del sol, parecido al de Jahan. Recortadas contra la luz, sus siluetas masculinas tirando de cuerdas o con sacos a cuestas son idénticas a las de sus antepasados, hace décadas, hace siglos, en este mismo puerto, sobre estos mismos barcos. Los *phinisi* . Y, a vela y a motor, o impulsados a remo si hace falta, estos barcos siguen haciendo su trabajo: transportan todo tipo de mercancías desde y hasta Yakarta, atravesando el mar de Java y dirigiéndose a Borneo y al sur de la «isla de la estrella», la isla Célebes,

donde en realidad tienen su origen.

—¿Te gustan?

—Pues… No lo sé.

—Yo tengo uno.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Lo quieres?

Sofía sonríe, aunque no comprende. Después ve que Jahan se lleva la mano a la cintura del *sarong,* donde los hombres del Archipiélago suelen crear un bolsillo con los pliegues de la tela. Ha sacado algo y se lo ofrece.

Es un papel amarillento, arrugadísimo. Ah, no; es un billete de dinero indonesio. Allí, impreso en tinta roja, con la proa apuntando a una cifra de varios ceros (en realidad, solo medio céntimo de euro) navega orgulloso un *phinisi* . Sofía lo coge: ahora tiene uno ella también.

Cuando atracan —a quella chatarra en la que viajan ya escorada sin remedio hacia la izquierda—, algunos hombres saludan a Ollauri a grito pelado desde las cubiertas de otros barcos. Sofía no se demora en despedirse de él… Solo le da las gracias con un gesto y se concentra en bajar lo más dignamente que puede, mientras un grupo de estibadores observa entretenidísimo sus movimientos. Jahan la sostiene un momento por el pulso para ayudarla. Después, su mano ya no está.

Al final de la pasarela la espera el cemento. Su primer paso en Yakarta. Sudada, extenuada, sin documentos ni lugar al que dirigirse. Tampoco tiene dinero: solo un billete arrugado de medio céntimo del que por otra parte no piensa deshacerse, aunque le vaya la vida en ello. Muy decidida e ignorando a los estibadores —q ue han empezado a gritarle cosas desde los barcos—, Sofía se adentra sola en Yakarta con su *phinisi* de papel en el bolsillo.

34
Vida subterránea

El muelle da paso a una zona en la que los edificios en ruinas y en construcción se superponen entre sí, y un sol inclemente golpea el cemento como una apisonadora. Detrás de sí Sofía sigue oyendo voces. Algunos trabajadores del puerto han pasado de seguirla con la mirada a seguirla de verdad. Seguramente se trata solo de curiosidad y aburrimiento, pero ella decide no quedarse a averiguarlo. Acelera el paso y se adentra en el laberinto de callejas. O, mejor dicho, de canalizaciones, porque lo que separa las casas —c asetas, montadas con contrachapado y uralita— no son calles propiamente dichas, sino una especie de surcos transitados por motocicletas por donde discurre también un regato de aguas marrones.

Los hombres continúan siguiéndola. No sabe si son todavía los del puerto, u otros. ¿Será por el tema del velo, porque lleva la cabeza descubierta? No cree… Ha visto ya a varias mujeres y solo una lo llevaba: iba en bici, combinando chándal y *jilbab* con total naturalidad.

Las aguas se ensanchan. Ahora tiene que caminar por una especie de plataformas improvisadas, montadas sobre el agua con tablones y otros objetos, que, atados entre sí, funcionan como aceras flotantes. Pocos metros más allá y sin solución de continuidad proyectan su sombra impresionantes rascacielos. ¿Se encontrará en un arrabal, o será igual toda la ciudad? ¿A dónde puede ir? Ante la duda, hacia delante.

Si bien intenta no titubear y caminar con paso decidido, Sofía se ve obligada a ir más despacio. No quiere acabar en el agua, ni enredada en uno de los miles de cables eléctricos que —s orprendentemente para una ciudad que sufre tormentas tropicales e inundaciones— se anudan colgados entre casa y casa, al aire, pelados, cortados y empalmados de mala manera. Hay personas detrás de ella, aún siguiéndola. Ya le pisan los talones. ¿Y si se detiene? ¿Pasarán de largo? Alguien le lanza algo por detrás, se oyen risas. El instinto la obliga a empezar a correr.

A los pocos metros, tropieza. Su cuerpo se encoge en el aire, preparado para el golpe, pero el golpe no llega. Cae blandamente en un lecho de barro y bolsas de plástico. De pronto está bocabajo en uno de los canales. Tose, gira sobre sí misma, tienta angustiada a su alrededor. Una mano se introduce bajo su brazo, sujetándola por detrás. Tirando de ella. Siente que alguien la aferra y la arrastra a una

profundidad pastosa, tibia y repugnante como el interior de un intestino.

Sofía manotea desesperadamente, intentando zafarse de aquellas manos y salir de la alcantarilla en la que ha acabado succionada contra su voluntad. Cuando al fin se calma y empieza a entender la situación, ve que ante sí no hay nada que represente una amenaza. Es solo un hombre que ha intentado ayudarla. Ahora están en un túnel, escondidos. Él le hace un gesto con la mano: ya se han marchado… Tranquila.

Es menudo, con la piel muy oscura y una sonrisa desdentada. Aquella es su casa.

Sofía mira a su alrededor. Se encuentran dentro de una canalización de agua, en una galería. Unos metros más allá se ve la salida. La luz entra entre los hierbajos revelando un desolador paisaje subterráneo de cemento y espumas marrones. Basura, no. Djoko ha construido un ingenioso filtro con una mosquitera y así la porquería flotante queda atrapada antes de llegar a su casa. Lleva más de diez años viviendo allí: sabe bien lo que se hace.

«Inggris?», le pregunta.

Sofía asiente. Sí, sabe hablar inglés, el de Inglaterra y el otro, el inglés que de verdad sirve: ese que no tiene auxiliares ni zarandajas, el que se subraya con gestos y se silabea con las vocales bien abiertas y masticaditas al borde de la boca. Esa es la verdadera lengua del mundo. La que puede obrar el milagro de que un costalero de Hong Kong entienda a la perfección a un pescador de la Patagonia, pisoteando la lengua de Shakespeare para valerse de ella y al mismo tiempo dejando *in albis* a cualquier espectador nativo de aquel idioma que una conversación semejante presenciara.

—Polís .

—¿Polisi?

¿Quiere ir a la policía aquella extranjera? Sí. Dice que tiene un problema. Por eso quiere ir a la policía: para solucionarlo. Está un poco loca, eso ya se ve. Los extranjeros tienen ideas así; no entienden cómo funcionan las cosas. Son raros.

Djoko le dice que sí, que sí quiere la llevará a la policía, pero que antes se lave un poco. Que beba.

El hombre señala a Sofía una tubería oxidada que corre paralela al techo, y de la que sobresale una especie de pitorro. Es un corcho viejo, manchado de vino. Al retirar el tapón, de la tubería sale un chorro de agua limpia. Allí no falta de nada, a ver qué se ha creído.

Sofía mira a su alrededor y descubre «el dormitorio», un nido construido rudimentariamente a base de ladrillos rotos, cemento y mucha buena voluntad. Dentro hay una colchoneta y un palo del que cuelga ropa limpia. En la otra pared del túnel, sobre una repisa

deforme construida también a paletadas, hay un hornillo de camping y varias cajas de comida, todo perfectamente ordenado.

«Mis amigos ayudan. Pronto, construimos más. Un baño. Muy harto de ir al centro comercial. Aquí… Ves. No es difícil, amigos ayudan. Tengo muchos amigos. Con amigos, todo fácil».

Sofía observa el estalache que aquel hombre tiene allí montado, el microcosmos de orden y limpieza que ha creado junto a un canal por el que a veces discurren excrementos humanos. Él, por supuesto, no hace sus necesidades allí: es su casa. Prefiere ir al centro comercial. En Yakarta hay muchos.

Al ver una sombra junto a la pared, Sofía se da cuenta de que no están solos.

Se oye una risita. Es una mujer. Cuando finalmente se decide a salir de su escondite, Sofía descubre que hay dos personas viviendo allí. «Pronto, tres; o más, si hay suerte», dice Djoko, que desea aumentar lo antes posible aquel esbozo de familia.

La chica es casi una adolescente. Es guapa, al menos a Sofía le gusta mucho. Tiene unas facciones que parecen comunes en el Archipiélago: los ojos muy separados entre sí, la zona de la boca y barbilla más prominente que la nariz, muy breve; y unos pómulos altísimos. El color de la piel es dorado, pero con un matiz rojizo: caramelo, miel de castaño. Hay algo infantil en ella, más allá de su edad; algo luminoso y frágil en su sonrisa.

—¿Tú, hijos?

—No.

—¿Por qué?

Sofía sonríe, pero no contesta a la pregunta de la chica. No es por pudor, ni siquiera por evitarse una complicada explicación. Simplemente, ella misma no sabe la respuesta a aquella pregunta. Se trata de una cuestión irrelevante para ella, y nunca se ha parado a pensar en que ese es el eje principal sobre el que gira la vida de millones de personas; en esta región, y en tantas otras del planeta.

La chica le tiende un vaso de plástico con algo que parece té con mucha leche.

Está bueno.

Djoko es músico. Toca la guitarra en los autobuses de la estación central. Bueno, ahora va sin guitarra, porque le arrestaron y se la quitaron. Leyes nuevas: en el centro de la ciudad no pueden verse cosas así, gente mendigando. Él dijo que no estaba mendigando, pero no le hicieron caso. Su mujer estuvo muy preocupada, viendo que no volvía por la noche. Menos mal que luego apareció. Tardó algunos días en recuperarse, pero ya está bien. Cojea aún un poco, sí; pero está mejor que antes.

¿Está segura de que quiere ir a la policía?

Sofía termina el té. Dulce, caliente. Se siente mejor.

Sí, quiere ir a la policía. ¿Qué otra cosa podría hacer? Necesita ayuda. Tiene que conseguir ponerse en contacto con la embajada, volver a tener el control de lo que ocurre a su alrededor. Regresar a su país. O, aunque sea, a la normalidad. Su normalidad. Eso sería más que suficiente.

No hace falta que la acompañe a la comisaría, le dice Sofía. Con que le diga cómo llegar le basta, o que se lo escriba.

Djoko le dice que no puede escribírselo, que no sabe.

Es por eso que se ha casado, le explica. En su pueblo, en otra isla, de niño iba al colegio y había aprendido a leer, pero no a escribir. No le había dado tiempo, porque el colegio había cerrado antes de que le enseñaran. «Cosas de política», explica. Así que nunca había llegado a aprender a escribir. Una rabia, porque él quería: lo necesita. Todos los días se inventa un montón de canciones; se le ocurren todo el tiempo. Historias rimadas, bromas sobre la corrupción, las inundaciones, los problemas de la gente como él. Un montón de versos. Pero, como no puede escribirlos, se le olvidan. Por eso se ha casado. Así tiene alguien que seguro está en casa todos los días; y, en cuanto se le ocurre algo, se lo cuenta. Luego lo van repitiendo juntos, hasta que le ponen la música. Con música es más fácil. Una vez que tiene música, ya te acuerdas siempre: «la música salva las palabras».

—¿Tú sabes escribir?

Sí, sí que sabe.

—¿Y cuánto tardaste en aprender?

Sofía se queda pensativa. No tiene ni idea. De nuevo, jamás se le ha ocurrido pensar en eso. En algo tan importante.

—Poco. Muy poco. Es fácil, puedes aprender seguro.

Djoko le indica el camino a la comisaría. No está demasiado lejos. La chica la ayuda a recomponerse un poco y le prepara una botella de plástico con más té con leche y clavo, por si le entra sed por el camino. No sabe cómo darles las gracias. El hombre le quita importancia: si él fuera extranjero y estuviera perdido en su país, la gente habría hecho lo mismo; le ayudarían. Sofía asiente con la cabeza, aunque no está segura de eso. Quizás, antes sí. En otro tiempo, un tiempo pasado en el que la gente, la de dentro y la de fuera, era diferente. Quién sabe.

De camino a la comisaría, le es difícil dejar de pensar en algunas cosas; no es capaz de volver a sí misma. Por un momento sus problemas dejan de interesarle.

Dentro de nada, sin embargo, tendrá que ocuparse de asuntos que le conciernen de forma directa. La comisaría, como ya le ha advertido Djoko, no es un buen sitio para solucionar problemas. Especialmente si se trata de aquella: Distrito 657, Yakarta Norte.

Allí se arma la gorda. Sofía, después de varias horas esperando y aguantando tonterías de los policías —o más bien de aquellos hombres disfrazados de policías, porque esa es la sensación que tiene cada vez que ve a un agente de la ley por estos lares—, acaba enredada en una discusión qu e acaba en una bronca que acaba en las manos y que acaba en arresto.

Cuando se da cuenta, está encerrada en una horrenda habitación alargada que recuerda a un gimnasio de colegio. Es una celda comunal. Las ventanas, enrejadas, dan a la calle; por ellas entra el ruido del tráfico y las voces de las personas que pasan. Algunos escupen dentro. Hay una fila de orinales contra una pared y una especie de estrado de madera donde otras mujeres esperan con cara de aburrimiento. Algunas duermen, despatarradas sobre la tarima. Todas están arrestadas. La mayoría lleva allí varios días.

35
Cien años de perdón

Sofía se pregunta, desesperada, qué podría ir peor; pero no se atreve ni siquiera a formular ese pensamiento: en su experiencia, el destino tiene la mala costumbre de revelar de inmediato la respuesta a esa pregunta apenas la formulamos.

Pasa la noche allí, bajo la luz de los insoportables tubos fluorescentes, intentando dormir al lado de una gorda que resulta que orina de pie y vigilando por el rabillo del ojo unos bichos muy raros y largos que corren por la pared.

Por la mañana, a primera hora, los neones se apagan de golpe y la enorme celda queda solo iluminada por la tímida luz que entra desde fuera. El tráfico la despierta. También los pasos que empiezan a oírse por los pasillos; quizá los empleados que relevan a los que han estado de guardia por la noche.

Sofía se da cuenta de que alguien las mira desde la puerta, al otro lado de la reja. Es otro «hombre disfrazado de policía». Está inmóvil, de pie. Observa atento a las mujeres allí encerradas. Las mira dormir. Con suerte, orinar. Le debe parecer entretenida la cosa a aquel cerdo. Sofía le lanza un zapato a la cara. Con la reja no le da, claro; pero al menos el susto se lo lleva… Sofía está desatada: llegados a este punto, no le da la gana de contenerse. Sobre todo, porque, dada la situación, es ya físicamente imposible que la arresten.

El hombre, que se ha sobresaltado con el impacto del zapato, luego parece alegrarse. Lleva ya un rato observando los bultos que reposan sobre la tarima e intentando verles la cara, pero con tan poca luz es difícil distinguir las facciones. Así no ha hecho falta seguir buscándola. Ella le ha encontrado primero. De hecho, no le hace falta ni verle la cara: está seguro de que aquel recibimiento solo puede venir de ella.

Sofía se acerca a la reja, extrañada, viendo que él intenta decirle algo. Efectivamente, es un hombre disfrazado de policía, pero no en el sentido que ella cree. El escaso uniforme de color oliva está a punto de reventarle por cada costura, incapaz de contener la envergadura de aquellos hombros; y los pantaloncillos le quedan tan cortos que parece que de Santurce a Bilbao viene por toda la orilla. Al final, de algo ha servido el uniforme de policía que les había dado Lucy Tjan. Jahan no ve la hora de quitárselo, pero de momento les ha venido que ni pintado.

Sofía siente algo parecido a la euforia cuando ve su manaza retorciendo la manilla de la puerta desde el otro lado y sacándola por

fin de allí.

Al salir, ve a dos policías tirados en el suelo.

«Ellos dormir… Mucho sueño, guardias muy largas», explica Jahan, entre risas.

Después les vacía los bolsillos y se lleva la porra de uno de ellos. Puede servir. A Sofía, por su parte, se le van los ojos hacia la mesa de la comisaría. Aunque sabe que no tienen mucho tiempo, allí hay algo que le llama la atención. Papeles, una radio, botellas de plástico… Pero, sobre todo, una grabadora de mano, quizá para los interrogatorios o las declaraciones. Sofía la coge sin dudarlo un momento.

Ya en la calle, Jahan la arrastra a su lado. Camina muy deprisa. Quiere llegar cuanto antes de vuelta al mar, quitarse aquella ropa, volver a sentirse seguro. Ha corrido un gran riesgo yendo allí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Yakarta muy grande, pero todo el mundo sabe todo. Hablan.

En efecto, aquella megalópolis de diez millones de habitantes funcionaba como un conglomerado de pequeños pueblos. En las barriadas, todo el mundo se conoce y está atento a la llegada de gente de fuera. Nadie quiere perderse esos incidentes cotidianos que mantienen vivas las charlas de bares y patios. Así, un tipo chino del puerto había comentado que había una *ang moh,* una blanca, detenida en una comisaría. Por lo visto estaba loca y había empujado a un policía. Al oír aquello, Ollauri se había encogido de hombros. Ahora bien, luego había entendido de qué comisaría se trataba. Distrito 657, Yakarta Norte.

—¿Por qué, él la conoce?

—Muy bien, muy bien conoce… Ahí, paliza. Hace muchos años, pero él acuerda. Entiende que tú en la misma. Me dice que venga, que yo romper cabezas. Y yo vengo. Y rompo cabezas.

Sofía tira de él: no quiere ir al barco. Tiene algo que hacer. Viendo que ella se vuelve en dirección contraria, Jahan contrarresta tirando de su brazo con más fuerza. Está perdiendo la paciencia. Sofía siente una punzada de dolor en el hombro, pero no ceja en el empeño.

—¿Tú quieres quedar? Yo dejo aquí, tú quedas aquí. No importa nada. Ve, yo me marcho. Peligroso para mí. Y para ti. Tú no entender nada, nunca entendéis nada.

—Unos metros más allá, Jahan. Tengo que hacer una cosa. Por favor.

Sofía se dirige hacia las callejuelas por las que había pasado el día anterior, hacia el canal. Quiere darle la grabadora a Djoko. Hasta que aprenda a escribir, aquello puede servirle. Puede grabar los versos que se le ocurran, para que no se le olviden; incluso las canciones si quiere. Espera que tenga pilas. Sí, sí que tiene; menos mal.

Jahan la sigue unos pasos más atrás, bastante enfadado. La ve acercarse, cada vez más lentamente, hacia un túnel del alcantarillado donde parece que hay unos obreros trabajando. Han abierto un boquete con una excavadora y se disponen a ensanchar la salida de aguas. Es parte del proyecto de renovación urbana y prevención de inundaciones. Hay que desalojar los túneles donde la gente vive ilegalmente, construyendo barreras y bloqueando las canalizaciones por las que de otra forma podrían desaguar las riadas.

No hay ni rastro de Djoko y su mujer.

Sofía estruja la grabadora en la mano.

Después, en silencio, se deja conducir por Jahan de vuelta al mar. Una blanda tristeza le sube a los ojos y se olvida de nuevo de sí misma. Ni se acuerda ya de su intención inicial de buscar un sitio donde poder mirar internet, contactar con Máximo, averiguar dónde está la Embajada de España, llegar hasta ella… El futuro, incluso el más inmediato, se desvanece. Solo se siente capaz de habitar el instante que está viviendo en este mismo momento. Y ahora ese instante se reduce a tres cosas: calor asfixiante, paso rápido y la espalda de Jahan, alguien que intenta ayudarla. Sabe que ya está a salvo, y que los horrores de la comisaría quedan atrás… Pero cada vez tiene más ganas de llorar.

Sobre sus cabezas, un avión atraviesa los cielos grises de Yakarta. Por desgracia Sofía no va en él, mirando ya desde arriba un loco pasado que se aleja a la misma velocidad que el suelo. No; sigue allí, hundida hasta los tobillos en el barro del presente.

—¿Qué tal la visita turística? ¿Has hecho alguna foto?

Sofía no contesta a Ollauri. No tiene ganas. Cuando zarpan, ni siquiera le pregunta a dónde van. Eso sí, se siente aliviada al ver que es otro, gracias al cielo, el barco en el que viajan ahora.

—Los tipos esos de la comisaría, te han… ¿te han dado problemas?

Al volverse hacia él, Sofía no encuentra su mirada; Ollauri la ha dirigido rápido hacia el mar.

—Estoy bien.

Las olas mecen el barco, el caos del puerto se aleja lentamente.

—Gracias por enviar a Jahan a ayudarme.

—¿Enviar? Yo no he tenido nada que ver. Fue él quien se empeñó en ir a por ti —O llauri sigue mirando hacia el mar, pero de pronto hay algo que parece alertarle. Es un sonido que procede de la parte posterior del barco—. Ve ahí atrás. Ahora. Dime qué pasa. Llevo oyendo ese ruido desde que salimos.

Sofía obedece y va a popa, sin saber muy bien qué está buscando. No tiene ni idea de qué aspecto tiene una embarcación así en su estado normal, de modo que, por muy obvio que resulte el problema, ella no va a poder verlo, aunque lo tenga delante de las narices. Jahan

está abajo, dormido, así que no puede preguntarle. Sofía se asoma por la borda y mira hacia el mar. Yakarta es cada vez más pequeña, en la distancia. Ríos de sudor le corren por la cara como lentos gusanos de sal.

De pronto lo ve, el problema.

Es un esquife que va pegadito a ellos, con dos adolescentes encima. Llevan unas herramientas que Sofía no reconoce, unos tubos mugrientos y una bomba de succión. Les están sangrando los depósitos de combustible como sanguijuelas motorizadas.

Jahan, desde el interior y medio dormido, escucha la absurda conversación que tiene lugar a grito pelado entre ella y los chicos, que están varios metros más abajo. Vaya, parece que alguna palabra en indonesio sí que la ha aprendido.

—¿Qué querer?

—Beber… Solo agüita, *Ibu* . Tenemos sed… —s e escuchan risas.

—Pues aquí va el agua.

Jahan oye un ruido seco. Luego, otro. Por último, el motor del esquife, alejándose. A bordo lleva un adolescente inconsciente y otro que se las pira para no acabar igual.

Sofía les ha lanzado desde arriba un garrafón de agua de varios litros. Lleno. El ruido del impacto contra la cabeza del chico, una nota musical blanda y al tiempo contundente, le ha recordado a esa que custodian las sandías de verano. Sofía nunca ha tenido mucha puntería, pero cuando la mala leche y la gravedad se ponen de su parte, no hay quien la pare.

Al subir, Jahan se la encuentra sentada en la cubierta, con cara de compunción. No es por los chicos. Simplemente está agotada, harta, frustrada. No sabe qué hacer consigo misma, con su vida.

Hay otra persona a bordo que intuye cómo se siente. Y que pretende sacar partido.

Ollauri le dice «que quiere hablar con ella». Por la noche, cuando refresque, estará más tranquila. «Y más relajada…».

Sofía no le hace ni puñetero caso; de hecho, al atardecer Ollauri se la encuentra ya dormida en las esteras.

Él la despierta y le ofrece agua: viene de buenas. Quiere hablar de «algo importante». Proponerle una cosa.

Sofía le mira con desconfianza mientras él se sienta a su lado. Huele a alcohol que tira de espaldas.

—Escucha… Tenemos que hablar. Sé que estás en una situación complicada… Pero, lo creas o no, yo puedo ayudarte. Siempre que tú me ayudes a mí, claro. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Sofía asiente, aunque no comprende. No puede evitar que los ojos se le vayan a aquella cuerda vieja que él lleva siempre enrollada al pulso, como una serpiente dormida.

—Dime una cosa. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

Ella le mira sin comprender.

—Te digo que qué quieres. Qué necesitas, qué es lo que quieres ahora mismo. ¿Me oyes o no?

—Pues… Yo qué sé. Quiero ir a tierra. Pero no a esta… a otra. Coger un avión, irme a mi casa. Perderte de vista. Eso es lo que quiero.

—Bien. Dinero, documentos. Un billete de avión a… ¿A dónde?

—A Madrid.

—Joder, qué lejos. Un pelín caro. ¿No puede ser un poco más cerca? Tipo Hong Kong. O Australia, qué se yo, si no quieres chinos de por medio… Bueno, da lo mismo; digamos que un billete a Madrid. Yo podría conseguirte eso y más. Y dejarte en un aeropuerto. Siempre que, eso sí… Que cumplieras con tu parte del trato.

—¿Que sería…?

Ollauri se enciende un cigarro. Desde fuera entran ráfagas de humedad, olor a fuel y a sal. El aullido de una sirena lejana.

—¿Te acuerdas del holandés?

—Cómo olvidarlo… Menudo tipejo.

—Bien. Es a él a quien quiero.

—Imagino. Almas gemelas.

—Escucha. Quiero encontrarle, pero sin que él me encuentre a mí primero. Tú puedes ayudarme, porque Ronnie te conoce. Además, por lo que dijiste, él cree que eres una posible compradora, que estás interesada en adquirir ciertas piezas en «el circuito alternativo» de obras de interés arqueológico… Es perfecto. Si te dejas ver, es seguro que irá a tu encuentro. Y yo estaré esperando. Solo quiero que me lo pongas en las manos.

—¿Venir a mi encuentro para qué?

—Vender, vender… Créeme, tiene mucho que ofrecer, gracias al trabajo de un servidor y de ese percebe de ahí arriba… Es por su culpa que estamos como estamos… Vivos solo de milagro, y sin poder ya parar en ningún sitio. Pero esto no va a quedar así: cada uno vamos a tener lo que nos corresponde.

—Me estas pidiendo que te ayude a cargarte a un tipo.

—Sí. Básicamente —c ontesta él, sin inmutarse.

—A cambio de ayudarme a solucionar un simple problema administrativo y conseguir un billete de avión.

—Tan fácil no debe de ser la cosa, cuando todavía sigues aquí… A mi lado, y en mi barco. Tú misma.

Sofía mira hacia el suelo. Los tablones podridos brillan, de puro suaves; una humedad viva, viscosa, ha vuelto satinada la madera.

—De todos modos, puedo ofrecerte algo más que una manera de salir de aquí, no creas…

Ella tuerce el morro, anticipando una bromita soez de las suyas, pero no es eso a lo que se refiere Ollauri. Aunque, un poco, también.

—Sí, ayudarte a salir de aquí… Y por todo lo alto. Si trabajamos juntos, esta historia puede acabar muy bien para los tres. Encontrar a Ronnie es también encontrar el camino hacia lo que ha robado. Y ya se sabe que, al que roba a un ladrón, le esperan…

—Cien años de perdón.

—Qué perdón ni qué cojones. ¿Perdón, por qué? No necesito el perdón de nadie. Además, el refrán no es así.

—Vale, vale…

—Lo dicho: ¿estás o no estás?

Ella no contesta. Solo mira sus pies, descalzos y maltratados, sobre la madera.

—¿Sabes dónde estamos ahora mismo? Justo delante de Yakarta… En Seribu, «el Distrito de las Mil Islas». Y adivina por qué lo llaman así. La mayoría están deshabitadas, y no aparecen ni siquiera identificadas en el mapa. Son muy bonitas, eso no se puede negar. Si no estás con nosotros, pues es mejor que sigas sin nosotros. Dímelo y mañana mismo empiezas tus vacaciones al sol.

—A ver… No necesitas amenazarme para que te haga caso. No sé cómo todavía no lo has entendido. Si no te contesto es porque no tengo ganas, ni sé qué demonios decirte. Mañana hablamos.

Ollauri le lanza una mirada que no la parte en dos de puro milagro. De pronto, una sacudida casual del barco los lanza a ambos bruscamente contra el mamparo, golpeándolos y anudándolos en repentina confusión de brazos y piernas.

«Me cago en la puta, que es que ni de mantener el rumbo en esta balsa de aceite es capaz, este tarado…» farfulla Ollauri, la voz ronca de la rabia, mientras se separa del cuerpo de ella y sube a desahogar en Jahan algo que con Jahan nada que ver tiene.

36
Cicatrices

Al día siguiente ninguno de los dos saca el tema. Se bañan en una playa, fingen no prestarse atención. Sofía disfruta de la situación: sabe que él está esperando su respuesta, y por una vez es ella quien tiene la sartén por el mango.

—¿A dónde vamos?

—Hacia el este. Java Oriental.

—¿Es ahí donde para tu amigo, el Holandés Errante?

—Eso ha oído Jahan en el puerto. Anda por Surabaya; de camino a Bali, seguramente. No me extrañaría nada que estuviese merodeando por cierto sitio en el que no es la primera vez que se le ve… No escarmienta, además.

—Él arrestado ahí —c onfirma Jahan—. Pero enseguida sueltan. No cárcel. Tiene muchos amigos. Siempre amigos.

—¿Por qué, qué había hecho?

—Según él, esto es lo único que había hecho —d ice Ollauri, mirándose el puño cerrado.

Jahan y él ríen. Sofía se acerca a mirarle la mano sin comprender. La tiene cerrada apresando la punta del pulgar entre el índice y el corazón, igual que se hace cuando se le «roba» la nariz a un niño.

—Ya has visto que por aquí la gente te invita a su casa a la más mínima oportunidad… Cualquiera es parte de la familia después de diez minutos. Bien, pues ese cerdo estuvo viviendo de gorra durante un mes en una zona de arrozales, con una familia… Había algunos niños. Según cuenta él, un día simplemente le gastó una broma a uno de ellos, ya sabes, así; le «robó» la nariz a una niña y se la enseño entre los dedos. El padre lo vio por pura casualidad. En aquel momento todos se quedaron sin habla: ese gesto tiene un significado muy claro en este país. Le echaron de la casa a patadas y llamaron a la policía. Esa es la versión que cuenta él, claro… Un simple malentendido cultural por el que se le acusó de proposiciones deshonestas a una niña de seis años.

Sofía permanece en silencio. Sabe que muchos extranjeros entrados en años acuden al Archipiélago, y al Sudeste Asiático en general, en busca de ciertas… emociones. El tema le revuelve el estómago. No obstante, prefiere callarse y no opinar sobre aquella historia del holandés. No sabe si será cierta o si Ollauri está intentando manipularla, presentando lo que se dispone a hacer —a quella cacería que por descontado terminará en carnicería— como un acto justiciero

contra aquel canalla repugnante, acto en el cual ella debería participar sin escrúpulo alguno. Y, a pesar de todo, Sofía le cree: aún no se le ha olvidado lo que había visto en Singapur… Aquel hombre era perfectamente capaz de los actos que estaba insinuando Ollauri.

Los días siguientes los pasan en un limbo de mar absoluto, solo interrumpido brevemente por los barcos con los que se cruzan. La mayoría se encuentran en tránsito entre Java y Borneo y van cargados hasta los topes de personas y mercancías, todo junto y bien revuelto: cajas de atún chorreantes de hielo y de sangre, combustible, gallinas, familias enteras durmiendo en cubierta con la única protección de lonas alquitranadas… Por las noches, el escándalo que forman se oye de lejos. Bajo las bombillas fluorescentes, los pasajeros —y a medio hermanos, ya medio enemigos después de días de viaje— cantan a voz en grito y se pelean por hacerse con los micrófonos del karaoke improvisado que montan al atardecer.

Cuando los barcos se alejan, el silencio.

A bordo se respira una calma densa, tejida de una sustancia que Sofía no conocía, pero a la que ya se ha acostumbrado: niebla baja, silencio, sudor, gasoil, el rumor de lluvias lejanas. Una determinación ciega, pero sin rumbo ni objeto; la resistencia infinita contra el agua de una quilla sin memoria o dirección. En la costa se suceden manglares y casuarinas. Tonos verdes, grises, blancos. Las palmeras más altas hunden sus estrelladas copas en el vientre de nubes pasajeras, distraídas en su fantasmal discurrir sobre las desembocaduras de los ríos.

Las rutinas que exige el mantenimiento del barco se realizan por turnos. Sofía hace lo que puede, aunque nunca está segura de si en algún momento llega a ser útil y formar de verdad parte de aquella peculiar sociedad de tres personas. Cuanto más tiempo pasa, menos hablan, y menos falta que hace. Siguen adelante sin vacilar, aunque no queda muy claro a dónde van: el futuro geográfico y temporal tiene tan poca consistencia como la bruma matutina que la proa del barco va atravesando.

No es la primera vez que siente esto, desde que dio inicio este absurdo viaje: el futuro derrumbándose, desapareciéndole delante. Al principio esa sensación le daba mucho miedo, pero ahora es un poco diferente. Si es cierto que hay personas que viven siendo empujadas o retenidas por el pasado, y otras que solo saben avanzar arrastradas por la fuerza del futuro, Sofía pertenece sin duda a este segundo grupo. No sabe vivir en el presente si no lo orienta hacia un futuro; es decir, si no lo concibe como una antesala de otros presentes en los que todavía no se encuentra. Lo mejor está siempre por llegar. Para ella caminar es construir: cada hora debe estar siempre llena de pasos necesarios, obligaciones sucesivas cuyo cumplimiento garantizará un futuro con

sentido. Da igual si se trata de tareas triviales o fundamentales: decide lo que debe hacer y lo hace. Tiene el control; algo que claramente ha perdido desde que aterrizó en el Archipiélago. Aquí y ahora, por ejemplo, en la cubierta de este barco roñoso, en mitad del mar de Java, no puede hacer nada para cambiar las cosas. Más exactamente, no puede obligarse a sí misma a hacer nada. Si bien esto la asusta, también la libera. Así que se abandona, aunque sea temblando, y se deja arrastrar hacia delante. Avanza impulsada únicamente por la fuerza de una corriente que la lleva a algún lugar desconocido, cada vez más rápido: no anda lejos la catarata.

Mientras bordean las costas de Java, el cielo nublado sobre sus cabezas y la presión atmosférica dan una sensación de pesadez al aire, incluso a la luz, que les aplasta los párpados de forma insoportable. Cuando las nubes por fin se apartan, con el sol surge un mar y un cielo diferentes: un abanico de turquesas que hipnotiza, que vapulea. El calor es tal, que uno añora de nuevo las nubes.

Sofía, a ratos, observa a sus compañeros de viaje desde fuera. Presencia sin comprender los ritos de aquella extraña amistad, fosilizados después de décadas de rencores, pactos y estrechísimos abrazos de serpiente.

Lo que siente la confunde tanto… Por si no bastara con la desintegración del futuro, el contacto con aquellos dos le ha creado dentro un desconocido sumidero con el que no sabe qué hacer. Es una especie de vórtice que todo lo traga, pero ella no sabe qué proporcionarle para saciar su hambre. Se trata de un deseo sin nombre, un deseo que no entiende. Ella no quiere estar allí. No quiere estar con ellos. Y, sin embargo, dentro le ha nacido un ansia que, como la flecha de una brújula enloquecida, apunta en las direcciones más disparatadas.

Dicen que, cuando las embarcaciones se encuentran cerca del estrecho de la Sonda, todos los instrumentos de navegación enloquecen. Aun a día de hoy, no pueden sustraerse al bárbaro magnetismo creado por la erupción del Krakatoa a finales del XIX . Sofía siente que algo no muy diferente le está ocurriendo a ella. Fondos marinos que se derriten, desplazándose en direcciones inesperadas; montañas que crecen durante la noche y aguas que se montan en los quinientos grados en cuestión de segundos. Aquel no es solo el actual panorama de las islas, sino un cuadro que define con bastante precisión su paisaje interior en estos momentos, muy a su pesar.

Lo más desconcertante de aquel deseo que siente es que no puede resolverlo ni siquiera de forma hipotética, en el terreno de la imaginación, porque no entiende cómo podría saciarlo. La presencia de aquellos dos hombres le causa una gran inquietud, una sensación

fortísima pero contradictoria: con ellos, se siente asustada y, al mismo tiempo, muy segura. Es algo que no ha sentido nunca respecto a un hombre, y mucho menos por dos a la vez. Porque no es ninguno de ellos el que inspira esa sensación, sino la conjunción de ambos; lo que son y representan al combinarse. Sofía no consigue entender si desea escapar de ellos, estar entre ellos, ser ellos, o tenerlos.

Todo le da vueltas.

Vomitar por la borda es fácil, ya se ha acostumbrado. El truco es apoyarse firmemente, bloqueando los hombros para no dejar que la cabeza quede colgando hacia fuera, a merced de los traicioneros bandazos del barco.

Jahan le alcanza un paño para que se limpie. Después le pasa un cajón; quiere que ella le ayude con no sé qué. Pero Sofía no puede continuar como si nada… Necesita recuperarse un momento. Sentarse. Cambiarse, sobre todo. Se ha empapado la pechera de vómito.

Mientras se limpia y se pone encima una especie de trapo que encuentra por ahí, se da cuenta de que Jahan la observa desde la escotilla y se siente bastante incómoda. A pesar de todo, intenta no darle importancia. En cualquier otro momento y lugar, habría mandado al tipo en cuestión a hacer gárgaras con gestos de lo más gráfico; pero hace ya tiempo que dejó de dar por supuestos los verdaderos motivos de lo que a su alrededor sucede.

—Yo también una. Mira —l e dice él, bajándose el *sarong* y dejando al descubierto la parte baja del costado, un lomo tostado y prieto que invita ciertamente a la mirada.

—¿El qué? ¿Y ahora qué dices? —l e contesta ella de mala manera, enfadada en realidad consigo misma por lo que siente.

Él señala la espalda de Sofía. Ha visto lo que tiene bajo la ropa. Lo vio desde el principio: fue lo primero que miró cuando ella se quedó desnuda, en aquella playa.

Sofía busca con la vista la zona de su cuerpo que él está señalando. Es una región de piel olvidada. Pertenece al pasado: queda a la espalda. Después se la cubre con la mano de forma nerviosa, infantil y por lo demás bastante inútil. De todos modos, y por mucho que ella intente olvidarla —g racias a dios, al menos queda fuera de su vista—, la cicatriz sigue allí. Es un tremendo costurón, una sucesión de repulgos deformes y rosados que le atraviesan el costado y parte de la espalda como un latigazo.

—Ah, esto… Lo tengo hace algunos años.

—¿Castigo?

—No, no… Medicina. Es de una operación. Tuve un accidente. Iba en moto y… Esta parte del cuerpo quedó abierta, así… Bueno, mejor no te lo explico; no quiero que vomites. Ya ha habido suficiente vómito por hoy. En fin. Perdí parte del intestino. Las tripas, ya sabes.

Pero sobreviví. Me curaron. Hubo que hacer un trasplante; una persona me cedió parte del suyo. Por eso estoy viva.

Jahan se queda pensativo.

—¿Y ella no lo necesita?

—Él, él… Mi novio. Bueno, no sé si todavía puede decirse que sea mi novio, pero desde luego fue él quien me salvó la vida. Ahora él tiene un trozo menos de intestino. Es un poco peligroso, pero se puede vivir así también. Eso dijo el médico, al menos. Los dos tenemos ahora intestinos muy cortos… —S ofía sonríe tristemente. El recuerdo de una antigua broma privada de ambos que les hacía reír mucho, un chiste algo ordinario sobre todo lo que compartían desde que tenían el mismo intestino, le cruza la mente dejando ahora un poso muy amargo tras de sí—. Él siempre se preocupa por si estoy bien. Y estoy bien. De hecho, ni me acuerdo. Solo pienso en ello cuando él me lo recuerda… Y él habla mucho de eso. Todo el tiempo. No para que le dé las gracias, no es por eso… Es que él cree que voy a morirme en cualquier momento.

El recuerdo de Máximo le viene con fuerza a la mente, indeseado: sus agobiantes preocupaciones, que la hacen sentir débil; la expresión «estar delicada», que ella tanto odia. Su empeño en que no haga nada, en que «no corra riesgos»; y sus advertencias bienintencionadas, que, por algún motivo, en lugar de invitarla a la prudencia, le hacen sentir unas ganas locas de lanzarse en paracaídas mientras le hace un corte de mangas.

Todo lo que Máximo piensa, lo que hace por ella, le deslumbra ahora el pensamiento como un fogonazo inesperado. Sus cuidados. Su amor. El insoportable peso de su generosidad, la condena de tener que sentirse en deuda con él de por vida. Y, sobre todo, la mala conciencia por pensar todo lo anterior.

—Entonces, ¿ahora tú tienes parte de él, por dentro?

—¿Y la tuya, también medicina? —d ice Sofía señalando la cicatriz de Jahan, con menos curiosidad que ganas de cambiar de tema.

La de él tiene, desde luego, un aspecto muy diferente. No es una excrecencia pálida e irregular como la suya, sino un hueco, y de bordes muy definidos. En la carne falta un trozo. Una tira completa, más profunda en uno de los bordes. El trazado sobre la piel, por lo demás muy lisa, recuerda a la marca que podría dejar una cuchara al arañar la firme superficie de un helado: un surco ancho, irrecuperable.

—No, no medicina. Mía, castigo.

Sofía no entiende. Después de un instante, la consciencia de su propia idiotez le tensa la mandíbula, impidiéndole formular más preguntas estúpidas.

De modo que era esa la marca que dejaba, en el cuerpo, un latigazo… La visible, claro. Las otras, los desgarros de la humillación y

el miedo, Sofía no puede ni se atreve a imaginarlas.

—Si tú quieres, posible quitar cicatriz. Con cuchillo, así. En las montañas las viejas saben hacerlo. En la isla de la Estrella… Yo pienso a veces en ir allí y pedir a ellas.

—¿Con un cuchillo? Pero si la abres haces otra herida, otra cicatriz.

—No. Abren, pintan. Luego hay dibujo. Tatú. Cicatriz debajo: solo tú sabes. El dibujo cierra para siempre. Protege.

—¿Qué está pasando? ¿Y ahora por qué vamos tan deprisa? —p regunta Sofía, intentando a duras penas mantenerse en pie.

Ollauri va cada vez más rápido: en cuanto se acercan a una zona demasiado poblada de la costa, le entran las prisas. Prefiere evitar problemas. Ahora mismo están dejando atrás un área con bastante tráfico marítimo, y pasan tan cerca de otros barcos que incluso se oyen las voces de la tripulación en cubierta. En la distancia se entrevé un puerto rudimentario, un entramado de grúas oxidadas y pantalanes de madera.

Después de más de media hora con el motor a toda pastilla, Ollauri aminora. Ahora solo se ve ya la silueta de algún *phinisi* extraviado en la lejanía y la costa aparece de nuevo cubierta por manglares. Esas zonas costeras protegidas por los árboles son, sin embargo, cada vez más escasas. Java es la isla más poblada del planeta, y en las últimas décadas la presión demográfica y la industrialización están transformando irreversiblemente el paisaje.

—¿Qué es eso blanco? —p regunta Sofía, señalando una zona de color muy claro, brillante, que se extiende por la ladera de una montaña junto a la costa—. Nieve no puede ser, ¿verdad?

—Sí, los Alpes Suizos… En el ecuador.

—Y yo que sé. Estos volcanes de por aquí son muy altos… A lo mejor sí que podían tener nieve encima.

—Es cemento. Una planta de procesamiento de cemento. Por aquí hay muchas.

Desde la borda Sofía mira con tristeza la sucia brecha que interrumpe los manglares, dando paso a aquella monstruosidad. Conforme se acercan, empieza a distinguir las torres y depósitos de la fábrica, y ve con claridad las canalizaciones que descargan los desechos de la planta al mar. Directamente. El agua en esa zona de la costa se ha convertido en un charco opaco y blanquecino. Un olor sintético, asfixiante, sobrevuela la superficie con sus fétidos efluvios.

—Madre de dios, qué desastre… ¿Qué son, multinacionales extranjeras?

—«El malvado hombre blanco…». Qué va. Es industria estatal. Todo nacional.

—Y la gente que vive por aquí, en la costa… Quiero decir, los pescadores esos que vemos todo el tiempo, en las barcas… No estarán

muy contentos que digamos, viendo que el manglar se ha convertido en… eso. ¿No protestan? ¿Qué hacen para cerrarles la boca?

—¿Cerrarles la boca? Pero si la gente de por aquí son los primeros que hacen dinero con esto. Son ellos mismos los que «limpian» el terreno para que se pueda construir y «progresar»… Le prenden fuego a los árboles, que es más rápido y más barato que andar talando; y hala, a correr. En todas las islas es igual. Los manglares «no valen nada»; mientras que el terreno, el cemento, los cultivos de palma de aceite, cualquier otra cosa, sí. Además, estos tipos se vuelven locos en cuanto ven una cerilla… Es el pasatiempo nacional, quemar cosas. Son como los chinos, que si no hacen mucho humo parece que no están celebrando como se debe. Todo el día dándole al churrusque. Y si, encima, quemando sacan algún beneficio… Pues figúrate tú si se lo piensan dos veces antes de prender fuego a un trozo de selva, con toda la que tienen… Al menos, de momento. Esto ha cambiado lo suyo en los últimos años. Y no es solo selva lo que desaparece. Ahí tienes Bali… Cada vez hay menos arrozales, cuando hasta hace nada era una isla que surtía de arroz a las demás.

—¿Queman los arrozales?

—No, hombre, no… Eso no hace falta quemarlo. Drenan el terreno, construyen encima y ya está. Los japoneses y los australianos andan como locos comprando casas ahí.

—¿Y la gente de allí les vende sus tierras, así, sin más?

—Encantados de la vida. Venden las tierras de los tatarabuelos por cuatro perras, y se compran un cochazo. Un cochazo que luego por otra parte no pueden usar, porque no cabe ni de coña por las callejas de los pueblos de la isla… Las pocas que están asfaltadas, claro. En fin. Y por aquí, pues ya ves. Se desbroza lo que haya que desbrozar, y luego a construir en el agujero que queda. Cuando huelen el dinero, ellos tan contentos. Como todo el mundo, supongo.

Sofía no añade nada más. No solo porque desconfía de las opiniones de Ollauri, casi siempre censurables cuando no delirantes; sino también porque no sabe muy bien cómo interpretar aquella historia sin malvados ni víctimas. Nunca ha vivido en un país de esos que la corrección obliga a llamar «en vías de desarrollo»; y, como no conoce sus problemas, no sabe imaginarlos si no es a través del velo de una apenas disfrazada compasión, o desmontándolos en bloques: los colonizadores y los colonizados, los ricos y los pobres, los amos y sus esclavos. No tiene suficiente experiencia ni kilómetros a la espalda para darse cuenta de que hace mucho tiempo ya que esa forma de interpretar el mundo dejó de bastar para explicar los problemas de medio planeta. Buenismo complaciente desde un lado, rentable victimismo desde el otro: esa es la única lectura que ella conoce; es así como le han enseñado a pensar sobre el Otro Mundo. Ese donde se

encuentra ahora.

Cuando por fin superan la zona industrial, la costa vuelve a alternar trechos de playas y manglares. Es cerca de uno de esos bosques, en la desembocadura de un río, donde Ollauri empieza a aminorar. Pronto llegarán, dios sabe a dónde y para qué.

Después de días bordeando la costa a una distancia prudencial, se acercan por fin a tierra. Es una zona deshabitada, junto a un estuario. Todo el tiempo han estado avanzando hacia el este, y Sofía se pregunta si estarán ya cerca de Surabaya, que es la última ciudad que le ha oído mencionar. Desde luego, no parece: delante de ellos no hay ningún indicio de que se encuentren cerca de un núcleo urbano. De hecho, no se ve ninguna construcción, ni siquiera los ubicuos poblados de palafitos sobre el agua. ¿Por qué van a detenerse allí? Sofía no sabe si alegrarse de saber que al menos podrá bajarse por fin del barco, o sentir miedo al constatar que aquel viaje, lejos de acercarla a una puerta de salida, cada vez se parece más a una puerta de entrada cuyo umbral solo conduce a lo desconocido.

—¿Estamos cerca de… Surabaya?

—Más o menos.

Surabaya… Sofía sabe que tiene aeropuerto, eso seguro; recuerda haber visto ese nombre en los paneles de escalas internacionales. Por fuerza tiene que ser grande. Una cosa está clara: es imposible que el lugar en el que están se encuentre cerca de una ciudad así.

Ollauri miente más que corre.

Una vez fondeados cerca de la orilla, le hace un gesto a Jahan. Este entiende de inmediato. Que se vayan, que se quiten de su vista. Tiene que hacer una cosa.

37
Sombras chinescas

Sofía, cada vez más resignada a no obtener respuestas, sigue dócilmente a Jahan y desembarca con él. Ambos empiezan a andar bordeando el estuario y se internan en la vegetación por un sendero que se aleja del agua. Está oscureciendo y aquel no es desde luego el mejor momento para caminar a tientas por un terreno desconocido, pero Jahan avanza sin titubeos. El barco queda detrás de ellos, cabeceando en las aguas verdosas. Su único tripulante permanece inmóvil en el puente, concentrado en sus propios pensamientos. Cuando Sofía se vuelve, lo último que ve entre la vegetación es su cara iluminada por la bombilla de la cabina, los ojos perdidos en algún lugar que en realidad no parece estar en el mar.

El sendero por el que avanzan es bastante estrecho, pero no parece un camino improvisado o abierto hace poco. Tiene aspecto de ser un lugar transitado. Está marcado con piedras y la vegetación no crece donde muchos pies han aplastado la tierra. Cada vez está más oscuro; deben de ser ya casi las siete de la tarde. Tiene hambre. Mucha. El hecho de que se estén alejando del agua significa que no habrá pescado asado a la vista, sino solo algún fruto sin nombre, seguramente amargo y gomoso, para llenar el estómago. Por un momento a Sofía le sorprenden sus propios razonamientos, las prioridades que ahora parece tener su mente. Todo lo que la mantenía ocupada y preocupada hasta hace solo unos meses (correos sin contestar, malentendidos con el banco, radiadores estropeados) de pronto le parece lejano e irreal. Falso, de algún modo.

—¿Por qué él se queda en el barco?

—Porque no tenemos dinero.

Sofía se queda pensativa, intentando deducir qué quiere decir eso… Pero algo interrumpe sus pensamientos. Se ha llevado la mano al hombro para sacudirse un insecto, y lo que han encontrado sus dedos no era desde luego ningún mosquito… Una pequeña rana, un cucarachón quizá. Mejor no pensarlo. Fuera lo que fuera, no la ha picado. Y, gracias a dios, tampoco se trataba de ninguna de esas víboras que ya ha visto colgando blandamente de algunas ramas… Aquellas bichas le provocaban simple y puro pavor. Temblaba nada más intuir su forma, sus cuerpos de cuero negro listos para lanzársete encima como un relámpago de veneno.

A su alrededor se oyen muchos sonidos extraños y a gran volumen: alaridos, cloqueos, alarmas de coche que de coche no son. Nada que

ver con el silencio del bosque nocturno que recuerda de las acampadas de la infancia; aquel silencio sagrado de la montaña que, como en el interior de una iglesia, obligaba a bajar la voz instintivamente. La selva es muy diferente: sus noches tienen por acompañamiento una barahúnda infernal que obliga a hablar a gritos si quieres comunicarte.

Más adelante el sonido remite un poco, dando paso a otro tipo de ruidos. Ruidos humanos. Se están acercando a un poblado.

Sofía recula. No le atrae nada la idea de verse rodeada por un grupo de personas desconocidas y potencialmente hostiles, de sostener sus miradas o tener que protegerse de sus intenciones. Por otro lado, no sabe lo que están haciendo. Oye el crepitar del fuego, risas, gritos. Siente miedo. Preferiría volver atrás, hacia la sel va. ¿Qué le está pasando? Las personas le dan más miedo que las serpientes. Sus semejantes le parecen de pronto más peligrosos.

—¿Tenemos por fuerza que ir ahí? ¿Tú los conoces?

—A algunos. Hacen fiesta. Divertido. Dentro de unas horas, volvemos al barco. Pero ahora, mientras tanto, así no aburrir. Además, ellos tienen comida.

Rendida por completo ante la fuerza de este último argumento, Sofía sigue a Jahan hasta el poblado. Ambos caminan un trecho más en la semioscuridad.

Para su sorpresa, lo que ella había imaginado como cuatro chozas en mitad de la selva es en realidad un grupo considerable de casas de cemento. Están construidas sin orden ni concierto sobre un claro, acumuladas desordenadamente unas encima de otras; pero hay luz eléctrica y hasta una antena parabólica. El jaleo es impresionante: fogatas, niños que corren, decenas de personas atareadísimas preparando algo. Es una especie de espectáculo lo que están haciendo; o al menos eso parece.

En mitad del espacio, al aire libre, han montado un estalache de metal del que cuelga un lienzo tenso a modo de pantalla; y hay gente sentada a ambos lados. Jahan y ella se sientan también, estratégicamente cerca de la zona en la que están sirviendo y compartiendo comida. Cuando por fin llega su turno y le ponen algo caliente entre las manos, a Sofía le sorprende lo bien que le sabe aquel pegote de «arroz con trozos de algo»: el hambre es, sin duda alguna, el mejor condimento que existe.

Sofía mira a la gente a su alrededor. La mayoría seguramente son oriundos de aquel pueblo; pero, para su sorpresa, también hay algunas personas blancas. Todos hombres. ¿Serán turistas que han venido a ver la celebración aquella? No lo parecen, desde luego. La mayoría están ya borrachos. Quizá son la tripulación de algún barco que ha recalado por allí.

Si bien casi todo el mundo está sentado en el suelo, hay dos personas que se elevan sobre el populacho en sendos tronos: sillas de plástico, con los colores de un anuncio de cerveza. Sobre sus reales cabezas se alzan en palos altísimos unas sombrillitas de las que cuelgan cuentas doradas. Por lo visto son «los sultanes de la zona». ¿Sultanes de pueblo? Curioso, el concepto. Se trata de una pareja joven. Él, con más *eyeliner* en los ojos de lo que Sofía ha usado en toda su vida, exhibe una pechera cubierta de oros y una oronda panza bien prieta dentro de la camisa de *batik* . Sendos conos dorados prolongan hacia arriba la forma de sus orejas, confiriéndole un aire de duende, de elfo crecidito y con algo de sobrepeso. Hundidos en los brazos lleva varios brazaletes sobre los que finas hojas de metal troquelado se fingen mariposas que en aquellas carnes hubieran tenido a bien posarse.

Su consorte permanece sentada a su lado. Tiene una sonrisa petrificada en la cara, un surco curvo que le separa rígidamente los labios. A Sofía le llama mucho la atención el peinado de su «majestad», que nace de su frente trazando pronunciadas curvas. Espera, no es el pelo. Es maquillaje. Lleva pintado el nacimiento del pelo de negro tizón, como si ordenadas olas negras le estuvieran invadiendo las sienes. Sofía se pregunta si aquella buena mujer se estará quedando calva y ha decidido dar rienda suelta a su creatividad con más optimismo que buen pulso, o si se tratará de una moda de las princesas javanesas… Si es así —q ue lo es—, desde luego, no resulta precisamente favorecedora.

La gente cada vez habla más bajo, y junto a la pantalla se respira cierto aire de expectación. Finalmente se encienden unas bombillas halógenas que iluminan el lienzo. Algunos aplauden, pero muchos abuchean. Al final apagan las bombillas y se abre camino otro tipo de luz, titubeante, dorada, que ilumina el lienzo. Antorchas. Parece que a la gente le gustan más.

Entre los aplausos se oye una música extraña, triste y alegre al mismo tiempo, que no se sabe cuándo ha comenzado y que parece proceder de distintos lugares a la vez. Varios músicos, sentados en el suelo, tocan un instrumento que en realidad son muchos: el *gamelán* . No es una unidad individual, sino un cuerpo gigantesco, que solo puede funcionar cuando todos sus órganos se coordinan. Se necesita un grupo de amigos, o una familia, para poderlo tocar; ya que nadie puede hacerlo sonar solo. Metales y maderas resuenan entre los árboles. Es un oleaje continuo de lluvias diminutas, pasos en la selva y besos de bronce que proceden de los resortes de aquella inmensa caja de música. Su ritmo se expande, se acelera. Sofía no puede seguir ni anticipar la melodía; son imprevisibles sus giros, su creciente euforia algo siniestra. De pronto la música se detiene, y se oyen gritos de

sorpresa, de ilusión cumplida. Ha aparecido en la pantalla una sombra, recortada contra el parpadeo del fuego. Un personaje. Después, otro.

Son marionetas. Un sol, un camino. Árboles. Todo creado a través de la sombra.

Aplausos. La orquesta *gamelán* recomienza de nuevo. Se trata de un espectáculo de *wayang,* el teatro de sombras javanés que vuelve locos a grandes y a chicos.

Como en las historias de títeres de la infancia, Sofía sigue las siluetas sobre el lienzo, sus locas luchas, sus danzas. No entiende nada de lo que dicen, pero después de un rato eso pierde importancia. Cuando su mente decide abandonar la estéril búsqueda de significado, comienza el disfrute. El misterio. La belleza: las marionetas, planas y esquemáticas como insectos, entrecruzan sus miembros en un baile antiguo como el fuego que las ilumina. Se aman, se matan; se trenzan y se quiebran. Literalmente. De hecho, una se ha roto ya. Sofía, igual que varios niños del público, no puede evitar la tentación de asomarse a la otra parte del lienzo durante el espectáculo. Los que están en el lado de la pantalla donde se ven solo las sombras, quieren ver las marionetas; y los que ven las marionetas, quieren ver las sombras. Al final, todo acaba confundiéndose y no se sabe cuál de las dos cosas es la real, cuál es el origen de cuál. Sombras, esta vez sin caverna, en mitad de la selva.

Las figuras tienen cabezas triangulares, como mantis religiosas; y miembros larguísimos que se agitan en constante frenesí. Todas están perforadas en intrincados dibujos que se revelan solo al atravesarlos la luz. Es difícil dejar de mirarlas. Los ojos se quedan hipnotizados contemplando los movimientos de sus bellísimos esqueletos, que se contonean con la delicadeza y la brutalidad de la araña. Para entusiasmo del público, uno de los personajes pierde un brazo durante una «pelea», pero el maestro de ceremonias sigue con la función. La noche no ha hecho más que comenzar. El espectáculo del *wayang* puede durar hasta doce horas: una única persona interpreta sin descanso hasta el amanecer, poseído como en un trance por el espíritu de sus figuras. El tiempo parece adensarse o comprimirse y uno deja de saber si lleva mirando dos segundos o tres horas. Es como si todo se plegara al ritmo que marca el *gamelán:* imprevisible e inexorable como el tiempo mismo.

—Es precioso… —l e susurra a Jahan—. Precioso.

—Gusta también. Marionetas, muy bonitas. Antiguas. Ollauri quería una, hace años. Pero yo tuve que convencer: no buena idea… Hay que tener cuidado.

—Ya imagino, ya… Serán muy valiosas. Supongo que esta gente de por aquí, si te pillasen robándoles, te degollarían sin miramientos. Y

muy bien que harían, la verdad.

—No, no por la gente… Sino por las marionetas. No buena idea.

—¿Por si se rompen?

—No, por si ellas rompen tú.

El jaleo es cada vez mayor, los niños gritan, los insectos de la selva rugen, la hoguera crepita. A pesar de todo, Jahan baja la voz.

—Si tú rompes, ellas rompen. Brazo por brazo. No buena idea. Además, hay que saberlas coger; yo no sé. Donde soy yo, esto no existe. Solo mar.

—¿Es que hay que cogerlas de un modo especial?

—Sí. Si quieres robar ellas, tienes que cogerlas desde atrás, para que no te vean. Si no, recuerdan quién las metió en el saco. Tú no quieres que ellas te recuerden. Mejor que no. Yo no tocar.

Sofía mira las contorsiones de las marionetas, que bailan y batallan iluminadas por el fuego. La idea de que en ellas anide algo semejante a una voluntad —p ropensa a la malevolencia, por lo que está oyendo — ni siquiera le parece tan descabellada. Desde luego, puestos a robar algo, mejor evitar aquellas figuritas de cuero y hueso. Los razonamientos de Jahan empiezan a sonarle, llegados a este punto, de lo más lógico y razonable.

Una vez que tienen la tripa llena y se han cansado del teatro de sombras, Jahan y Sofía emprenden el camino de vuelta al barco. Ya se han internado por el sendero cuando Jahan se da cuenta de algo y vuelve corriendo sobre sus pasos, dejándola allí sola entre los árboles. Menos mal que no tarda mucho, porque Sofía sigue sin acostumbrarse a saberse dentro de ese organismo tremendamente ruidoso e imprevisible que es la selva. Cuando vuelve, Jahan lleva una bolsa de plástico con comida para Ollauri. Es increíble que se le haya olvidado uno de los objetivos principales de «su misión». Aquella mujer le distrae muchísimo. Eso sí, por lo menos desde que está ella tiene delante algo más agradable que la jeta de Ollauri día y noche.

—¿Tú por qué todavía con nosotros?

—Voy a ayudaros a encontrar al holandés… Y vosotros me ayudáis a irme de aquí.

—Para eso, no necesitas nosotros. Ahí atrás gente blanca. Si tú quieres, yo llevo con ellos. Más fácil.

—¿Los tipos esos que estaban viendo la función? No sé. No parecían muy de fiar, la verdad.

—Y nosotros, sí de fiar.

—Pues mira, tampoco, qué quieres que te diga. Pero al menos ya os conozco —l e contesta, intentando una sonrisa.

—Yo sé que tú no miedo, pero tampoco fías. Entonces, ¿por qué no marchas? Qué te ha dicho. Qué promete. Tú no tonta. Él promete algo, por eso tú aún aquí.

Sofía baja la vista, fijando los ojos en el barro que van desplazando sus pies al caminar. Es cierto, Jahan tiene razón. No se lo había planteado conscientemente, pero una parte de sí había reaccionado ante la insinuación de Ollauri: «Si trabajamos juntos, esta historia puede acabar muy bien para los tres…». El tal Ronnie debía de haber robado algo verdaderamente valioso, y «encontrarlo era también encontrar el camino hacia lo que había robado». Sí, quizás es una ilusa, pero no puede negar que su mente ha estado jugueteando ya con algunas ideas. ¿Qué pasaría si de pronto todo cambiara para ella? ¿Si dejara su trabajo y su vida anterior, si «desapareciera», teniendo la espalda bien cubierta?

—Si él promete tesoros, tú olvidar. Él loco y mentiroso. Y tú sabes.

Sofía le mira, avergonzada al verse confrontada de forma tan brutal por una verdad tan sencilla.

—No es solo por eso. Es que me gusta estar con vosotros.

Jahan se detiene y la mira durante un instante. Nunca ha entendido el sentido del humor de los extranjeros. Después, interpretando la parte de su mirada que sí ha comprendido, le ofrece un poco de comida de la bolsa. Ella lo coge con ganas.

En el sendero hay algo que interrumpe el camino. Un tronco roto, ramas quebradas. Antes no estaban. Alguien más ha debido de usar el camino hacia el barco. Y, haya sido quien haya sido, o era muy corpulento, o muy torpe… O allí ha pasado algo.

Jahan se detiene un momento para observar las ramas. Luego, continúa. Sofía le sigue, pegándose cada vez más a sus pasos. No continúa acercándose porque es físicamente imposible: un centímetro más, y estará encima de él en lugar de detrás. Algo que, por otra parte, tampoco le importaría. Sentarse sobre sus hombros, sintiendo aquella cabeza entre los muslos, le haría olvidar cualquier miedo. Cualquier miedo y cualquier otra cosa… Pero no es momento de tonterías.

El barco está en el mismo lugar donde lo habían dejado. Usando los tablones que habían colocado hacía unas horas, vuelven a embarcar. Las luces están apagadas y no se ve a nadie en cubierta. Sofía se dispone a llamar a Ollauri, pero Jahan se lo impide con un gesto de la mano. Mejor no dar nada por sentado: en realidad, no saben quién podría estar en el barco.

Aunque aún no ha amanecido, una vez fuera de las sombras del camino la luminosidad de la noche permite ver con claridad. Sobre ellos se extiende una impresionante bóveda de estrellas que parece reverberar sobre la superficie del agua. Junto a la cabina se recorta una silueta. Es un hombre, pero es difícil verle la cara.

—¿Qué coño estáis mirando?

Es Ollauri, sin duda alguna.

Cuando se acerca a ellos, le quita la bolsa a Jahan de un tirón y empieza a devorar su contenido a puñados, dando por supuesto que es su comida y la de nadie más. Nada raro en él. Sin embargo, Sofía nota que pasa algo.

—¿Ya conseguido? —q uiere saber Jahan.

Sofía se pregunta a qué se refiere, y qué ha estado haciendo Ollauri mientras ellos se encontraban en el poblado. Todo indica que no ha permanecido en el barco. Por otro lado, recuerda haber oído a Jahan decir que necesitaban dinero, que por eso Ollauri no iba con ellos.

Ollauri no contesta, solo suelta un bufido y sigue engullendo la comida. Es un no.

Sofía se da cuenta de que ya no lleva la cuerda enrollada en el brazo como siempre. Además, tiene algo raro en la cara. Parece que se le está hinchando la parte izquierda, en la zona del pómulo, aunque con tan poca luz es difícil verle bien.

Ha cobrado, eso está claro. Pero no en el sentido que a él le habría gustado.

38
Cuentas pendientes

En las últimas horas, Ollauri ha estado haciendo «algunas gestiones». No ha fondeado allí por casualidad: sabía que cierto barco australiano andaba por la zona. A su tripulación pertenecen los hombres que Jahan y Sofía han visto en el pueblo, una panda de lo que él suele llamar «paletos sin experiencia en busca de la aventura de su vida». La nave en la que trabajan es propiedad de una empresa privada que se dedica, supuestamente, al espeleobuceo «y otras actividades deportivas». En los últimos años habían organizado varias expediciones encubiertas para saquear ciertos arrecifes de las Molucas, con unos resultados que compensaban cualquier riesgo. Poco a poco habían conseguido extraer de forma ilegal restos arqueológicos que, aunque no demasiado interesantes, no resultaban para nada desdeñables: florines de plata y fragmentos de goletas holandesas del siglo XVIII . Ollauri había trabajado para ellos no hacía mucho; sus habilidades y su experiencia no eran un secreto para nadie en «su campo». De hecho, cuando se trataba de organizar aquel tipo de expediciones, tarde o temprano alguien acababa siempre sacando a colación las palabras «esos dos»… A Jahan y a él nunca les faltaba qué hacer.

Con aquellos tipos, los australianos, Ollauri tenía cuentas pendientes: le debían bastante dinero por el último trabajo que había hecho con ellos. En otras ocasiones le habían pagado puntualmente y sin problemas; eran unos cazurros, pero más o menos de fiar. Sin embargo, al enterarse de que la situación había cambiado para Ollauri, se habían sentido liberados de sus obligaciones para con él. Primero les llegó el rumor de que estaba muerto. La mejor de las situaciones: deuda cancelada. Después, supieron que le buscaban en varios países por un robo de los gordos, así que tarde o temprano estaría entre rejas. Al final, parece que ni lo uno ni lo otro; pero, si no le pagaban, ¿a quién demonios iba a reclamar?

Se oye un gemido. Parece proceder del interior del barco.

¿Será un animal? Sofía mira algo preocupada hacia Jahan. Si él no reacciona, es que es algo normal. Pero no parece ser ese el caso. Jahan dirige a Ollauri una mirada de interrogación, tenso, atento; una mirada que recuerda a Sofía a la de los tremendos perros de la policía alemana.

Ollauri hace un gesto con la mano y sigue comiendo, como quien quita importancia al llanto de un niño pesado: mejor hacer como si

nada, ya se callará. Pero lo que hay en la bodega no es ningún niño.

Jahan baja a comprobar qué es lo que está pasando, con Sofía siguiéndole tímidamente, dos pasos por detrás. No le gustan nada aquellos gemidos, aquella voz sin dueño.

El ruido procede del espacio que están usando para dormir. Allí, colgando por los brazos, hay un hombre. Sus pies no llegan a tocar el suelo. Tiene los codos atados a la espalda con una cuerda, seguramente la de Ollauri, que está enganchada a las bisagras de la lumbrera. Sus hombros tienen un volumen extraño, deformados por un abultamiento antinatural: con toda probabilidad el hueso está fuera de su sitio, tras varias horas de sujetar el peso del cuerpo entero en aquella postura. Sofía se lleva las manos a la boca. Es verdaderamente difícil mirar su cara. No se encuentran los ojos, la nariz, en aquella masa sanguinolenta y contraída por el dolor. Y es que, antes de colgarlo, Ollauri ha estado cerrando y abriendo la lumbrera. Con su cabeza en medio.

Para horror de Sofía, Jahan empieza a juguetear con él, balanceándolo como quien mece un columpio. El hombre gime, desesperado.

—¿Quién es? ¿Por qué le hacéis esto?

La respuesta de Jahan la horroriza aún más que su gesto: no lo sabe.

Jahan dice la verdad. En realidad, sí que conoce al tipo; simplemente no lo ha reconocido al encontrarlo en aquel estado. Se trata de un australiano, el capitán del *Tasmania II,* para el que Ollauri y él habían estado trabajando varios meses hacía algún tiempo. Ese que todavía no l es ha pagado, ni pensaba hacerlo.

Parte de su tripulación le espera en el poblado, durmiendo la mona. Algunos siguen a bordo del *Tasmania II,* que reposa fondeado no muy lejos. Se hará de día. El capitán no volverá.

Ollauri sigue comiendo arriba, con más ansia que apetito. Cuando se le pasa el subidón de adrenalina que le ha dado la pelea, siente en mitad del pecho un agujero más negro que de costumbre. Da igual lo que haga, no conseguirá el dinero. Pero no es solo eso lo que hace que le hierva la sangre; al fin y al cabo, esa situación ya se le ha presentado otras veces. El problema es que todo ha cambiado. Con esa maldita historia del robo, la muerte de Míster Li y todo el asunto por el que los buscan, el paisaje se ha transformado irremediablemente para ellos. La información viaja despacio, por estos mares; pero tarde o temprano acabará llegando a todas y cada una de las islas del Archipiélago. Pocos serán ya los que quieran arriesgarse a trabajar con él, sabiendo que puede traer tras de sí no ya a la policía estatal, sino a la puñetera Interpol.

Aquellos arrecifes ya no eran un lugar seguro ni rentable. De un

momento a otro, ya no parecían su casa. Y lo peor de todo era que aquella situación, surgida de la nada para arrasar con todo, ni siquiera era su culpa: esta vez él no había robado nada, ni matado a nadie. Y casi que se arrepentía; se arrepentía de su inocencia. Ojalá se hubiera hecho con alguna de aquellas piezas de porcelana mientras podía; ojalá hubiera sacado tajada a su manera en lugar de hacer lo que le habían pedido aquellos que confiaban en él. De nada servía acatar las reglas de los demás: lo que había pasado era la prueba. La vida le castigaba por no comportarse como un chacal, por no velar por sus propios intereses y cuidar de sí mismo. He aquí las consecuencias: había acabado perseguido, sin un duro y sin un futuro claro a la vista, mientras el hijo de puta de Ronnie había dado el golpe de su vida y se iba de rositas.

Ollauri recuerda con amargura el periodo a bordo del *Amaranta* . Las cosas no le iban mal. Cuando se levantaba de madrugada para sus guardias, por mucho que maldijera, se sentía agotado pero tranquilo. Por un lado, con aquella tripulación no tenía que estar siempre alerta, las pupilas vagando por el extrarradio en previsión de una puñalada trapera que en su mundo no solía tener nada de metafórico. Sin el presentimiento de una amenaza constante, estaba más calmado y pensaba mejor. Una vez hasta había dormido seis horas seguidas sin despertarse, todo un récord. Por otro lado, en aquel barco del Instituto de Arqueología Submarina tenía un objetivo muy claro. Algo se esperaba de él, y eso no era, por una vez, algo negativo. Míster Li no le podía ver ni en pintura, cierto era; pero, a pesar de todo, Ollauri percibía con claridad que confiaba en él, en su criterio. Era quizá por eso, extrañamente, que no había llegado a hacer lo que su instinto le pedía y que habría hecho en cualquier otra circunstancia: esperar a la extracción y el tratamiento de las piezas, entender bien cómo manipularlas y transportarlas sin que se hicieran añicos, y pirarse con alguna.

Hacía solo unos meses, en una casa de subastas de Londres se había pagado casi medio millón de libras por un jarrón mucho más moderno, de la dinastía Qianlong. ¡Quién sabe qué valor podrían haber alcanzado esas tacitas que él mismo había tenido entre las manos! Se mordía los puños, solo de pensarlo. Ahora bien, por alguna razón estas ideas no le habían cruzado la mente durante ese periodo. Solo se había metido de lleno en las labores que le correspondían: la planificación del itinerario, el asesoramiento sobre la seguridad en cada zona, la supervisión de la navegación… Los turnos, los compañeros. De hecho, no recuerda haber trabajado nunca tan bien ni con tanto entusiasmo como en el *Amaranta;* donde, encima, tenía hasta un contrato y un sueldo legal. De acuerdo, es posible que Míster Li no hubiera estado de acuerdo con ese primer punto… Pero dentro

de sí Ollauri sabía lo que aquel trabajo había significado para él. Y cuánto sentía que, de la manera más absurda y por culpa de aquel malnacido holandés y la puta que lo parió, todo hubiera terminado para siempre. No solo aquella expedición, sino también su medio de vida habitual, ahora que le sería casi imposible conseguir «nuevos encargos». Y eso, si tenía suerte, claro; porque si acababan encontrándolos y arrestándolos, entonces…

Arrastrado por sus propios pensamientos, Ollauri baja la escalerilla a zancadas y propina a Jahan una tremenda patada en los riñones. Sofía, gracias a dios, se aparta a tiempo y consigue huir hacia cubierta. No quiere ver como Ollauri se desahoga a placer con aquel pobre diablo que aún cuelga de la cuerda, fueran cuales fueran sus culpas.

Ya en el exterior, Jahan se da friegas en los riñones doloridos. Luego se pone a colocar unos cubos como si tal cosa. Para Sofía su comportamiento subraya aún más aquel horror: la naturalidad con la que acepta la violencia de Ollauri sin que le afecte en absoluto es casi más escandalosa que la violencia misma.

Después de unos interminables minutos de golpes y lamentos —y a convertidos en mugidos animales más que humanos—, Ollauri llama a Jahan para que le ayude a subir aquel peso muerto a cubierta. Conforme lo arrastran, por los tablones va quedando un rastro negruzco, como pegotes pardos. Sofía no sabe si es sangre o excrementos. El hombre parece inconsciente. Van a tirarlo por la borda con las mismas.

—¿Esto es… lo que vas a hacer con… con tu amigo el holandés cuando lo encuentres? —p regunta Sofía, aunque casi no le sale ni la voz de la garganta.

Ollauri alza la cabeza y deja lo que estaba haciendo: desatar los brazos del hombre para recuperar su cuerda.

En aquel momento Sofía se arrepiente de haber hablado. Tiembla al anticipar uno de sus gestos imprevisibles, una fugaz ráfaga de rabia ciega después de la cual ella no sabe si podría levantarse. Su cuerpo se encoge sobre sí mismo.

Sin embargo, por fortuna nada de esto sucede.

Ollauri se queda pensativo. Después, le pide a Jahan que se detenga. Cambio de planes. Nada de tirarlo por la borda.

—Lávale la cara.

—¿Qué?

—Que le laves la puta cara. ¿No entiendes el castellano? Ayúdale a incorporarse.

Sofía hace lo que le pide, confundida. Intenta limpiarle como puede, sin mirarle demasiado. Para no marearse (el hombre tiene parte de la nariz colgando, las fosas nasales «con vistas al mar»),

intenta imaginar que lo que tiene entre las manos no es la cara doliente de una persona, sino una especie de superficie sin vida que ella tiene que lavar. Es más fácil así.

Por un momento Sofía atribuye el cambio de actitud de Ollauri a un repentino ataque de clemencia, pero no consigue engañarse durante mucho tiempo. En realidad, él solo quiere que el tipo se espabile, que se recupere un poco. Lo suficiente para poder hablar.

Las palabras de Sofía le han hecho darse cuenta de que quizás ha estado a punto de perder una gran oportunidad de conseguir cierta información. Una información que le importa mucho más que el dinero no recuperado, la deuda que aquel imbécil australiano tenía con él y que, por otra parte, a decir verdad, hacía ya mucho rato que se le había olvidado.

Mientras esperan a que vuelva en sí, se hace de día. Hay algo irreal en la escena, piensa Sofía: el alba asomándose tranquila por las aguas del estuario, la sangre del hombre goteando sobre la madera, la brasa del cigarrillo de Ollauri consumiéndose en la semioscuridad.

Una vez que ha abierto los ojos, Ollauri sonríe y la tranquilidad termina.

Saca el mechero.

Es lo único que necesita para hacerle hablar. Fácil.

Al final, ni siquiera le hace falta usarlo: el hombre está ya más que convencido de que no hay ninguna necesidad de discutir.

Ronnie.

El australiano no sabe de qué demonios está hablando Ollauri.

Ah, sí. Claro que le conoce.

No está seguro de dónde para.

O quizá sí: Bali. Tratos con coleccionistas chinos en Bali. Por eso está allí.

¿Cuánto tiempo hace?

Unos días.

«Unos días» y «por favor» son las últimas palabras del australiano antes de hundirse pesadamente dentro del agua, enrollado en una maroma como una gigantesca peonza.

Ollauri pregunta si queda algo más de comida. Jahan niega con la cabeza. Después, ponen rumbo a Bali.

39
Ladjang y sus niños

Sofía baja por la escalera, intentando alejarse de ellos. Para ella resulta obvio que, con aquellos métodos que se gastaba Ollauri, aquel hombre le habría dicho cualquier cosa; imposible saber si había algo de verdad en sus palabras. Sea como fuere, ¿a ella qué le importa? En cuanto pongan pie en Bali, está decidida a desaparecer. No sabe cómo, pero va a intentarlo: no tiene ninguna intención de seguir adelante con aquel par de psicópatas.

Bali. No ha estado nunca allí, pero sabe que es una isla muy turística, visitada por millones de personas cada año. Surferos californianos, hippies de viejo cuño en busca de nuevas espiritualidades y parejas que encuentran la manera de casarse lejos —m uy lejos— de los parientes. Tiene por fuerza que haber mucho movimiento, un aeropuerto internacional, gente que habla inglés en todos sitios: un lugar donde ella podrá por fin encontrar su camino de regreso a casa.

—Cuando lleguemos a Bali, buscaremos la manera de colocarte en un hotel, en una de las zonas donde pienso que puede estar ese cabrón… Antes, claro, necesitaremos algunos días para conseguir algo de dinero y ubicarnos… En cuanto tengamos idea de por dónde para, entras en acción. Pero tenemos que hablar muy bien de lo que vas a hacer… Y conseguirte algo de ropa. Así, no va a funcionar. Ni siquiera pareces una mujer.

—Gracias —d ice Sofía, sin apartar la vista de la sombra de él en el suelo, que crece y oscila con los vaivenes del barco.

Ollauri, que no ha captado el sarcasmo, continúa explicándole no sé qué, pero ella no le escucha. Solo quiere comer, descansar. Irse de allí. Su malestar físico es tal que la vuelve ciega y sorda. Casi ni se da cuenta del lugar donde se encuentran: una costa de impresionante belleza donde la mirada sufre intensamente ante la imposibilidad de decidir si dirigirse hacia el mar, de un azul que rebasa sus límites y parece entrarte hasta en el pensamiento, o si quedarse para siempre vagando entre los majestuosos volcanes que lo bordean.

Los siguientes días los pasan avanzando hacia el este, buscando comida, planeando cómo entrar en la isla. Sofía está como ausente. El haber presenciado tan de cerca las habilidades de Ollauri con cuerdas y mecheros le ha afectado considerablemente. Nada que de algún modo no supiese ya, cierto es. Pero una cosa es intuir o imaginar, y otra ver con los propios ojos el tipo de rastro que deja sobre el suelo

un hombre muerto de miedo, medio muerto y muerto entero.

Jahan, por su parte, cada vez está más ensimismado («acarajotado», en palabras de Ollauri); y, de acuerdo con las quejas constantes de este último, se comporta de forma extraña desde hace tiempo.

Sofía sabe, en parte, lo que le pasa. Según le había dicho Jahan, ahora sentía un fuerte deseo de volver a su casa, o al menos de encontrar dónde estaba. Ella no dice nada, por supuesto; pero intuye que, tarde o temprano, acabarán dirigiéndose hacia allí, hacia donde él desee ir. Quizás ella ya no estará con ellos para verlo, pero con toda probabilidad sucederá así. Si una cosa ha entendido hasta ahora de la relación entre aquellos dos es que, incomprensiblemente y a pesar de las apariencias, las opiniones y deseos de Jahan son los que en realidad marcan el rumbo de aquel barco.

Bali se encuentra muy próxima al extremo oriental de Java, ambas islas separadas solo por la distancia brevísima de un beso frustrado. A pesar de todo, Ollauri no elige el camino más corto. El buen juicio no se cuenta entre sus virtudes, pero al menos el instinto de supervivencia se impone sobre las ganas que tiene de llegar. Es mejor dar un rodeo, elegir bien dónde atracar. Si bien Bali es un lugar lo suficientemente internacional y caótico como para pasar desapercibidos, no quiere arriesgarse a que las cosas se les compliquen. Además, mejor evitar ciertas partes de la isla llevando el barco que llevan… La costa sur de Bali, como la de Java, es un muro continuo de desfiladeros. Contra las rocas embiste sin tregua un mar desaforado, brutal, que ha cogido impulso en los hielos antárticos y ha avanzado miles de kilómetros sin ser amortiguado por obstáculo alguno hasta encontrarse con la isla. Las olas alcanzan una longitud tal que parecen no interrumpirse en sus extremos, como si fueran paredes de agua que se desplazaran en bloque hacia la costa. Su altura desconcierta en igual medida: es difícil saber si lo que se está contemplando es el horizonte o la cabeza, aún agachada, de la próxima ola, lista para la embestida. En algunas zonas, este fenómeno hace las delicias de los amantes de la espuma. Ahora bien, cuando el lugar de «aterrizaje» de aquellas bestias azules no son playas de blanquísima arena sino rocas verticales de cincuenta metros de altura, más vale saber muy bien lo que se está haciendo. Y Ollauri lo sabe. Por eso permanece atento al más mínimo indicio de cambios en las mareas, y se mantiene bien alejado de ciertos acantilados… Que son muy bonitos, sí; pero ellos no han ido allí a hacer turismo… Y los templos colgantes distraen peligrosamente. Hay muchos construidos por allá arriba, encaramados en salientes de roca y mantenidos en vilo sobre las olas gracias a la mano invisible de los dioses de la buena fortuna… Esos mismos a los que Ollauri no tiene intención alguna de encomendar su barco.

—¿Cuándo llegamos?

—Cuando lleguemos.

—Y, cuando eso suceda, ¿cómo vamos a hacer? No tengo ni dinero, ni pasaporte, ni…

—Eso no es asunto tuyo. Yo me encargo. Tú ocúpate de lo que puedes hacer por mí, que ya me ocuparé yo de lo que puedo hacer por ti.

—¿Y ahora por qué nos alejamos de la costa? ¿Eso que se veía ya, no era Bali?

Ollauri hace un gesto a Jahan para que, por lo que más quiera, le dé a Sofía algo que hacer. No puede estar lidiando con aquel repentino mar de fondo mientras es acribillado a preguntas por una mosca cojonera.

La siguiente hora la pasan cabeceando de lo lindo, dando unas sacudidas que terminan con Sofía tumbada en el suelo con la cara color pistacho y los bidones que se supone debía haber atado rodando a sus anchas por la cubierta.

Por si fuera poco, llevan compañía.

Hace un rato que les ronda otra embarcación, aparentemente un pequeño carguero de la zona. Aunque lleva también motores como cualquier nave moderna, es toda de madera y conserva dos mástiles de los que cuelgan varias velas de un sorprendente azul índigo. Encaramados sobre las vergas, algunos hombres manejan los cabos usando manos y pies. Se trata de un *phinisi* que Jahan no tarda en reconocer.

—Ladjang y sus niños —d ice, y Sofía, que aún sigue en el suelo, se pregunta si los «niños» serán los hijos de aquel tipo o simplemente la tripulación, que recibe en el Archipiélago el nombre de «niños del barco».

—Ladjang… ¿Aquí? Qué raro. Pero qué golpe de suerte. Al menos una vez, qué carajo.

Ollauri le conoce desde hace años; es un liante, pero les puede sacar del apuro. Ellos sabrán dónde pueden atracar de la forma más segura y discreta… Con un poco de suerte quizás hasta le sea posible negociar con ellos, y que les ayuden con el tema de los pasaportes. Ir a encontrárselos justo ahora ha sido una verdadera suerte. Sin embargo, la alegría le dura poco en cuanto reflexiona un momento.

Jahan, que se ha dado cuenta antes que él, señala a Sofía con un gesto de la cabeza.

Ollauri no contesta. Solo vuelve a fijar la vista en el horizonte. Un profundo surco le separa de pronto las cejas, la preocupación convertida en un signo de puntuación entre sus ojos.

El barco los acosta ya por estribor y los hombres gritan alegremente a Ollauri a modo de saludo. Jahan, sin esperar más, agarra a Sofía por

el brazo para acompañarla hacia el interior del barco.

—No, no… Tráela aquí mejor —l e ordena Ollauri, indicándole que la acerque hacia él.

Sofía no tiene tiempo para sentirse ofendida por aquella extraña situación en la que se habla de ella como si no estuviera, y se la pretende esconder y proteger como a un niño o a un animal. Lo único que le preocupa ahora es el porqué de aquella conversación. Empieza a ponerse nerviosa.

Apostada detrás de Ollauri como si en vez de a un hombre tuviera delante una muralla, ve que dos tipos saltan ya por la borda.

Llevan el pelo largo y telas anudadas alrededor de la cabeza, con los extremos colgando como cintas por detrás. Tienen los ojos rasgados y son muy morenos de piel. En general se parecen mucho a Jahan; y, aunque no llegan a ser tan corpulentos como él, todos comparten esa complexión, flexible y fibrosa, tan común entre los hombres del Archipiélago. Uno de ellos le golpea afectuosamente en los brazos, reconociéndole. Sofía se da cuenta de que a todos les sobresale algo en la parte baja de la espalda, por encima de la cinturilla del *sarong* o de los simples bañadores que visten algunos. Es la curva empuñadura del *badik ,* el cuchillo de los pescadores, que se sujeta como la de una pistola. Sofía lo conoce: se trata de una especie de *kris,* pero sin ondas y más corto, que lo mismo te destripa un atún que te rebana una cabeza de tortuga… O cualquier otra cosa que haya que destripar o rebanar.

Otros hombres suben a bordo, algunos de ellos muy jóvenes. Todos saludan efusivamente a Ollauri. Con ambos barcos ya aconchados, les invitan a pasar a presentar sus respetos a Ladjang y a comer con ellos.

Ollauri se vuelve hacia Sofía, pero ella no está. Eso que sentía tan cerca de su espalda hasta hacía un momento, la respiración acelerada detrás de su hombro izquierdo y su pecho rozándole rítmicamente la parte posterior del brazo, ha desaparecido por completo. Detrás de sí solo encuentra la pared de la cabina.

Ollauri acepta la invitación, aunque sin dejar de mirar a su alrededor. ¿Dónde demonios está? Espera que, si ha decidido esconderse, al menos lo haya sabido hacer bien.

Ladjang recibe a sus invitados en el centro de su reino flotante: una cámara comunal con los mamparos de ratán medio podridos donde comen y duermen él y toda su tripulación. Mientras tanto, otros «hombres de su equipo» (algunos menores de diez años) se encargan de pilotar el barco.

Desde su escondite, Sofía ve que Jahan y Ollauri pasan al *phinisi* y desaparecen en su interior. Durante más de media hora no sabe qué hacer, ni qué pensar. Dentro de nada empezará a oscurecer. Las rodillas han empezado a dolerle mucho por la postura, pero no se

atreve a moverse. Espera que vuelvan pronto, a ser posible solos. Le queda el consuelo de haber entendido que se trataba de «amigos», que aquellos hombres no representaban peligro alguno. Al menos, para Jahan y Ollauri. Eso, sin embargo, no le hace sentir ningún alivio. De hecho, además de asustada, por alguna razón se siente también bastante triste.

En el barco de Ladjang ambos están cenando como reyes, sentados en las esteras con los demás. La carne de langosta recién pescada y los sabrosísimos caldos que se están echando al gañote les devuelven las energías; y llegan a sentirse razonablemente felices, allí descalzos, alardeando de hazañas inventadas y tomándole el pelo al vecino. Ollauri se olvida por fin de Sofía, que, ahora se da cuenta, ha estado ocupando demasiado espacio en su cabeza desde que viaja con ellos. Aunque pensar sobre esto es, de alguna forma, también pensar sobre ella. Un sonido viene por fin en su ayuda, distrayéndole y rescatándole de todo. Alguien le ha pasado a Jahan una de las cosas que más le gustan en el mundo: una flauta. Algunos empiezan a canturrear, cada vez más animados; otro saca una bandurria amorfa que en realidad no es ni amorfa ni bandurria, sino un *kecaping,* el «laúd del mar», un instrumento cuyas cuerdas fueron un día sedales y su madera parte de un barco. A Ladjang le brillan los ojos. Es ya un viejo, pero se siente más vivo que nunca cuando «sus niños» tocan aquella música para él. Su barco se convierte por un instante en el mismo en el que él fue a su vez un niño, y tenía que cocinar y lavar, y aporreaba el instrumento por las noches mientras su abuelo comía con sus hombres y se sentaba orgulloso en el mismo lugar donde hoy se sienta él.

Ollauri le hace un gesto de reconocimiento con la cabeza, y el viejo le corresponde. Todos escuchan la flauta de Jahan, que está en su salsa. Los hombres le prestan atención y, de algún modo, se percibe que le respetan. Algo ha cambiado en él. La tripulación de Ladjang no tarda en darse cuenta y acepta la nueva posición que Jahan ha pasado a ocupar.

—¿Cómo es que os encontráis tan al sur? —p regunta Ollauri al patriarca—. Nunca os he visto por esta zona.

—En nuestro territorio hay problemas. Es por lo de Bali.

—¿Lo de Bali? ¿Qué pasa en Bali?

La música se detiene: de pronto resulta obvio, de nuevo, el batir de las olas en el exterior. La cara de Ladjang permanece inalterable.

En la puerta hay una mujer. Es una extranjera.

Detrás asoman los dos hombres que la han encontrado escondida en el barco de Ollauri y la han llevado hasta allí.

Nadie dice nada.

Sofía nota que la empujan desde atrás, dándole un golpecito en el trasero para que entre en la habitación. Luego siente un pellizco. Aun

así, no se mueve.

Viendo que ella no reacciona, una mano de hombre se le apoya por completo en la carne, dejando que el pulgar se hunda profundamente entre sus nalgas.

Sofía da un respingo hacia delante. La rabia se le sube a los ojos como si fueran ganas de llorar. A pesar de todo, no se atreve a hacer eso mismo que habría hecho en cualquier otro de los lugares del mundo donde, por desgracia, ya ha vivido esta situación. No puede volverse y cruzarle la cara sin más a aquel tipo. Esto no es un vagón de metro abarrotado, una cola o un ascensor donde una reacción por su parte puede provocar una ola de indignada solidaridad entre las personas que la circundan. El sistema que la protege está ausente aquí. O quizá no. Quizás aquí el sistema es otro. El antiguo.

El viejo la observa con atención.

—Esa mujer, ¿es tuya?

Ollauri termina de beber el caldo. Después, deja el cuenco sobre la estera y mira a Sofía.

—Sí. Y si esos dos amigos tuyos quieren conservar los cinco dedos de la mano, les sugiero que den un paso hacia atrás ahora que aún están a tiempo.

Los hombres no se mueven.

Ollauri se levanta con cara de fastidio. Hay que joderse, que ni digerir la langosta en paz van a dejarle.

—Quiero seguir oyendo música —d ice de pronto el viejo, con el tipo de susurro grave con el que acostumbra a dar órdenes—. Venid aquí a hacer lo que se os pide.

Los dos hombres se alejan de Sofía y se sientan con el *kecaping* para obedecer a Ladjang. El viejo se las ha apañado, como siempre, para contemporizar sin dar su brazo a torcer: preferiría dejarse matar antes que secundar con una orden suya la petición de Ollauri.

La música continúa, y un niño, siguiendo las indicaciones del viejo, le sirve a Sofía un cuenco de caldo. Ella lo bebe con ganas; pero, cuando termina, no es capaz de apartar los ojos del fondo. No quiere retirarse el cuenco de la cara. Quiere quedarse dentro, allí escondida para siempre; protegida de las miradas de aquellos tipos, de sus intenciones.

—Ladjang, tú sabes que soy un hombre generoso con mis amigos. Y tú eres un amigo —c omienza Ollauri.

El viejo arquea una ceja.

—Ahora mismo no tengo mucho que ofrecer; sin embargo, dentro de poco llegará a mis manos cierta… Cierto tesoro, muy valioso. Algo que se me debe, y yo lo voy a cobrar. Cuando eso suceda, me gustaría compartir contigo una parte. Yo soy muy amigo de mis amigos.

—Qué es lo que quieres —l e contesta el viejo, haciendo gala de

una gran paciencia.

—En realidad…

—Mañana. Hoy es tarde. Estoy muy cansado.

Ollauri se levanta y, seguido por Jahan y Sofía, se dispone a regresar a su barco. Sin embargo, el viejo no está de acuerdo. Dormirán allí. En su embarcación.

Un desagradable presentimiento empieza a formarse en la mente de Ollauri. Aquello está tomando un cariz que no le gusta nada. Si bien es cierto que acercarse a Ladjang supone encontrarse bajo su protección, también significa estar bajo su autoridad… Y a merced de sus deseos, que sus hombres ejecutan con diligencia de esclavos. Es posible que la decisión de alejarse de aquella panda ya no esté en su mano, incluso puede que acaben perdiendo el barco. Por otro lado, dormir allí los tres…

—Pensaba que no os gustaba tener una mujer a bordo por la noche: da mala suerte —i ntenta Ollauri, a la desesperada.

—Si tu barco no se ha hundido hasta ahora, no veo por qué debería de ser peligrosa para el nuestro.

Ollauri asiente, a sabiendas de que no le conviene discutir con el viejo en este momento. Mientras se preparan para la noche, presta atención a los números. Allí, sobre las esteras, hay unos diez hombres adultos, tres adolescentes y cinco niños; y arriba, de guardia, debe de haber por fuerza alguno más. Poco va a poder hacer si la cosa se pone fea, ni siquiera contando con Jahan. En cualquier caso, es mejor mantener la atención y saber dónde se encuentran en cada momento. Nunca ha tenido problemas con ellos, pero de sobra sabe que eso no es jamás una razón válida sobre la que basar la confianza.

Durante la noche tendrá tiempo de pensar bien cómo jugar sus cartas. Quiere sacar el mayor provecho posible del viejo y conseguir su objetivo de llegar a Bali con algo de dinero en el bolsillo y, quizá, documentación. Puede obtener una ayuda decisiva de Ladjang si sabe hacer bien las cosas. Le quedan muchas horas para pensar cómo: total, ya sabe que no pegará ojo. Entre otras cosas, porque en aquel barco se duerme en común, igual que en tierra… En muchas islas del Archipiélago las familias descansan todas juntas en casas comunales, donde comparten todo además del techo. En los barcos hacen lo mismo. Cada uno se desata el *sarong* y se envuelve en él como si fuera una especie de sábana; y durante la noche, al abrir los ojos, lo mismo te encuentras delante de las narices el calloso pie de tu vecino, que las patas de alguno de los gallos de a bordo. Los gallos. Si notas movimiento cercano, mejor pensar eso, que son los gallos, las gallinas… Y no las otras habitantes del barco, las verdaderas dueñas y señoras de todos los mares. Pero no es eso lo que piensa Ollauri que va a despertarle: más que acostumbrado está él, a todo aquello. Son las

otras ratas, las humanas, las que le preocupan. Esas que pueden importunarle, intentando apropiarse de algo que, según ha dicho hoy delante de todos, le pertenece.

Sofía se ha tumbado junto a él; muy cerca, pero sin atreverse a rozarle. Está tiritando.

Él quiere decirle algo, pero no sabe qué. No tiene ni idea de cómo se tranquiliza a una mujer; más que nada, porque no lo ha hecho en toda su vida. En eso, como en tantas otras cosas, no tiene en realidad ninguna experiencia.

«Jahan, quítate el *sarong* y dánoslo».

Jahan protesta: solo tiene dos, y el otro está en el otro barco. Si se lo da, se quedará desnudo. Ollauri le hace entrar en razón con un puntapié en las costillas.

Una vez que tienen el *sarong,* Ollauri pasa aquel tubo de tela por encima de su cuerpo y del de Sofía, de modo que los dos queden dentro como en una especie de bolsa. Aquella frontera entre la unidad que ahora constituyen y los cuerpos que los rodean es, obviamente, solo psicológica, pero no se le ocurre nada mejor. Bueno, sí; distraerla. A lo mejor, si le habla, a ella se le olvidará la mirada de ese tipo de la coleta que Ollauri lleva ya vigilando un rato por el rabillo del ojo… Uno que acecha junto al mamparo, devorando a Sofía con una ansiedad enferma en los ojos y la boca entreabierta del peregrino después de días de desierto.

Ollauri sabe perfectamente lo que está pensando el hombre y hasta dónde está dispuesto a llegar. Entre otras cosas, porque ese hombre ha sido él mismo, tantas veces. Es una situación que conoce bien. De ahí su más que justificada preocupación al observar la escena —p or primera vez en su vida y de la manera más inesperada— desde un ángulo del escenario en el que nunca se había encontrado antes. Ollauri lanza al tipo de la coleta una mirada de amenaza que pondría los pelos de punta al más pintado, pero de nada sirve, porque el otro no le está prestando atención: sus ojos solo apuntan en una dirección.

Ollauri levanta el *sarong* para cubrir por completo el cuerpo de Sofía. Ella está empapada en sudor, pero no protesta. Tiene el tronco rígido de puro nerviosismo y la cabeza en una postura extraña, para evitar que su cara quede demasiado cerca de la de Ollauri. No quiere refugiarse en él, pero cuando se gira hacia el otro lado el panorama es desolador. Tumbados y sentados a su alrededor hay varios hombres que la observan como si en lugar de a una persona tuvieran delante un cierto tipo de fotografía o película. El miedo y la repulsión que siente hacen que le tiemble un poco la boca.

—En algunas zonas de por aquí, a veces se meten dos personas dentro de un solo *sarong* —l e dice Ollauri en un susurro, por distraerla y que no mire a su alrededor—. Así, como estamos nosotros

ahora. Pero no un hombre y una mujer, sino dos hombres. Para luchar. Es como un duelo; *sitobo lalang lipa,* se llama. Lo hacen en la isla de la Estrella… Son más brutos que la madre que los parió. Los dos hombres están de pie, y se meten dentro de una única tela anudada. De ese modo los contrincantes no pueden alejarse uno del otro. Como es con cuchillo, la pelea dura pocos segundos. No hay posibilidad de apartarse para esquivar el filo. Heridas aseguradas. El que pierde queda colgando dentro del *sarong,* desnudo junto al cuerpo del otro. Del que sobrevive. Yo he visto cómo lo hacen. Son así ellos, por aquí… Les gustan esas cosas.

Sofía mira a Ollauri, sin comprender qué significa aquella historia.

Ollauri tampoco lo sabe. Solo está empeorando las cosas. No debería haberle contado aquello; quizás eso la asusta aún más. Se siente como un imbécil. Por otro lado, no entiende por qué le importa.

Quizás es porque sabe que no va a poder dormir sintiendo todo aquel miedo junto a sí. El miedo es contagioso. Eso lo saben todos los perros; y él, como uno más entre e llos. O a lo mejor es por el orgullo: si durante la noche llega a suceder algo que él no pueda impedir, quedará humillado delante de todos. Será por eso, seguramente, que se siente así.

El barco cabecea. Se empiezan a oír algunos ronquidos. Sofía intenta acurrucar la cabeza contra la tela, protegiéndose en aquel mundo de cuadros blancos y amarillos.

Él le pasa el brazo por encima. Ella no se mueve.

Pero consigue dormirse.

40
El trato

Todavía no ha amanecido cuando ya todo el mundo está en pie, ocupándose de sus tareas. No es solo así en alta mar, sino también en cada isla: en esta región la vida suele empezar a las cinco de la mañana. El desayuno que les espera es el de siempre, pescado seco y arroz. También, una fruta que Sofía reconoce; redonda y con escamas de reptil. Es la que Lucy Tjan le había enseñado a pelar, en un tiempo que ahora le resulta lejano. No deja de sorprenderle cómo los mares del Archipiélago y sus distancias infinitas distorsionan la percepción del tiempo. El pasado se aleja a la velocidad con la que desaparecen los litorales que se dejan atrás, y el presente se convierte en un estado mental tan intenso que no queda espacio para nada más.

Alguien da la voz de alarma: falta una persona a bordo. Amir. Amir no está en su puesto, no ha terminado su guardia.

Se le busca por todos lados, pero no aparece. ¿Se trata de un niño? Ollauri se ofrece a ayudar a Ladjang en su preocupada búsqueda. Le pregunta qué aspecto tenía.

Unos treinta años, coleta…

Vaya. Quizás ha habido un accidente, dice Ollauri; una distracción, y se ha caído por la borda. Cuánto lo siente. Mientras dice todas estas paparruchas al viejo, mira de reojo a Jahan, buscando una explicación. Él no le responde, pero Ollauri sonríe al darse cuenta de que, aunque no recuerda haber llegado a devolverle su *sarong,* Jahan ya no está desnudo. Lleva puesto el del tal Amir.

En realidad, robarle la ropa no era la idea inicial de Jahan cuando, a las dos de la mañana, le había lanzado por la borda para que viera los peces de cerca. El motivo era otro. Jahan llevaba cierto tiempo observándole, y sabía que el tipo estaba a punto de pasar a la acción después de un buen rato entretenidísimo consigo mismo y las excitantes vistas que los nuevos pasajeros del barco, por lo visto, para él ofrecían. Jahan había decido interrumpir aquellos pasatiempos nocturnos y su inminente desenlace, y lo había arrastrado a cubierta a tomar el fresco… Y a darse un baño. Ya que estaba, le había obligado a desnudarse «antes del viaje», y se había quedado con su ropa.

El tal Amir era, como casi todos los tripulantes del barco, primo segundo y a la vez nieto y a la vez sobrino de Ladjang; o algo así, que ni él mismo se acordaba. Triste, su desaparición… Sin embargo, por fortuna para Ollauri y Jahan, el viejo no parecía sospechar de ellos. Entre otras cosas, porque a nadie le extrañaba que aquel hombre se

hubiera caído por accidente: por lo visto, todos sabían que no era precisamente una lumbrera, y no era la primera vez que ocurría una cosa así. Una verdadera suerte.

Gracias a dios, Ladjang no vuelve a sacar el tema. Ollauri se lanza con ganas sobre el arroz del desayuno, y en menos de dos segundos ya ni se acuerda de aquella historia.

—Ayer dijiste que, en el futuro, tendrás algo para mí porque eres amigo nuestro —l e recuerda el patriarca, sentado en el suelo frente a él. Sus ropajes son de color añil, como las velas del barco; y lleva en cada dedo una sortija.

—Sí… —c ontesta Ollauri, engullendo su ración de comida mientras prevé que el viejo va a preguntarle qué demonios es lo que quiere.

—Los amigos se ayudan entre ellos. Y tú pareces necesitar mi ayuda…

—Verás… Eso que tengo que recuperar está en Bali. La persona que debe… devolvérmelo, está allí. Sin embargo, en este momento me encuentro en una situación difícil: Bali es caro. Y, por otro lado, necesito una manera de entrar… Ya me entiendes.

—Nosotros ya no nos dedicamos a eso. Solo pescamos.

—Ya… Yo también. Caballa filipina, mayormente.

—Acepta un consejo de este pobre viejo. Coge tu barco y vete por donde has venido. Si entras en Bali y te identifican, tendrás muchos problemas. Te buscan por todos sitios.

Ollauri deja de masticar por un momento, sorprendido de que incluso los nativos de las zonas más peregrinas sepan de sus problemas. Después sigue comiendo y hace como si nada.

—Por eso precisamente necesito un pasaporte. Lo que no deja de tener su gracia: nunca me hace falta, y ahora necesito uno para demostrar que yo no soy yo…

—Te deseo mucha suerte.

—Venga ya… ¿Por qué no quieres ayudarme?

—Porque no vas a pagarme. Soy viejo y estoy débil. Pero no soy imbécil.

Ollauri cruza y descruza las piernas. Está harto de aquel habitáculo y de estar sentado como un mono, comiendo y durmiendo en el mismo suelo.

—¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto tienes?

—Dentro de nada, para pagarte con creces.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto… Puedo dejarte el barco, en prenda. Podemos hacer un trato, nos acercáis al estrecho de…

—De acuerdo, una prenda.

—Sí; el barco, digo.

—Ese barco ni siquiera es tuyo. Además, si consigues eso que te deben, y que según dices es tanto, no vas a volver a por él. Quiero otra prenda. Ella. La mujer se queda aquí, mientras tú vuelves.

Ollauri no le contesta. Aquello le pilla desprevenido.

—Eso… No es posible.

—Por qué.

Ollauri mira a su alrededor. ¿Dónde está? Sofía ha desaparecido.

En realidad, solo ha ido a «hacer un recado»… Y es que, después de toda la noche y de un desayuno en el que a duras penas se ha aguantado las ganas, Sofía se ha visto abocada a dejar de posponer, ya sí o sí, esa urgencia que estaba a punto de pasar de lo incontenible a lo catastrófico.

Ante la imposibilidad de «preguntar por el lavabo de señoras», se ha tenido que poner a buscarlo por s í misma. Y lo ha encontrado. El retrete está a popa, como cabría esperar de todo lo relacionado con la salida de aguas… Se trata de una especie de estradillo al aire libre donde uno debe colocarse en cuclillas y, sujeto a unas cuerdas colocadas a tal fin, dejar que el cuerpo se libere de su carga directamente en el mar, como fertilizante para las algas y entretenimiento de las aves marinas que por allí discurran… Pero no hay tiempo para andarse con reparos. Sofía se coloca como puede, se agarra para no caerse al mar con los vaivenes del barco, y… Y ve que dos hombres y un niño la observan a solo un metro de distancia, con los brazos cruzados a la manera asiática, como si abrazasen la propia cintura.

Lo que le faltaba.

¿Estarán esperando su turno para usar el retrete? No parece. No han ido allí para eso, sino para mirarla. Y lo peor es que ni siquiera se ríen, o algo así que convierta la situación en algo ridículo y, por tanto, soportable. Solo la observan con una preocupante seriedad. Sofía no sabe si volver a subirse la ropa o permanecer como está, las ráfagas de viento golpeándole la piel desnuda y el mar salpicando en lugares de su cuerpo que jamás han visto tanto paisaje… Sin dejar de mirarla, uno de los adultos manda al niño hacia dentro. El otro extiende el brazo y la sujeta por el pelo.

Sofía grita, asustada. Después siente que el hombre se le echa encima, pero enseguida la suelta y acaba por los suelos. ¿Ha dado un traspiés? Quizás ha perdido el equilibrio por el movimiento del barco. Ella sigue agarrada firmemente a la cuerda, más vulnerable y patética de lo que se ha sentido en toda su vida. No, el hombre no se ha caído por una sacudida del barco. Más bien ha sido por el leñazo que le ha propinado Ollauri, justo en medio de los omóplatos. Ahora se arrastra por el suelo. No llega muy lejos, sin embargo: Ollauri le ha plantado el

pie encima. El otro tipo desaparece a la carrera.

Sofía no sabe qué decir.

—¿Has terminado?

—Pues… La verdad es que no.

—Termina y nos vamos.

Sofía le mira. Así, no puede. Él se da la vuelta.

—Ya.

—Bueno.

Silencio.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Terminas de una vez o no?

Cuando se vuelve, Ollauri ve que ella se está limpiando con algo. Es la punta del *sarong* del hombre que sigue en el suelo. Ahora la tela tiene un tercer color.

Aquello hace las delicias de Ollauri, que suelta una risotada, incrédulo; y se quita un sombrero imaginario como felicitándola por la ocurrencia. Su risa hace que a Sofía se le pase un poco la vergüenza y se sienta mejor. Más ligera… Ahora, en varios sentidos.

Al regresar a la cámara donde se encuentra Ladlang, los dos van susurrándose algo y llevan una incomprensible sonrisa en la cara.

El viejo empieza a impacientarse, por no decir cabrearse, lo que quizá no se corresponde con su estatus de honorable patriarca, pero sí con el estado de ánimo en el que acaba sumido cada vez que trata con Ollauri.

—No hemos terminado.

—Lo sé, lo sé… Pero se trataba de una urgencia. Y perentoria, por lo que he visto…

—La mujer.

Sofía le mira, entendiendo que están hablando de ella. ¿Qué está pasando?

—Ya te he dicho que eso no es posible.

—Si no se quiere hacer un trato, no se debe empezar a negociar.

—Negociar es contemplar posibilidades. Y tú no me estás ofreciendo ninguna.

—De acuerdo. Entonces, Jahan. Trabaja como cuatro hombres y sabe nadar como ninguno de ellos… Mejor que nadie que haya visto yo en todos mis años de vida. Ahora que falta Amir, nos vendrá muy bien tener otro par de brazos a bordo. Especialmente los suyos. Él se queda aquí. Así estoy seguro de que volverás para pagarme. Vaya que si volverás…

—¿Pagar por qué? —i nterrumpe, sin poderlo evitar, Sofía. El viejo no reacciona. La voz de una mujer es para él como la canción del bambú: viento que entra suavemente por un lado, viento que desaparece por el otro. Agradable, como una caricia; incapaz de dejar rastro.

Con un gesto de la mano, Ladjang manda a un hombre bajar a la bodega y traerles el objeto de la negociación.

Se trata de una caja enorme, una especie de cofre ennegrecido y mugriento. El óxido ha hecho cuerpo por encima y lo cubre casi por completo, pero el metal brilla, al descubierto, en los puntos donde se suelen apoyar los dedos. En lugar de una cerradura occidental, el cofre tiene unos engranajes laterales que se accionan con una serie de palancas, unas barritas metálicas que hay que colocar de cierta manera. Las manos del viejo las deslizan con pericia, y el cofre abre de golpe sus fauces mecánicas. En su interior, impermeabilizado con brea, la caja custodia un curioso contenido: papeles viejos, un Rolex, perlas, dientes de oro… Todo lo que él y sus hombres han ido «encontrando» mientras «pescaban». Sofía no puede evitar preguntarse si los antiguos dueños de aquellos dientes estarán muertos o vivos.

Aparte de dientes y perlas, en la caja hay varios fajos de billetes de distintos países. Ladjang desata el de dinero indonesio y cuenta meticulosamente una cantidad determinada, que le ofrece a Ollauri. Después escribe la cifra en un papelito, junto al nombre de su nuevo deudor, y la mete en el cofre con el resto de billetes. En el cofre no hay ningún otro papelito con nombre: a Ladjang se le paga rápido lo que se le debe. El nombre de sus deudores acaba o bien tachado y olvidado cuando devuelven el préstamo, o bien cantado en los ritos funerarios de sus familiares.

Además de dinero, en el cofre hay un mazo impresionante de pasaportes anudados con un cordón. Ladjang los saca y los sostiene como quien abre una baraja. Va a buscar cuáles puede venderle a Ollauri.

La mayoría de los pasaportes proceden de robos y asaltos a los barcos que transitan por la zona, y son de distintos países. De España parece que no hay ninguno. Bueno, hay uno de México. Quizá puede valer. Es de una mujer. Una tal Yenifer María Auxiliadora Tapia. Aunque, por la foto, no se parece en nada a Sofía.

El viejo dice que sí, que son clavaditas; y el hombre que ha traído la caja asiente, mirando atentamente la foto y comparándola con la cara de Sofía. También para él las dos mujeres parecen hermanas. Sofía supone que desde su perspectiva las caras que no son asiáticas se asemejan, como suele suceder a la inversa; pero, de todos modos, la mujer de la foto se parece a ella como un huevo a una castaña. Además, lleva el pelo rubio.

—No importa si el color es otro —i nsiste el viejo—. Las mujeres pueden hacer eso —s entencia, como si cambiarse el color del pelo fuera una especie de superpoder.

—Puede servir —d ice Ollauri—. Y para mí, ¿qué tienes?

Ladjang sigue hojeando pasaportes. De vez en cuando le mira,

ladeando la cabeza. Al final le ofrece uno alemán: es el único con una foto de un tío feo con bigote.

—Alemán, no. No tengo pinta, no hablo el idioma… ¿No ves que si acabo envuelto en un problema enseguida se descubrirá el pastel?

—Quizá deberías quitarte ese bigote. Así sería más fácil.

—Lo que sería más fácil es que tú te hicieras una trenza con los pelos del…

—Ese pasaporte no vale —i nterrumpe Sofía, señalando el escudo inscrito en dorado: muestra un compás, no un águila. Es un pasaporte de la República Democrática Alemana. ¿Pero cuánto tiempo llevaban los tipos aquellos traficando con pasaportes?

Ladjang la ignora, como si nadie hubiera hablado; pero Ollauri quiere saber por qué demonios el pasaporte ya no vale.

—Ese país ya no existe.

—¿Cómo que no existe? Yo una vez conocí a un tipo que era de ahí.

—Alemania se reunificó en 1990. Ya no son dos países. El pasaporte de ahora es diferente, tiene un águila. Además, aunque no fuera así, de todas formas estaría caducado, ¿no? Y los demás también… Parecen todos viejísimos.

—Sea como sea, yo no quiero el pasaporte ese. Enséñame más, alguno habrá que sirva.

El viejo sigue buscando. Sofía se da cuenta de que, aunque ha hecho como si no la oyera, ha apartado el pasaporte inservible y lo ha dejado a un lado.

Al final no encuentran nada aparente, así que Ollauri tiene que conformarse con el de un tal Ajmed no sé qué, nacido en el mismo Cairo… Al menos, el hombre de la foto sí que se le parece un poco.

—El ojo se ve de todos modos. Si quieren, pueden identificarte fácilmente —d ice el viejo, aludiendo al bulto que Ollauri tiene en el ojo derecho—. ¿Por qué no te pones un parche? Así, no se vería.

—Claro, mucho más discreto, tienes razón… ¿Y para Jahan?

—Jahan no necesita ningún pasaporte. Se queda aquí, con nosotros. En eso hemos quedado.

Ollauri enciende un cigarrillo mientras intenta pensar en una salida a aquella situación. No quiere dejar a Jahan en aquel barco. Por un lado, no le hace ninguna gracia separarse de él no sabiendo cuándo ni cómo podrá regresar; por otro, no se fía un pelo de Ladjang. No le extrañaría nada que lo vendiese tranquilamente a otra tripulación, o que lo tuvieran allí trabajando a destajo, lo reventaran vivo y él intentara escaparse de ellos por sus propios medios. Podía acabar ahogado o en un barco desconocido, extraviado en algún lugar del Archipiélago donde a Ollauri le sería casi imposible volver a encontrarse con él.

—Jahan no va a quedarse aquí.

El viejo no pestañea. Solo apoya la mano en la tapa del cofre, como a punto de cerrarlo.

—Espera. Me quedo yo. Yo permaneceré aquí, con vosotros. Así puedes estar seguro de que se te pagará lo que se te debe. Jahan y ella volverán aquí con el dinero.

Sofía le mira, confusa. El viejo suelta algo que no se sabe si es risa o tos.

—¿Y de qué me sirves tú a bordo? Los brazos de Jahan valen más.

—Puede ser. Pero a lo mejor prefieres que a ratos te lleve el timón alguien que no tenga que ponerse de puntillas para alcanzar a sujetarlo.

—Mis niños saben lo que se hacen mejor que tú. Llevan toda su vida en el barco.

—Por eso, justo ahora mientras hablamos, después de un absurdo giro en redondo que todavía no me explico, parecemos estar a la deriva, con la marea subiendo a toda velocidad y a menos de dos millas de los farallones.

—Eso no es cierto.

—Asómate tú mismo ahí fuera a verlo: no te vendría mal dejar de mirarte el ombligo de vez en cuando y levantar la vista de esas barbas de chivo… Esos mocosos son un peligro y tú te niegas a verlo; tanta ceremonia y tanta leche, pero aquí quien manda son ellos, y no tienen ni puta idea de lo que están haciendo…

Los ojos del viejo arden de la ira, encendidos como dos brasas en la profundidad de aquellas cavernas de cuero. Nadie habla así de su familia, y menos un perro extranjero.

Sofía interviene.

—Ese pasaporte tampoco vale —d ice casualmente, como si se lo comentara a Ollauri. Él la mira como si estuviera loca—. Otro país que ya no existe.

El viejo dirige la vista hacia los pasaportes, sorprendido.

—Guatemala… Dejó de existir el año pasado. Ahora es una provincia de México. Lo de siempre, en Centroamérica: conflictos territoriales, inestabilidad…

—¿Y a mí que coño me importa ahora de Guatemala?

Sofía no le contesta. Pero ve, complacida, que el viejo —a unque siga sin dignarse a mirarla— retira también ese pasaporte y lo deja fuera de la caja. Por otro lado, parece tardar un momento en recobrar el hilo de sus pensamientos, y del enfado monumental que tenía, que era por algo que…

—Sí, yo me quedo con vosotros —r eitera Ollauri con firmeza—. Es lo mejor… Jahan no os dejaría pegar ojo, ahora que le habéis puesto en las manos una maldita flauta. Y ahora, si «su excelencia» me concede su permiso, me gustaría dar comienzo a mis labores, al menos

antes de que naufraguemos…

El viejo no se inmuta.

Solo añade una última frase, en un susurro cargado de la solemnidad de las sentencias: «Tu barco es ahora nuestro. Tú, también».

—… Hasta que vuelvan ellos y pueda pagarte.

—Hasta que puedas pagarme el justo valor del favor que te he hecho, y hacerme olvidar la ofensa de tus palabras.

—¿Por lo que he dicho de los críos esos? Ladjang, por los clavos de Cristo…

Sofía hace amago de levantarse, a ver si con un poco de suerte Ollauri hace lo mismo y cierra aquella boquita suya. Finalmente, los dos abandonan la estancia, dejando a Ladjang sentado con su cofre, la furia contenida sacudiendo ya sus frágiles pulsos de anciano.

Aquel trato es el peor de los posibles, para ambos. Ollauri tiembla de pensar que se verá retenido al lí por un tiempo indefinido, esclavo absoluto en el reino en miniatura que aquel tirano gobierna con la fuerza de sus hombres, hombres que piensa que le pertenecen. Ladjang tampoco le quiere allí. No solo porque no le gusta nada la idea de dejar en sus manos el control de la embarcación en algunos momentos, sino también porque sabe que Ollauri, si quisiera, sería capaz de volver a la tripulación contra él.

Sea como sea, ya no tiene remedio; el trato está hecho.

41
La idea de un barco

Mientras sube al puente, Ollauri intenta ver la parte positiva: mejor quedarse él con aquella panda, que las otras dos opciones que había propuesto el viejo. Lo importante es que ahora tienen el dinero y los pasaportes. Además, al final se había salido con la suya. Una vez junto al timón, aparta a uno de los mocosos aquellos de una patada y toma el control de la embarcación. En realidad, sabe de sobra que cualquiera de aquellos niños podría mantener el rumbo en mitad de un huracán y sosteniendo el timón con el talón del pie izquierdo, pero le ha salido bien la jugada.

Él, por su parte, es consciente de que no tiene tanta experiencia navegando a vela y menos con una bestia como aquella; parcheada, híbrida, con un aparejo cuando menos inusual y equipada con «tecnología último grito»… Por otro lado, para tirar de ella no solo viento hace falta: necesita la fuerza de los brazos de otros, saber dirigirlos como si fueran parte de una orquesta. No será fácil, con aquel hatajo de gaznápiros que solo la autoridad de Ladjang reconocen… Nada fácil.

De todos modos, no va a negar ahora que hace años que le tenía ganas a un barco de estos.

En el puente, con el mar delante y por fin lejos de aquella sala comunal, se siente de nuevo libre. O, al menos, intenta convencerse de que aún lo es.

Su mano sujeta con fuerza la madera, como si en vez de guiar el timón se sostuviese en él. Quién sabe si será realmente este su lugar en el barco, en los próximos días; o meses… O si acabará siendo otro lugar el que le espera.

A mediodía, Jahan observa a Ollauri de reojo. Sabe que algo no va bien.

—Cuándo vamos de aquí.

—Vosotros, enseguida. Pero tenemos que hablar… Necesitamos organizar esto muy bien. Para empezar, cuando estéis en tierra, lo primero es…

—¿Vosotros? ¿Qué quiere decir? ¿Y tú?

—Que no me interrumpas, me cago en la puta, que no sé cómo decírtelo ya… Y vosotros tres, ¿qué coño estáis mirando? Manda cojones, que no se puede estar ni dos segundos sin espectadores en este barco de mierda… ¡Arreando, que es gerundio!

—Tú triste. Qué pasa.

Por toda respuesta, Ollauri le arranca a Jahan la comida de la mano y la lanza al mar.

Sofía quiere también preguntarle qué va a pasar ahora, pero obviamente no está el horno para bollos. De todas formas, dentro de nada tendrán la oportunidad de hablar a solas los tres. Antes de separarse van a volver a su barco, aún a remolque, para recoger algunas cosas y ultimar los detalles. En realidad, solos del todo no estarán tampoco entonces. Ladjang no quiere arriesgarse a una jugarreta de Ollauri… No le extrañaría nada que se las ingeniara para pirarse de allí con el dinero que le había prestado y de él no quedara más rastro que la estela de su barco. Es por eso que varios hombres suben a bordo con ellos y se quedan vigilando muy de cerca.

Ollauri, de todos modos, le cierra a uno de los tipos una escotilla en las narices, en sentido literal.

—En cuanto tenga oportunidad, juro por dios que le prendo fuego por las barbas… A él y a su maldita pandilla de mamarrachos. Bueno, al menos ahora tenemos un poco de pasta para ir tirando —d ice Ollauri una vez que están a solas, pasándoles los fajos mugrientos de rupias indonesias y dólares americanos. Sofía se sorprende al ver que le da a ella también su parte.

—¿Tú quedas con ellos? Mejor no. Idea no buena… Barco como cárcel. Yo sé bien. Ellos usan comida para controlar tú; ellos… No sabes dónde te llevan. Si tú un problema, te desaparecen. Idea no buena. Idea no buena. Tú no quedas con ellos.

—¿Has terminado? ¿Sí? Bueno, pues ahora basta de gilipolleces y vamos a hablar de lo que importa. Cuando lleguéis a Bali…

—Bali no importante.

Ollauri se vuelve hacia él con dos llamaradas por ojos. Pero Jahan no piensa callarse. Esta vez no.

—Bali no importante. Olvida Bali, olvida Ronnie. Yo ya olvida. Nosotros escapamos… Escapamos ahora, como hacemos siempre. Con el dinero de Ladjang. No volver nunca, no atrás. No pensar más en Ronnie. Él hizo daño una vez, antes. Ahora, daño todos los días, porque tú no olvidas.

—Lo que no se me olvida es que podríamos ser ricos, si hacemos las cosas bien. Y pirarnos de aquí para siempre.

—Yo no quiero ir de aquí. Yo quiero aquí. Yo quiero esto. Y tú también.

Ollauri no le contesta. Busca el mar con los ojos, pero no lo encuentra: otra vez se le ha olvidado que está encerrado en el interior.

—Eso ya no puede ser. Ya no estamos seguros aquí, nos buscan por todos lados… Y por todos lados nos nacen enemigos. Y todo por culpa de… ¿Cómo se supone que voy a poder olvidarme de él? Eso sería

como perdonarle… Y perdonar es de cobardes. De los que no tienen los cojones de dejar claro por qué nadie debe volver a reírse de ellos.

—Entonces… ¿Jahan y yo tenemos que encontrar al tipo ese? Pero, aunque lo encontremos, ¿cómo vamos a conseguir nada de él? Quiero decir… ¿Cómo vamos a robarle, o a juntar dinero suficiente para poder sacarte de aquí?

—¿«Sacarme de aquí»? Yo estaré aquí esperándoos tranquilamente y santas pascuas. Ni puto caso a los dramatismos del besugo este… En realidad, a mí me toca la mejor parte, a ver si os enteráis. Vosotros currando en tierra, y yo aquí tocándome los cojones mientras me traéis el dinero…

—Cojones, tú no tocar. Ellos ponen a trabajar todas las horas. Ni dormir puedes, de lo cansado. Ni respirar: ellos encierran en cocina, para que tú no saltes al agua. Yo sé bien. Yo estos mares, estos barcos. Sé bien. Vamos ahora, por favor. Escapamos ahora.

—Ahora, lo que vamos a hacer es estarnos todos calladitos y escuchar un poco…

Y los dos escuchan, sí… Un rocambolesco plan de Ollauri basado en elucubraciones y circunstancias de todo punto improbables. Supuestos coleccionistas chinos que «seguramente» estarán en cierta zona, y con los que quizá Ronnie estará negociando porque no ha conseguido colocar lo que ha robado, y si no lo ha podido vender a estas alturas y necesita encontrar compradores, entonces «lo más probable» es que él… La secuencia sigue al infinito. Y todo ello, basado en las últimas palabras de un australiano agonizante que habría vendido a su madre con tal de que Ollauri le quitara las manos de encima y le dejara por fin morir en paz.

Pero él lo tiene clarísimo. Y las ganas de crucificar al holandés —b ocabajo, a ser posible—, y de echar el guante a esa supuesta fortuna que cree que puede arrebatarle casi pesan más en la balanza que el miedo que siente, ahora mismo. No es miedo a lo que sabe perfectamente que le espera en cuanto pase a formar parte de la tripulación de Ladjang, sino a otra cosa. A saberse solo, por un tiempo indefinido, mientras el otro vuelve… Sobre todo, miedo a empezar a sentir en algún momento la duda de si volverá.

—¿Lo tenéis claro? ¿Os lo deletreo? Pues venga, en marcha, que cuanto antes os larguéis, mejor. ¡A currar y fuera de mi vista!

—Pero yo no pasaporte. A mí no dejan hacer eso que me pides.

—Ya, eso es un pequeño problemilla que tendremos que solventar… —a dmite Ollauri, que no ha sido capaz de sacarle al viejo ni más dinero, ni un tercer pasaporte. Por otro lado, aunque él de momento no vaya a necesitar el del tipo egipcio, es totalmente inviable que Jahan pueda usarlo—. Meterte en tierra se puede, sin problemas… atracando en los lugares adecuados. Ladjang ha

prometido ayudarnos con esto, es parte del trato. Luego, una vez allí, pues… Pues duermes en la playa, y ya está. Bali está lleno de hoteles y rollos turísticos, en todos sitios piden pasaporte. A ella la podemos colocar en uno, pero a ti, imposible. Lo ideal habría sido conseguirte la documentación de un indonesio, claro, sobre todo para que puedas usarla de ahora en adelante. Pero en este momento Ladjang no tiene ninguno; en la caja siniestra esa solo había documentos robados a extranjeros, algunos de ni se sabe cuándo…

—A lo mejor puede usar este —d ice Sofía, sacando cierto pasaporte que ha rescatado del cajón de las basuras antes de que lo volcaran al mar. Está manchado y arrugado, pero puede servir.

Ollauri lo coge, sorprendido.

—Pero tú dijiste que Guatemala ya no existía.

—Mentí. Lo hago cuando hace falta. Como tú, hace un momento.

Ollauri sonríe de medio lado. Vaya… Al final, esto de trabajar los tres juntos no va a ser tan mala idea. Mira de nuevo el pasaporte y busca la página de la foto. Es de un empresario guatemalteco, de piel morena y con la cabeza más bien cuadrada. Los ojos no son exactamente orientales, pero sí algo rasgados. Aunque el parecido con Jahan es vago, si se busca, se encuentra. En realidad, lo cierto es que si el Sr. Gustavo Tubac estuviera al lado de Jahan, sus hombros no le llegarían ni a la cintura… Pero bueno, eso nadie llegará a saberlo nunca. Entre otras cosas, porque vaya usted a saber dónde habrá acabado el pobre Gustavo.

Sí, sí que podría valer, sí… En una emergencia y a unas malas, mejor ser un turista guatemalteco que un inmigrante indocumentado de otra parte del país… Un nómada sin nacionalidad. O, peor aún, alguien buscado por la justicia, como es el caso. La farsa no duraría mucho, claro; pero suele ocurrir que, mientras se aclaran las cosas y no, la confusión abre una ventana por la que es posible escapar si vienen mal dadas.

—¿Cómo sabías que el pasaporte era de un hombre?

—No lo sabía. Me arriesgué.

—Y hay que ver cómo se parece al ceporro este… Ya sabes, Jahan, a buscar novia a Guatemala, que por allí tienen la misma pinta que tú… Y luego, si tenéis prole, podéis montar un zoo.

—Lo malo es que… Está caducado. Y me temo que los otros también.

—Bah, eso no importa. No vamos a infiltrarnos en el Pentágono… Esto es solo por discreción, para tener algo que plantarles delante de los morros a los funcionarios y dependientes de por aquí. Créeme, yo juraría que la mayoría no sabe ni leer… Y no son exageraciones mías.

Sofía, que había elegido el pasaporte de Guatemala por intuición, se alegra de que efectivamente al final vaya a servir de algo. Por un

momento piensa en los rasgos de Jahan, tan rotundos y masculinos, y sigue muy confundida respecto al mapa étnico del Archipiélago. No puede dejar de preguntarse si él tiene algo en común con los hombres que forman la tripulación de aquel barco. Según le ha parecido entender hasta ahora, Ladjang y los cuarenta ladrones se encuentran lejos de sus rutas habituales, pero no tiene ni idea de cuáles serán estas, ni de si ellos proceden del mismo lugar que Jahan.

Lo que Sofía no sabe es que en realidad el grupo étnico al que pertenece la tripulación, los *bugis,* no tiene nada que ver con Jahan y su gente del mar… que por otro lado ya nadaban por estas aguas mucho antes de que se construyeran los primeros barcos de vela. Los *bugis* llevan «solo» un milenio siendo los reyes de la guerra y el comercio de por aquí, en el camino imaginario que discurre a latitud 0°… Y siendo también muchas otras cosas, que los han hecho famosos en el mundo entero. Y es que los *bugis* se han dedicado durante siglos con ferviente dedicación a cierto sector profesional en el que brillan con luz propia… Son ellos el verdadero origen de la idea romántica de los piratas de la Malasia, de los navegantes que sembraban el terror en estos mares por —s egún quién cuente la historia— rebeldía contra las fuerzas colonizadoras o por pura avaricia de aves de rapiña. Su ferocidad es tal que ha pasado a la historia en forma de dos palabras: dos palabras que siguen siendo comunes hoy en día en la lengua inglesa y holandesa. Todavía se acuerdan de ellos los colonizadores que intentaron echar la zarpa a su lugar de origen: el sur de Célebes, la isla de la Estrella. En inglés, el hombre del saco con el que las madres intimidan a los niños díscolos sigue siendo el terrorífico *Boogey man,* una expresión que tiene su origen histórico aquí; y *amok,* tan común en los periódicos, viene en realidad de la lengua *bugis* y se refiere a un hombre que, inexplicablemente enfurecido, la emprende a cuchilladas contra un grupo de desconocidos. Dos palabras muy significativas que, a pesar de proceder de tierras muy lejanas, han dejado un rastro indeleble en la memoria histórica de aquellos que cometieron el error de no tomarse a los *bugis* demasiado en serio.

Hace ya un rato que se oyen golpes en la escotilla. Los tipos que Ladjang ha enviado a vigilarles han empezado a impacientarse, sobre todo porque algunos compañeros les están llamando desde el otro barco para que los releven de sus turnos en lugar de estar allí sin hacer nada.

Ollauri sale hecho una furia, pero en cubierta le espera una sorpresa. No hay nadie. Están solos. Parece que los dos hombres, hartos de esperar a que salieran y viendo que se les estaba acumulando el trabajo, han optado por resignarse a la —d e todos modos inevitable— bronca de Ladjang, y dejar al menos de oír los gritos e increpaciones de los demás para que volviesen de una vez a

arrimar el hombro.

Jahan y él se miran sin decir nada. A los dos segundos, ya están cada uno donde debe estar: uno levando la pasarela y los amarres que los sujetan a la otra embarcación, el otro a punto de encender motores. Sofía se agarra fuerte a lo primero que encuentra, presintiendo la sacudida; y siente que un gran peso se le retira del corazón.

Sin embargo, nada se oye ni se mueve. Ningún cambio.

No tienen combustible.

Ollauri da un puñetazo en el monitor.

En realidad, llevan desde el día anterior sin una gota: les vaciaron los depósitos desde el primer momento. Era así que habían encontrado a Sofía en su escondite. En cuanto Jahan y Ollauri, invitados por Ladjang, habían abandonado su barco, varios hombres se habían encargado de registrarlo a fondo. Por si llevaban armas, y de paso por si podían encontrar algo interesante para ellos, como dinero o combustible. Al final, algo interesante sí que habían encontrado. Cuando la habían descubierto, los hombres habían estado jugando al ratón y al gato por la cubierta con ella. Sofía se había orinado encima. Menos mal que eso nadie lo sabe. Es esa una escena, como tantas otras de este viaje, que desea con todas sus fuerzas poder borrar algún día de su memoria.

En solo unos minutos, los hombres de Ladjang ya tienen preparado un bote para llevar a Jahan y a Sofía a tierra.

Ollauri los observa a unos metros, sin decir nada. Jahan, que parece bastante nervioso, le propina un empujón a un tipo que, según su criterio, estaba demasiado cerca de Ollauri. Va a armarse la gorda, pero Ladjang llama a la calma con un gesto. No deben perder más tiempo.

Por toda despedida, Ollauri solo se inclina un poco hacia ellos y dice lo siguiente: «Tú, cuídame bien de la Yenni María Auxiliadora… Quiero decir… Para que no se te escape. Que esta le cuenta los pelos a un gato en marcha. Volved pronto. Rapidito. Lo digo, más que nada, porque necesito que además de la pasta me traigáis alguna botellita… No podré sobrevivir mucho sin empinar el codo, y estos no llevan ni una gota a bordo. Ya sabéis cómo son con los rollos del "musulmanismo"…».

Cuando Sofía y Jahan parten en el bote, Ollauri ya no está en cubierta. Con ellos van dos hombres, que llevan instrucciones muy precisas sobre dónde dejar a sus pasajeros y qué hacer si surge algún problema con Jahan. Pero Jahan no da problemas. Se pasa el viaje sentado como puede entre las tablas, negándose a mirar a los hombres y con los ojos clavados en el mar. Uno de los tipos bromea con él con naturalidad, como ha hecho siempre, pero Jahan ni le contesta. Sofía,

por su parte, está ocupada en s ujetarse bien para no caerse de aquella montaña rusa. Detrás de ellos ve alejarse el *phinisi,* cada vez más pequeño. Aunque está más que contenta de perderlo de vista, la mirada se le queda enganchada unos momentos en sus magníficas velas azules, en el brillo de la madera antigua y en general en su impresionante figura toda, que parece irreal, de tan perfecta: no es un barco, aquello; sino la idea de un barco.

A pesar de todo.

42
Palomas

El agua pasa a toda velocidad a su lado. Por un momento Sofía piensa en lo que había dicho Ollauri. Entonces, ¿aquellos tipos eran musulmanes? La verdad es que le cuesta asociar esa religión a personas de rasgos orientales. Aunque, bien pensado, lo que ha visto en el barco sí que hace resonar algún eco en su mente: aquella especie de turbantes, las dagas labradas, el sonido de aquel laúd del mar y muchos otros elementos sí que le recuerdan vagamente a algo. Las imágenes que su cabeza recupera de forma simplista pero instintiva son Simbad el Marino, Granada, bazares, música… Cofres y cuevas llenas de tesoros. Un islam medieval al borde de la fantasía. Quizá, no tan lejano de ese islam que, hace más de diez siglos, llegó desde Yemen y Omán a los puertos del Archipiélago. Y es que en aquellos *dhows* que atravesaban el Índico, además de sedas y especias, también viajaban las semillas de lo que acabó convirtiéndose en los poderosos sultanatos de Java o Sumatra. Parece ser que ese islam arcaico, fusionado con las costumbres y creencias de las distintas islas, sobrevive tímidamente en esta región incluso mil años después.

Sofía se sobresalta. Algo ha golpeado con violencia un lateral del bote.

Todos se asoman de inmediato. Es una tabla de surf. Su propietario debe de andar por allí cerca… Bebiendo, en grandes cantidades, agüita fresca de alguna ola.

Sofía comprueba con sorpresa que, a lo lejos, en una zona donde el agua se eriza formando tremendas murallas, unos chicos se afanan en mantenerse sobre sus tablas. Serán algunos de los miles de australianos y americanos perfectamente bronceados y recién tatuados que acuden a las playas de Bali cada año.

—¡Qué valientes! —e xclama Sofía.

—Valientes, no —c ontesta Jahan—. Estúpidos. Valientes, juegan vida por algo. Estúpidos, juegan vida por nada.

Ninguno añade nada más. Solo se quedan mirando el mar y las hermosas piruetas de aquellos locos, hasta que llegan a tierra.

Sofía cae sobre la arena. No era su intención, pero al tercer paso se ha dado cuenta de que la tierra se movía aún más que el bote sobre las olas. Una vez descargada «la mercancía», los hombres se disponen a marcharse por donde han venido.

Si bien la playa es amplia, con kilómetros de arena bordeada por cocoteros, no es un lugar de tranquilidad paradisiaca como los que

Sofía ha visto hasta ahora en otras islas. El mar, permanentemente agitado por olas de una altura impresionante, está tan revuelto que no es posible ver el abanico de tonos turquesas que presenta en otras zonas. Por otro lado, el ruido es ensordecedor, y el aire está como enmarañado, opaco por la neblina constante de agua batida que se levanta desde el mar. No es una playa salvaje: hay un puesto para el socorrista (aunque esté vacío), y banderas colocadas por todos sitios. Algunas son decorativas: se trata de *umbul umbul,* las características tiras de colores símbolo de Bali. Todas cuelgan prendidas de astas cuya punta, entre lo surrealista y lo circense, se curva blandamente hacia el mar. Pero en la playa hay también otro tipo de banderas. Son banderas rojas, de aviso a los bañistas. Esos mismos que, ignorando la advertencia, están a más de un kilómetro de la orilla, haciendo surf en mitad del fragor de batientes y espumas.

—¡Hola! ¿Estás bien? No te preocupes, se te pasará… ¡Espabila, mujer! —d icen dos chicas australianas, sentándose en la arena junto a Sofía. Quieren preguntarle algo. Llevan bañadores de colores fluorescentes y quemaduras de tercer grado en la cara—. Oye, ¿vienes de ese barco tan pintoresco que se ve allá a lo lejos? Nunca hemos visto uno así por aquí, y eso que venimos todos los años… ¿Hacen algún tour por la isla? ¿Cuánto cuesta subirse?

Sofía, que aún está recuperando el control de sus piernas, está a punto de mandarlas a hacer gárgaras, pero de pronto se le ocurre una idea.

—Sí… Una pasada. Muy auténtico, lo recomiendo totalmente. Este hombre es el que lleva todo el tema —d ice, señalando a Jahan—. Recogen a los turistas aquí en la playa cada media hora, y os llevan hasta allí en la barca esa… Pero es una pena, porque ya están volviendo otra vez al barco, míralos —e xplica, indicando el bote donde los hombres de Ladjang se disponen a regresar.

—No importa, no importa… Pagar a mí, yo luego doy ellos, no pasa nada —s ugiere Jahan, subiéndose al carro de inmediato—. Corre, corre; si no, ellos marchan. Luego yo arreglo con ellos, vosotras decir solo que os mando yo, ellos saben que ya pagado.

—El tour dura como una media hora… Si queréis coger lo justo y dejar aquí las mochilas para no ir cargadas, yo os las cuido: total, no voy a moverme de aquí. Tengo un mareo encima… Por cierto, ¿lleváis bolsas para el mareo? ¡Vais a necesitarlas!

Las chicas se apresuran, entusiasmadas, a lanzarse a aquella aventura. Sacan algunas cosas, ofrecen unos dólares a Jahan y dejan las mochilas a Sofía con un efusivo «¡gracias, tía!». Acto seguido, se dirigen corriendo hacia el bote, donde los hombres de Ladjang ven sorprendidos como aquellas dos locas de espalda quemada los persiguen a saltos entre las olas, dando gritos. Ante la duda,

encienden el fueraborda y se alejan de la costa a toda pastilla, que no quieren problemas. Ladjang les había asegurado que en aquella playa nadie se fijaría en ellos, así que no saben qué diantres ha pasado. Las chicas tampoco: vaya, sí que se toman en serio aquello de salir cada media hora… No sabían que los operadores indonesios fueran tan puntuales. Las dos regresan decepcionadas a la playa; tendrán que esperar a que vuelvan a recogerlas. No quieren perderse la oportunidad de dar una vuelta en aquel barco tan *very typical* que se desliza por el horizonte. Bueno, pueden seguir tomando el sol mientras esperan —t otal, todavía les queda alguna fase antes de desarrollar un melanoma de cuerpo entero—, o charlar un rato con aquella chica tan simpática.

Pero en la playa no hay nadie esperándolas. Y de sus mochilas, ni rastro.

En realidad, Jahan y Sofía no han ido muy lejos —e ntre otras cosas, porque ella no estaba para carreras—, pero sí lo suficiente como para quitarse de en medio.

—¿Tú hecho esto antes? —l e pregunta Jahan, algo sorprendido.

—No. Antes, no me había hecho falta.

Mientras rebusca en las mochilas, Sofía no se siente precisamente orgullosa, pero se justifica ante sí misma diciéndose algunas mentiras. Por ejemplo, que aquellas dos lo estaban pidiendo a gritos. Además, al fin y al cabo, dado que habían sacado los móviles y las carteras para llevárselos consigo, lo que les ha robado sin duda no significa nada para esas chicas, mientras que para ella lo es todo ahora mismo. Allí hay un reloj y un bolígrafo, un mapa de la isla, un bikini que en su cabeza se convierte de inmediato en otra cosa (¡bragas, bragas, por fin!), un vestido de playa (arrugado, pero vestido); y, lo más importante de todo, una bolsa de aseo. Sofía está a punto de llorar: allí hay de todo, varios siglos de civilización volviendo a rescatarla del estado penoso en el que se encuentra. Un espejo. Un peine y una goma del pelo. Un pintalabios. ¡Tampones!

Jahan observa intrigado cómo ella va sacando todas estas cosas. Luego suspira, decepcionado. Han robado las mochilas para nada.

—No es para nada. Con esto puedo recomponerme un poco. Y todavía necesito algunas otras cosas. Si, según el plan, tengo que hacerme pasar por alguien que quiere comprar o vender piezas de arte, desde luego con esta pinta no voy a convencer a nadie. Por no hablar del hotel ese donde piensa Ollauri que puede estar ya sabes quién… ¿Cómo voy a poder alojarme ahí sin llamar la atención, si llego… así?

—Mochila no cambia nada. Ese vestido muy feo —d ice, señalando el de las chicas.

—Ya, ya lo sé. Por eso digo que necesito alguna cosa más. Pero

bueno, podemos comprar uno, ahora tenemos dinero.

—No. No comprar nada. Dinero necesitamos para cosas importantes. Ropa, no importante.

—Tienes razón. Pero, por desgracia, aquí en tierra sí que lo es… Créeme. El plan no va a funcionar si no soy creíble. Fíate de mí, por favor.

—Yo sí fía. Pero tú no comprar nada. ¿Por qué no usas vestido que dieron las gemelas? Ese sí que muy bonito.

A modo de explicación, Sofía se señala el cuerpo y las telas deshilachadas que lo cubren. El precioso traje que le dejó Lucy, la *kebaya* bordada y el *sarong,* es lo que lleva todavía puesto, lo que ha llevado todo este tiempo. Cuesta reconocerlo debajo de las manchas de combustible del barco… Y del rastro de vómito, sudor y algunas otras cosas que a lo largo de los días han ido confiriendo a las prendas el más personal de los perfumes.

Sofía necesita desesperadamente una ducha, sentirse limpia para poder volver a ser ella; tener aquel cuerpo asilvestrado de nuevo bajo control. No sabe cómo podría explicar eso.

Discuten todavía un buen rato, entre los cocoteros. Ninguno sabe qué van a hacer ni cómo; es imposible entender el plan de Ollauri, entre otras cosas porque probablemente ni él mismo lo entendía. Mientras hablan, el mar va cambiando de color. Algunas figuras empiezan a aparecer en la arena como surgidas de la nada.

Una procesión de personas vestidas completamente de blanco se dirige al mar en silencio, entre dos hileras de banderas curvas que se agitan violentamente con el viento. Las banderas de esta zona de la playa son de cuadros; blancos y negros, negros y amarillos… *Saput poleng:* el bien y el mal que se cruzan y combinan sin llegar nunca a confundirse.

—¿Y esos de ahí qué hacen?

—Ritos suyos. Cosas de dioses. Aquí todo el tiempo.

¿Dioses? Cada nueva isla parece otro planeta. Resulta que Bali no es una isla musulmana, sino hinduista… Aquí se practica un hinduismo especial, imbuido de creencias animistas: el hinduismo balinés.

Sofía mira con curiosidad lo que hacen las personas de la playa. Ellas llevan sobre la cabeza una especie de cestitos, y en las manos tienen ofrendas de hojas de palma trenzadas. Ellos transportan una cesta más grande mediante palos. Van directos al mar. La curiosidad se convierte en otra cosa cuando Sofía ve que del cesto sacan a varios pájaros, aún vivos; y, atándoles patas y alas, los lanzan al mar. En las olas, sus cuerpos se acaban volcando y quedan hacia abajo. Los animales se agitan durante unos minutos que parecen eternos. Luego, ya no.

Por lo visto los dioses de por aquí también precisan de ciertas ofrendas, para estar tranquilos.

La procesión desaparece de la playa sin abandonar su ensimismamiento.

Ese ensimismamiento es lo primero que capta Sofía de Bali. Cuando Jahan y ella consiguen por fin alcanzar el famoso poblado de artesanos donde se concentra el corazón artístico de la isla, ya está relativamente acostumbrada a ver ciertas cosas. Poco a poco dejan de chocarle las hileras de mujeres con ropa tradicional y cestos en la cabeza junto a la carretera, y los degollamientos constantes de gallos y otros animales en los lugares más inusitados. Hay que tener siempre el cuchillo a mano: nunca se sabe cuándo va a tener uno que bendecir un coche nuevo, la puerta de un colegio o un semáforo que parece víctima de la mala suerte. Por todos sitios, entre el intensísimo tráfico, se multiplican las flores, la sangre, las ofrendas. El mundo entero parece colorearse con una espiritualidad teatral, con un sentido de la belleza extremo. Los colores son violentos; las sonrisas —i ndescifrables— tienen algo de divino. La mayoría de las personas visten trajes tradicionales, algo que al principio Sofía pensó que sería una estrategia relacionada con el turismo. Se equivocaba. La isla se sabe observada, pero no se observa a sí misma. Solo prosigue su camino, ensimismada como las mujeres de la carretera, envueltas en la transparencia equívoca de sus blusas y el misterio de lo obvio que en realidad jamás se revela.

—Algo raro, no mucha gente.

—Yo veo gente por todos lados. Estos no paran, todo el día de procesión, las misas esas…

—Gente de aquí, sí. Pero extranjeros no muchos. Raro.

Sofía y Jahan han llegado hasta allí en su intento de situarse lo más cerca posible de aquellos lugares donde se produce un mayor intercambio de piezas artísticas: máscaras, marionetas, esculturas… Según Ollauri, es ahí donde les será más fácil encontrar a Ronnie. Para ello se han visto obligados a alejarse del mar. El verdadero corazón de Bali no está en sus costas: curiosamente, la isla vive de espaldas al mar que la rodea.

Jahan acompaña a Sofía hasta los arrozales del interior, donde se alzan los famosos templos de pagodas infinitas y los pórticos de piedra con el cielo como único dintel. Ahora bien, después de haberla llevado hasta allí, empieza a recular. A pesar de la prohibición expresa de Ollauri de que se separen en ningún momento, él no tiene intención alguna de quedarse por allí, lejos del mar, rodeado de gente, de coches, de… Debe volver a la costa lo antes posible. Las distancias no son grandes, cierto es (Bali es una isla relativamente pequeña); pero de todos modos a Sofía le sorprende que vaya a dejarla allí sin más.

En las últimas horas, cada vez que han sacado el fajo de billetes, el dinero ha aumenta do la distancia entre ellos.

La primera vez ha sido cuando Sofía ha salido de una tienda, vestida por fin con ropa limpia, de mujer… y más cercana a su propia cultura. Su nuevo atuendo no tenía nada de particular: un simple vestido blanco de lino, sandalias, bolso. Sin embargo, ella tenía razón: en tierra sí que importaba, la ropa. Y esa nueva Sofía —q ue era en realidad la vieja— a Jahan le parecía una figura lejana, aún más extranjera, un poco como una de aquellas mujeres que salían por la televisión.

La segunda vez que el dinero ha servido para alejarlos, esta vez físicamente, ha sido en el hotel. Una vez que Jahan se ha asegurado de que ella podía alojarse allí, ha parado un coche, le ha puesto unas monedas en la mano al conductor y le ha pedido que le llevara «al mar más cercano». Esa ha sido la última vez que le ha visto.

Su figura en los asientos de aquel coche no resultaba menos chocante que la de un leopardo en un aeroplano.

Sofía todavía está pensando en él ahora mismo.

Está tumbada en la cama del hotel. Inmóvil, el cuerpo; una tormenta en la cabeza.

No puede creer que se encuentre, por fin, de vuelta en la realidad. Porque esto es lo que ella conoce como realidad: estar tumbada en una cama de hotel, en una ciudad que no sabría situar en el mapa, acompañada únicamente por un murmullo de sonidos desconocidos y el conocido tictac de algún reloj.

Esta vez, el reloj es de pared.

Se desnuda, para que la vuelta a la casilla de salida sea completa.

Ya está.

Se siente tan agotada, confusa y estúpida como siempre.

En la mesilla hay un teléfono. Podría llamar a quien quisiera, pedir por fin ayuda. Es cierto que no se sabe el número de Máximo, pero si quisiera sí que le sería posible conseguir ponerse en contacto con la Policía, o con España, para que alguien… ¿Alguien qué? Se le ha olvidado.

Al final, acaba usando el teléfono para lo que más parece importarle en este momento.

Y que le suban también cubiertos occidentales, por favor. Quiere volver a comer sin tener que meterse las manos en la boca.

Empieza a usar el dinero que les ha dado Ollauri. Piensa comer hasta saciarse y gastar todo lo que necesite. No siente remordimientos: al fin y al cabo, él habría hecho lo mismo.

Coloca los billetes sobre la cama. No es mucho, pero… Con esa cantidad, a lo mejor puede coger un autobús y ver si… Quizá podría…

Sus pensamientos se pierden en el murmullo que se oye tras las

persianas de ratán. Son palomas, palomas enormes. Las palomas de la selva, de una oronda, indefensa blancura… La luz se filtra en haces irregulares por la persiana, y un olor a hierba seca, como a paja, perfuma la habitación. El ambiente le recuerda a aquel palafito… En la isla donde aquella familia la tuvo retenida. Empieza a reconocer olores, formas que ya le resultan vagamente familiares. Como las gigantescas sombras en abanico que el sol proyecta en los caminos, también aquí en Bali: la ubicua palma del viajero… Y los pétalos de *frangipani* sobre el asfalto, y el olor picante del *sambal,* y aquel chasquido seco de la lengua de los lagartos. ¿Está en casa? No. Solo está, afortunadamente, de vuelta en tierra. Y la tierra, cualquiera que esta sea, después de echarla de menos es siempre casa.

Pero no es solo eso, cree. Es también que esta región del planeta le resulta cada vez menos extraña: partes de la realidad ya tienen nombre, incluso pueden ser recordadas porque forman parte de lo ya vivido, lo conocido. Lo que se empieza a amar. O a odiar.

Como este maldito olor a quemado.

¿Qué están, de nuevo con las dichosas ofrendas? Debe de ser.

Las palomas continúan con su dulce y anestésico zureo mientras ella come hasta hartarse.

Con aquel dinero… Sí, podría hacerlo. Escapar.

En unos días, ni se acordará de aquellos dos. Ellos, ni que decir tiene, tampoco la echarán de menos. Ya se las apañarán solos para recuperar el dinero, y ejecutar sin su ayuda aquel absurdo plan de venganza que a fin de cuentas a ella ni le va ni le viene.

Sí, debe escapar.

Escapar, eso que suelen hacer los cobardes.

Porque ella cree que es valiente; pero, en realidad… Aquella frase, pronunciada en vacilante inglés por una pitonisa septuagenaria a la que no había visto en su vida, permanece aún flotando en su cabeza como una medusa venenosa.

Sofía se pregunta si es verdad. Y, si no lo es, ¿entonces por qué sigue ahí? ¿Por qué ha resultado ser importante para ella?

Volver a casa… Para volver a casa, hay que ir al este. A un sitio donde nunca ha estado.

Ya está en el este. Bueno, siempre hay algo más allá. ¿Dónde se acaba el este? ¿Cuándo empieza una dirección a ser otra, a convertirse el final en un inicio?

El arrullo de las palomas va en aumento. Plumas esponjadas, suaves cuellos. Ojos sin párpado. Atónitos. Su murmurar parece un gemido sofocado, un suspiro a labios cerrados.

Sobre la cama, Sofía se deja hundir blandamente en confusas imaginaciones. Unos brazos tostados que la sujetan, una media sonrisa. Son hombres sin nombre; un hombre que podría ser dos.

Aleteo. Echan a volar.

Cuando se despierta, no tiene claro dónde está. Eso sí: desde luego, se siente algo mejor. Después de disfrutar a placer de una comida caliente y de un váter para ella sola en el que puede sentarse (¡sentarse! ¡apoyada, por fin!) y limpiarse con glorioso papel de doble capa, decide ponerse en marcha. Tiene que tomar una decisión.

En un lado de la balanza está su vida entera, lo que ella cree que es su vida. Las cosas que conoce: su carrera de intérprete, el apartamento en Madrid. Una vida compartida con un hombre que ha sido capaz de darle un trozo de sí mismo sin necesidad de metáfora ninguna, y que Sofía sabe a ciencia cierta que en este preciso momento está pensando en ella. Este último pensamiento no le produce ninguna alegría, sino más bien una aguda punzada de dolor en el estómago que, si no es remordimiento, se le parece mucho.

En el otro lado de la balanza no hay nada. Es un espacio abierto que, aun sin conocerlo, intuye que es justo lo contrario de todo lo anterior. Contemplar ese espacio y las consecuencias de saltar hacia él le da pavor; pero aún más miedo le da la amargura que sabe que sentirá en el futuro cuando se recuerde a sí misma en el umbral, paralizada, incapaz de escapar por una puerta que se ha abierto ante ella… Aunque esa puerta parezca abrirse hacia abajo y mostrar una caída libre en vertical.

En resumen, la decisión que tiene que tomar es volver a su vida o arriesgarse a cambiarla… y a perderla.

En un instante ve claro lo que debe hacer.

Curioso: siempre había pensado que ella era una persona sensata y razonable. Nunca acaba uno de conocerse del todo.

Ahora mismo se dispone a continuar con la parte del plan que le corresponde, como si nada hubiera pasado.

43
Máscaras balinesas

Jahan se sorprende de que ella acuda al punto de encuentro.

—Yo pensado que tú marchas. Muy fácil. ¿Por qué no ir?

Sofía le mira, confundida. No había entendido que, con su marcha precipitada del día anterior, él pretendía ayudarla a su manera.

—Porque no quiero irme. Quiero ayudaros. Y quiero mi parte.

—Eso muy difícil. Pero contento que tú ayudas.

Ambos comen juntos en una mesa de piedra, bajo la sombra de unos bananos. Junto a ellos unas chicas se cortan el pelo unas a otras, sentadas en la acera. Algunas ríen, otras comen fruta. Una de ellas sonríe a Jahan, y justo después baja pudorosamente la mirada: su parpadeo risueño tiene algo del encanto de las mariposas. Él le sonríe a su vez. Las chicas acuden junto a ellos, y colocan algunas frutas sobre el banco. Sofía ve, estupefacta, como la adolescente coge un *salak;* y, con total naturalidad, lo pela, parte un trocito y se lo mete delicadamente en la boca a Jahan, que se deja alimentar así hasta que la fruta se termina. No cruzan ni una palabra, solo se miran y se dejan llevar por los gestos del otro. Cuando la última cáscara cae, los dos sonríen. Sofía siente cierta desagradable sensación, sin duda muy infantil por su parte. Como no quiere que se le note, la disfraza con una excesiva simpatía y se excusa, dejándolos allí en el banco. No le apetece ver más; además, se hace tarde… Tiene que preguntar algo en la recepción del hotel.

—Si está interesada en la artesanía tradicional, *madam,* lo mejor es que se dirija al norte del pueblo, allí puede usted adquirir las mejores piezas —l e explica el empleado, refiriéndose a uno de los tropecientos mercadillos de máscaras y marionetas que existen en la isla.

—¿El trabajo de artesanos locales? Interesante… —a siente Sofía, muy en su papel—. ¿Y piezas más antiguas?

El empleado la mira por encima de las gafas.

—Las más antiguas están en los museos.

—Obviamente. Y me dispongo a visitarlos todos, si tiene a bien darme algunas indicaciones. Pero, además de eso, me gustaría… No sé si usted podría por favor ponerme en contacto con alguna galería de confianza. Estoy segura de que, con el interés cultural que despierta su isla, existirá para los coleccionistas la posibilidad de acudir a alguna galería seria, ya sabe… Una que garantice la autenticidad y la procedencia estrictamente legal de las piezas, todo de acuerdo con las leyes de patrimonio del país.

Intenta pronunciar estas últimas palabras de corrido, como si estuviera acostumbrada a manejar esos conceptos; y sonríe con amabilidad y suficiencia.

Parece surtir efecto: el empleado va a otra estancia; quiere darle una tarjeta.

La otra persona que hay en la recepción, una chica muy joven, la mira mientras espera y le sonríe. De nuevo esa sonrisa extraña, ambigua, que por lo visto se estila tanto entre las mujeres de por aquí. Sofía no sabe si la otra quiere ser amable, seducirla, o insinuarle algo de lo que ella no acaba de enterarse. Al final resulta ser esto último.

Dándole a entender que ha comprendido lo que busca Sofía (mejor que ella misma, por lo que parece), la recepcionista la remite a un taller que regenta un familiar suyo. «Un maestro». Dice que la tratarán bien.

Después de darle las señas, la chica se la queda mirando largamente, pestañeando con aquella languidez suya. Sofía tarda un momento en entender; luego, afloja la mosca.

El otro empleado regresa por fin con la tarjeta de una galería de la zona.

Cuando Sofía abandona el hotel tiene dos puntos de referencia: un reputado galerista y el primo/cuñado de una desconocida que talla figuritas o algo así. La intuición la lleva a encaminarse hacia el segundo.

Mientras recorre las callejuelas, Sofía piensa en las mujeres que ha visto hasta ahora y en su propio aspecto. A pesar de llevar varias semanas con una mella tremenda, aquel agujero en plena boca no le ha preocupado hasta ahora. Ha sido solo al ver la mirada de otras mujeres sobre su sonrisa que ha sentido vergüenza y ha decidido mantener los labios cerrados. De hecho, cada vez que habla con alguna desconocida, parece que los ojos se le van a aquel detalle. Eso por no hablar de la impresión general que tendrán de ella. Seguramente, desde su punto de vista, Sofía es una basta despelujada y sin gracia que ni en sueños podría competir con la sofisticadísima feminidad que exhiben aquí hasta las niñas en edad escolar. Incluso ella misma se queda mirándolas, embobada, cuando le sonríen.

El taller del artesano está bastante aislado. Se encuentra en una colina fuera del pueblo, dentro de una construcción de madera que desde fuera podría parecer una granja. Jahan y ella han acordado mantener las distancias entre ellos por seguridad. Si bien la sigue de cerca, Jahan no quiere arriesgarse a que, si al final llegan a dar con Ronnie, él le reconozca y el plan se vaya al traste. A pesar de todo, llegado el momento de entrar sola en aquel chamizo, Sofía desearía saberle un poco más cerca.

Fuera hay algunos animales pastando entre la hierba fresca, verde como la menta. A Sofía le llaman la atención unos agujeros que hay en el terreno, algunos ya cubiertos por la vegetación. Se pregunta si serán producto de algún comportamiento de los animales. No cree: los agujeros se extienden de forma regular, como una red que abarca toda la colina.

No es la única persona que se dispone a entrar en la granja. Antes que ella han pasado algunos hombres que, desde luego, ni eran turistas ni se dirigían a ordeñar a alguna búfala de por allí. Tampoco parecían artistas o personas interesadas en el arte; al menos en opinión de Sofía, que se imagina a los coleccionistas como bohemios entrados en años o profesores románticos y miopes como los ponentes del congreso de Singapur. Las personas que entran en la granja son hombres enchaquetados y de raza china, una panda que no desentonaría en el distrito financiero de alguna gran ciudad. Sofía se pregunta si aquello será una buena señal o si está a punto de meterse en un lío de los gordos. Mientras entra en el recinto, imágenes peliculeras de mafiosos orientales con tanta pasta como malas pulgas le cruzan el pensamiento. Después intenta dejarse de tonterías y convencerse de que nada malo va a ocurrir.

Por si acaso, piensa en un plan B: si la cosa se complica, se fingirá una extravagante ricachona extranjera pasadísima de rosca. Es capaz hasta de desmayarse con grandes aspavientos si viene al caso. Y si no viene, también: está temblando otra vez.

Al entrar, ve que hay ya varios chinos esperando al «maestro». Todos están sentados en el suelo de madera. Ella se quita los zapatos y se sienta también. No hay paredes: interior y exterior se confunden en las casas balinesas. Flores y dragones de piedra invaden cada rincón, y las columnas y otros elementos del mobiliario están «vestidos» con las ubicuas telas de cuadros blancos y negros. Todo lo que esté habitado por un espíritu necesita su ropa. Sofía se aparta de un perro que hay por allí y que no le gusta nada. Es de piedra, pero por si acaso.

Cuando por fin aparece el artesano, todos le saludan como si le conociesen. Es un hombre regordete, con el pelo largo y una bandana en la cabeza al estilo pirata. Sofía le saluda también, pero el hombre se la queda mirando.

Quizá no debería estar allí; en realidad nadie la ha invitado. A lo mejor puede decirle el nombre de su cuñada/prima/lo que fuera, la que trabajaba en el hotel: se lo había aprendido solo para eso y tenía pensado decir que eran íntimas. Espera: lo que está mirando el hombre es su boca. Otro más.

Sofía se lleva la mano a la dentadura, algo avergonzada. Vaya… La maldita mella. Menuda pinta rara debe de tener.

—Pase usted con mi ayudante, será ella quien la atienda —l e dice

con dulzura «el maestro».

Sofía obedece, sin saber muy bien si su extraño aspecto de extranjera despistada y desdentada la ha excluido de una reunión en la que seguramente va a perderse algo importante. No puede hacer nada, así que se deja conducir por la ayudante hacia otra habitación. La chica la invita a sentarse y empieza nada menos que a lavarle los pies. Sofía se deja llevar y oculta su sorpresa. No quiere llamar la atención. Después, la mujer le da un masaje en las piernas, en los brazos, por todo el cuerpo. Al poco rato, Sofía no se acuerda ni de qué era eso por lo que había venido. Cuando se da cuenta, la tiene sentada a horcajadas sobre el pecho, mientras le mantiene abierta la boca.

Sofía la mira sin comprender, pero la deja hacer. Su cuerpo quiere que continúe con aquel bendito masaje. No es hasta que se siente un objeto contra los dientes que reacciona.

—¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

La balinesa sonríe, aún con la lima en la mano. Solo está haciendo su trabajo, llevando a término todos los servicios que se ofrecen en aquella casa. Incluido el que ella necesita.

—Yo no necesito nada, no he pedido ningún servicio.

Más sonrisas silenciosas. Tanta dulzura empieza a enervar a Sofía: casi que preferiría que la otra le pegara cuatro gritos. Se pregunta si otras personas occidentales se sienten así, por estos lares; o si en su caso se trata solo de la influencia perniciosa de esos dos barbianes con los que ha estado conviviendo un tiempo, sin duda, excesivo. Tanto, que parece haberle hecho olvidar la conveniencia de mantener la compostura y usar la cortesía para encubrir los propios objetivos.

La chica le explica que, viendo el problema que tiene en la boca, habían pensado que necesitaba ayuda. Sofía se lleva la mano a la mella, ocultando el agujero como si se lo fueran a quitar.

—No, eso no… Lo otro.

—¿Qué otro?

Más sonrisas. La chica le hace un gesto, colocándose ambos dedos índices delante de la boca, como si imitara a un vampiro. Luego los pone abajo; ahora parece un jabalí… Los colmillos de Sofía resultan, en la isla, llamativos. Tan puntiagudos arriba y abajo… Son los colmillos de un demonio. Pero no pasa nada: a mucha gente le ocurre. Por aquí, todos los que tienen los colmillos así se los liman en cuanto tienen dinero para pagarlo.

Al oír aquello, abre los ojos y da un salto. Como le vuelva a poner una de aquellas delicadas manitas en la boca, como que se llama Sofía que le arranca los dedos de un mordisco y se acabaron las sonrisitas. Respira hondo: perder la calma de nada sirve. Sonríe a su vez y le pide a la masajista/dentista quinceañera que la vuelva a llevar a la otra sala. Ella ha acudido allí «por otros asuntos», le explica con aire de

entendida. Aunque no sepa qué asuntos son.

En la sala principal, el maestro está enseñando a los chinos unas cajas de madera. Son una especie de estuches que tienen el interior forrado con capas de tela, para añadir dramatismo a la presentación de su contenido. Dentro hay máscaras. Primero pasa a los asistentes un trozo de madera a medio trabajar, para que aprecien el tacto. Procede de ciertos árboles a los que se les ha preguntado primero si daban su permiso para ser talados y pasar a convertirse en alguna de aquellas máscaras. Sofía toca la madera también: la parte sin lijar tiene un tacto normal, de rama; la otra… La otra es tan suave que los dedos se quedan allí atrapados, acariciándola. El maestro trabaja la madera durante semanas antes de transformarla en otra cosa. Cuando por fin les pasa las máscaras, Sofía puede ver de cerca los colores, las expresiones extrañas de los rostros que representan: bestias arcaicas y divinidades de sonrisa seductora y cruel. Pelo natural cuelga de algunas de ellas, a modo de crines o de barbas; y los ojos parecen siempre enloquecidos, fuera de las órbitas, con los colores delirantes de la ira o el placer. Filigranas de oro y rojos encendidos suelen rematar el conjunto, entre lo brutal y lo sublime. Si bien Sofía ignora su significado, la belleza de aquellas tallas no hace falta comprenderla con la cabeza: llega directamente a otro sitio, con su dardo preciso.

Un chino resopla con impaciencia y desprecio: una estrategia común en Asia para fingir desinterés e instar a bajar precios. Sofía los ignora; ahora solo desea volver a coger una de las tallas en la mano. Cuando por fin la tiene, se la acerca instintivamente a la cara. Al verla, el maestro la detiene, alarmado. Esa máscara no se la puede poner. Es peligroso: es una máscara llena, no vacía. No está hecha para alojar un rostro humano. Si intenta llevarla puesta, la máscara le provocará un dolor de cabeza pavoroso. De un tipo que no se pasa jamás.

Los chinos muestran su incomodidad. Ya le han dicho que no están interesados en su trabajo, que no comprarán artesanía reciente. Quieren ver otro tipo de piezas… Algunos se levantan y hacen amago de marcharse. ¿Dónde está la porcelana? No han ido allí a perder el tiempo. Sofía escucha con atención.

Por lo que puede deducir —p oco, dado el contexto que le falta y la pronunciación que se gastan aquellos tipos, cada uno de su pueblo—, la granja del maestro está construida sobre un lugar transitado desde hace siglos. Los marineros chinos llevan navegando por el Archipiélago desde la Edad Media, y su costumbre de esconder sus pertenencias bajo tierra para protegerlas hasta poder regresar ha proporcionado a algunos campesinos de hoy en día «nuevas oportunidades», bastante más rentables que cultivar arroz. Mientras trabajan la tierra, a veces dan por casualidad con un «punto dorado»:

un lugar donde se acumulan auténticos tesoros. Son los objetos que algunos desgraciados de hace mil años habían escondido hasta la próxima vez que por allí desembarcaran, algo que al final algún tifón o ataque había impedido. La mayoría de las piezas eran objetos de uso cotidiano que no habían tenido ningún valor en su momento; pero, diez siglos después, una bacinilla usada de la dinastía Ming puede dar una gran alegría a cualquiera.

Es por eso que el terreno del maestro está agujereado como un colador. Basta cavar unos metros para que se sienta el agudo crujido de la porcelana quebrada. No pasa nada: una rota, cien más que estarán debajo. Sus métodos harían que cualquier arqueólogo acabara haciendo pucheros como un bebé, pero ya se cuida él muy mucho de que ese tipo de individuos peligrosos no se acerquen ni de lejos a su parcela. Él prefiere a los coleccionistas chinos. No le piden papeles, ni se andan con escrúpulos ni estupideces. Una pariente suya que trabaja en un hotel le manda aquí a los extranjeros que puedan estar interesados. Es así, extrayendo y vendiendo aquellas piezas, que ha podido construirse la casa, montar altares a sus dioses favoritos, pagar a su masajista/dentista/ayudante y tallar sus máscaras día y noche, que en realidad es lo que le gusta. Aunque nunca haya conseguido vender ninguna.

Y hoy, ni siquiera la porcelana va a vender. Los chinos no parecen interesados. Uno de ellos dice que su cliente ya posee artículos muy similares; otro se queja del mal estado de las piezas. Además, el precio que pide el maestro es un desvarío. De ahí parte casi una hora entera de regateos sin fin. Sofía está a punto de quedarse dormida cuando al fin unas palabras despiertan su atención: *Ngusaba puseh,* el nombre de una ceremonia de la que se habló en el congreso. Había tenido que estudiarse esas mismas palabras para repetirlas si el orador las mencionaba en relación con el uso del *kris* . Se referían a un ritual que se celebra al aire libre, en las calles y campos de la isla. En él se usan unos espectaculares cuchillos ceremoniales, y los asistentes y participantes suelen acabar en trance. En cierto momento del ritual los bailarines guerreros, atrapados por las fuerzas del mal, ven cómo el *kris* que llevan en la mano se gira, volviéndoseles contra el propio pecho. El cuchillo, fuera de control, se les va acercando a la carne hasta llegar a penetrarla. Ahora bien (casi) nadie resulta herido: las fuerzas del bien impiden que los guerreros lleguen a hacerse daño. Algunos cuchillos acaban inexplicablemente doblados, como si, en lugar de en carne humana, contra alguna roca hubieran sido presionados. Estos cuchillos rituales no se pueden comprar o vender: como otros *kris,* gozan de los mismos derechos que las personas y no pueden ser esclavizados.

A pesar de todo, el maestro a veces ha llegado a hacerse con

alguno. Es por eso que uno de los chinos ha preguntado si, además de las porcelanas, no puede ofrecerles nada más interesante… Quizás, «algo similar a lo que tenía la última vez». El artesano baja la cabeza: es un no. Los chinos empiezan a salir de la granja; ya han perdido la paciencia.

El maestro se queda solo en su taller, recogiendo la mercancía. En realidad, les ha mentido. Sí que tiene otro *kris;* y, además, doblado: ya usado en un ritual, algo por lo que los coleccionistas pagan todavía más. Pese a todo, no se ha atrevido a intentar venderlo. El otro día cometió el error de hablar de la posible venta en la misma estancia en la que se encontraba el cuchillo, sin darse cuenta de que este podía estar oyéndole y tomar represalias. Las consecuencias de aquella imprudencia, en efecto, no se habían hecho esperar. Al día siguiente se había encontrado todos los postes del terreno doblados hacia la izquierda, exactamente por el mismo punto por el que estaba doblado el cuchillo. La visión le había producido verdadero pavor. Pero lo peor fue lo que descubrió su mirada una tarde, mientras vagaba complacida entre sus pertenencias: el retrato de él con sus hermanos había cambiado. Las figuras de la foto ya no estaban de pie, igual que siempre y desde hacía varias décadas. Todos los cuerpos aparecían ahora doblados, quebrados hacia la izquierda.

No, no era buena idea comerciar con aquel cuchillo, ni con ninguno. Hacerse con ellos e intentar venderlos había sido un gran error.

La extranjera parecía haber mostrado cierto interés cuando había salido el tema; su ojo de buen chamarilero no le engañaba nunca. Menos mal que ella no había insistido y ya se había marchado también. Lo último que quería era poner un cuchillo semejante en manos de una persona con aquellos colmillos. Mejor así. Lo cierto es que se había alegrado mucho de verla salir de su casa.

Sofía intenta concentrarse en los chinos: si al final es cierto que el tal Ronnie está en la isla, y sabiendo los fregados en los que anda metido, existe una gran probabilidad de que conozca o esté en tratos con alguno de aquellos individuos. Intenta memorizar todos los detalles de los que es capaz, dado que en algún momento se separarán y solo podrá seguir a uno de ellos. Esto no ocurre hasta pasado un buen rato, ya que el sendero que conduce fuera de la granja está empantanado y tienen que ir todos en fila india… Después, ya pingando de barro y en riguroso silencio, todos se ven obligados a compartir el mismo taxi: el de la única empresa que ha accedido a ir a buscarlos hasta allí. Se trata de una furgoneta con roña de los años 70, cubierta de pegatinas de paz y amor. El conductor les obliga a pagarle a tocateja. Tendrán que armarse de paciencia: tarde o temprano acabarán atrapados en uno de los atascos monumentales de la isla.

Hoy toca un accidente que bloquea la carretera. Hay un poco de sangre en el suelo, de modo que han acordonado la zona y están esperando a que lleguen los sacerdotes… Es importante purificar el lugar: de otro modo, cualquier demonio que pase por allí puede usar esa sangre para apoderarse del espíritu de su propietario. Mejor no arriesgarse. Una vez superada la zona de la ceremonia purificadora, se encuentran con otras dos: el cumpleaños de una motocicleta, engalanada para la ocasión; y una procesión tamborilera en la que un adolescente pasea las entrañas de un cabrito en una bandeja.

Sofía está ya de los nervios. Llevan ya más de un día en Bali y no hacen más que perder el tiempo. Por si fuera poco, ha tenido que sentarse al lado del conductor y desde ahí le va a ser difícil tener a sus compañeros de viaje controlados. Aunque eso no cambia mucho las cosas, la verdad… Ninguno de los chinos parece dispuesto a darle conversación (y con ella, valiosos detalles sobre su procedencia y destino); no sabe si porque son así de bordes, o porque se consideran entre sí competidores. Mejor ser realista: por mucho que lo intente, le resultará imposible memorizar aquellas caras, así que decide concentrarse en una sola. Cuando ese hombre concreto se baje de la furgoneta, tratará de averiguar todo lo que pueda sobre él y el lugar al que se dirige.

El conductor, con sus ganas de conversar, le fastidia el plan.

—Y usted, señorita, ¿a dónde va? —S ofía mira de reojo al chino que ha elegido: ojalá lo supiera.

—No se preocupe, siga avanzando, que en cuanto lleguemos cerca ya le indico yo…

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

—No —c ontesta mecánicamente Sofía, que ya hace algún tiempo que ha dejado de sentirse sorprendida por semejantes preguntas. Sabe que el hombre solo inte nta ser amable y darle conversación, haciéndole hablar sobre su familia. La idea de cortesía que motiva estas preguntas, impertinentes para un occidental, es que a cualquier persona se le pone una sonrisa en la cara cuando habla de sus hijos.

—¿Cuántos años tiene?

—36. ¿Y usted?

—Yo 86.

Sofía le mira con cara de incredulidad. No sabe si aquel tipo está loco o le está tomando el pelo, ya que solo aparenta unos cincuenta.

—Bueno, 86 en el calendario balinés —a clara el conductor—. En el vuestro creo que alguno menos.

Vaya. De acuerdo con lo que le explica el hombre, allí tienen su propio calendario, con años que no tienen 365 días, sino solo 210. Así, como no coinciden de verdad con una vuelta de la Tierra al Sol, con el tiempo las estaciones se van desplazando. En Bali no parece

importarles el desfase: simplemente concluyen que la estación de lluvias es «imprevisible», y que «cada vez cae en un mes distinto». Visto que cada año termina en un parpadeo, el tiempo parece ir mucho más rápido y es necesario disfrutarlo al máximo. El calendario también afecta a la edad de la gente, y en Bali todos se creen más viejos de lo que son. Según le explica el taxista, en los documentos oficiales sí que pone la edad a la manera occidental, pero la gente sigue creyendo en lo que ha usado toda la vida.

Y sobre esto van conversando muy animadamente, cuando de pronto Sofía se da cuenta de que el silencio de la parte de atrás es distinto. No es un silencio de gente callada, sino un silencio de coche vacío. No puede creerlo… ¡Se ha distraído como una tonta con aquella historia del calendario y los chinos se le han escapado!

—¿Dónde están?

—Ya se han bajado, ¿no lo ha visto?

—No, estaba distraída y… Como con el tráfico vamos tan despacio, no me había dado cuenta de que estábamos parando. ¿Dónde se han bajado?

—¿Pero usted adónde va?

—Pues… Verá, no importa. Me estoy dando cuenta de que mi compañero se ha marchado sin devolverme el portafolio con unos documentos… ¿Recuerda usted dónde le ha dejado? Necesito que me los devuelva.

—Desde aquí, difícil dar la vuelta… ¿Pero por qué no le llama por teléfono?

—Porque el teléfono está también dentro del portafolio. Pero no se preocupe, indíqueme y ya voy yo de una carrera. ¿Hace mucho que se bajó?

—¿Cuál de ellos era su compañero?

—Pues… el alto.

—Pues ese sí, ese hace mucho que se bajó… No puede usted ir caminando. Espere… Voy a atajar por aquí, la llevo yo.

El hombre la acerca amablemente al lugar donde antes se había bajado el chino en cuestión, y la deja en una plazoleta. Sofía se baja de la furgoneta apresuradamente y mira a su alrededor. Ni rastro del hombre que busca. Tampoco parece haber demasiada gente en aquella zona. De la plaza donde la ha dejado el taxista parte una calle tranquila, cerrada al tráfico. Sofía avanza por ella con curiosidad. Es una calle muy bonita, con casas tradicionales de enormes pórticos y muros invadidos por los tentáculos de madera del omnipresente ficus estrangulador.

Una de esas casas tiene una placa dorada en la entrada, al estilo europeo. Es una galería de arte extranjera. Su nombre le es familiar: al sacar del bolso la tarjeta que le habían dado en el hotel, se da cuenta

de que es la misma a la que la había remitido el empleado. Vaya… Ya que por lo visto iba a acabar allí igualmente, ojalá hubiera empezado su búsqueda tirando de aquel hilo… Así se habría ahorrado las tres horas de senderos, búfalos y atascos y el susto de que le intentaran limar los dientes al primer despiste.

Sofía llama al timbre. Ya le están abriendo la puerta cuando se da cuenta de que no tiene ni repajolera idea de lo que va a hacer ahora.

44
Viejos amigos

Afortunadamente, la mujer que la recibe no le hace preguntas. Solo le ofrece una bandeja con unas toallas perfumadas para que se limpie las manos y la acompaña por un jardín a través de varias *candi bentar,* unos pórticos de piedra al estilo de los templos balineses, todos sin dintel y abiertos directamente al cielo. Al final del jardín hay otro edificio. Ambas entran en una sala iluminada con luces indirectas y con el aire acondicionado a temperaturas polares. Para alivio de Sofía, allí —a demás del chino de marras— hay también otras personas, así que puede confundirse entre ellas. La mayoría parecen extranjeros; chinos u occidentales. Todos miran atentamente unas vitrinas en las que solo hay fotografías y descripciones de tamaños y pesos. La chica pasea entre los asistentes, satisfaciendo su curiosidad sobre las piezas que les llaman la atención y tomando los datos completos de aquellos que manifiestan su interés por alguna. Sofía se acerca a una de las vitrinas, que contiene una simple foto de una vasija verde y su descripción. En el encabezado del panel aparece el nombre del galerista. Al verlo, Sofía repara en un detalle que ha tenido delante de las narices todo el tiempo sin llegar a verlo. «Galería Kruijver». Más holandés, imposible.

La idea que le viene a la mente, de todas formas, no tiene sentido.

Al final decide arriesgarse y poner toda la carne en el asador.

—Me gustaría hablar con el señor Kruijver —l e susurra a la empleada. Ronnie y yo somos viejos amigos.

La chica sonríe. Debería haberlo imaginado: con tanta sonrisa y toda esa amabilidad impenetrable de por aquí, imposible leerle en la cara si Ronnie no es el nombre de la persona que lleva todo aquello. Por otro lado, la chica jamás se atrevería a corregirla. Maldita cortesía.

La empleada la acompaña por unos pasillos hacia otra sala y le dice que la espere allí, que va a preguntar.

Cuando se marcha y Sofía se ve sola en aquella habitación, se da cuenta de lo estúpida que ha sido: se ha preparado su propia encerrona, ella solita, sin ayuda de nadie… ¿Qué va a hacer si el holandés, requerido por ella misma, aparece en aquella sala y le pregunta qué demonios quiere? Inconscientemente se restriega la mano: todavía se acuerda de lo que él le había hecho en el museo, sujetándole la muñeca de una forma muy dolorosa y amenazando con quebrarle los dedos entre los suyos por puro gusto.

Definitivamente, no es una opción quedarse allí esperando para comprobar si el tal Kruijver resulta ser un afable viejito frisón amante de las antigüedades, o si por el contrario se trata en efecto del hombre que está buscando y que, ahora que lo piensa mejor, casi que prefiere no encontrar.

Sofía se escurre como puede por el pasillo. Intenta volver a la sala donde estaba antes, pero acaba de nuevo en el jardín. Da igual, saldrá a la calle y se largará de allí. Da su misión por cumplida: si Jahan quiere comprobar quién es el tal Kruijver, pues estará encantada de darle la tarjeta de la galería y que vaya él mismo… Ella va a pirárselas de allí de inmediato. Atraviesa el jardín ya a toda prisa, saltando entre los miniestanques y los dragones-perro de piedra vestidos con trapos de cuadros.

Aquello sí que no se lo esperaba. Si el holandés es de verdad quien lleva la galería, eso quiere decir que está allí tranquilamente, sin nada que temer, dedicándose a una actividad lícita y vendiendo antigüedades en el marco de la ley, con sus permisos y sus certificados de autenticidad y procedencia. Al menos en apariencia, claro; porque también es muy probable que ese negocio sirva de tapadera para traficar con «otro tipo de piezas». En cualquier caso, allí está, abriendo sus puertas al público con total normalidad, y quién sabe si incluso con su verdadero nombre. Mientras sale de la casa, un desagradable pensamiento le cruza la mente. ¿Y si Ollauri le ha mentido, y lo que quiere llevar a cabo no es una venganza ni nada por el estilo, ni «robar a un ladrón»? Podría ser que simplemente esté intentando aprovecharse de ella para robar antigüedades a un galerista, a un ciudadano de bien. Sofía sonríe al oírse formular estas últimas palabras: no sabe si el holandés será un ladrón o no, pero lo que desde luego no es aquel tipejo es un mo nje francis cano. Su intuición le dice que Ronnie es pura carne de presidio. Aunque, bien p ensado, si lo compara con el hombre con el que se ha acabado aliando, es difícil decir quién se lleva la palma.

—¿Tiene prisa? Pensaba que quería usted verme.

A Sofía se le hiela el sudor en la cara. Aquella no parece la voz del imaginado viejito frisón. Al volverse encuentra al mismo hombre que había visto en Singapur, altísimo, con el pelo blanco y liso colgándole a un lado de la cara, muy bien vestido y con dos témpanos por ojos.

Le sonríe.

—Así que, después de todo, resulta que sí está interesada en las antigüedades…

—Por supuesto. Ya le dije que incluso asistí a un congreso sobre el tema. Eso sí, nunca llegué a entender a qué se refería usted con sus preguntas… Creo que debió de confundirme con otra persona. Siento de veras que nuestro último encuentro fuera así, lleno de

malentendidos.

—Bueno, espero que me dé la oportunidad de hacerme perdonar… —c ontinúa él, rodeándola por el talle sin más y obligándola a que le acompañe al interior de la galería.

Sofía le sigue sin saber cómo reaccionar. Quiere mantenerse en su papel, pero es difícil porque no sabe cuál es. Al final se lo inventa sobre la marcha, construyendo respuestas para las preguntas de Ronnie. Ve de reojo al chino con el que había viajado en la furgoneta, que aún anda por allí. La está mirando con cara de odio, quizás al pensar que ella se le ha adelantado en algún tipo de trato.

—No le negaré que me ha sorprendido verla cuando ha entrado, por la cámara… Aunque es lógico: al final, el mundo de los que nos dedicamos a esto es muy pequeño. Pero dígame… ¿Ha echado un vistazo a nuestro fondo? ¿Qué pieza la ha traído hasta aquí?

—Lo cierto es que me encontraba en la isla y, al oír de esta galería, he sentido curiosidad. No sabía que se dedicaba usted a este negocio.

—Digamos que soy versátil… Pero este tema de las antigüedades siempre ha sido mi gran pasión. O, mejor dicho, mi segunda gran pasión. La primera es, por supuesto, explorar estas islas maravillosas que conforman el Archipiélago. Están llenas de… todo lo que necesito —d ice con una sonrisa que tiene más de feroz que de afable. Acto seguido busca a la chica con la mirada y le hace un gesto para que les acerque la bandeja con canapés. En ella hay también un cuenquito con cacahuetes pelados y cocidos, muy comunes en Bali; y el holandés se sirve un buen puñado—. Como le decía, esto es un paraíso, ya lo habrá visto usted misma… No solo desde el punto de vista del coleccionismo, sino también para cualquier persona con un mínimo de sentido estético… ¿Ha visto los bailes de máscaras? Por no hablar de los de las niñas, esos que hacen antes de convertirse en mujeres… Parecen muñecas mecánicas, con esos movimientos extraños: tan violentos y al mismo tiempo tan delicados. Muchos de esos bailes imitan el cortejo de las abejas, y…

Sofía le escucha estupefacta mientras camina a su lado por la galería. Obviamente se trata del mismo hombre con el que había mantenido aquella conversación sobre la muerte del último tigre de Singapur, allí en los butacones de mimbre del Hotel Raffles mientras esperaban que cesara la tormenta. Un hombre de mundo, gran conversador, de trato fácil. Es igual que lo recordaba, pero ahora todo esto la sorprende un poco. No es solo por lo que sabe de él y porque ha sido testigo de los otros registros de los que es capaz aquella voz… Sino también por el contraste con Ollauri y la incapacidad de este último de razonar, de conversar o siquiera de hilar dos palabras seguidas sin ofender a alguien o sin que estas tengan que ver con el presente más inmediato. Sospecha que, en el fondo, ambos se parecen,

y no precisamente en sus virtudes… pero la diferencia en el trato es abismal.

—Hagamos una cosa… —l e dice el holandés, ajustándose el pañuelito de seda que lleva alrededor de aquel cuello arrugado y sudoroso—. ¿Por qué no me deja usted que la invite mañana a comer? Así podemos olvidar el malentendido de Singapur… Y de paso me cuenta qué la ha traído por aquí. ¿O prefiere volver a decirme que ha venido a traducir no sé qué?

Ella sonríe en silencio, sin desmentirle.

—Si no recuerdo mal, estaba usted interesada en cuchillos rituales… Nosotros no trabajamos con ese tipo de piezas. Es difícil por aquí, ya sabe lo supersticiosos que son. Pero estaría encantado de charlar con usted… Si me dice dónde se aloja, mañana a las doce pasaré a recogerla.

—Pues… Se lo agradezco, pero no es necesario; ya iré yo a donde me diga. Mañana tengo todo el día libre y…

—Su dirección.

Sofía, sin conseguir idear una alternativa convincente, acaba dándosela y decide que casi mejor esa noche se va con Jahan a la playa, por si acaso.

Al final, quedan en verse al día siguiente. Sofía se despide entre sonrisas y sale de la casa como quien escapa de la boca del lobo.

Cuando le cuenta toda la historia a Jahan, este no la cree. Es imposible que Ronnie haya estado allí todo el tiempo, al descubierto, sin miedo a nada.

—¿Y de qué iba a tener miedo? Por lo que decís vosotros, no es a él a quien buscan. Él puede moverse por donde le plazca, sois vosotros los que tenéis que andar con cuidado para que nadie os salte encima y os espose a la primera de cambio. Puede dedicarse a sus manejos si quiere y donde quiera, con discreción. Ya se sabe que la mejor manera de esconderse es confundirse, no salir por piernas.

—Si Ollauri cerca, sí por piernas. Mejor.

—Quizá piensa que está muerto.

—No, él sabe que sobrevivir. Tú dicho que preguntó por él en Singapur.

—Sí, pero porque su pasaporte acabó allí y se formó un lío tremendo. No sabemos lo que Ronnie sabe o piensa en realidad de lo que ha sido de vosotros. Puede incluso que crea que ya os han pillado y estáis en la cárcel de alguna isla remota, fuera de juego. No tiene nada por lo que preocuparse, y por eso está aquí tan tranquilo.

Jahan niega con la cabeza, poco convencido.

—¿Tú segura que es él? Blancos, parecidos.

—Que sí… Segurísima. Y él me ha reconocido, ya te digo que hemos estado hablando. Hasta se ha disculpado por «el malentendido»

de Singapur.

—No fía. Él habla. Siempre habla. Nosotros no aguantar.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Matar y robar todo.

Ella abre mucho los ojos. Jahan reflexiona un momento y reconsidera su propuesta.

—No. Mejor robar todo y ya. Matar, luego. Quiere hacer él.

Sofía traga saliva. Nunca en la vida se ha encontrado en una situación así. Una situación en la que, encima, va a participar.

Jahan, como siempre, la oye sin necesidad de escucharla.

—Tú no nada. Solo mostrar camino. Nosotros ocupa. A nosotros ya buscan, todo igual. Pero tú ir de aquí. Nadie pregunta. Y tú también tu parte. Prometo. Tú al final marchas. Olvidas nosotros, y feliz.

Olvidas nosotros, y feliz; repite Sofía en su cabeza.

Al atardecer le ve alejarse. Va a hacer autostop hasta la playa. Su enorme figura camina por la calleja de tierra, entre otros hombres que junto a él parecen niños.

Por la noche Sofía no puede dormir. No sabe lo que quiere, ni por qué esta allí. Oír hablar de su parte y de su marcha no la hace «feliz». Tampoco sabe qué otra situación lo haría. Ahora mismo solo querría desaparecer. Empezar a vivir su vida, desde cero. Rebobinar la cinta. Pero eso no puede ser. Así que permanece allí, inmóvil como una muerta sobre aquella cama enorme, viendo girar el ventilador de madera sobre su cabeza y tragándose la inquietud, y la soledad, y el deseo.

Aquellos tres compañeros de cama afortunadamente se disuelven con la luz del día, que entra por la ventana con un cantar de gallos y el aroma del plátano frito. Ahora ya solo siente hambre y un malestar general: es el remordimiento anticipado por algo que sabe bien que al final acabará haciendo.

45
Caramelos al peso

Aunque no tiene idea de a dónde la llevará el holandés —d ios no quiera que a su casa—, Sofía ha pedido a Jahan que, por lo que más quiera, los siga de cerca. Ha quedado antes con él, a primera hora de la mañana, para poder mostrarle dónde está la galería y que así Jahan tenga a Ronnie y su radio de acción bajo control en todo momento. Pero Jahan no aparece. Si bien eso le extraña un poco, intenta buscar una explicación: es posible que se haya quedado atrapado en uno de los atascos de la isla, y esté aún en una carretera llena de motocicletas, búfalos y turistas haciendo fotos. O a lo mejor, como se ha hecho tarde, Jahan ha preferido no dejarse ver —n o sea que el holandés aparezca antes de tiempo—, y ya está vigilando desde algún lugar ahí fuera.

Sofía se siente algo nerviosa, pero no puede hacer nada. Ha dedicado bastante tiempo a prepararse: traje, moño bajo, pintalabios… Una parte de sí siente un poco de tristeza al intuir que no es la mirada que desea la que acabará posándose en ella. Prefiere no pensar sobre esto: lo considera un sentimiento infantil porque solo lo ha vivido en su adolescencia. Pasado ese periodo, nunca le ha faltado lo que quería. Su problema ha sido siempre más bien el contrario: no conseguir convencerse para que le gustaran aquellos que la elegían.

En su opinión, Jahan es una persona de gran inteligencia; de hecho, una de las más perspicaces que ha conocido en su vida. Lo que él intuye siempre acaba sucediendo, y es prácticamente imposible ocultarle lo que uno siente o piensa. ¿Cómo engañarse pensando que él no sabe, que no se ve a sí mismo cada vez que se asoma a las pupilas de ella?

Sofía no va a hacer nada. Por primera vez en su vida, se avergüenza de dar un paso adelante en este sentido. Quizá porque esta vez no es un juego, esta vez le importa. También, porque va a ser verdad eso de que es una cobarde. No; aquella historia es inviable: no desea abrir una puerta por la que luego no va a poder entrar. No tendría ningún sentido.

Como no sabe de qué otra manera protegerse de lo que siente, se refugia en una escéptica frialdad. Se dice que debe dejarse de sentimentalismos: lo que le está ocurriendo es de lo más simple. Un mero capricho… Y el orgullo herido al no sentirse deseada y no poder satisfacer así su vanidad. Nada más. El hecho de que aquel amor le

parezca tan irracional no significa que sea verdadero, sino que procede de donde no debe. Al fin y al cabo, ¿qué mujer no caería fulminada ante un físico tan impresionante? Lo que siente debe de ser solo eso: probablemente se le curaría con obtener, aunque solo una vez fuera, lo que de él necesita.

Pasan las doce, pero no acaban de llamarla de la recepción.

Cierra la ventana: el olor a quemado que entra es insoportable. ¿Serán las dichosas ofrendas? A veces, de verdad, exageran.

De pronto suena el teléfono. Sofía duda un momento. ¿Será el recepcionista, para que baje?

—Perdone, *madam,* pero hay un hombre que ha estado llamando. No sé si he hecho bien en no pasarle con su habitación… Preguntaba por una mujer española. Le he dicho que aquí no se alojaba ningún huésped español, pero luego he caído en la cuenta de que a lo mejor se refería a usted.

—¡Claro que se refería a mí! ¿Por qué no me lo ha pasado?

—¿Pues no es usted mexicana?

Sofía calla: ya se había olvidado de su nueva nacionalidad.

—Españoles, mexicanos… Hermanos todos al fin y al cabo. ¿Le ha dicho qué quería?

—No, pero ha dejado un teléfono. Tome nota, por favor.

Sofía da las gracias al recepcionista y se dispone a llamar al holandés. Se aclara la voz varias veces: no quiere parecer ansiosa.

—¿Por qué me ha dado una dirección falsa? En ese hotel me han dicho que no se alojaba ahí… ¿Es que no se fía de mí? —l e pregunta, en un tono juguetón que a Sofía no le gusta nada.

—Una confusión con el recepcionista… Perdone.

—La llamaba para disculparme: me es imposible mantener mi compromiso. Tengo que solucionar unos asuntos y será difícil que nos veamos antes de las tres.

—No hay problema. Si quiere, me acerco yo a donde me diga… Y nos tomamos un café.

Ronnie le da cita en un local europeo de la misma zona donde está la galería, un antiguo club de caballeros de la época colonial. En lugar de esperar a la hora de su cita, Sofía decide ir bastante antes para echar un vistazo. Con un poco de suerte, puede que él esté ya allí, solucionando esos asuntos que le han retenido. Así podrá observar lo que sea desde fuera: cuanta más información tenga, mejor.

Una vez dentro del club —e n el que, por fortuna, ya admiten a mujeres desde hace algunos años— Sofía se acomoda discretamente en una de las mesas, parapetada detrás de un macetón de yuca. Si él está allí y la ve, simplemente le dirá que, como tenía tiempo, ha ido un poco antes. Nada tiene por qué hacerle sospechar que ella le está espiando.

Mira a su alrededor: sobre las preciosas losas blanquinegras del suelo se abre una galería protegida del sol por persianas enrollables, hechas con finas tablillas de madera. En las mesas la gente fuma, bebe y juega a las cartas. La media de edad es de unos sesenta años, todos blancos. Las aspas de los ventiladores giran perezosamente sobre sus cabezas. El único ruido que se escucha son los pájaros que cantan en el patio y el murmullo de las conversaciones, casi susurradas. A pesar de las apariencias, Sofía intuye que no hay nada de relajado o superficial en aquellas conversaciones: se respira un aire de confidencia, de estrategia, de negociación. En aquel lugar parecen haberse decidido grandes cosas; y, por lo que se ve, los asistentes siguen decidiendo algo o pensando que aún pueden decidirlo. El camarero, un chico de la isla impecablemente vestido de blanco y con guantes, le sirve un cuenco con cacahuetes y un copazo de ginebra que no recuerda haber pedido. Sofía observa atentamente a las personas de las otras mesas, pero no ve a Ronnie.

Para entretenerse un poco, dirige su mirada hacia el patio interior. Allí hay un mono que se ha descolgado de un árbol y se pasea entre las mesas tranquilamente, inspeccionándolas una por una para apoderarse de posibles restos de comida. Es una escena muy común en el Archipiélago, lo ha visto incluso en los restaurantes más exclusivos de Singapur. Basta con que el lugar en cuestión tenga un patio o alguna zona ajardinada por la que aquellas bandas de pequeños delincuentes puedan penetrar, y el territorio acaba de inmediato «bajo su control». Sofía ve que el mono es un macaco pequeño, no más grande que un niño de dos años. Pero también ve otra cosa: una persona ha bajado por una escalera que da al patio y se dirige a la salida, parece que con prisa. Cree que sabe quién es, pero no está cien por cien segura. Traje de chaqueta demasiado entallado para un hombre, como gusta a los asiáticos; un maletín con el asa de otro color, pelo a cepillo… Sí, cree que es el mismo hombre al que había seguido el día anterior. Parece nervioso. Mira a su alrededor y camina rápido hacia la salida.

Cuando el chino desaparece, Sofía ve que otra persona baja por la escalera: es Ronnie. Por lo visto, en la parte de arriba del club hay espacios reservados.

El holandés abandona el patio y se dirige hacia su mesa.

—Vaya, veo que ha empezado usted sin mí —l e dice, mirando la copa de ginebra y sentándose a su lado. Va vestido de traje, a pesar del calor que hace; y Sofía observa que uno de los bolsillos de su americana está extrañamente abultado.

—Este lugar es muy agradable —m iente ella, por iniciar la conversación—. Y con buena parroquia.

—Bueno, hoy está medio vacío… Ya lo habrá oído, quedan cada

vez menos extranjeros en la isla. La semana está siendo una locura. Yo, de todas formas, no creo que…

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

Ronnie va a contestar, cuando de pronto sucede algo inesperado: un bulto peludo se abalanza sobre ellos como un relámpago, en busca de un nuevo botín de comida humana. Es el macaco, que tira varios vasos y se engancha a la americana de Ronnie. El camarero da un grito y se acerca a su mesa, intentando expulsar al animal del club por enésima vez. Con todo, no hace falta que nadie acuda a ayudarles: el mono está ya en el suelo, aturdido. Ha recibido un golpe seco en la cabeza, y está sangrando por un oído. Ronnie sonríe. Luego se gira hacia ella para preguntarle si está bien, y le hace un gesto indignado al camarero, que debería haberse librado de aquel bicho hace ya tiempo.

—Iba directo a su chaqueta… —m usita ella, aún recuperándose del susto y mirando de reojo cómo el camarero arrastra el cuerpecillo peludo fuera del local.

—Sí, suelen hacer eso. Esos bicharracos oyen el crujido de algún envoltorio, plásticos o lo que sea, y ya lo asocian con comida.

—¿Y qué lleva usted en el bolsillo que pueda interesarle?

Ronnie la mira sin contestar. Cuántas preguntas, la españolita.

—Cacahuetes. Siempre llevo mis propias reservas encima. Me ayudan a pensar.

—¿Me da uno? Ya me he comido los míos.

Él se queda en silencio. No hace ningún amago por llevarse la mano al bolsillo.

—No la recordaba a usted tan guapa… Veo que el Archipiélago le sienta bien —d ice, fingiendo coquetear con ella en una burda maniobra de distracción—. Bueno, lo de la boca tendrá que empezar a planteárselo.

—¿Usted también con esa tontería de los colmillos? No pienso limármelos. Desde que llegué aquí la gente no hace más que mirarme la boca por eso. Están locos.

—Ya… Yo me refería más bien al boquete que tiene en la encía, amiga mía… ¿Es que le han dado un puñetazo? Espero que, al menos, fuera merecido…

Sofía bebe de su copa para esconder la cara y que él no pueda leer en ella su reacción ante semejante comentario.

Piden más bebidas, conversan. Sofía consigue averiguar muy pocos detalles: que la galería lleva funcionando poco tiempo, que él viaja con frecuencia a Europa, que no está casado. Información irrelevante que además puede o no ser verdad. Ella, por su parte, está revelando sin querer cada vez más de sí, poniéndose en peligro. Lleva ya demasiadas copas encima y él, además de ser pero que muy difícil de

engañar, está tan tranquilo con la media botella que lleva en el cuerpo: se ha pasado todo el día en el club, y había empezado a trasegar ya antes de negociar con el chino. Pese a todo, al final es él quien acaba teniendo el control absoluto de la conversación. Antes siquiera de poder darse cuenta, Sofía ve que él ya está muerto de la risa llamándola Yenni María: en algún momento le ha debido de contar el tema de que no está usando su propio pasaporte. ¿Cómo ha podido explicarle eso, cómo puede ser tan idiota? Está borracha. Bastante. Tiene que escapar de aquella situación de inmediato, antes de decir algo que sea irremediable.

Sofía le pide que la acompañe fuera, que «está algo cansada». Mientras están esperando un taxi que la lleve al hotel, él se ofrece a acompañarla «solo para ver que no me engañas, que te quedas en ese hotel… Y te fías de mí». Aunque Sofía está mareada, todavía tiene la suficiente claridad mental como para notar que él está, en todos los sentidos, demasiado cerca. No le contesta, pero decide jugar su última carta: manteniendo la duda de si le dejará subir con ella al coche, le dice que no y al tiempo le sonríe. Luego se apoya en él, sujetándose a su chaqueta. Nota que él se tensa, algo sorprendido. Sofía se pregunta a sí misma qué demonios está haciendo. Luego se recompone, se aparta y le pide que por favor la perdone, que ha perdido el equilibrio.

—Nada que perdonar. Busca, búscalo… Y encontrarás buen apoyo.

El coche se acerca: ahora o nunca.

Sofía abre la puerta, pero no entra. Se vuelve un momento y se acerca hacia el holandés, poniéndose de puntillas. Él se agacha instintivamente. Sofía se aproxima todo lo que puede a su oreja y, asegurándose de que se la roza con los labios, le dice que espera «poder volver a verle pronto». De paso, y mientras él digiere aquella inesperadísima proposición, Sofía le hunde la mano en el bolsillo, hasta el fondo.

Cuando él se da cuenta, el coche ya ha desaparecido entre el tráfico.

Una vez dentro y en marcha, Sofía se recuesta en los asientos… Se encuentra, de verdad, muy mareada. Ella no suele beber mucho, y menos ginebra sin mezclar y en semejantes cantidades. Ha sido como beber colonia… Bueno, no. Ha de confesar que estaba muy buena. Se restriega la boca, que le sabe a alcohol. No puede creer que haya tocado con los labios la piel de aquel tipo… No sabe qué le da más asco, si la ginebra, el holandés o su propio comportamiento. Lo que acaba de hacer es lamentable; y a lo mejor ni siquiera ha servido para nada.

Abre la mano: el contenido del bolsillo de Ronnie es un maremágnum de plásticos, como papeles de caramelo. El taxi da un tumbo: salidos de la zona residencial de extranjeros —d onde invierte

el ayuntamiento—, las calles son todas caminos enfangados y sin acera alguna. Cada dos por tres hay que parar para no atropellar a los peatones, humanos y de otras especies. Sofía quiere examinar mejor lo que ha robado, pero le da miedo que aquello se le escape de la mano en el siguiente bache y acabe rodando por el suelo del coche. Mejor guardarlo y verlo con calma más tarde. Esa es, en teoría, la idea. Esperar a estar en el hotel. Pero no puede. La curiosidad es siempre más fuerte que ella.

Abre el puño de nuevo: envoltorios vacíos, envoltorios llenos. Son caramelos. Por eso había acudido el macaco: atraído por el olor de lo dulce, o por el ruido de plásticos al arrugarse, que asociaba con comida. Sofía no lo entiende. ¿Por qué le había mentido, porque le había contado aquella tontería de que eran cacahuetes? Sofía había creído que era para esconder algo más interesante, algún documento doblado, algo así… Desde luego, nunca habría imaginado que se trataba de simples caramelos que a él no le daba la gana compartir con ella. Menudo tío loco. Puf, cree que va a vomitar. No debería estar así, con la cabeza colgando hacia abajo.

Otro bache.

Abre el envoltorio de uno de los caramelos. Son como pequeños cubos. Dentro hay otra envoltura de papel metalizado, como la que a veces protege los bombones. La intenta pelar con el dedo. Bueno, después de tanto disgusto, si al final se encuentra con un puñado de bombones de chocolate entre las manos, no negará que se llevará una pequeña alegría. Al menos eso.

Caramba, pesan como piedras. ¿De qué estarán rellenos?

Sofía no es capaz de pelar el envoltorio dorado. Al acercárselo a la boca para usar los dientes —v iejos hábitos suyos que no suelen acabar bien—, se da cuenta de que aquello no es un prisma de chocolate, sino de otra cosa. Cierto es, sus suaves aristas invitan al bocado —d ios sabe por qué— pero lo que tiene en la mano no se come. Es oro puro. Varios minilingotes.

46
Ángel de la guarda

Sofía se queda mirando el contenido de su mano, estupefacta. Después lo guarda todo corriendo en el bolso. ¿Habrá visto el taxista sus manejos? Espera que no.

Se le ha pasado la borrachera de golpe: los nervios se le suben a la garganta y se siente arrastrada por un torbellino de pura adrenalina. En cuanto llegue al hotel irá de inmediato a la habitación y recogerá todo; tiene que salir pitando de allí, antes de que el holandés vuelva a por lo que le ha robado, o a por lo que quizá cree que ella le ha prometido… Ambas opciones le parecen igual de terroríficas. Le viene a la mente la imagen del animal herido, la sangre que le brotaba mojándole el pelo del oído: aquel problema inesperado del que él se había deshecho de inmediato. ¿Cómo ha podido permitir que Ronnie acabe averiguando su dirección y el nombre que está usando? Tiene que buscar a Jahan, conseguir que la ayude a escapar de allí. Qué tonta ha sido.

Vuelve a sacar los «caramelos» del bolso. Son muy bonitos. Y qué gusto da tocarlos… Sostiene uno contra la palma, lo acaricia rozándolo con la yema de los dedos. Lo aprieta. No quiere soltarlo. Se convence de que tiene que envolverlo de nuevo en el papel de colores y guardarlo. Tarda un rato. Una parte de sí sigue queriéndoselo meter en la boca, pero gracias a dios no llega a obedecer aquel extraño capricho. Solo le da vueltas entre los dedos, sin acabar de aceptar que en algún momento tendrá que dejar de mirarlo. Una vez que por fin mete todo otra vez en el bolso, llega a comprobar hasta tres veces que ha cerrado la cremallera correctamente.

Sofía había visto oro muchas veces, claro; pequeñas joyas, cosas sí. Ni siquiera le gustaba: toda la vida había preferido la plata. De hecho, nunca había entendido por qué era precisamente ese metal el que desde hacía milenios se consideraba el más valioso, y no cualquier otro que tuviera una mayor utilidad. Sí, ya sabía que no podía adulterarse con nada, que no se oxidaba, que nada en el mundo podía con él. Y era… bonito. Ahora bien, ¿cómo podían ser esos motivos suficientes para arriesgarlo todo, para cruzar selvas a machetazos solo por rumores que supuestamente a él conducían, o entregarle la vida entera mientras los dedos se te gangrenaban bateando las heladas aguas de algún río? ¿Cómo podía gente de todas las épocas haber perdido por él de aquel modo la cabeza? No lo entendía. Antes. No había sido hasta tenerlo en su estado puro, macizo y suave entre los

dedos, que se había dado cuenta de lo que aquel resplandor significaba: se sentía dueña de él, y le gustaba. Sobre la palma, aquel extraño peso se convertía en un poder que, de pronto, uno creía pos eer.

Sofía se pregunta por qué transportaba Ronnie algo así en el bolsillo. Quizá los lingotes eran un pago por algo, el beneficio que había recibido en algún trato o negocio. La última persona que había estado con él había sido el chino. Le había visto salir a toda prisa del club después de realizar algún tipo de transacción con el holandés, con toda probabilidad bajo cuerda. Ella jamás ha oído nada sobre el uso de oro para el pago de grandes sumas, pero está segura de que no es algo normal. Ni legal.

El coche no avanza, llevan un buen rato parados. En Bali hay siempre un tráfico espantoso, causado por las ceremonias que cortan las calles cada día —h oy, le explica el conductor, es el día dedicado al metal; y todos los objetos por él constituidos están recibiendo sus debidos homenajes— y también por vehículos que se quedan atrapados en calles demasiado estrechas para ellos, como había comentado Ollauri. Sofía lleva ya ni se sabe dentro de aquel taxi, y cree que ni siquiera están aún cerca del hotel. Bueno, la confusión de coches y callejas la alivia más que otra cosa: es de todo punto improbable que Ronnie se haya lanzado a por ella en otro vehículo. Seguramente está aún en el club, palpándose los bolsillos de la chaqueta y musitando barbaridades en holandés.

O puede también que sea justo ese individuo que camina entre los coches parados. Sofía comprueba horrorizada que el hombre de pelo cano y camisa empapada en sudor es, efectivamente, él. Está avanzando directo hacia ellos. Sofía grita al taxista, rogándole que acelere; pero él se vuelve hacia ella con cara de paciencia. ¿Qué quiere que haga, que salga volando por encima de los cien coches que tienen delante?

Incluso si eso fuera posible, ya sería demasiado tarde: Ronnie ya está abriendo la puerta del taxi. Ya ha saltado dentro. Ya la tiene agarrada por el pelo.

—¿No querías «volver a verme pronto»? Pues aquí me tienes.

Sofía patalea y se debate con la cabeza forzada hacia atrás, pero el taxista solo reacciona a la entrada del inesperado pasajero informándoles de que, si quieren que los lleve a destinos diferentes, aunque viajen juntos tendrán que pagarle igualmente las dos carreras. No le preocupa la situación en el asiento de atrás de su coche: no es asunto suyo. Para él, como para tantas personas de esta isla, los extranjeros son turistas, y los turistas no son humanos del todo: son solo billetes que caminan.

Al intentar volverse hacia el holandés para defenderse, Sofía se da

cuenta de que puede oírle, pero no verle: los ojos se le han quedado en negro. Supone que es por la postura en la que él le está sujetando el cuello, y se asusta aún más. No siente dolor, pero cree que va a perder el conocimiento.

—Devuélveme lo que me has robado. Ahora.

Sofía tantea a su alrededor, buscando la manilla de la puerta. Intenta arañarle la cara y da patadas al asiento del conductor. Ninguna de las tres cosas sirve de nada. Solo un acelerón del taxi, que los pilla por sorpresa, hace que Ronnie le suelte el moño por un instante, momento que ella aprovecha para abrir la puerta y dejarse caer fuera.

El costalazo es histórico: Sofía siente el impacto del suelo retumbarle por dentro y le da la sensación de que se le desencaja la caja torácica. Rueda hacia un lado, después no sabe ni cómo se llama. Solo permanece allí, tendida, protegiendo el bolso como si tuviera en los brazos un bebé.

Unos metros más allá, el taxi se detiene en un semáforo. Ronnie se baja tranquilamente del coche y camina hacia ella. Desde donde está, a Sofía le parece monstruoso, uno de esos gigantes cabezudos que amenazan a los niños en las fiestas de los pueblos. Intenta levantarse, pero no es capaz. No; no es capaz.

Cuando llega a su altura, el holandés se agacha y le da la mano para que se levante. Mientras, se ríe de ella.

—Venga, que te doy ventaja. Cuento hasta cinco y empezamos de nuevo. Bueno, eso si puedes volver a andar, claro… Saltar de coches en marcha no es una buena idea, créeme.

Sofía respira hondo. Algo va mal: siente un dolor muy fuerte en el costado. Dios… Espera que sea solo el golpe tremendo que acaba de darse, alguna costilla rota, algo así… Y no tenga nada que ver con las costuras y remiendos que ella se imagina por dentro, en el lugar afectado por la operación; ese donde el intestino de Máximo ha quedado para siempre anudado dentro de ella. Una arcada le sacude el cuerpo entero. El vómito se derrama a borbotones: ginebra pura. Los zapatos de Ronnie no volverán a ser los mismos. A pesar de todo, no suelta el bolso; no señor, no piensa soltarlo… El holandés le da un puntapié. Las personas caminan junto a ellos, rodeándolos, sin dar ninguna importancia a lo que ven. Una motocicleta pasa muy cerca de Ronnie, que se ve obligado a apartarse hacia un lado para esquivarla. En ese momento Sofía se levanta como puede, sintiendo una especie de euforia al comprobar que sí, que puede incorporarse. No se ha roto las piernas ni ninguna otra cosa, al menos aparentemente. Esto le da ánimos para tratar de seguir adelante. Lo malo es que, una vez en pie, no se siente con fuerzas para correr. Lo intenta, de todos modos: llega dando tumbos hasta una calle lateral con la esperanza de que alguien

la ayude. Pero allí no hay nadie, solo unos gallos que picotean por el suelo. Está sola.

El holandés, que se ha librado por los pelos de ser atropellado, entra en el callejón y se acerca hacia ella. Si antes parecía casi divertido, ahora tiene cara de haber perdido la paciencia. Sofía ve a la gente pasar por detrás de él, indiferente. Una nueva procesión ritual atraviesa la calle, unas niñas bailan.

—¿Para quién trabajas? —l e pregunta, en un tono que más que interrogativo parece una sentencia de muerte.

Sofía se apoya contra una pared.

—Voy a repetirlo solo una vez. Espero, por tu bien, que no me mientas. En Singapur conseguiste engañarme… Aquí, también. Pero empiezo a cansarme. Ahora me vas a decir la verdad. Vaya que sí… Ya lo verás.

Ronnie le pone la mano suavemente en el cuello, sosteniéndoselo sin presionarlo. Al menos, todavía. Ella aprieta los dientes.

—Te he preguntado que para quién trabajas.

Sofía abre muchos los ojos. En parte, por el miedo. En parte, por lo que acaba de ver justo detrás del holandés, entre la gente que pasa.

Nunca ha creído en Dios. Es cierto. Pero una parte de sí sabe que, si existe el ángel de la guarda, el suyo desde luego hace horas extra.

—¡Para él! ¡Trabajo para él! —g rita, señalando a un hombre que camina entre los coches, siguiendo a los otros fieles de la procesión.

Ronnie se vuelve, sorprendido. Justo detrás de él, junto a unos músicos balineses que entonan cantos para los objetos de metal, camina un hombre blanco. Parece entretenido con la ceremonia, hace fotos. Tiene unos cincuenta años y lleva gafas.

—¡Profesor! ¡Profesor!

El hombre se gira, extrañado al ver que alguien le está llamando. Al reconocer a su traductora, sonríe y se acerca a saludarla. Va a preguntarle qué está haciendo allí, y si ella al final tampoco ha vuelto con la gente del congreso y se ha quedado turisteando por la zona. Pero Sofía no le deja ni empezar a hablar.

—Le presento al profesor José Luis Irigoyen, experto en el *kris* malayo y otros cuchillos rituales… —d ice, presentándoselo a Ronnie, que mira a ambos sin saber qué pensar—. Este hombre que tiene usted delante es una eminencia, famosísimo en mi país… Ha venido al Archipiélago de gira, primero a dar una charla en un congreso, luego a rodar un documental… Quién sabe si no nos estarán grabando justo ahora… Toda España sabe que está aquí.

El profesor sonríe, sin comprender. Ella sabe que no entiende ni papa de inglés, así que le traduce lo que ha dicho, pero esto le confunde aún más. Se siente aturdido por tanto entusiasmo hacia su persona y por ese documental que están grabando y del que él no se

ha enterado… Mira a su alrededor. ¿Será uno de esos programas de gente viajera, irán a entrevistarle? ¿Le estará viendo su madre desde España?

Una vez que Sofía le ha insinuado al holandés que cualquier movimiento por su parte no pasará desapercibido —y que si no se anda con cuidado puede acabar en alguna televisión nacional—, se lanza a inventar para sí misma una puerta de salida.

—Estoy segura de que ustedes tienen mucho de qué hablar, ¿verdad, profesor? Mire, mi amigo es holandés… Trabaja en el mundo del coleccionismo de antigüedades, y está interesadísimo en su área de conocimiento… Señor Kruijver, estoy poniendo en sus manos un cliente potencial, ¿eh? Trátemelo bien…

—¿Vende usted *kris?* —p regunta el profesor, boquiabierto—. ¿Cómo ha conseguido hacerse con ellos? Yo llevo años intentándolo; por mi trabajo, sabe… Pero no es sencillo. Con esa historia de que solo se pasan de padres a hijos, y con el miedo que le da a esta gente decidir a quién entregarlo sin el permiso del cuchillo… Ya sabe cómo son por aquí. Pero si usted tiene algo que ofrecer, podríamos hablar sobre ello… ¡No sabe cuánto me alegro de haberme encontrado con ustedes! La verdad es que ya me estaba arrepintiendo de haber prolongado mi estancia, de este capricho tonto de ver Bali, pero… Si consigo volver a España con un *kris* auténtico, ¡habrá merecido la pena este viajecito infernal! Ya, ya lo sé, se pueden conseguir cuchillos parecidos, aunque… No es lo mismo. Además, a mí no es fácil engañarme: llevo una vida dedicado a esto, y… No me mire así: no pretendo decir que usted ofrezca falsificaciones, pero… Oiga, ¿sabe dónde podríamos encontrar un restaurante occidental? Así lo discutimos mientras comemos… A ser posible, comida normal. Estoy harto de tanto picante. No es aconsejable para gente con hemorroides. Y yo, con mi trabajo, todo el día sentado… Estas comidas exóticas no son nada recomendables, y…

El holandés escucha aquel parloteo incesante, confundidísimo. ¿Qué quiere aquel tipo, y qué narices le está diciendo? Él no habla español, ¿es que no lo ve? ¿Hay un equipo de televisión cerca? ¿La mujer trabaja para él? ¿Le ha robado por eso? ¿Para qué? Y, sobre todo, ¿dónde demonios está?

47
Carretera al atardecer

Varias calles más allá y confundida entre la gente, ahí es donde está ya Sofía. Y dispuesta a dar gracias hasta a los objetos de metal, a los dioses de las coincidencias, al santo patrón de los callejones o a quien haga falta.

Ante la duda, camina hacia el este, dejándose el sol a la espalda. Se siente agotada y asustada y le duele todo el cuerpo. A pesar de todo, al ver por fin la fachada del hotel acelera el paso como quien está a punto de alcanzar un refugio en mitad de la tormenta.

Por desgracia, no va a poder subir a su habitación.

Cuando entra en el hotel, en la recepción hay alguien que pregunta por ella. Es la policía.

A Sofía se le cae el alma a los pies. ¿Cómo es posible? ¿Ya la ha denunciado el robo el holandés? Estos tíos son todavía más eficientes que en Singapur.

Los hombres le piden que les acompañe y la llevan a la comisaría del pueblo. Sofía camina con ellos hecha un manojo de nervios. Va apretándose tanto el bolso contra el cuerpo que parece que quisiera escondérselo entre las costillas. En un momento determinado les pide que por favor hagan una pausa: si no bebe agua va, de verdad, a desmayarse. Uno de los policías le ofrece una botella. Después siguen caminando.

La comisaría resulta ser un chamizo que comparte con un kiosco tanto fachada como banda sonora caribeña. Por suerte, los policías no parecen interesados en inspeccionar el contenido de su bolso. Requieren su presencia allí por otro motivo.

Uno de los agentes le entrega una hojita arrugada. En ella hay un nombre garabateado en mayúsculas, todo torcido, como si lo hubiera escrito un niño pequeño. Es la dirección del hotel y el nombre del pasaporte que está usando ahora. Por lo visto, esa es la única referencia que ha podido darles un hombre al que habían detenido la noche anterior: un inmigrante que merodeaba por la playa y que estaba molestando a los turistas.

En el espacio que tienen para los detenidos, un cuartucho con puerta de chapa, descansa Jahan. Al oírlos entrar, se levanta. El policía le deja salir.

—Tenía un pasaporte, seguramente robado. No parece que hable balinés, ni indonesio. Al menos, no contesta. No estamos seguros de si es extranjero o retrasado. ¿Lo conoce usted? ¿Cuál es su relación con

él?

Sofía intenta pensar rápido. Así que el que no contesta es «o extranjero, o retrasado»… Aquello le trae un recuerdo a la cabeza. Una vez se había encontrado con una teoría sobre el origen de la palabra «Guinea», que en el pasado significaba «mudo». Hay países llamados «Guinea» en varios continentes; muchos colonizadores distintos elegían ese nombre para sus nuevos territorios. Los conquistados no sabían ni entendían la lengua invasora; así que, cuando se les hablaba, no contestaban. Es por eso que se los llamaba «mudos». Con la mentalidad de otros tiempos, eran considerados inferiores; retrasados, incapaces de hablar. Ya era así en la antigüedad: los griegos llamaron «bárbaros», es decir, «balbucientes», a los que nada de griego sabían.

—¿Pero qué está diciendo? ¿No ve que este hombre tiene una discapacidad? Es mudo.

—¿Y por qué no nos lo ha dicho? —p regunta uno de los policías.

Su compañero le mira como se merece, y el policía baja los ojos, avergonzado de la tontería que acaba de decir. De todos modos, no se fía.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Soy su acompañante. He venido a asistirle durante sus vacaciones… De hecho, no sabe lo que me alegro de que lo hayan encontrado por fin. Estaba preocupadísima. Anoche no aparecía, y claro, en su situación, en un contexto poco familiar, sin poder comunicarse…

El policía observa de reojo la indumentaria del supuesto turista. Está medio desnudo y lleva un *sarong* sucio, anudado a la manera de las islas: aquel atuendo no parece un recuerdo comprado en algún mercadillo.

—¿De dónde son ustedes? ¿Y qué hacen en Bali? El pasaporte de este hombre no tiene el sello de entrada al país. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Sofía mira a su alrededor. ¿De nuevo va a tener que salir corriendo? Aunque esa opción ni siquiera parece posible ahora.

—Mire, siento todo este malentendido… Esta persona es mi responsabilidad; me paga para ello, y…

—De dónde son. Enséñeme también su documentación, por favor.

Sofía le pasa su pasaporte y le explica que Jahan es un empresario guatemalteco, y que ella es de México.

—¿Cómo dice que se llama este hombre?

¡Ha dicho Jahan, como una tonta! ¿Cómo era el nombre del pasaporte? No lo sabe… Se le ha olvidado. Empezaba por G, pero no está segura. ¿Gonzalo?

El policía se atusa el bigote. Lo sabía: hay algo que no cuadra. Ca

da vez más impaciente, cierra el pasaporte y le pregunta a Jahan, por enésima vez desde la noche anterior, cómo se llama. Él sigue sin contestar, ni con la voz ni por escrito (entre otras cosas, porque tampoco él se acuerda de su supuesto nombre; y porque no le queda claro si debe fingir que no entiende el idioma), así que el otro policía le coge por una oreja y le grita, muy fuerte, la pregunta.

Sofía quiere intervenir, pero no sabe cómo. Los gritos van en aumento. Un policía hace amago de coger el altavoz; otro, de sacar la porra. Al final, Jahan reacciona. Les pide que dejen de aturdirle con un gesto de la mano (que es mudo, pero no sordo, caray) y les indica que se acerquen. Va a sacarse algo de la cinturilla del *sarong;* un papel, quizá. Le dan un bolígrafo. Los policías se inclinan hacia él, expectantes.

Uno de ellos acaba con los dientes a rompan filas. El otro, zamarreado cual conejillo.

Sofía se lleva las manos a la cabeza. Jahan acaba de agredir a dos agentes de la ley, y no sabe cómo va a acabar la cosa. Pero no le da tiempo a tener miedo: él la arrastra ya medio en volandas y se ve de nuevo corriendo, perdiéndose en el maremágnum de gente y de palmeras…

Los policías corren tras ellos, así que Jahan decide no continuar a pie y le propina un empujón a un adolescente para robarle la motocicleta en la que estaba a punto de subirse. El chico se aferra al sillín como si le fuera la vida en ello, dispuesto a dejarse arrastrar si hace falta; pero Sofía le coge por sorpresa de un brazo y le da un tirón hacia atrás, dejándolo tirado en el suelo.

Ambos se suben a toda prisa en la motocicleta y acaban sentados de una manera extraña. Ella se ha colocado en la parte de delante, sujetando el manillar instintivamente; pero él, aunque se ha sentado detrás, lo acaba cogiendo también, porque sus brazos son mucho más largos. No hay tiempo para acomodarse. Cuando arrancan, Sofía queda aprisionada dentro del cuerpo de él, que se inclina hacia delante para conducir y coloca aquella enorme cabeza detrás de la suya, asomándose como puede. Ella intenta apartarse para no impedirle la visión, pero de todos modos están a punto de atropellar a varias personas.

Alarmada, Sofía ve que están dando la vuelta. ¿Pero qué está haciendo?

Al ver que se acercan de nuevo, los policías les gritan de todo, furiosos; uno de ellos con la boca hecha un cristo. Luego, dejan de gritar y salen corriendo: Jahan va directo hacia ellos. Sofía no le ve la cara, pero no le hace falta: está segura de que está sonriendo.

Cuando se cansa de divertirse con aquellos mequetrefes que llevaban fastidiándole desde el día anterior, Jahan enfila por una de

las callejas y se dirige, sin pensarlo siquiera, hacia el mar.

—¿A dónde vamos? —p regunta Sofía, con el pelo de él en la boca.

—No lo sé.

No dicen nada más. Está atardeciendo. Los mercadillos y templos dan paso a extensiones de bananos. Caminos de tierra infinitos les conducen hacia algún sitio; el aire les golpea en los oídos. Sofía siente una especie de alegría repentina, muy intensa, efervescente. No puede evitar preguntarse si será esa sensación lo que lleva a aquellos dos a seguir adelante. Ahora puede dar fe, porque lo ha vivido, de que la euforia de la huida compensa con creces el agotamiento de la carrera continua, del peligro siempre en los talones. Sí, cree que a pesar de todo se siente mejor que nunca: por haber escapado, de nuevo; por los lingotes de oro que lleva encima, por sentir por fin la espalda protegida. Él está detrás, su cuerpo es tan ancho que la rodea por completo. No podría caerse, aunque quisiera. No puede hacer nada. Solo avanzar entre la luz anaranjada, dejarse arrastrar hacia delante sabiendo —p orque lo sabe, justo ahora; y no puede engañarse a sí misma— que esto es seguramente lo más cerca que estará nunca de Jahan. ¿Es feliz? Sí, un poco. Sabe que se acordará de este momento, que podrá atesorarlo y refugiarse dentro cuando las horas doradas se vacíen de luz, cuando él sea ya solo un recuerdo.

Los bananos pasan a toda velocidad, el sol del crepúsculo se le multiplica a fogonazos en la cara.

Jahan frena: de pronto ha sentido el peso muerto de ella, entre los brazos. Su cuerpo cuelga hacia un lado, desmayado y blando como el de una marioneta. Ha estado a punto de caerse de la motocicleta.

Cuando recupera el conocimiento, Sofía le dice que está bien, que no se preocupe. Solo se ha quedado dormida. De todos modos, Jahan la obliga a permanecer recostada en la tierra. No le gusta nada la cara que tiene.

Después de la caída desde el taxi, Sofía no se encuentra bien del todo. En el costado se le colorea ya un enorme moratón, y se siente como borracha. No nota dolor ninguno, pero está muy mareada. Seguro que todo está bien y se le pasará, le dice a Jahan. No quiere pensar en lo peor, imaginar un derrame interno en aquella parte débil de sí, esa que ni siquiera le pertenece del todo.

Está oscureciendo. Jahan quiere llevarla a un médico.

Ella le dice que no es una buena idea: pueden acabar de nuevo arrestados. Solo necesita unos momentos para recuperarse, le asegura, con una sonrisa extraña en la boca. Parece como atontada. Tiene el entendimiento desbaratado por una blanda languidez, como alguien que se deja llevar por una ensoñación o un arrebato de nostalgia. Con un susurro, le pide que por favor se acerque a ella. Él obedece. Los insectos nocturnos han empezado su concierto; el brazo de él le

sostiene la cabeza. Sofía piensa entre brumas que, si ha de ser este su momento, en realidad no le importa tanto. Se dejará deslizar en la oscuridad así, apoyada contra él. Los insectos se oyen cada vez más lejanos. Será solo un instante.

Jahan la zarandea, asustado. Después intenta parar un coche en la carretera para pedir ayuda. No pasa ninguno. Al final vuelve a su lado sin saber qué hacer. Podría levantarla sin problema, pero así no pueden ir en la motocicleta. Sofía dormita un rato más, recostada de nuevo contra el cuerpo de él. Cuando por fin se recupera un poco, ella le empieza a contar una historia —s usurrada en español, en inglés, en indonesio— que no tendría sentido para nadie y que solo Jahan entiende.

En la historia hay un chino con un maletín, unos caramelos mágicos, un litro de ginebra. También hay un maestro loco que talla máscaras de teatro y un profesor extranjero experto en cuchillos rituales.

Jahan se queda pensativo, intentando unir los puntos dispersos que ella le ha proporcionado. Tiene que coger aquellos hilos sueltos y tejer con ellos una red que los saque de allí, y con la que al mismo tiempo puedan pescar los peces que necesitan. Fácil: él lleva anudando redes de pesca desde que era niño.

—Si vamos hospital, nosotros peligro: papeles, preguntas. Pero tú no bien. Médico. O persona que sabe. Hay que ir con profesor de tu país. Sabio y viejo. Él sabrá qué hacer, cómo curar.

Sofía niega con la cabeza. ¿Pero qué está diciendo? ¿Desde cuándo ser profesor y peinar canas equivale a ser médico? Eso por no hablar del personaje en cuestión, que no sabe ni dónde tiene el pie izquierdo…

—Entonces, maestro. Tú dices que él intenta limar dientes, que él ve que hay algo malo en tu boca. Seguro que él sabe cosas del cuerpo, y de los vientos que dañan.

Los vientos que dañan… No era la primera vez que Sofía había oído esa palabra por aquí, *angin,* que salía a colación cada vez que alguien estaba enfermo. En el Archipiélago, la gente podía morir «de un mal viento». Daba igual que fuera un resfriado o una apoplejía; todo de viento se trataba. Si aquel mal aire conseguía entrar en ti, tu cuerpo enfermaba: era necesario ponerse en manos de alguien que supiera quitártelo de encima.

Jahan lo tiene claro: deben ir a la casa del maestro de máscaras. Él ya la conoce, seguro que la ayudará. Sofía se resiste. No está dispuesta a ponerse en manos de un tarado que puede volver a intentar limarle los colmillos; o, peor aún, querer hacerle «encantamientos», que es como ella llama a todo aquello en su cabeza. Al final se resigna a aceptar lo que Jahan ha decidido «por su bien». No sabe qué otra cosa

podría hacer. Le da la dirección a regañadientes: está más al sur, pasados los arrozales; en realidad no queda muy lejos de dónde están ahora.

—¿Dónde, caramelos?

—En mi bolso.

—¿Puedo coger?

—Sí, claro.

Jahan desenvuelve los papeles y mira los lingotes, pensativo.

—Pago por algo. Cosa que Ronnie dado a chino. Algo importante. Del fondo del mar. Ahora chino tiene. ¿Por qué tu roba a Ronnie? Debes robar a chino, no a Ronnie. Así conseguir lo que queremos, y Ronnie no persigue tú.

—Pero yo quería que pasara así… —l e explica Sofía, recostándose de nuevo. No tiene fuerzas ni para hablar—. Solo se me ocurrió eso para que él nos siguiera, y así llevarlo hasta Ollauri. Robarle, que me persiga…

—Que Ronnie persiga tú, peligroso. Él, muy malo y muy listo. ¿No miedo?

—Antes sí. Hoy he pasado mucho miedo. Es verdad. Pero ahora ya no.

—¿Por qué?

—Porque ahora estás tú.

Tras decir aquello, Sofía cierra los ojos. No quiere ver su cara, no quiere ningún tipo de respuesta. Prefiere dejar que el eco de sus propias palabras, siempre verdad cuando a él van destinadas, quede flotando en la oscuridad de sus párpados. Que se pierda para siempre como un verso suelto en aquel camino de tierra, entre el murmullo de los insectos y el canto de las ranas nocturnas: no le importa.

Una sacudida la levanta del suelo. Quiere reaccionar, pero no es capaz. Se sabe en el aire; nota sus propios brazos colgando en el vacío. Es Jahan, que va a hacer de inmediato lo que cree que le ha pedido. Ella piensa que con él estará protegida, así que él va a llevarla a donde, en su opinión, estará a salvo. A donde puedan curarla. No será fácil transportarla así, pero puede intentarlo. Una vez, en la isla de Timor, había tenido que llevar un cerdo vivo consigo en la motocicleta. A Ollauri y a él les iba la vida en ello: Ollauri había ofendido a un jefe local y la mejor manera de pedir perdón era con un presente así, escaso en aquella parte de la isla. Conseguir llevar un cerdo vivo hasta allí y sacrificarlo en honor del ofendido solucionaría sin duda aquel entuerto. Jahan estuvo de peregrinaje por toda la isla hasta encontrar uno; y, cuando lo consiguió, tuvo que idear la manera de llevárselo consigo. Fue necesario atar el hocico del cerdo para que no le mordiese, y sujetarle las patas alrededor de su propio cuerpo para que no se le cayera mientras conducía. Aun así, el camino hasta

el poblado fue toda una odisea, con aquella bestia dándole sacudidas contra los riñones y la moto saltando a cada bandazo. Al menos Sofía no dará tanta guerra y no habrá que atarle el hocico. No cree que intente morderle; aunque, últimamente, tampoco está tan seguro de eso.

Una vez amarrada con el *sarong,* Sofía queda totalmente inmovilizada contra el cuerpo de Jahan. Así no hay peligro de que se caiga. Gracias a dios que Jahan tiene el buen juicio de no explicarle a la susodicha quién fue el último pasajero con el que había probado aquella técnica de transporte.

48
Yemita de huevo

La casa del maestro de máscaras no está, efectivamente, demasiado lejos. Cuando llegan, ven que las luces están apagadas. Los ruidos no parecen los de un lugar habitado: el telón sonoro de crujidos, susurros y silbidos es allí tan tupido como en los caminos por los que acaba de pasar, solitaria, la motocicleta. Todos deben de estar ya dormidos.

No obstante, cuando Jahan llama a la puerta, la chica les abre casi de inmediato. Les hace pasar con una sonrisa, sin mostrarse molesta ni preguntarles qué quieren, como es costumbre en el Archipiélago. Primero les ofrece agua. Luego les dice que «parecen cansados», para incitarles a que le cuenten, si lo desean, qué camino y razón los ha llevado hasta allí.

El maestro ya estaba dormido, pero sale de todas formas al oír que hay una persona enferma.

Sofía se teme lo peor. Cierra la boca, por si acaso él quiere volver a la carga, pero el hombre no le mira los colmillos. Es otra cosa la que le llama la atención; de hecho, le pide que se levante la ropa y le enseñe el costado. Sofía le ve inclinarse hacia ella con cara de preocupación. Su bandana de pirata, que obviamente se acaba de colocar a toda prisa, está torcida hacia un lado. Las lamparillas le dan un aire extraño a la estancia, tan llena de plantas y esculturas de piedra que parece un jardín. En las paredes, las máscaras retuercen sus rostros animalescos, congelados en muecas de madera.

El hombre le examina el costado. Sofía se alarma al constatar que tiene la carne amoratada y rígida, como si el cuerpo se le hubiera hinchado por dentro y ya no se pudiera doblar por donde le corresponde.

—Es por un golpe… —i ntenta explicarle—. Me he tirado… me he caído de un coche en marcha. A lo mejor se me ha roto una costilla.

—No. Algo se ha roto, pero no es una costilla —d ice el maestro, palpándole el cuerpo—. Es algo blando. Algo que se ha abierto por dentro. Ahora está así por la sangre. Hay demasiada sangre ahí, se ha acumulado donde no le corresponde. Hay que sacarla.

Sofía mira a Jahan con los ojos como platos. Él, pese a todo, asiente. Hay que hacer caso a los que saben.

La chica le da de beber una especie de sopa de flores, un líquido caliente en el que flotan ramitas y pétalos. ¿Qué van a hacerle? Sofía está aterrorizada, pero no tiene fuerzas para resistirse. La chica le sonríe. La sopa no está del todo mal. Hace que se sienta algo mejor.

También, un poco rara.

El hombre explica que lo que Sofía necesita es un cuchillo. «Un cuchillo, para cortar».

Tumbada, con el cuerpo acariciado por unas manos desconocidas, Sofía se pregunta si está delirando.

—Dentro tienes una raíz. Hay que cortar. Tú crees que la raíz es parte de ti. Que ella te da la vida, y tú debes darle la tuya. Pero no es así. Necesitas cortar. Necesitas un cuchillo, para cortar. Duele mucho. Luego, ya no.

—Por favor… Por favor —m usita Sofía, al borde del llanto—. No me corte, no me haga daño…

El hombre niega con la cabeza, mientras se lava las manos en una escudilla de cobre.

—Yo no puedo cortar. Eres tú la única que puedes curarte. Coger el cuchillo, cortar lo que sobra. Si no lo has hecho ya, no es por miedo a hacer daño a otro: es para no hacerte daño a ti misma. Tienes miedo a la culpa, a la pena. Eres una cobarde.

Sofía vuelve la cara hacia un lado; no quiere oír más, saber más de aquella locura que se le repite en la cabeza, expresada de nuevo en voz alta a través de las bocas de otros.

—Por favor, deje de hacerme daño… Me han traído aquí para que usted me ayude.

—Y voy a ayudarte. Pero solo puedo aliviar la parte del problema que se ve, la del cuerpo. Ya lo he dicho. Algo se ha roto por dentro, hay mucha sangre. Hay que sacarla.

La chica les acerca una cesta de ratán. Dentro hay una especie de esferas azuladas. Parecen huevos de algún ave. El maestro extrae uno de la cesta y le dice unas palabras, como si estuviera hablando con él. Después lo acerca al cuerpo de Sofía, donde está la hinchazón. Es justo ahí donde se encuentra la vieja cicatriz, la que custodia el remiendo que lleva por dentro. Ese que queda fuera de su vista, aunque nunca sea capaz de dejar de verlo.

La superficie del huevo está fría. El maestro se lo restriega contra el cuerpo, lenta y concienzudamente. Cuando termina, se aparta de Sofía; y, usando las dos manos, casca el huevo sobre un recipiente. Al ver lo que se derrama desde la cáscara, Jahan inspira de pronto, asustado. No hay yema ni clara, allí. Solo una masa negruzca, medio coagulada, que se desliza pesadamente por la pared metálica.

El hombre repite la operación, huevo tras huevo; recorriendo el cuerpo de Sofía hasta «limpiar de sangre» la zona del derrame. Hasta ocho llega a cascar, y con cada uno la sangre de Sofía cae de nuevo en el recipiente.

Cuando considera que ha acabado, le dice que no se preocupe. Debe beber un poco más de sopa, y por la mañana estará bien.

—Decídase a limarse esos colmillos… Y no beba usted tanto alcohol —l e aconseja, incapaz de obviar el pestazo a ginebra que Sofía lleva hoy de perfume—. No es bueno para una mujer. Y menos para una con una salud como la suya.

Después, desaparece.

La chica va apagando las lamparillas de la sala: es hora de dormir.

En la semioscuridad, Sofía empieza a sentirse mejor. Le cuesta mucho creer lo que ha visto, pero no puede negar que el malestar ha desaparecido. ¿Será pura sugestión? Quizás aquel brebaje que le habían dado a beber también tenía algo que ver. Y no solo con la mejoría física, sino con lo que había visto. Aquellos huevos… Quién sabe si no estaba alucinando, presa de un delirio inducido.

Jahan se revuelve en las esteras del suelo, a su lado.

—Jahan… ¿Has visto lo que ha hecho ese hombre? No he visto un truco así en mi vida.

—No truco. Verdad. Vosotros, si no entendéis, ya pensáis que mentira. Pero entender y creer, diferentes. Cosas que no entender también existen. Reales.

Sofía se queda pensativa. Se pregunta a quién se refería ese «vosotros» de la frase. ¿A Ollauri y a ella? ¿A todos los extranjeros? ¿Los blancos? ¿Los ignorantes?

—¿Tú, mejor?

—Pues… La verdad es que sí.

—Yo contento. Tú dormir.

Sofía sonríe, porque sabe que él no la ve. Después se dispone a darle las gracias por haberla llevado allí, pero a la manera del Archipiélago, sin usar las palabras. Así, se levanta poco a poco y va hacia unos cortinajes que dan paso a otra estancia. De allí coge el cordón que sujeta la tela, y lo desenrolla. Se agacha sobre Jahan y le ata los tobillos como ha visto hacer a Ollauri. Él no se mueve, solo la deja hacer.

—En la playa, muy mal… —m usita, en la penumbra—. Nervioso, no podía dormir. Yo encuentro cuerda para atar, pero no mía. De sombrilla. Turistas persiguen mí, por eso arresta policía. Dicen que ladrón. Quitan cuerda.

Sofía le deja reposar, ya con las piernas amarradas. Cuando al fin le oye respirar pesadamente a su lado, se siente tranquila.

Jahan, no obstante, acaba despertándose varias veces durante la noche. Las palabras que el maestro ha pronunciado le han hecho pensar. Aunque trataran sobre Sofía, es como si también estuvieran dirigidas a él. De algún modo, sabe lo que significan respecto a sí mismo. Una raíz que se extiende y retuerce por dentro, y que uno piensa que sostiene, que ayuda… Que es ya parte de uno mismo. Esa raíz parece darte la vida, y tú crees que tienes que darle la tuya. Pero

no es así. Es necesario cortar. Necesitas un cuchillo, para cortar. Duele mucho. Luego, ya no.

Jahan se retuerce, en el suelo. No es hasta el alba que vuelve a conciliar el sueño.

Al día siguiente desayunan con el maestro, que no comenta nada de la noche anterior. Parece otra persona, con la bandana colocada y su camisa de *batik* impecable. Juntos comen el desayuno balinés sobre unas hojas de banano: una masa blanca de arro z deshecho que tiene cacahuetes cocidos, pescado seco, soja y otras cosas encima. Es tan picante que no necesitas cafeína para despertarte: la lengua se da tal susto que los ojos se te quedan bien abiertos ya para toda la mañana. Jahan repite.

Sofía da las gracias al maestro, y le dice que se siente mejor. Él no le hace mucho caso, quitándole importancia con la mano. Después saca el tema de las máscaras, a ver si coloca alguna. Sabe que ayer a aquella extranjera le habían gustado mucho. Se lo había visto claramente en los ojos, aunque ella no hubiera llegado a preguntar precios. Con los chinos había sido imposible: eran duros de pelar, solo querían piezas antiguas y eran maestros del regateo.

—Aquellos hombres chinos de ayer… ¿Usted los conoce?

—Sí, suelen venir por aquí.

—Verá, hay uno… Ayer él y yo dejamos un negocio pendiente, nos despistamos y… Ahora no sé cómo localizarle. ¿No sabrá usted por casualidad darme razón de él?

El maestro sigue comiendo sin mirarla. Cuando ha dado cuenta de su desayuno y la hoja está vacía, levanta por fin la cabeza.

—¿Qué negocio?

—Pues… Me debe dinero. Es por eso. Perdone la indiscreción, pero…

—¿Uno con el pelo a cepillo, así; y un maletín muy moderno? —d ice, pronunciando la palabra «moderno» como si se tratara de un insulto.

—¡Sí! ¿Cómo ha sabido usted que era justo ese?

—¡Porque a mí también me debe dinero! Bueno, él no, la gente para la que trabaja, claro. Si yo les dejara a deber a ellos, no quiero ni pensar lo que me pasaría… Acabaría con la cabeza llena de clavos, ya sabe usted.

Sofía le mira sin comprender, suponiendo que se trata de alguna metáfora balinesa. Pero no.

—Chinos por aquí gusta pistola. Pistola de clavos. Usan mucho. Legal, para madera. Pero ellos no madera. Ellos usan cara tú.

—Ya… Como dice su amigo, así se las gastan. Con los chinos, mejor no andarse con tonterías. Eso sí, cuando ellos me dejan a deber a mí… Pues lo único que puedo hacer es tener paciencia.

—¿Hay muchos en la isla?

—¿Residentes? No. Los japoneses se compran casas y eso, como otros extranjeros. Les encantan los arrozales, vaya usted a saber por qué. Pero los chinos vienen aquí sobre todo para hacer negocios. El puerto del este de la isla, el viejo, lo tienen copado por entero. Ahí solo ves ya cargueros chinos, entrando y saliendo… Llenos de qué, eso no se sabe. Ahora que lo pienso… Es posible que pueda usted encontrarlo por allí. Recuerdo haberle visto alguna vez venir aquí con una camioneta de las que operan en el puerto. Tenía que recoger un… encargo que le vendí —d ice, bajando la vista y refiriéndose sin duda a aquellas porcelanas desenterradas ilegalmente de entre las pezuñas de sus animales de granja—. Vino con un compatriota suyo en una furgoneta de esas naranjas y negras de los muelles… «Avispones», los llamamos por aquí. Quizá pueden ustedes encontrarle en el puerto. O en el otro sitio a donde suele ir, esa galería extranjera…

Sofía le da las gracias. Quién sabe si aquel débil hilo les conducirá a algún sitio interesante, donde puedan tal vez interceptar lo que el chino ha comprado a Ronnie por unos cuantos lingotes… Por cierto ¿dónde están? Quizá los necesita justo ahora.

Sofía se dispone a comprar una máscara. El maestro no cabe en sí de gozo y va muy ufano a sacar su arsenal completo. Después de mucho rato estudiando las distintas posibilidades, elige una especialmente para ella. Es una máscara de mujer y «vacía»: una que se puede llenar con la propia cara sin correr peligro de padecer para siempre una migraña irreversible. Los ojos, abiertos a más no poder y perfilados en rojo sangre, parecen querer devorar al observado; y la boca se curva en una sonrisa que contiene al mismo tiempo la burla y la promesa. Por los laterales cuelga pelo natural de color grisáceo; no se sabe si de mona, de anciana, o de ambas cosas a la vez. Al ponérsela, Sofía se siente extraña. Es como si, tras la máscara, estuviera protegida de las miradas de otros (aliviada de poder relajar la cara y no tener que devolver aquellas constantes sonrisas); pero también angustiada, como si la cara de otra aprisionara la suya y borrara, suplantándolas, sus facciones. Da igual, se la lleva puesta. Y ya veremos si al chino en cuestión no le da un infarto, al verla: se reía ella de su pistolita de clavos.

Ante la mirada atónita de Jahan, Sofía paga al hombre con un caramelo de varios quilates.

49
Vértigo

Cuando salen de la casa, Sofía se siente mejor que nunca: con truco o sin él, la verdad es que aquel hombre le ha curado el dolor que sentía.

Jahan y ella caminan hacia atrás, respetando las normas de cortesía de la isla. En Bali se considera una grosería abandonar la casa de alguien y darle la espalda inmediatamente. Solo es aceptable girarse por fin para seguir el propio camino (o para entrar en casa de nuevo, en el caso del anfitrión), una vez que se está lo suficientemente lejos como para que en la cara del otro «ya no sea posible distinguir el blanco de los ojos». Ambos hacen esto con extremo cuidado, por respeto al maestro. Cuando abandonan al fin la granja, suben a la moto y ponen rumbo al Puerto del Este.

—¿Y si lo que ha comprado el chino son esculturas, qué se yo, algo que no podemos transportar nosotros? —p regunta Sofía, agarrada a la espalda de Jahan y con la máscara colgando de la suya como si de una terrorífica mochila se tratase.

—No sé. Cuando vemos, decidimos. Ahora importante es conseguir. Volver al barco de Ladjang. Pagar por Ollauri. Luego, él libre. Y otra vez con nosotros.

—Para eso quizá basta con los lingotes que ya tenemos. ¿Por qué no lo dejamos pasar? Robar a esos chinos, cabrearlos… No parece muy buena idea.

—Lo que tienen chinos vale igual que oro: ellos pagar a Ronnie con eso porque igual valor. Si nosotros robar al que compra y al que vende, ganar dos veces. Doble, mejor que mitad. Pagar a Ladjang y también parte nosotros.

—Doble mejor que mitad. Vale. Pero también doble enemigo: no solo nos perseguirá el holandés, que seguro que en ello está ya, sino también un enjambre de chinos enfurecidos. Yo creo que…

Pero Jahan no la está escuchando. Intenta concentrarse en los baches de la carretera, profundos como pozos, y recordar el camino al puerto viejo. Solo ha estado una vez, hace algunos años. No conoce a nadie allí, pero está seguro de que conseguirá entenderse bien con los estibadores chinos. Y es que en el Archipiélago, da igual que estés en Malaca, Yakarta o Makassar: independientemente del puerto en el que operen, los estibadores chinos forman una red bien anudada en la que todos se conocen, son primos o cuñados de alguien y, lo más importante, siempre «han oído algo».

Cuando llegan, Jahan piensa que lo mejor es que él se mezcle con

los operarios del puerto. No le será difícil fingir que está descansando de alguna tarea e incorporarse a uno de los grupos de hombres que charlan acuclillados sobre el cemento. De paso, con un poco de suerte, podrá aprovechar para comer. En estas islas es inconcebible acompañar a alguien que está comiendo sin ser convidado. Aunque sea un desconocido, y aunque ni siquiera llegue a intercambiarse una sola palabra: comer es compartir, y «el arroz sabe mejor si varias manos en él se hunden». Es posible, pero desde luego Sofía todavía no se ha acostumbrado a ese supuesto condimento que solo da la generosidad… Todavía no se siente del todo cómoda metiendo las manos dentro de los alimentos para comer, a la manera del Archipiélago; conque si encima tiene que revolver arroces y salsas apartando los dedos del vecino, pues se le pasa el apetito, pero rápido… A pesar de todo, el hambre suele curar siempre cualquier escrúpulo que se interponga entre la boca y la comida; y ella ahora mismo envidia a Jahan, que está agachado con otros hombres y ya le han puesto una tortita con algo en la mano. Quién la pillara, piensa, observándole desde su escondrijo. Jahan le ha pedido que permanezca oculta para no llamar la atención mientras él va a olisquear un poco por ahí, pero ya ve que está haciendo algo más que olisquear… Ya son casi las tres de la tarde y ella también quiere mover el bigote. Nada puede hacer, sin embargo: mejor no correr riesgos y quedarse quietecita donde está, escondida en la caseta de obra donde la ha dejado Jahan. Dentro hace un calor horroroso, porque a algún listo se le ha ocurrido usar placas metálicas para construirla, y encima está a oscuras… De todos modos, Sofía no alarga el brazo en busca del interruptor de la luz. Prefiere no arriesgarse a andar palpando en superficies desconocidas. En este país, ese atrevimiento puede pagarse con urticarias provocadas por simpáticos hongos y picaduras de esas que inician una cuenta atrás de horas en las que todavía es posible administrar algún antídoto. Casi que mejor dejar las manitas quietas.

Para no morir asfixiada, deja abierta una rendija manteniendo el portón corredizo a medio cerrar. Se oyen los sonidos del puerto, el ir y venir de los camiones y el chirriar de las grúas. La mezcla de embarcaciones que por allí circulan dejaría perplejo a cualquiera: las barquichuelas de pesca de madera pintada entran y salen por la bocana entre cargueros de impresionante tonelaje, sin orden ni concierto y en peligrosa proximidad. No muy lejos del puerto mismo la línea de costa se convierte en zona pantanosa, bordeada por densísima vegetación. El cemento ocupa solo una franja de la bahía relativamente estrecha, surcada por los incansables «avispones», unas furgonetas naranjas y negras que transportan a los empleados de un lado a otro. Las grúas parecen de antes de la guerra —o , mejor dicho, de justo después de alguna—, y la mayoría de los contenedores tienen

letras chinas en los costados.

Hay un ruido insoportable… Más y más crujidos. Ahora, un estruendo. Tan fuerte, que juraría que hasta el suelo se ha movido. Madre mía… Nuevos chirridos. Tiembla la caseta entera. Sofía se asoma a ver qué ha sido; seguramente el rechinar de maquinaria cercana. Sí, por la rendija se ve maquinaria. Hasta ahí, todo normal. Lo malo es que la maquinaria se aleja… Como el suelo. El suelo, que por alguna razón queda ya a unos diez metros por debajo. Ahora a veinte. A treinta. Sofía grita. ¿Qué está pasando? Todo da una nueva sacudida. La supuesta caseta de obra ha resultado ser un contenedor… Un contenedor recogido puntualmente por la grúa para ser depositado donde le corresponde; es decir, apilado en una columna, encima de otros diez, sobre la cubierta de un carguero que se dirige a Hong Kong. Sofía vuelve a gritar. El contenedor se balancea en el aire, y su pasajera sale rodando por el suelo metálico. A punto está de caer por el hueco que ella misma ha dejado abierto.

Cuando consigue recuperarse del susto, intenta pensar qué puede hacer para escapar de allí. Aferrada con uñas y dientes al suelo del contenedor, que sigue oscilando como un barco en mala mar, asoma tímidamente la cabeza y trata de evaluar la situación. El suelo baila decenas de metros más abajo, los trabajadores del puerto ya convertidos en hormigas. Lo único que puede hacer es esperar a que el contenedor sea depositado en algún lugar estable, y ver entonces si puede descolgarse de algún modo desde allí.

Mientras tanto, permanece bocabajo. Resiste como puede los embates, para no acabar estrellándose contra las paredes del contenedor. Se ve obligada a luchar con una caja que se le viene constantemente encima, amenazando con aplastarle las piernas.

Un pequeño terremoto y la quietud que lo sucede parecen indicar que el contenedor ya ha terminado su viaje por los aires. Sofía mira a través de la abertura, temerosa. Ojalá que el contenedor esté apoyado sobre otros contenedores, quizá formando escala. Esto le permitirá ir bajando por ellos, aunque sea descolgándose poco a poco.

Pero no.

Lo que encuentra al asomarse hace que la cabeza le dé vueltas. La superficie formada por las paredes de los contenedores apilados baja perpendicular hasta el suelo, como un acantilado metálico de varios pisos de altura que conduce directo a la cubierta del carguero y, probablemente, también al otro barrio si decide descolgarse por él.

Es imposible bajar. ¿Qué va a hacer ahora? Si terminan de estibar la carga y el barco zarpa con ella allí dentro, está perdida. Sobre todo porque, aunque ella no lo sepa, aquel carguero se dirige a Hong Kong y no efectuará paradas: es difícil que sobreviva dentro de aquella cárcel metálica tanto tiempo, al sol y sin comida ni agua.

Sofía respira hondo. Está claro que no es posible escapar de allí por sus propios medios. Tiene que pedir ayuda, dejar de esconderse. Si surgen problemas, ya los solucionará después. Lo importante ahora es llamar la atención de alguien, que la saquen de allí.

Saca las piernas, dejándolas colgadas hacia afuera para ser más visible, y mira a su alrededor. La grúa tiene que tener algún operador, alguien que pueda verla u oírla si chilla… Ahora mismo el gancho parece atareado con otros contenedores, depositándolos unos encima de otros con su uña de gigante. La minúscula cabeza de aquel coloso resulta estar muy lejos de donde ella se encuentra. Tantos metros de distancia la separan de la cabina de mandos, que le es imposible ver quién la ocupa. Grita y gesticula de todos modos, con la esperanza de que algún humano de los que manejan las palancas del monstruo pueda verla y detener la operación. O, quizás, en realidad es mejor que no la detengan… Otra grúa está depositando contenedores unos metros más allá, formando una nueva columna contigua a la suya. A lo mejor, si espera lo suficiente, se formará un escalón cercano; y luego, otro más…

Sofía observa las grúas con atención. Sobre sus cuatro patas de dimensión sobrehumana, aquellos implacables esqueletos van inclinando la testuz a periodos regulares para dejar que la carga se deslice sobre la cubierta. Empieza a preguntarse si hay alguien supervisándolos desde la cabina, o si realizan estos movimientos de forma automática. Supone que sí, que sí hay un operador, pero sus gritos no parecen estar dando ningún resultado.

Cuando por fin los contenedores depositados alcanzan una altura suficiente a pocos metros de distancia, Sofía se alegra, pero también se asusta. Ha decidido saltar, es cierto. Ahora bien, no sabe si será capaz; y, sobre todo, si será capaz de hacerlo rápido. Porque rápido tiene que ser: si tarda demasiado, la grúa depositará el siguiente contenedor encima y no es improbable que acabe aplastada, emparedada como un sándwich entre toneladas de mercancía china. Imagina el rechinar de sus huesos, machacados hasta quedar hechos polvo entre aquellos molares de titán, y siente un escalofrío. A pesar de todo, se prepara. Un contenedor apilado más, y llegará el momento: la distancia será suficiente para poder saltar a él. Una vez encima, tendrá que recorrerlo corriendo y saltar desde él hacia la siguiente columna, que se encuentra varios metros más abajo. Si consigue llegar hasta allí, lo habrá conseguido: desde ese punto podrá descolgarse sin dificultad a una de las cisternas que hay detrás. La cisterna tiene una escalera de gato que llega hasta la cubierta.

La verdad es que desde donde está no puede calcular muy bien la distancia que hay entre todos estos «escalones» por los que tiene que bajar… Y discernir si realmente puede hacer lo que se propone sin

romperse la crisma. Pero se le está acabando el tiempo para pensar. Coge aire.

La grúa prosigue su tarea con laboriosidad de insecto, apilando metódicamente las cajas metálicas. Pronto llegará el momento de saltar. Sofía decide desprenderse de todo lo que pueda resultar un estorbo. Menos mal que había entregado los lingotes a Jahan, porque justo ahora podría arriesgarse a perderlos. En cuanto a la máscara, que aún lleva colgada a la espalda, lo mejor es que se deshaga de ella. Es una pena abandonarla allí, pero podría enganchársele en algún sitio y entorpecer el salto. Se la quita y la deja sobre el suelo. Así apoyada, aquella figura tan antigua parece surgir del suelo como si se asomara a través de la superficie metálica. Es una cara rebanada, una cara de ojos que nunca se cierran. Pero no debe distraerse. El momento ha llegado.

Se oye un chasquido herrumbroso. Cerca de ella, un nuevo contenedor ha creado una superficie sobre la que es viable saltar. Sin embargo, en el ultimísimo momento Sofía decide no saltar, sino descolgarse hasta él. Imagina que así será menor la distancia, la caída que le espera. Aprieta los dientes.

Siente la caída como una colisión; como una muralla que desde abajo se acercara, golpeándola. Cuánto pesa, cuánto le ha parecido pesar, al sentir sus sesenta kilos desplomarse contra el metal.

¿Puede levantarse? Sí, gracias a dios. Y menos mal: el suelo abrasa, el metal ya candente después de horas bajo el sol. Sofía corre sobre la superficie, viendo la amenazadora sombra de los ganchos de la grúa pasarle por encima de la cabeza. No hay tiempo que perder. Cuando llega al borde del contenedor, salta de nuevo.

No sabe qué distancia hay, ni dónde caerá. De camino se encoge instintivamente, intentando formar una bola con el cuerpo. Esta nueva caída es de igual distancia que la anterior. De todos modos, el estrépito que produce su cuerpo al golpear el metal vuelve a retumbarle por dentro como una detonación. Siente miedo, pero no puede detenerse. En cuanto es capaz, se levanta otra vez; y va, ya medio cojeando, de nuevo hacia el borde del contenedor.

La cisterna no está demasiado lejos. Cree que puede alcanzarla alargando una pierna… Una pierna, luego el brazo. Después, la otra pierna. Ánimo, ya casi está. Cuando siente las barras metálicas de la escalerilla hundirse en la planta de sus pies, siente un alivio inenarrable. El suelo está cada vez más cerca.

Una vez que ha bajado por la escalera y ha alcanzado la cubierta, se queda allí, tendida sobre el suelo como una muerta, el pulso todavía palpitándole en un lateral del cuello como un animal enloquecido.

Pero tiene que levantarse. Aún no ha llegado a su destino: tierra

firme. Cru za la cubierta a toda prisa, pero no acaba nunca… Aquel carguero parece un portaviones. Se acerca a los costados, buscando una pasarela, y gracias al cielo por fin la encuentra. No hay un alma: las grúas siguen trabajando por las alturas en su ciego ensimismamiento. Cuando por fin siente el cemento del muelle y su bendita inmovilidad bajo los pies, podría hasta entonar algún salmo si supiera.

Todavía en guardia y atenta a todo lo que se le pueda venir encima, busca un lugar seguro y se esconde de nuevo. A la sombra, descansa por fin. Está un poco magullada, pero cree que no se ha roto nada. Por otro lado, aquella extraña sensación que le había estado martirizando las entrañas el día anterior es solo un recuerdo. No siente nada parecido. Menos mal. Sabe que todo lo que está haciendo son auténticas temeridades, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? La prudencia es un lujo que solo pueden permitirse los que tienen tiempo para pensar. Aquellos que están a salvo.

Cuando Jahan la encuentra, encima la regaña. ¿Dónde demonios se había metido? Pero ella no tiene fuerzas para dar explicaciones. Solo escucha en silencio las noticias de él, que parece muy contento: ha averiguado cosas interesantes.

Por lo visto, el chino es un habitual de los muelles. Está en contacto con una empresa de transporte que facilita el envío de mercancías a Hong Kong a bordo de sus cargueros, a un precio especial en el que va incluido el derecho a que no te hagan preguntas. Allí, entre toneladas de telas balinesas y café cultivado en laderas de volcán, se ocultaba otro tipo de carga. La compañía garantizaba total discreción.

Un estibador le había comentado que aquella misma mañana había visto manejos extraños en uno de los almacenes. Le había sorprendido ver cómo reabrían un contenedor ya preparado para la estiba y le añadían carga: una caja plana, tipo maleta. Al oír aquello, Jahan había alzado las orejas como un perro perdiguero. Ahí estaba: sin duda se trataba de la mercancía que el chino había comprado a Ronnie el día anterior y que se disponía a sacar del país. Solo tenían que localizar el contenedor, forzarlo y hacerse con ella.

—¿Y cómo vamos a localizar el contenedor? Aquí hay cientos, miles de ellos —p regunta Sofía, señalando aquellas montañas de oxidados colores que ya odia con todas sus fuerzas.

—Fácil, a mí dicho cuál es.

—¿Sabes leer las letras chinas, para localizarlo?

—No, pero señalar. Columna alta, el único verde.

Sofía no quiere ni mirar: teme lo que intuye se va a encontrar… El dedo de Jahan indicando justo ese lugar en el que ella había estado hacía solo unos minutos, sufriendo momentos de verdadera angustia.

Así es. Será posible…

—¿Estás… seguro?

—Sí. Pero cuando señalan a mí aún no tan alto. Eso, problema. También, cómo abrir. Contenedores cerrados. Ferméticos.

—Bueno, ese no está muy «fermético» que digamos… Alguien lo abrió.

—¿Sí? ¿Cómo sabes?

—Porque fui yo. Jahan, yo… Verás, no podemos subir ahí. Es imposible.

—¿Tú estado ahí? ¿Y qué dentro? ¿Viste la caja de chino?

Sofía baja la cabeza. No, no había visto nada. Dentro estaba oscuro; había notado que había una especie de cajas de madera, pero no había prestado atención. Ojalá lo hubiera sabido; ojalá la casualidad la hubiese llevado allí ya sabiendo qué era lo q ue viajaba con ella en aquel sorpresivo trayecto por los aires.

—Ellos ya cargado. Tenemos que subir.

Ambos miran hacia el contenedor, que estará abierto, sí; pero que sigue posicionado a una altura de vértigo.

Jahan examina en silencio la columna de contenedores.

Sofía le observa mientras él mira hacia las alturas. Es la primera vez que le ve así. Con miedo. Porque Jahan siente verdadero miedo, está segura; se lo ve en los ojos. Para ella esto resulta un poco chocante, habiéndole visto en acción. Ha sido ya testigo de cómo aquel angelito se metía —d esarmado, y en busca y captura— en una comisaría de Yakarta llena de bestiajos y acababa con varios a mamporro limpio, que igual le daba ocho que ochenta. Eso por no hablar de cómo a la más mínima oportunidad se lanzaba dentro de las olas para darse un garbeo «en busca de algún aperitivo» a profundidades que harían palidecer a campeones de apnea. Ahora bien, trepar por un despeñadero artificial, con el viento aturdiéndole y la espantosa visión de un mundo reducido a sus pies, distorsionado por una altura que podía ser el último trayecto que recorría, pues… Solo con pensarlo se sentía mareado. Si al menos hubiera habido agua por debajo, habría sido distinto. Aunque es cierto que a aquella altura un planchazo puede matarte igualmente, ver el amado mar esperándole allá abajo le habría quitado un poco el miedo. Tal y como estaban las cosas, la superficie en la que terminaría cualquier posible caída no era la del mar, sino la cubierta del carguero chino, una monstruosa planicie de color óxido.

—Yo voy. No problema —d ice, a pesar de todo.

Sofía inspira por la nariz, arrepintiéndose ya de lo que va a decir.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes. Igual que he bajado, puedo subir. Trepo por la escalera de la cisterna, luego me encaramo ahí, ves, y… Tú esperas aquí.

—No. A ti, ven.

—Qué va. Antes he estado desgañitándome de lo lindo para que alguien me ayudara y nadie me ha hecho ni puñetero caso. Tendría narices que ahora…

—Puede pasar. Mejor, yo. Parezco de aquí, como estos hombres. Como si trabajar aquí. Yo pido escalera de sacar, y hacer. No problema.

¿Con una escalera? Vaya, eso sí que lo puede hacer ella perfectamente. Ha sido mucho peor lo de hace un rato, brincando a pelo ent re aquellas latas de conserva mastodónticas… Él, a pesar de todo, está empeñado en no dejarla ir. Al final consigue obligarla a esconderse de nuevo y desaparece.

Después de un rato, Sofía le ve regresar con un cinto de cuero cruzado sobre el pecho, supone que para parecer uno de aquellos estibadores, y con una escalera extensible a hombros. No camina normalmente: Sofía le ve renquear varias veces. Quiere creer que es por el peso de la escalera, pero no es eso lo que le dificulta el paso… Aquellos son más bien los titubeos de alguien que está a punto de obligarse a hacer algo a pesar de sí mismo.

Así, superando la altura de cada bloque con una escalera, no da miedo ninguno subir hasta allí, piensa Sofía. Pero ¿quién es ella para juzgar los miedos de otros? No quiere ni imaginar lo patéticos que le parecerán a él todos sus escrúpulos, reparos y gritos de espanto por cosas que en su mundo son obviedades de lo más cotidiano. Al fin y al cabo, no existen los miedos ridículos: todo miedo es monstruoso para quien lo padece… El miedo de los demás merece tanto respeto como su valor. Especialmente en casos como este, cuando resulta obvio el pulso que está teniendo lugar sobre la mesa. Es el de un brazo que, aun temblando, s igue presionando hasta el final, hacia la única dirección en la que es posible vencer el miedo: lanzándose contra él.

Sofía le ve cruzar la pasarela que da paso al carguero y le pierde de vista. Sin embargo, pasados unos minutos Jahan aparece de nuevo a su lado.

—Yo olvida… Esto mejor guarda tú —l e dice, poniéndole en la mano el trozo de tela donde lleva envueltos los lingotes—. También, esto otro. Muy importante. Tú guardas… Por si pasa algo.

—Déjate de tonterías. No va a pasar nada. De todos modos, sí; dame cualquier cosa que pienses que se te puede caer o enganchar. Yo te espero aquí con lo que sea.

Jahan se lleva la mano a los riñones, hurgando entre los pliegues del *sarong* . Si bien parece estar a punto de sacarse algo de allí y entregárselo, en el último momento cambia de idea. Solo coge la mano de Sofía y la guía hacia su cintura, hasta el lugar donde esconde eso que quiere que ella guarde.

—Si yo no puedo ocuparme, tú coges antes de que nadie puede

verlo. Tú quita a mí antes de que ellos… entierran mí. Muy, muy importante.

Sofía palpa la tela doblada del *sarong* . Dentro hay un objeto colocado en horizontal, largo y plano, rígido como una culebra petrificada. ¿Por qué no lo saca, por qué no se lo da?

—No puedo dar a tú todavía, no sé si peligroso. Pero si algo malo pasa, tú coges. Confío. Después, tú hacer exactamente lo que él te diga.

—¿Quién, Ollauri?

—¿Ollauri? No, Ollauri no sabe nada de esto… Por favor, tú haces así. Obedecer a él. Yo confío, yo sé que tú fuerte, y ser capaz, y que tú siempre verdad. Por favor.

Sofía asiente, sintiéndose tan deseosa como halagada de merecer aquella confianza, pero sin comprender qué responsabilidad se le está encomendando.

—Jahan, yo te… aprecio mucho y estoy dispuesta a hacer lo que me pides, pero no sé qué es.

—Tú saber, si acaba pasando. Como yo saber, también, cuando encontré.

—Eso que llevas ahí… ¿Tiene algo que ver con el robo de… con los restos arqueológicos que encontrasteis tú y Ollauri, los que acabaron sustraídos? ¿Eso por lo que os persiguen?

—Yo no roba nada. Él elige a mí, en el fondo del agua. Yo llevo a casa. Él pide. Yo llevo él a casa, y así encontrar también la mía. Pe ro si yo no puedo… Entonces haces tú.

Sofía frunce el ceño, confundida por aquel «él», cuyo referente no termina de identificar.

—De acuerdo, haré lo que me dices… Si algo te pasa. Cogeré eso que guardas, se lo explicaré a Ollauri, y…

—¡No! Ollauri no entiende. Si él coge, quiere vender. Y eso muy peligroso. Ollauri no comprende, ríe de todo esto. Esa razón es porque yo escondo. Conmigo, seguro. Él escoge mí. Yo le gusto. Él me cambia, me hace mejor. Ahora yo llevo a casa.

Incapaz de seguir el hilo de aquellas explicaciones, Sofía le promete que sí, que puede confiar en ella, y le conmina a que se dé prisa: el carguero parece a punto de zarpar.

50
Café amargo

Jahan se pone en marcha y sube a bordo. Sofía deja de verlo durante algunos minutos, aunque más tarde distingue el extremo de la escalerilla apoyada contra la pared de contenedores. Mientras tanto, vigila las grúas por el rabillo del ojo. Algunos trabajadores pasan por la explanada de cemento del muelle, otros suben y bajan de los «avispones». Nadie parece prestarles atención. En realidad, la única persona que está observando la penosa ascensión de Jahan a las alturas es ella. Y siente miedo, porque el cuerpo de él parece de pronto desprovisto de su agilidad y fuerza habituales. El modo en que está subiendo por la escalera, agarrotado y tiritando, puede propiciar una caída.

Cuando le ve llegar a la parte superior de la primera columna de contenedores, y luego —p or fin— a la segunda, se siente aliviadísima. No ve la hora de que coja lo que sea y baje de una vez. Necesita verle otra vez con los pies sobre la tierra y en su estado normal, sin aquel miedo que, a sus ojos, lo desfigura.

Jahan ha entrado en el contenedor. Distingue su espalda y su cabeza asomada allí, en la distancia. Lo ve trajinar, agachado; luego, de pie otra vez. De pronto, da un inexplicable paso atrás. Hacia el vacío.

Lo siguiente que ve es el cuerpo de Jahan colgado por las manos del borde del contenedor. Sofía aguanta la respiración. ¿Pero qué le ha pasado? ¿Cómo ha podido hacer esa tontería, retroceder así sin ver donde ponía los pies? La escalera se ha caído, quedando apoyada en el siguiente contenedor, unos metros más abajo. Jahan balancea el cuerpo, buscando apoyo. Finalmente consigue lanzar una pierna hacia arriba y volver a subir. Sofía suspira.

Los minutos que transcurren hasta que vuelve a estar a salvo y desciende al siguiente nivel se hacen eternos. Se ha atado a la espalda una especie de caja estrecha, como un estuche, con el cinto de cuero. Sofía reza porque no se le enganche en ningún sitio y le haga perder el equilibrio. Jahan consigue descolgarse hasta la siguiente columna, recupera la escalera y baja hasta la cubierta. Después, desaparece durante un buen rato. Sofía piensa que seguramente estará sentado en el suelo, con el cuerpo remiso a volver a abandonar la reconfortante solidez de lo horizontal… En fin, recuperándose del susto.

Pasados algunos minutos, Jahan abandona por fin el carguero y se dirige con el botín a donde está escondida Sofía.

—¡Tú casi matas a mí! ¿Por qué no avisar? —l e dice, agitadísimo.

—¿De qué estás hablando?

—En contenedor, todo oscuro… Pero algo allí. Pelos grises bajo mis pies. Alguien mira a mí. Mujer surgir del suelo. ¡Muy asustado, yo atrás y caigo!

Sofía cae en la cuenta de que había dejado allí la máscara del maestro. Está a punto de preguntarle que por qué no se la ha traído, pero casi que mejor se calla… Jahan sigue bastante nervioso. Juntos se refugian en una caseta de obra (esta vez, después de comprobar que sí es lo que parece y está bien sujeta al suelo) para examinar el estuche que Jahan ha rescatado del contenedor.

—Todas cajas iguales, de madera… Pero esta pequeña y distinta. Esta tiene que ser. Seguro.

Ambos miran el estuche sin atreverse a abrirlo. El temor que sienten a que el contenido, después de todo, acabe decepcionándolos, los paraliza e idiotiza. Finalmente, Jahan reacciona y desabrocha el correaje que lo mantiene cerrado.

Dentro se superponen capas y capas de plástico de burbujas. Sofía desembala cuidadosamente el paquete hasta llegar a su corazón: más envoltorios, esta vez de papel de seda. En su interior hay una docena de objetos dispares. Algunos son verdosos, de un color difícil de describir; otros, blancos con escuetas pinceladas azules. Hay diminutas tacitas de borde sutil como el filo de una hoja, platos con excrecencias marinas adheridas, y jarritas de cerámica tan fina que parece transparente. No reflejan la luz: su superficie parece como de nieve. Sofía no ha visto nunca nada igual. Jahan, por lo visto, sí. De hecho, suyos fueron los primeros ojos humanos en verlas, después de los más de diez siglos que aquellas piezas habían descansado bajo l a arena del fondal, ocultas en el vientre del mar de Java.

—Aquí unas pocas, pero hay muchas más… Ronnie roba mucho. Todavía posible que descubran él, y entonces a trullo.

—Cárcel… Se dice cárcel. Y nosotros a lo mejor vamos por el mismo camino… Dios mío, ¿per o de qué época es esto? Debe de valer una fortuna.

—Sí. Nosotros ahora tenemos, es nuestro.

—Esto no es de nadie. Es de todos: debería estar en un museo.

—En museo, al final. Siempre acaba en museo. Pero, por el camino, nosotros cobrar lo que es nuestro. Ricos. Cuando uno rico, más libre. Así, podremos escapar de peligro: pesadilla acaba. ¡No! ¡No coges así!

Al sujetar una de las piezas en el aire para verla mejor, Sofía contempla anonadada cómo el asa se desprende, incapaz de sostener su propio peso. En menos de un segundo, la cerámica del siglo IX impacta contra el suelo de cemento y se convierte en puro polvo. Sofía contiene un grito. Luego se vuelve hacia él, desolada. Jahan no

reacciona, solo se agacha a ver el polvo que ha quedado sobre el suelo. Sopla sobre él: nada queda.

—Lo siento muchísimo… De verdad. No sabía que fuera tan frágil. Madre mía… Es un milagro que haya llegado hasta aquí, hasta nuestras manos.

—Parte, no llegado. No sabemos cuánto queda de lo robado. Romper muy fácil.

—¿Cómo vamos a hacer para llevárnoslo sin ponerlo en peligro? ¡Es imposible!

—Ya, eso decir siempre Ollauri. Por eso decidido buscar ayuda.

—Entonces, ¿cómo vamos a transportarlo?

—Mejor no transportar. Esconder ahora, luego recoger.

—Ya… ¿Y si viene un granjero con una pala a hurgar en el terreno, como el maestro de las máscaras?

—Si tú idea mejor, proponer.

No, Sofía no tiene ninguna idea. Jahan la mira de hito en hito, esperando una sugerencia. Aunque su último comentario hubiera sonado a desp lante, no lo era; como siempre sucedía con sus palabras, su significado era literal. Sofía no sabe qué decirle.

—Tú mucha hambre, por eso no piensas bien. Espera. Yo consigo comida. Luego, ver cómo hay que hacer.

Acto seguido desaparece, dejándola allí con su cara de póker y su rugir de tripas. Es verdad, tenía mucha hambre; se le había olvidado con tanto trajín y el miedo que había pasado allá arriba, imaginando su cuerpo precipitándose en caída libre… Y luego imaginando el de él. Mientras le espera, mira las piezas. Son, de verdad, extraordinarias. Entre los objetos embalados no solo encuentra cerámica: hay también una cajita con algo que parecen dados de hueso, y un disco de bronce con unos símbolos inscritos en espiral.

A su escondite llega un olor desagradable, con el que por desgracia ya está familiarizada: una peste a quemado, a humos negros. Supone que a los trabajadores del puerto también les ha dado por realizar ofrendas entre turno y turno. Qué pesadez.

Jahan le trae una botella de agua y un pequeño cubilete con cosas fritas y revueltas. Ella se lo come todo sin preguntar, y también sin mirarlo demasiado: solo lo justo para apartar las patas de gallina —c on piel, uñas y todo— que asoman por entre los fideos.

La ración es escasa y al terminar aún tiene hambre, pero se siente algo mejor. Jahan sigue mirándola, expectante; así que decide hacer un esfuerzo. Proponer algo, aunque sea descabellado.

—Yo nunca he sacado nada ilegalmente de un país. Sin embargo, sí que conocí una vez a alguien que solía introducir lo que no debía en el nuestro —l e explica, recordando a un antiguo novio que había tenido. Era aquel que una vez le regaló una cafetera, y que gustaba de animar

sus fines de semana con cierto tipo de aspirinas que no se venden en farmacias—. Siempre le llegaban paquetes del extranjero… Por correo ordinario, tranquilamente. Yo misma los vi. Llegaban a mi casa; discutimos por eso. No venía el remitente. Él decía que no me preocupase, que nunca había tenido problemas.

—¿Correo? Imposible: todo rompe, así.

—Bueno, quizá podemos mandarlo como objetos frágiles… Como si fuera vajilla de cristal o algo por el estilo. Podemos intentarlo. Una parte la dejamos aquí, enterrada como dices. Otra, la enviamos. Así nos aseguramos de que una de las dos estrategias funcione.

—¿Pero a dónde enviar?

—A España. A mi dirección. Ahí sí que estará seguro: a miles de kilómetros de aquí, y sin ninguna conexión con vosotros.

Jahan se queda pensativo un momento. Después, asiente con la cabeza. Confía en ella.

—Hay algunos objetos que parecen menos frágiles. Tal vez esos son los que podemos enviar. Por ejemplo, esa especie de cuentas. ¿Qué son, dados? ¿De tantas caras? Nunca he visto dados así… ¿Y el disco de metal?

—En naufragio había cosas distintas. Por un lado, la carga. Cerámica que transporta el barco, mucha. Y porcelana. Eso importante, porque porcelana es la primera así. Un hombre sabio dicho que porcelana demostrar algo. Especial. Ahora, él muerto. Mucha gente quiere conseguir. Pero, además de porcelana, también otras cosas. Objetos de tripulación… De hombres que trabajan en barco. Hombres como yo.

—Entiendo… Dados para entretenerse durante la travesía, objetos personales… ¿Y este disco qué es?

—Espejo de bronce. Falta lo brillante, eso quizá perdido. Esto parte de dentro. Símbolos grabados son protección. Cubren interior de espejo, para proteger. Así espejo no se queda con alma tuya: te la tiene que devolver. Si no, peligroso asomarse dentro. Un día te miras, y ya no te ves: el espejo se ha tragado tú.

Sofía observa el disco de metal, pensativa. Cuántos peligros de los que ella nada sabe, cuántas precauciones y temores regulan las vidas de los habitantes del Archipiélago. Hace mil años, igual que ahora.

—Estas cosas también valer mucho. Parecen normales, pero antiguas.

—Sí, normalísimas…

—Nosotros guardar también; cuidar.

—Y eso que llevas contigo, pegado a la cintura… ¿También estaba en el fondo? ¿Es un objeto rescatado, algo de la tripulación?

—Tú no volver a hablar de él. Por favor. Yo cuento porque necesario. Pero tú olvidar. Olvidar.

Como si fuera posible eso, obligarse a olvidar algo, piensa Sofía. ¡Cuántas penas y sufrimientos se ahorrarían las personas, si tuvieran el poder de hacer obedecer a la memoria! Pero aquello no era posible: el recuerdo de la culebra que Jahan ocultaba en el *sarong* se le retorcía ya en el pensamiento, aún sin haberla visto. De hecho, se descubre varias veces pensando en eso en los días siguientes, de pronto y sin venir a cuento. A pesar de que para ella aún carece de una imagen que lo defina, aquel objeto ha comenzado a existir.

Ambos siguen el plan que han acordado. Jahan se queda con algunos de los lingotes, para repagar a Ladjang; y oculta el estuche con parte de las piezas en un lugar seguro. Se trata de un escondrijo que Ollauri y él ya han usado en otras ocasiones: el patio de un templo balinés cuya tierra sagrada no pueden hollar los fieles. Ahí no hay peligro de que nadie desentierre aquel botín. Si alguno de los sacerdotes lo pilla escarbando por allí, le harán pagar muy caro aquel atrevimiento; eso es seguro. Pero aparte de eso, Jahan no está demasiado preocupado por las consecuencias que para su alma pueda tener aquel acto sacrílego: él no cree en las divinidades de aquel templo. Si bien tiene una fe ciega en las creencias ancestrales del Archipiélago, mira con sospecha todo aquel boato de Bali; los parasoles con flecos de oro, los bailecitos cortesanos y las máscaras de colorines… A él, el hinduismo balinés siempre le ha parecido un batiburrillo de supersticiones de lo más absurdo, como sucede a cada quien con las creencias de los demás.

Por su parte, Sofía se apresta a realizar uno de los encargos más singulares que ha realizado en su vida: enviar por correo un paquete con varios lingotes de oro y algunas piezas del siglo IX, de incalculable valor arqueológico… Fragilísimo, urgente y sin acuse de recibo, dirigido a una ciudad al otro lado del planeta. Mientras escribe las señas en el papel, se siente extraña. La calle, el número de la casa, el piso… Una dirección que en otro tiempo, ya muy lejano, había sido la suya. El nombre de la mujer a la que va dirigido el envío ya no es ella. Ella es otra: alguien que allí ya no podría volver a sentirse en casa.

Besa el paquete: ojalá que llegue a su destino. ¿Cuántas veces ha realizado envíos que nunca han llegado al destinatario? Tres. Bueno, en proporción a los miles de paquetes y cartas que ha enviado a lo largo de su vida, no es un mal porcentaje. Cree. Sea como fuere, ya no puede hacer más. Cuando por fin sale de la oficina de correos de aquel pueblo, se siente ligera. Ha hecho lo que estaba en su mano, aquella tremenda responsabilidad es ahora de otros. De los seguramente súper eficientes, profesionales, capaces y puntuales empleados de correos de estas islas… Puede estar tranquila.

Cuando por fin se reencuentra con Jahan, ambos se dejan llevar por

una sensación de victoria, de celebración. Aunque enseguida tendrán que ponerse en marcha para buscar a Ollauri, sienten ganas de darse una alegría y comer en condiciones antes de emprender de nuevo el camino. Jahan tira de ella hacia uno de los *warungs* familiares que venden comida en la playa: su idea de celebración consiste en ponerse tibio de arroz frito y pescado rebozado… Coger una caja bien llena de lo que sea — a ser posible, caliente y grasiento: cuanto más manche, más rico estará— y acuclillarse por ahí en la arena a devorarlo juntos.

Sofía resopla, desanimada. Ella sueña más bien con comer «algo normal», tranquilos en algún sitio, sentados frente a frente y, por una vez, en sillas y no en el santo suelo. Sabe que en los próximos días se verá arrastrada hacia la vorágine, de nuevo dentro de aquel mundo al que ellos pertenecen: siempre escapando, jugándose la vida en partidas de todo o nada cada amanecer. Todavía tienen que encontrar a Ollauri, rescatarlo de aquel barco… Y rezar para que eso ocurra antes de que Ronnie dé con ellos. Pero antes de que todo aquello comience otra vez, Sofía siente un deseo desesperado de descansar mentalmente del Archipiélago: huir del calor, tener en la boca algún sabor de su propia cultura, sentir la espalda apoyada. Un tenedor, una cuchara. Necesita imaginar por un instante que ha vuelto a la realidad, a un mundo tranquilo en el que aún no sentía temor alguno… ni quería nada en especial. En fin: a su vida anterior, triste sin más, sin la agonía constante de miedos y deseos.

Al final, como era de esperar, acaba teniendo que saciarse con un caldo de cabeza de pescado y tapioca, que ambos sorben de una caja de corcho blanco sentados en un bordillo. Sin embargo, aún hay esperanza… En la playa Sofía ha visto una cafetería para turistas. Es un local occidental en el que, en cualquier otra situación, jamás habría puesto un pie; pero dentro hay aire acondicionado y sofás… ¡Y la posibilidad de tomar un café con leche, aunque sea a precio de oro! Aquel lugar se le antoja un refugio parecido al paraíso. Le cuesta lo suyo arras trar a Jahan allí dentro, pero al final lo consigue.

La felicidad le entra por las narices en forma de aroma a café. Puede incluso engañarse a sí misma: la decoración, idéntica a la de todas las cafeterías de la cadena, le ayuda a imaginar que está en cualquier otro lugar. La única diferencia es que aquí tras la cristalera no se ven rascacielos ni autobuses, sino un mar rugiente al que dentro de nada ella tendrá que saltar; y que justo delante tiene a un hombre de casi dos metros, medio desnudo y con cara de confusión, que intenta beber su refresco de café por el agujero central de la tapa del vaso, donde se coloca la pajita.

Le da igual. Ella lleva semanas comiendo cosas raras, usando las manos y agachada por los suelos. Que se aguante y se esté allí, con ella; y se tome el café que les han servido. De acuerdo, está asqueroso.

Pero bueno, qué se le va a hacer: ahora mismo prefiere estar allí que en ningún otro sitio.

En la cafetería no hay casi nadie, a pesar de lo turística que parece la zona, del bendito aire acondicionado y de las vistas impresionantes que ofrece. Quizás es demasiado caro, piensa Sofía; será por eso.

—Hace frío. Yo, salir.

—Tú, quedar. Unos minutos de paz, por favor. Que ya vale de correrías, leche.

—Leche yo no saber. Pero café, malísimo.

—Ya. Anda, Jahan… Déjame descansar un poco.

Él parece entender y se queda allí, a su lado en aquel mundo extraño en el que ella parece sentirse a gusto.

Ambos beben en silencio. Tragan, bajan la vista. Se miran en el vacío helado de la cafetería, mientras el hilo musical va desgranando las notas de un saxo lejano.

Sofía se deja arrastrar sin querer y, presa de una melancolía juguetona que le hace más mal que bien, imagina que aquella situación es, en realidad, otra. Que quien tiene delante la acompaña por voluntad propia y sin otra razón que disfrutar de su cercanía, y que su silencio es solo el prólogo a algunas palabras que ella desea escuchar. Que, por una vez, no tiene que meditar sobre si debe, o si le apetece, concederse o no; porque en esta ocasión sabe lo que siente y en consecuencia va a actuar. Pero nada de aquello es real.

—Tú y yo no juntos. No posible.

Sofía siente la sangre subírsele a la cara con el ardor de la vergüenza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú preguntado.

—Yo no he abierto la boca. Mira, si crees que…

—No con boca. Con ojos. Yo respondo. No posible.

Sofía baja la vista hacia su café, aún más amargo de lo que había imaginado. Quiere que se la trague la tierra, desaparecer de allí y… Y poder estar triste, a solas.

—¿Por qué? —m usita al fin, consciente de que de nada sirve esconderse de él.

—Porque distintos.

Aquellas palabras la pillan por sorpresa, golpeándola como un mazazo por la espalda. ¿Distintos? ¿Qué motivo era aquel? No sabe si ofenderse, o llorar. ¿De qué estaba hablando, de la raza? Si era así se sentía aún peor, porque una parte de sí podía entenderlo y sabía que era irremediable. Quizás a ojos de él sus rasgos la convertían en alguien feo, una persona cuya diferencia física impedían concebirla como atractiva. Esto era posible, y también comprensible. No se trataba de racismo… A fin de cuentas, la atracción física no entiende

de argumentos sociales ni correcciones políticas; solo se guía por formas, olores, colores, texturas. El deseo no atiende a razones, no se controla y desde luego no puede obedecernos por mucho que así lo queramos: ella lo sabía mejor que nadie.

Sofía se encoge instintivamente sobre su asiento, avergonzada de su físico. Su cuerpo es el mismo de siempre, pero de pronto se revela inapropiado: incapaz de despertar ningún sentimiento en el hombre cuya atención más desea. Sin poderlo evitar, se compara con aquellas mujeres bellísimas que se han deslizado a su alrededor desde que llegó al Archipiélago; y se pregunta cómo puede haber siquiera soñado con rivalizar con su encanto, con su misteriosa delicadeza. Ante ellas le parece aún más deplorable su desmanganillado metro setenta de estatura, aquel culo que hacía sombra y su morrocotudo cartabón mediterráneo. Eso por no hablar de que posiblemente tenga más pelos en una sola de sus pantorrillas que aquellas mujeres en todo el cuerpo… No, no hay nada que hacer: ella jamás podrá competir con las suavidades de caramelo y los ojos almendrados de balinesas y javanesas. Las palabras de Lucy Tjan resuenan en su mente como una sentencia: «Las blancas parecéis todas potrancas descoyuntadas». Quizás era así como la veía Jahan. Alguien extraño, de otra raza: demasiado diferente como para conseguir ver en ella a una mujer.

¿O acaso está hablando él de alguna otra cosa? ¿De normas sociales, un tabú de tipo cultural o algo así? Es indiferente: sea cual sea ese obstáculo, esa supuesta diferencia a la que Jahan se refiere, si ella de verdad le importara él haría que no importase.

Sofía intenta imaginar cómo será el rostro de la última mujer que le ha tenido, o le tendrá, junto a ella. Qué más da… Nunca llegará a saberlo.

Tras la cristalera, en el aire bailan pequeñas partículas blancas. Caen despacio… Se posan sobre la arena de la playa como hojitas de ceniza. Nieva allí también, a latitud cero.

—Es verdad. Somos distintos. Yo… Entiendo.

—Tú, como Ollauri.

—¿Ollauri? Bueno, sí; desde luego compartimos raza, idioma… Somos del mismo país. Pero aparte de eso… Aparte de eso no nos parecemos en nada. Al menos, eso espero —m usita—. Créeme… No hay nada que nos una.

—Él pensar otra cosa.

Sofía se le queda mirando, esperando que él se explique. Un pensamiento empieza a abrirse camino en su mente, y con él cierta sensación de alivio, pero también de indignación. ¿Era solo por Ollauri que Jahan no se acercaba más a ella? Y… ¿Era eso una buena noticia? No estaba segura. Salvaba, quizá, su orgullo, al abrir un resquicio a la esperanza de que Jahan sí sintiera algo por ella. Ahora

bien, el amor propio de nada sirve cuando lo que está en juego es otra cosa. Y, estando Ollauri de por medio, sabe que lo que ella tanto desea no podrá nunca hacerse realidad.

La puerta de la cafetería se abre. Por ella penetra una vaharada de aire húmedo y ardiente, un insoportable olor a quemado y un hombre alto, de pelo blanco, con unos zapatos impecables y los ojos llenos de odio.

51
Cenizas

El holandés va directo hacia Sofía. Por fin la ha encontrado. Ha llegado el momento de recuperar lo que es suyo… Y enseñarle lo que les ocurre a las mujeres como ella.

Al ver a Jahan junto a Sofía, Ronnie da un paso atrás, sorprendido y asustado a partes iguales.

Jahan sigue sentado, sin inmutarse.

—Tu cara, distinta. Más fea.

—Sí… La que traía de fábrica me la destrozaron a pedradas. Cierto salvaje de por aquí… ¿Lo conoces? En estas islas hay mucho de eso: subhumanos. Ojalá que mis antepasados hubieran terminado el trabajo que comenzaron.

Jahan no contesta. Tampoco se mueve. Sofía tensa el cuerpo sobre su asiento, observando a ambos. Teme que Jahan intente algo y no estar a la altura. Le avergüenza no poder interpretar sus pensamientos igual que él hace con los suyos. Está muy triste, y al tiempo asustada; también, terriblemente cansada, tan cansada…

—Así que era esto lo que pasaba… Trabajas para estos dos individuos, ¿eh?

—Sí… Para él —i mprovisa Sofía.

—Para él… Y para ya sabemos todos quién. ¿Dónde está? ¿Está en Bali?

—¿Quién?

—Tú dejas en paz ella. Ella no conoce. Ollauri… Ya no está. Gracias a ti, él muerto. Ahogado en cuevas. Pero yo no querer problemas. Tú dejas en paz nosotros, yo dejo en paz tú. Negociar, bien. Nada más. Tú, pensar bien qué mejor para ti. Si quieres jugar, yo corro más rápido. Delante, o detrás de tú.

—¿Qué crees, que puedes engañarme? ¿Ollauri, muerto? Aprende primero a hablar, antes de lanzarte a mentir… ¿Dónde está tu amo? ¿No echa de menos el «sí, *bwana»?*

—*Tuan* … Aquí se dice *tuan,* imbécil —l e espeta Sofía, indignada por algo más que las imprecisiones lingüísticas y lanzándole encima la única cosa que tiene a mano, un ridículo vaso de plástico.

El vaso rebota blandamente en la cara del holandés, que no reacciona en absoluto al ataque de aquella fierecilla. Los restos de café se le derraman por la camisa. El hilo musical cambia a «las mejores baladas de piano».

Sofía se encoge, asustada ante las posibles consecuencias de aquel

estúpido arrebato. Pero el holandés no se mueve. La manaza de Jahan le está sujetando el pulso, rodeándoselo entero como si fuera el de un niño.

—Tú sientas con nosotros… Pide café también —l e dice, tirando de él bruscamente para que se siente—. Dos. Uno para ti, otro para ella. Por tu culpa, ella queda sin ninguno.

El holandés los mira, con dos brasas en los ojos y el flequillo despeinado. No puede enfrentarse físicamente a Jahan, y lo sabe. Pero eso no quiere decir nada. No ha venido solo: fuera le esperan varios amigos… Gente muy eficiente. En cuanto ella se quede sola —q ue tarde o temprano se quedará—, ya se encargarán ellos de ajustar cuentas. Ahora solo le preocupa averiguar dónde están los lingotes que le ha robado. Jahan mira hacia fuera, algo inquieto. Unos hombres están entrando en la cafetería.

Ronnie se vuelve también, sorprendido. ¿Pero qué diablos están haciendo? Les había dicho bien claro que esperaran fuera, sin llamar la atención. Estando Jahan de por medio, todo podía complicarse: aquel orangután se podía encargar sin dificultad de varios hombres, a manos desnudas y él solo… Era capaz de cosas que no creería si no fuera porque las había visto en primera fila; a veces, muy a su pesar, sobre el escenario. Todavía le dolían los huesos que él le había roto; y tenía pesadillas en las que sentía los brazos anudados a un cocotero y el cuerpo a merced de la brutalidad de aquel salvaje.

Los hombres están ya dentro de local y se dirigen muy decididos hacia ellos. Los tres se levantan, alarmados por razones distintas. No se trata de los hombres del holandés, quienes seguramente han salido por piernas… Es la policía.

Los agentes empiezan a gritar a los presentes, pero en especial a los que, como Sofía y Ronnie, tienen aspecto de ser turistas. Parecen impacientes y muy irritados. ¿Es que no han oído las advertencias que el Gobierno lleva emitiendo desde hace días? Tienen que salir de allí de inmediato. Están evacuando la isla, ya no queda casi ningún extranjero. Y, los que quedan, están siendo evacuados por la fuerza. Nadie quiere arriesgarse a que, por culpa de unos imprudentes, se produzca una desgracia y Bali quede representada ante el mundo como una isla subdesarrollada que no garantiza la seguridad de los turistas.

Sacan a los extranjeros del local y Jahan va con ellos. Un policía los acompaña hacia el coche. Al salir, Sofía ve que el suelo está cubierto de blanco: era real, aquella lluvia triste que había imaginado tras la cristalera. No era nieve… Eran cenizas.

Es solo cuestión de días: el volcán Agung, propenso a rabietas de lo más caprichoso, amenaza de nuevo con pegar el gran petardazo. De momento se trata solo de nubes de ceniza y de algún derramamiento

aislado de lava en las laderas, pero nadie sabe lo que va a pasar. Si se acaba produciendo una erupción explosiva, la isla puede terminar partida en varias, o desaparecer para siempre bajo el mar, como a menudo ocurre en el Archipiélago. Mientras tanto, el suelo se caldea y el aire se vuelve irrespirable. Las noches cada vez son más claras, iluminadas por aquel resplandor rojizo; la boca del volcán alumbrando la oscuridad como la brasa encendida de un gigante que en las alturas fumara.

El olor resulta ya insoportable. No procede de ninguna ofrenda en llamas: no era eso lo que Sofía ha estado oliendo todos estos días… En realidad, se trataba del olor de la madera quemada, de los bosques arrasados por la lava que ya ha empezado a surgir de las grietas del terreno. Desde hace semanas todos los vuelos están cancelados por aquella nube de cenizas que nada bueno presagia; y el Gobierno está evacuando a los extranjeros con helicópteros hasta aeropuertos de otras islas. Es por eso que Bali parece menos abarrotado que de costumbre, con menos turistas. El desenlace es inminente, aunque la última vez el miedo duró semanas, luego meses, y… al final no tuvo lugar la temida explosión. Por esa razón algunos residentes están ignorando el aviso de las autoridades y permanecen tan tranquilos en la isla, esperando que se trate de otra falsa alarma y todo quede en un poco de lava derramada y nada más. Los balineses parecen seguir con su vida normal. Al verlos, los extranjeros se preguntan por qué, entonces, no pueden ellos hacer lo mismo. Si bien los japoneses han huido despavoridos al primer eructo de azufre, a muchos australianos y holandeses ha habido que sacarlos de sus casas por la fuerza, mientras despotricaban contra el Gobierno. Por otro lado, el tráfico marítimo ha quedado interrumpido en el norte de la isla, la zona hacia la que el viento está arrastrando la ceniza. Ladjang y sus hombres lo sabían: por eso se encontraban tan lejos de su ruta habitual.

Las siguientes horas se desarrollan de forma inesperada, colocando aquel extraño grupo de tres en situaciones de lo más absurdas. Para empezar, acaban juntos en el asiento trasero de un coche patrulla en el que el cuerpo de Sofía queda comprimido entre los de ellos dos, la masa muscular de Jahan en reposo a su derecha, los huesancos tensos del holandés a su izquierda. Todos miran al frente y contestan a las preguntas de los policías cuando les interpelan. Los tres podrían estar allí, arrestados de verdad, por otras razones: aquellos agentes llevan en la parte trasera a un prófugo buscado en tres países, a una ladrona de oro indocumentada y a un traficante de arte. Todos juntitos en el coche patrulla, fingiendo que agradecen mucho las atenciones recibidas, rezando porque no les hagan más preguntas y soñando con alejarse de aquellos uniformes lo antes posible.

Sofía cierra los ojos, intentando abstraerse de la situación, pero es

difícil… La presencia de sus compañeros de trayecto la envuelve con abrumadora rotundidad. Desde delante le llega el pestazo de los cigarrillos de los policías, que, como hay poco humo en el aire, pues deciden pasarse todo el trayecto fumando. Y, en la parte de atrás, por un lado le llega el intensísimo *aftershave* del holandés, posiblemente muy de moda el siglo pasado; y por otro el olor del sudor de Jahan, que sigue gustándole tanto como antes, pero que ahora para ella contiene una nota triste, como la estela de un barco que ya hubiese zarpado.

Intenta dormir; se deja llevar por sus pensamientos. Aquel sopor de carretera le baraja y disuelve las ideas, y acaba cabeceando apoyada en el hombro de su vecino de asiento. Ronnie también está quedándose dormido, los ojos cansados de la infinita sucesión de campos de arroz y bueyes solitarios.

En los momentos de duermevela, la mente de ambos acaba, sin saberlo, dándole vueltas a las mismas cosas.

Sofía piensa que, por lo que había podido deducir hasta ahora, el holandés estaba convencido de que Ollauri había conseguido robarle algo a pesar de todo… Parecía creer que, de los restos que sus compinches habían sustraído del *Amaranta,* faltaba cierta pieza. Algo que sí estaba en las fotos que se habían obtenido del fondo…

Ronnie, entre cabezada y cabezada, recuerda cómo les había pedido expresamente a aquellos nativos que le consiguieran ese objeto. A pesar de todo, la pieza no formaba parte del botín. ¿La habrían destruido, robado o perdido aquellos inútiles? No lo sabía. Tampoco se encontraba entre los objetos que quedaban, los que no habían podido sustraer y que, ya restaurados y clasificados, se encontraban expuestos en el Museo de Civilizaciones Asiáticas de Singapur. Él mismo había ido a comprobarlo, visitando las salas con obsesión maníaca y repasando uno por uno todos los artículos del inventario. Entonces, ¿dónde estaba? ¿Qué había pasado con él?

Por otro lado, había oído que era precisamente la desaparición de aquel objeto lo que había provocado un conflicto diplomático entre Malasia e Indonesia, que en cierto momento pugnaban por vincular el descubrimiento a su territorio. Más allá de cualquier valor artístico o histórico, la importancia política de la pieza no resultaba desde luego desdeñable… Ya se encargarían las autoridades de ambos países de dejárselo bien claro a los responsables de aquel atentado al patrimonio cultural y a los intereses estratégicos nacionales. Si los pillaban, los colgarían.

A Ronnie le era indiferente: de hecho, deseaba que sucediera lo antes posible. Así podría respirar tranquilo, sabiendo por fin a «los culpables» entre rejas o bajo tierra. A pesar de todo, aquella historia de la pieza desaparecida seguía atormentándole.

¿Dónde narices había acabado?

Jamás habría podido deducir que a solo unos centímetros de su mano, enrollado en el *sarong* de su compañero de asiento.

Cuando Sofía vuelve a abrir los ojos, los colores rojizos del crepúsculo la sorprenden un poco. Está a punto de anochecer, y a los policías les entra la prisa: tienen que llegar al helipuerto cuanto antes. Los baches de la carretera les dejan las vértebras castañeteando y el píloro del vecino en la oreja, pero los tres se alegran de que aceleren. Están ansiosos por llegar y poder bajarse del coche patrulla.

Para sorpresa de todos, en el helipuerto hay cientos de personas que se agolpan cerca de los helicópteros. Unos enormes focos de estadio iluminan el cemento y las hélices producen un ventarracón insufrible. Los policías empujan a la gente y les gritan por los altavoces. No van a volver a repetirlo: no pueden llevar consigo ninguna maleta, tendrán que dejarla en el montón, y «ya se procederá al envío posterior».

Cuando les llega el turno, los policías se alegran: por fin, tres que llegan sin maletas ni aspavientos. Jahan sujeta a Sofía de la mano: no quiere perderla en la confusión, ni que acaben en helicópteros diferentes.

El holandés, para alivio de Sofía, termina tras el brazo de uno de los policías: tendrá que esperar a la siguiente tanda. A pesar de todo, no va a dejarla marchar sin despedirse… Antes de que se aleje, Ronnie se inclina hacia ella y, sonriente, le susurra algo al oído.

«Buen viaje… Ya nos veremos. Tenlo por seguro».

52
Ocho nudos

Desde el helicóptero, las vistas son aterradoras. No es hasta ver el paisaje de Bali desde arriba que Jahan y ella empiezan a darse cuenta del verdadero alcance de la situación. En la oscuridad, entre los puntitos de luz artificial que marcan los lugares habitados, se distingue una mole negra envuelta en velos de ceniza, anaranjados por el reflejo de lo que ya surge del interior. Ambos se protegen la cara con la mano. Otros pasajeros llevan mascarillas, pero a ellos nadie les ha dado ninguna. El olor picante del humo no alcanza a cubrir el otro, el del azufre; una pestilencia mineral que recuerda a la de los huevos podridos. De fondo hay un sonido irreconocible que parece surgir de la nada: es el susurro del volcán, una especie de interferencia submarina.

Una vez que el helicóptero ha dejado atrás aquel picaracho, descubren que al otro lado el panorama es aún peor. Desde aquel nuevo ángulo se distingue claramente una masa rojiza, densa como hierro fundido, que se derrama arrastrándolo todo ladera abajo. Jahan y ella se miran. El volcán está relativamente lejos de los núcleos habitados, y el lugar en el que Jahan ha enterrado las piezas queda desde luego a una distancia considerable. A pesar de todo, el alcance de una posible explosión es siempre imprevisible. Como recuerdo de los «estornudos» de otros volcanes, el terreno está salpicado de tremendos agujeros que se abren por todo Bali como cráteres lunares. Algunos contienen lagos de color turquesa, producto de la lluvia en ellos acumulada; y otros están ya cubiertos por la pelusa verde de nuevos campos. La mayoría, sin embargo, son aún bárbaros socavones de piedra que recuerdan la verdadera naturaleza de la corteza que se esconde bajo nuestros pies. Sofía se pregunta cuántos volcanes caben en una isla. Es increíble que la gente pueda acostumbrarse a vivir así, con la permanente amenaza de acabar como una nueva Pompeya; o, peor aún, sumergidos en las fosas submarinas del Archipiélago.

—Menos mal que enviado… Menos mal —m asculla Jahan, encogido en su asiento y con la cabeza doblada contra el techo.

—¿Crees que va a pasar algo gordo?

—No sé. A veces pasa esto, luego no pasa nada. Imposible saber. Por eso, yo contento que nosotros enviado una parte.

—Ya… Yo también. ¿Sabes a dónde nos llevan?

—¡A Lombok! —l e contesta su vecina de al lado, entusiasmada. No hay intimidad que valga en aquel espacio, donde se habla a grito

pelado para contrarrestar el vapuleo infernal de las hélices.

La mujer es una recién casada que decide relatarles a voces su periplo por las islas. Está emocionada con el volcán que ha interrumpido su luna de miel, y con aquel viaje «gratis» en helicóptero hasta las arenas blancas de Lombok… Además, justo después, si les alcanzan los ahorros, van a ir a la isla de Flores, donde ella tiene pensado dejarse morder por un dragón de Komodo y llevarse a casa la cicatriz más exótica que nadie haya visto jamás.

—Si muerde dragón, no cicatriz.

—Ah, ¿no?

—No. Herida pequeña. Dragón casi no dientes, pero babas muy malas. Infecta. Él sigue a ti, durante días: espera. Tu herida muy mal, mueres. Él come tú. No cicatriz.

La mujer ríe, divertida con las bromas de aquel nativo tan gracioso. Su marido no responde: tiene la cara de color violeta y se aferra al cinturón de seguridad como si fuera una boya de salvamento. Casarse en Bali había sido, desde luego, todo un acierto.

Una vez en la isla vecina, les comunican que se les está buscando alojamiento provisional. Dormirán en mezquitas y escuelas de la zona. Aquello del desastre natural ha sido un golpe de suerte para Jahan y Sofía: muchos de los extranjeros que van llegando de Bali en los helicópteros tampoco tienen documentación, y toda la confusión que se está creando no hace sino ayudarles a pasar desapercibidos. Sofía, de todos modos, sigue sintiéndose intranquila. No deja de escudriñar la masa de personas que van descendiendo de los helicópteros: sabe que, tarde o temprano, Ronnie bajará de uno de ellos.

Cuando la recién casada dice que de ninguna de las maneras piensa dormir en el suelo de una mezquita, Sofía la secunda. La mujer está decidida a ir a buscar «un lugar decente», lejos de la masa de evacuados. Quizá pegarse a aquella pareja es la mejor manera de alejarse de allí de forma discreta y salir del radio de acción del holandés. Así es como acaban los cuatro en una pensión de aquel pueblo, en una calle que se ha quedado sin electricidad. La patrona no le da importancia, solo les ofrece unas toallas y una linterna. También obliga a Jahan a ponerse una camiseta y a recogerse el pelo. Parece que, dejando atrás el oasis que es Bali, el ambiente retoma los aires que se respiraban en Java. Esto les queda muy claro a las cuatro de la mañana, cuando los altavoces de la mezquita más cercana llaman a la oración, intentando cosechar fieles a golpe de vatio. Por lo visto en aquella calle —p or desgracia— no habían sufrido cortes de luz.

Ya totalmente en vela, Sofía intenta visualizar dónde se encuentran exactamente. Ni siquiera sabe si en algún momento han cruzado el ecuador, si están en el hemisferio norte o en el sur. Lombok… La mente le trae un recuerdo. Ve un mapa en la arena, un mapa dibujado

con un palo. Hay una serpiente con una larga cola de vértebras… Y una estrella. Es el dibujo de Ollauri. Ollauri… ¿Dónde estaría, en este momento?

A la mañana siguiente, Jahan muestra un repentino interés por los planes de la pareja de recién casados. Sofía le ve hablar con ellos y acordar algo. Cuando se da cuenta, ya están los cuatro a bordo de una embarcación de recreo, rumbo a «un lugar muy especial, un paraíso del buceo» que solo Jahan conoce.

El chico que lleva las excursiones —u n chaval escuchimizado y sin mucha experiencia, que ya se ha encargado Jahan de elegir bien entre los barcos del puerto— los llevará hasta las islas que ha sugerido Jahan. Eso sí, tendrá que cobrarles un precio especial para compensar los riesgos (y la multa que le van a poner si le pillan, dado que, en aquellas condiciones, con la visibilidad reducida por la ceniza, está prohibido salir). Los recién casados apoquinan. Jahan no mueve un dedo: al fin y al cabo, deberían estar agradecidos por contar con un guía como él.

Una vez fuera del puerto, ponen rumbo hacia el norte. Por fortuna, después de un rato en ruta la ceniza desaparece. El piloto también.

Nadie parece prestar demasiada atención al cambio: los recién casados hacen fotos al mar, Jahan lleva ahora el timón. Allí de pie, con la coleta y aquella camiseta de un grupo de rock, tiene un aspecto que no le pega nada y que, al mismo tiempo, encaja extrañamente con él. Sofía está segura de que el cantante de aquel grupo, un cincuentón melenudo del otro lado del planeta, habría pagado oro por parecerse siquiera un poco a aquel insospechado fan.

Cuando llegan, las playas de aquella isla la dejan sin habla. Sofía nunca acaba de estar preparada para asimilar la belleza con la que el Archipiélago gusta de deslumbrar los ojos en los momentos más insospechados. ¿Cómo se llama la isla? Jahan se encoge de hombros. No sabe; un día se la encontró por casualidad.

A los recién casados también les encanta. Menos mal, porque quizá van a pasar en ella algún tiempo… Exactamente, hasta que alguien pase por allí a rescatarlos.

Jahan y Sofía parten en su nuevo barco y los dejan allí haciendo fotos.

Las siguientes horas las pasan dando tumbos de isla en isla, decidiendo cómo hacer para encontrar a Ollauri. Según Jahan, para localizar a Ladjang tienen dos opciones. La primera es dirigirse a los puertos de partida de los *bugis,* al sur de Célebes; un poco lejos de donde están y en una zona un pelín peligrosa. La segunda, probar suerte en alguna de las costas donde suelen recalar sus barcos, en el sureste de Borneo. Ahí seguramente podrán encontrarlos o, al menos, averiguar dónde están. Esa zona no está muy lejos de donde se

encuentran ahora; sin embargo, por alguna razón, Jahan no acaba de decidirse a ir hacia allí.

—Entonces, para ir a Borneo primero tenemos que atravesar de nuevo el estrecho de Lombok… Esa tira tan delgada de agua que separa las islas de Bali y Lombok, ¿no?

—Sí.

—La misma que cruzamos en helicóptero, en pocos minutos.

—Sí.

—¿Y entonces?

Entonces no hay manera de que le explique qué es lo que pasa en el estrecho de marras. Ya puestos a enfrentarse a una brisita marina a base de cenizas y azufre, y a la posibilidad de que aquellos piratas les rajen de la tráquea para abajo, ¿qué puede ser tan terrible?

El mar.

Jahan dice que aquel pasillo de agua no es lo que parece. Sofía reza para que él esté a punto de contarle alguna rocambolesca historia local, llena de seres inanimados que en realidad albergan perversas intenciones… Algo así que, para ella, no represente ningún peligro real. Pero no es ese el caso. Por lo visto, los barcos que cruzan ese estrecho pagan seguros millonarios y extreman la precaución. Las corrientes que atraviesan el angostísimo canal son de las más potentes del planeta. Es allí que el océano Pacífico coge impulso para penetrar en el Índico, su fuerza multiplicada por el efecto embudo y por la gravedad. Estos dos océanos tienen densidades diferentes y se encuentran, extrañamente, a distintos niveles. El escaso medio metro de diferencia entre ambos forma una especie de escalón natural que las aguas del Pacífico acaban recorriendo a velocidades de vértigo. Aquella frontera entre ambas islas, de otro modo tan próximas, es también algo más: la línea de Wallace, que separa Asia de Oceanía, y a partir de la cual las especies y paisajes se tornan otros.

Ellos la han cruzado ya una vez, por el aire. Ahora tendrán que cruzarla por el agua.

Jahan propone ir al norte lo más posible antes de atravesarla, para alejarse de la boca del embudo; y a sí lo hacen. A pesar de todo, les esperan varias horas de angustia. Sofía no quiere hacer preguntas, pero resultan obvios los apuros que él está pasando al ver que en algunos tramos la quilla se les desplaza hacia una dirección inesperada, como si el barco decidiera de pronto virar por su cuenta. A veces se ven impulsados arriba y abajo como en una atracción de feria, aunque no hay viento ninguno que pueda estar creando olas semejantes. Las corrientes a las que se están aproximando rondan los ocho nudos: una auténtica salvajada. Mientras tanto, la claridad del cielo empieza de pronto a verse cercada por amenazadoras nubes de ceniza.

Jahan desiste. Lo que está haciendo es una locura, y más con una embarcación como aquella. Dentro de sí sabe que jamás lo habría intentado en otras circunstancias. De hecho, se habría negado en redondo de haberlo propuesto Ollauri. Pero Ollauri no está. No está. Ni siquiera sabe si… volverá a estar. Y la presencia de ella, que parece creerle capaz de sacarlos de allí, de salvarlos de aquella corriente —y de cualquier otra cosa—, distorsiona su pragmatismo habitual y la percepción que tiene de sus propias capacidades.

El instinto de conservación gana la batalla, gracias a dios; y Jahan abandona el estrecho sin intentar cruzarlo. Mejor dirigirse al noreste y poner rumbo a Makassar, el puerto principal de la isla de la Estrella.

Alejarse de aquel bárbaro sumidero es todo un alivio. El cuerpo les dolerá durante horas, agarrotado y maltrecho tras el mal trago que han pasado. Después de tanta sacudida, Sofía tiene la espalda y los brazos llenos de moratones: son los besos del mar, recuerdo del apasionado abrazo con el que ha estado estrechando al barco y sus tripulantes…

Conforme dejan atrás el peligro y se van acercando a tierra —a l tentáculo izquierdo de ese enorme pulpo que es la Célebes— las vistas se convierten en un espectáculo. Toda la costa está surcada por *phinisi* de velas azules y negras, que se deslizan por las aguas de la isla con gracia principesca. Encaramados sobre sus flechastes de cuerda trabajan decenas de hombres que se afanan en sus tareas diarias, pululando por las alturas de una manera que no se ve en Europa desde hace un siglo. La carga de aquellos barcos subraya la sensación de anacronismo: bidones de combustible, botellas, motocicletas, de todo hay. La mayoría de los barcos combinan sin complejos velas que llevan remendándose varias generaciones, maderas nobles y tubos de escape en forma de estrafalarias chimeneas.

En el primer pueblo que visitan, todo el mundo sabe perfectamente quién es Ladjang. En el siguiente, también. Y en el otro. Otra cosa es que nadie quiera decirles dónde está.

A Sofía aquella gente le parece de lo más hostil que ha visto en su vida. En ninguno de sus viajes ha encontrado lugareños así. A la enésima sonrisa no correspondida, deja de sonreír; y más tarde comienza inconscientemente a devolver aquellas miradas de injustificado desprecio. Cuesta acostumbrarse a la ferocidad de las caras, la arrogancia en el gesto y sobre todo al silencio de ojos fijos con el que contestan cualquier interpelación. El amb iente es similar al que había visto en el barco de Ladjang, solo que en tierra y generalizado entre la población. No entiende lo que significa, y si aquella actitud va dirigida solo a ellos porque son extranjeros. Desde luego, ganas no entran de quedarse e intentar integrarse para averiguarlo.

Por si fuera poco, una escena presenciada por casualidad la deja tiritando. Es un asado que están braseando con un lanzallamas en un mercado callejero. El perro todavía se mueve.

Pero la gota que colma el vaso es la caída de Jahan. En uno de los poblados costeros —d onde ni siquiera los niños sonríen— la mala suerte quiere que un tablón podrido se rompa bajo su peso y el cuerpo se le quede apresado dentro del pantalán por el que estaban caminando. Un brazo se le engancha, encajado dentro de las maderas; y en aquella postura extraña no es capaz de impulsarse para salir. Sofía intenta ayudarle y tira de él con todas sus fuerzas, pero enseguida resulta obvio que ella jamás podrá alzar por sí sola aquel peso. La gente se arremolina a su alrededor. No les ayudan. Solo siguen allí, de pie. Mirando.

Sofía siente una rabia increíble. Por aquellos espectadores repentinos, curiosos y al mismo tiempo indiferentes; pero, sobre to do, por no poder ayudarle por sí misma. Si bien Jahan le explica con claridad cómo puede sujetarle mejor para tirar, ella no es capaz. No tiene fuerza suficiente para compensar la corpulencia de él, atrancada entre los tablones astillados. Esta misma situación ya la han vivido varias veces, pero al revés: cada vez que ella se tiraba al mar desde el barco para lavarse, le habría sido imposible volver a subir a bordo sin la ayuda de Jahan. Con suerte, impulsándose desde el agua Sofía conseguía quedarse colgada a la borda por la punta de los dedos; pero, aunque hiciera presión con los pies contra el casco, jamás habría podido tirar de sí misma hacia arriba. Tras intentarlo muchas veces, Sofía se había rendido y ya no pataleaba. Cuando quería volver a subir después de aquellas poco eficaces sesiones de higiene, solo esperaba a que él, que solía vigilarla desde la cubierta, se agachara y la cogiera por el pulso. «Pulso con pulso», ordenaba. Y ella obedecía. Cuando se daba cuenta, ya estaba arriba.

Al revés, aquella técnica era inviable.

Por fortuna, por allí cerca hay una persona más lista que ella: una mujer con un estrambótico tocado verde. Parece que ella sí está dispuesta a ayudar. Les dice con gestos que va a buscar algo. Pasados unos minuto s, vuelve con una cuerda. Le da un extremo a Jahan y pasa el otro por detrás de un poste del pantalán, para que sea más fácil tirar de ella. Con aquella polea improvisada acaban subiendo a Jahan, que tiene todo el torso lleno de heridas. Sofía no entiende lo que dice la mujer, pero cree que quiere que la sigan. Los presentes continúan en la misma postura, mirándolos con ojos fijos mientras los tres se alejan.

53
Buenas y malas noticias

La casa de la mujer es poco más que una barraca, una casucha con una cabra atada fuera. El interior, sin embargo, sorprende por su colorido: está lleno de telas estampadas, portarretratos, velas, flores de plástico. Ella tampoco sonríe, pero saca una palangana con agua para que Jahan se limpie y les da arroz y té. Come con ellos. El maquillaje se agolpa blandamente bajo las bolsas de sus ojos.

La mujer le explica a Jahan que Ladjang ha muerto. Todos lo saben, por allí. Le asesinaron los miembros de un clan rival. Ladjang era viejo; un par de hachazos bastaron. Su tripulación es ahora propiedad de otros.

Jahan escucha, aliviado y preocupado a partes iguales. Eso significa que ya no tienen deudor al que pagar… Una estupenda noticia. Pero también implica que ahora les resultará aún más difícil encontrar a Ollauri.

Le pregunta a la mujer si ha oído algo de un extranjero, un blanco que podría encontrarse entre la tripulación. Sofía no sabe qué cara pondría Ollauri si viera los gestos que acompañan a la descripción que de él hace Jahan: un dedo sobre el labio a modo de bigote, y una mano que representa una estatura por debajo de su hombro.

No, la mujer no sabe nada de ningún blanco. Sin embargo, sí que tiene idea de dónde puede estar el barco. En aquella estación, la mayoría recalan por el Kalimantán Oriental, en la costa este de Borneo. Hay… buenos negocios que hacer por allí.

Jahan bebe su té, pensativo. Borneo… Qué ironía, que Ollauri haya podido ir a parar precisamente allí… Que lo hayan descargado en alguno de aquellos muelles cochambrosos después de tantos años. Era en aquella inmensa isla donde una vez habían estado perdidos durante semanas. Todo empezó de la manera más tonta. Habían estado negociando con unos contratistas locales y la cosa no fue muy bien que digamos: ambos habían acabado lanzados a patadas fuera de un jeep, en una carretera a ningún sitio que luego se había convertido en selva… Y más selva.

Después de varios días caminando, llegó un momento en que perdieron la cuenta; y empezaron a percatarse de que cada noche podía ser la última. No sabían ni dónde estaban, no tenían comida. Ollauri estaba enfermo. Un parásito se le había adherido a un ojo, causándole una infección tremenda; y la fiebre le hacía delirar. Jahan no sabía cómo ayudarle: Ollauri se había obsesionado con que en

realidad estaba intentando matarle. Cada vez que Jahan se acercaba a él, echaba a correr despavorido por la selva, y acababa cayendo rendido en un charco de barro y sudores fríos. Cuando se reponía, todo volvía a comenzar.

Una tarde, la selva terminó. Después de ascender por una colina, vieron que al otro lado la jungla desaparecía. Simplemente se interrumpía delante de ellos, como si hubiera caído una guillotina. La imagen que les devolvían sus ojos era inverosímil. Parecía de todo punto imposible: quizás estaban delirando. La masa verdioscura de vegetación por la que habían transitado durante días —p erennemente envuelta en una humedad que no se sabía si era bruma, lluvia o alucinación— terminaba en una línea perfecta que se extendía a lo largo del paisaje. Detrás de la línea solo había un vacío. El vacío era terreno calcinado, un desierto de cientos de kilómetros cuadrados por el que circulaban excavadoras y otros vehículos industriales. Los ojos no alcanzaban a ver el final de aquella abominación, solo interrumpida en el horizonte por las columnas de humo negro de nuevos incendios.

Jahan cayó sentado, sin habla. Después, lloró. No sabe por qué. Él ni siquiera era de por allí; además odiaba aquella selva, que por poco los mata. Pero lloró.

Si bien Ollauri no dijo nada, Jahan sabía que aquello también le había impresionado mucho. Lo sabía porque no se había reído de él al verle llorar; solo se había girado, dándole la espalda.

Ninguno de los dos habló de aquello. Ambos sabían que estaban contribuyendo de forma indirecta a aquel desastre, ofreciendo transporte marítimo ilegal para las compañías que por allí operaban, y a las que por otra parte habían intentado timar. Esas mismas a las que ahora tendrían que pedir auxi lio si querían salir de allí.

El conductor de una de las excavadoras les ayudó a llegar a una población cercana. Se trataba de un conjunto de casetas prefabricadas en mitad del vacío, donde habitaban temporalmente «los desalojados»: personas indígenas que «habían decidido vender sus terrenos». Desde allí, una furgoneta los llevó hasta el puerto. Por el cam ino pudieron ver la última fase del proceso, el paisaje al que había dado paso la selva calcinada. La pared impenetrable de árboles prehistóricos había desaparecido para siempre, pero tampoco quedaba ya nada de los desiertos de carbonilla en los que se habían convertido. Encima habían plantado otra cosa.

A ambos lados del coche discurrían a tramos regulares kilómetros y kilómetros de monocultivos de palma de aceite. De lejos uno pensaba que aquello podía ser una especie de bosque, pero no era así: la simetría siniestra con que se alzaban las palmeras y el silencio que los pesticidas habían dejado entre ellas desmontaban cualquier

posibilidad de espejismo.

Para poder crear aquellas plantaciones, las empresas adquieren previamente las tierras «de distintas maneras» y destruyen la selva mediante incendios provocados. El fuego es un método mucho más rápido y barato que la tala; y además aceptado entre los nativos, que siempre han practicado quemas a pequeña escala para desbrozar. Ahora, a escala industrial, las columnas de humo que se alzan permanentemente desde la isla se ven incluso desde el espacio. Ya no es verde Borneo: se está transformando en otra cosa.

Barato, rentable, con demanda mundial… Un negocio redondo, el aceite de palma. El mismo del que, por lo visto, también querían sacar partido algunos espabilados de la isla vecina. Por lo que había dicho la mujer, era posible que el barco de Ladjang se estuviese dirigiendo hacia allí en este momento.

Jahan no quiere ir a Borneo. En su cabeza se superponen imágenes que no quiere recordar: un sol que parecía un disco rojo en pleno día, distorsionado por los pestilentes velos del humo; un esqueleto entre los árboles abrasados. El esqueleto era de un orangután, no de una persona; ya lo sabe. Pero no puede evitar preguntarse cuánto habría corrido, pensando que era posible escapar de aquel infierno. Y si él mismo lo habría conseguido.

No, no quiere volver allí. Pero va a hacerlo. Es la única pista que tiene sobre el paradero de Ollauri, y él va a encontrarle. Vivo… O como sea.

Sofía le sigue de camino al muelle, sin atreverse a interrumpir su ensimismamiento. Al final, la curiosidad puede más que ella. ¿De qué han hablado? ¿Qué le ha dicho aquella mujer? Y, sobre todo… No era una mujer, ¿verdad?

Jahan niega con la cabeza. No, no lo era. Debajo del maquillaje despuntaban los cañones de la barba, y aquel *sarong* de mujer custodiaba más de un secreto.

—No mujer. Pero tampoco hombre. Otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí. En isla aquí, no solo posible ser hombre o mujer. También posible en medio.

—Entiendo.

—Diferentes. Dobles: entienden dos lados a la vez. Solo ellos pueden hablar con dioses. Sacerdotes. Aquí llaman *bissu* . Ellos, sagrados.

Sofía escucha aquella explicación, muy sorprendida. Pero más sorprendida se queda aún al ver que la mujer los está siguiendo.

Jahan la ve también, y se queda parado. ¿Qué hace, espiarles? No; por lo visto quiere decirles algo.

Cuando llega a su altura, la mujer le explica a Jahan que se ha

acordado de una cosa que puede ayudarles a encontrar a la persona que buscan. Hay un hombre que a lo mejor sabe algo. Conocía a Ladjang: últimamente había hecho algunas travesías con él. Hacía solo unos días que había regresado a tierra y se había marchado a un pueblo del interior de la isla, donde tenía familia. Era muy probable que hubiera estado con Ladjang en aquel viaje en el que había sido asesinado: quizás él podría ayudarles.

Bueno, aquello parece una pista interesante. Seguramente no les lleve a ningún sitio… Pero en cualquier caso es mucho mejor que ir hasta Borneo.

Para ir a buscar a aquel hombre, tendrán que alejarse de la costa y dirigirse al corazón de Célebes, ascendiendo por uno de los brazos de su estrella.

La ruta hacia las cordilleras del interior será complicada. Sobre todo, por el transporte. No parece que tengan ninguna otra opción aparte de montarse en alguno de aquellos autobuses de la isla, que tardan una media de diez horas en recorrer cien kilómetros de selva y montaña, dando bandazos suicidas al borde de precipicios de vértigo y con los faros apagados por la noche. No son solo los autobuses; todos los vehículos llevan las luces apagadas. Se trata de la lógica de la piratería marítima aplicada a la conducción por carretera: con las luces, se te ve; ¿y por qué querrías que otros te vieran? Si estás perdido, mejor que otras embarcaciones no vean tus titubeos; y si los perdidos son los demás, con las luces apagadas no te verán antes de que caigas con tus garras sobre ellos. Mejor sin luces.

Sofía pasa la noche al borde del infarto. Intenta no pensar demasiado en los desfiladeros por los que discurre la carretera, pero es difícil. Durante el viaje, como el resto de los pasajeros, va dando sacudidas sobre su asiento metálico, concentrada en no pisar una gallina que hay debajo de su asiento. Para distraerse, trata de adivinar el paisaje nocturno detrás de la espesa capa de mugre que empaña el cristal. Su vecino de delante es un anciano que va tatuado hasta los dientes. Desde donde se encuentra, Sofía puede ver su brazo y su delgadísimo cuello surcados de líneas. Todos y ca da uno de sus cuerillos morenos están decorados con unos símbolos ondulantes que imitan la silueta de las olas. Jahan le explica que es la escritura de los *bugis,* compuesta de letras que contienen todas las formas del mar. Él no la entiende, pero también la encuentra bonita. Se llama *lontara,* como la palmera en cuyas cortezas solía escribirse. Sofía conoce esa palmera… Recuerda a Jahan subido a una, ordeñando los alcoholes de su sabia dulcísima.

—Mucha gente se quita tatuajes, ahora: dicen que no musulmán. Pecado. Pero muy caro quitar. Solo posible en Yakarta.

—A mí me gustan.

—Si quieres, en poblado mañana, nosotros tatuaje. Viejas hacen. Tú cubrir cicatriz. Yo cubrir cicatriz. Curar.

—¿Mañana? ¿Es que no vamos a llegar hasta mañana?

Jahan no contesta, pero tampoco hace falta. Sofía se vuelve hacia la oscuridad de la ventana, desesperada.

Al alba, el autobús los escupe en un lugar indeterminado entre los árboles. Tendrán aún que andar una hora más hasta llegar a la aldea que les había indicado la mujer del puerto. Cuando por fin alcanzan el poblado, las brumas matutinas todavía flotan sobre la explanada verde en la que se encuentra. Las casas se disponen en círculo, todas mirando hacia una plaza central.

Se trata de un lugar peculiar, aunque a Sofía no le sorprende del todo. Le recuerda a algo. Ella ya ha visto esas construcciones, o algunas similares, en otras islas. Conoce aquella especie de hórreos de mimbre con tejados cóncavos de espectacular altura, y los cuernos de búfalo en hilera adornando las fachadas. A pesar de lo inabarcable del Archipiélago y de las diferencias abismales de una isla a otra, parece que al menos algunas piezas del puzle empiezan ya a resultarle familiares.

Incluso a aquella hora de la mañana, con la oscuridad de la noche todavía remoloneando bajo los árboles, algunas mujeres están ya atareadas delante de sus casas. Van cubiertas con mucha ropa: sin llegar a hacer frío, allí la temperatura es bastante más baja que en la costa. Los estampados geométricos de sus vestidos, de colores trenzados, recuerdan a Sofía a los de los nativos americanos.

Una de las mujeres dice conocer al hombre que buscan, un amigo del difunto Ladjang.

A continuación, los lleva hasta la casa donde aquel hombre vive ahora con su mujer, oriunda del pueblo.

Atraviesan la explanada verde. Sofía ve unos charcos de barro seco, ennegrecido; y se da cuenta de que, por desgracia, desde que está en el Archipiélago ha aprendido a reconocer el aspecto que tiene la tierra cuando se ha derramado sangre sobre ella. Intenta que su imaginación no la arrastre donde no quiere: en realidad, lo más probable es que aquella sangre sea de animales. Búfalos, cerdos, gallos; cualquier cosa que se mueva y que pueda, a través del sacrificio ritual, «dar nueva vida a la tierra». De hecho, aquella tranquila pradera que están atravesando era otra cosa muy distinta hace apenas dos días: una hecatombe de convulsiones y gemidos, con decenas de búfalos siendo desangrados vivos. Ahora solo queda una explanada vacía, silenciosa. Y los problemas. Porque es después de esos rituales funerarios cuando llegan las verdaderas dificultades.

Muchas familias, que se han arruinado para pagar la ceremonia y «salvar la cara» ante sus vecinos, a veces se ven sin medio de

subsistencia. No solo se han gastado todo lo que tenían para contentar a los «señores de lo invisible» y que así reciban en su reino a los difuntos, sino que ahora ya no tienen tampoco búfalos con los que arar los campos. Es la quiebra. El desastre. El hambre. Durante el periodo colonial, los holandeses habían intentado acabar con esta cadena de destrucción y ruina prohibiendo los sacrificios funerarios, pero no habían tenido mucho éxito que digamos. Desde luego, ningún gobernador holandés se había atrevido a ir hasta allí a comprobar si se cumplían las regulaciones… Hoy en día la situación era similar. Ahora en aquellas montañas se contentaban con desobedecer al gobierno central, que había limitado el número permitido de animales masacrados para reducir la catástrofe económica. Yakarta, a fin de cuentas, estaba a miles de kilómetros de distancia. En otro planeta. ¿Quiénes eran los políticos de la ciudad para decidir cuántos honores debían rendir a sus muertos? En su isla, ellos seguirían sacrificando todos los búfalos que hiciera falta: ¿Qué familia no querría lo mejor para sus abuelos, para sus padres, para sus hijos? No iban a consentir que los políticos y sus cicaterías pusieran en peligro el paso al otro mundo de las personas.

La casa del antiguo amigo de Ladjang es uno de aquellos imponentes hórreos tropicales, un *tongkonan* . La primera vez que Sofía había visto aquellos tejados, su forma le había recordado a un boomerang gigantesco. Solo ahora se da cuenta de lo que en realidad representan: son barcos. En el Archipiélago, pocas creaciones humanas no imitan al mar, lo recuerdan o contienen: incluso allí, entre prados y montañas, no deja de sentirse su presencia.

54
La mecedora

En el interior del *tongkonan* anida una oscuridad silenciosa, impregnada de un aroma a carnes ahumadas. Una especie de crujido puntúa el aire a intervalos regulares.

El hombre los reconoce. Él estaba a bordo cuando los tres habían pasado por el barco. Sofía intenta recordarle, pero es difícil. Los tripulantes resultaban, a sus ojos, muy similares entre sí… Y no es que los recuerde precisamente con cariño. De hecho, cree que aquel era uno de los hombres que se habían colocado delante de ella, cuando estaba «en el baño»; pero tampoco está segura. Sea como sea, se alegra de ver que el hombre los trata con relativa cordialidad, y que Jahan y él entablan conversación. Es posible que consigan la información que necesitan.

El crujido continúa en la habitación de al lado. Hay un niño que entra y sale de vez en cuando.

Aquel hombre había trabajado muchos años en el barco de Ladjang. Durante ese tiempo habían tenido que enfrentarse a numerosas dificultades, pero siempre habían salido airosos. Ni una sola vez Ladjang o «sus niños» habían sido capturados o llevados a «las prisiones de la tierra». En el mar, sus enemigos los temían. Ellos respetaban las reglas y se las hacían respetar a los demás. Igual que siempre. Sin embargo, en los últimos tiempos las cosas se habían complicado inesperadamente. Todo por culpa de aquel indeseable pasajero, que sin duda merecía la muerte.

El extranjero.

Después de un tiempo a bordo, aquel hombre cada vez sabía más sobre sus rutas; y también de los intereses y enemigos de Ladjang. En los turnos que le correspondían al timón, empezaron a suceder cosas extrañas. Desvíos sin sentido, virajes. Algunas mañanas, los niños que habían ido a relevarle de la guardia a medianoche aparecían dormidos sobre la cubierta; o, directamente, «enviados a dormir» con jarabe de palo. Por alguna razón incomprensible, Ollauri prefería pilotar toda la noche sin relevo, encadenando las peores guardias sin descansar. Además, no fondeaba aunque tuviera oportunidad. Por las noches, en lugar de interrumpir la travesía, mantenía el barco siempre en movimiento aun cuando no había ninguna necesidad. Nadie sospechaba nada: si prefería matarse a trabajar, allá él. Por otro lado, los extraños cambios de rumbo podían achacarse a pura incompetencia. Al fin y al cabo, ¿qué sabría aquel extranjero de la

navegación en *phinisi,* y de sus rutas y costumbres?

Ladjang, de todos modos, acabó dándose cuenta de que lo que había detrás de aquellas maniobras no era simple ineptitud. El discurrir aparentemente errático del barco en algunos tramos obedecía a una estrategia precisa: Ollauri había estado llevándolos hacia el territorio de uno de sus clanes rivales y penetrando en él deliberadamente. Una noche había incluso acosado a un barco desconocido, ciñendo tanto el rumbo en paralelo a él que este, de menor envergadura, se había visto desplazado violentamente hacia un costado y había estado a punto de volcar. Otra noche hizo amago de embestir a otro, metiéndoles la proa por delante y siguiéndolos amenazadoramente durante millas sin razón alguna. Bueno, razón sí la había: Ollauri sabía que aquellas provocaciones no caerían en saco roto. No pasaría mucho tiempo antes de que aquel clan rival decidiera poner fin a la arrogancia con la que últimamente Ladjang parecía conducirse por sus aguas. Ollauri pensaba que un ataque podría ser su salvación; una oportunidad para escapar del barco. Soñaba con un enfrentamiento que creara la mayor confusión y violencia posibles. Además, con un poco de suerte, quizás el clan rival pondría fin a la vida del viejo (y con ella, a su deuda).

Pero Ladjang ya se había percatado de lo que estaba intentando hacer.

Le mandó llamar. Le apartaron del timón: no volvería a poner pie en cubierta. Ni de día, ni de noche. Por otro lado, antes siquiera de que se pusiera el sol, recibió su castigo. Después del castigo, ya no servía.

Jahan baja los ojos al escuchar aquella última frase. No está seguro de si desea oír el resto del relato. El hombre continúa con su historia de todos modos, hablando monótonamente en la semioscuridad.

Ladjang creía haber terminado con el problema, pero ya era demasiado tarde. Esa misma noche se dieron cuenta de que los estaban siguiendo. Al alba, los abordaron. Eran muchos. Ladjang acabó troceado a golpe de hacha mientras dormía. Aquello dio por terminada la disputa. Todos lo entendieron: al fin y al cabo, el barco de Ladjang había violado los acuerdos. Que no hubiera sido intencionadamente no tenía relevancia alguna, ya que él era, de todas formas, el responsable. Ladjang era quien había dejado el timón de su barco en manos indeseables, así que era su culpa. Y, si no era capaz de controlar a su propia tripulación, no merecía tener ninguna. Sus propios hombres estaban de acuerdo con aquella idea.

Tras su muerte, el clan rival tomó el control y los hombres de Ladjang pasaron a formar parte de la tripulación de los asaltantes. El barco no lo querían: un *phinisi* ajeno podía traer mala suerte. Colocaron una carga en la bodega para reventarles el casco desde

dentro. El hombre baja aún más la voz al llegar a aquella parte de su relato: la imagen del barco escorado, hundiéndose poco a poco en la oscuridad, seguía llenándole de tristeza.

¿Y el blanco?, continúa preguntando Jahan.

El blanco no servía. ¿Para qué iban a llevárselo consigo? Lo dejaron en el barco.

La pausa sucesiva alerta a Sofía. ¿Qué pasa? ¿Qué están diciendo? Mira la cara de Jahan, y lo que ve no le gusta nada. Cuando por fin él se lo explica, Sofía reacciona con preguntas: ¿Ollauri sabía nadar bien? ¿Cómo de lejos estaban de la costa?

El hombre resopla, despreciativo. Jahan y ella no han comprendido. En su estado, daba igual saber nadar o no.

Jahan insiste: ¿Cuál era la posición exacta del barco, antes de hundirse? ¿Por qué zona estaban navegando?

El hombre se lo explica con pelos y señales, pero no sabe cómo puede ayudarles aquella información. Para él, está muy claro cómo ha acabado aquella historia, y se alegra. Ojalá que aquel extranjero no hubiera puesto jamás pie en el barco de su amigo. Y, desde luego, bien sabe dios que si hoy ha recibido a estos dos visitantes inesperados en su casa ha sido solo porque recordaba que Jahan era un hombre de bien; un nativo de las islas y un hombre de mar como ellos.

En cuanto a él mismo, a la más mínima oportunidad había salido por piernas del nuevo barco. Desertó en cuanto atracaron en el primer puerto. De momento, ha vuelto a casa. Va a retirarse por un tiempo del mar. Estará en tierra hasta que se le acabe el dinero, o hasta que vuelva a encontrar otra tripulación como la de Ladjang. Lo que pase primero. Además, así puede disfrutar un poco de su mujer, que falta le hace. Él no es de este pueblo: su etnia es otra. Como los otros hombres de Ladjang, es un *bugis* de la zona costera. Su mujer, en cambio, sí es de allí; y por eso están establecidos en la cordillera juntos. Al menos, cuando él vuelve. El resto del tiempo, mientras él está en el mar, ella permanece allí, esperándole. Se pasa las tardes pensando en él, balanceándose en la mecedora.

Sofía entiende de pronto: de ahí procede el crujido rítmico que han estado oyendo todo el tiempo en la habitación de al lado. Es una mecedora. Pregunta por la mujer; aún no se la ha presentado.

El hombre los conduce a la otra estancia, también de madera y con mamparas de ratán trenzado. El niño empuja rítmicamente un asiento que está colgado del techo a modo de columpio, para que siga en movimiento. Encima de esta rudimentaria mecedora hay una niña, o más bien una adolescente, con el pelo muy despeinado y extremadamente delgada.

Cuando las pupilas se le acostumbran al cambio de luz y puede ver su cara, Sofía siente que la boca se le abre sin su permiso, el labio

inferior descolgándose de pura incredulidad.

La mujer que hay allí sentada no es ninguna adolescente delgadísima. Tampoco está viva. Y, a juzgar por su aspecto, desde hace algún tiempo ya.

El hombre hace las presentaciones, rellena la taza de té que hay junto a ella y le habla con normalidad.

Cuando regresó a casa se la encontró así, en «el nuevo estado». Los vecinos habían esperado durante meses a que volviera del mar para que se encargara del asunto y organizara el funeral. No podrían enterrarla hasta que él no reuniera el dinero suficiente para comprar un número aceptable de búfalos que sacrificar en la ceremonia. Si tenía suerte, recibiría alguno como regalo de los vecinos; pero en su caso eso era improbable. Él era un forastero, y además nadie le debía ningún favor. Tendría que esperar hasta reunir él mismo el dinero y poder pagar los búfalos, los varios días de ritual y comidas para todo el pueblo. Mientras tanto, tenía a la difunta en casa, como es la costumbre de la etnia de aquella zona, los *toraja* . Por allí vivos y muertos conviven sin problema bajo el mismo techo, hasta que la familia pueda costear los funerales. Sentados a la mesa cual convidados de piedra o colocados en distintas posturas como muñecos, momias humanas comparten con sus familiares y amigos los que se consideran sus últimos días: los que transcurren después de la muerte y antes del enterramiento. Aún no se los concibe como muertos, sino como enfermos. Están «en otro estado». En la fase final. Pueden pasar años hasta que la familia reúna los fondos para poder enterrarlos. Mientras tanto, los cuerpos se van deteriorando, aunque por fortuna el clima de la cordillera no fomenta la descomposición rápida. Los difuntos solo se van encogiendo progresivamente, como si los líquidos que dan volumen al interior fueran poco a poco aspirados desde el exterior. En el aire queda solo un leve poso, una acritud como de carnes ahumadas.

Cuando la familia está por fin en condiciones de pagar la matanza de búfalos que debe acompañar el enterramiento, los homenajeados suelen ser ya esqueletos apenas cubiertos de pellejo rasgado y amojamado. Sus cabezas quedan invariablemente alzadas hacia arriba: el encogimiento de las cervicales lanza su mirada a un cielo que parecen anhelar. Estos cadáveres son paseados por el pueblo en esperpéntica procesión, con sus gafas de sol, ropa y accesorios favoritos.

Sofía mira a la mujer mientras escucha esta explicación: todavía no ha sido capaz de volver a cerrar la boca.

Al parecer, una vez que por fin sea posible celebrar su funeral, se procederá a la inhumación, que ni siquiera es permanente. Los cementerios en los que los *toraja* depositan a sus muertos están

compuestos de nichos a cierta altura, en la roca. Para llegar a ellos, los familiares transportan aquellos rígidos cuerpecillos a hombros, mientras trepan por la piedra. Una vez arriba depositan allí los restos y ponen encima los correspondientes *tau-tau,* unas figuritas de madera articuladas que se colocan de pie, mirando hacia fuera. Cada escultura es una representación exacta del difunto, para que a través de sus ojos pintados pueda ver a su familia desde aquel balconcito de roca. Cuando pasan algunos años y el *tau* parece deteriorado, es señal de que hay que volver a sacar el cuerpo. Y lo bajan otra vez. Ponen ropa nueva al cadáver, le dan otro paseo a la pela por el pueblo, le cuentan las novedades y cotilleos. Es importante que los muertos sepan que aún forman parte de la comunidad, que nadie se ha olvidado de ellos.

Sofía no consigue apartar la vista del cadáver de la mujer. El niño, un vecino del pueblo, sigue meciendo y meciendo: a la difunta le gustaba así. Se pasaba horas en aquella silla.

El hombre comenta, sin embargo, que está pensando en decirle al niño que no vuelva. No hace falta. Incluso cuando nadie la impulsa, la mecedora continúa su movimiento: él la oye chirriar, por las noches.

Sofía sale de allí, necesita aire. Jahan la sigue afuera. Él también quiere alejarse de aquella casa. El hombre les grita algo: ¿Tan pronto se van? ¿No quieren entonces que «les ayude con el cuchillo»?

Jahan se acuerda de pronto de que en algún momento de la conversación le ha comentado al hombre que les gustaría tatuarse. Ahora mismo, lo último que desea es volver allí y dejarse abrir la piel, pero decide que va a hacerlo. Es el momento. Lleva ya demasiado tiempo pensando en ello. Quiere hacer desaparecer aquellas marcas que le cruzan los riñones: el zarpazo del látigo que humilla al animal, al esclavo. Él ya no es ningún esclavo. Las cuerdas que le atan ahora son solo imaginarias. Y ha conseguido un buen cuchillo, para cortarlas.

De nuevo dentro de la casa, Jahan se pone en manos del hombre. Sofía los mira desde un rincón, algo asustada al ver los instrumentos que el dueño de la casa se dispone a utilizar. En la habitación contigua la mecedora sigue chirriando.

55
Dos tatuajes

Jahan se tumba bocabajo sobre la estera que le indica el hombre. Se ha desatado el *sarong* para que el otro pueda acceder a la parte inferior de la espalda, sobre las nalgas. Es hasta allí que llega el ominoso trazo de la cicatriz. En un tapete de hilo muy grueso, colocado sobre el suelo, el hombre tiene ya todo lo que necesita. Sofía mira los objetos: un cuenco de piedra muy ancho, tan plano como una jabonera, con unas piedrecitas negruzcas encima; un mechero remendado con cinta aislante, un trapo mugriento, dos cañas de bambú. Un cuchillo.

A Sofía le llama la atención la jabonera. Parece deforme, como desgastada por el uso; pero en su tosca superficie se adivinan unas curvas ordenadas y sutiles: en algún tiempo lejano —d ios sabe cuánto — los bordes de aquella piedra estuvieron decorados con una intrincada selva de pájaros y dragones. En el hueco del centro, el hombre vierte unas gotas de agua. Luego empieza a aplastar aquellas chinitas, presionándolas con la hoja del cuchillo hasta que se deshacen y el agua va volviéndose de color negro.

Una vez obtenida la tinta, el hombre empapa el trapo en ella. Después lo pasa sobre la cicatriz de Jahan, dejando encima un enorme borrón negro.

A continuación, coge la caña de bambú. En su extremo, una púa de metal ennegrecido asoma curva como uña de gato. El hombre quema la punta metálica para purificarla y la apoya sobre la piel manchada de tinta. Con la otra mano sostiene la segunda caña de bambú, cruzándola sobre la primera, y empieza a golpearla martilleando suavemente. El pincho va realizando pequeñas incisiones sucesivas, abriendo la piel de modo que la tinta penetre en ellas y las diminutas heridas vayan formando, al combinarse, el dibujo.

El borrón de tinta se oscurece. Con él se ha mezclado otro líquido, más denso: la sangre de Jahan, que supura gota a gota por las punciones.

Después de unos momentos, el hombre escurre el trapo y lo arrastra por la piel para limpiarla. Bajo la mancha de tinta se descubre una piel inflamada, rojiza; que ahora está surcada por definidos trazos negros. Son el resultado de la tinta que ha penetrado por las heridas abiertas, acumulándose bajo la piel.

El uso de cañas de bambú y púa curva es un método de tatuaje primitivo y muy doloroso, pero de lo más eficaz: en el Archipiélago

lleva practicándose desde la Edad de Piedra.

Jahan se incorpora un momento y cambia de postura. El sudor se le desliza por la espalda, creando un pequeño arroyo en aquel valle tremendo que forma su espina dorsal. Cuando el hombre retoma su tarea y sigue martilleando, Sofía ve con claridad cómo la piel de Jahan se va aupando rítmicamente, enganchada aún unos instantes al metal antes de que este salga completamente de ella.

Sofía abandona la casa y se sienta fuera. No puede seguir mirando. Ha pasado ya más de una hora, y todavía queda por cubrir la mitad de la cicatriz. Una parte de sí desea salir corriendo. Es cierto que querría, ella también, cubrir para siempre su cicatriz y dejar que se convirtiera en otra cosa. Pero… no sabe si será capaz de pasar por el proceso. Es demasiado tiempo; y, aunque los cortes no parecen profundos, mil dolores pequeños de forma continuada pueden también dejarte fuera de juego.

Recuerda que, de adolescente, una amiga se había hecho un tatuaje en un tugurio de la ciudad. Le había costado un dineral y después se había pasado un mes con antibióticos, pero estaba la mar de contenta: no veía la hora de lucirlo con el bikini. Quién sabe lo que pensaría la gente de aquella isla si la vieran… En el Archipiélago los tatuajes se ganan; deben obtenerse mediante el mérito, igual que el respeto de los demás. En otro tiempo, los cazadores de cabezas debían presentar un número mínimo de «trofeos» antes de merecer sobre la piel los primeros trazos. Los dibujos no se escogían de un catálogo de pegatinas en un rastrillo callejero, sino que tenían varios miles de años y significados muy precisos. A veces eran letras; oraciones que te protegían o te transformaban. Con el pecho resguardado bajo una coraza de palabras, los guerreros se sentían invencibles. Una vez tatuados con ciertos símbolos, se lanzaban sin miedo al peligro, desafiando dagas que jamás podrían herirles.

Sofía se pregunta qué será lo que se está tatuando Jahan sobre la cicatriz y en qué quiere convertirla.

Tampoco sabe qué acabará teniendo ella sobre la piel, qué huella de serpiente se le deslizará por encima en silencioso recorrido. ¿Qué elegir para siempre, sobre el cuerpo? No se siente preparada para decidir. Ni para ninguna otra cosa.

Cuando vuelve dentro, el hombre está casi terminando. Para rematar la faena ha de utilizar otro instrumento. Quiere subrayar algunos trazos, y para eso tiene que hacerlos más gruesos. Usa el cuchillo.

Jahan, que no parece precisamente fluido de palabra en aquel momento, le hace un gesto con la mano. No, no quiere que use aquel filo. Debe usar otro. El suyo.

Al ver el cuchillo que Jahan le ofrece al hombre, Sofía se queda tan

sorprendida como él.

Es una daga de más de dos palmos de longitud, con una hoja de doble filo que zigzaguea sinuosa como un relámpago de piedra. La superficie no es completamente plana: el fuego de los herreros ha ido fundiendo las capas de metal escalonadamente, formando un dibujo longilíneo que le recorre el lomo de la punta a la base. Aquella nervadura llega hasta su parte más ancha, donde huecos geométricos perforan la hoja en impresionante brocado. Las cachas, pulidas por la constante caricia del interior de un puño de hombre, son de ébano y madreperla negra.

Es un *kris* del siglo IX .

Sofía lo reconoce de inmediato; lo conoce ya, sin conocerlo. Había estudiado de memoria sus partes, sus cien tipos dependiendo del número exacto de curvas, del brillo que las aleaciones dejaran o no sobre su cuerpo. Antes de ir a Singapur se había pasado meses documentándose para poder interpretar en aquel congreso. Todo lo sabía, sobre el *kris* del Archipiélago. Hasta que lo vio. Entonces, dejo de saberlo. Las palabras que lo definían desaparecieron de su cabeza. No se podía describir aquel cuchillo.

Obedeciendo a Jahan, el hombre usa el *kris* para realizar los leves cortes que necesita y dar así al tatuaje el toque maestro.

La punta se va manchando de sangre negra. El hombre la limpia con el trapo.

La cicatriz ha quedado cubierta por un conjunto de líneas que, en paralelo, forman sobre su piel una serie de onduladas trenzas. A tramos parecen letras; en realidad lo son. Pertenecen a aquel antiquísimo alfabeto marítimo, el *lontara* . Sus pequeñas olas de tinta forman una palabra.

Nusantara .

Archipiélago.

Jahan mira a Sofía. Las islas están separadas por el mar. No pueden juntarse. Pero es el mar que las separa lo que crea el archipiélago.

Cuando llega su turno, Sofía ofrece su desnudez al cuchillo: será también aquella palabra la que se lleve para siempre consigo.

Afuera se oyen mugidos lejanos. El viento agitando las hojas de los árboles, un gallo a deshora. El martilleo continúa sobre la piel.

La respiración de Sofía, cada vez más profunda, se acelera y se vuelve irregular en algunos momentos. Gira la cabeza para mirar lo que está haciendo el hombre, pero al ver cómo su piel también se alza a veces, enganchada por la punta de metal, se le tuerce un poco el mundo. Todo parece girarse ante su vista desorientada. Al darse cuenta de que se está mareando, Jahan le apoya suavemente la mano sobre los ojos. Ella le deja hacer, cierra los párpados.

Cuando los vuelve a abrir, el hombre ya ha recogido sus

instrumentos y se está lavando en una palangana. Jahan la ayuda a incorporarse. Su primer reflejo es llevarse la mano a la cicatriz, donde, en lugar del blando repulgo de siempre, encuentra una superficie rígida, aupada en troquel. Un escozor sordo le entumece aquella zona y se la vuelve puro corcho. El dibujo que hay encima es una intrincada sucesión de líneas y corrientes, letras desconocidas que ahora son suyas y para siempre le recorrerán el costado con su mudo oleaje.

Ya no lleva en la piel un remiendo, una historia de convalecencias, heroísmos ajenos, agradecimientos eternos ni amores debidos. Ahora hay allí otra cosa: algo que ella ha elegido.

Para que ambos se recuperen un poco, el hombre les da agua fresca y les sirve arroz con verduras de una fuente de madera. Mientras sus invitados comen, se deja llevar por un arrebato musical y rescata el *kecaping* de su rincón para arrancarle una de aquellas melodías de aire andalusí. En tierra suena distinto, cierto es; pero la alegre voz de sus cuerdas sigue siendo bonita también lejos del mar. Jahan y Sofía dan buena cuenta del arroz y le dejan la fuente vacía. En realidad, el hombre se alegra de que hayan venido, aunque solo sea por la conversación. En casa se aburre bastante: su mujer no está muy habladora últimamente.

Cuando terminan de comer, se despiden y se disponen a partir de nuevo. Les espera un largo camino. A punto están ya de cruzar el umbral de la puerta, cuando algo les impide el paso. Hay algo en el suelo. Está atravesado delante de los pies de Jahan, como intentando llamar su atención.

Es el *kris* .

Jahan se queda parado un momento. Después, se agacha a recogerlo.

Cuando se gira hacia el hombre, este ya está retrocediendo con torpes titubeos y palabras de arrepentimiento. Jamás debería haber intentado apoderarse de aquel cuchillo, que de algún modo inexplicable ha encontrado el camino de vuelta a las manos de su dueño.

Jahan ha entendido lo que ha pasado y avanza hacia el ladrón, cuchillo en mano. Pero no va a herirle. Al menos, no en la carne.

Para sorpresa del hombre, Jahan no se detiene al llegar a él, que le espera encogido en tembloroso guiñapo, sino que lo deja atrás.

Va a la estancia de al lado. Una vez allí, se acerca a la mecedora. No le hace falta usar el cuchillo: la cabeza de la mujer se desprende solo con tirar de ella desde arriba.

Acto seguido la lanza rodando sobre el suelo. Al ver aquel atolondrado bolo llegar a tumbos hasta sus pies, el hombre ahoga un grito de espanto.

«No me la llevo, porque pesa», le dice Jahan, a modo de despedida.

No volverán a verlos por allí.

56
Acuarela

Muchas horas de carretera y muchos arrozales después, ambos llegan de nuevo al mar.

Jahan negocia con unos tipos del puerto. Quiere conseguir una embarcación que les permita recorrer una gran distancia de forma segura. «Una gran distancia»... Sofía se prepara para lo peor.

¿A dónde van? Lo que les había explicado el hombre no sonaba muy alentador.

—¿Quieres ir al lugar donde hundieron el barco de Ladjang?

—No. Ahí, nada. Pero esa zona conozco. Ollauri también. Si él no muerto, yo sé dónde ido.

—¿Un sitio de la zona, algún lugar seguro?

—Tú ya conoces.

Sofía se queda pensativa. Luego la arruga entre sus cejas se distiende, la frente despejada por la alegría.

—¿A casa de las gemelas?

—Sí.

Sofía le pide que espere, que haga el favor de acercarla a tierra de nuevo. Si van a volver a casa de Lucy Tjan, no quiere llegar con las manos vacías.

Jahan la mira con cara de impaciencia. Es mejor que no pierdan más tiempo. Ella, de todos modos, parece empeñada en comprar no sé qué.

—¿Cuál es la ciudad más grande de por aquí?

—Makassar.

—Y ahí, ¿tendrán supermercados?

—Sí. Supermercados. Y también policías.

Sofía medita un momento. Luego, de todos modos, decide arriesgarse. Le cuesta lo suyo convencer a Jahan de que vaya para allá, pero al final él accede y pone rumbo a la ciudad. Es cierto que no les llevará ni veinte minutos llegar a Makassar, la capital de la isla de la Estrella. Lo malo es que allí hay edificios altos y coches: justo el tipo de lugar que, en su experiencia, es mejor evitar. No debería hacer caso a Sofía; pero, no entiende cómo, ella siempre acaba saliéndose con la suya. Además, nunca se sabe qué hará a continuación… y cómo es posible que aún siga viva. Eso es lo que piensa Jahan cuando la ve saltar por la borda, aún a gran distancia del muelle, para que él no tenga que arriesgarse a atracar allí; subir después por una escalerilla de obra y finalmente desaparecer a la carrera, empapada y descalza,

entre la gente que pasea sobre el hormigón de aquel recién construido paseo marítimo.

Cuando vuelve, Jahan la está esperando cerca del embarcadero. Menos mal, porque va cargada: tres kilos de manzanas rojas y otros tantos de hielo, que gotean ya medio derretidos por el calor ecuatorial.

—Hielo no buena idea. Yo ya probado. Hielo manchas marrones en manzana. Luego manchas todo pudrir.

—En el barco cochambroso este, ¿hay refrigerador?

—Sí.

En la «cocina», la nevera resulta ser una caja de interior mohoso por la que ruedan un bote de kétchup y una lata deformada, a punto de reventar, que caducó en 1976.

No hay electricidad.

A bordo tampoco hay caja de hielo, así que los cubitos tienen las horas contadas. Al final, los tres kilos de manzanas color carmesí —i mportadas directamente de la Pérfida Albión a precio de oro y con un más que exótico aroma invernal—, acaban custodiadas como tesoros dentro de un particular cofre que idean entre los dos. Cogen una caja metálica y, colocándola en la parte más oscura del barco, la envuelven en plásticos para que el interior quede seco y la cubren con hielo. A ver si con un poco de suerte llegan sin deteriorarse demasiado.

De camino hacia allí, Jahan se come una. Sofía le echa la gran bronca, pero al final acaban los dos mastica que te mastica. Qué buenas estaban las manzanas… Qué dulce y ácido su jugo, en la boca; qué crujiente su frescura al despedazarse entre los dientes. Su forma perfecta parecía diseñada para la mano y acabar de inmediato con cualquier resistencia: una vez que la palma probaba su peso, a la ten tación cedía de inmediato también la boca, deseosa de reclamar los sabores prometidos. ¿Cómo es que no se había fijado antes en las manzanas, en todo lo que representaban? Deseaba de verdad que su amiga, que tanto las añoraba, pudiera por fin probarlas.

Pero tienen que dejar de comérselas… ¡Han de llegar a su destino! Sofía vigila el estado del hielo: desapareció a los pocos minutos. Propone que pongan las manzanas dentro de algún recipiente y las cuelguen de manera que vayan secas, pero dentro del mar, sumergidas en el agua fresca. Jahan dice que no sabe qué agua fresca será esa, que por allí de eso no tienen. Y que se lance un rato al mar si no sabe de lo que habla.

Durante algún tiempo continúan avanzando hacia el oeste, desandando el camino andado en una dirección que, por algún motivo, ambos perciben como un ir «hacia atrás». Los dos se sienten impulsados justo hacia el extremo contrario de los mapas. Pese a todo, deben regresar. Tienen que encontrarle. Falta una isla en aquel

archipiélago de tres, aunque dentro de sí ambos saben que muy probablemente ha sido ya engullida por el mar. El mar. Alguno de los de por allí, porque esta región inmensa contiene tantos mares como islas, cada uno con sus colores, su carácter, su paisaje. Sofía piensa en la palabra que pertenece a su idioma, la que ella conoce: «archipiélago». La inventaron hace miles de años aquellos que cierta vez en uno habían acabado perdidos. El término griego no habla de un conjunto de islas, sino de un conjunto de mares. Un mar que es muchos: eso era lo que significaba literalmente aquella palabra que del Mediterráneo venía.

—Tú atenta. Nos siguen.

Jahan le señala una embarcación que llevan detrás desde hace unas horas. Ella, sin embargo, no consigue ver nada. Solo distingue algún carguero, pequeñas islas y conos de volcanes en la lejanía. De todas formas, Jahan da un rodeo increíble por temor a que alguien pueda estar siguiéndoles; algo que, por fortuna, resulta ser solo pura paranoia engendrada por una excesiva precaución.

Al amanecer, ante ellos surge por fin la isla que buscan. Sofía reconoce de inmediato la colina, los bananos y la casa colonial con sus estucos azules. Alrededor el agua parece un espejo; una quietud espectral convierte la isla en un plano fijo, una acuarela.

Van aproximándose al pantalán; la dueña de la casa no está a la vista. Ambos se miran, preguntándose en silencio si encontrarán allí a quien han venido a buscar… O incluso a alguien en absoluto.

Nada parece moverse. Una música lejana, como de radio antigua, se expande por el aire tropical, que ya a esta hora envue lve la isla con su calor insoportable. Sí, sí que hay alguien en la casa.

Jahan se alarma un poco: aquella música no suele presagiar nada bueno. La última vez que Ollauri y él llegaron a la isla y a recibirlos salió solo aquella canción, Lily se encontraba en la parte de atrás, a punto de usar una cuerda de la peor de las maneras. Jahan le pide a Sofía que no espere a que él termine de amarrar, que salte ya a tierra y vaya corriendo dentro.

Sofía obedece, preocupada. Gracias a dios, al acercarse a la casa ve una figura asomarse por la puerta. Es Lucy, ataviada con su bata de seda roja y maquillada como si fuera su turno de salir a escena.

—¿Quieres desayunar, querida? —l e pregunta, igual que si acabara de verla hace cinco minutos—. He preparado un kilo de bizcocho de *pandán* y sería una pena que se echara a perder… Ven a probarlo, a ver qué te parece.

Jahan se une a ellas en el comedor. También le pide que por lo que más quiera baje la música, que así no pueden ni hablar. No hace falta que la quite del todo, puntualiza, a sabiendas de que ella no se encuentra muy bien. Suele usar la música cuando siente que las cosas

están escapando de su control y que la otra está a punto de destruírselo todo. A veces, ni siquiera con la música es capaz de evitar que suceda lo peor. Pero esta vez no va a ocurrir nada malo: ahora están ellos, han venido a acompañarla.

Sobre la mesa hay dos enormes fuentes de bizcocho verde, cortado en trocitos pequeñísimos. Lucy les sirve una gran cantidad de ellos, y un batido de coco. Una vez que los tiene sentados a su mesa, empieza a hablar. Es el momento de que sepan aquello que debe decirles.

—Habéis tardado mucho en llegar. Os esperaba.

—Pasar algo horrible. Miedo. Nosotros… Venir para preguntar algo.

—Lo sé.

La china le sirve otra ración.

—Mira el aparador, Jahan. Ahí tienes tu respuesta.

Él levanta la vista hacia ella, confundido y un poco asustado. No sabe si Lucy está entendiendo a qué se refiere; y, si lo ha entendido, le da miedo volverse y encontrar la respuesta.

Encima del aparador hay un trozo largo de cuerda, desenrollado. Está oscurecido de puro viejo y tiene los extremos ligados para que no se deshilachen, con un tipo de nudo que Jahan reconoce de inmediato. Al verlo, se levanta de su silla muy agitado. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha salido a recibirles? ¿Qué le pasa?

La china le pide que se tranquilice y que se siente. Sí, Ollauri está en la casa. En cuanto terminen de desayunar, los llevará con él. Pero deben estar preparados: él no está… Él es un poco distinto a como le recuerdan.

Jahan la escucha, demudado. No va a comer más, le dice. Ahora va a llevarlos a donde está Ollauri. De inmediato.

La china le sonríe inmutable, como si en lugar de haberle hablado en aquel tono —q ue jamás le ha oído emplear—, le hubiera dicho algún piropo. Después, recoge parsimoniosamente los platos y al final, de todos modos, obedece.

Los tres recorren aquel laberinto casi a la carrera, cruzando estancias y pasillos tan repetitivos que podría pensarse que están caminando en círculos. Sofía cae presa de la angustia. Supone que si se siente así es solo porque se ha contagiado del estado de ánimo de Jahan, que está visiblemente alterado; pero no está segura. La verdad es que, a pesar del desprecio, el miedo y el odio que ha llegado a sentir por Ollauri, el pensamiento de que puedan haberle hecho daño le produce un gran sufrimiento.

Ya cerca del dormitorio, a recibirlos sale un olor inesperado. En el aire, cada vez más cargado, flota un aroma animal; una mezcla de rancias emanaciones que les golpea el rostro con contundencia de puño.

Para Sofía, que ha sido urbanita toda su vida, se trata de un olor poco familiar, pero no totalmente desconocido. Su primer encuentro con él tuvo lugar de la manera más insospechada: durante una excursión, un verano ya muy lejano. Ella y Máximo estaban recorriendo un valle de las afueras de la ciudad, el único que él había accedido a visitar porque no quería pasar demasiado tiempo lejos del texto que estaba escribiendo. Al doblar un recodo cualquiera, allí estaba. El olor interrumpió la conversación, dejándoles sin habla. Venía acompañado de cierto tipo de silencio: el que rodea las cosas que sonaron, que alguna vez habían respirado. Delante de ellos, como uno más de los montículos del camino, descansaba el cuerpo de un carnero; el cofre de sus carnes ya abierto por las alimañas y cortejado por los implacables ejércitos del aire y de la tierra.

Ese mismo olor es el que flota en el interior de la casa de Lucy Tjan.

Aquel pavoroso heraldo ha llegado también hasta la nariz de Jahan, dejándole la cara petrificada en una máscara de terror.

Finalmente llegan a la estancia: se trata del dormitorio de Lucy. Es ahí donde ha colocado a Ollauri, cediéndole su propia cama. La china les hace pasar, apartando la cortinilla de cuentas de madera. Allí, entre decenas de macetas desbordadas y cachivaches varios, hay una cama muy baja de madera maciza. Bajo las sábanas se adivina un cuerpo desmadejado: es el de Ollauri.

57
Un trozo

Su cabeza impresiona un poco. Las facciones parecen más finas y profundas, como si la carne hubiera descendido a reposar sobre el hueso; y la piel, perdido el color, convierte su rostro en una talla de cera.

Un movimiento de la nuez, que de improviso parece deslizarse bajo la piel de su cuello, arranca un gemido a Jahan. Sí, está vivo.

—Cada vez que abre los ojos, te llama —l e susurra Lucy—. Yo siempre le digo que llegarás al día siguiente. Así me aseguro de que por la mañana… vuelve a despertarse. Llevamos días así.

Jahan mira el cuerpo en la cama, lo delgado que parece. Tiene una mano sobre la sábana y está en una postura algo extraña. Jahan quiere colocarlo mejor, pero ella le detiene con un gesto y le pide que lo deje estar, que no lo toque.

Lucy explica que Ollauri había tenido mucha suerte. Por lo visto, antes de que el barco de Ladjang terminara de hundirse por completo, le habían recogido unos pescadores de la zona. Aquellos hombres le llevaron hasta donde él les indicó: el único lugar donde habría podido refugiarse, en su estado.

Jahan la mira sin entender del todo. ¿Estaba medio ahogado, eso quería decir?

Por toda respuesta, ella se acerca a la cama y levanta la sábana.

La vaharada de aire inmundo que se alza del interior de la cama llega a cortarles la respiración.

—Ahora ha mejorado un poco… Cuando llegó a mi casa el olor era aún peor. Pienso que llevaba así ya algún tiempo, antes de que le abandonaran en el mar.

Sofía no se atreve a mirar y descubrir qué se oculta detrás de aquel siniestro «así» que había pronunciado la china. Cuando por fin se obliga a dirigir la vista hacia allí y ver qué hay debajo de la sábana, no llega a entender de inmediato lo que descubren sus ojos. Le cuesta un momento recomponer la imagen en su cabeza; lo que significa.

El brazo derecho de Ollauri no tiene una forma normal. Del codo para abajo está hinchado como el cuello de una bota, y parece haber adquirido un espantoso color violáceo. Al llegar al pulso, todo desaparece de pronto en unos costurones rígidos, como cosidos con un cordel que se hubiera vuelto costra. La mano no está.

Sofía se tapa la boca. Después, intenta mirar hacia otro lado.

Lo mismo le había ocurrido a Ollauri, al intentar dirigir los ojos

hacia su propio brazo: le costaba reunir el valor para mirarse.

Cuando aquellos pescadores le habían dejado en casa de Lucy, todavía conservaba parte de la mano. Había perdido los dedos, eso sí. Cuatro habían acabado tronchados a golpes de hacha, un castigo común a bordo de los barcos *bugis* . Para evitar que se desangrase, le habían sellado la herida a fuego vivo y en el acto. Ollauri había perdido el conocimiento mientras le suministraban aquel «tratamiento». Después de aquello había estado inconsciente no sabe cuánto. Cuando por fin volvió en sí estaba completamente desorientado, y el dolor le impedía incluso hablar: no le salía la voz de la garganta. Pero lo peor no era el dolor, ni el horror de bajar la mirada hasta aquel barranco de carne en el que se había convertido su mano. Lo peor era saber que aquel trozo que faltaba era solo el inicio: para él estaba claro que no había terminado todo con el tajo. El cuerpo acabaría descosiéndosele por ahí. Estaba seguro.

El abordaje del clan rival, que él mismo había provocado, fue terrorífico. Por primera vez en su vida se sintió frágil, un ser débil e incapaz que necesitaba esconderse. Tenía el cuerpo paralizado e inutilizado, y la mente obnubilada por el recuerdo de un gran dolor que no entendía si era presente o pasado. Intuyendo la carnicería que iba a producirse a bordo, se arrastró como pudo hasta uno de los pañoles y se ocultó allí, encogido y retorcido como una piltrafa humana. A ratos perdía el conocimiento, y los ruidos de pesadilla que oía en la cabeza resultaban, al abrir los ojos, ser reales. Alaridos, golpes, quejidos; un crujir bestial de huesos y maderas.

En un momento determinado, la cubierta quedó en silencio. Se habían marchado. Después de unos instantes, se oyó una tremenda explosión que procedía de abajo, como si algo les hubiera reventado la bodega.

Cuando Ollauri supo que se encontraba solo en el barco, y que el mar empezaba a entrar en él, deseó con todas sus fuerzas volver a quedarse inconsciente. Terminar así. Sin decisiones, sin luchar. Por fin libre de aquel peso constante que había sentido cada segundo de su vida: el de su propio cuerpo, el de tener que rescatarse a sí mismo a pulso a cada momento, con la sola fuerza de sus brazos. Ahora, de su brazo. Pero por desgracia o por fortuna aquel momento del naufragio no fue como él quería. No estaba inconsciente, sino bien despierto. Con un trozo de menos, pero con el mismo ímpetu de siempre: la rabia de la dentellada, la fuerza furibunda del que no tiene nada que perder. Y se sacó a sí mismo del barco. Y nadó, aunque fuera a brazadas mancas. Y gritó con todo el aire que le quedaba en el pecho, hasta que aquellos malditos pescadores por fin se decidieron a recogerle. Mucha suerte, la suya: no la de él, sino la de ellos. Y es que, si llega a estar en condiciones, les habría sacudido sin dudarlo en cuanto hubieran

llegado hasta él: por pensárselo durante tanto tiempo antes de acercarse con la barca, los muy hijos de puta.

Una vez a bordo, Ollauri entendió que los dos hombres habían reconocido el barco de Ladjang y, desconociendo cuál era la situación, a ambos les había dado miedo intervenir y arriesgarse a represalias posteriores. Al final, afortunadamente, habían acudido en su ayuda y lo habían llevado hasta la isla de las gemelas.

Según Lucy, cuando los dos pescadores lo habían dejado en su casa, Ollauri estaba todavía consciente la mayor parte del tiempo. Ella lo había acogido y curado de buena gana; que espacio y medicamentos en aquella casa desde luego no faltaban. Los fortísimos analgésicos que se gastaba la china —l a mayoría al límite de la legalidad, cuando no de la cordura— habían surtido su efecto. Si no bastaba con las hierbas tradicionales, pues se echaba mano de las cocciones químicas del laboratorio de su «farmacia»… Y así había conseguido aliviarle al principio. Pero el olor… Aquel olor que procedía de su brazo seguía allí; y además se estaba acentuando. La amputación, la quemadura, la tremenda herida sellada con aquel método bárbaro… Lucy intuía que, tarde o temprano, habría que intervenir. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero tardó todavía algunos días en sentirse preparada.

Él tampoco lo estaba. Nadie puede estar preparado para algo así.

Una noche, Lucy le inyectó una de sus recetas especiales para dejarle fuera de combate durante horas.

Con un temple sobrehumano, sola y bajo la luz de la lamparilla, la china comenzó su tarea: corregir aquella herida, deshaciéndose de la parte de carne ya podrida para impedir que la gangrena le subiera brazo arriba.

Tras atar el brazo de Ollauri con un prietísimo torniquete, cogió su *eyeliner* y procedió a trazar sobre la piel del pulso una línea negra. Esa línea firme y definida sería el nuevo borde de la herida, que así quedaría sobre piel sana, no abrasada. Con esa idea delineó un dibujo que señalaba por dónde se disponía a cortar. Calculó con cuidado la forma y la distancia, de modo que, una vez concluida la operación, la capa de piel sobrante fuera suficiente para cubrir el muñón, sobreponiéndose sobre él como dos grandes labios triangulares. No era complicado: se trataba de la misma técnica que se usa para cortar el papel de los regalos. Una vez definida la línea, Lucy comenzó a cortar la piel. Para ello usó el instrumental de su padre, que había guardado toda su vida y mantenido a punto como se hace con los objetos de verdad queridos. ¡Quién le iba a decir que el momento de usarlos llegaría de aquel modo!

Nada más abrir, hurgó en aquel amasijo rojo con una tenacilla, en busca de las venas principales. Cuando las tuvo localizadas, tiró de

ellas con cuidado hasta que quedaron asomando lo suficiente, las cortó por donde necesitaba y las ató de inmediato con un hilo de seda.

Ahora que tenía la piel cortada de manera que pudiera cerrarla después, la separó poco a poco de la carne usando una varilla metálica; y, ya con el campo despejado, se dispuso a examinar la situación. Cortar el músculo no era un problema: en aquella parte del cuerpo lo complejo era más bien el entramado de la articulación. Incapaz de remendar el desaguisado de astillas que el hacha había dejado tras de sí, Lucy optó por elegir el tope de la muñeca como nuevo punto de partida. Sabía, eso sí, que sin una tercera persona que la ayudara a sujetar el brazo, no tendría fuerza suficiente para seccionar el hueso por donde pretendía. Para solucionar el problema, pensó en las técnicas que solía emplear para el deshuese en su cocina: la macheta chuletera y las tenazas del marisco podían hacer milagros. Ahora bien, en aquella postura y sin ayuda, le sería imposible conseguir una sección limpia con aquellas herramientas. Optó entonces por recurrir a otro instrumento que permitía mayor precisión con menor fuerza: una segueta de carpintería.

En unos minutos que par ecieron eternos, la china fue segando poco a poco todos los huesecillos «sobrantes» que quedaban por encima de la muñeca, mientras un polvo rojizo, hasta hacía unos segundos hueso y tuétano de Ollauri, caía sobre el suelo.

Una vez terminada la operación, volvió a ajustar el punto donde el nudo de seda interrumpía las venas. Luego cubrió el conjunto con los colgajos de piel sana, recién cortada. Cosió pacientemente los pliegues de aquella tela tan particular, desinfectó y vendó el nuevo muñón, y retiró el torniquete.

Y, por último, lo más importante: fregar a conciencia las baldosas de terracota pintada… Estaba horrorizada de ver la mancha que había quedado sobre el suelo.

El olor seguía allí, pero Lucy aseguraba que había mejorado considerablemente y que se estaba desvaneciendo poco a poco. Al menos, eso le parecía a ella… Y si no era así, pues ventilaba más y se convencía de que su operación había sido un éxito. Ollauri, por su parte, permanecía en otro lugar casi todo el tiempo; ya fuera por la fiebre que seguía atormentándole los pensamientos, o por las pastillas de opio que la china le suministraba.

Jahan se negó a separarse de la cama. Toda la noche pasó a su lado, en el suelo. Algo le decía que podía ser aquella la última oscuridad; aquella estancia, la de la despedida.

A pesar de todo, a la mañana siguiente Ollauri se despertó.

Al ver a Jahan a su lado, algo se le movió dentro y empezó a toser. Después, con los ojos brillantes de una ira sin fuerzas, musitó: «Por qué has tardado tanto, hijo de puta».

Los días que siguieron fueron los peores. Ambas mujeres sospechaban que Ollauri había estado esperándole antes de dejarse arrastrar por una marea que ya no volvería a traerle de vuelta.

Sin embargo, con la llegada de Jahan todo comenzó a mejorar. La recuperación que ya vislumbraba Lucy aceleró sus tiempos, y el paciente empezó a dar guerra. Pedía las famosas pastillitas a todas horas, a grito pelado y con sus maneras habituales; y la china tuvo que ponerse firme para que no acabara enganchado, eso si no lo estaba ya.

Su brazo seguía teniendo un aspecto lamentable, pero los atentos cuidados de Lucy y sus hábiles costuras parecían haber acabado alejando el peligro. Efectivamente, el olor fue desapareciendo.

Una mañana cualquiera, Ollauri se presentó en la cocina en calzoncillos y exigiendo que le dieran de comer algo decente, que estaba hasta el gorro de que le alimentaran con pastelitos… Y que quitaran de una vez «aquella musiquita de los cojones».

Una buena señal.

Pero lo que definitivamente le devolvió a flote fue ver aquello que Jahan y Sofía habían traído como *souvenir* de Bali, envuelto en coloridos papeles de caramelo… Allí había suficiente oro como para poder solucionarles la vida a los tres durante una buena temporada. La imaginación le volaba con alas renovadas.

A los dos días, ya estaba preguntando por el holandés e ideando métodos para ejecutarle.

Sofía le miraba de reojo mientras él fumaba torpemente con la mano izquierda, siempre apartando la vista de su propio cuerpo. Solo de pensar que aquel brazo mutilado pudiera ser el suyo, Sofía sentía una especie de vértigo. No sabía si ella habría podido lidiar con la visión monstruosa de aquella rama mochada, absurda sin mano que le diera sentido.

—¿Qué vas a hacer… ahora? —m usitó casi sin darse cuenta, incapaz de dar forma a lo que pensaba.

Él dio una calada al cigarro.

—¿Pues qué voy a hacer? Tirar *pa'lante* … Y buscar mujeres de una sola teta.

—Dificilillo: no creo que abunden, en el mar, las amazonas… —l e dijo ella, por seguir con aquella broma triste.

—Te sorprenderías.

58
El corazón de una manzana

Lucy los llama dentro, muy alarmada. Una embarcación desconocida se aproxima a la isla a toda velocidad. En un santiamén, activa sus medidas de emergencia. Corre la mampara que, lejos de ser el aparador de farmacia que aparenta, da paso a su «otra cocina»; y les pide que se escondan allí de inmediato. En aquella angosta habitación, saturada de pesadísimas esencias y medicamentos chamuscados, los tres pasan la siguiente hora encogidos y en silencio. Aquella medida de seguridad resulta, al final, innecesaria: la nave parece alejarse.

Es todo un alivio salir por fin de aquel escondite. Jahan comenta de pasada que Sofía y él también se habían sentido observados de camino a la isla. La china le lanza una mirada de indignada incredulidad: ¿Cómo se les ocurría dirigirse hacia allí, sabiendo que tenían compañía? Las consecuencias que «para ella y su hermana» podía tener una visita casual de los guardacostas —y el siempre temido registro de la casa— eran demasiado graves como para tomarse el asunto a la ligera. Jahan la tranquiliza: había sido solo una impresión, una falsa alarma; igual que hacía solo unos instantes.

La china, de todas maneras, pasó ya toda la tarde muy nerviosa. Llegó incluso a bufar a Sofía cuando esta la invitó cariñosamente a que se comiera de una vez la única manzana que había llegado hasta allí sin estropearse. Lucy la había colocado en una especie de altarcito a la entrada de la casa, como si fuera la misma hostia consagrada. No, no pensaba comérsela; y no le gustaba que le dijeran lo que debía hacer o dejar de hacer con un regalo… Para rematar, al ver que Ollauri dirigía la mirada hacia allí —m ás que nada, porque no conseguía entender qué diablos hacía una fruta solitaria sobre un triple pañito bordado—, le informó de que, si se le ocurría ponerle los dedos encima a su manzana, cogería de nuevo el escalpelo y repetiría la operación con la mano que le quedaba. Y todos sabían que lo decía en serio.

A las pocas horas, el episodio volvió a repetirse. Alguien merodeaba cerca de la isla, estaba claro. Sofía pensó de inmediato en el holandés. Era muy difícil que los hubiera seguido hasta allí, especialmente después de su periplo por la isla Célebes, pero no imposible. Al fin y al cabo, deberían alegrarse: se suponía que aquello formaba parte del plan; llevarlo hasta Ollauri, ponerlo en sus manos… O más bien «en su mano», dadas las circunstancias. No, aquel era el peor de los momentos. No sabían con qué medios contaba el holandés, y si aquel

ataque por sorpresa los dejaría totalmente indefensos .

Desde la casa escuchan cómo, por un altavoz, se exige a cualquier persona que se encuentre en la isla que se presente de inmediato en el embarcadero. Allí acaba de apostarse una patrullera con la bandera del país.

No es el holandés… Es la policía.

Lucy Tjan se queda paralizada en mitad de la habitación. Los demás echan a correr atropelladamente por la casa, en busca de un lugar en el que esconderse. Incapaz de encontrar de nuevo la cocina secreta de la china, Sofía recuerda que en uno de los patios hay una habitación de más, una especie de despensa que se oculta a la vista gracias a la estructura tramposa de uno de los pasillos. Es allí donde acaban escondidos.

Una vez dentro, inmóviles contra la puerta, se miran unos a otros sin saber qué hacer. Pasados unos minutos, Sofía reacciona por fin.

—Hay que salir. No podemos dejarla ahí fuera, sola.

—Tú haz lo que te venga en gana. Yo no voy a dejarme arrestar a lo tonto; nosotros no podemos correr ese riesgo.

—No sabemos lo que quieren… Quizá se trate solo de un malentendido.

—¡Es la policía!

—¿Y qué? Saldré yo: a mí, al fin y al cabo, no me buscan por nada. No tengo ningún motivo para huir de la policía.

—Nadie lo tiene, hasta que se encuentra con ella. ¿Es que todavía no te has enterado de dónde estás, de cómo funcionan las cosas por aquí? ¡Ya va siendo hora de que empieces a pensar, y bajes de una puñetera vez de esa nube de fantasía en la que vives! Mira… ¿Sabes lo que te digo? Sal ahí, sal… Compruébalo tú misma. ¡No seré yo el que se interponga en tu camino si quieres acabar con brazos y piernas amoratados, encerrada en el calabozo de una isla perdida, a merced de esos hijos de la gran puta!

Sofía abre la puerta. Aquella última frase de Ollauri es precisamente la que le da la fuerza, surtiendo justo el efecto contrario al que él pretendía. ¿Es así, como él ha descrito, como puede acabar Lucy si ella no está allí para ayudarla? No, es aún peor: en el Archipiélago, el tráfico de drogas se castiga con la pena capital.

Al ver que ella va efectivamente a salir de la habitación, Ollauri la sujeta por el brazo.

—Tú te quedas aquí. ¿Lo has entendido?

—No. Y sí.

Después, Sofía se lo sacude de encima y sale por la puerta.

Una vez solos, Jahan le grita, muy agitado.

—¡Por qué tú hace eso! ¡Ahora ella peligro, por tu culpa!

—¡Baja la voz, que nos van a oír, carajo! ¿Pero qué coño dices? ¿No

has oído lo que le he dicho? ¡He intentado por todos los medios que se quedara aquí!

—¡Tú no entender nada! ¡Tú dices no, ella dice sí! ¡Tú siempre obligar, gritar; entonces, ella, contrario! Ella nunca obedecer. Solo hacer caso si ve ella misma que tú razón, que de verdad tú fuerte. Si confía. Entonces, posible juntos. ¡A eso, no posible obligar! ¡Tú, muchas, muchas; pero tú no entender nada de mujeres!

Fuera se oyen unos golpes. Los policías están registrando la casa.

En cuanto ven a Sofía, la arrestan: es a ella a quien han venido a buscar. Por lo visto, llevan unos días siguiendo el rastro de una embarcación robada cerca de Lombok. Una pareja de turistas, abandonados a su suerte en un atolón, había acabado denunciando a un nativo y a una mujer española por «intento de secuestro». Tenían fotos de ellos para aburrir: además de paisajes torcidos y un sinfín de autorretratos, en la cámara de los recién casados había también fotos de Sofía y de Jahan, que salían de refilón en el barco. Si bien Jahan, de espaldas y al timón, podía ser cualquiera de por allí, la mujer resultaba fácil de identificar: era claramente aquella que ahora tenían justo delante.

Pese a todo, el hecho de que hayan arrestado a Sofía no es lo peor que está sucediendo en la casa.

Sofía se lo lee en los ojos a Lucy, que tiene la cara descompuesta por el miedo.

Hacía unas horas, tras haber estado escondidos en «la cocina alternativa» de la casa, Jahan, Ollauri y Sofía habían salido de ella descuidadamente, olvidándose de cerrar la mampara que ocultaba aquella habitación secreta.

Los policías la habían encontrado sin necesidad de buscarla.

Allí había de todo: era un laboratorio casero lleno de pruebas más que evidentes de que en la isla se sintetizaban sustancias de uso recreativo para su distribución.

En este momento, uno de los policías está sacando de allí bolsas de plástico repletas de algo que por lo visto no son pastillas para la tos; y el otro ya ha pedido refuerzos por teléfono. Han arrestado a ambas mujeres y se sienten pletóricos. Aquel hallazgo inesperado, aquella detención… Todo parece una operación de altos vuelos, y además completada con éxito: es probable que hasta los condecoren por ello.

Mientras uno de los policías se incauta de algunas de las bolsas, el otro espera junto a las mujeres en la sala. No disimula su complacencia, sonriendo de oreja a oreja; y se rasca relajadamente la pechera de la camiseta interior, que asoma llena de lamparones bajo el uniforme desabotonado. Por un momento se queda mirando un objeto extraño, color carmesí, que hay apoyado sobre una especie de altar en un rincón. Cuando se da cuenta de que es una manzana, le

echa la mano de inmediato.

Lucy no dice nada, solo se siente quebrar las rodillas y se apoya contra la pared.

—Yo que usted no haría eso —l e dice Sofía, esperando que el policía hable inglés.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque… Porque es una manzana decorativa. Está pintada con acrílico, para que brille. Podría usted envenenarse.

El policía suelta una risotada de desdén. Después le da uno o dos bocados, y lanza el corazón medio mordisqueado al suelo, delante de las mujeres.

—Si me da una indigestión, ya la llamaré para contárselo… Ahora, andando.

Los policías llevan a las detenidas a la patrullera. En unas horas llegarán allí los de la Agencia Nacional de Narcóticos a ocuparse de la casa y de la isla. Mientras tanto, ellos ya han cumplido con su trabajo; y bien orgullosos que están. Casi se les ha olvidado aquella historia de los turistas chillones a los que habían abandonado con una barca robada o no sé qué.

Para alivio de Sofía, los policías parecen darse por satisfechos con la mercancía que de momento se llevan como prueba; y solo registran un par de habitaciones más antes de cansarse del laberinto de cámaras y recámaras que dan forma a aquella casa interminable. Jahan y Ollauri permanecen aún a salvo en el interior. Al menos, hasta que lleguen más policías.

Lucy nota que las piernas le tiemblan un poco mientras se deja escoltar hasta la patrullera. Uno de los agentes, el más joven, camina tras ella imitando burlonamente sus pasitos de dama oriental. La china se da cuenta, pero no cambia en nada su actitud. Solo deja que las cosas sigan su curso inevitable, como si se viera arrastrada por las aguas hacia un inmenso sumidero. Cuando el hombre la empuja para que suba a la embarcación, da un traspiés y cae de bruces. Los hombres se ríen. El rostro de Lucy, a pesar de todo, permanece inalterable como el de una paloma: idéntico a sí mismo mientras el halcón le desgarra el vientre.

Antes de subir a la patrullera, la mujer alza suavemente la mano y, con su afectación habitual, les ruega que se detengan un momento. Ha de volver a la casa. No puede partir así, sin nada. Necesita, al menos, algo con lo que asearse; sus enseres personales, algún objeto querido que pueda acompañarla. El policía resopla. No tienen tiempo para tonterías. Además, ¿para qué quiere asearse? En la cárcel de mujeres donde va a acabar, no tendrá mucho tiempo de ensuciarse, se lo aseguran: con sus cargos, el juicio suele ser rápido. Y después, ya no tendrá que volver a preocuparse nunca por cuestiones higiénicas… Ni

por nada más.

Lucy insiste, decidida. Uno de los policías la acompaña de nuevo al interior, donde ella recoge algunas cosas de uno de los cajoncitos de su aparador. Al salir, acaricia tristemente la suavidad de la caoba y deja que sus ojos se despidan de aquel lugar, tan estrecho y tan odiado, que al final ha resultado ser en el mundo su único refugio.

Ya a bordo, Lucy no mira hacia atrás. No quiere ver su isla desde aquella perspectiva, desapareciendo diminuta en la inmensidad del mar. Como ella misma.

En cierto momento se inclina hacia Sofía, que observa nerviosamente la estructura de la embarcación y maquina maneras de escapar de ella.

—Querida… Tengo que pedirte algo.

—Claro. Dime qué necesitas.

—Yo quería pedirte que… que por favor vuelvas a la isla y… cuides de mi hermana.

Sofía baja los ojos, apenada ante aquella petición imposible.

—Cuando yo ya no esté, ella… No podrá ocuparse de sí misma. Nunca ha podido: sin mí, no es capaz de seguir adelante. Ni enfrentarse al nuevo día puede, por las mañanas. Está muy enferma... Creo que le sucedió algo terrible, ¿sabes? Pero nunca ha querido contarme lo que fue.

Sofía le sonríe para tranquilizarla: por supuesto, hará lo que le pide y se ocupará de la otra gemela lo mejor que pueda. Pero no han de pensar en eso ahora, porque no será necesario. Todo va a solucionarse, escaparán de allí y volverán a su isla. Ya verá.

Lucy Tjan mira hacia las nubes, sin contestarle. No, eso no va a suceder… Su isla ya no es suya, lo ha perdido todo. Y muy pronto perderá también lo único que importa, colgada de una cuerda mientras la gente la ve despojada de todo decoro y dignidad. Ya no hay vuelta atrás.

59
Bajo el árbol del *frangipani*

Con el calor y el vaivén de las olas, ambas se quedan amodorradas bajo el toldo de la cubierta. Por eso a Sofía no le extraña demasiado cuando siente la cabecita de la china apoyarse desmayada sobre su hombro. En cierto momento, aún con los ojos medio cerrados por el sopor, nota que tiene a Lucy tendida en el regazo, dormida. Al menos eso parece, salvo por el hecho de que no es capaz de despertarla. Aunque intenta moverla —p rimero suavemente, luego ya con impaciente brusquedad—, Lucy no reacciona. Alarmada, Sofía llama a los policías. De pronto repara en un objeto que hay en el suelo y que parece haber rodado desde las manos de Lucy: es un pequeño vial, similar a los que se usan para las muestras de perfume. Y es que no eran enseres personales lo que su amiga había entrado a recoger del aparador, en aquella última visita a la casa. Cierta combinación de esencias le había bastado para la despedida.

Su último pensamiento había resultado ser, inesperadamente, de amarga contrariedad: el olor era ácido, las medidas no eran las correctas.

Entre los éteres venenosos que la china guardaba en las vitrinas de su casa —y que de algún que otro visitante incómodo la habían librado—, siempre había un frasquito preparado para sí misma. Uno con el que escapar de todo si era necesario. Una vez abierto, bastaba con aspirar un poco de las volátiles sustancias que contenía. La esencia nublaba la vista en menos de un segundo, dejándote caer suavemente en una oscuridad de la que ya no se volvía a salir jamás. Su padre le había enseñado a elaborarlo. Aquel era uno de los preparados esenciales en sus anaqueles de médico. Él mismo, igual que su padre y su abuelo, se había visto obligado a usarlo en algunas ocasiones para ayudar a dar el último paso a los enfermos que así lo solicitaban. La infalibilidad de aquel aroma se había comprobado durante varias generaciones.

Lucy había añadido algo de su propia cosecha. La versión que había preparado para sí misma contenía también cierta dosis de perfume: si había de ser aquel el último aire que por su nariz entrara, quería que fuese suave y tibio como el que se respira bajo el árbol del *frangipani* . Pero no le había salido bien, y el olor era agrio. No era culpa suya: habría sido imposible ajustar la receta a su gusto y vivir para repetirla. Es el problemilla que tienen los venenos de autor. Esa había sido su última reflexión, antes de abandonar este mundo.

Cuando uno de los agentes acude a ver qué pasa y se encuentra con aquel panorama, se enfada muchísimo. Una mujer muerta a bordo no es una buena noticia: les harán preguntas, y quedará empañado su éxito como responsables del arresto de una «peligrosísima traficante»… Que peligrosa no parecía, cierto es; pero que desde luego tenía en su casa un alijo de una magnitud como ninguno de los dos había visto en toda su vida.

Al ver que el policía, para comprobar si la mujer reacciona, le propina un puntapié en la tripa, a Sofía se le encienden de rabia hasta las orejas. Luego, cuando comprende la idea que se está formando en la mente del hombre —e char a la muerta por la borda y llevarse solo a la viva, que también les sirve como «peligrosísima traficante»—, los pensamientos empiezan a girar rápido en su cabeza, formando un vórtice incontrolable que acaba por dominar su cuerpo y sus acciones sin su permiso.

Ni siquiera entiende cómo, y ya está sentada sobre los riñones del hombre. El policía se debate de bruces sobre el suelo, sin saber por dónde le ha venido ni qué pretende aquella loca. Ya había dicho él que a aquellas dos elementas había que esposarlas… Pero su compañero se había reído en su cara, así que no había insistido más. Qué manera tan desagradable de comprobar que uno tenía razón.

De pronto se siente algo en la boca, como un trapo. Es parte del vestido de la china, que Sofía le ha enroscado en la cabeza a modo de brida.

Sofía no sabe lo que está haciendo. Sus manos, sí. En aquella situación de emergencia, imitan instintivamente algo que había visto hacer a Ollauri para sujetar a un hombre más grande que él.

El policía patalea. Sofía se cae hacia un lado, pero no suelta la tela. No, no la suelta. Tira fuerte de ella hacia atrás, apoyándole un pie en la columna y volcándole la cabeza hacia la nuca. En cierto momento se oye un crujido, un sonido similar a un chasquido de nudillos. Sofía piensa que ha sido el cuerpo del hombre al agitarse contra la cubierta. O quizá no. El crujido parece más bien haber surgido de dentro, de debajo de la carne.

La cabeza del policía, que ya no opone resistencia, cuelga blandamente hacia un lado. La tela mordida está oscurecida, empapada de saliva.

Sofía mueve al policía, asustada. Una parte de sí se despierta por fin, y, horrorizada ante lo que sus manos han hecho para protegerla, desea con todas sus fuerzas que el hombre vuelva en sí.

La situación empeora: el otro policía, alertado por los ruidos, sale a ver qué está ocurriendo.

Por puro instinto, Sofía se queda tumbada donde está, inmóvil.

El policía mira confundido los tres cuerpos. Sacude a su

compañero, que no reacciona. Ve a las dos mujeres tiradas también y se pregunta qué narices ha pasado allí. Algo le llama la atención: hay un frasquito en el suelo. Lo levanta, lo mira a contraluz. ¿Qué es aquello? Se lo acerca a la cara. Qué extraño perfume, piensa. Nunca ha olido nada semejante. Acto seguido, cae fulminado sobre la cubierta.

Sofía se ha quedado sola, sobre la patrullera en marcha. Las olas pasan a toda velocidad. Junto a ella reposan el cadáver de su amiga y los de los dos policías.

¿Y ahora, qué va a hacer?

Quizá debería simplemente saltar al agua y alejarse de allí, pero no sabe la distancia que la separa de la isla más cercana. No quiere tragarse medio mar de Java o, peor aún, que algo acabe tragándosela a ella. Los policías habían hablado de tiburones; y, aunque cree que solo pretendían asustarlas para que no escaparan saltando por la borda, no puede estar segura de si mentían. No, no es una buena idea abandonar el barco. Lo mejor es intentar controlarlo o, al menos, detenerlo.

Pasan todavía algunos minutos antes de que Sofía se decida a vencer el miedo que le da ir al puente y enfrentarse a aquellos mandos desconocidos de los que ahora depende. Lo que allí encuentra, en efecto, la confunde muchísimo. Los monitores y palancas no se dejan asociar con los de un coche o una moto; y no se atreve a tocarlos. No sabe qué hacer. Ojalá durante todo este tiempo se hubiera fijado mejor en lo que hacían Ollauri y Jahan, que ocasiones desde luego no le han faltado. Al menos, aunque solo hubiese sido para conseguir entender cómo demonios se paraba el cacharro aquel.

No va a engañarse: está aterrorizada. A pesar de todo, intenta tranquilizarse, razonando consigo misma como si fuera un niño al que trata de calmar. No hay por qué estar tan nervioso. Una embarcación en movimiento no es como un avión o un coche fuera de control. En el mar no hay obstáculos, al menos no en este momento; no hay ningún peligro inminente. De momento no va a estrellarse ni a hundirse. Solo tiene que averiguar una cosa: cómo parar.

Lo malo es que tampoco está tan segura de eso. Aunque consiga su objetivo, quedarse parada en mitad de aquel infinito desierto azul no tiene por qué representar una mejora respecto a la situación en la que se encuentra. Morir de calor e inanición en un barco a la deriva no suena mejor que empotrarse a toda velocidad en algún puerto en el que a lo mejor alguien pueda socorrerla. Antes de llevarla presa, supone.

Sofía mira lo que tiene delante: una especie de *walkie-talkie* churretoso, un monitor lleno de líneas punteadas que se actualizan continuamente y el número 20… 20 nudos, que por lo visto es la

velocidad que lleva ahora mismo, dirigiéndose a… a vaya usted a saber dónde, porque los grados de latitud y longitud que aparecen allí, también moviéndose a toda prisa, no hay dios que los entienda. Eso por no hablar de ese otro numerito cambiante que sale… ¿Qué será? Afortunadamente no sabe interpretarlo, así se ahorra el soponcio de tener que ver que en algunas zonas por las que está pasando —a lo loco y a toda pastilla— la profundidad es escasa y si no encalla es de puro milagro.

El motor sigue rugiendo. Quizá podría pedir ayuda por la radio. ¿Pero qué va a decir? ¿Que es una extranjera recién arrestada que viaja con tres cadáveres, pero que ella no tiene nada que ver con los fiambres y que por favor vayan a rescatarla? Mejor contemplar otras opciones… Se concentra en los mandos. A ver, aquello no puede ser tan difícil. Intenta girar un poco el timón, que es metálico y muy fino. Aquel leve movimiento, a esa velocidad, provoca un bandazo considerable. La patrullera vira bruscamente hacia la izquierda, o a babor, o como se diga; aunque, al no contar con ningún punto de referencia, le es difícil entender cuánto está girando en realidad. Espera que justo delante no aparezca de pronto ningún peñasco de esos que abundan por el Archipiélago, que son la mar de bonitos y pintorescos, con sus penachos verdes… Pero que de momento no echa para nada de menos. Más vale tener solo el horizonte por los cuatro costados hasta entender cómo funciona el freno.

El barco mantiene la velocidad y además sigue virando, obedeciendo aún a la orden de su mano. Sofía intenta devolverlo a su rumbo inicial, haciendo girar el timón con ambas manos, pero no entiende cuál es la posición neutra. Observa nerviosamente los mandos, tratando de comprenderlos. Todo está mugriento a más no poder y parece muy rudimentario, como si algunas partes llevaran parcheándose y reparándose desde hace ni se sabe el tiempo. A la izquierda del timón hay una brújula enorme que flota sobre un líquido, allí, encastrada dentro de la madera; y varios indicadores tan empañados que no se ven las agujas. También hay una especie de palancas muy primitivas que es posible subir y bajar. Son dos, y están levantadas juntas, en paralelo, en la misma posición.

Lo piensa un momento. Elige la marrón.

Sofía coge la palanca y la baja hacia sí, hasta colocarla en el número cero.

El barco da una sacudida hacia atrás y empieza a girar sobre sí mismo, bailando incontroladamente como una peonza. En fin… Es lo que suele pasar cuando apagas un solo motor y dejas el otro encendido. Ahora todo da vueltas, la espuma salta tras los cristales. Sin saber qué hacer, Sofía echa una mano desesperada a la otra palanca y la baja también, esta vez al máximo. Y a morir por dios.

Cuando recupera el conocimiento, está sentada de culo en el suelo y tiene una brecha en la cabeza. Pero los motores se han parado. Vaya que sí.

Se siente más que satisfecha. Luego, cuando se cansa de sonreír estúpidamente, se da cuenta de su situación y siente ganas de llorar.

Así pasa la hora siguiente, sentada en el puente mientras anochece sobre el mar. Al otro lado del cristal se ve el cielo, ya resplandeciente por la fosforescencia azulada de las estrellas, aunque el sol acabe apenas de despedirse. Nunca en su vida ha visto tantas estrellas juntas como en el Archipiélago, donde la Vía Láctea es de una obviedad tan contundente que cualquier pensamiento que no se centre en su belleza parece fuera de lugar. Eso… Eso es lo que tiene que hacer: contemplar el cielo y no pensar en nada, ya que nada puede hacer. Dejarse arrastrar por el mar y mirar aquel camino de luces por el que le gustaría poder trepar, trepar hasta desaparecer allí arriba… No tener que volver aquí, a ocuparse de sí misma.

Los pensamientos la llevan a su cama, una cama de la infancia en la que se acurruca sin más preocupaciones que el desayuno del día siguiente y el examen de sociales. Es pequeña de nuevo y no necesita pensar en nada, no tiene que escapar para que no la encierren en un penal de Sumatra ni aprender a pilotar una bimotora en medio minuto.

Sofía se levanta y se asoma fuera. Tiene sangre en el pelo, pero ni le duele ni le importa demasiado. Posiblemente aquella herida tenga alguna relación con cierto boquete astillado que ahora hay en el mamparo de la cabina, y con el tremendo empellón que había dado el barco al apagar el motor a lo bruto… Qué se le va a hacer.

Alrededor no se ve tierra por ningún lado, solo una calmada línea recta que separa el vacío azul del cielo del azul vacío del mar.

Las estrellas siguen brillando, silenciosas. Sofía se pregunta cuántos otros se habrán visto en su misma situación, a lo largo de los siglos; y si bajo ellas habrían pasado, en un día muy lejano, aquellos que transportaban el tesoro de porcelana que aún hoy tanto interés y tanta avaricia despertaba. A Sofía no se le olvidan aquellos objetos que Ronnie le había vendido al chino. Recuerda a la perfección el momento en que los había visto por primera vez, en el puerto de Bali, cuando Jahan había abierto el estuche que los protegía.

Por alguna razón, lo que con mayor claridad había permanecido en su recuerdo no era la imagen de aquella extraña cerámica de opacidad nívea y excrecencias marinas, sino otra cosa: la sensación en la palma de la mano. Lo suave, lo ligera que era aquella vasija, lo bien que cabía su dedo en la curva de su asa. Recuerda también la horrible sensación de verla estrellarse contra el suelo por su culpa y pulverizarse en un soplo de marfil. Aquel objeto maravilloso había

cruzado los mares y los siglos hasta llegar a su mano… Solo para que ella lo dejara caer. Cree que nunca había sentido el peso de algo tan valioso sobre la palma, ni sobre la conciencia… Y se pregunta cuántas piezas más habría: cuántas sobrevivirían al contacto del presente, de gente como ella misma que solo era capaz de suspirar de admiración ante lo que ya había destruido.

Intimidaba un poco pensar que personas de hacía más de mil años habían imaginado y dado forma a aquellos objetos, en un intento de que un acto tan cotidiano y banal como beber contuviera también el misterio de la belleza. Y otros, a su vez, habían arriesgado sus vidas para transportar aquella diminuta fragilidad a través de mareas y tifones, de modo que personas de tierras lejanas pudiesen también contemplarla. Sofía no puede evitar preguntarse si algo de lo creado en el momento histórico al que ella pertenece será admirado así en el futuro, rescatado de la distancia oceánica que una época de otra separa.

En cualquier caso se alegraba de que semejante tesoro, o parte de él, hubiera sido sustraído de las manos del holandés. En su opinión, si alguien no merecía mirar siquiera aquella delicada blancura ese era sin duda él. Y, desde luego, se sentía cuando menos aliviada al saber que la mayor parte de los restos arqueológicos habían acabado en un museo de Singapur. Daba igual qué país fuera —o se considerara— e l propietario legítimo de aquel tesoro; su lugar era aquel, un museo donde se preservaba y estudiaba, y al mismo tiempo estaba a disposición de todos. Ahora bien, sus discursitos morales sobre el arte y su lugar no le sirven para engañarse a sí misma durante mucho rato… Dentro de sí sabe perfectamente que se alegra infinito de que parte de las piezas se haya cruzado en su camino. Su valor puede, quizás, abrir un resquicio de luz para ella: una vía hacia otra vida en la que comenzar de nuevo. En el fondo, aunque ella pensara lo contrario, Sofía no era muy diferente a aquellos dos buscavidas. La avaricia le había nublado el seso a ella igual que a cualquiera, en cuanto había tenido que guiñar los ojos ante el brillo del oro.

Ojalá que las piezas estuvieran a salvo en la tierra de aquel templo de Bali donde Jahan las había ocultado, y que el volcán desistiera de destruir la isla entera de momento… ¡Al menos, hasta que ellos pudieran sacarlas de allí!

En cuanto a la otra parte del botín, no cree que haya alcanzado aún su destino. Es difícil calcularlo, porque desde que está en el Archipiélago le cuesta contabilizar el paso de los días. Ruega a todos los santos del cielo que el paquete no se haya extraviado por el camino y llegue intacto con todo su contenido: varios lingotes de oro, el dado de marfil de doce caras y el espejo de bronce. Quién sabe cuál sería su valor… Y qué personas habrían tenido aquellos objetos entre

sus manos, hacía diez siglos; para ver el propio reflejo, o para matar el tiempo sobre la cubierta de un barco, igual que ella estaba haciendo ahora.

La noche avanza. Sofía se pregunta si pasará por allí algún otro barco, si alguien llegará a rescatarla.

Cierta esperanza le cruza la mente por un instante, pero no quiere dejarse llevar por un optimismo estéril. Tiene que aceptar la realidad: lo más probable es que Jahan y Ollauri hayan acabado detenidos, o que se encuentren ya a muchos kilómetros de allí, alejándose todo lo que pueden de la policía y con su parte de los lingotes en el bolsillo. A fin de cuentas, ella ya no tiene nada que les pueda interesar, ni puede serles útil en ningún sentido. No hay absolutamente ningún motivo por el que puedan querer volver a rescatarla y correr el riesgo de enfrentarse a los policías, dado que ellos ni siquiera saben que ahora está sola en la patrullera. Además, Sofía ha llegado a conocerlos bien: sabe los extremos a los que puede llegar el pragmatismo de Jahan, y no ignora que Ollauri vendería a su madre por un cigarrillo. O por medio.

60
La isla de las Orquídeas

Aunque Sofía jamás podría imaginarlo, es en un cigarrillo precisamente en lo que Ollauri está pensando en este momento. En concreto, en cómo nada ocurre cuando levanta el brazo para sacárselo de la boca: sigue quedándose muy confundido cada vez que alza la mano mientras fuma y unos dedos que ya no existen no llegan nunca a completar su misión.

Fastidiado, se obliga a usar la mano izquierda; tiene que acostumbrarse. Al final, escupe el cigarrillo a medias por la borda y se concentra en labores más apremiantes. Se trata de algo muy sencillo que ahora le cuesta horrores; a saber, manejar el timón, beber de un botellín y dar puñetazos en el monitor cada dos millas, como es su costumbre. Con una mano sola, no se apaña. De momento.

Ahora mismo está concentradísimo en una cosa sola: seguir a la patrullera sin que los vean. No es difícil, pero esos tíos deben de estar locos. Hace unas horas, por ejemplo, han virado más de 180 grados sin motivo ninguno, posiblemente dejando al descubierto la posición de Ollauri y percatándose así de que los siguen, pero no han hecho nada al respecto. Después, han metido la marcha atrás, frenando en seco; y así llevan un buen rato, con los motores apagados pero sin fondear, a merced de unas olas que en aquella zona pueden mutar su caricia en una verdadera pesadilla en menos de un minuto. Ollauri se pregunta qué hacen: no se fía un pelo de aquellos tipos. Lo mejor es seguir manteniendo las distancias.

En este momento está esperando a que Jahan termine de ejecutar su parte del plan: hace unos minutos se ha tirado al agua con intención de bucear hasta la patrullera. Va a averiguar cuál es la situación a bordo y si es posible comunicarse con las mujeres. Quiere hacerles saber que deben lanzarse al agua, incluso si están esposadas; él las sacará del mar mientras Ollauri se encarga de la patrullera, reventándola si hace falta.

Pasa el tiempo. Está amaneciendo.

Jahan no regresa. Es posible que se haya encontrado con problemas, que lo hayan visto y capturado. Le había repetido cuarenta veces que se anduviera con mucho cuidado y que hiciese exactamente lo que habían acordado, pero… Cualquiera sabe qué ideítas podían habérsele ocurrido a aquel tarugo. Viendo que no vuelve, a Ollauri se le agota la paciencia y pone en marcha la segunda parte del plan, esa de la que no está nada seguro… Especialmente si a los policías les da

por liarse a tiros. Pero de nada sirve darle más vueltas. Ollauri se lanza a pesar de todo, y en sentido literal: se acerca a toda velocidad hacia ellos y se les sube por la aleta con el recreativo, destrozándoles toldilla, casco, todo.

El impacto es tan fuerte que su propio barco parece elevarse de pronto, sobre el agua; y él mismo sale despedido de la cabina. Ja. No da palmas porque no tiene edad. Bueno, y porque con una sola mano ya no puede. ¡Pero qué gusto da ver una patrullera y sus banderitas partida por la mitad…! Y eso que todavía queda lo mejor. ¿Dónde están los policías esos? A ver, que salgan. A pesar de que está un poco magullado y de que va desarmado, Ollauri salta a la cubierta de la patrullera con entusiasmo suicida, deseoso de rematar la faena que con tanto éxito ha comenzado.

Pero alguien se le ha adelantado.

Ollauri ve a los policías tirados en el suelo. ¿Se habrían caído por el choque, descalabrándose? Imposible. Ya de cerca ve que uno tiene una tira de tela en la boca y el cuello descuajaringado, como si le hubieran aplicado uno de sus métodos favoritos; y al otro parece que también le han dado ya el pasaporte. ¿Pero quién había hecho aquello?

Jahan le saca de dudas, señalando hacia la cabina de la patrullera. Allí está Sofía, aparentemente a los mandos. Ollauri la mira, atónito. Por lo visto se ha bastado ella solita para quitarse a los dos pollos aquellos de en medio, antes de que él se lanzase a jugar a los «barcos de choque» y destrozase la embarcación. Ahora mismo está encerrada dentro de la cabina, al haber quedado la escotilla deformada por el impacto. No consiguen abrirla del todo, pero entre los dos intentan sacar a Sofía por un lateral. Jahan sostiene el metal combado y Ollauri tira de ella como puede hacia fuera. Le ofrece ambos brazos para que se sujete, pero como solo una mano llega a su destino, ella se le engancha del cuello en un abrazo de sesenta kilos que le deja exhausto y perplejo. Cuando Sofía tiene al fin todo el cuerpo fuera de la cabina y los pies en el suelo, se separa de él y le sonríe.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo… Ahora mismo —c ontesta él, sonriendo también.

Jahan pregunta por la gemela. No ve a Lucy por ningún sitio. ¿Se ha caído al mar cuando han chocado?

Sofía baja los ojos. No, no se ha caído al mar. Está… dormida. Ella misma la ha arrastrado como ha podido debajo del toldo, no sabe si para no molestarla… O para no verla y recordar que, en realidad, nada puede molestarla ya.

De pronto Sofía ve que Ollauri, que se encuentra agachado sobre uno de los policías para apropiarse de su arma, está recogiendo algo del suelo. Es un trozo de cristal que le ha llamado la atención. Un tubito.

Dos zancadas la llevan a trompicones a su lado, justo a tiempo de darle un manotazo para que el vial salga volando por los aires y acabe en el mar.

—Creo que era veneno —l e explica—. Lucy… lo usó. Por eso ya no está aquí.

Ambos hombres miran el cuerpo de su amiga, algo incrédulos. Allí desmayada, con la piel cubierta bajo la sempiterna capa de polvo de arroz, Lucy Tjan parece a punto de despertar en cualquier momento. Quizá solo se ha quedado «transpuesta», como le gustaba decir a ella. Jahan le sujeta la cabeza. No, no despierta.

Jahan la coge en volandas y se la coloca detrás del cuello, como una bufanda. No pueden dejarla allí, en el mar. Está seguro de que no le gustaría.

—Pues tú dirás qué hacemos con ella.

—Enterrar. Agua ella no gusta; mar no gusta. Llevar de aquí.

—¿A dónde? ¿Qué quieres, que le montemos un panteón?

—Ella, a su isla.

—Sí, claro… Ahora mismo vamos para allá, a saludar a los de la Agencia Nacional de Narcóticos. ¿Pero estás acarajotado, o qué? ¿No entiendes la que puede haber allí montada en este momento?

—Pues sitio otro. Pero enterrar.

—Sitio otro cuál. Por aquí solo hay peñones de roca viva y la próxima isla que merece el nombre está a muchas millas.

—Yo sé sitio. *Pulau Anggrek* . Isla de las Orquídeas.

Ollauri suelta un bufido. Esa isla no existe; es puro folclore, como tantas otras cosas de por aquí. No sería la primera vez que pierden el tiempo por una de aquellas historias. Ollauri todavía se acuerda de cuando, huyendo de una supuesta corriente asesina en las Molucas, habían acabado perdidos y sin comida durante varios días. Hasta se habían visto forzados a raspar los moluscos que se les quedaban adheridos al casco, para tener algo que comer. Cuando se enteró de que la «corriente asesina» de la que escapaban era un flujo negro que Jahan aseguraba haber visto en el fondo —l a kilométrica cabellera de una mujer medusa «que quizá quería entretenerse jugando con sus vidas»—, Ollauri había estado a punto de matarlo.

Pues esto era igual.

Por si fuera poco, la embarcación se ha deteriorado «ligeramente» con la colisión, y tienen alguna que otra vía de agua abierta. Lo que les faltaba, ponerse ahora a dar vueltas en tonto para buscar una isla que ni siquiera existe. Ollauri explica todo esto a Sofía con su léxico habitual, aderezado con elegantísimas interjecciones, mientras pulula resoplando por el recreativo, examinando los daños y… poniendo en marcha el motor, de todas maneras. Está claro a dónde van, a pesar de todo: a donde ha dicho Jahan.

Una vez tienen a bordo el combustible que han robado de la patrullera y a Lucy acomodada sobre unos sacos, se alejan de allí en su maltrecha embarcación. Pasados unos instantes, sin embargo, Ollauri vira en redondo y empieza a gritar a Jahan. Sofía los ve gesticular delante del cuerpo de Lucy, sin comprender el motivo de la reprimenda. Al acercarse ve que algo no cuadra en su pequeña figura de *Madame Butterfly* siempre perfecta. Aunque su vestido ha quedado decorosamente cerrado tal y como la ha colocado Jahan, solo uno de sus pies está protegido por una chinela bordada. El otro cuelga descalzo, incompleto.

Ninguno de los tres cuestiona la necesidad de volver de inmediato a recoger la parte de Lucy Tjan que falta; y en cuanto están de nuevo cerca de la patrullera abandonada a la deriva, Jahan salta a bordo a buscarla. La encuentra debajo de los cuerpos de los policías, que siguen balanceándose en silencio sobre la cubierta.

Una vez recuperada la chinela, Jahan vuelve con ella y hace amago de colocarla de nuevo en el lugar al que pertenece. Para ello intenta flexionar aquel pie diminuto, que parece perdérsele dentro de la manaza. Ollauri le quita la chinela de un tirón para que no haga más desastres. Luego se la confía a Sofía para que se encargue ella, llevado por a saber qué extraño razonamiento. Ambos la miran. Sofía se la coloca como mejor puede, aunque el pie no se deja manipular con facilidad: se ha convertido en un pequeño animal rígido y helado.

Con el motor a tope y el sol ya alto sobre el horizonte, Ollauri pone rumbo a una isla que no existe para enterrar a una mujer a la que nunca entendió, pero que le había salvado la vida. Varias veces.

Después de horas recorriendo algo que parece un itinerario circular y sin sentido, Jahan decide que ya están cerca de la isla de las Orquídeas. Para comprobarlo, moja la mano en el mar, se la lleva a la boca y medita sobre lo salada que está el agua. Ollauri observa sus manejos con cara de paciencia y los ojos en blanco; ignorante de que aquel gesto aparentemente absurdo persigue un fin preciso: comprobar si hay manglares cerca y, por tanto, tierra. Aquellos árboles marítimos, tan aficionados a instalarse en las desembocaduras de los ríos, subsistían desalando el agua y volviéndola más dulce allí donde hundían sus raíces. Jahan no se lo estaba inventando; cualquiera podía comprobarlo probando el agua de mar cerca de aquellos árboles, o masticando una de sus hojas y viendo que picaba de puro salada, quebradiza por todo el salitre que allí acumulaban.

Los manglares aparecen por fin, ante ellos. La isla que bordean es insignificante. Sin embargo, las apariencias engañan. Pronto constatan que uno de los entrantes de aquel breve litoral da paso a una laguna interior, oculta entre los vericuetos de su exuberante línea de costa. Los bordes de la laguna, muy profunda y de un sorprendente color

esmeralda, están rodeados por una playa de arenas jamás holladas.

Los tres saltan a tierra mirando a su alrededor con desconfianza, como si aquel lugar fuera un tramposo escenario cuyo decorado fuera a desprenderse en cualquier momento.

Para colmo, en la laguna desemboca un arroyo que parece de agua dulce.

—¿Y esta isla? Difícil de encontrar, con una bahía perfecta para esconderse… ¡Y con agua potable! ¿Cómo es que, si sabías dónde se encontraba, nunca hemos venido aquí en todos estos años? ¿Cuándo, si puede saberse, pensabas decírmelo?

—¡Yo dicho todo el tiempo! Tú nunca creer… ¡Decir que no existe! *¡«Gilillo-peces, gilillo-peces»!* Yo dicho, tú caso nunca.

—¿Y las orquídeas? —i nterrumpe Sofía—. ¿O el nombre es por la forma de la isla o algo así?

Jahan señala los bordes del agua. Tras los árboles se abre una oscuridad de humedades tan densas que ni aire para respirar queda. Allí, posadas sobre las cortezas, es donde suelen estar las orquídeas. Surgen de las penumbras verdes de la selva… Y se yerguen con sus geométricos labios abiertos, aguardando el beso del insecto.

Sofía intenta acercarse, pero no consigue ver ninguna flor. Los troncos sumergidos de los manglares forman una muralla natural que protege la espesura de la isla.

—Yo traer luego. Para dejar con Lucy. Así, ves.

Los tres se ponen manos a la obra. Ollauri elige una zona de la laguna sin arena, donde el terreno parece más pedregoso. Es allí donde deben enterrarla. La tarea no es nada fácil, sobre todo teniendo en cuenta las herramientas que están usando para cavar: unos remos que había en el barco y una barra de hierro que tampoco sirve de mucho. A pesar de todo, después de algunas horas echando el resto, consiguen hacer un agujero considerable. Es lo suficientemente grande como para alojar a una mujer; y, lo más importante, bien profundo. No pueden arriesgarse a que quede al descubierto tras la primera tormenta y los animales empiecen a desperdigar partes del cuerpo por toda la laguna.

Tras colocarla allí tumbada, Jahan la cubre con hojas para no tener que echarle la tierra directamente sobre la cara. Se siente bastante triste, pero algo le distrae. Es un pensamiento que le pasa por la mente de pronto, ligero como una melodía lejana. Y él sabe qué melodía es. Los tres lo saben, porque la están oyendo también ahora mismo, dentro de sus cabezas; y porque tantas veces la habían oído ya, en la isla de las gemelas. Es *Ye lai xiang,* aquella canción de los años cuarenta que sonaba sin parar en el tocadiscos. Ninguno dice nada. Cada uno supone que probablemente se trate de una asociación casual, un recuerdo suelto que les ha traído a la memoria aquella

música… Una música con la que alguien, quizás, intenta consolarles: a ella al menos le había servido, en los días más tristes.

Cuando el montículo estuvo cerrado y terminado por fin, Jahan se alejó. Seguía empeñado en entrar en los manglares, a pesar de lo tupido de las ramas y de que el agua allí cubría hasta la cintura. Al volver traía las flores consigo. Eran pequeñas y rojizas, con pétalos muy carnosos pero suspendidas en varas de palo desnudo, sin hoja alguna. Las orquídeas eran dos, y dos quedaron sobre la tumba de las gemelas: una para cada una, porque allí dos mujeres yacían.

61
Cabezas de serpiente

Sofía se fija en que Jahan tiene el *sarong* manchado de sangre, y no precisamente poca. De hecho, le gotea pierna abajo. ¿Se había hecho daño al coger las orquídeas?

Él se mira la pierna y rebusca bajo la tela. No, aquella sangre tan líquida no podía salir de ninguna herida. Debía de llevar «alguna pasajera» adherida a la piel… Eran ellas las que solían causar aquel chorreo. Cuando por fin la encuentra, Sofía ve horrorizada a qué se refiere: una enorme sanguijuela contonea su cuerpo en el aire como un tentáculo. Su babosa cabeza está adherida al muslo de Jahan, chupándole la sangre con su grotesca glotonería de monstruo de los pantanos. Ollauri se la quema con el cigarrillo sin darle más importancia, pero Sofía sabe que ella ya no dormirá, por la noche… Solo de pensarlo le pica todo el cuerpo. Cree que ya no le gusta tanto, aquella isla… Y eso que todavía no sabe lo que le espera.

Mientras comen unas frutas en la playa, Ollauri tiene los ojos fijos en el suelo, donde ha dibujado uno de sus mapas de arena. El Archipiélago está más torcido que nunca, trazado por su mano izquierda.

—Si vamos por aquí podemos cruzar el mar de Flores, de ahí a las Molucas y… —e xplica como para sí mismo, marcando bruscas rayas con un palo—. Llevaríamos ventaja sobre él, que seguramente…

—¿Qué quieres decir con que llevaríamos ventaja sobre él? ¿Sobre quién?

—¡Sobre quién va a ser! ¿Estamos en lo que estamos, o nos quedamos aquí a seguir recogiendo florecitas? Que yo sepa, todavía queda trabajo por hacer… Tú ni siquiera has completado tu parte del plan, y ya te las has ingeniado para agenciarte parte del botín y enviártelo por correo. Buen golpe de mano… —m usita, no se sabe si con rencor o admiración—. Pero hasta que yo no le haya echado el guante a ya sabemos todos quién, no hemos terminado; y de aquí no se mueve ni dios.

—Si quisiera irme, ya lo habría hecho. Desde Bali: con el dinero de Ladjang que me diste —d ice Sofía, escupiendo el hueso de la fruta sobre su mapa—. Y, si hubiera querido, me habría quedado también con el oro que conseguí, sin tu ayuda… ¿Dónde estabas tú, mientras Jahan y yo recorríamos Bali de arriba abajo? ¿Qué hacías? ¿Cuál era «tu parte del plan»? ¿Pensar? ¡Estar mano sobre mano! O, mejor dicho, mano sobre… nada, que ahora con una sola ya ni eso vas a

poder hacer —l e suelta, dejando que la rabia le llene la boca de cosas que no piensa: Ollauri tiene la habilidad de sacar lo peor de cada persona, y ella no es una excepción—. Que sepas que esos lingotes que te ha dado Jahan están en tu poder gracias a mí. Yo fui quien se los saqué del bolsillo a Ronnie… Perdón, a «ya sabes quién», que parece que te da miedo hasta su nombre.

Ollauri se levanta de golpe, las aletas de la nariz dilatadas como un toro de lidia. Sofía se encoge en un acto reflejo, pero no es necesario. Él parece cambiar de idea, cualquiera que esta fuese, a medio camino. Es por Jahan. Aunque este no se ha movido un milímetro, le ha lanzado una mirada que Sofía malinterpreta: no intenta protegerla a ella, sino a él. De sí mismo, básicamente.

Después de destrozar a patadas su propio mapa, Ollauri se sienta otra vez. Luego le dice a Sofía —u sando la voz más calmada de la que es capaz, pero con el temblor de una ira a duras penas sometida—, que «no vuelva a hablarle así jamás», y que «él no tiene miedo de nadie, y mucho menos de aquella carroña con patas». Seguirán avanzando hacia el este, hacia donde Jahan ha dicho que se dirige. Encontrarán dónde se esconde, y entonces él…

Al oír aquello, Sofía mira a Jahan sin comprender. El holandés no se esconde ni huye de ellos, sino que en este momento los está persiguiendo. A pesar de todo, no se atreve a corregir a Ollauri. De pronto entiende que esa es la información que le ha proporcionado Jahan. No le ha contado la verdad, sino la versión de los hechos que le conviene a él mismo. Jahan parece decidido a ir hacia el este y, según le había explicado a Sofía una vez, «volver a casa». Al darse cuenta de lo que sucede, ella piensa que no decirle la verdad a Ollauri es una imprudencia y puede ponerles en peligro. Sería más seguro que estuvieran preparados para todo, por si el encuentro se producía en cualquier momento. Aunque en este caso ambas partes desearan el enfrentamiento, nunca es igual perseguir que ser perseguido. Pese a todo, Sofía no interviene en la conversación para puntualizar cuál es la verdadera situación. No sabe si está cometiendo un error, pero está segura de que Jahan no la traicionaría si él estuviera en su lugar.

—Si, según habéis dicho, va de camino a las Molucas, yo sé perfectamente a dónde… —S ofía escucha a Ollauri sin interrumpirle, aunque, que ella sepa, jamás ha mencionado que el holandés se esté dirigiendo a aquellas islas, entre otras cosas porque no es verdad. Aunque, bien pensado, sí que lo acabará siendo, si ellos deciden ir hacia allí: si encuentra su rastro, es muy probable que los siga en aquella dirección. En realidad es Jahan quien ha acabado marcando el rumbo de aquella extraña cacería.

—Y las Molucas esas, ¿dónde están?

—Hacia el este. En el extremo oriental de Indonesia, en una de las

zonas más remotas. Es un puñado de islas pequeñísimas, desperdigadas por el mar, tan lejos unas de otras que se tarda días enteros en alcanzar la siguiente. Bonito es, no se puede negar. El agua es tan clara que se ve la sombra de los barcos en el fondo, en la arena allá abajo… Impresiona lo suyo. El cernícalo este y yo estuvimos por allí una vez… Aunque de eso hace ya mucho tiempo.

—Habrá muchos turistas, entonces, si el mar es así de bonito.

Ollauri y Jahan se miran. Después, Ollauri suelta una carcajada de incredulidad. Turistas… Qué ocurrencia.

Sofía mira el mapa de Ollauri en busca de las islas, pero este se ha convertido en un remolino de arena removida, igual de confuso que sus conocimientos geográficos de la zona. Las Molucas son para ella lo mismo que Pernambuco o Sebastopol, un lugar casi imaginario solo definido por su lejanía. Era allí donde te iban a enviar tus padres de un tortazo, como siguieras dando guerra. La única otra asociación que viene a su mente son unas ilustraciones del libro del colegio. Colón y Magallanes empeñados en dar la vuelta al mundo solo para llegar a ellas, a las Indias Orientales y sus islas de las Especias, en busca de clavo y nuez moscada… Y también una estampa religiosa: la del aventurero san Francisco Javier saltando de isla en isla para evangelizar a diestro y siniestro, y… Ahí está, ahora lo entiende. El malestar que le produce el nombre de aquel lugar procede justo de ahí, de un recuerdo de la infancia. Es un dibujo que venía en su libro de catequesis sobre san Francisco Javier en las Molucas. Representaba al santo alzando la vista hacia el cielo, sobrecogido ante el Gran Horror. Sus desafortunados compañeros de navío —a los que los nativos habían cortado pies y manos para asarlos a la brasa— yacían mutilados, pero aún vivos, sobre la playa.

Sofía traga saliva. Serán historias exageradas por la tradición y la distancia… Se dice. Y, si son verdad, seguramente nada que ver tienen con el presente: que en el siglo XVI el Archipiélago estuviera poblado por más de una tribu antropófaga no quiere decir que hoy en día… Tiene que dejar de pensar en tonterías. A pesar de todo, el recuerdo de unos enormes tenedores de madera «para carne humana» que había visto en el Museo de Singapur hace que se le contraiga el estómago de puro espanto.

—¿Y la gente de por allí es… amable? —p regunta al fin, de la más infantil de las maneras. No es capaz de formular en voz alta aquel temor, más antiguo que el lenguaje mismo y que no cabría en ninguna de las palabras con las que quisiera expresarlo.

—Sí, sí… Amabilísimos. Pero nosotros preferimos ir siempre a islas deshabitadas… No nos gusta molestar —l e contesta Ollauri, mientras se saca trocitos de fruta de entre los dientes con la punta de un cuchillo.

Sofía se le queda mirando, sin conseguir entender si aquella frase contiene una verdad de lo más simple o está cargada de ironía. No le gusta nada aquel asunto de dirigirse a las Molucas, aunque casi nada sepa de ellas. Presiente que allí les aguarda algo incierto, el inicio de algún tipo de final.

—Y, después de las Molucas, ¿hay algo más al este?

—Sí, claro, siempre hay algo más al este. La Tierra es redonda, y tal.

—Ya, pero ¿el Archipiélago sigue más al este?

—Bueno, está Papúa.

—¿Y tras Papúa?

—Tras Papúa, el Pacífico.

Sofí a termina de comer su fruta en silencio. Al final tendrá que ir allí con ellos, por mucho miedo que le dé. ¿No quería ir al este? Pues al este va ir: al extremo oriente del extremo oriente que la esencia misma del este representa.

Una vez que han descansado y llenado el buche, deciden refrescarse en la laguna antes de emprender de nuevo el camino.

El contacto del agua dulce produce en Sofía una especie de alegría del cuerpo, y sonríe involuntariamente apenas siente dentro las piernas. Sentada en una roca, mira de reojo a Jahan. Él ha dejado el *sarong* en la orilla y se lava ensimismado en el agua, el sol dorando su cuerpo con el bronce mitológico de las estatuas. Ollauri también le está mirando, igual que le mira siempre. Pero esta vez no solo le mira a él, sino también a ella que al otro mira, y los celos dobles que siente le queman en la garganta como un fuego triste al que no sabe muy bien cómo enfrentarse.

—Y esas letrajas que te has tatuado, qué son.

—Es nombre de este lugar.

Ollauri mira el costado del nativo, que conoce casi mejor que el suyo propio. Parece el alfabeto del mar, las letras de los *bugis* . Sofía se aproxima, con el agua ya cubriéndole el pecho. Si sigue avanzando, dejará de hacer pie… La misma sensación que tiene siempre, cada vez que se acerca a ellos.

—De este lugar… ¿Qué quieres decir?

—*Nusantara* .

—¿El Archipiélago?

—Sí. El lugar que nosotros ser.

Ninguno de los tres añade más: cada uno entiende aquella verdad, a su manera.

Cuando Jahan desaparece debajo del agua, Sofía intenta seguirle. Le pierde la pista casi de inmediato. Jahan se desliza tranquilamente a través de aquel mundo verde, hacia abajo y más abajo aún; como quien pasea sin más por caminos conocidos. Sin esforzarse o exhibirse.

Sus movimientos son inusuales y, visto desde fuera, cualquiera podría pensar que no sabe nadar bien. Mueve brazos y piernas de forma asimétrica y más bien poco estética, y empuja continuamente el agua por encima de los hombros con una sola mano, como quien espanta una mosca. Con aquel extraño método, Jahan es capaz de mantenerse totalmente estático en el agua y caminar erguido sobre el fondo cuando quiere. Sofía le observa estupefacta antes de salir boqueando a la superficie en busca de oxígeno.

Al otro lado del agua encuentra a Ollauri, que la sostiene un momento hasta que recupera la respiración. Las gotas se deslizan desde un extremo de su bigote, cayendo rítmicamente sobre el agua. Por un instante, sus ojos le parecen distintos.

Al final deciden pasar la noche en la isla; ya partirán al día siguiente. Lo mejor es que cojan toda la fruta que necesiten y se vayan a dormir al barco. Ollauri ha visto varias serpientes colgando enrolladas de las ramas, y sus cabezas triangulares, rugosas como cuñas neumáticas, no deben tomarse a broma. Se trata, sin duda, de víboras de los manglares. Un mal paso, una punción a la velocidad del rayo y menos de una hora para despedirse. Es una historia que ninguno desea protagonizar, así que la idea de dormir en la playa queda descartada.

Pronto oscurecerá. Aprovechando la luz que queda, Jahan intenta reparar el casco de la embarcación con resina y lascas de madera. Mientras tanto, Ollauri se dedica a gritarle que no hace más que empeorar la situación, y que haga todo lo contrario de lo que está haciendo, sea lo que sea. Sofía espera a la noche con aquellas extrañas conversaciones, ya familiares, de sonido de fondo; y contempla el crepúsculo sobre el agua de la laguna. Después de un rato, prefiere dejar de mirarlo. No soporta la visión de esas sombras repentinas que interrumpen la superficie y se deslizan por ella como sirenas: son las cabezas de tremendas serpientes que de vez en cuando se asoman fuera del agua.

—Ni puto caso a las serpientes esas —l e dice Ollauri, viendo que su atención ha pasado de las nubes del atardecer a las víboras del agua—. No pueden trepar por el casco, hasta aquí no pueden llegar.

—Ya… Pero cuando estábamos dentro del agua… Yo no sabía que ellas estaban ahí.

—Ni yo, nos ha jodido. La próxima vez tenemos que mandar primero al cenutrio este; y, si se lo comen vivo y no vuelve, pues buscar otro lago por nuestra cuenta…

Sofía sonríe y se deja llevar al interior de la embarcación para descansar. Está agotada. Ollauri le sigue hablando, como si inexplicablemente le hubieran entrado unas ganas tremendas de conversar. Se sienta a su lado en el sollado y le dice algo, pero ella no

le oye… Solo quiere dormirse. Hay fruta a su lado, es lo último que ve antes de cerrar los ojos. Una montañita de frutas extrañas recogidas del manglar.

62
De un tajo

Sofía se despierta por la noche: él no está. El hecho de que esto le cause cierta desazón la confunde un poco. De pronto se da cuenta de que su intranquilidad no procede solo de aquella vaga sensación de soledad repentina, sino de otro lugar muy preciso... Su oído izquierdo. No oye por ese lado. Se toca la oreja, pero no encuentra nada de particular. Eso sí, cuando toca el orificio, nota que este tiene un tacto raro. Decide introducirse el dedo y, aunque no llega muy lejos, se arrepiente de inmediato: al hacerlo, ha notado algo moverse.

Sofía se sienta de golpe, espantada. Cuando vuelve a atreverse a tocar, en el orificio ya no hay nada: sea lo que sea lo que se le había posado en la oreja, su dedo lo ha impulsado a refugiarse más adentro… Hacia el interior de su oído. Busca con los ojos a Ollauri o a Jahan, para que la ayuden a ver qué es, a sacárselo de dentro. ¿Dónde están? La montañita de fruta sigue allí, en el suelo. Seguramente estaba cargada de insectos, y alguno se le habrá posado en la cara mientras dormía. Con el movimiento, habrá intentado esconderse en el orificio más cercano… Sofía sigue palpándose el oído, asustadísima. No oye nada, como si lo tuviera tapado, y… De pronto, una punzada roja le taladra el cerebro. La boca se le abre de estupor, incapaz siquiera de gritar.

Algo ha empezado a abrirse camino dentro de su oído. Es una cucaracha, que, atrapada en su conducto auditivo y físicamente incapaz de caminar hacia atrás, intenta escapar en la otra dirección, acabando a dentelladas con todo lo que encuentra a su paso.

Cuando el animal, agotado, ceja en su empeño, el dolor agudo cesa un momento. Sofía expira pesadamente, aterrada. Solo de pensar que tiene algo dentro de la cabeza siente verdadero vértigo. Por otro lado, se pregunta cómo de lejos está el tímpano de la entrada del oído, y si aquel monstruo diminuto podrá acceder a él. Cuando sale a cubierta en busca de ayuda, encuentra a los dos hombres hablando muy bajo, como si no quisieran que los oyese. ¿Será para no despertarla? Al verla, callan de pronto.

Ella empieza a explicarles entrecortadamente lo que cree que pasa, cuando, de pronto, el bicho recupera las energías y retoma su loca huida hacia delante, abriéndose camino a mordisquitos. Sofía se encoge sobre sí misma. El dolor es horrible, como si alguien le metiera una aguja de ganchillo por la oreja y empezase a remover. Toda su cabeza parece querer explotar de la tensión, y el agua cae libremente

desde su lacrimal izquierdo, como si solo llorase a medias… Aunque ganas de llorar del todo tampoco le faltan.

Jahan intenta examinarla iluminando el orificio con la ayuda de un mechero, pero ella no le deja. Cada vez que el insecto emprende de nuevo su tarea, el cuerpo se le retuerce solo, buscando protegerse. Acaba tirada en el suelo en posición fetal, con la cabeza temblona por los espasmos.

Sofía entiende que ellos hablan entre sí, discutiendo cómo ayudarla, pero no es capaz de prestar atención a lo que dicen. El dolor es insoportable.

Ante la imposibilidad de atraer al insecto para que salga él solo de donde se ha metido, Jahan decide que lo mejor es intentar matarlo. A ser posible, antes de que llegue hasta el tímpano y lo devore. Si no actúan con rapidez, es posible que la sordera que Sofía siente ahora deje de ser solo una sensación y se convierta en algo permanente… Y, superado el tímpano, nadie sabe hasta dónde podría llegar aquel bicho en su afán de ver mundo.

Ahogarlo con agua no es una opción: «muchos bichos gusta agua, nadan, bucean no problema». Lo mejor es privarlo de oxígeno con alguna otra sustancia. Aceite sería lo ideal. Pero no tienen aceite de coco ni nada que se le parezca. Cuando Sofía oye a Ollauri preguntar si el gasoil cuenta como aceite, decide que prefiere quedarse con la cucaracha antes que con él y sus ideas. A pesar de todo, en cuanto el insecto empieza a agitarse de nuevo, es ella misma quien agarra el bidón, dispuesta a repostarse la cabeza con diésel puro si hace falta. Jahan llama a la calma; quizá pueden usar otra cosa. Recuerda haber visto un bote de kétchup en algún lugar del barco… Un líquido de tanta densidad seguro que acaba ahogando al bicho de marras.

Y así acaba al final la oreja de Sofía, rellena de tomate pringoso, caducado hace varias décadas.

La cucaracha se agita frenéticamente, enloquecida en su agonía. Sofía llega a sentir ganas de morir. Cuando el insecto deja de mascar y perece, el tormento cesa por fin. Siente ganas de llorar conforme nota su cuerpo relajarse, agotado después de la tensión. Ni siquiera protesta cuando Jahan le hurga en el oído con una tenacilla y extrae el horripilante insecto, bien aderezado en salsa de tomate.

—Tú, suerte… Solo cucaracha.

—¿Cómo que «solo cucaracha»?

—Yo antes dicho que era cucaracha para no asustar. Cucaracha, ahí por casualidad. Cuela. Otros bichos, entrar para anidar en cerebro tú. Esos, no posible sacar.

Sofía se estremece. No quiere oír nada más. La maldita isla de las Orquídeas, con sus costas silenciosas y sus flores secretas, es ya para ella un lugar odioso del que quiere alejarse lo antes posible. Y así lo

hacen, en cuanto abre el día. No es la única que está deseando marcharse de allí y dejar atrás aquella laguna tramposa saturada de víboras.

De camino hacia el este, se entera de los planes de Ollauri. Según él, al sur de la isla Célebes existe un lugar en el que desea recalar antes de adentrarse en las Molucas. Se trata de un pequeño puerto de pescadores que Jahan y él ya conocen. Por allí suelen merodear ciertos personajes de la zona, patrones de barcos sin bandera que se dedican a la pesca ilegal y extranjeros en busca de todo tipo de negocios. Jahan no quiere ir ni atado, pero Ollauri está convencido de que el holandés puede encontrarse allí.

Sofía le pregunta por algo que no se le ha olvidado. La noche anterior se había dado cuenta de que Jahan y él estaban hablando de ella cuando había subido a pedirles ayuda.

—¿De qué hablabais?

—En realidad yo había bajado contigo con intención de decírtelo, pero te quedaste dormida como un tronco. ¡No sabía yo que roncaran, las mujeres! Toda una señora…

—No cambies de tema. ¿Decirme qué?

—Que a lo mejor te descargamos a la primera de cambio.

—¿Qué?

—No en el puerto al que vamos, claro… En un lugar más seguro. Desde ahí, tú sigues ya tu camino. Quizá no es lo mejor que sigas en este barco… No en esta zona. Jahan tiene razón.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Me mandas para casa?

—¿Pues no era eso lo que querías, irte a tu casa? Además, tu parte ya está allí. Supongo que ya habrá llegado y te estará esperando en el buzón… No te marchas de vacío. Eso por no hablar de que, por lo que tengo entendido, lo que te has enviado es bastante más de lo que te corresponde… En fin, lo dejamos así. Las matemáticas nunca fueron lo mío, y dividir entre tres es más difícil que partir por la mitad. Pero bueno, dentro de nada ya no volveré a tener ese problema.

Sofía le mira, desolada. Ni siquiera ella misma entiende por qué se siente así, ahora que aquel viaje infernal parece estar llegando a su fin.

—Cientos de millas dando la matraca con que te llevemos a un lugar desde donde puedas marcharte a tu casa, ¿y ahora tuerces el morro? Hay que joderse. ¿No quieres irte y perdernos de vista?

—Es que… Me preocupa el viaje en sí —l e miente.

—Ya… —c ontesta él algo desilusionado, fijando los ojos en algún punto de la cubierta—. Ya pensaré algo sobre eso; veré cómo hacer para llevarte a algún sitio donde puedas, o te dejen, coger un avión… O lo que sea. No tiene que ser tan difícil librarse de ti... Al menos no tanto como parece.

Ollauri espera que ella sonría, pero Sofía no le está escuchando.

Por la noche, no puede dormir. El panorama que se abre ante ella le resulta aún más terrorífico que las selvas más remotas del Archipiélago, con sus imaginados caníbales, tifones y parásitos cerebrales. Volver a casa. Ser de nuevo la persona que era en su vida de antes, esclava de sus pequeños y grandes miedos de siempre. Tumbada sobre la madera, todo le da vueltas. Es extraño pensar que prefiere estar allí, viviendo aquel preciso momento, con aquellos dos… En lugar de en su mullida cama de Madrid, con su colchón anatómico y un hombre que la adora. Debe de estar loca. Lo sabe y se odia por ello.

A pesar de que en el barco hay un camarote con una litera, ninguno parece demasiado interesado en ella. Por las noches duermen los tres sobre el suelo, quién sabe si por masoquismo, estupidez o pura inercia. En este momento Sofía tiene a un lado a Ollauri, que la rodea con su habitual perfume a ganado equino; y al otro a Jahan, que le humedece la ropa con el sudor que transpira por cada poro de su espalda. Los dos roncan profusamente; y, entre aquellas dos bárbaras murallas, Sofía se siente feliz.

En cuanto se queda dormida, empieza a soñar con cosas espantosas y ridículas.

En su sueño tiene el cuerpo sumergido en el mar, que está muy picado. Agita los brazos e intenta que no le entre agua por la boca. Cree que se está ahogando.

Fuera del agua hay una barca. En la barca, un hombre. Cuando la ve, intenta ayudarla lanzándole algo para que se agarre. Es difícil. La barca se mueve mucho y él está a punto de perder el equilibrio y caer al agua, pero no parece importarle.

Sofía ve claramente su cara. Tiene el rostro de Máximo.

Viendo que él le lanza una cuerda, Sofía intenta aferrarla para salir del agua. Le cuesta mucho. El mar la vapulea y la arrastra con violencia, pero ella no se rinde. Tiene que aprovechar aquella oportunidad de salvarse, luchar con todas sus fuerzas. Finalmente se agarra a la cuerda y, tras muchos esfuerzos, consigue atarse para que él pueda tirar de ella hacia afuera.

Máximo tiene medio cuerpo fuera de la barca, va a caerse… Pero no la abandona. Sigue allí. En cuanto la tiene sujeta, empieza a tirar trabajosamente de la cuerda para ayudarla a salir. Y lo está consiguiendo.

Entonces sucede algo extraño. Al notar que va saliendo del agua, Sofía no se siente aliviada. Una vez que tiene la cabeza totalmente fuera, se da cuenta de que no consigue respirar bien. La cuerda aprieta demasiado, la está estrangulando. Se ahoga . Pero no es solo por la cuerda. Descubre que es fuera del agua, no dentro, donde no es capaz

de respirar… Cuanto más tira él, más se angustia ella, más sufre. Fuera del agua va a morir, si no está muriendo ya.

De pronto Sofía entiende lo que ocurre. Mira hacia abajo y ve su cuerpo dentro del agua. Ella no es lo que cree ser.

No hay piernas allí, sino una superficie única, metálica; un tronco flexible y cubierto de escamas.

Ella no es un pez bonito, sin embargo. Es un animal monstruoso… Un pez de las profundidades, una especie de rape con la boca deforme y la piel de un sapo verrugoso. Ese es el pez que ella es en realidad.

Y los peces, fuera del agua, no pueden respirar.

Al comprender lo que sucede, Sofía empieza a tirar hacia abajo con todas sus fuerzas, intentando volver al mar. Entonces se da cuenta de que, si sigue haciendo eso, arrastrará a Máximo y él acabará cayéndose al agua; ahogándose quizá. Sofía intenta gritarle, rogarle que la suelte, pero él no la entiende. Solo sigue tirando más y más de ella, negándose a perderla. Estrangulándola con la cuerda. Sofía no quiere verle caer, pero sabe que si ella sigue fuera del agua un minuto más, morirá. Está segura.

Tiene que encontrar una solución. Es muy fácil. Solo tiene que cortar la cuerda.

Necesita algo afilado, para cortarla.

Y ella sabe lo que es. Lo tiene, ya lo tiene en la mano. Nota dentro de la palma su peso preciso, su afilada contundencia.

De pronto abre los ojos. Está despierta.

Al principio no entiende la imagen que tiene delante de sí. Luego, su cerebro va volviendo a la realidad y comprende que se trata de Ollauri, que la mira con los ojos como platos.

A ella, y a lo que tiene en la mano.

63
Doble filo

Sofía mira hacia su mano también, asustada. Abre la palma rápido y lo suelta como si quemase.

Algo cae sobre el suelo de madera.

—¿Se puede saber… de dónde coño has sacado eso?

Sofía ve el impresionante *kris,* que brilla tendido junto a ellos.

—No lo sé… Estaba dormida, yo… Es de Jahan. No entiendo cómo he podido cogerlo; es como si él… Como si el cuchillo me hubiera buscado la mano. En el sueño… Yo lo necesitaba.

Ollauri coge el cuchillo y se pone en pie. Ya ha oído bastantes tonterías. Cuando consigue recuperarse de la impresión de tener una bestia semejante entre las manos —l os ojos se le quedan como hipnotizados, prendados de aquel filo sinuoso y del nácar puro de las cachas— le propina un patadón en la tripa a Jahan, que suelta un mugido de res herida.

—¿Esto es tuyo? ¡Contesta! ¿Dónde lo has robado?

—¡Yo no robado! Es mío.

—Ya… Ven aquí, ven…

—¡No robado! Él busca mí. Me llama, desde el fondo. Yo recojo. Así yo encontrado… Así empezar todo. Cuando *Amaranta,* yo dentro del agua, tú me habías tirado. Golpe en cabeza, yo no podía nadar, no podía nadar… Iba a ahogarme, estoy seguro. Pero algo busca a mí, dentro del agua. Yo oigo él… Cuchillo llama en la oscuridad. Él, mucho tiempo perdido. Pide que yo saque, que lleve conmigo. Que lleve a casa. Casa nuestra. Ahora cuchillo y yo siempre juntos. Nos protegemos, así todo bien. Yo siento distinto desde entonces. Él cambia mí. Con él, yo otro. Yo mejor. Él elige mí. El cuchillo, mío.

Ollauri le mira de medio lado, incrédulo. Sus ojos no paran quietos, dudando si quedarse posados para siempre sobre el cuchillo o partirle la cara a aquella acémila que tenía por compañero. ¿Cómo era posible que creyera en todas esas tonterías de cuchillos mágicos en busca de dueño? ¿Y cómo demonios se le había ocurrido robarlo cuando todavía estaban trabajando para el Instituto de Arqueología Submarina? Pero, sobre todo, ¿por qué no se lo había dicho?

Aquella era la pieza principal del puzle, el eje sobre el que giraba todo lo demás… Era eso lo que faltaba, el objeto que podía vincular los restos arqueológicos al Archipiélago de forma más directa. Más allá de efectos personales como espejos y dados, muy comunes en toda Asia, la presencia a bordo de un objeto de procedencia tan específica

como un *kris* podía demostrar que, o la tripulación era originaria de la región, o el objeto se había adquirido en alguno de sus puertos. En ambos casos quedaría claro que no era solo por motivos puramente geográficos que la Ruta de la Seda Marítima atravesaba el Archipiélago, sino que este era parte integral de ella, dado que los barcos en él se abastecían: de bienes y de personas. Mercancías y trabajadores.

En efecto, y a pesar de la versión que algunos se empeñaban en defender, en el siglo IX el Archipiélago no era solo un puñado de islas de pescadores en las que aprovisionarse y hacer aguada. Allí había algo más: un colorido conglomerado de florecientes reinos y sultanatos capaces de concebir un objeto tan sofisticado como aquel. Además, aquella pieza demostraba que las leyendas sobre la antigüedad del *kris* —c uyo origen los expertos hasta ahora habían situado en un más reciente siglo XV — habían resultado ser reales. ¡Qué no habría exclamado Míster Li si hubiera llegado, él también, a tenerlo entre las manos!

Ahora entendía Ollauri por qué el holandés pensaba que ellos habían robado algo… Y es que, en realidad, así era. Aunque a él nadie le hubiera informado del asunto.

—¿Sabes lo que significa esto? ¡Y por qué no me has dicho nada en todo este tiempo!

—Porque tú no entender. Yo seguro que tú quita, quieres vender… Y eso, peligroso. Cuchillo no posible vender, como no posible vender mano.

Ollauri niega con la cabeza, pero no añade más. Sabe que es imposible hablar con Jahan cuando empieza con esos razonamientos. Por otro lado, le cuesta pensar: todavía está asimilando toda la historia. No puede creerlo… El objeto más valioso de todos, y ha estado todo el tiempo allí, con ellos, ¡al alcance de su mano! Solo por aquella pieza habrían valido la pena todos los peligros y penurias que han pasado… Hasta el hecho de que los hayan acusado injustamente del robo y que les estén buscando. Lo cierto es que se siente mejor ahora, sabiendo que al menos hay una razón real para ello. Y qué razón. El cuchillo tiene un peso rotundo, al empuñarlo. Confiere una solidez muy hermosa a la mano. Cuesta soltarlo.

—Ahora, tú devolver. Ya visto bien. Devolver.

Ollauri hace como que no le ha oído y empieza a subir por la escalerilla. Quiere salir a cubierta a verlo bien. Un *kris* del siglo IX … La madre que le parió.

Visto a la luz es aún más impresionante. ¡Y cómo corta! ¿Lo habría afilado, el batracio aquel? Imposible que parezca casi nuevo, después de un milenio bajo el mar… Es, de verdad, un milagro. Ollauri prueba el filo contra el pulgar y se corta de la manera más estúpida. Vaya…

¿Está tonto o qué? No entiende cómo ha podido pasar. Después, aún sin soltarlo a pesar de que le corre la sangre entre los dedos, empieza a pensar cómo usarlo. Lo blande en el aire, entusiasmado. Está seguro de que aquel cuchillo podría sin problemas rebanar una cabeza. Y él sabe la de quién.

Prueba a lanzarlo contra algo. Quiere ver como se hinca, cómo penetra bruscamente en algún lugar. La última vez que hizo aquello no tendría ni quince años… Y recuerda que no se le daba nada mal. Ahora tendrá que probar con la izquierda, pero bueno… Cuando se trataba de puntería, la zurda tampoco le solía defraudar.

Ollauri escoge una superficie vertical del barco y lanza el *kris* contra ella. Como era de esperar, el peso y la forma de aquel cuchillo nada tienen que ver con la navaja de un chaval de barrio, así que aquella estupidez tiene sus consecuencias. Bueno, prefiere pensar que es solo eso, su propia estupidez… y no el *kris,* lo que se vuelve contra él.

La trayectoria del cuchillo, muy distinta a la que su mano había imaginado, acaba llevándolo a uno de los depósitos de agua, donde se clava limpiamente. El plástico se resquebraja. Después, revienta. El agua se expande de golpe como una bomba de espuma y esquirlas, golpeando a Ollauri y haciéndole caer por la borda. Jahan tiene que acabar sacándolo del mar.

Una vez recuperado el *kris,* Jahan le pide que por favor no vuelva a tocarlo.

—Creo que él no gusta tú… Tú, lejos de cuchillo. Por favor. Peligroso.

Ollauri, muy a su pesar, le hace caso. Su instinto le dice que, también esta vez, debe escucharle.

El día siguiente tienen que dedicarlo a buscar agua potable e idear maneras de reparar el depósito… Para ello recalan en distintas islas, una de ellas habitada. Sofía espera. Nada ocurre: a pesar de lo que le había dicho, Ollauri no hace amago alguno de dejarla allí. Ella, por su parte, tampoco se lo recuerda.

64
Cerveza y carne de ballena

Después de un par de noches llegan a su destino, el puerto del que habían hablado. Se trata de un desordenado cúmulo de chabolas de contrachapado que se amontonan al borde de una bahía, como un gran puñado de basura. Hay algunos pesqueros amarrados cerca, la mayoría pura chatarra. Muchos portan banderas «curiosas» que además se cambian según sopla el viento… Holanda, Bélgica, Panamá… Y algunos otros colores que allí nada parecen pintar. También hay embarcaciones locales, una especie de canoas de pesca con patines laterales que mejor no preguntar en qué año se construyeron… Por todo el muelle se acumulan sucios montones de redes abandonadas en putrefacción, maceradas por el sol y la humedad.

Nada más desembarcar, se dirigen hacia lo que parece ser el corazón de aquel poblado: una taberna donde van a distraerse y a hacer negocios los trabajadores y patrones de los barcos que allí recalan. Jahan, por alguna razón, se niega a ir. Parece detestar aquel lugar; de hecho, ha habido casi que obligarle a bajar a tierra. Ollauri preferiría que fuera con ellos a la taberna, más que nada porque no está seguro de lo que allí van a encontrar. Como pese a todo no hay manera de obligarle, al final le manda a otro sitio para que se quede por la zona y mientras tanto esté entretenido.

—Toma, por ser tan bueno —b romea, poniéndole unas monedas en la mano—. Pero no te lo gastes todo, que quedan muchas islas y tienes que dosificar tus fuerzas.

Jahan ríe ante aquella broma que Sofía no entiende. Después desaparece tan contento en el interior de una de las casuchas de por allí. Es un chamizo cubierto por hojas de palmera, que tiene la puerta tapizada con fotos de mujeres tailandesas de mirada perdida y enormes pechos.

Ollauri observa satisfecho la cara de desilusión de Sofía, cuando ella entiende al fin a dónde se dirige Jahan. Le fastidia enormemente el modo en que ella habla de él y el fervor con que suele mirarle, igual que si fuera el mismo Cristo redivivo… Pues se equivoca. Es solo un hombre. Y no es mejor que él, piensa Ollauri. No, no lo es.

De camino a la taberna, ambos recorren los senderos que quedan entre las casas, unos caminos invadidos por la arena de la playa. Encima de sus cabezas hay cientos de hileras de cuerda de las que penden rígidos colgajos de cuero. Son trozos de pescado. El olor es

indescriptible.

—¿Y estos peces?

—Peces, no; pez. Es uno solo. Bueno, en realidad creo que no es un pez. Es ballena. Cuando se pilla una, debe despiezarse y ponerse a secar entera de inmediato; si no, es un desperdicio. Luego hay que pasarse meses comiendo lo mismo, que le sale a uno la ballena por las orejas… Pero no está mal —l e dice, robando un trozo de una de las cuerdas y masticándolo distraídamente.

Sofía coge uno también: el hambre puede llevarte a las más disparatadas aventuras gastronómicas… Si así se puede llamar a meterse en la boca un tasajo de pescado abrasado por el sol ecuatorial y cubierto de moscas. Y, encima, hacerlo con ganas.

Vaya, la verdad es que no es tan asqueroso como pensaba. Cuesta lo suyo separar las lascas de carne unas de otras, pero el sabor no es desagradable del todo. Sofía concentra todas sus fuerzas en masticar a conciencia y conseguir tragar el trozo. Esperaba encontrarse algo parecido a la mojama de atún; y por el contrario parece tener en la boca un filete de solomillo, pero ahumado. Es extraño.

—No sabía que hubiese ballenas en el Archipiélago… Ni que fuera legal cazarlas —l e dice, aún intentando masticar tanto la carne como el dilema moral que esta le ha colocado en plena boca.

—Ballenas hay en todos lados… Y de ellas, como del cerdo, se aprovechan hasta los andares. Grasa, carne, barbas, todo… Hasta los huesos usan por aquí: los mezclan con otros materiales y construyen con ellos. Los hombres de esta zona son verdaderos expertos; disfrutarías viendo cómo las cazan.

Sofía lo duda, aunque bien que está sacándole el jugo a su trozo de carne.

—Cuando detectan los indicios del paso de una, los hombres del pueblo salen a buscarla. Se montan todos en una barquichuela, una especie de patera de troncos tan pequeña que da miedo verla, con todos esos tíos encima… Yo creo que la ballena se acerca por pura curiosidad, a ver cómo se hunden aquellos locos… Luego, cuando la avistan, tres o cuatro hombres se ponen de pie en la barca y se lanzan con el cuerpo entero hacia los lomos de la ballena, sujetando enormes arpones. Si tienen suerte, se quedan hincados en ella; y así resisten, entre los bandazos de sangre y de salitre, hasta que la ballena muere lanceada.

»La mayor parte de las veces vuelven a casa muchos menos hombres de los que partieron, pero eso no es inconveniente: más carne para los que quedan. La pieza se reparte entre las familias y se sala para conservarla; menudo negocio hacen con ella… Bueno, se supone que la ley prohíbe vender la carne fuera de la propia isla de uno. Se puede cazar, sí; por el rollo del respeto a las tradiciones indígenas y

todo eso, pero no comerciar con ella. Algo así creo que hay escrito, en algún sitio... Pero bueno, qué más da. La carne es tan buena que sería un verdadero desperdicio no sacarle partido. Y en otras partes de Asia se paga muy bien…

Sofía baja la vista, algo apenada por aquellas explicaciones. No sabe qué pensar del tema y del hecho de que su mano, a pesar de todo, siga cogiendo de la cuerda pedazos.

La taberna a la que se dirigen es una chabola como las demás. Parte de ella está apoyada directamente sobre el agua, en forma de palafito; y del interior surgen risas masculinas y un penetrante olor a pescado frito.

Sofía titubea un momento a la entrada, pero él la coge del brazo y la arrastra dentro con naturalidad, a su lado.

La taberna está llena hasta los topes, y nadie parece prestarles demasiada atención. Hay una radio encendida y unos tipos chinos ríen mientras juegan y apuestan alrededor de una mesa cubierta de fichas. Entre los parroquianos se encuentra un sorprendente número de personas no nativas, muchos de ellos europeos.

Ollauri la sujeta para que se detenga un momento. En la barra ha visto a un hombre de espaldas, entrado en años, con una camisa bien planchada y un tatuaje verdoso que le trepa por el pulso. Sofía contiene la respiración. Cuando el hombre se gira un poco, ambos ven que su cara no es la de quien pensaban.

Al pasar por una de las mesas, un hombre tensa de pronto la pierna, interrumpiendo el paso de Ollauri con lo que parece una más que deliberada zancadilla. Este da un traspié, aunque sin llegar a caer. Acto seguido se vuelve en busca del propietario de aquella pierna intrusa. Sofía se echa hacia un lado, anticipando lo que va a pasar. Pero se equivoca. Para su sorpresa, Ollauri se abalanza amistosamente sobre la cabeza del hombre y empieza a darle restregones con los nudillos, medio en broma. Ambos ríen de buena gana.

—Vaya… Pensé que no te veíamos más el pelo —l e dice, invitándole a sentarse y ofreciéndole una cerveza.

Sofía se sienta con ellos. El hombre lleva una camisa occidental y el pelo, grasiento y cano, recogido en un moño en la parte alta de la cabeza. Sorprendentemente, habla español; aunque con un acento muy fuerte. Es de Portugal, por lo visto… Pero ya ni se acuerda de su país: lleva toda la vida en el Archipiélago y se siente tan parte de él como cualquiera de por allí.

—Anda que… En menudo lío te has metido, macho.

—¿Hasta por aquí sabéis de eso?

—La gente habla… Dicen que es mejor no tenerte a bordo. No compensa: llevas a la policía en los talones. Por aquí nadie quiere problemas, por mucho que apreciemos… tus cualidades. ¿Y qué coño

te ha pasado en la mano?

Ollauri mira hacia su propia mano, estúpidamente sorprendido. Nadie sabe que, en realidad, a ratos se le olvida.

—La mano… Pues… Siempre andaba metida donde no debía, así que ella me la cortó —e xplica mirando hacia Sofía, que se queda boquiabierta con aquella broma.

El hombre suelta una carcajada y no le pide más explicaciones. Luego dirige la mirada hacia la barra y señala a una mujer: quiere que Ollauri la vea. Él tampoco anda solo, y algo tiene de lo que presumir… Sofía mira también en esa dirección, todavía intentando comprender aquella conversación y su extraño papel en ella. La mujer que hay en la barra es una filipina de unos cuarenta y tantos años, con un pesado maquillaje de un color mucho más claro que su piel. En aquel momento está coqueteando con el tipo de la barra y sujeta una litrona entre sus uñas de cinco centímetros. Cuando ve que ambos hombres la miran, les lanza un beso.

—Nada mal… Nada mal.

—¿Verdad? Y no veas la otra que tengo en la isla de Sumba… Últimamente recalo mucho por allí. Tengo a más de veinte paisanos suyos trabajando para mí, en varios barcos. Es una isla llena de… «recursos». Bueno, qué te voy a contar a ti. Por cierto… ¿Dónde está el ganapán ese que me robaste? ¿Vive todavía?

—Sí, por ahí anda… Vagueando y tragando como tres. Creí que aprendería a pensar, pero después de tantos años he perdido la esperanza —c ontesta Ollauri, dando un trago a su botellín—. Si quieres, te lo devuelvo…

—Lo que tienes que devolverme es el dinero que te dejé el año pasado… ¿En la estación de las lluvias, recuerdas? Yo sí. Ya va siendo hora de que saldes tus cuentas conmigo y con todos a los que debes dinero por aquí. Ahora sabemos que te has hecho con un bocado de los gordos, con el robo de los trastos arqueológicos esos… Y a algunos nos jode que encima vengas por aquí como si nada.

—¿Y a qué te crees que he venido? A negociar, a negociar… —i mprovisa Ollauri, que ya ni se acordaba de aquella historia y está un poco sorprendido por el cariz que está tomando la conversación—. Pero antes quería pedirte un favor… Estoy buscando a alguien. Quizá tú te acordarás de aquel socio mío, un tipo alto, holandés…

—¿El Ronnie? Acaba de pasar por aquí.

—¿Qué?

—Sí. Él también te anda buscando. Dijo que estaba seguro de que, si en algún lugar iba a encontrarte, sería en un tugurio como este. Y mira, llevaba razón.

Ollauri se echa hacia atrás en su silla. Vaya, eso era exactamente lo mismo que había pensado él.

—La verdad es que, cuando preguntó por ti, no sabría yo decir si era para evitar encontrarse contigo o para ponerte las manos encima.

—De las dos cosas habría.

—¿A él también le debes dinero? Pues que se ponga a la cola…

—¿Dijo a dónde iba?

—No, pero creo que él piensa que te diriges a las Molucas… Hacia el mar de Banda, por esa zona. De hecho, muchos creímos que te habrías refugiado allí, desde que te andan buscando. Es un buen laberinto… El más seguro de los escondites. Al menos, si consigues mantenerte con vida… —d ice, soltando una risotada—. A mí por allí que no me busquen, desde luego. No pienso volver. Llevo décadas sin operar por la zona, casi desde que nos conocimos. Se hace un buen dinero con los caladeros de por allí, sí… Pero yo ya he tenido bastante. Ahora me concentro en otras islas.

—Sí, mucho mejor Sumba… Ya. Yo que tú me andaría con cuidado, no sea que acabes con la barriga ensartada por una lanza mocha de esas que se gastan ahora.

—Pues razón no te falt a —a dmite el portugués—. La última vez que estuve allí durante el festival, pensé lo mismo: que era mejor antes, cuando se mataban tranquilamente entre sí con lanzas metálicas. Desde que el gobierno las ha prohibido para reducir el número de muertos, es mucho peor… Con las lanzas de madera hacen más destrozos, y ya sabes que hasta que no se derrama una buena cantidad de sangre en la tierra para regarla, no se quedan satisfechos. Además, si uno pasa por allí mientras están metidos en sus historias, cabalgando por la arena e intentando matarse pues… Pues puede uno acabar rejoneado. Digo yo que lo que habría que hacer es prohibir el festival directamente. Nada de *Pasola,* al menos cuando hay blancos en la isla. Si se quieren matar, que lo hagan entre ellos.

—Ya… Yo una vez participé, no te creas. Y eso que ni siquiera sé montar a caballo. Iba a pie, arrastrado por el grupo. No sabía lo que estaba pasando… Pero aquello contagia. Se ve uno allí en medio, atacado por todos lados, con carta blanca para hacer lo que a uno le plazca y… pasan cosas. Algo te sale de dentro… No he disfrutado tanto en mi vida .

—¿Te dieron?

—Sí, clar o —r ememora Ollauri, apurando su cerveza—. Acabé con un trozo de pantorrilla colgando, y la sangre chorreaba por el suelo. Un tipo dijo que era un honor. Yo le reventé la cabeza. Más que nada, para que tuviera el honor él también… Y todos tan contentos.

Ambos ríen con gusto mientras Sofía escucha horrorizada aquella historia de las tradiciones de la isla de Sumba. Es un lugar del que no sabe absolutamente nada, pero en el que, a ser posible, no piensa poner pie. Y mejor que no lo haga: así no tendrá que averiguar nunca

lo que se siente. Lo que ella misma sentiría, como cualquier otro que se viera, de pronto, en aquella situación: cuando de golpe se abren las puertas del miedo, la violencia y la venganza. Sin freno, y además con el consentimiento y la incitación del grupo. Es verdad que ella, como tantas otras personas, jamás habría sido quien diera comienzo desde cero a aquella carnavalesca cacería de todos contra todos… Pero una vez abierta la veda, una vez dentro de la vorágine, ella habría enloquecido como cualquiera. Y de puro gusto. Gracias al cielo, sin embargo, nunca se le va a presentar la oportunidad de comprobarlo. Mejor no constatar lo que tiene dentro de sí, y de lo que es capaz sin saberlo. Festivales como ese quedan muy lejos para casi todo el mundo… En la distancia, y en el tiempo; aunque esto último sea solo en apariencia.

—¿Quieres otra? Invito yo —d ice Ollauri, levantándose y dirigiéndose hacia la barra. Sofía se queda sola con el hombre en la mesa, sonriéndole y sin saber muy bien qué decir. Por fortuna, después de un rato él empieza a hablar con unos chinos y deja de prestarle atención.

Pasa algún tiempo, pero Ollauri no regresa. Sofía le busca con la mirada entre la gente. No consigue verle… ¿Dónde se ha metido? En la barra solo ve a la mujer de antes, la novia del portugués, que está haciéndole gestos a alguien. Vaya, parece que es a ella… Sí, le está haciendo señas para que se acerque. Cuando Sofía llega hasta allí, la mujer le guiña un ojo y le pone algo en la mano. Sofía lo coge, sorprendida. Es un trozo de servilleta doblado. Al abrirlo encuentra unas letras deslavazadas, como escritas a toda velocidad: «Ven al barco, te espero allí». Es de Ollauri.

—No te preocupes: no le diré a João que los dos os habéis marchado sin más —l e dice la mujer, en tono de confidencia—. ¡Entre chicas tenemos que ayudarnos!

A continuación la estrecha contra sí sin más y con mucho cariño. Aunque el gesto no viene a cuento, Sofía no se siente incómoda. De hecho, le devuelve el abrazo con ganas a aquella desconocida que, a su manera, intenta ayudarla.

—¡Y qué mensaje tan romántico! —s uspira, manoteando con aquel arco iris de uñas postizas—. Qué suerte… A mí nunca nadie me ha escrito un mensaje. ¡Ve, amiga, ve!

Sofía le da las gracias y sale de la taberna, entendiendo que Ollauri hace rato que se las ha pirado y que lo mejor es que ella haga lo propio lo más discretamente posible. Mientras se dirige a toda prisa hacia el muelle, piensa en la mujer y sabe con seguridad que la recordará, igual que recuerda a Djoko componiendo canciones de memoria, en su alcantarilla de Yakarta; y a la mujer-hombre, mitad persona, mitad ángel, que había ayudado a Jahan cuando estaba

herido… Desea con todas sus fuerzas que las cosas les vayan bien… Y que la mujer del bar algún día encuentre a alguien a quien dar aquellos abrazos, un hombre que escriba mensajes solo para ella. A ser posible, mensajes que no sean solo una orden mal garabateada en una servilleta, sino largas cartas como las que durante años había recibido ella sin saber apreciarlas: los correos de Máximo. Paquetes con pequeños regalos, cartas manuscritas y mensajes insinuantes que la dejaban tiritando de ganas de él donde quiera que estuviese. Pero, sobre todo, aquellas memorables misivas electrónicas que él tecleaba a las horas más improbables y desde la otra cara del planeta, compuestas con tanto ingenio, gracia y afecto que Sofía se preguntaba cómo era posible no conseguir enamorarse de un hombre como aquel.

Ese pensamiento le trae otros, y su mente se queda prendida en un detalle que de pronto cobra importancia: en el bar había un teléfono. Está segura de haberlo visto. ¿Sería un teléfono público? En estos tiempos de móviles ya no los hay en ningún sitio. En este momento no tiene monedas, pero con un poco de suerte el teléfono a lo mejor pertenece a los dueños del bar y quizá la dejan usarlo… Sofía se pregunta si será muy arriesgado volver a entrar e intentarlo.

Cuando se da cuenta, ya está de nuevo dentro de aquella covacha y tiene el auricular en la mano. No, no parece tener ranura para las monedas, es un teléfono sin más… Sofía marca rápido y sin mirar a la gente que tiene a su alrededor, no sea que alguien le llame la atención. Primero marca el prefijo de España, luego el de Madrid… Después, se queda sin números. Hace un esfuerzo por recordar, pero los únicos números de teléfono que conoce, los que se han quedado para siempre en su memoria, son dos: el de la casa de sus abuelos en el sur, donde iba cuando era pequeña; y el de su primer empleo, una agencia de traducción. En otras palabras: la casa de dos personas fallecidas hace décadas y una empresa de la que no guarda precisamente un buen recuerdo. Qué triste, constatar lo fútil e inútil que resulta el equipaje que lleva en la memoria. Patético.

A pesar de todo, marca el número de la agencia. Una secretaria le dice que espere, y luego le pasa a alguien que afortunadamente sí la recuerda. Es una antigua compañera. El mundo al otro lado del auricular, con sus formalidades y sus sonidos de oficina, le resulta ahora tan irreal como la superficie de otro planeta.

Sofía es consciente de que se trata de una llamada inusual, pero intenta explicarse como puede. Saluda a aquella persona, cuya cara ni recuerda, y le cuenta por qué ha llamado. Le da detalles de su situación, al menos de la zona en la que piensa que se encuentra, y le dicta la dirección física del apartamento que comparte con Máximo. Quiere que alguien contacte con él. Que por favor le hagan saber que está bien, que no se preocupe. Que no está desaparecida ni

secuestrada, y que volverá. No sabe cuándo, pero que en algún momento… Volverá.

No ha colgado aún el auricular y ya se está arrepintiendo. Pero no le da tiempo a pensar mucho sobre ello: alguien se lo quita de las manos y le grita algo en chino. Hay cola para el teléfono y ella lleva demasiado rato de cháchara... Sofía se escabulle como puede entre la gente, no sea que alguien quiera hacerle pagar con unas monedas que no tiene; o, peor aún, que la vea el portugués e intente retenerla hasta que vuelva Ollauri a pagarle lo que le debe… No se siente tranquila hasta que por fin alcanza la puerta y deja atrás aquel antro.

De camino se encuentra con Ollauri, que aún no ha llegado al barco: se ha entretenido por el camino «recogiendo provisiones»… Lleva ya media ballena robada colgando a la espalda, como una grotesca mochila.

—Dime… ¿Has estado alguna vez en un sitio del que no hayas tenido que salir huyendo?

Ollauri se detiene y se la queda mirando. Después reflexiona un momento, tomando aquel reproche como una verdadera pregunta.

—Pues… Creo que no. ¿Tú?

Sofía no le contesta, pero dentro de sí sabe que, si lo piensa bien, de alguna manera ella tampoco.

—He ido a por Jahan, pero no me han abierto la puerta… Espero que esté ya en el barco. Mejor que nos vayamos de esta isla lo antes posible.

Efectivamente, Jahan se encuentra ya a bordo. Tiene un inexplicable chichón en la frente, grande como una mandarina, y unos pegotes pringosos en el pecho que, si no fuera por lo absurdo de la idea, podría pensarse que son hebras de pollo.

—¡Menudo bolondrio llevas ahí! ¿Qué ha pasado? ¿No has… hecho amigas?

—¡Ellas no querer conmigo! Dicho que no fiar más, que nosotros debe mucho dinero… Yo no irme, así que ellas enfadan mucho: ¡una, lanza *panci* en cabeza mí!

—Y aún llena de comida, por lo que parece… —c onstata Ollauri, viendo las manchas y riéndose de él.

—Sí… Todo tirado. Gran desperdicio.

En solo unos minutos están lejos de allí, poniendo agua de por medio con aquella isla a la que quizás es mejor no volver… Como casi todos los sitios en los que aquellos dos alguna vez pusieron pie.

65
Jahan

Ya de camino al corazón de las Molucas, hacia el lugar que había mencionado el portugués, Jahan intenta hablar con Sofía. Quiere decirle que, posiblemente, sus caminos se separarán antes de llegar a aquellas islas. Y es que continuando hacia el este, donde se dirigen ahora, con toda probabilidad encontrarán cierto lugar… Y todo cambiará.

—¿Quieres decir que… vais a dejarme allí? —p regunta ella, inquieta—. Ya, Ollauri me dijo el otro día que no pensabais que fuera buena idea que yo siguiese a bordo, y que mi viaje acabaría pronto, en otro lugar… Sin vosotros. Pero ¿cómo voy a hacer? ¿Me ayudareis al menos a encontrar la manera de salir de aquí, verdad? Perdóname, es que estoy bastante preocupada. Además… Ya me he acostumbrado a esto, a… estar con vosotros.

—No. No es tú quien marchas. Ollauri no sabe, pero barco ahora está llevando a casa mí.

—¿A tu casa? ¿Pero no dijiste que no sabías dónde era?

—Antes, no. Pero cuchillo ayuda. Ahora yo recuerdo. Hace muchos años, pero yo recuerdo. Un poco. Cuchillo también quiere volver ahí. Por eso, ayuda. Casa nuestra. De los dos. Volver. Y allí, descansar por fin.

Sofía le mira sin saber qué pensar ni qué decir. Lo tiene delante, a solo unos centímetros, pero sabe que los brazos de él no se alzarán para darle lo que quiere, ni siquiera ante la inminencia de una posible despedida. Jahan, sin embargo, sí que acaba moviéndose hacia ella, aunque no con el tipo de gesto que querría Sofía. Solo le apoya una mano sobre el hombro y le sonríe.

—Yo bien. Tú bien. Y, cuando tú en casa, olvidar. Sé. Pero yo no. Yo, recordar.

Ollauri, que lleva un rato observándolos desde el puente, se dirige hacia ellos. No le gusta el aire de confidencia con el que aquellos dos parecen hablarse, ni verlos tan cerca el uno del otro. Cuando ve que Jahan le apoya la mano encima en un gesto de afecto más que inusitado en él, Ollauri se queda muy sorprendido. Por si fuera poco, ella se lo devuelve. Y a Ollauri se lo llevan los demonios.

Al llegar a su altura siente ganas de propinarle un buen puñetazo, pero eso no le parece suficiente. Es mejor golpearle de otra forma: en este momento desea verle sufrir de verdad. A ser posible, delante de ella.

—Vaya… ¿Qué es esto, una despedida? ¿Y eso? ¿Ya sabes que te las piras de aquí? ¿Me has leído el pensamiento?

Jahan le mira sin comprender.

—No sé si sabes que, en la taberna, alguien preguntó por ti… Cierto tipo desdentado, portugués… Un patrón de por aquí. ¿Te acuerdas de él? Porque él, desde luego, sí que se acordaba de ti. Me preguntó si seguías vivo. A lo mejor está interesado en recuperarte. Un par de brazos así no se ven todos los días… Pagaría bien. A mí, claro.

La cara del Jahan pierde su habitual tono cobrizo y adquiere el color de la cera. Ollauri continúa, disfrutando como si le retorciera un cuchillo en la carne.

—Ya hemos cerrado el trato. Uno de sus socios te recogerá al amanecer, en cuanto nos aproximemos a la zona donde faena su flota. Supongo que todavía te acuerdas de cómo funciona todo, ¿no? Bueno, no te preocupes… Ya se encargará él de recordártelo. Yo, por mi parte, si me van bien las cosas me pasaré a negociar por ti de nuevo, en algún momento… Pero no puedo prometerte nada.

—Eso no es verdad —m usita Jahan, en un tono que suena más a súplica que a desafío.

Ollauri se encoge de hombros y se da la vuelta. No quiere que Jahan le vea los ojos: sabe que es muy difícil mentirle y quiere prolongar el momento, saborear un poco más aquel martirio.

—No sé para qué te has cubierto las marcas de la espalda, si en el fondo tú y yo sabemos que acabarás teniendo otras nuevas… En esos barcos, el tatuaje te va a durar poco. Por cierto, eso no se lo has contado nunca a ella, ¿verdad? Seguro que aún no sabe de dónde has salido tú, lo que eres en realidad… Y cuál es tu lugar en el extremo de una cuerda: el del que está atado… El del perro.

Ollauri cae de bruces sobre la cubierta, aún preguntándose qué ha pasado. Y no lo sabe, ni podría haberlo sabido, porque jamás ha ocurrido antes. Jahan está fuera de sí. En un instante tiene su cuerpo encima, aplastándole y retorciéndole la cabeza hacia un lado para que le mire.

—Esa cuerda yo ya cortado, hace mucho. Esa, y la otra. La invisible con que tú sujetas mí. Pero ya no más cuerda. Yo ahora cuchillo, cortar bien. Y también voy a cortar esto… para que tú no mentir más. No humillar mí.

Jahan tira bruscamente del labio inferior de Ollauri, que gime y patalea bajo su tremendo peso. El *kris* se acerca a su boca, su hoja labrada produciéndole verdadero pavor. No había previsto que acabaría así, aquella conversación… Pero ahora ya es demasiado tarde. Con los ojos fuera de las órbitas, busca desesperadamente a Sofía para que ella interceda. Eso era lo que hacían las mujeres en aquellos casos, ¿no? Intervenir, defender al más débil… Pero Ollauri

conoce poco a Sofía, que en realidad se muere de ganas por ver finalmente el cuchillo en acción. Además, en aquel momento siente por él todo menos compasión… Eso por no hablar de su labio, que se la trae al fresco.

En el fondo, Sofía no interviene también por otros motivos: primero, porque ella sí que sabe que Jahan solo intenta asustarle; y, segundo, porque justo ahora su mente no está centrada en él, sino en otra cosa. Lo que ha dicho Jahan la ha dejado pensativa. Le resulta familiar, pero no por haberlo oído antes, sino por haberlo pensado antes… Pensado y vivido ella misma. No es solo a Jahan que está ayudando, aquel *kris* . Si bien no entiende cómo, sabe que durante la travesía que han compartido aquel cuchillo ha cortado muchas cuerdas, también para ella. Unas cuerdas distintas a las que inmovilizaban a Jahan, pero cuerdas igualmente. De un tajo puede cortarlas todas, si quiere. Estaba equivocada: ella no es una cobarde. Un buen cuchillo, eso era lo que necesitaba. Un cuchillo como aquel… Antes siquiera de saber de su existencia, todas las brújulas apuntaban hacia él, hacia la dirección que marcaba la aguja de su filo. Había sucedido desde el principio, ya en las ilustraciones de los libros con los que había sabido del *kris* . La entrega de Sofía había sido absoluta: una especie de fiebre dulce la mantenía despierta hasta altas horas de la madrugada mientras aprendía sus nombres, admiraba la belleza de su forma y temblaba al enterarse de la función que justificaba cada una de sus partes. El cuchillo había estado ahí todo el tiempo. Hasta llegar a su mano. Al final la había llevado lejos, muy lejos: con él, hacia el este.

—¿Quieres hacerlo tú? —l e pregunta Jahan, aún con el labio de Ollauri entre los dedos y viendo que ella contempla hipnotizada el cuchillo.

Sofía vuelve en sí: ¿Pero está hablando en serio?

Cuando por fin le suelta, Ollauri acaba vomitando.

Después farfulla un esquivo «solo era una broma, joder», y le ofrece un cigarrillo en son de paz. Esto causa en Jahan no menor sorpresa que la que en el otro había producido verle reaccionar y atacarle de forma directa por primera vez. Jahan acepta el cigarrillo. Ambos fuman en silencio mientras el barco avanza, con su estruendo de espumas y sin nadie a los mandos, hacia las islas de la Especiería.

Sofía no pregunta a Jahan sobre lo que ha dicho Ollauri. No quiere saber nada de su vida anterior, ni de los recuerdos que él guarda dentro. Se trata de un mundo que ella ya intuye, pero del que en realidad nada sabe. Mejor así. Le basta con lo que tiene delante: un hombre libre, que fuma despreocupadamente mientras navega hacia el lugar que ha elegido. Eso es lo que importa.

Jahan, por su parte, no podrá ya olvidar por mucho que quiera. Se

consuela pensando que al menos él tuvo suerte y pudo dejar atrás todo aquello. Alguien se cruzó en su camino de la forma más insospechada, alguien que le salvó. Un extranjero, un hombre odioso… Que había cambiado todo para él, y sin el que desde entonces no podía imaginarse ni un solo día.

Era todavía un adolescente cuando comenzó la pesadilla. Una noche cualquiera, un pesquero desconocido se acercó a la zona donde se encontraban él y su familia. Los *bajau,* la etnia a la que Jahan pertenece, llevan una vida nómada sobre sus pequeñas barcas unifamiliares. Flotan libres, desplazándose de unos mares a otros, buscando lo que necesitan sin pisar tierra.

Algunos habían oído lo que ocurría a veces, cómo algunas personas desaparecían. Decían que había unos barcos que venían y se llevaban a los hombres por la fuerza. Pero no era solo entre los nómadas del mar que se oían aquellas historias: en tierra también sucedía. En algunos pueblos de la costa, los hombres ya no estaban. Simplemente, no se los volvía a ver. A veces eran pescadores; a veces, braceros u operarios que iban a gastarse la paga a algún burdel. Se les emborrachaba y luego se les dejaba inconscientes a base de palos. Muchos locales estaban implicados en este asunto: sacaban una buena tajada de los capataces de los barcos. Cuando los hombres despertaban, ya estaban a varias millas de la costa, en un barco desconocido en el que tendrían que trabajar a destajo para poder ganarse el derecho a comer y a beber. A partir de entonces, eran esclavos a todos los efectos. Pertenecían al patrón y no se les dejaba volver a tierra. Con frecuencia se los pasaban de unos barcos a otros: algunos hombres llevaban en el mar más de la mitad de su vida, encerrados en aquellas cárceles flotantes en las que se les obligaba a trabajar hasta quince horas al día y a pasar las noches atados como animales.

Los *bajau* eran mercancía apreciada. Por su resistencia física y por su capacidad de bucear a grandes profundidades, pero no solamente por eso. Una vez separados de sus familias y transportados a otras zonas, no tenían ningún punto de referencia al que regresar. Solían desistir enseguida de escapar, a diferencia de los hombres a los que habían «recogido» en tierra, que se alimentaban de una sola cosa: la esperanza de volver a casa, al lugar físico del que procedían.

La mayoría se pasaban los primeros años tratando de huir. Cuando los disparos y los palos les quitaban las ganas de hacer tonterías, empezaban a intentar otras cosas. Lanzarse al mar. Hacerse daño. Pero no servía de mucho. Algunos lo entendían enseguida. Esos eran, sin embargo, los que antes morían. Se veía de lejos quiénes serían los siguientes: al rendirse, se les apagaba algo en los ojos. El hambre y el agotamiento les golpeaban más fuerte; la muerte siempre pasaba a por

ellos primero.

Todo eso fue lo que le ocurrió a Jahan, y lo que sigue ocurriendo por todo el Archipiélago en pleno siglo XXI . Pero Sofía nada sabe de la pesca con mano de obra esclava en el Sudeste Asiático; no lo sabe, ni lo sabrá nunca. Él no va a contárselo, y ella tampoco se ocupó de prestar más atención aquel día en su hotel de Singapur, cuando, viendo distraídamente las noticias, se encontró por casualidad con los rostros aturdidos y abrasados por el sol de unos nativos. Los hombres parecían esqueletos, y avanzaban como con miedo por una pasarela. La policía los estaba escoltando para que descendieran de un cochambroso pesquero sin bandera. «Salvados», ese era el titular. Sofía se preguntó por un momento qué sería eso de lo que les habían salvado. Después, cambió de canal.

Jahan recuerda aún su primera noche como esclavo. Primero le quebraron la voluntad a golpes. Luego, le tuvieron horas colgado por los pies en la oscuridad de la sentina, donde el agua acumulada y los restos de pescado le entraban por nariz y boca con los vaivenes del barco. Su mente aterrorizada hacía un esfuerzo por entender cómo había llegado hasta allí y por qué le estaban haciendo eso, pero no conseguía comprender nada. Lo último que recordaba eran las estrellas sobre su cabeza, antes de quedarse dormido en la barca de un amigo. Después, la confusión. Mazos, redes: unos desconocidos los habían pescado sin más, como se hace con los animales.

Jahan tardó varios días en entender lo que había ocurrido realmente y cuál era su nueva situación. En el barco no estaba su amigo, ni nadie de su familia. Los patrones ponían especial cuidado en esto. Siempre los distribuían en distintas embarcaciones, de modo que los «nuevos trabajadores» estuvieran entre desconocidos, sin ningún punto de apoyo. A ser posible, con hombres de grupos étnicos diferentes, que no hablaran la misma lengua. Así pasó Jahan los primeros meses, trabajando como una bestia de carga mientras intentaba escapar de los golpes y los gritos, y sin poder comunicarse con sus compañeros de infortunio. Pero, aunque no pudiera hablar con ellos, los entendía. Todos se entendían. Se miraban en silencio, y un poco se comprendían.

Solo se sentía fuera de aquel infierno cuando saltaba al mar. Sabía que luego tendría que volver a subir, *sí*; y habiendo terminado la tarea que le hubieran encargado, si no quería problemas… Y seguir así hasta el anochecer. Pero cuando estaba debajo del agua, un poco se le olvidaba. Allí se encontraba a gusto. Y, a veces, también se encontraba cosas.

Un día subió con un trozo de caña, un palo hueco que había encontrado en el fondo. Lo escondió: no quería que se lo quitasen. Había tenido una idea. Por la noche consiguió hacerle un par de

agujeros y limarle una especie de boquilla, usando solo un anzuelo de pesca y un tesón sobrehumano. Cuando terminó, empezó a hacerlo sonar como si fuera una flauta. El sonido era horrible, pero unos hombres dieron palmas. Luego, el capataz se la quitó.

Todavía tardaría algunos meses en aprender a hablar aquel idioma que usaban en el barco, una jerga endemoniada que mezclaba órdenes, súplicas y maldiciones en más de diez dialectos diferentes… Se trataba de una de las mil lenguas del mar, parecida pero totalmente distinta a las otras, que nacen y mueren en todos y cada uno de los barcos, desde el inicio de los tiempos.

De todas formas, antes de que Jahan consiguiera dominar las palabras, estaba la flauta. Eso, todos lo entendían.

Pasaron varios años. Una vida entera. Muchos compañeros morían. A bordo el trabajo era agotador; y, en el agua, simplemente letal. Los casos mortales de aeroembolismo abundaban, dado que la mayoría se pasaban muchos minutos colocando la parte inferior de las redes en el fondo, a profundidades imposibles. Por otro lado, no eran pocos los que acababan estrangulados por la malla bajo el agua. A pesar de la fatiga y del miedo, había que sobreponerse y andar con mil ojos allá abajo, sobre todo al avanzar portando aquellas líneas de barrido infinitas que, además de ilegales, podían acabar siendo una trampa mortal no solo para los peces que pretendían atrapar. Se producían accidentes casi a diario, pero no se tomaba ninguna medida. Para los que llevaban el negocio, las bajas no representaban una gran pérdida. Al fin y al cabo, el riesgo compensaba: la pesca «artesanal» con cercos manejados a mano reportaba millones de beneficio. Además, casi sin gasto ninguno, con embarcaciones pequeñas y mano de obra barata. Muy barata.

Los capataces cambiaban: a veces llegaban lanchas que los transportaban a otras embarcaciones, o a tierra. Las caras de los nuevos «señores» eran otras, pero eso tampoco se notaba demasiado. Los días y las noches seguían siendo iguales. A Jahan empezaron a pasársele ideas raras por la cabeza. Una vez, por ejemplo, se puso muy contento porque se dio cuenta de que sí que podía escapar. Bueno, escapar del barco no; eso era imposible. Pero sí escapar de la vida en el barco. Es decir, de la única vida que tenía ahora y que tendría ya, para siempre, si no hacía algo al respecto.

Sus intentos de llegar hasta el fondo y no regresar nunca más no habían dado ningún fruto hasta ahora.

Ahogarse no es tan fácil como parece. Especialmente, cuando cada músculo de tu cuerpo está entrenado para sacarte a flote desde el momento mismo de tu nacimiento, como era el caso de Jahan. Cada vez que trataba de lanzarse de lleno al vientre del mar con la esperanza de no volver a salir de él, el instinto de supervivencia

prevalecía sobre su voluntad y acababa sacándole a la superficie igualmente… Mareado, exhausto y vomitando agua; pero fuera de nuevo.

Un día tuvo una idea. Existía una manera de sabotear a su propio cuerpo e imponerle su deseo. La solución era sencilla. Tenía que nadar hacia abajo con todas sus fuerzas, y superar el umbral donde restallan los oídos, donde el mar te estrecha contra sí hasta reventarte el pecho. Una vez traspasado ese límite, debía seguir y seguir… Bajar siempre, sin controlar la respiración; a toda velocidad y con todo el ímpetu del que era capaz. Una vez allí, por mucho que quisiera, su cuerpo sería incapaz de llevarle de nuevo a la superficie. Su corazón se detendría allá abajo, restando sin más un sonido al mar, al murmullo infinito de todo lo vivo.

Jahan tomó la decisión. Lo intentaría a la mañana siguiente, en cuanto comenzara su turno de pesca.

Por la noche no pudo dormir: la mezcla de excitación y miedo que sentía le confundía enormemente.

No había amanecido aún cuando los hombres oyeron un motor que se aproximaba. Se trataba de uno de los buques congeladores que se acercaban regularmente a recoger el pescado para transportarlo a tierra. Como siempre, los hombres que saltaron a bordo eran extranjeros.

Uno de ellos discutió con el patrón por una nadería y, sin más preámbulo, le largó un derechazo en pleno estómago. Los otros hombres, sus propios compañeros, le sujetaron. Al final tuvieron que atarle a un poste para que se calmara un poco. El patrón seguía postrado y encogido, con el estómago hecho un higo. Los trabajadores, al ver al patrón por los suelos, detuvieron un momento su frenética labor: cualquier novedad era bienvenida en aquel mundo de sinsabores y rutinas interminables. Otro de los hombres que estaban al mando les dio un grito para que reanudaran la faena y dejaran de perder el tiempo. Todos volvieron al tajo de inmediato, tirando de cuerdas infinitas y cargando sacos que jamás se terminaban. Todos, menos uno.

Jahan estaba de pie, junto al patrón. Miró al extranjero al que habían reducido y que seguía atado al poste. Era mucho más menudo que él, moreno, con el pelo extraño. Jahan nunca había visto a nadie con bigote y patillas. Eso por allí era muy raro: él mismo ni siquiera tenía pelo en la cara. El hombre no le gustó: tenía un fuego sucio dentro, una rabia que le salía por los ojos. Le dio un poco de miedo, sobre todo porque él también le estaba observando.

Ollauri miró al nativo. De él todo le impresionaba e intimidaba: su cuerpo, su tamaño. El gesto. Ya había entendido que era un esclavo; y, sin embargo… Algo dentro de sí se habría postrado ante él, ante

aquella nobleza harapienta que condensaba en cada ángulo la fuerza de lo que significa ser hombre. Aquella sensación, imprevista e incomprensible, sacudió a Ollauri como un calambrazo. De inmediato quiso rebelarse contra ella, pero se sentía demasiado confuso para entender cómo. Solo sabía luchar de una forma, y así lucho contra aquello: mediante el odio, uno de los pocos colores de los que disponía su paleta. Así, Ollauri odió a aquel desconocido que tenía delante, al instante y con todas sus fuerzas; y deseó que muriera. Que desapareciese. Lo haría él mismo, en cuanto pudiera.

El nativo no dejaba de mirarle, a pesar de que uno de los encargados estaba golpeándole ya para que volviera al trabajo.

De pronto, sucedió algo. Sin hablar, sin conocerse y sin saber siquiera qué era lo que el otro pretendía, ambos hombres se entendieron.

Aún atado al poste, Ollauri miró hacia la izquierda, donde uno de los cabrestantes mecánicos que usaban para levar las redes giraba sin cesar.

Jahan siguió su mirada. Vio lo mismo que estaba viendo Ollauri: el cable de acero que se enrollaba sin que nadie lo atendiese, los ganchos que reposaban en unos cajones cercanos, la poca distancia entre ambos. El patrón aún en el suelo.

Todo transcurrió en cuestión de segundos. El gancho hábilmente colocado, el cabrestante que giraba, el metal acercándose al cuerpo del patrón.

Se oyó un chirrido.

El garfio metálico, al no encontrar buen apoyo en aquellas carnes, las abrió en canal, surcándolas del tobillo al muslo hasta dar con la cadera. Fue allí, en aquel hueso, donde el gancho por fin encontró un hueco por donde sujetar.

El cuerpo del patrón acabó colgado de la grúa, debatiéndose como un atún recién pescado. La sangre goteaba sobre la cubierta.

Los trabajadores se detuvieron de nuevo. Sin embargo, no exultaron al ver al odiado tirano patalear como un pelele en las alturas. Solo sintieron miedo por las represalias que aquel estúpido gesto de Jahan podría desencadenar sobre toda la tripulación. Llevaban demasiado tiempo siendo esclavos como para pensar de otra manera.

Un tipo empezó a disparar, se armó un gran alboroto. Jahan desató a Ollauri, que se levantó de inmediato: le incomodaba muchísimo estar allí agachado junto a él, ver la mole de su cuerpo mirarle desde arriba. Una vez en pie, Ollauri le hizo un gesto: debía escapar de allí, saltar al agua.

Jahan le miró sin comprender. Sí que había entendido la mímica en sí: aquel hombre quería que saltara al mar. Lo que no sabía era con qué objeto. ¿Qué iba a conseguir con eso? Estaba muerto; era cuestión

de minutos que le dispararan por lo que había hecho. No tenía ningún sentido intentar huir, nadar unos metros más hacia el vacío.

Ollauri le grita, ya arrastrado por algunos de sus compañeros, que intentan zafarse de una posible revuelta de los nativos.

«¡Salta! ¿No entiendes? ¡Escapa, vete, joder!»

El nativo le contestó involuntariamente con la mirada. Sus ojos, muy distintos a los de Ollauri, contenían una pregunta que era en realidad la más triste de las respuestas: ¿A dónde? ¿A dónde podía ir? O, más bien, ¿a dónde tenía que ir? ¿Cuál era exactamente la orden que tenía que obedecer ahora?

Después de aquel episodio, el extranjero desapareció. Se fue en una lancha con los otros, con los de su clase; los que daban las órdenes, hacían dinero y decidían sobre las vidas de los tripulantes de aquellos barcos… Era en esos términos, absolutos y bastante simples, que Jahan pensaba en Ollauri. Porque pensaba en él. Y mucho.

En el barco no cambiaron demasiado las cosas. El patrón había muerto, así que trajeron a otro. Era portugués; un hombre que, según decían, gestionaba toda la red. La flota entera estaba bajo su mando. En cuanto estuvo a bordo, preguntó por Jahan y lo mandó subir al puente. Quería verlo antes de tomar una decisión.

En principio iba a deshacerle la espalda a latigazos y pegarle un tiro delante del resto de la tripulación, como se hacía siempre en aquellos casos. En realidad, resultaba positivo para todos: después de estos incidentes y las consecuencias que invariablemente acarreaban, solía haber paz durante meses.

Esta vez, sin embargo, se le había presentado una situación inusual. Había un tipo que por lo visto había estado implicado en el suceso, y que había ofrecido dinero por el nativo. No para comprarlo, no; sino para hacerlo él mismo.

El portugués se preguntaba por qué, y quiso ver a Jahan con sus propios ojos. Examinando el imponente cuerpo del nativo y oyendo de sus capacidades, sintió algo de rabia. Iba a perder a un marrajo como aquel de la manera más estúpida. Decidió subir el precio. Si el tipo ese quería jugar al tiro al blanco con una pieza de caza mayor, que pagara lo que valía.

Ollauri, por supuesto, no tenía el dinero.

El día que finalmente se presentó en el barco del portugués, plantó sobre la mesa dinero que había robado a los propios socios de este. Un negocio redondo.

El portugués le preguntó si no prefería quedarse con otro hombre en lugar de con Jahan, y hacer lo que quisiera con él. Le saldría más barato. Ollauri torció el gesto. Negativo. A fin de cuentas, a aquel hombre iban a darle matarile igualmente por lo que le había hecho al capataz… ¿Qué más les daba si el castigo en sí lo ejecutaba otra

persona?

A pesar de sus propios razonamientos, Ollauri titubeó un poco al tenerle de nuevo ante sí.

Como la otra vez, Jahan estaba medio desnudo. Su apabullante estatura y el colosal macizo de sus formas lo convertían en un semidiós al lado de los hombres que lo rodeaban; incluso a pesar de la mirada baja y huidiza, y de la piel destrozada por las heridas. El pecho le quedaba a Ollauri delante de la cara, las tremendas clavículas muy por encima de él. Si Jahan hubiera querido, en aquel mismo instante podría haberle aplastado la cabeza, simplemente sujetándola contra sí, arrullándole en un abrazo de púgil que sin duda habría sido el último para Ollauri.

Allí estaba. Volvía de nuevo aquella horrible sensación que tanto le incomodaba, la mezcla insoportable de miedo y admiración que le había llevado hasta aquel barco. Debía seguir adelante: poner fin con sus propias manos al responsable de que él hubiera llegado a sentir algo así por otro hombre.

Jahan le miraba también, expectante. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Ni por qué no llegaba finalmente su castigo, ni qué estaba haciendo allí el extranjero del otro día. Pero algo sí que entendió. Leyó los ojos del hombre e hizo lo que pensó que él quería, en aquel momento.

Cuando levantó los brazos, Ollauri y el portugués se echaron hacia atrás instintivamente. Sin embargo, por fortuna el nativo no pretendía golpearles.

Jahan dejó que el hombre del bigote le examinara, que le mirara de cerca si era lo que quería. Sus ojos, al menos, decían eso con absoluta claridad. Quizás era eso lo que estaba ocurriendo, que aquel hombre iba a comprarle para su barco y quería ver si era lo suficientemente fuerte y si estaba en condiciones.

Ollauri se quedó paralizado ante semejante exhibición, viéndose los brazos del nativo delante de la cara, su cuerpo presentado en redondo a pocos centímetros de sí. Podía incluso sentir la respiración de Jahan y ver de cerca aquellos ojos que parecían absorberlo y entenderlo todo, pero que permanecían siempre planos, sin devolver nada a cambio. El olor de su cuerpo le entró con fuerza por la nariz, dejándole espantado al comprobar que no lo encontraba precisamente desagradable. Incapaz de soportarlo más, Ollauri se giró para obligarse a dejar de mirarle. Entonces fue aún peor. Sentir aquella masa tras de sí, cubriéndole las espaldas y situándose de un lado que intuía era el suyo, causó en él una honda impresión.

Se volvió hacia él, y sucedió de nuevo. Se entendieron.

Jahan vio lo que Ollauri estaba pensando. Vio el dinero encima de la mesa, las cuerdas colgadas del mamparo, el arma del capataz.

Cuando entre ambos tuvieron al portugués en el suelo, Ollauri se sentó a horcajadas sobre él por pura diversión. Después, le metió una moneda en la boca como si fuera un muñeco de feria.

«Toma, para que no digas que te lo robo… Al fin y al cabo, he quedado satisfecho con la compra, y me lo llevo puesto…».

Acto seguido, ambos desaparecieron a toda velocidad en la lancha de Ollauri.

No volverían a separarse jamás.

Jahan, contra toda lógica, confiaba por completo en él. Había entendido que el otro le necesitaba desesperadamente y le quería junto a sí, aunque solo fuera para herirle. Estaba claro que Ollauri no podía ya vivir sin eso: necesitaba tenerle al lado para demostrarse a sí mismo que podía dominar a un hombre como él.

A Jahan aquella nueva situación no le parecía mal del todo. Al fin y al cabo, ahora podía dormir y comer a placer. Para él había acabado la pesadilla del barco-cárcel; los palos, el hambre y los trabajos forzados.

Ollauri, por su parte —c uando pasaron los primeros meses y se dio cuenta de que no tenía ningún sentido seguir intentando matarle—, empezó a sentirse invencible. Jamás había tenido un socio. Y, mucho menos, uno como aquel.

En sus alocadas correrías por aquellas aguas, hubo varios momentos en los que estuvieron a punto de toparse con grupos itinerantes de familias *bajau* que flotaban entre los arrecifes. Ollauri los evitaba deliberadamente y con sumo cuidado: el pensamiento de que el otro pudiera por fin encontrar a los suyos y desaparecer para siempre le causaba una desazón difícil de soportar… y de digerir. Para solucionarlo, se ocupaba de que el nativo estuviera bien borracho y dormido cuando se cruzaban con aquellos poblados a la deriva; y centró sus esfuerzos en alejarse de aquellas zonas, obcecándose en poner siempre rumbo hacia el oeste.

Justo la dirección contraria a la que llevan ahora.

66
A casa

El barco va acercándose a un lugar que en ningún mapa aparece: una zona indeterminada del mar, un punto cualquiera en mitad del vacío azul que separa la isla de la Estrella de las Molucas.

Una mañana, Sofía ve una imagen insólita por uno de los portillos.

Junto a ellos se desliza algo que parece un leño hueco. Esto no tendría nada de particular de no ser porque, dentro de aquel leño que es en realidad barca, hay un niño sentado. Tiene unos seis años y va remando a contracorriente; allí, en pleno mar, dueño y señor de su pequeño reino. A Sofía le parece un niño extraordinariamente guapo, con una mirada desafiante y el pelo rubiajo, como quemado por el sol.

El niño está golpeándoles con el remo, ignorante de los peligros de tan desigual batalla y decidido a abollar el casco de aquel barco tan feo que no le gusta nada.

Pero no está solo. Otros niños le jalean desde sus propias canoas. Más allá, unas mujeres ríen. Tienen la piel morena, de un tono cobrizo; y sobre la cara llevan pintados círculos de una especie de ungüento amarillo que las protege del sol. Ellas no se encuentran sobre una barca, sino sumergidas en el mar. Sofía se asombra de ver que el agua les llega solo hasta la cintura. ¿Pero qué está pasando? ¿Cómo puede ser el mar tan poco profundo? Vaya, es un arrecife. De pronto entiende de qué se ríen: de ellos. De lo tontos que son, por haber encallado en un lugar como aquel.

Sofía sale a cubierta. El panorama que tiene ante sí la deja estupefacta. El mar en aquella zona es una explanada de color turquesa, tan clara que parece un vidrio; y de la superficie sobresalen pequeños montículos de roca coralina. Entre ellos hay un poblado, si puede llamarse poblado a un lugar donde no hay casas, ni muros que en la tierra apoyen sus raíces. No, casas no hay; pero sí gente: algunos nadan a su alrededor, y otros se deslizan sentados en barcas de madera que se agrupan entre sí formando pequeños «barrios». Encima de los barcos la vida discurre como en cualquier otro sitio: el aire está lleno de canciones y discusiones, risas y riñas, ropa tendida y el omnipresente chisporroteo del pescado. Todo, directamente sobre las embarcaciones, que como única protección llevan toldillos de paja o de lona de colores muy brillantes. Es un grupo de nómadas del mar.

Ollauri despotrica en el puente, maldiciendo aquel arrecife inesperado. Luego se queda en silencio.

Las barcas los están rodeando ya, y algunas personas nadan hacia

ellos con una mezcla de curiosidad y cautela. Él sabe perfectamente de quiénes se trata, aunque lleve muchos años intentando esquivarlos. Con aquella idea fija que tenía últimamente en la cabeza, sin embargo, se le había olvidado por completo. Había concentrado todas sus fuerzas en dirigirse hacia el lugar donde creía que estaba el hombre que andaba buscando y… Y allí mismo había acabado, arrastrado hacia ellos, sin saberlo ni quererlo.

Cuando Jahan sale a cubierta, el panorama le confunde a él tanto como a los demás.

No conoce a ninguna de las personas que tiene delante, pero al verlos siente de pronto una pena muy grande, una especie de congoja sorda y secreta, que le sube por el cuello y acaba atenazándole la garganta.

Jahan sorbe por la nariz. Pestañea. Se encuentra un poco mal; y, al mismo tiempo, se siente feliz.

Esto es lo último que piensa.

Después, salta al mar.

Aquellas personas los acogen sin más: pasan allí varios días, duermen, comen con ellos. Las mujeres ayudan a Sofía a asearse, Ollauri come marisco hasta que le sale por las orejas.

Jahan, sentado en uno de los barcos, habla con los demás hombres. No le conocen, ni saben dónde está su familia, pero no importa. Ahora está ya dentro de una.

Sofía y Ollauri le oyen conversar. Aunque no entienden nada de lo que está diciendo, no pueden dejar de escucharle y mirarle con una estúpida cara de perplejidad. Ninguno de los dos le ha oído nunca hablar de corrido en ningún idioma, ni sentirse cómodo dentro de las palabras que por su boca salían. Ahora, al hablar en su propia lengua, un cambio casi físico parece operarse en él. Es como si sus gestos y expresiones por primera vez encajaran, como si el tono de su voz tuviera sentido al convertirse por fin en la expresión inmediata de su pensamiento. Algunas veces sonríe después de haber dicho algo que quizá sea una broma; otras, hace pausas que culminan sus frases con rotundidad incontestable. Escucha. Comenta. Ordena. Parece otra persona, una que se ha quitado por fin de la cara la estrecha máscara en la que durante años ha tenido que encajar el rostro. Es él mismo: de forma completa, después de tanto tiempo.

Sofía observa cómo, a pesar de ser un recién llegado, los otros hombres le escuchan con respeto y se sitúan a su alrededor. Instintivamente, le dejan ocupar la posición central que le corresponde. Esa que quizá debería haber ocupado desde siempre.

Pero Jahan no está tranquilo del todo. Queda algo por hacer. Sabe que si ahora al fin está aquí, con los suyos, no ha sido por casualidad.

Lo que le ha impulsado hacia este lugar sigue a su lado, pegado a su piel por dentro de la cintura del *sarong;* y también en sus pensamientos, que no han parado de girar y girar desde que ha llegado aquí.

Jahan enseña el *kris* a una de las matriarcas del grupo, en busca de una explicación. Quizás ella pueda interpretar qué es y por qué le ha llevado hasta allí.

La anciana escucha con atención su historia. Examina el cuchillo, aunque a cierta distancia, que no parece gustarle la idea de tener cerca a aquella fiera. Luego le explica que ese cuchillo nada tiene que ver con ellos. Es algo de otras gentes. Gentes de tierra.

Ambos concluyen, sin embargo, que el *kris* es algo bueno, al menos en manos de Jahan: le ha escogido a él, y le ha ayudado a volver. Ahora, no obstante, debe dejarlo ir. El cuchillo desea quedarse allí.

Sí, ¿pero dónde? ¿Dónde debe dejarlo? ¿Y por qué?

Jahan obedece a la mujer: si quiere saber las respuestas, debe confiar en el cuchillo. Escucharlo directamente. Por la noche, debe dormir con la cabeza sobre él.

En cuanto oscurece, Jahan hace lo que se le ha dicho, aunque no sin cierto temor. Es sabido por todos que las pesadillas que la voz del *kris* puede provocar en la cabeza de los vivos causan en estos la locura, tal y como relatan con todo lujo de detalles las historias del folclore indonesio y malayo. Pero él no tiene nada que temer: el cuchillo no quiere hacerle daño. Solo va a indicarle lo que desea; es decir, lo que Jahan debe hacer con él.

A la mañana siguiente, cuando el sol empieza a alzarse sobre el horizonte, Jahan tiene las ideas más claras que nunca.

En sus sueños ha visto el rostro de un hombre. Es un desconocido, pero tiene mucho que ver con él. Pertenece también a los *bajau* y es un pescador. No, no es un pescador; él se considera a sí mismo un cazador de peces. Los caza con una lanza, en el fondo. Igual que Jahan.

El hombre vive con su familia en una de las barcas. Tiene una vida tranquila, entre las personas que quiere y en el mar que conoce.

Un día, todo eso termina.

Llega la gente de tierra. Sus barcos son enormes. Se llevan a los hombres: los obligan a marcharse con ellos. A partir de ese momento, los tendrán como esclavos.

Las mujeres y los ancianos quedan flotando a la deriva, sin sus hijos, sin sus maridos, sin poder hacer mucho más que llorar. Como habían llorado por Jahan.

Al hombre se lo llevan muy lejos. Lo venden, se lo pasan de barco en barco. Vive toda su vida en el mar, alternando periodos de libertad absoluta con el infierno de saberse propiedad de otros. Las olas son las

mismas, pero unas veces parecen mecerle, otras, atormentarle.

El hombre vivió hace mil años. En el siglo IX .

Su rostro no es el de Jahan; y, a pesar de todo, de algún modo sí que es él: es todos los hombres que él han sido, a lo largo de los siglos.

Una vez arrancado de los suyos, primero fue reclutado para una guerra en otra zona del Archipiélago. Una región lejana de la que nada sabía y que nada le importaba. Los encargados de la leva forzosa que se lo había llevado por delante eran los emisarios de un sultanato local en busca de nuevos brazos para defender su territorio. A bordo de aquellos barcos peleó como el que más; intentando sobrevivir, mendigando comida y agua, y robándolas cuando nadie se las daba.

Durante un abordaje, mató por primera vez. Su oponente era un hombre de otra etnia, un malayo que vestía unos ropajes extraños para él. La pelea duró varios minutos, y lo pasó muy mal. Sintió un gran miedo, pero también sentía otra cosa: el hambre, la sed, la rabia que por dentro le crecía. Aquel hombre concreto no tenía la culpa de todo eso, pero no importaba. Cuando se dio cuenta, aquel desconocido estaba tirado en el suelo, la cabeza partida en dos por el hachazo que él mismo le había propinado.

Como era habitual, se dispuso a robarle la ropa y todo lo que le pudiera servir. Hubo algo, sin embargo, que no se atrevió a coger: el arma con la que había peleado el malayo.

La mano inerte sostenía aún el cuchillo. Era un puñal enorme, con el filo serpenteante y de color opaco, como si en vez de metálico fuera de piedra. Aunque nunca había visto un *kris,* el hombre supo de inmediato que lo que tenía delante era uno. Se trataba sin duda alguna del cuchillo del que había oído hablar: ese que podía matarte al primer envite, provocarte la locura o elegirte como amigo, fundiendo para siempre su empuñadura con el centro de tu mano.

No, no se atrevía a cogerlo. El *kris* pertenecía a aquel hombre: robarlo habría sido una aberración, como cortar y sustraer una parte de su cuerpo. Y él no iba a hacerle eso, aunque le hubiera vencido.

Fue difícil, sin embargo; la tentación era muy fuerte. El cuchillo no solo le habría podido resultar muy útil para defenderse, también era muy hermoso. Estaba labrado como si fuera una joya y tenía las cachas de madreperla.

A pesar de todo, el hombre no lo cogió. No era suyo.

El cuchillo, no obstante, no compartía su opinión. Al fin y al cabo, había vencido de manera limpia, luchando honestamente; y era un hombre noble que no había querido robar a otro.

Por la noche el cuchillo apareció inexplicablemente junto a él, yaciendo a su lado como una mujer.

El hombre se asustó: sabía que él no lo había puesto allí. ¿Cómo era posible?

Al principio no se atrevía a tocarlo. Luego empezó a entender. Supo que el cuchillo quería ser suyo. Y lo tomó.

Lo tuvo consigo durante veinticinco años. En ese tiempo, el hombre recorrió todo el Archipiélago; como soldado, pescador y esclavo en los barcos de otros.

Ya en aquel tiempo no era extraño cruzarse con embarcaciones de tierras muy lejanas. Por las aguas del Archipiélago transitaban mercaderes chinos, indios y árabes. Java y Sumatra eran centros comerciales importantes, puntos ya luminosos en aquella constelación de puertos que marcaban el trazado de la Ruta de la Seda Marítima.

Entre esos barcos se encontraba cierto *dhow* árabe que, después de haber recogido una gran cantidad de porcelana de los hornos chinos, se dirigía con la mercancía de vuelta al golfo Pérsico. Antes, sin embargo, el *dhow* recaló en algunas islas para adquirir alcanfor, índigo y especias. También, para reponer tripulación: como de costumbre, parte de los trabajadores habían desertado o muerto durante la travesía.

Fue así como el hombre acabó en aquel barco, vendido por sus antiguos patrones a unos mercaderes árabes.

Aunque le daba miedo saber que le estaban llevando a tierras todavía más remotas, a bordo del *dhow* se encontró a gusto. Los árabes no los maltrataban y les daban de comer bien. Entre otras cosas, porque sabían que, si morían, no podrían reclutar a más hombres hasta el siguiente puerto, que esta vez se encontraba a meses de distancia. Habría sido una estupidez arriesgarse a quedarse sin brazos suficientes que pudieran manejar cabos y velas.

Por lo demás, como se trataba de un barco de carga y no de guerra, el ambiente era muy distinto. Durante la travesía no había demasiado trabajo que hacer, y se respiraba cierta camaradería a bordo. Allí había hombres de todo el mundo: chinos, jémeres, malayos, indios. Al principio costaba entenderse, pero el hombre enseguida aprendió a comunicarse en la mezcla de lenguas que se hablaba en aquel barco en particular, el habla inventada que le era propia. Igual que Jahan.

En cubierta mataban el tiempo jugando. Unos compañeros chinos le enseñaron a apostar como hacían ellos, con un dado de marfil de doce caras. Una noche le desplumaron por completo. Se llevaron todo lo que tenía, incluido el cuchillo. Pero él lo recuperó: los chinos pesaban poco, era fácil lanzarlos por la borda.

Todo transcurría con relativa tranquilidad hasta que llegaron a las proximidades de Borneo. Allí, de forma inesperada, terminó la travesía.

No fue ningún asalto ni enfrentamiento lo que detuvo el barco. Fue el mismo mar de Java. Como sucedía a veces en aquella zona, sin mediar grandes vientos ni síntoma alguno que la desgracia pudiera

presagiar, de la nada se formó una tormenta que arrastró el barco como si de una simple hoja se tratara. Bajo una lluvia cada vez más intensa, corrientes cambiantes y de ímpetu brutal empezaron a hacer crujir el armazón entero. Las olas se alzaban a gran altura y los golpeaban como murallas que sobre ellos se derrumbasen. El agua corría a placer por la cubierta, llevándose consigo personas y objetos. Bajo los mástiles se oían gritos, órdenes desesperadas y plegarias a una docena de divinidades distintas. Tras varias horas de martirio, el barco acabó volcando. Sus aparejos ya destrozados se hundieron bajo la superficie, y el casco quedó panza arriba, con la quilla expuesta trágicamente a la tormenta.

Una vez sumergido por completo, el *dhow* comenzó su blando descenso hacia la profundidad. Allí yacería por mucho, mucho tiempo; sepultado bajo las aguas con sus tesoros de porcelana.

Dado que se encontraban a poca distancia de la costa, por suerte la mayor parte de la tripulación pudo nadar a tierra y sobrevivir. Entre ellos estaba el hombre. En el naufragio no había perdido la vida, pero sí el cuchillo; y en su cabeza ambas cosas estaban al mismo nivel. De hecho, habría preferido perder la una antes que el otro. Quiso lanzarse al agua a recuperarlo, pero sus compañeros le detuvieron. Aquello era una locura; y, además, completamente inútil.

El cuchillo había sido arrastrado por el agua y quedó atrapado en el fondal, hincado en una cavidad de los arrecifes. La arena de los siglos iría cubriéndolo poco a poco con su muda caricia.

En los años siguientes, el dueño del cuchillo trabajó y peleó aún en algunos barcos, luchando por sobrevivir mientras intentaba volver hacia el este. Al final de su vida consiguió regresar con los suyos, pero no llegó a descansar en paz. Una parte de sí faltaba. Y nunca la podría recuperar.

Al amanecer, Jahan medita sobre esto; sobre toda esa historia tan lejana y a la vez tan familiar que ahora sabe sin saber cómo.

Mira el cuchillo.

Pregunta de nuevo a la anciana. ¿Existe, por allí, algún lugar donde pudieran yacer personas… personas de hacía mucho tiempo?

La mujer suelta una carcajada: los muertos están por todas partes. El mar mismo es el mayor cementerio que existe.

Por otro lado, los *bajau* despiden a sus muertos sobre sus barcos. Cuando alguien muere, si es posible recuperar el cuerpo, su familia y amigos lo colocan tumbado en su propia canoa. Luego la sellan con tablones y la abandonan sobre el agua, para que siga navegando hasta que el mar quiera hacerla suya. Así, muchas personas acaban naciendo, viviendo y muriendo sobre el mismo barco, un trozo de leño que fue árbol y, antes de convertirse en madera de deriva, a alguien

sirvió de cuna, casa y ataúd.

Imposible localizar el cuerpo de una persona en concreto. Especialmente, si desde que murió ha pasado más de un milenio.

Jahan, pese a todo, no se rinde. Sabe que el *kris* le ha llevado hacia el este para ayudarle a encontrar a los suyos, pero no solo eso. Por allí debe de hallarse también el lugar al que en realidad pertenece el cuchillo. La mano. La mano del hombre que fue su mejor dueño, hace ya muchos años.

Jahan bucea sin descanso. Examina los arrecifes en busca de huesos, hace sus conjeturas. Pero no tiene que seguir buscando mucho más.

En un momento determinado, sucede algo mientras está dentro del agua.

El cuchillo se le cae.

Al principio se asusta e intenta recuperarlo de inmediato. No es capaz. Cada vez que alcanza a sujetarlo, el *kris* se le escurre de nuevo de entre los dedos.

Después de un rato, Jahan comprende que debe dejar de intentarlo. Es entonces cuando el cuchillo empieza a alejarse de él y caer hacia lo profundo. Lentamente primero, como arrastrado por su propio peso; con ágil velocidad después. Jahan lo ve deslizarse rápido hacia la oscuridad del fondo, serpenteando alegre como una anguila… Afilado y hermoso, más vivo de lo que ningún pez lo estuvo jamás.

En el fondo le espera una mano. Lleva esperándolo mucho tiempo. Sus dedos se cierran de inmediato al sentir de nuevo la presencia del viejo amigo. El viejo amigo, que, por fin, vuelve a casa.

El silencio continúa, en el fondal. Verde y negro. Nada parece haber cambiado.

Jahan sale a la superficie. Ya no tiene el *kris,* pero se siente orgulloso y tranquilo, como alguien que ha hecho lo que debía. Además, él ya no necesita ningún cuchillo. Ya ha cortado todo lo que tenía que cortar. Es libre.

67
Soltando amarras

Una tarde Ollauri se da cuenta de que cada vez hay menos canoas, menos gente alrededor del barco. Parece que el grupo ha comenzado ya, poco a poco, a emprender de nuevo su marcha.

Hace días que Jahan no duerme a bordo, aunque ha permanecido cerca de ellos casi todo el tiempo. De momento.

Al asomarse por la borda, Ollauri le ve en el agua. Está terminando el atardecer, el mar pronto perderá sus colores. Jahan está de pie, con medio cuerpo dentro del mar. Puede ser que esté apoyado donde no cubre; o, a pesar de la postura, que debajo de su cuerpo se abra una tremenda profundidad… Con aquella gente nunca podía saberse.

Jahan le mira.

Ollauri desvía los ojos hacia el horizonte, al lugar donde las barcas se alejan. Luego, vuelve a buscarle con la mirada. Va a gritarle algo, pero al darse cuenta de que la voz no le sale siente un gran miedo.

Usa los ojos.

Con ellos le da una última orden, la misma que le había dado la primera vez.

«¿No entiendes? ¡Vete, joder!».

«Escapa».

Otros hombres gritan ya a Jahan desde sus barcas; dicen su nombre para que se una a ellos. Pero Jahan no se mueve.

Ollauri finge hacer amago de lanzarle algo para ahuyentarlo, para que se marche de una maldita vez. Al verlo, Jahan le sonríe. Después, le hace un leve gesto de despedida con la mano y desaparece bajo el agua.

Nunca más volvería a verle.

Fue solo entonces, cuando ya lo había perdido, que Ollauri supo a ciencia cierta que aquella persona había sido lo único que él —a un de la forma más involuntaria posible y sin haber conseguido aprender nunca cómo se hacía eso— había amado en toda su vida.

Después de haber pensado aquello, se lo tragó una especie de oscuridad.

Tercera parte

68
El último bote

Por las noches el barco se zarandea, preso de un ancla que lleva días sujeta en el mismo lugar pese a los cambios en las mareas. Por el día, la situación no cambia demasiado; la única diferencia es que la luz permite ver el mar. El mar vacío. Sin una sola barca donde antes parecía haber un pueblo entero.

Llevan así casi una semana. Sofía se desespera, viendo que los días pasan y ambos siguen allí, en mitad de la nada.

Como Ollauri no parece interesado en el timón —n i en comer ni beber, por lo demás— al final se decide a intentarlo ella misma.

Al ver que ella está tratando de entender cómo se enciende el motor, Ollauri se levanta de mala gana y se encarga del ancla. Más que nada porque, de seguir Sofía por ese camino, si no leva el ancla la sacudida que van a dar les hará salir disparados por los aires.

Una vez en marcha hacia… no se sabe dónde, pero al menos en marcha, Sofía le ve volver a sentarse en la cubierta, sin intención ninguna de ocuparse de nada. Ni siquiera fuma. En parte, porque ya no le quedan cigarrillos; en parte, porque no puede: siente que no ha perdido una, sino las dos manos.

Llegan a una isla. Sofía es capaz de parar ella sola. Ha entendido que no existe freno en los barcos: retroceder es detenerse. Algo que en realidad ya sabía, sin necesidad de barco alguno.

En la isla no hay nadie —g racias a dios, piensa Sofía, que no ha olvidado las historias sobre los nativos de las Molucas—, y quizás allí puedan beber y lavarse.

Ollauri ni siquiera hace amago de poner pie en tierra.

En un momento determinado, sin embargo, se asoma de golpe por uno de los portillos y mira hacia donde está Sofía. Ella, que se está bañando en un riachuelo que desemboca en la playa, se queda muy sorprendida al verle salir. Sobre todo, porque en la mano lleva una de las pistolas que habían sustraído a los policías y parece que le está apuntando a la cabeza.

Cuando resuena el disparo, Sofía da un grito.

Se oye un chapoteo.

Un segundo disparo.

Al abrir los ojos de nuevo, Sofía ve que no está sola en el agua. A su lado flota algo alargado, una especie de tronco. Está muerto. Es la primera vez en su vida que ve un cocodrilo tan de cerca.

Cuando vuelve la cabeza hacia el barco, Ollauri ya ha desaparecido

tras el portillo.

Ninguno de los dos comenta lo ocurrido. En realidad, no hablan. Ollauri la mira como si no la viese, como si ella fuera una parte más del barco. No reacciona. Se pasa así el día entero, refugiado dentro de sí mismo. Por las noches, sin embargo, empieza a hacer algo extraño. En la inconsciencia del sueño, la estrecha contra sí. Pero no es un abrazo, aquello: se aferra a ella como al último bote salvavidas.

Sofía no se retira. Se queda quieta, sorprendida de no querer huir. Pasados unos días, aprende a dormirse así, sumergida en aquella oscuridad prieta en la que sabe que nada va a pasarle.

Sofía decide empezar a obligarle a comer. No hay mucho donde elegir, pero tendrá que tragárselo de todas formas. Así que, al menos dos veces al día, ambos mascan pescado en silencio mientras ella le mantiene bajo estricta vigilancia.

En sus ratos libres, cuando no está ocupada en insultarle para que reaccione, se encarga del barco. No se le da mal. Bueno, a veces. Por lo demás, la vida sigue. Las quemaduras de la intemperie han ido formando sobre su cara varias capas de pellejillos pelados, de distinto grosor y tonalidad; le falta un diente, tiene el pelo amalgamado en un único, compacto mechón; y lleva las uñas de luto perpetuo, siempre pringadas de grasa y combustible. Otros muchos cambios se han operado en ella. Sabe con exactitud qué hora es sin ayuda del reloj, en los brazos se le ha marcado un músculo que ni sabía que poseía, y el olor del pescado suele producirle alegría en lugar de repugnancia. Y, por si aún no lo ha entendido, los callos que le han crecido en ambas palmas le anuncian que pocas cosas la separan ya «del resto de la tripulación»; es decir, de su compañero de naufragio. Porque un naufragio parece aquello, aunque el barco esté —m ás o menos— en perfectas condiciones.

Sofía no recuerda haber estado nunca tanto tiempo seguido con alguien; y mucho menos así, sin hablar. A ratos le odia, aunque a veces querría suplicarle que la mire, que le hable. ¿Es así como se siente la gente, en una isla, en una celda? No lo sabe.

No está segura de cuándo ha sido, pero en cierto momento se da cuenta de que ha empezado a hablar con Ollauri. No como siempre, para preguntarle cosas sobre el funcionamiento del barco —p reguntas que él solo contesta tomando los mandos él mismo para evitar desgracias—, o amenazándole para que coma; sino hablándole de verdad. Más bien, pensando en alto. Como quien habla solo.

Están atravesando una zona de mar abierto —S ofía sigue insistiendo en ir hacia el este, dado que no sabe a dónde, si no, podría dirigirse— cuando se percata de que lleva un rato hablando. Ollauri está a su lado apoyado en la borda, mirando al vacío como de costumbre. Ella sigue a lo suyo. Nadie la escucha, pero no le importa.

Sofía le cuenta lo que se le pasa por la cabeza. Lo bonito que le parece aquel mar, sin nombre pero tan diferente a los demás; lo difícil que fue su primer trabajo en la agencia, y lo que en realidad odia traducir. También le cuenta que le da mucho miedo volver a su casa, porque en el fondo siente que no tiene ninguna; y que echa de menos a Jahan. El Archipiélago le gusta mucho, pero también la asusta. No entiende casi nada, no se entiende ni a sí misma. Desde que está allí, se ha dado cuenta de que ella no es una buena persona. A veces ayuda a otros, pero solo porque los necesita. En general, le dan igual. Está segura de que podría hacer cosas horribles. Mucho daño, si fuera necesario. Es mejor no sentir eso nunca, pero ahí está. Máximo no es así. Él es mejor que ella. Alguien bueno. Aunque, claro, supone que es más fácil ser bueno cuando la gente a tu alrededor es similar a ti. Cuando nadie intenta hacerte nada malo. Los pepinos de mar al principio le habían parecido asquerosos, sabían a barro inmundo y podrido. Pero luego se había acostumbrado. A todo se acostumbra uno, cuando hace falta. Tienen mucha carne, eso es verdad. Ya no se acuerda de cómo es la palabra inglesa para eso, para *trepang* … Pero ahora todo eso ya no le importa. Otra cosa que ha entendido en el Archipiélago es que ella no es una cobarde. Antes lo pensaba. Lo tenía tan claro que una mujer hasta se lo había leído en la cara, en Singapur… Una adivina. No le gustó nada que se lo dijera. Pero luego, de tanto intentar demostrarse a sí misma que aquello no era así, había conseguido que fuera mentira. Al final, había resultado ser que ella no era para nada una cobarde. ¡Qué va! Tenía valor. Eso sí, no era un valor bueno, un valor para salvar a los demás.… Era un valor egoísta, que solo servía para salvarse a sí misma. Pero bueno, por algo se empieza.

Cada mañana sigue igual, con aquel monólogo infinito que, al menos, le da un motivo para usar la voz; y la ayuda a sentirse un poco menos sola.

Mientras tanto, intenta aprender a tener el barco bajo control y a mantener con precisión el rumbo… Aunque no sepa cuál es. Entre los miles de pequeñas cosas que ahora ocupan su mente y en las que jamás se había fijado antes, una adquiere especial relieve. Es algo que ha aprendido. Se ha dado cuenta de que puede predecir, con cierto margen de error, si está a punto de empezar a llover a mares. Da igual lo despejado que parezca el cielo. Ahora sabe que dentro de nada se formará una buena si, al mirar hacia lo lejos, de pronto puede ver mucho mejor. Antes de una tormenta de las gordas, los perfiles de las islas más distantes se vuelven más nítidos. Parece que, de improviso, se hubiera retirado ese velo de neblina azul que suele difuminar todo lo que pertenece a la lejanía. Es como si todo ese aire que está en medio, entre las cosas y tú, desapareciese de repente. Se hace más ligero, vuela. Hacia arriba. También ha notado que a veces algunas

hojas salen volando en vertical, como si en lo alto del cielo algo empezara a tirar de ellas. A los pocos minutos, comienza la tormenta.

Todo esto le explica a Ollauri. Obviamente él ya lo sabrá, pero qué más da. Sofía continúa hablando. Jahan seguro que también lo sabía, le dice; aquello y todo lo demás… Las cosas que importan. Ella, por su parte, llevaba media vida memorizando conjugaciones y frases hechas… que quizá le habían servido para entenderse con un par de personas más, sí; y para ganarse la vida, pero que aquí y ahora le parecían absurdas e irrelevantes. También le cuenta a Ollauri lo mucho que había aprendido de Jahan. Casi todo eran cosas prácticas, que pertenecían a la realidad de lo inmediato. Pero no solo. Como siempre, Jahan había visto mejor, más lejos que ella. Sabía que lo que Sofía sentía por él era solo confusión y deseo físico, una especie de soledad y de ansia que pensaba que él podría curarle. Ni dos pasos habrían podido dar, los dos juntos. Ahora lo veía claro ella también, aunque en su momento le había dolido mucho constatar que jamás podría tenerlo consigo, ni siquiera un poco… De hecho le dolía todavía, al pensarlo. Pero se alegraba de que al final todo hubiera discurrido como lo había hecho. Esa frase, «como lo había hecho», es claramente un anglicismo sintáctico; pero ya no tiene remedio, ya lo ha dicho, qué importa. Además, nadie la está escuchando. Tiene mucha hambre. Lo bueno es que cerca de ellos ha aparecido otra isla, un redondel verde de vida y de frescor, con plantas, con…

Sofía ve que en la isla hay casas. No son palafitos, como en casi todas las costas que han visitado hasta ahora, sino que están en tierra, en el interior. De una de ellas parece salir humo.

Sofía mira a Ollauri. Es como si no estuviera.

Luego comprueba el indicador del depósito de agua potable —q ue, aunque remendado, tiene pérdidas desde que él había tenido la genial idea de lanzarle el cuchillo—, y reflexiona sobre la poca comida que les queda ya.

Sofía toma una decisión. Fondea como puede. Después, baja sola a la isla.

Allí encuentra agua potable y fruta; y también a un grupo de nativos que, lejos de mostrar interés por comerle pies y manos, le regalan una canción, un lorito de plástico y bolsitas de café soluble.

De vuelta a bordo, prepara el café. Solo de pensar en sentirlo caliente en la boca, tiembla de pura fruición… Por muy apelmazado, insípido —y caducado— que esté. Aquel era el sabor del desayuno, del inicio del día… De algo nuevo que comienza.

Ollauri no le pregunta de dónde ha sacado el café, pero lo bebe con gusto. En los últimos días solo le ha visto reaccionar una vez mientras le hablaba. Él estaba dentro, así que no podía verla, pero de pronto se asomó para buscarla con los ojos. No era por algo que ella hubiera

dicho, sino por lo que no decía. Y es que, de repente, Sofía se había callado: alguna cosa había llamado su atención por casualidad y había interrumpido su constante parloteo.

Mientras beben el café, Sofía le cuenta que en la isla las personas no son como en otras zonas, sino que parecen africanas; y que le habían hablado en inglés. Con ellos había comido y se había sentido bien. Ya que estaba allí, había decidido indagar por su cuenta: les había preguntado si habían visto algo raro últimamente, si algún extranjero había llegado a la zona.

Ellos le habían contestado que sí. Un hombre les había ofrecido dinero si le daban información. Lo que quería saber él era exactamente lo mismo: «si habían visto algo raro últimamente, si algún extranjero había llegado a la zona».

Los nativos le preguntaron cuánto les daría ella, si le contaban más sobre lo que sabían. Sofía sonrió. No les dio nada, porque nada tenía; pero ahora sabía que era cierto que el holandés merodeaba por allí.

Estas palabras, sin embargo, tampoco parecen causar ningún efecto en Ollauri; así que Sofía pierde finalmente la paciencia. Le grita para que reaccione, y le explica a voces que no piensa seguir así eternamente, a la deriva en el último rincón del mundo, atrapada en una cacería circular que a nada lleva. Por otro lado, no va a arriesgarse a encontrarse con aquel tipo por casualidad, estando sola… Podría haber pasado hoy mismo, si lo piensa. No, no quiere continuar. Va a buscarse la vida, escapar de allí por sus propios medios… Está muy cansada; harta del Archipiélago, y de él. De él y de su incapacidad de regresar de donde sea que se encuentra… Pero a ella ya no le importa.

Acto seguido, se deja llevar y le dice a Ollauri en plena cara lo que piensa de él con pelos y señales. De hecho, todo lo que ha pensado sobre su persona desde el momento en que tuvo la desgracia de cruzarse en su camino… Le cuenta cómo le odia, y todo lo que ha sentido cada una de las veces que él se ha acercado a ella, de una o de otra manera; y la sorpresa que le producen las cosas incomprensibles que hace, y el miedo que le da, ¡que debe de darse hasta a sí mismo!… No le entiende, no puede; y eso es en realidad porque no se parece a nadie, a ninguno de los hombres que ha conocido a lo largo de su vida. Todo le cuenta. Hasta cuánto la confunde saber que, para bien o para mal, ya no será capaz de volver al mundo de los otros, de los otros hombres… Porque ahora, sin entender bien cómo, con ninguno de los otros podría ya imaginarse.

Cuando se oye decir esto en alto, o, mejor dicho, cuando se da cuenta de que lo piensa, la saliva se le seca en la boca.

Luego se da la vuelta y sigue a lo suyo, fingiendo que está muy ocupada intentando entender por qué las bombas de achique están

expulsando agua en lugar de succionarla. A pesar de todo, las palabras que ha dicho —s in olvidar la retahíla de insultos varios con la que le ha obsequiado también— flotan en el aire durante algún tiempo. Ella decide intentar borrarlas de inmediato, cubriendo su estela con un nuevo soliloquio sobre alguna otra cosa, alguna cosa que…

Ollauri la coge del brazo bruscamente. Sofía calla la boca, algo asustada y, al mismo tiempo, impaciente. Él tira de ella para obligarla a que mire al horizonte. Después, habla por fin; y le dice:

«¿Ves aquella isla de allí? Estará a unas diez millas, pero se le ven hasta las palmeras. ¿No era esa una de las cosas que decías que habías aprendido? Va a armarse la de Dios es Cristo. Yo que tú cambiaría el rumbo… Llévanos a un lugar seguro».

Sofía se siente aliviada. Por oírle al fin la voz, por el «llévanos» y por algún que otro motivo más. Así, le da menos miedo la tormenta. Porque tormenta va a haber. Y cómo.

69
Capear el temporal

El cielo, que hasta hacía unos instantes era un óvalo de azul perfecto, empieza a convertirse en un plano gris, tan cercano a sus cabezas que parece querer rebanárselas. Hasta los rayos del sol huyen hacia el horizonte, quedando reducidos a una tímida franja de color dorado que sobrevive en la lejanía. La presión atmosférica disminuye de golpe y la luz se vuelve pesada, insoportable; aplasta el ceño con un peso casi físico. Antes de que empiecen las primeras rachas de viento, Sofía se apaña para virar y situarse en una mejor posición respecto a la corriente; pero acaban dando bandazos de todas formas. Es demasiado tarde ya para buscar tierra e intentar refugiarse en alguna bahía a sotavento.

La lluvia y el primer trueno coinciden en el tiempo, de forma extraña y aterradora. Es como si algo se hubiera resquebrajado irremediablemente allá arriba, dejando que de repente se les derrame encima el cielo entero.

Cae tanta agua que no se ve nada; imposible saber dónde está tierra, dónde… El barco empieza a subir y bajar como un columpio. Ya está sentada en el suelo cuando se acuerda de que hace días que el monitor dejó de funcionar. Eso por no hablar de que en aquel barco no hay ni chalecos, ni balizas, ni nada.

La radio sí funciona, por fortuna. Sofía lanza un aviso, aunque no está segura de si habrá sintonizado la frecuencia adecuada, y si alguien llegará a oír aquel quejido dentro de la maraña de interferencias que ella imagina flotando sobre todos los mares de la Tierra.

Se oye un gran escándalo, como si mucha gente chillara alrededor, pero allí no hay nadie. Es el viento, vapuleando todo lo que encuentra a su paso. Los relámpagos son espectaculares, como latigazos que permanecen varios segundos en el aire, iluminando aquel tapiz gris de lluvia y de nubes. Sofía intenta no mirarlos demasiado. Está empezando a sentir verdadero terror: si ya la habían asustado aquellas tormentas tropicales cuando estaba en tierra y a salvo, no puede ni describir lo que siente ahora.

La corriente ha intensificado su fuerza y los arrastra ya a su antojo, haciéndoles virar sin sentido y jugando a las tabas con ellos en mar abierto. Por si fuera poco, sobre la cubierta empieza a acumularse mucha agua; y las bombas de achique no solo no dan abasto, sino que están empeorando la situación. Por debajo también están teniendo

algún problema. El casco, aún resentido por el impacto con la patrullera, parece haber decidido que este es el mejor momento para claudicar. Tragan agua por todos sitios: el barco empieza a pesar más de la cuenta.

Las sacudidas son tremendas. En ocasiones da la sensación de que la proa se hunde casi en vertical delante de ellos, cual repentino precipicio, solo para volver a salir disparada hacia arriba después, como una pared de varios pisos de alto. Ollauri intenta recuperar el control del barco echando el resto en la cabina. Sabe por experiencia que aquellas turbonadas tropicales es mejor correrlas que capearlas, pero en la situación en la que se encuentran eso ya es imposible. Al menos consigue reposicionarse, ofreciendo dócilmente la amura al mar para que su furia no los haga volcar.

Sofía está empapada en agua y en vómito, y patalea desesperada colgando de una barra. Intenta recordar qué es lo importante: no ahogarse, sacar la cabeza del agua. Encontrarle, sujetarse a él. Respirar y no perderle.

Eso es más o menos lo mismo que está pensando Ollauri en aquel momento. Bueno, no exactamente. Él está pensando en algo más. Una tercera cosa.

Con la cara borrada por la lluvia, Sofía le oye gritar algo.

«Mis pantalones».

Quizá le ha entendido mal, por el ruido… Sofía pierde el equilibrio de nuevo. Cuando consigue volver a estar de pie, le pregunta a voces que qué coño dice.

«Mis pantalones».

Sí, eso ha dicho. Aquel cretino ahora se preocupa por sus pantalones. Quizás ha enloquecido… Sí, es eso; aunque ella se haya negado a verlo durante todo este tiempo. Ollauri ha perdido la cabeza.

Y, por lo que ve, también los pantalones.

Sofía comprueba, atónita, como él se arriesga a entrar por un tambucho medio arrancado para ir abajo a recuperar los malditos pantalones.

Pasan unos larguísimos minutos hasta que Ollauri vuelve a salir de allí, arrastrándose a gatas como puede y empapado como si hubiera estado nadando.

—Creo que tenemos una pequeña vía de agua, allá abajo.

—Ya. Y los pantalones, ¿los tienes? ¡A ver si al final vas a tener que arriesgarte a morir medio desnudo!

No, los pantalones los ha dejado allí. Solo ha cogido lo que importaba: los lingotes que había guardado dentro, en los bolsillos.

Una ola cargada de restos de madera los barre definitivamente de la cubierta, y el mundo se convierte en una agonía confusa de espumas y pelo.

Dentro del mar, el terror se apodera de Sofía. Cuando advierte por fin que no está sola, es aún peor. En su nerviosismo, le da patadas y a Ollauri le cuesta mucho sujetarla. El agua le entra por la boca y la nariz; quiere toser pero no puede . Poco a poco deja de agitarse: ya no es capaz. Los ojos se le quedan en negro y siente sus propios brazos caer inertes hacia atrás, como si le pesaran mucho… Va a hundirse. Se está ahogando.

El silencio se rompe: siente que le sacan la cabeza a la superficie, y que la ayudan a expulsar el agua. Se recupera trabajosamente, entre toses convulsas y arcadas de sal. Cuando al fin vuelve en sí, Ollauri está a su lado; ve su cara. Por un momento le parece que se alegra. Sí, él está alegre. Eso es una buena señal: quizá todo ha terminado. ¿Dónde están? Ambos siguen dentro del agua. Es de noche, todo está tranquilo. El mar vuelve a ser una superficie lisa e inofensiva. Ya ha pasado el diluvio. Todo está tan calmado que parece irreal: si no fuera porque lo han visto con sus propios ojos, jamás creerían que allí había habido una tormenta.

Sofía se da cuenta de que la cara de alegría era solo momentánea. En los ojos de Ollauri hay ahora un pozo negro. Ese que en solo unas horas se los va a tragar a ambos. Él lo ha visto ya.

El barco está junto a ellos. De canto.

Al principio, Sofía ni siquiera reconoce su forma. La popa se ha convertido en una montañita de madera que sobresale de la superficie, como el culo de un pato que quisiera ver de cerca la profundidad.

Sofía intenta nadar hacia el barco para poder, al menos, apoyarse en algo; pero Ollauri se lo impide. Tienen que alejarse de él lo más posible. Cuando por fin esté lleno de agua, se hundirá por completo; y en ese momento arrastrará todo lo que se encuentre a su alrededor, creando una corriente de succión. Mejor no estar cerca cuando eso ocurra. Deben nadar, nadar en dirección contraria.

Nadar.

Ambos están agotados. Ollauri, por otro lado, no se encuentra exactamente en su mejor momento, después de tantos días fuera del mundo y viéndose obligado a nadar a la mano coja. Le cuesta mucho mantenerse a flote. Cierto es que nunca ha sido un gran nadador, pero hasta ahora ha salido adelante, incluso en circunstancias, digamos… complicadillas. Sin embargo, en su nueva situación… El cuerpo se le confunde, con aquellas brazadas a medias que acaban con su cabeza vencida bajo el mar. Ya es todo un milagro, piensa, estar ahora mismo con la boca fuera del agua.

Viendo que él tarda mucho en avanzar, Sofía intenta ayudarle. No llegan muy lejos.

Pasados unos minutos, sucede exactamente lo que Ollauri había explicado. Se oye un gran crujido metálico, un lamento que recuerda

al chirriar de las atracciones de feria; y acto seguido el barco desaparece bajo el agua con un último estertor de espuma. Gracias a dios, ya se encuentran lejos de él cuando eso sucede.

Ambos se miran.

Están allí, de noche, hundidos en el agua hasta la barbilla, en algún punto impreciso del mar de Banda, en el laberinto de las Molucas.

No se oye nada, más allá del ruido que ambos hacen intentando mantenerse a flote. Un cielo totalmente nublado convierte la noche en el fondo de un terrorífico saco, donde no es posible verse ni las pestañas.

No hace nada de frío, dado que siguen encontrándose cerca del ecuador, casi a latitud cero. Pese a todo, ambos han empezado a sentirlo ya. Tienen frío en los pies, en los dedos de las manos, en las piernas. Por desgracia, la hipotermia no depende solo de la temperatura exterior. El cuerpo claudica de muchas maneras.

Quizá pueden intentar nadar a tierra; moverse, al menos. Buscar una manera de escapar de allí.

Sofía pregunta por la isla… Esa que habían visto antes de la tormenta, la que parecía que estaba a no sé cuántas millas.

Ollauri le recuerda que las millas eran unas diez , y ni siquiera saben ya en qué dirección.

De nuevo se hace el silencio.

Ambos se acercan un poco más, intimidados por aquel vacío negro.

Vaya.

A esta distancia pueden verse las caras. Ver el miedo en el rostro del otro es aún peor, pero no les importa. Permanecen juntos, casi pegados.

Pasan unos minutos. Es posible que más de una hora.

En un momento determinado, Sofía se da cuenta de que él se está deslizando lejos de ella. Parece flotar inerte, como dormido. Sofía se asusta mucho y le da una sacudida. Afortunadamente, él reacciona.

—Oye, no te me duermas…

—No estaba dormido.

—Háblame. Dime una cosa… Cuando salgamos de aquí, ¿qué vas a hacer con todo ese oro? Ahí hay un buen pellizco.

Ollauri sonríe tristemente en la oscuridad.

—Gastármelo, claro…

—¿En qué?

—En lo que me dé la gana. Y ser libre. Para eso está el dinero, eso es por lo que lo quiere todo el mundo.

Sofía cree que no está de acuerdo, pero qué importa ahora. Intenta hablar, hablar y hablar… Quiere oír las voces, llenar con algo aquel hueco negro y ahuyentar así el terrible presentimiento. ¿Cuál será la última palabra que dirá ella misma, antes de callar? ¿Qué verbo, que

sustantivo formará por último su boca, antes de dejar que el agua entre por fin en ella?

Cuanto más asustada está, más habla.

—Y… cuando tengas en mano toda esa pasta, podrás comprarte un barco propio.

—Y hundirlo, si me da la gana.

—Pues sí. Y emborracharte a gusto, a la salud de tu amiguito holandés…

—… Que en paz descanse. Porque ese será el apellido que llevará por entonces: el holandés, «que en paz descanse».

—Y una vez que hayas solucionado ese asuntillo, ¿qué vas a hacer? De todos modos te seguirá buscando la policía, por aquí. ¿Piensas regresar?

—¿Regresar a dónde?

—Pues a España, a tu país, claro. Aunque en primera clase… Y a darte la gran vida.

Ollauri no le contesta, y Sofía se arrepiente de haberle preguntado eso. De nuevo ha de enfrentarse al silencio del agua negra… Y a la certeza de que no durarán mucho aquellas dos cabezas solitarias, que el mar aún tolera como dos anomalías en su plano infinito.

Al final él le dice que no, que jamás volverá a España. Ella le pregunta por qué.

—Porque vamos a ahogarnos.

El silencio que sigue es peor que ahogarse en sí, así que Ollauri le dice que vuelva a preguntarle otra vez.

Sofía lo intenta de nuevo. Le pregunta, aunque ya casi no tiene fuerzas ni para hablar. Él lo nota.

—Entonces… ¿Me vas a contar de una vez… por qué no quieres volver a España, o no?

Ambos se sorprenden al ver que él se lo explica.

70
Ollauri

La voz de Ollauri es solo un susurro grave, un bajo continuo. Pero ahí está. El mar tendrá que esperar un poco más, hasta poder tenerlos dentro del todo.

Ollauri hace un esfuerzo por recordar y organizar sus pensamientos para poder explicarlos. Eso no se le da muy bien, pero lo intenta. Es difícil contar las cosas de uno como si fueran una historia. Hay que darles sentido aunque no lo tengan, para que el que escucha pueda entenderlas. Ollauri no suele pensar mucho sobre sí mismo, pero ahora, de pronto, alguien se lo ha pedido. Trata de sobreponerse al cansancio y concentrarse en su propia voz: al menos mientras habla siente que aún está vivo.

Sofía le escucha con atención; entiende. Saca sus propias conclusiones de aquel maremágnum de recuerdos sueltos y de frases sin sentido pero sentidas.

Por lo visto, Ollauri se había criado a solas con su padre. Era un hombre del que no le separaban ni dieciocho años, y que veía a su hijo como uno más de los mil problemas que tenía encima. Su madre faltó muy pronto, así que su infancia entera había transcurrido en aquel mundo sin mujeres, solos los dos en una sucesión infinita de días de silencio. Desde bien pequeño había aprendido Ollauri a temer y a odiar a su padre, que solía usarlo para desahogarse cuando las cosas se le torcían. Incluso ahora su recuerdo todavía le repelía y asustaba. Y eso que, de acuerdo con su descripción, a Sofía le parece que el padre de Ollauri debía de ser un hombre no muy diferente a ese en el que, aunque no supiera verlo, él mismo se había convertido.

Cuando tenía catorce años, sucedió algo. Llamaron a la puerta: era la policía.

Fue así, en ese preciso instante, que Ollauri descubrió que no era de la chatarra de lo que ambos vivían. Había algo más que piezas de desguace detrás de aquel ir y venir de su padre por los astilleros.

A pesar de todo, su padre parecía inexplicablemente tranquilo. Podía estarlo: no era él a quien habían venido a arrestar. Ya se había encargado de dejarlo todo bien atado. A nadie le extrañó la historia, tantas veces repetida en las barriadas de la zona: un adolescente que frecuenta malas compañías, el atractivo del dinero fácil transportando lo que no debían… Era de esperar que acabara, como tantos otros chicos de por allí, en un centro de menores.

Su padre se lo explicó muy convencido: aquella era la mejor

opción. Dado que era menor de edad, solo le caerían un par de años, mientras que él podía pasarse casi el doble en la trena por lo mismo. Además, en el centro de menores tendría cama y comida; y eso era mejor que verse de pronto solo, con el padre en prisión y sin un adulto que se encargara de él. Al chico aquellos argumentos por supuesto no le convencían, pero no pudo hacer nada. Era inocente, y a los cuatro vientos lo gritó para quien quisiera escucharle. Nadie le creyó.

Visto con los ojos de un adulto, el centro de menores en el que acabó recluido no era tan terrorífico, especialmente comparado con todo aquello a lo que tendría que enfrentarse a lo largo de su vida. De todas formas, Ollauri recuerda aquella etapa como una de las más difíciles de todas las que había vivido. En años posteriores había hecho un gran esfuerzo por borrar de su memoria el miedo, la indefensión, la confusión constante de aquellos días lejanos en los que había sido solo un pequeño pez que otros jugaban a sujetar dentro de la boca.

Después de tres años, del niño que entró, nada quedaba.

A pesar de todo, de acuerdo con los razonamientos de Ollauri, el centro de menores fue lo mejor que en sus circunstancias podría haberle ocurrido. La persona que de allí salió no era desde luego mejor que la que había entrado, pero sí era una que sobreviviría. Se sentía más seguro: fuerte. Y ahora tenía recursos, contactos, amigos. Ideas. Sabía cómo conseguir su propio dinero. Se abría por fin delante de él una vía de salida.

Cuando le soltaron, estuvo dudando sobre qué hacer. No sabía si volver o no con su padre; y pasó varias noches durmiendo en el portal de un edificio de su barrio, sin decidirse a ir por fin a su bloque. Pese a todo, regresó. Se trataba de su padre: su familia, al fin y al cabo. Tenía que perdonarle y olvidar aquello. Era lo mejor que podía hacer. Lo correcto. Pero se equivocaba. Como tantas otras veces a lo largo de su vida, la experiencia le demostraría que obrar por otros motivos que no fueran su propio interés era un error que solía pagarse caro.

Una vez en casa, las cosas fueron de mal en peor. Y eso que ahora la situación de ambos había mejorado, ya que Ollauri se mantenía por su cuenta, haciendo «encargos varios» en las semirrígidas que merodeaban por el muelle. De todas formas, los desmanes y desahogos de su padre convertían aquella casa en un verdadero infierno.

Una noche, Ollauri llegó a acabar en el hospital. Tenía dos costillas astilladas y el hígado reventado, supuestamente «por las peleas callejeras en las que se metía». Fue durante esos días que estuvo ingresado que ideó una salida, una solución a su problema. Algo a lo que recurriría solo y exclusivamente si la situación volvía a repetirse; es decir, si su padre llegaba a casa como solía llegar últimamente y él se veía de nuevo aterrado en el suelo, pensando que todo podía acabar

en cualquier momento. Esta vez sería verdad: acabaría.

Ollauri preparó todo tal y como había planeado, esperando en su fuero interno no tener que llegar a usar aquel recurso.

No había pasado ni un mes desde que había regresado del hospital, cuando su padre volvió a emprenderla con él del modo en que acostumbraba. Ollauri lo conocía demasiado bien. Como un animal habituado a esquivar golpes y atento al más mínimo movimiento del hombre del que proceden, aprovechó lo que sabía que iba a ocurrir para que su padre acabara justo en el punto donde lo quería.

En mitad de aquella tormenta, Ollauri se protegió encogiéndose contra uno de los rincones de la cocina. Así, para alcanzarle su padre tuvo que sortear la mesa, pasando junto al balcón y cogiendo impulso justo donde Ollauri había previsto. Al apoyarse en aquel punto, la madera cedió por donde Ollauri la había serrado.

Sin embargo, no pasó nada. Su padre dio un traspiés, eso fue todo.

La trampa no había funcionado. Tenía que hacer algo más. Usar la fuerza de sus manos.

En menos de un segundo, el hombre sintió las cuatro patas de una silla hincadas de golpe contra el pecho. La presión le hizo volcarse hacia atrás, y ya no pudo hacer mucho más al respecto.

Ollauri vio como el cuerpo de su padre se precipitaba por el patio de luces, acabando su pesado vuelo contra el cemento de un techado inferior.

Esa era la parte más débil del plan: la altura podía no ser suficiente.

Ollauri bajó a comprobarlo. El hombre no se movía, pero no parecía herido o desencajado. No estaba seguro de si seguía vivo: los nervios y la falta de experiencia no le dejaban pensar con claridad. No sabía qué le daba más miedo, que su padre estuviera realmente muerto, y acabar sus días en un sitio aún peor que el centro de menores… O que no lo estuviera y… y que tarde o temprano volviera a por él, a obligarle a pagar por lo que le había hecho.

Sea como fuere, no pensaba quedarse allí a averiguar cuál de las dos cosas acababa sucediendo. Con la ayuda de uno de los chicos del centro, un marroquí que había sido su compañero, consiguió llegar hasta Marsella en autobús. Allí se embarcó para Argel. Lo que siguió fue un periplo sin sentido por lo que tenía de incongruente. Y es que el itinerario que miles, millones de personas siguen para huir de sus países e intentar llegar a costas más tranquilas, él lo recorrió en sentido inverso, adentrándose cada vez más en los territorios de la penumbra, aquellos donde las reglas no existen, los fuertes se divierten y la atrocidad no deja huella. ¿Le cambió, aquel viaje? No lo cree. Él ya guardaba dentro de sí todo aquello; los territorios que había atravesado eran solo una proyección exterior del mapa que llevaba escrito en su propio pecho.

En Mogadiscio, un cacique local puso precio a su cabeza. Así es como había acabado cruzando el Índico: poniendo agua de por medio entre su culo y las previsibles consecuencias de sus audacias. Aquel carguero en el que se montó lo mismo podía haberse dirigido a Omán que a Sudáfrica, que él de geografía no entendía. Así, por pura casualidad, acabó primero en una ciudad portuaria del sur de la India, con una mano delante y otra detrás; y después, ya huyendo de nuevo, en el estrecho de Malaca, la puerta de entrada al Archipiélago.

Una vez allí, supo que se quedaría. No le quedaba más remedio: más allá, al este, en realidad no había nada.

A su país no había vuelto ni volvería. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? No le ataban a él ni la necesidad ni la nostalgia. Además, era posible que tras la frontera le esperase la respuesta a aquella pregunta que había dejado abierta hacía ya décadas: si había llegado, o no, a matar a su padre. No deseaba averiguarlo. La duda había acabado siendo, para él, mejor que cualquiera de las dos certezas.

71
Cintas verdes

Cuando Ollauri termina de hablar, Sofía intenta sonreírle, aunque con la oscuridad él no puede verla. Después, ambos se quedan sin aliento y sin historias que contarse. Vuelve el silencio.

Lo último que hacen es acercarse, abrazarse por puro instinto. Ninguno de los dos pensó que su historia terminaría así. Nadie lo piensa, hasta que ocurre. Dentro del agua Sofía nota contra sí el cuerpo de Ollauri, sus brazos, su pecho. Se refugia en él como puede, y él la rodea. Se besan. Es una despedida.

A medianoche, viendo que ninguno de los dos acaba de morirse, deciden besarse de nuevo.

Conforme las fuerzas menguan, los brazos empiezan a desligarse y los cuerpos se separan. Flotan, cada vez más lejos.

A ratos alguno de los dos vuelve en sí, y por unos instantes tiene la feliz ilusión de encontrarse en otro lugar. La oscuridad y la sed se encargan rápido de desengañarles, dejándoles de nuevo a la deriva en aquel desierto.

El cuerpo del otro ya no está, se lo ha llevado el mar.

Ollauri mira a su alrededor. No hay nada, absolutamente nada. Maldice su suerte, aunque ya no le quedan fuerzas ni para soltar tacos. Lo cierto es que, en el fondo, él ya sabía que en algún momento acabaría así, en el mar… Bien hundido. Pero lo que más le enfurece no es el lugar dónde va a terminar todo, sino el momento. Dentro de sí sabe con certeza que durante la mayor parte de su vida morir nunca le ha asustado demasiado, eso por no hablar de que en los últimos días ha llegado incluso a desearlo. Hoy, sin embargo…

Ojalá esta desgracia hubiera ocurrido en cualquier otro momento. Antes.

Y si siente toda esta rabia —e sta maldita rabia de siempre, también en este último momento— es por su culpa. Por culpa de ella.

Por ella y por todo lo que había pasado en el barco. Las palabras que había dicho sobre él dolían más que todos los puñetazos que le habían dado en su vida. No entendía por qué aquella persona en concreto tenía el poder de herirle así… Y también de hacerle sentir eso que había sentido, con muchas otras de las cosas que había dicho.

Lo más extraño es que él la había odiado desde el principio, a aquella mujer; con ganas y la mayor parte del tiempo. De hecho, en la

vida había pensado tanto en ninguna. No podía apartar la mente de lo que ella decía, de lo que hacía… De lo que era. Había en ella una especie de entereza, de fuerza flexible; como la de esas cintas verdes que a veces cuelgan sobre el agua de los manglares. Flotan, suaves, acariciando la barca, pero es imposible doblarlas o arrancarlas con la mano sin que te dejen un latigazo de sangre en la palma. En los tramos del río en los que están, uno sueña con librarse del fastidio de aquel cosquilleo sobre la cara. Ahora bien, apenas desaparecen en la desembocadura, uno se siente desarrapado, a la intemperie de un sol que parece quemar más, matar más que antes. Por eso, a veces se vuelve atrás. A buscarlas.

Pero eso ahora ya no es posible.

Cuando ya no puede mantenerse a flote, empieza el ahogo. En el agua no hay demasiado movimiento, más allá del que él mismo está produciendo en su fatigada agonía. El mar va a tragárselo con total tranquilidad.

Ya debajo de la superficie, ve el agua negra y turbia, revuelta por sus propios aspavientos. Pero también ve algo más. Se ve las piernas. Brillan. Son azules, como de neón.

¿Está alucinando? ¿Es esto lo que pasa, cuando ya no te llega oxígeno a la puñetera cabeza?

No, es plancton. El plancton luminiscente de los mares nocturnos, al este del Archipiélago.

Ollauri descubre que, bajo el agua, toda la superficie de su cuerpo resplandece tenuemente. Está envuelto en desvaídas llamaradas azules, como de gas. Los animales microscópicos que flotan dentro del agua se adhieren a todas las superficies disponibles y acaban por iluminarlas. Es así como la encuentra: unas piernas de mujer flotan no muy lejos de él, coloreadas de azul estrella. Al verla nada frenéticamente hacia ella; la sujeta. La muerte sigue ahí, pisándole los talones, pero él ahora ya no la ve. Solo ve a Sofía. Ella empieza a toser: aún está viva.

No es solo sobre sus cuerpos que se apoya el plancton: al asomarse a la profundidad, Ollauri descubre un paisaje muy distinto a lo que esperaba. Un paisaje cercano. La bioluminiscencia revela los perfiles de las rocas del fondo, mostrándole dónde se encuentran en realidad. La profundidad no es tanta como pensaba. Si se desplazan un poco, es posible que incluso lleguen a hacer pie. Además, a cierta distancia se alza una especie de colina subacuática que quizás asome por encima del agua. En el exterior, la oscuridad convierte el mar en un vacío uniforme donde no parece existir saliente alguno. Sin embargo, al mirar hacia abajo, todo se vuelve diferente. Con la ayuda del plancton Ollauri acaba distinguiendo con claridad que aquel montículo sí termina fuera de la superficie, formando algo que por fuerza ha de ser

una isla. Cerca, precisamente, no está. Pero se puede intentar.

Reavivado por la luz de la esperanza recién prendida, Ollauri recupera una fuerza que ya no tiene y nada a la desesperada, intentando sujetarla consigo.

Ella vuelve en sí a ratos, se deja arrastrar. Luego se le despierta algo dentro también, y empieza a nadar con todas sus fuerzas. Continúan así durante algún tiempo, arrastrándose por los pelos y ayudándose mutuamente, como han hecho, en realidad, desde el momento en que se conocieron. La posibilidad de llegar a tierra firme, la verdadera tierra prometida, los impulsa hacia adelante. Ambos olvidan de pronto el cansancio, la sed, el miedo; las más de diez horas que llevan ya a merced de un mar al que por que les dejase vivir pagarían cualquier precio.

El amanecer los encuentra apoyados sobre una formación de arena en medio del mar. Vivos.

La luz del día revela un paisaje extraordinario. El agua, poco profunda en algunos tramos, es de color azul celeste; y la arena sobresale de ella en tiernas dunas de nieve. Es el mismo paisaje que ha estado a punto de matarlos.

El barco, ya totalmente bajo la superficie, se aprecia a simple vista a través del agua transparente. Parece un juguete roto, sumergido. Justo debajo los filos del arrecife se hincan en su vientre y lo sujetan contra sí; probablemente, para siempre.

72
El fuerte

Cuando la adrenalina desaparece, llega el dolor. Los cuerpos de ambos reposan sobre la arena, magullados y exhaustos, abrasándose bajo el sol.

Sofía es la primera en despertar. Intenta empujar a Ollauri, arrastrarle hacia la sombra. Porque allí hay sombra, ¿verdad?

Mira a su alrededor. Se encuentran en una especie de tómbolo de arena blanca. Lo sigue con la vista y ve que termina en un monte de roca. No es solo un peñasco en mitad del mar, sino que tiene un tamaño considerable; y sobre él hay tierra en la que ha enraizado vegetación. La ladera está cubierta de matorrales primero y de árboles después; y, a medida que la mirada trepa hacia la cima, el verde se adensa cada vez más, devorando la parte superior casi por completo. Allá arriba, entre las rocas, hay también algo que sobresale: una figura de perfiles más o menos rectos. Sofía se restriega los ojos.

De entre la exuberancia tropical parece surgir una estructura chata y maciza, construida en piedra. Es una silueta sin duda reconocible, la de aquel muro, con sus aspilleras y torretas defensivas . La incongruencia que la ruina representa e n este momento y lugar la deja fuera de combate. Así, cae aturdida sobre la arena, que le quema las piernas. Cuando se percata de que lo que tiene delante no es un espejismo, intenta reanimar a Ollauri. Tienen que llegar allá arriba como sea y refugiarse en su sombra. Necesitan desesperadamente estar por fin a cubierto y en seco. En ningún lugar estarán más seguros que allí, en el fuerte. Porque es un fuerte, aquello. Un fuerte portugués de los muchos que languidecen desde hace siglos al este del Archipiélago. Hay decenas de ellos en la zona, ocultos por la selva, desperdigados en estas islas antaño codiciadas por unas especias que ya nadie recuerda. Desde luego, el fuerte sigue cumpliendo diligentemente con su función defensiva. Ambos pueden dar fe de la eficacia con que el viejo cuartel protege del peor de los enemigos: la intemperie.

La tierra firme y el descanso son un bálsamo para los dos, que empiezan a recuperarse poco a poco.

Sofía le da de beber: ha encontrado un regato de agua de lluvia que sigue acumulándose en una vieja canalización. Por otro lado, aunque la isla no está habitada por humanos, tampoco está vacía. Enormes palomas azuladas pueblan los claros que quedan entre los árboles, arrastrando sus larguísimas colas de encaje nupcial por el suelo de aquella breve selva.

Asadas, no están nada mal.

Postre tampoco les falta: la fruta les cae literalmente del cielo, desprendida del mangostán que crece encima de las torretas. Además, el suelo está cubierto por una alfombra de frutos amarillos que ruedan por todos lados. Ambos caminan por encima sin prestarles demasiada atención. Después del primer intento, los desprecian por su amargura, ignorantes de que alberga su corazón el secreto de la nuez moscada. Y no solo nuez moscada hay por allí. Toda la isla parece envuelta en un olor extraño, como de regaliz. Cada uno de aquellos árboles desconocidos despide un perfume particular; de antiguas golosinas, de borrachera de anís.

Al principio Sofía duerme con miedo, incluso en el fuerte. A veces se oyen sonidos indescriptibles al otro lado de los muros. Teme la presencia en la isla de simios desconocidos, los peores monstruos con los que la imaginación juega a confundirnos. Se cubre la cabeza con ambas manos. También es por los insectos. Le da pavor que alguno vuelva a intentar alojársele dentro.

Al final, los únicos simios de la isla resultan ser ellos dos.

En cuanto a los insectos, Ollauri empieza a cazarlos con un trozo de tela. Saben a marisco, los escarabajos. Y cuanto más grandes, pues mejor.

¿Cuánto tiempo más tendrán que aguantar allí, solos, intentando sobrevivir? Los días pasan lentos, las esferas giran sobre sus ejes.

Por las noches, en el fuerte no se está mal. Se divierten.

En la playa, tampoco. Se divierten aún más.

El barco sigue hundido, a lo lejos. A quién le importa.

Cada día es la isla menos prisión y más oasis. Poco a poco se convierte en el lugar donde cada uno siente por fin el gozo de ver, en el rostro del otro, expresiones largamente imaginadas, y la satisfacción final de saberse de ellas responsable.

Los primeros días los pasan rezando porque alguien los encuentre y los rescate de la isla.

Luego, dejan de rezar.

Por último, ambos saben que, si alguien viene a intentar sacarlos de allí, lo matarán.

Esto último lo piensan en un momento muy específico, y contemporáneamente: cuando oyen zumbar el motor de una avioneta sobre sus cabezas.

El primer reflejo es, para sorpresa de ambos, esconderse.

Después, recapacitan. A lo mejor aquella llamada de socorro que Sofía había lanzado desde la radio del barco había llegado a algún sitio. Quizás han venido a rescatarles.

No les da tiempo a pensar mucho más: la avioneta da un par de vueltas sobre la isla y luego desaparece.

Pasan algunos días más.

El tiempo en aquel lugar es extraño: las horas son eternas y aun así parecen sucederse a toda velocidad. Los dos pasan la mayor parte del día intentando salir adelante, y la mayor parte de la noche buscándose, observándose. Se miran el uno al otro con ansia y curiosidad, de la manera en la que habían querido hacerlo desde que se conocieron; pero ahora de frente y sin pudor. Sofía piensa mucho en él. Ha visto lo que hace: cómo, sin decir nada, de las palomas de la selva que comen le deja a ella la carne magra de la pechuga, masticando él los huesecillos ennegrecidos de las alas; cómo camina siempre delante cuando bajan del fuerte a través de la breña, quedándose cerca en los tramos empinados para que, si ella pierde pie, no caiga sobre las rocas, sino encima de su espalda. Cierto es que no hay palabras, en todo esto; ni palabras ni grandes sacrificios… Pero para Sofía, viniendo de él, tienen algo de heroico estos gestos. Ha llegado un momento en que confía en Ollauri más de lo que ha confiado nunca en nadie. Sabe a ciencia cierta que en una dificultad puede confiarle su vida, en sentido literal y con todas las consecuencias; y que él será capaz de tirar de ella hacia delante. ¿Cómo es posible que sea así, que su instinto haya acabado eligiendo para esto al menos fiable de todos los hombres que ha conocido en su vida?

Ollauri, por su parte, poco acostumbrado a ser depositario de la confianza de nadie, hace todo lo posible para merecerla.

Por las noches suelen acomodarse en una especie de recámara que queda entre los viejos sillares, bajo una bóveda de vegetación. Sofía duerme al amparo de su regazo; y a veces, en las oscuridades tibias del sueño, siente que el brazo de él le llega de pronto desde atrás, hundiéndosele entre las piernas y sujetándole el pubis dentro de la palma. No hay nada de sexual en aquel gesto, que a ella le parece más bien de posesión o protección. No le molesta: es más, hasta tal punto llega a acostumbrarse al calor y la presión de aquella mano amiga en el centro de sí misma, que a veces coloca allí la propia palma para quedarse dormida.

Ollauri era inexperto en muchas cosas. No sabía tratarla y a veces se comportaba como si ella fuera un compañero de cuartel. Pero, en algunas otras, sabía bien lo que se hacía. Era bueno bailando: conocía bien los ritmos de esa danza que de ninguna música precisa. A Sofía le gustaba cómo la manejaba, guiando su peso contra él y haciendo de cada una de las formas de su cuerpo un apoyo para ajustarse contra ella. Sobre todo, celebraba para sí cómo él sabía deslizársele dentro con simple, perfecta intención, colmándola a fondo sin el torpe prólogo de gestos artificiales. Notaba con intensidad la propia carne vibrar, estremeciéndose al ritmo que él le marcaba; y con gusto se

sentía abrir de maneras que al final para él solo había acabado reservando. Deseaba verle, pero lo que él estaba haciendo la llevaba enseguida a cerrar los ojos.

El lugar que Ollauri había pasado a ocupar en su cabeza le cambiaba todo lo demás. Él significaba algo que dejaba cualquier otra cosa en segundo plano. No había vuelta atrás: lo que Ollauri era se había convertido para ella en la esencia misma de la palabra «él», que solo contra su figura ahora ya se mediría.

En cuanto a otras cuestiones, no era capaz de explicárselo ni a sí misma. De Ollauri no le gustaba nada pero todo le gustaba. Nunca pensó que llegaría a sentir eso por alguien así: un hombre que siempre parecía que necesitaba un baño, incluso cuando acababa de darse uno. Su olor era objetivamente muy desagradable, como si hubiera estado restregándose contra los inquilinos de un establo… Y una vez cerca de él, las vaharadas equinas se convertían en un intenso aroma a pan muy tostado, o más bien a cuero chamuscado. A pesar de todo, inexplicablemente el cerebro de Sofía había decidido interpretarlo como una especie de perfume. Aquel olor de él representaba su presencia, la promesa inminente de algo que ella deseaba con fuerza. De hecho, solo con pensar en ese olor, de golpe y sin remedio se ensuciaba… Aunque en realidad no había nada que ensuciar: hacía meses que bajo el *sarong* nada llevaba.

Al salir el sol, la luz que se colaba entre las hojas solía despertarla antes que a él. Los primeros instantes Sofía sentía miedo: ¿Dónde se encontraba, por qué estaba al aire libre? ¿Había algún peligro, algo por lo que debería echar a correr? Acto seguido le veía, a su lado; y entendía que, si algo o alguien intentaba acercarse por allí, desde luego no sería ella la que iba a tener que salir huyendo… Aún medio dormida, sonreía; y se apretaba más contra él, ansiosa por que al fin se despertara.

Una tarde, mientras preparaban pacientemente unos moluscos grisáceos que conseguían hurgando en la arena, él le contó cómo fue haciendo aquello mismo que una vez, hacía muchos años, había encontrado una perla. Entonces, igual que ahora, se encontraba en una playa buscando comida de maneras desesperadas. Aquel día, al masticar el animal recién arrancado de su refugio, había sentido algo duro rodarle entre los dientes. Lo escupió sobre la mano y se encontró con una perla de tamaño considerable, muy lisa y de matices sonrosados. En aquel momento no se había alegrado en absoluto: tenía tanta hambre que su mano se deshizo de ella sin más y, sin perder tiempo, siguió en busca de presas más jugosas y valiosas.

—Es raro cómo a veces te cambian estas islas —c omentó—. Aquí el cuerpo te obliga a pensar en él, aunque tú no quieras.

Las conchas vacías se iban acumulando entre las cuatro piernas.

—… en lo importante —m usitó finalmente Sofía.

Ambos siguieron a la tarea, callados.

—Pero esta vez si te encuentras alguna no la tires, ¿eh?

Él sonrió, la cabeza aún inclinada sobre las conchas.

Después, sin mediar palabra, Sofía se levantó, se acercó a él y le dio un abrazo.

Al sentirse de pronto contra el pecho el cuerpo de ella, Ollauri se sorprendió un poco. La abrazó a su vez, cerrándole con sus brazos el mundo alrededor; pero una parte de él se inquietó, creyendo adivinar un punto de tristeza en aquella repentina intensidad.

—¿Y eso?

—Pues… Nada. Un abrazo más, de los muchos que vamos a darnos.

Ninguno añadió más. La noche les sorprendió aún en la playa, con la tripa llena de marisco y una sonrisa en la cara. Ollauri se quedó dormido sobre ella, dejando que su cuerpo descansara por fin en aquella bahía después de una vida de naufragios.

Al final no habían encontrado ninguna perla, pero qué más daba.

73
El peso del oro

Los moluscos y el mangostán les ayudaban a ir tirando. Eso sí, con el tiempo, cada vez les costaba más cazar palomas. Los animales, después de varios siglos de tranquilos paseos a ras de tierra, parecían definitivamente resignados a regresar a su cautelosa vida sobre las ramas más altas de los árboles, y asegurarse así de permanecer fuera del alcance de los nuevos habitantes de la isla.

Un día Sofía intenta probar suerte con otros animales y trata de pescar algo por su cuenta, pero lo único que consigue del arrecife es una herida en la pierna y una gran frustración. Después de varios intentos se dirige de vuelta al fuerte, esperando que él haya tenido más suerte.

Ollauri no está bajo el arco de piedra, ni cerca del nicho que usan para hacer fuego.

Quizás está detrás del fuerte, aún empeñado en capturar más palomas para aquellas particulares barbacoas que ahora tanto les gustan. Sofía camina hacia allí y le llama entre los árboles. Primero, en voz baja; luego a gritos y ya con impaciente insistencia. Extrañada, va asomándose entre la vegetación hasta donde esta se acaba y empieza la pendiente de roca que baja a pico hasta el mar. Él no está allí.

Sofía le busca por toda la isla. Repite su nombre entre piedras y árboles hasta que las letras pierden sentido.

No está.

La extrañeza inicial va dando paso al miedo. La garganta se le seca: a ratos se le olvida respirar.

¿Qué le ha pasado?

De pronto se da cuenta de que en el mar, no muy lejos de la playa, hay una embarcación. Desde donde está no alcanza a ver con claridad, pero cree distinguir la figura de un hombre a bordo. Parece a la espera, como ocupándose del barco mientras tanto. ¿Mientras tanto qué? Sofía está cada vez más nerviosa.

Tras un momento de duda, decide que lo mejor es volver al fuerte y esconderse allí. Sube a toda velocidad entre las rocas, que ya conoce mejor que la palma de su mano, y se refugia entre los poderosos muros de la ruina. Va directamente al lugar donde Ollauri y ella suelen dormir, a la alcoba de piedra que se han inventado. Allí, Sofía se da de bruces con la última cosa que querría encontrar.

Junto a los restos del fuego hay un hombre. Está agachado en el

suelo, examinando el lugar. Parece indonesio y lleva un uniforme militar. Un enorme arpón automático de pesca submarina cuelga de su hombro; y en los riñones, sujeto por el cinturón, lleva atravesado un cuchillo de más de dos palmos de longitud.

El hombre se gira y, al ver que no está solo, se pone en guardia. Calibra la distancia con los ojos, observándola con curiosidad.

—Vaya… Así que tú eres la ladrona. ¿Y tu amiguito, el salvaje? ¿Dónde está? Veo que te ha enseñado bien —d ice, mirando con repugnancia unas raspas de pescado que hay en el suelo—. Así se hace… Viviendo los dos ya como los animales…

Sofía no le contesta. Intenta pensar. Nunca ha visto a aquel hombre, pero él sabe que robó los lingotes y parece creer que son Jahan y ella los que se han refugiado en la isla… No hay duda de quién le ha enviado allí.

El hombre empuja a Sofía hacia la pared semiderruida y le ordena que permanezca en un rincón, donde pueda verla. Luego, sin dejar de vigilarla un momento, empieza a rebuscar entre las cosas de Ollauri. No tarda en encontrar el trozo de tela donde habían envuelto el oro.

Cuando siente en la mano el peso de los lingotes, se queda asombrado y extasiado a partes iguales. Sofía presencia desde fuera ese momento de intimidad transitoria que une al hombre con el oro. Sabía lo que se sentía; también a ella le había sucedido. Mientras tanto, trata de idear una manera de escapar y recuperar lo que siente como suyo.

Lo primero que se le ocurre es preguntarse qué haría Ollauri en aquella situación; encontrándose en inferioridad de condiciones y no pudiendo enfrentarse a su oponente. En aquellos casos él siempre recurría a la misma estrategia: la chulería, la mentira, el embrollo canallesco. El farol.

—Precioso, ¿eh? —l e pregunta, sentándose despreocupadamente en su rincón—. Y eso es solo una parte… Yo, cuando lo vi todo junto, por poco me desmayo.

—Cierra la puta boca.

El hombre mira de nuevo los lingotes que tiene en la mano. No los había imaginado tan bonitos, eso era cierto.

—… ¿«Todo junto»? ¿Qué quieres decir?

—Que eso es solo una décima parte del oro que le robamos a tu compañero. Bueno, él ya te lo habrá contado con más detalle… —l e explica, intentando observar su reacción—. O quizá no; ya sabemos todos cómo es. Bueno, cada uno, a lo suyo; y nosotros, a lo nuestro…

Después de decir aquello hizo una pausa y se puso a observar el mar que asomaba tras la pared del fuerte, como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. Luego se volvió a mirarle y le propuso un trato, dirigiéndose a él de igual a igual.

—No sé cuánto te habrá ofrecido él por venir a por nosotros, ni me importa… Pero si me sacas de aquí, me da a mí que estaré en condiciones de doblar la cifra.

El hombre la mira en silencio. Sus ojos sucios, enrojecidos, no la dejan ver lo que está pensando.

Finalmente él se incorpora y se dirige hacia donde está Sofía. Ella intenta permanecer tranquila, pero no le sale; se encoge por puro instinto y acaba acorralada contra las piedras.

—Ah, ¿sí? ¿Tú me ofreces más? —d ice, incrédulo, como si le acabaran de contar un chiste malo—. ¡No me digas! Pero si eso ya lo sé yo, que tú me vas a dar más… Parte de lo que me corresponde, ya lo tengo delante. Al menos, eso me han prometido…

Sofía da un paso hacia atrás, asustada. Quiere salir corriendo, pero él le corta el paso. Tienta con las manos: detrás solo tiene lo que queda de un viejo muro al que le faltan trozos; y, tras la piedra, una caída al mar de varios metros de altura.

—De cerca pierdes mucho, he de decir… ¡Joder, no me había dicho que te faltaban dientes!

Sofía mira hacia el suelo en busca de una piedra o algo que lanzarle. No encuentra nada. Por encima del hombro de él ve la salida, pero no puede escabullirse hasta allí. Además, no cree que una cacería a la carrera terminara bien para ella… No quiere acabar ensartada cual calamar por esa monstruosidad que él lleva colgada al hombro.

El hombre ya está prácticamente encima de ella. En ese instante Sofía se da cuenta de que él está por propinarle un puñetazo en la cara: lo entiende por el gesto que él hace, por el leve inicio de un balanceo hacia atrás. Son décimas de segundo, pero le bastan; bastan para que su cerebro le muestre que sí, que hay una salida… Y que debe escapar por ella. Con valor, enfrentándose a la altura y a la caída. Igual que habría hecho Jahan.

Sofía se agacha de golpe para esquivarle, y el hombre pierde por un momento el equilibrio. Cuando lo recupera, es demasiado tarde. Ella ya está encaramada sobre los sillares. ¿Pero qué hace?

Sofía respira hondo. Se imagina que está en el puerto de Bali, a punto de descolgarse entre gigantescos contenedores. Ella ya ha hecho esto antes, puede hacerlo. No es igual, pero… En realidad, es más fácil. Está menos alto, ya verá como sí.

En medio segundo Sofía lanza las piernas al otro lado y empieza a descender como una araña por la roca, tentando en busca de apoyo. Aunque las crestas de piedra le hieren los pies, con el miedo y la tensión no se da ni cuenta. Está demasiado concentrada en seguir bajando como para perder tiempo pensando en el dolor, y por fortuna esa concentración evita también que sea del todo consciente de que, si da un traspié, acabará sus días con el cuerpo quebrado contra una de

aquellas rocas.

El hombre le grita cosas desde arriba. Cuando se cansa de gritar, le tira piedras.

Sofía recorre con la vista la superficie a su alcance. Al mirar hacia abajo siente un cierto mareo, pero debe continuar. Una piedra se precipita cerca de su cabeza. De pronto nota que un pie no encuentra apoyo, resbala y acaba colgando de un brazo. Incapaz de sostener su peso, la mano se le abre. Cae unos metros, soltando un involuntario grito de terror. Gracias al cielo consigue sujetarse de nuevo: a la derecha sobresalen unas ramas retorcidas, los brazos de un mangostán que ha acudido en su ayuda. Se agarra a ellos con fuerza, impulsándose contra las piernas, y baja unos metros más. Después se desvía todo lo que puede hacia la maleza para apartarse de la vista.

Arriba el hombre permanece aún asomado sobre el pretil de roca. Busca en el mar un rastro, un revuelo de espumas que señalen el punto donde la mujer, seguramente, ha acabado precipitándose. No consigue ver nada. Sofía, pegada a la roca como una lapa, ha alcanzado ya un saliente del desfiladero por el que puede más o menos caminar hacia una de las laderas. Le lleva más de veinte minutos avanzar penosamente por él sin despeñarse, pero al final lo consigue. Una vez de nuevo a salvo, sale corriendo entre los árboles del cerro como alma que lleva el diablo.

Lo primero que hace es intentar localizar a Ollauri. No sirve de nada; él no aparece por ningún lado. Ya cerca de la playa, el cansancio y la angustia le pasan factura y cae rendida en la arena, buscando refugio en la exigua sombra de unos arbustos. Consigue recuperar el aliento, pero con él no llega la calma. Toda ella es aún un manojo de nervios. A pesar de todo, intenta serenarse y evaluar la situación. Está sola y en la isla puede haber otros hombres, no sabe cuántos. También es posible que esté con ellos la persona que les ha mandado allí… Solo de pensar en tener que enfrentarse al holandés, le tiemblan un poco las rodillas.

Hasta ahora ha probado a pensar qué haría Ollauri, o Jahan, en las situaciones que ha ido encontrando. Quizás ha llegado el momento de empezar a plantearse qué sería lo que haría ella misma. Qué es lo que va a hacer.

¿Cuál es en realidad su método, su punto fuerte? Ni siquiera está segura de si tiene alguno.

Si piensa en sus propias capacidades, y en las maneras en las que hasta ahora se ha enfrentado a todos los obstáculos en su vida, la verdad es que sí que hay una constante: la preparación. Detrás de cada una de sus victorias, pequeñas o grandes, siempre había mucho trabajo y esfuerzo. Tenía cierto talento a la hora de intuir lo que iba a suceder, y se deslomaba antes, preparándose para ello. No solía

improvisar su llegada a la línea de meta en carreritas de cien metros: ella era una corredora de fondo.

Cierto es que las dificultades que había tenido que afrontar durante su vida podían definirse mejor como retos que como peligros. Ahora bien, la diferencia entre esas dos cosas tampoco está tan clara… Algo de peligro hay, en cada reto; y es a su vez un reto, conseguir enfrentarse al peligro. Sofía se pone manos a la obra: va a prepararse. El siguiente encontronazo no la pillará desprevenida; esta vez ya no.

Su principal problema es que no tiene nada con lo que defenderse. Intenta poner remedio a eso . Mira a su alrededor en busca de algo que pueda usar como arma. Recuerda que por todo el Archipiélago hay una planta, el ratán, que, además de servir para trenzar fantásticos cestos, tiene algún que otro uso más… La corona de espinas que crece ceñida al tronco se utiliza desde hace siglos para «decorar» las fustas de castigo. Y, de hecho, cuando estaba en Singapur había oído que allí seguía usándose para tal fin. Sofía busca aquella palma asesina entre la vegetación. Ella sabe cómo es, la ha visto muchas veces.

Una vez se ha hecho con algunas de aquellas durísimas agujas de madera, prueba a fabricar un arma rudimentaria. Para ello une varias, atándolas pacientemente con fibras secas; y así llega a tener una especie de daga vegetal de tamaño nada desdeñable. Cuando termina, hace un experimento y la intenta clavar en algo. Falla. Es muy difícil de sujetar, porque se escurre dentro de la mano; y además la parte de atrás se le hinca en la carne si intenta presionarla usando la palma. Sofía le da vueltas al asunto , sospechando que ella no es precisamente el primer ser humano que se encuentra con ese problema: cómo manejar una herramienta para herir sin herirse.

Ante la imposibilidad de sujetar aquella daga con la firmeza necesaria para clavarla, prueba a atársela a la parte interna de la muñeca, de manera que quede fija. Mejor. Se la amarra al pulso y a los nudillos con varias vueltas, y deja que el pincho sobresalga entre los dedos. De ese modo cuenta también con el efecto sorpresa: con la mano extendida, casi no se ve. En fin, no es ninguna maravilla, aquella arma recosida… Pero en sus circunstancias no se le ocurre nada mejor.

El siguiente paso es sopesar dichas circunstancias. Cree que es mejor dejar de buscar a Ollauri por el momento y quedarse inmóvil, escondida al amparo de aquel verde biombo. Así, intenta acomodarse lo mejor que puede entre las plantas y decide no seguir avanzando por la playa, donde es más fácil que la vean desde lejos.

No sabe que, de haber seguido caminando solo unos cien metros más, habría encontrado por fin las respuestas que buscaba: ¿Dónde estaba Ollauri? ¿Qué le había ocurrido?

74
La ley del arrecife

Ahora mismo, en el brazo de arena blanca que sobresale de la isla, se está produciendo un encuentro inusual. No ha visto aquella playa humano alguno en siglos enteros, y ahora parecen llegar a oleadas. Primero, aquella singular pareja; hoy, nuevos forasteros.

Uno de ellos ha bajado de un barco. Es alto, extranjero, y su pelo y piel revelan que hace tiempo que quedó atrás el brillo de sus mejores años. Lleva una camisa de batista holandesa adherida al cuerpo por el sudor, y en general todo su atuendo —i nadecuado es decir poco— podría parecer sacado de una descolorida ilustración de los funcionarios destinados a los trópicos. Pero él no trabaja para ningún gobierno, solo para sí mismo. Lleva la mayor parte de su vida saltando por el mapa del Archipiélago, sin acabar nunca de entenderlo del todo; y así tiene intención de continuar: rapiñando, depredando, disfrutando a fondo de todo lo que pueden darle estas islas. Por muchos años. Los que cree que aún le quedan.

En este momento avanza trabajosamente por la arena, que se hunde fastidiosa bajo sus pies. Pero no va a detenerse. Ahora no. Le ha costado mucho llegar hasta aquí y desea que la búsqueda llegue a su fin. Se siente burlado. Aquellos dos imbéciles que una vez había tenido por compañeros —y que, por cierto, lo habían apedreado y abandonado al borde de la muerte atado a un cocotero—, no solo habían conseguido escapar de la encerrona que les había preparado con el secuestro del *Amaranta,* sobreviviendo a las cuevas en las que los había encerrado, sino que encima se las habían apañado para robarle. Robarle, eso es lo que habían hecho; y repetidamente. Primero, llevándose consigo aquel cuchillo del siglo IX del que nada había vuelto a saberse. Cierto es que con el resto del botín tenía de sobra para sentirse satisfecho, pero el tema del cuchillo le intrigaba y atormentaba: estaba seguro de que habían sido ellos quienes lo habían robado… Ellos, que siempre acababan saliéndose con la suya. Ojalá los terminara pillando la maldita Interpol, los encerraran bajo siete candados y tirasen la llave… O, mejor aún, que los colgaran, tal y como había propuesto cierto ministro de cultura de por allí. Por si fuera poco, ahora no eran dos, sino tres: por alguna razón que se le escapaba, a ellos se había unido aquella mujer, vulgar ladrona ella también. Le hervía la sangre al recordar cómo se había reído de él en su cara, sacándole de los mismos bolsillos miles de euros en forma de bombón de chocolate…

Pero la historia había llegado a su fin. Aunque le había costado lo suyo localizarlos, sus esfuerzos habían dado su fruto… Y allí habían aparecido por fin, escondidos como serpientes en aquel rincón perdido de las Molucas. A la isla en cuestión por supuesto no había acudido solo: llevaba consigo a dos amigos suyos, muy profesionales. Ambos eran exmilitares que habían estado en activo en «ciertos periodos» de la historia reciente del Archipiélago… Les había pagado bien. Ahora mismo, uno permanecía a la espera en el barco que los había llevado hasta allí, mientras él y otro hombre peinaban la isla.

Habría que andarse con cuidado. No era conveniente subestimar la picadura de la víbora que ahora llevaban de compañera. Por otro lado, tendrían que intentar reducir lo antes posible a Jahan. Aquel muro humano, acostumbrado a repartir leña aunque le rodearan entre varios, representaba sin duda uno de los mayores obstáculos. Lo mejor era acabar con él de una vez por todas: él mismo disfrutaría haciéndolo. Quería molerle la cabeza a palos a aquel troglodita hasta que reventase por los aires como una sandía. Después recuperaría lo que es suyo y se piraría de allí.

Respecto al tercero en discordia… La verdad es que prefería no pensarlo. En realidad, no tenía idea de dónde había acabado Ollauri. Estaba claro que había sobrevivido al asalto del *Amaranta,* y que en algún momento había estado en Singapur. Él mismo había visto que estaba registrado en el Hotel Raffles, por eso había ido a curiosear por allí. Aunque no quería enfrentarse a él, tampoco quería perderle de vista. Creía que estaba vivo, pero no estaba completamente seguro. Lo cierto es que le había extrañado mucho no conseguir dar con él en Singapur, y más tarde encontrar a Jahan sin él en Bali. De hecho, desde que conocía a aquellos dos nunca los había visto separados. Como no las tenía todas consigo, había seguido informándose en cada nueva isla en la que ponía pie. Su obsesión había llegado a tal punto que, antes siquiera de ocuparse de comer, beber o dormir, hacía averiguaciones para saber si Ollauri andaba por allí. Vivía con miedo a encontrárselo y al mismo tiempo se sentía frustrado por no llegar nunca a saber de él. Se lo imaginaba agazapado detrás de cualquier casuarina, esperando para darle la puñalada final, quién sabe si con aquel maldito *kris* que había robado… O surgiendo inesperadamente de la cabina de algún barco, dispuesto a partirle el cráneo a puñetazos o a troncharle la nuca desde atrás, embridándole cual asno con aquella técnica que tanto le gustaba.

Pero en sus peores pesadillas el holandés se imaginaba algo todavía peor: ellos se las apañaban de algún modo para que se supiera la verdad sobre el robo de los restos arqueológicos. Libres de todo cargo, ambos volvían a pasearse a sus anchas por aquellos mares, mientras él tenía que salir huyendo si no quería pasar enchironado el resto de su

vida.

¿Sería verdad eso de que Ollauri había muerto? No podía descartar esa posibilidad, ni darla por sentado. Nada parecía indicar que iba a encontrarle en aquella isla, pero no quería correr riesgos. Al fin y al cabo, aquel elemento era el más peligroso de los tres. Era por él mayormente que había acudido a la isla con «sus amigos». Ninguno de los dos parece a la vista ahora, sin embargo. Justo cuando más los necesita.

Y es que delante de sí, en una zona apartada de la playa, acaba de encontrarse con una figura conocida.

Es un hombre de unos cuarenta y tantos años, moreno, fibroso, que salta ágilmente entre las rocas en busca de crustáceos desprevenidos. El repugnante bigote que le recuerda se funde ahora con una barba completa, igual de repugnante o más que lo anterior. La ropa que lleva colgando del cuerpo es un puro harapo, y su aspecto general se asemeja al de alguien que lleva, no ya semanas, sino años fuera del mundo… Eso, si no lo había estado siempre, en realidad. Pero no era ese el único cambio. Había dos más.

Por un lado, le faltaba la mano derecha.

Por otro, tenía algo extraño en la cara.

Se trataba de un gesto inusual, que no le era propio. La expresión era distinta a la que recordaba. Aquel hombre estaba sonriendo. Sí, sonreía. Era una sonrisa muy leve, pero ahí estaba. Mientras pescaba a solas, ensimismado en quién sabe qué pensamientos, una sonrisa inconsciente se le dibujaba en la cara. No era la suya de siempre; la burla de medio labio, o la feroz alegría que en él provocaba cierto tipo de borrachera… Era otra, aquella sonrisa. Nunca se la había visto.

El holandés dudó un momento. ¿Aquel hombre era Ollauri? Había algo nuevo en él que lo volvía irreconocible.

Y, además, estaba lo de la mano… Quizá se equivocaba de persona. No, no; por fuerza debía ser él: le delataba aquel ojo amorfo que tenía, con el globo ocular granulado e hinchado como una larva de mosca.

La sonrisa de Ollauri desaparece. Le ha visto.

El holandés se queda paralizado donde está, como si los pies le hubieran echado raíces en la arena. Se arrepiente de inmediato de la imprudencia que acaba de cometer: ¿Cómo se le ocurría dirigirse así hacia él, de la nada? Su intención inicial había sido observarle primero desde la distancia, a cubierto; y sin embargo… Le había sorprendido tanto el aspecto que tenía ahora, que su curiosidad le había empujado a ir demasiado lejos. O, mejor dicho, demasiado cerca. Porque es a solo unos metros que lo tiene ya.

Ollauri le mira fijamente, dejando caer el cangrejo que llevaba en la mano. Da unos pasos hacia él. No puede creer lo que ven sus ojos.

Ambos están ya dentro del agua, los pies hundidos en la melosa

trampa de las arenas del arrecife. El sol abrasa la imagen, deformando los contornos del mundo y fundiéndolos en una única, blanca quemadura. Los ojos del holandés han quedado cristalizados por una mezcla de miedo y odio. Los de Ollauri, pura energía contenida, parecen casi palpitar entre los regueros de sudor que se le deslizan por la frente. Una familia de peces discurre tranquilamente a pocos metros de ellos, ajenos a todo, suspendidos en el agua transparente como si flotaran en un cristal.

Sin mediar palabra, Ollauri se lanza contra él, embistiéndole como un verdadero animal. No era así que había imaginado que sucedería. En su cabeza, algunas veces Jahan sujetaba al holandés mientras él le dislocaba uno a uno todos los huesos del cuerpo; otras, le metía en la boca tiras secas de palma hasta que las hebras le cerraban la garganta con su estopa… Después se las sacaba, y vuelta a empezar. Y esas eran solo dos de las mil formas con las que fantaseaba vengarse del hombre que ahora, al fin, tenía delante de sí. El hombre que le había arrebatado el único trabajo honrado que había tenido en su vida, que le había intentado enterrar vivo, que se había quedado con la mejor parte de aquel indescriptible botín inculpando a quien no debía y, sobre todo, que le había robado lo único que poseía: su vida de siempre en las aguas del Archipiélago. Una vida libre y suya, en la que no tenía que andar escondiéndose a cada paso. Esa a la que ya no era posible regresar. Una pena que Jahan no estuviera presente justo ahora, para ver cómo le hundía la cara a puñetazos a aquel hijo de la gran puta.

El holandés no se esperaba un cabezazo en el estómago a tantos kilómetros por hora, así que acaba doblado sobre sí mismo, una arcada de saliva adensándosele en la boca. Al ver que ha caído de rodillas, Ollauri tira de él hacia arriba de un empellón para que vuelva a incorporarse. No va a dejar que aquel carcamal se rinda tan pronto, aguándole la diversión.

Una vez tiene la cabeza del holandés de nuevo a su altura, le lanza el codo contra la cara, quebrándole otra vez aquella maltratada nariz que ya había sufrido varias cirugías tras su último encuentro con las manos de Jahan. El impacto produce un leve chasquido blando. Después, las primeras gotas rojas caen sobre el agua, formando dentro de ella unos delgadísimos hilos bailarines. El holandés se lleva las manos a la cara, el cerebro aún paralizado por las esquirlas del dolor. Tras algunos segundos reacciona por fin y se lanza de manos contra Ollauri, intentando estrangularle con fuerza furibunda mientras el otro le vapulea enloquecidamente los costados. Enseguida caen los dos al agua, Ollauri tosiendo en agonía y su oponente ya con dos dedos de la mano astillados en posiciones imposibles. A pesar de todo, el holandés consigue agarrar un trozo de piedra del fondo y golpear a Ollauri en la

cabeza.

Ahora hay más sangre en el agua. Imposible ya saber de quién.

Los golpes limpios no parecen bastarles: uno empieza a usar los dientes, otro siente que el estómago se le hiela de espanto al recibir una coz entre las piernas. En aquel enredo mortal que han trenzado con brazos y piernas, llega un momento en que Ollauri consigue subírsele encima. Se ha cansado de aquel juego y se dispone a ir ya a por la sien. Lanza hacia allí el puño con el vigor de un taladro, deseoso de oír el conocido crujir de siempre y sentir cómo la materia se hunde, blanda, tras el hueso, convertida en pura papilla.

Pero el puño no llega a su destino.

Entre otras cosas, porque de ese lado ya no hay puño.

El muñón acaba en el punto equivocado, resbalando hacia abajo; y Ollauri siente un trallazo en el hombro, como si este se le hubiera descoyuntado al no encontrar su ímpetu nada que lo contuviese.

El holandés, que había cerrado los ojos para no ver lo que sabía sería el último golpe, saca de inmediato partido a la situación. Sabe aprovechar bien ese instante de pausa en el que su adversario, muy confundido, observa aquel brazo incompleto y desobediente. Aún maldiciéndose a sí mismo, Ollauri acaba con la cabeza bajo el agua y con el otro sentado encima, sujetándole entre las rodillas. Su peso le hunde cada vez más en la arena; y, aunque intenta engancharle el cuello con la mano que le queda, el holandés le esquiva sin dificultad, con la calma del que aún tiene la cabeza fuera del agua y todo el oxígeno del mundo.

Ollauri siente que una bruma negra le ronda por el borde de los ojos, pero no deja de luchar. Aunque sigue agitándose con violencia, cada vez está más débil; y el otro no afloja en absoluto la presión con la que le sujeta bajo el agua. Incapaz de contener más la respiración, su cuerpo desesperado le abre nariz y boca en busca de aire, y el agua le llega de pronto hasta dentro. Todo se deforma. Poco a poco la angustia da paso a otra cosa.

Ollauri se da cuenta de que va a morir allí. Va a acabar así, ahogado en menos de dos palmos de agua… Regalando su cuerpo al mar para que lo funda con los azules de aquel arrecife. Bueno, mejor reposar allí que en ningún otro sitio. Mejor que sea esta la última playa. Es su última isla, la que fue distinta. La única de la que no había querido marcharse. Que sea en ella donde acabe volviéndose, él también, parte de este Archipiélago del que ya nadie podrá separarle.

75
Una palabra mágica

Cuando el movimiento cesa, el holandés suelta a Ollauri e intenta recuperar el aliento. Ya está de pie cuando de improviso siente un golpe que le llega de frente, como si hubiera chocado bruscamente contra algo. Es el cuerpo de Sofía.

Aún tambaleándose de puro agotamiento, Ronnie mira incrédulo a la mujer. Ni siquiera la había visto acercarse hacia él. Pese a todo, no tarda mucho en zafarse de ella como quien aparta un insecto; y la lanza al agua agarrándola por el pelo. Pero Sofía, que ha atravesado la playa a zancadas en cuanto ha visto lo que estaba ocurriendo, está más que decidida a terminar lo que Ollauri había empezado.

En menos de un segundo el holandés ya la tiene encima otra vez. Mejor dicho, dentro.

Sofía le clava las púas de ratán en un ojo con un golpe seco. Consigue, haciendo un esfuerzo sobrehumano, mantener sus propios ojos abiertos mientras remata la faena… Y le hunde del todo aquella daga en el cráneo, usando el talón de la mano.

La cabeza del holandés se agita con un extraño movimiento, un leve espasmo mecánico que le deja el otro ojo en blanco. Acto seguido se derrumba en el mar como un pelele, alzando en el aire un breve alboroto de aguas rojas.

Tras unos segundos la superficie se cierra sobre él, volviendo a su indiferente calma de siempre.

Sofía ve, asustada, la cara de Ollauri a través del agua. Está intentando sacarlo del mar cuando de pronto se da cuenta de que alguien se aproxima hacia ellos: es el tipo de antes, el que la había acorralado en el fuerte. Sofía contiene la respiración. ¿Qué va a hacer ahora? Ojalá pudiera rendirse… Saber cómo se hace eso y no perder la vida en el intento.

El hombre está cada vez más cerca. Acude en ayuda de su socio corriendo por la playa, sus botazas hollando aquella finísima arena y levantando tras de sí un polvo blanco, como de perlas. De repente, Sofía le ve detenerse. Está mirando hacia el cielo. Ella alza la vista también. ¿Qué pasa?

Por encima de ellos se oye el motor de una avioneta.

Es parecida a la que Ollauri y ella habían visto sobrevolar la isla hacía algún tiempo. Quizá, la misma.

Sofía se teme lo peor. Es el fin: en breve la rodearán entre varios y su historia acabará de la peor manera posible. Ya no hay escapatoria.

Por un momento le da la sensación de que Ollauri está temblando, de que se ha agitado un poco entre sus brazos. Es solo un espejismo. Tiene que resignarse y obligarse a soltarle… Dejar caer su cuerpo al agua de una vez. Ahora es el momento de correr. Correr un poco más, intentar escapar… Aunque de poco le va a servir.

La sombra de la avioneta cruza el agua cerca de ella. Sofía se vuelve hacia el hombre para ver dónde está. Es entonces cuando se da cuenta de que él no parece alegrarse de la llegada de aquellos supuestos refuerzos… Porque en realidad no lo son. Está corriendo en dirección opuesta: escapa. Probablemente intenta regresar al otro lado de la isla, donde su otro compañero les estaba esperando con el barco. En menos de un minuto no queda rastro de él.

Sofía mira hacia al cielo. La avioneta desaparece por un momento detrás del promontorio donde están las ruinas. ¿Quiénes son? ¿Debería huir, esconderse ella también? Desde luego. Como cualquiera que tiene en la mano una daga rota y un cadáver sobre la conciencia. Sobre la conciencia y sobre el pie derecho, que es ahí por donde el holandés flota ahora, con el ojo reventado y el pelo blanco ondeando en la corriente.

Tras un momento de duda, Sofía sale del agua y se aleja de allí. Evita mirar a Ollauri: no es de esa manera que quiere recordarle.

Sin perder de vista el cielo, sube trabajosamente entre las plantas. Quiere llegar a la parte superior de la isla e intentar refugiarse entre los muros de piedra, pero las piernas no la obedecen y le cuesta un gran esfuerzo.

Sobre el cerro encuentra una doble ruina. La del fuerte, de hace varios siglos; y dentro de ella otra más reciente: la de los días y las noches perdidos para siempre aquella tarde. Incapaz de continuar, se encoge en un rincón e intenta ahogar los sollozos acurrucándose contra sus propios codos, igual que cuando era pequeña. Solo desea que todo termine: desaparecer.

Y, en efecto, todo va a terminar.

Una palabra mágica la rescata de su agujero, sacudiéndole la conciencia.

Es su nombre.

Suena extraño, retumbando por la playa de aquella isla. Hay un eco sintético: son altavoces.

«Señora Carrai».

Aquellas dos palabras, que ni siquiera parecen poder ya encajar juntas, llegan a sus oídos con claridad meridiana. Se trata, sin duda, de la alucinación más inquietante que ha tenido en su vida.

Ahora bien, aquello no tiene nada de alucinación. Al otro lado de la isla ha aterrizado la avioneta, que lleva sobre las alas el dorado emblema de la policía indonesia. Sofía se asoma y ve que dos personas

se han bajado de ella y miran en su dirección, haciéndole señas. Repiten su nombre por el altavoz.

«¿Está usted bien?».

Sofía empieza a descender hacia ellos como una sonámbula. Dentro de sí sabe que en cuanto llegue abajo el encantamiento se romperá, y se verá a sí misma caer, vapuleada, hundiéndose para siempre en las arenas movedizas de aquella playa solitaria. Pero en la arena no la espera ningún espejismo cruel, sino unos agentes que le dan una botella de agua helada, le limpian la cara y la ayudan a subir a la avioneta.

«¿Puede usted oírnos? ¿Está bien?».

«¿Cuánto tiempo lleva aquí?».

«¿Hay alguien más en la isla?».

Sofía niega con la cabeza. No, no hay nadie más en la isla.

Cuando alzan el vuelo, el ruido de las hélices lo distorsiona todo; las voces, los pensamientos. La isla se vuelve pequeña. No, en sus playas ya no hay nadie… Está vacía.

De todos modos, al pasar sobre la otra parte de la costa, Sofía no puede evitar pegar la nariz contra el cristal y escrudiñar ansiosamente el gran brazo de arena. No consigue ver a nadie. Mejor así.

En el aire, todo cambia. La isla se convierte en un diminuto punto del pasado. El Archipiélago parece solo un hermoso tapiz turquesa que se deja contemplar desde fuera.

76
A buen puerto

La primera avioneta da paso a otra, que la saca de las Molucas. Después llega una tercera. Un transbordador, un avión. Todos parecen empeñados en salvarla, en llevarla hacia el oeste.

Una vez en Singapur, todo empieza a suceder muy deprisa. Firma muchos papeles, hay tipos con americana que le hablan en español. Le toman la tensión, le dan más agua helada, le hacen preguntas.

Miles de palmeritas muy ordenadas se suceden en las avenidas tras la ventanilla del coche. Rascacielos. Centros comerciales. Una noria gigante.

Sus manos, con las uñas limpias por primera vez desde hace meses, sujetan sobre el regazo un papel doblado cuidadosamente. Dentro pone su nombre, estampado por varios sellos oficiales. En la parte de arriba, con letras mayúsculas y subrayadas, puede leerse: «Salvoconducto». Es justo el documento que necesitaba, el que le permitirá volver a su país sin pasaporte y dejar atrás el Archipiélago. Volver, por fin, a casa. «Casa». «Salvoconducto». «Su país». Las palabras se le van formando en la mente como simples cadenas de letras. Le resultan incomprensibles e incluso amenazadoras, con sus afilados ángulos en negrita.

El otro documento que sostiene en las manos no le parece menos irreal: un billete de avión a Madrid, «solo ida», para la mañana siguiente.

El taxi la deja en el lugar donde va a pasar su última noche en Singapur. Al bajar y ver de nuevo ante ella la blanca fachada del Hotel Raffles, negándose a ser devorada por la vegetación, siente un escalofrío. Allí, bajo los arcos de mármol de la galería, en los butacones de mimbre, esta vez no la espera ningún hombre de negocios holandés de dudosas intenciones, dispuesto a invitarla a un copazo de ginebra y a contarle la historia del último tigre de Singapur.

La persona que la recibe es otra muy diferente. En cuanto la ve se levanta de la butaca, algo nervioso. Tiene el pelo castaño, rizado; y hay en su cara, estrecha y delgada, una cierta elegancia sin esfuerzo. Las pestañas, muy largas y pobladas, subrayan unos ojos que ella conoce bien, y que en este momento están un poco rojos. Lleva una camisa blanca y su cuerpo, aunque espigado, hace que parezca que cada costura está cortada para él, tensando la tela con su esbelta prestancia. No recordaba que Máximo fuera un hombre tan guapo.

Sofía ve su figura aproximarse hacia ella, sus brazos ya extendidos

para rodearla. Ella no hace nada para impedirlo. Cuando finalmente él la besa, no siente nada.

Durante la cena, la mirada de Sofía vaga, perdida, por el salón del Raffles. Se queda posada con perezosa indolencia sobre todo lo que la rodea: el mantel blanco, los cubiertos, el borde azucarado de su copa de granadina y brandy. Él le cuenta, aún muy agitado, el infierno por el que había pasado. La tristeza de creerse abandonado pronto había dado paso a algo aun peor. Poco a poco había empezado a sospechar que, si ella no había vuelto a llamar, quizá no era solo porque ya no deseaba hablar con él. Después de oírla al teléfono por última vez había dejado pasar algunos días, pero luego se decidió a hacer aquella llamada. Marcó el número de la agencia de traducción que la enviaba a los congresos, y consiguió localizar al cliente para el que Sofía supuestamente tenía que haber estado interpretando, justo después del congreso de Singapur. En cuanto pudo, contactó él mismo con Bruselas. Allí no sabían nada de ella. Jamás había puesto pie en la ciudad.

Después de aquella espantosa llamada, Máximo había pasado las que habían sido, sin duda, las peores semanas de su vida. Ni siquiera sabía cuánto tiempo habían durado. Cada día le parecía infinito, siempre esperando a que sonara el teléfono y tener noticias suyas. Deseaba con todas sus fuerzas que ella se pusiera en contacto, aunque fuera para darle la peor de las noticias… Le contó, con la voz repentinamente aguda, ya fuera de su control. Había llegado incluso a desear que ella le llamase desde el otro lado del planeta y que le contase que simplemente estaba en otro lugar… con otra persona. Pero que estaba bien.

Un día recibió la visita de aquella bendita mujer. Era una excompañera de Sofía, una traductora que había trabajado con ella hacía muchos años. Le contó que Sofía había llamado. Seguía por allí, en algún punto entre Indonesia y Papúa. Ella no podía llamarle, porque ya no tenía el móvil y no se sabía su teléfono de memoria. Pero había querido que le avisaran. Se encontraba bien.

Máximo había buscado de inmediato aquella región en el mapa, encontrando solo un vacío azul con un letrero curvo que decía «Molucas». Era la primera vez que oía aquel nombre. A pesar de todo, ese lugar desconocido se convirtió en el centro de todas sus energías: ahora que sabía dónde se encontraba Sofía, tenía que conseguir como fuera que la buscaran por allí, que averiguaran lo que le había ocurrido. Que la salvaran.

Viendo que ella no le está escuchando, Máximo decide quedarse callado. Baja la vista a su filete e intenta consolarse pensando que no es culpa de ella si se comporta así con él: seguramente necesita aún recuperarse y dejar atrás lo que ha vivido. Por lo que sabe de la

situación en la que la encontraron, los últimos tiempos no han debido de ser nada fáciles para ella. Es normal que esté así. Ausente.

Él le coge la mano, pero ella no reacciona. Solo sigue masticando lentamente la carne del plato, obnubilada por el funcionamiento de su propio tenedor. Después le cuenta una historia absurda sobre la caza de palomas en la selva y fuegos encendidos junto al mar.

Máximo la observa en silencio. Es la misma, pero de algún modo ya no es como antes. Parece muchos años más vieja; y, al mismo tiempo, muchos años más joven que la mujer que recuerda.

—Hace tiempo llegó un paquete para ti.

Sofía alza la cabeza del plato.

—¿De Bali?

—Sí. No lo he abierto. Pensé que era mejor así: me daba esperanzas. Verlo me ayudaba a convencerme de que, tarde o temprano, tú estarías ya de vuelta en casa, y podrías abrirlo tú misma.

—Pídeme otro *sling,* por favor —d ice Sofía, más que nada por cambiar de tema.

Máximo la mira con cara de reprobación: ella sabe de sobra que no debería beber más. De hecho, no debería beber en absoluto. Los médicos se lo habían dicho bien claro. Mil veces le habían explicado lo que pasaba cuando tenías un intestino parcheado como el suyo.

Viendo que él no le pide la copa, Sofía le coge la suya sin más. Después, murmura:

—Si no me he muerto ya, tranquilo, que porque me beba un cóctel más no vas a tener que llevarme al hospital.

Él baja la vista. Odia que ella hable así.

—¿Y qué hay dentro?

—Dentro de dónde.

—Del paquete.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Porque lo enviaste tú. Es tu letra, la del sobre. Tú escribiste el destinatario.

Sofía se echa hacia atrás en su asiento. Se siente muy cansada.

—Dentro del paquete hay un dado de marfil de doce caras, un espejo de bronce con unas inscripciones protectoras y unos caramelos de oro.

—¿Son… *souvenirs* de Bali?

—No. Los *souvenirs* sirven para recordar un sitio donde has estado. Esos objetos tienen otro fin: recordarme dónde podría estar.

Máximo no insiste. No entiende lo que ella está diciendo: seguramente está ya borracha.

Al día siguiente parten juntos para Madrid.

Lo que allí les espera no es un cálido reencuentro con su vida de

casa, un retomar celebrativo de lo que eran. Ella lo convierte todo en otra cosa. Son muy amargos los días que a los dos les quedan por pasar.

Después de la ruptura, ambos lloran a solas, en sus respectivas camas, en distintos puntos de la ciudad.

«Ya que vamos a llorar igual, por qué no lloramos juntos, al menos. Ven a casa».

Cada nuevo mensaje que recibe de él es como una gota de limón sobre la herida. Sofía no le contesta. Ella no quiere lo que él le da. No se lo merece, porque no podrá nunca devolvérselo. ¿Es que no lo entiende?

Los mensajes se van espaciando poco a poco.

Pasados unos meses, desaparecen.

Sofía empieza a organizar su vida. Sabe que seguramente será una vida triste, pero no le importa. Intuye que la soledad no puede ser peor que aquel tormento al que llevaba años sometiéndose a sí misma: la culpa por no sentir lo que debería, aquel cilicio de remordimiento y agradecimiento continuos. Cortar la cuerda había sido la parte más difícil, pero ya estaba hecho. De un tajo, como se debe. El cuchillo pesaba mucho. Aun así, ella había tenido la fuerza y el valor para usarlo: no era una cobarde.

Además, después de todo, él no había caído al mar, como en aquel sueño tan extraño que tuvo… Ni había caído, ni se había hundido.

Lo último que sabe de Máximo es que por fin ha terminado su novela y que vive con una tal Marta. Se alegra por él. Es muy probable que, en el fondo, aquella despedida haya sido una liberación también para Máximo. Al fin y al cabo, nadie tiene por qué cargar a peso con alguien que no sabe apreciarle; y él, menos que nadie.

Sofía trata, poco a poco, de ponerse en pie. Se organiza . Compra todo lo que necesita, va al dentista a que le arreglen la boca. Sin embargo, la ilusión que pensaba que sentiría al estrenar su nuevo apartamento —f lamante fruto de ciertas transacciones a las que ha dedicado los últimos meses— no acaba nunca de llegar. Tampoco la satisfacen esas mañanas tranquilas, a solas, con las que tantas veces había soñado cuando estaba con él. A veces, ni desayuna.

La cafetera inutilizada, aquella que nunca había podido volver a abrir, ha sido una de las pocas cosas que ha rescatado del apartamento. En su nueva cocina, se dedica a estudiarla de cerca. Luego la mete bajo el chorro de agua hirviendo, y bajo el chorro de agua helada, y vuelta a empezar. Con los cambios de temperatura, la rosca acaba cediendo y puede por fin abrir la cafetera ella sola. Una vez lo ha conseguido, la tira a la basura.

Por las noches suele ir a la cocina, reluciente y vacía, y se prepara un huevo revuelto. Lo prepara con agua, trozos de anchoa y migas de

galleta, como hacía Jahan. Se acuerda de él con frecuencia, pero sobre todo cuando come, igual que ahora, sentada en el suelo de la terraza. Incluso cada vez que usa el tenedor, porque él le había contado cuánto miedo le había dado metérselo en la boca la primera vez, pensando que se iba a pinchar. Recuerda con detalle las cosas que él le había enseñado y cómo lo que salía por su boca era siempre la verdad. Sofía se pregunta dónde estará, sumergido en qué mar. No está triste: le queda el consuelo de saber que él, con toda probabilidad, es feliz en las aguas donde nada ahora.

En ese momento se da cuenta de que jamás le había llegado a contar a Máximo nada sobre el tiempo que había pasado en el Archipiélago. Aunque, a fin de cuentas, él tampoco se lo había preguntado.

Sofía cierra la puerta de la terraza y entra en la casa, persuadida de que comer al aire libre no es una buena idea en ciertas latitudes donde sí existe el invierno… Cuando termina aquel solitario simulacro de cena de domingo, enreda un poco con el dado de marfil sobre la mesa de la cocina. No había querido deshacerse de él: era demasiado bonito, demasiado especial. Quién sabe cuántas manos habrían jugado con él hacía diez siglos, qué infartos y qué alegrías habrían provocado sus imprevisibles movimientos. Además, le gustaba jugar a los dados contra sí misma: doce caras dan para tenerte muy entretenido. Por otro lado, no necesitaba el dinero que le habrían podido dar por él. Tenía más que suficiente con lo que ya había conseguido: una casa propia, un tiempo sin tener que trabajar ni depender de nadie. La libertad.

A ver si iba a ser verdad que era esa, y no otra, la razón por la que la gente quería el dinero: para ser libres. No sabía dónde lo había oído, pero ahora la idea ya no le resultaba tan absurda. De todas maneras, ella ya tenía las dos cosas. El dinero y la libertad. Horas enteras para sí misma, billetes en primera clase, un robot de cocina que aún seguía en su caja. Todo lo tenía.

Lanza de nuevo el dado, para distraerse. Pone música: no le gusta oírse llorar.

Cuando suena el timbre de la puerta, Sofía se apresura a bajar el volumen, avergonzada. Apenas acaba de mudarse, y ya van a tenerle que llamar la atención los vecinos. No es, desde luego, un buen comienzo. Antes de abrir, se recompone un poco y prepara mentalmente una disculpa.

En el descansillo de la escalera hay un hombre apoyado contra la pared. Tiene un aspecto extraño, como si para protegerse del frío se hubiera lanzado encima toda la ropa que posee. Aun así, parece estar aterido. El hombre la mira fijamente, torciendo la boca en una especie de sonrisa. Bajo sus ojos hay dos profundas ojeras; a sus pies, una

bolsa de mano mugrienta.

—Joder, qué bien te escondes.

Sofía siente un pinchazo en el pecho, la respiración detenida por la impresión. Después, de entre los millones de cosas que habría querido decirle a aquel hombre, solo acierta a balbucear un estúpido «¿Qué haces aquí?».

—¿Que qué hago aquí? Pues, en primer lugar, recuperar el dinero que me debes, que siguen sin salirme las cuentas… Y, en segundo, he venido a dar su merecido a la mujer que me abandonó, vapuleado y medio ahogado, en una isla perdida de las Molucas.

Sofía le abraza con todas sus fuerzas, y él la aprieta contra sí. De golpe se le pasa el frío, el cansancio.

—Menudo casumbo —d ice, mirando por encima de la cabeza de ella—. Hazme sitio, que esta noche me quedo aquí. Ya me he cansado de dormir en la estación de autobuses.

Sofía no le contesta. Tiene la cara aún hundida en él, los brazos dormidos de tanto apretarle. Él acerca la boca a su oído.

—Deja de llorar, carajo. Que yo no he venido hasta aquí para verte llorar, sino reír.

A continuación coge la bolsa y la lanza dentro de la casa, como si en vez de un salón con alfombra persa tuviese delante una escotilla contra la que probar la puntería.

—¿En este barrio tuyo hay algún bar? Tenemos que celebrar. Y aprovechar estos días.

Aquellas dos últimas palabras pesan más que todas las demás, y su sonido retumba en los oídos de Sofía. «Estos días»… ¿Pero cuánto tiempo tenían? ¿Iba a marcharse? ¿Cuánto quedaba, antes de que él ya no estuviera? El corazón se le hunde en el pecho, incapaz de asimilar todo lo que está sucediendo.

—¿Estos días? —m usita, al fin.

—Sí, hasta el viernes. Para ese día tengo el billete. Bueno, yo no, el tipo egipcio que me ha prestado su nombre. Le estoy cogiendo el gusto, a esto de los pasaportes egipcios… Llevan todos bigote. Pero tú puedes usar el tuyo si quieres, claro. Aunque no te lo recomiendo…

—¿Mi pasaporte? ¿Pero a dónde vamos?

—A las islas Filipinas. ¿No has oído la noticia? Ha aparecido un galeón completo en la zona del mar de Joló… La Nao Nuestra Señora de no sé qué… Uno de los «Galeones de Manila», que durante siglos cruzaron el Pacífico entre lo que antes eran colonias españolas. A la ida partían de Acapulco y se dirigían a Manila, cargados hasta los topes de plata mexican a para comprar mercancías en Oriente. La Nao esta, por lo visto, nunca llegó a su destino… La hundieron unos piratas ingleses a cañonazo limpio. Les salió mal la jugada y la plata quedó fuera de su alcance, a muchos metros de profundidad. Pero hoy

en día existen otros medios para sacar del fondo lo que haga falta…

»Justo ahora hay ya varias empresas «operando» por allí… Una de ellas cuenta con nosotros. Hay que darse prisa, antes de que los políticos terminen de discutir sobre a quién le corresponden los restos, si a España, a Filipinas, a México o a la madre que los parió a todos… Y los putos arqueólogos, con ese rollo de que "el verdadero tesoro es la información…". Lo de siempre… La conozco bien esta historia.

—¿Filipinas? ¿Que «cuentan con nosotros»? Espera… No entiendo nada.

—Sí, dos mejor que uno. Un hombre solo siempre es sospechoso de cualquier cosa. Despierta recelos. En cambio, a una pareja no se les ve venir. Funcionaremos muy bien… Como hemos funcionado hasta ahora. Te lo digo yo. Eso sí, la próxima vez, si se da el caso, comprueba por favor que de verdad estoy fiambre antes de tomar decisiones… Pero vamos a hablarlo en otro sitio. ¿Dónde dices que hay un bar?

Ollauri le ofrece el brazo para que se enganche a él. Acto seguido, cambia de lado. Nadie sabe que, a veces, se le sigue olvidando.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a las personas que han hecho posible que tengas este libro en las manos. En primer lugar, a mi editor, Fernando Paz Clemente: por haber creído en esta novela desde el principio, por su entusiasmo y por su apoyo incondicional. Gracias también a Marina Mena Guardabrazo, por luchar por el libro y por todos sus desvelos y esfuerzos, que sé han sido muchos; y a Mercedes Castro Díaz, por el trabajo que ha dedicado a esta novela y por acompañarme así durante el proceso. Muchísimas gracias a los tres, de verdad.

Por otro lado, quiero dar las gracias a todas las personas que de forma directa o indirecta contribuyeron al proceso de investigación que dio lugar a este libro, compartiendo generosamente sus conocimientos y experiencias personales conmigo.

Gracias a mis compañeros de la Universidad Nacional de Singapur, que contestaron con infinita paciencia y simpatía a todas mis preguntas sobre los restos arqueológicos del llamado «Naufragio Belitung». Gracias a los profesores Indrianti Tjan, del Departamento de Indonesio, y Aishah Mohamad Kassim y Sew Jyh Wee, del Departamento de Malayo, por estar siempre dispuestos a satisfacer mi curiosidad sobre la historia y cultura del Archipiélago. Gracias a Luzviminda Viray, de la Guardia Costera Filipina, por todas sus explicaciones sobre su trabajo y el funcionamiento de las patrulleras; a mis compañeros de la expedición *Balangay 2018,* y a la tripulación del *Maharlika,* que compartió con nosotros detalles de la navegación tradicional y la vida cotidiana del pueblo *sama* . Gracias al profesor Irving Johnson, quien con su inmenso talento para el baile y el teatro despertó mi interés sobre las máscaras balinesas. Gracias al capitán Derek Mazzone por todas nuestras conversaciones a bordo del *Blue Eagle* . Gracias al profesor Miguel Escobar Varela, por compartir sus conocimientos sobre el teatro de sombras javanés; y a Gabriela Carrasco, del Museo de Civilizaciones Asiáticas, por explicarme todos los detalles del «Tesoro Tang» y las circunstancias que rodearon su descubrimiento y recuperación.

Quiero también dar las gracias a todos aquellos que se cruzaron en mi camino y, aun siendo yo una persona extranjera y desconocida, me ofrecieron su ayuda y compartieron sus opiniones e historias conmigo: Intan, Anwar, «Pak» Tony, Ruslan y muchos otros cuyos nombres por desgracia no recuerdo. También quería dar las gracias a las familias *orang laut* de las islas Riau que nos enseñaron dónde viven y nos acogieron sin más durante unos días difíciles de olvidar.

Muchas gracias a todos.

ÍNDICE

Primera parte

1. La Perla de Oriente
2. Lenguas y puñales
3. Tigres, rifles y platos de leche
4. A bordo del *Amaranta*
5. Madame Chong
6. Nudos y otras ataduras
7. Las manos de las mujeres
8. Lo que el mar esconde
9. Máximo
10. Solventando discrepancias
11. Cargueros y casuarinas
12. La Ruta de la Seda Marítima
13. Última llamada
14. Los nómadas del mar
15. Un refugio en las islas Riau
16. Transformación
17. Selva y motocicletas
18. Fiesta a bordo
19. Combate de *pencak silat*
20. Abordaje
21. Carne de bebé
22. En la sima
23. Cadenas
24. Por una bocanada de oxígeno
25. ¿Y el cuchillo?
26. Mujer en barca con mar al fondo

Segunda parte

27. Ningún caballero
28. La poza
29. Las gemelas Tjan
30. La otra hermana
31. Una taza de té
32. Rumbo a Yakarta
33. Velas negras
34. Vida subterránea
35. Cien años de perdón

36. Cicatrices
37. Sombras chinescas
38. Cuentas pendientes
39. Ladjang y sus niños
40. El trato
41. La idea de un barco
42. Palomas
43. Máscaras balinesas
44. Viejos amigos
45. Caramelos al peso
46. Ángel de la guarda
47. Carretera al atardecer
48. Yemita de huevo
49. Vértigo
50. Café amargo
51. Cenizas
52. Ocho nudos
53. Buenas y malas noticias
54. La mecedora
55. Dos tatuajes
56. Acuarela
57. Un trozo
58. El corazón de una manzana
59. Bajo el árbol del *frangipani*
60. La isla de las Orquídeas
61. Cabezas de serpiente
62. De un tajo
63. Doble filo
64. Cerveza y carne de ballena
65 . Jahan
66 . A casa
67 . Soltando amarras

Tercera parte

68 . El último bote
69 . Capear el temporal
70 . Ollauri
71 . Cintas verdes
72 . El fuerte
73 . El peso del oro
74 . La ley del arrecife
75 . Una palabra mágica
76 . A buen puerto
AGRADECIMIENTOS

Créditos

Edición en formato digital: 2021

© Nina Melero, 2021
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-07-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA